

DGCL
A
(V. 2)

EL HEROE Y EL CESAR

(PRIMERA PARTE DE LA INQUISICION Y EL REY).

NOVELA HISTORICA

POR

D. FLORENCIO LUIS PARREÑO.

TOMO II.



MADRID:

OFICINA TIPOGRAFICA DEL HOSPICIO.

1864.



R. 63267

t. 84 805

C. 1100702

Boerra Delo

EL HEROE

EL CESAR

PROPIEDAD DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

BOERRA DELO

D. FLORENCIO LUIS PARREÑO

TOMO II



CAPITULO PRIMERO.

La corte y los cortesanos.—Actitud de Carlos I y reserva de Quirós.—Lección completa y oportuna.—El duque del Imperio.—Cambio completo de decoración.—Segundo acto de una comedia de amores.—El pueblo, su héroe y su monarca.

MIENTRAS Alberto de Silva luchaba contra los franceses, y con su genio y heroísmo los echaba ignominiosamente de Fuenterrabía, encaminándose luego á Madrid coronado por la aureola de sus muchos y envidiables triunfos, sepamos qué pensaban del inimitable caudillo el bondadoso emperador, su segundo padre adoptivo general Quirós y los grandes-hombres y magnates que rodeaban al primero.

El jóven y valiente Carlos I recibió por mano del general el parte que desde el sitio de Fuenterrabía le mandó el conde, y acto continuo reunió á sus amigos y lo leyó: la alegría bañaba esta noche el rostro del monarca, y fija su idea en la toma de la plaza, hablaba de Alberto como del ángel salvador, que pronto le devolvería su querida ciudad y la honra que el francés le estaba quitando. Confiaba en él como en su propia persona, y le colmaba de elogios á cada instante. Quirós participaba de las mismas ideas y seguridades que su rey, pero callaba á todo, y sólo con el placer que demostraba su semblante, confirmaba las palabras de Carlos. Había, sin embargo, vários grandes que no creían ó no les convenía creer en tales milagros, y hasta osó uno de ellos interrumpir la alegría del César con las siguientes frases:

—Señor, yo no negaré el valor y la inteligencia del conde de Santomera, pero es demasiado jóven para una empresa tan árdua; y áun cuando entiendo que Fuenterrabía llegará á ser de V. M., no debe ocurrir tan pronto como él pretende. Mi hermano el condestable me escribe largamente sobre las dificultades de ese sitio, y dudo yo que un solo hombre pueda hacer más que el ejército entero, y que cien jefes encanecidos en los combates. La plaza se rendirá, nádie lo duda, pero se pasará mucho tiempo. Esta, al ménos, es mi opinion.

—Y la mia, y la mia,—contestaron vários otros.

El emperador frunció el entrecejo, y fué á hablar; pero al ver que el viejo Quirós tomaba la palabra, lo dejó, creyendo que afirmaria cuanto él habia dicho ántes. El anciano general alzó la voz, y con una energía desusada, dijo:

—Señores, sólo hay aquí dos personas que conozcan lo que es y lo que vale Alberto de Silva; esas únicamente saben, de una manera positiva, las dificultades que existen para tomar á Fuenterrabía; y aquellas somos el César y yo. No tengo parientes en ese sitio; y comprendiendo bien cuanto en él pasa, aseguro solemnemente que, si el conde no muere, cumplirá su palabra.

Las anteriores frases fueron seguidas de un profundo silencio, que se atrevió á interrumpir el hermano del condestable, añadiendo:

—General, siento no participar en esta ocasion de vuestras opiniones. Aun cuando no tanto como vos, presumo conocer á Fuenterrabía, y creo que estais equivocado; no quiero alargar la discusion, por lo cual excuso razones. El tiempo dirá.

—El tiempo dirá sí,—repitió el monarca, levantando aquella reunion, con marcadas señales de disgusto.

Cinco dias después, estaba la corte de Carlos I como de luto. Los palaciegos murmuraban, el nombre de Alberto corria de boca en boca, salpicado de epigramas, y las pocas veces que el soberano se habia presentado á sus cortesanos, lo hizo con semblante taciturno, agitado é impaciente. En este

momento se hallaban los grandes del reino en lo mejor de sus críticas, cuando de pronto se abrieron las régias cortinas y salió un paje, exclamando:

—S. M. no recibe hasta pasado mañana.

Al oír esta voz se retiraron; pero al bajar la escalera se entregaron á las sátiras más crueles y mordaces. No quedó improprio, insulto ni sarcasmo que no lanzasen sobre el hombre más valiente y caballero que tenía entonces nuestro país. Todos querían que sus parientes, amigos y deudos fuesen los únicos héroes. Carlos I sabía, sin embargo, lo que decían y lo que valían, y se estaba preparando para vengar á su afortunado caudillo.

Llegó el día señalado por el César para recibir á los dignatarios, sin que hasta entonces hubiese noticia alguna de Fuenterrabía. Este silencio tenía muy disgustado al monarca, alegres á los que le rodeaban y triste al pueblo. Con objeto el soberano de evitar que delante de él se repitiesen los dictorios contra el conde de Santomera, dispuso recibir con toda etiqueta, sentado en el trono y rodeado del cuerpo diplomático.

A las tres se abrió el salón de embajadores y apareció Carlos, sumamente grave, con semblante altanero, é imponiendo su mirada á todos los que componían aquella reunión.

Se comenzaron á tratar asuntos de Estado; pidió la palabra el enviado extraordinario de Su Santidad, y cuando estaba demostrando los medios más conducentes, en su opinión, para que la liga de Italia llevase á cabo el pensamiento que se habían propuesto, hé aquí que se presenta un grande, de los que se hallaban de servicio, y anuncia la llegada á las puertas de palacio de tres guerreros cubiertos de acero, seguidos de escolta.

La deliberación quedó suspendida por cinco minutos; al cabo de este tiempo volvió á entrar el palaciego, y dirigiéndose al emperador, le dijo:

—Señor, tres caballeros que vienen del sitio de Fuenterrabía, solicitan la honra de besar la mano de V. M.

—Que no se detengan,—gritó Cárlos con imperio, y añadió, esforzando la voz:—Adelante; acercaos á mí.

Y cuando ya estuvieron, les preguntó con marcada impaciencia:

—¿De quién es Fuenterrabía?

Uno de ellos se adelantó respetuosamente hasta el soberano, se alzó la celada, y contestó:

—Gran señor, hace ya muchos días que es de V. M.

—¡Alberto de Silva!—exclamaron con rubor vários cortesanos.

—Alberto de Silva, duque del Imperio,—repitió con júbilo indecible el monarca, y continuó dirigiéndose á los que le rodeaban:—Sí, vedlo herido, su armadura hecha pedazos en el campo del honor, y con una aureola de gloria que debeis envidiarle todos. Duque, sube á mi trono, y estrechen mis brazos al héroe.

El jóven vaciló, mas comprendiendo su claro ingenio, por las palabras del César y el rubor de los grandes, lo que acontecia, gritó:

—¡Ah de mis ligeros!

Y entrando cuatro soldados cargados de banderas y estandartes franceses, los arrojó sobre las gradas del trono, exclamando:

—Señor, teneis á la Francia á vuestros piés; si alguna vez se cuenta que habeis abrazado á este humilde servidor, sepa el mundo entero que para llegar á V. M., pasó por encima de uno de los países más poderosos de la tierra.

Y pisando los estandartes, subió al trono y estrechó á Cárlos I.

Acto contínuo hizo el emperador que Alberto refiriese cuanto ocurrió en la toma de la plaza: sin omitir la más leve circunstancia le obedeció el héroe, llenando de asombro á cuantos le veían. Cada vez que citaba uno de aquellos hechos sublimes llevados á cabo, palidecían los cortesanos y brillaba la alegría en los rostros del monarca y del general. Concluido el relato,

siguió un profundo silencio, que nadie se atrevió á interrumpir; quedó meditando Cárlos, y luego prosiguió, dirigiéndose al nuevo duque:

—Si hay algun hombre á quien yo envidie en este instante, ese eres tú. Cuantas gracias y condecoraciones has dado, las ratifico. Respecto de Peralta, puede llegar hasta mí, que está perdonado y deseo verle.

El navarro se descubrió, besando con respeto y agradecimiento la mano del César. Este le dijo:

—Os estimo y agradezco vuestros servicios prestados en el sitio de Fuenterrabía, que premiaré como Alberto propone. Venid vos, valiente Mendoza; y tambien vosotros, bravos ligeros, besad mi mano.

Y preguntó á los últimos:

—¿A las órdenes de quién habeis servido el dia de la batalla?

—A las del capitan Silva,—contestó uno de ellos.

—¿Os ha mandado bien?

—Señor, es tan valiente, que no hay uno en la compañía que no le deba la vida. En los momentos del peligro se halla en todas partes, nos defiende, nos anima y mata á la vez á cuantos intentan herirnos.

—Que se les dé á cada uno,—dijo Cárlos,—veinte escudos. Señores, mañana continuaremos. Alberto, dame tu brazo.

Y cogidos así, cruzaron el salon y entraron en el régio despacho.

La corte se fué poco á poco retirando, y Quirós llevó á su palacio á Mendoza, Peralta, é individuos de la escolta del conde. Después se volvió, y llegando á la habitacion del monarca abrió la puerta, asomando la cabeza por entre las cortinas. El César y el nuevo duque estaban conversando agradablemente, cuando el primero distinguió á Don Gonzalo, y sonriendo, le dijo:

—Entra, noble anciano; las puertas de mi alcázar están siempre abiertas para tí.

—Gracias, señor; pero quisiera aún más.

—Concedido; ¿qué es?

—Estrechar á mi hijo; no puedo resistir...

—Hazlo, amigo mio.

Y ámbos se abrazaron con una ternura que admiró al soberano.

Concluido, los tres se sentaron á la mesa; cuando hubieron acabado se despidieron, sin hablar nada de María. Carlos tenía un pensamiento y Alberto otro: el primero adivinó el del segundo; éste no se cuidó de otra cosa que de poner el suyo en práctica.

Diez minutos después, entró Silva en su casa, seguido de Quirós. Peralta y Mendoza terminaban su comida.

—A caballo,—le dijo al gigante.

—Vamos allá,—replicó éste; aquél continuó, dirigiéndose al anciano:

—Vos, general, hareis los honores á mi amigo Don Pedro.

Y sin esperar respuesta salieron en direccion del valle.

Rendidos ámbos por el cansancio, casi tendidos sobre sus corceles, no por eso dejaban de aguijonearlos; así es que anduvieron las tres leguas en una hora escasa. Llegados allí se detuvo Alberto para preguntar á su compañero:

—¿Qué oís, Mendoza?

—Pisadas, señor duque.

—¡Señor diablo! Dejaos de títulos, ó no seré vuestro amigo.

—No os enfadeis, mi adorado Silva.

—¿Con que oís lo mismo que yo?

—Sí.

—Temo que el emperador se nos haya adelantado.

—¿Creeis posible que corra más que nosotros?

—Sí; Carlos I monta bien y puede haber ganado tiempo. Sea como quiera, seguidme al paso sin hacer ruido.

Nuestros dos amigos se acercaron á la tapia, dió Alberto su potro á Mendoza para que lo sujetara, y en dos saltos trepó por el sitio que ya conocemos hasta descender al jardín.

La noche estaba fria, húmeda y oscura, pues la luna se hallaba rodeada de muchas nubes, que á cada momento la encapotaban.

El duque recorrió casi todo el jardin hasta llegar al palacio. Un poco después de estar contemplando las habitaciones de su amada, vió abrirse la puerta y apareció María, cubierta con capuchon árabe de raso azul, forrado de pieles de armiño, llevando una lira en la mano. Iba tapada su cabeza con la capucha, pero Silva la reconoció en el acto; se escondió detrás de un árbol; la dejó pasar y fué siguiéndola á respetable distancia. La jóven se aproximó á una cabañita que estaba á doscientos pasos de allí, abrió su débil puerta, y sentándose en una silla rústica, encendió luz, quedando como entregada á profunda meditacion. Alberto, pegado á la cabaña, veia á su amada, sin perder ni uno sólo de sus movimientos. La bellísima niña, después de una larga meditacion, alzó los ojos, entre amargos suspiros, y limpiando las lágrimas que corrian por sus mejillas, templó la lira, y con acento lleno de poesía y ternura, cantó:

Soy la flor del desierto,
Flor desvalida,
Que entre arenas esconde
Su triste vida.

Ven, amor mio,
Y de mi lado arranca
Penas y hastío.

Sordo á mi voz, te alejas,
Huyes, y en tanto
Yo con acento trémulo
Canto ¡ay! canto.

¡Pobre alma mia
Cómo te hiere el hado
Con saña impia!

Calló la hermosísima jóven; Alberto no pudo contenerse más tiempo, y penetrando de pronto, exclamó:

—¡María!

—¡Alberto!

La una rompió en llanto; el otro la cogió una mano, besándola con ternura.

Un hombre cubierto con pesada armadura habia seguido y espiado, primero al duque y luego á los amantes. En este momento se hallaba ocupando el puesto de aquél y mirando por la misma grieta. Cuando vió á los dos jóvenes en la actitud que dejamos descrita, cogió una lira, y con el primer preludio comenzó á cantar.

Al escuchar un acento que les era desconocido, quedó Silva pendiente de su voz, ella aturdida, y Mendoza, que de un salto se plantó en medio del jardin, á la espalda del incógnito, oyendo y esperando el desenlace de aquella escena.

El atrevido guerrero entonó con magnífica voz de barítono los siguientes versos:

La guerra para el valiente,
Para el débil los amores,
Para el ave es el ambiente
Para la bella las flores.

Junto á una mujer llorosa,
Entre flores escondido,
Será tu suerte azarosa,
Serás un pobre marido.

Espiró la voz del cantor, y cayendo María á los piés de Alberto, se abrazó á sus rodillas, exclamando:

—¡No salgas!

El duque la levantó con tranquilidad admirable, y de un salto se alejó dos varas de la cabaña, miró en torno, y viendo al desconocido frente á él, tiró de la espada, se puso en guardia, y le dijo:

—Defiéndete.

En el mismo instante se interpuso Mendoza entre los dos, cogió por la cintura al guerrero, lo alza en alto, con intencion de arrojarlo contra la cabaña, cuando su amigo le grita:

—¡Dejadlo, que viene vestido de caballero, ciñe espada y es mi rival!

El incógnito habia sufrido el brusco movimiento del gigante y los retos de Alberto sin desplegar los labios. Cuando se halló libre de aquel, notando que la espada del jóven iba á dirigirse á su pecho, le contestó, fingiendo la voz y con la mayor sangre fria:

—No puedo batirme contigo, duque. Te debo la vida y algo más.

—Todo te lo perdono;—en guardia,—replicó Silva.

—Si ántes de ser el héroe de Fuenterrabía me venciste, ¿qué harías hoy conmigo?

—Dejarme matar por vos, señor,—dijo aquel, cayendo de rodillas.—Perdonad,—continuó,—si no os he conocido ántes. ¡Oh! hermosa voz tiene V. M., pero me ha hecho sufrir mucho al oirla esta noche.

—Alza, y no vuelvas á postrarte ante mí. Te he dado un mal rato, lo sé; pero debia vengar á la pobre María; ya sabes la causa.

—Es verdad, señor; mas reparad en ese que teneis á vuestros piés.

Volvió Cárlos la cabeza y halló efectivamente al buen Mendoza, arrodillado y trémulo como un niño. Al ver que lo miraba su rey, tartamudeó estas palabras:

—¡Perdonadme!... no os conocia y... y...

—Y me ibas á estrellar, ¿no es cierto? Levanta. ¡Caramba! ¿sabes Alberto, que tiene la fuerza de un león!

—Yo lo creo; en Fuenterrabía del primer mazazo que dió deshizo una puerta forrada en cobre.

—¡Diablo con tus manos, capitan! si no vengo cubierto de acero me estrangulas.

—Mucho lo hubiera sentido, señor,—respondió cada vez más aturrido el atleta.

—Y yo.

—¿Me perdonais, gran señor?

—Sí, mi valiente guerrero. Defiende siempre á Alberto con ese cariño.

—Así lo haré, señor.

—Ahora vuelve por donde has venido; coge los caballos y dirígete á la izquierda del bosque; allí encontrarás mi comitiva, y allí debes esperar.

Se fué Mendoza, y seguidamente entraron los otros en la cabaña. María estaba sentada; Cárlos la cogió cariñosamente una mano, y la preguntó:

—¿Te has asustado mucho?

—¡Oh, me habeis dado un rato cruel!

—Lo siento, y te ruego me perdones la parte que tuve. Entré aquí sin ser visto de nadie, con sólo la idea de dar una broma á Alberto, y vengarte por el mucho tiempo que ha estado sin escribir. ¿Te vas tranquilizando?

—Sí.

—¿Eres feliz?

—¡Oh, muchísimo! ¡muchísimo! ¿Se queda el conde?

—Ya hablaremos de eso. Ves al lado de tu madre, que allí te buscaremos.

Y cogidos del brazo los dos jóvenes atravesaron el jardín, salieron por una puerta falsa, cuya llave tenía el César, entrando poco después en el salon principal del palacio.

El emperador estrechó las manos de la madre y de la hija, diciéndoles:

—Aquí teneis al señor duque del Imperio, conquistador de Fuenterrabía; al héroe que me ha regalado una ciudad, lavando la mancha que pesaba há mucho tiempo sobre mis estados. ¡Vedlo, en el mismo traje con que venció! Esa sangre que ennegrece su armadura, es francesa, y los pedazos de hierro que faltan en su coraza, se los arrancaron cuando defendia á su rey y á su patria.

—Señor duque,—respondió Clotilde,—me llena de placer veros triunfante y coronado de gloria; pero notad vos,—dijo á Cárlos,—que esas balas que han roto su armadura pudieron

destrozar su pecho, y lo harán en adelante si se expone como hasta aquí.

—Es verdad, señora,—contestó el jóven soberano;—mas el puesto de los valientes está en la guerra. Si ellos me abandonasen, ¿qué sería de mí, de mi pueblo, de todo el país? Alberto volverá á batirse, y es lo probable que regrese digno de vuestra hija; pero si así no fuese; si pereciera, habrá muerto por mí y por su patria. ¡Oh, quién pudiera como él exponer la vida á cada paso en medio de los combates, seguido de la victoria! Pero vos no entendeis de esto; ¿es verdad, mi querido duque?

—Tiene razon V. M.

Y tomando el rostro de Silva un aspecto extraño, continuó:

—¡Vos, señora, ignorais lo que es la lucha, la guerra! Cuando se está al frente de un ejército, cuando se manda atacar y se ve en cada soldado un hijo, en cada contrario un rival, y henchido de coraje se desnuda la espada, se aguijonea al caballo, se busca al enemigo, se le hiere, se le mata, se le hace huir y se vence; ¡oh! entónces, y sólo entónces, se sabe lo que es la vida, el valor, el heroismo. Por todas partes se contemplan el exterminio y la muerte, cierto; mas por todas se hallan hijos que salvar, fieras á quienes destruir, gente á quien animar, gloria que recoger y desgraciados que perdonar.

—Mirad ese rostro,—dijo Cárlos interrumpiendo á Alberto;—ved ahí el genio irresistible, potente, sublime. Señora, pedidme títulos, honores, riquezas, todo os lo daré; pero á Silva nunca. En buen hora que se case; si es poco, lo haré príncipe ó lo que querais; pero su espada será siempre mia.

—¡Ah, señor!—exclamó el duque enternecido;—mandadme que conquiste el mundo, y haré cuanto pueda por conseguirlo; esto me será más grato que sufrir el daño que me causan las sublimes, las bondadosas frases de V. M.

—Alberto, si te demuestro el cariño que te tengo, tuya será la culpa por habérmelo inspirado.

Y dirigiéndose á Clotilde, añadió:

—Señora, seguidme; debemos hablar sin testigos.

—¿Pero, y María?—preguntó aquella.

—Vuestra hija queda con su futuro.

Sin replicar, salió Clotilde con el joven monarca. Alberto comprendió que éste quería dejarlo solo con su amada, y exclamó:

—¡Qué bueno es y qué generoso! Se va con tu madre para no molestarnos. ¡Gracias, Carlos I, gracias! no en valde me distingue tu cariño; ¡oh, te pagaré como merecen tantos beneficios! Sentémonos, María; aquí; en este divan; así. Dame tu mano. ¡Tiemblas! ¡oh, tu sangre circula con rapidez extraordinaria! ¡tu cara de ángel se cubre de subido carmin! ¡Bien! ¡Todo eso es amor! ¡Amor que te abrasa como á mí; amor puro, ardiente, inextinguible, santo! ¡Amor que da encantos á la existencia, fuerza á la materia, luz á la inteligencia; que embriaga el corazón, que hechiza la vida, que adormece los sentidos! ¿No es verdad, bien mío?

—¡Sí, Alberto! ¡Pero un amor que también aniquila!.. ¡yo me siento desfallecer!..

—No, no, extasia y... nada más. ¡Oh, qué dulce es tu aliento... es el hálito celestial... el aroma de los ángeles!.. Y el flúido que tu mano trasmite á la mía, que tu sangre presta á mi sangre, es la esencia del placer, que corre del uno al otro, y narcotiza nuestras almas...

—¡Alberto, por Dios! tu mirada irresistible abrasa, hiere...

—¡Tienes razón; la felicidad mata también!.. Hablemos así, separados. Antes de un año estaré otra vez á tu lado, y aún seremos más dichosos. Esperemos, María, esperemos. ¿Quieres que te refiera algún episodio de la guerra?

—Sí; cuéntame tus hazañas. Al describirlas, trasládame al combate, y vea yo tu frente rebosando genio y valor.

—Las batallas, amiga mía, embriagan lo mismo que el amor. Al comenzar la lucha siento repugnancia; pero ya en ella, y pasados los primeros momentos, se ensancha mi corazón, enronquece mi voz, y como todo lo veo, todo lo penetro

y hasta creo que adivino, gozo destruyendo proyectos elevados, planes bien concebidos, y burlando sorpresas y asechanzas. Caigo entre mis contrarios con la velocidad del rayo, y como él destruyo, sin olvidarme de alentar y dirigir á los que mando, corriendo en todas direcciones, abriéndome paso por todas partes.

—¿Y cómo te libras de los aceros de tus enemigos?

—Siendo más ligero que ellos, más hábil, más osado.

—¡Ay, que algun dia caerás en traidora emboscada, y entónces nadie respetará tu heroísmo ni valor; ámbas cosas acelerarán tu muerte!

—No temas, ángel mio; todo sér tiene su sino, y señalado el dia en que ha de morir; el mio no me ha sentenciado á perecer en el campo de batalla.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Me lo dice el corazon, que es tan noble y fiel como mi hermosa María. Ahora no te satisfacen mis hazañas, ¿verdad?

—Careces de entusiasmo, no te elevas como otras veces.

—Es que no estoy en estos momentos para tratar de batallas, guerras, ni hombres, sino de amor: cuando te miro, no veo, no pienso, no me ocupa más que tu belleza. Amor llevan mi aliento, mis miradas, mis ideas, mis pensamientos... Así, á tres pasos, hablemos de nuestro cariño; nosotros no podemos ocuparnos de otra cosa.

—Sí; es verdad, pero ten en cuenta que tu amor hiere de cerca, como tu mirada, como tu espada.

Media hora más continuaron dándose inocentes pruebas de un puro y delirante cariño. Pasado este tiempo, entraron Clotilde y el emperador, diciendo este último:

—Son las once, capitán, partamos.

Y ámbos se despidieron de las dos, bajaron, anduvieron por el bosque trescientos pasos, hallaron la escolta y montaron á caballo, exclamando Cárlos:

—¡A escape! Mendoza, á mi izquierda; Alberto, á la derecha.

Y partieron tan rápidos como una exhalacion.

Llegaron á Madrid, quedando sorprendidos al ver la ciudad iluminada y llenas sus calles de militares y paisanos. Habia cundido la voz de que Fuenterrabía era ya de España y de la humillacion del ejército enemigo, y espontáneamente se coronaron de luces los balcones y ventanas, y las músicas entonaban por todas partes himnos patrióticos. Era tal la aglomeracion de gente que transitaba y tanta la embriaguez y júbilo, que se vió obligado el César á detenerse por falta de terreno.

—Capitan,—le dijo al gigante,—coge cuatro hombres, y despeja. No molestes á nadie, mas procura que nos dejen avanzar.

Mendoza, con voz ronca que se oyó en todo el barrio, gritó:

—¡Paso al emperador y á Alberto de Silva!

Al oir las masas aquel acento atronador, se replegaron con el mayor respeto; pero acto continuo comenzaron á moverse, á dar vivas, y por último, creció de tal modo el entusiasmo popular, que cogieron al duque y lo quisieron pasear en triunfo. Gran trabajo costó á Mendoza combatir la idea y arrebatárles su ídolo. El mancebo se vió como por encanto fuera de su caballo, y corriendo de brazo en brazo era vitoreado, aplaudido y hasta besado. Agradecido Silva á tan tier-nas demostraciones, contestaba únicamente á las amenazas del atleta:

—Dejadlos, dejadlos, que hagan de mí lo que quieran.

Cansado el soberano, y temiendo molestasen á su amigo más de lo conveniente, exclamó con imperio:

—¡Basta ya!

Al oir esta voz, pusieron al duque sobre su caballo, pero se alzó una gritería terrible pidiendo la pluma del héroe.

—¡Que nos dé su penacho,—decian,—que nos lo eche para besarlo.

Enternecido Alberto le quitó á un soldado la capa y chambergo, y arrancándose la coraza y el casco, se los dió

al pueblo, el cual, ébrio de placer, los deshizo y repartió.

—Señor,—dijo el duque al soberano,—ya veis cómo he quedado, permitid que me retire...

—Marcha, sí.

Y estrechando su mano partió también Cárlos, acompañado de Mendoza y seguido de su escolta.

Poco después, preguntaba Quirós á su pupilo:

—¡Vienes desnudo! ¿Qué te ha ocurrido, hijo mío?

—Que he cambiado,—contestó,—mi armadura por el amor del pueblo español.

Este diálogo fué interrumpido por confusa gritería, que á la puerta del palacio de Silva pedía ver á éste. Poco después salió el héroe al balcón, en medio del general y de Peralta, preguntando á las masas:

—¿Qué queréis?

Multitud de voces contestaron sin que se pudiera comprender nada de lo que habían dicho. Un militar grueso, dominando con su acento, hizo que todos callasen, y dirigiéndose al duque, le dijo:

—Señor, deseábamos mirar al invicto héroe, y oír de sus labios que hemos echado al enemigo de Fuenterrabía.

—Pues bien,—replicó el jóven,—es verdad, como igualmente que lo vencimos y humillamos.

—¡Bien! ¡bien! ¡Viva Alberto de Silva!—volvieron á gritar las masas.

—¡Viva el Emperador!—dijo el duque.

—¡Viva! ¡viva!—le contestaron.

—Id á palacio,—replicó aquél,—y demostrad al soberano vuestro júbilo. A él sólo debéis vitorear. Yo soy un soldado que no ha hecho otra cosa que cumplir con su deber. De él es Fuenterrabía, de él los ejércitos, de él somos todos; él nos guía, nos gobierna; á él debemos aplaudir. Yo os ruego que vayais al alcázar.

—¡A palacio! ¡a palacio!—exclamaron; y obedeciendo al héroe corrieron á la régia morada.

Quando se vió libre de la multitud, miró en torno, y notando que Mendoza habia regresado, le preguntó:

—¿Qué dice el monarca, capitan?

—Que os envidia y que mereceis esa ovacion. ¡Yo lo creo, voto al demonio!

A la mañana siguiente se levantó el duque, cogió del brazo al señor de Peralta y fueron á palacio. Diez minutos después entraron en el despacho del emperador. Ya estaba este trabajando con el general Quirós y dos secretarios.

—A tiempo llegas,—dijo el monarca al primero;—en este momento iba á hacerte venir.

—¿Qué sucede, señor?

—No es cosa mayor; tu amigo Navarro ha muerto en desafío á tres generales. Lee el parte en alta voz, Guzman,—mandó Cárlos, dirigiéndose á uno de los secretarios. Aquél cogió un pliego, y comenzo á leer:

«SEÑOR:

»Fuenterrabía sigue siendo de V. M.; en la frontera no hay síntoma alguno que nos haga temer nada, pues el enemigo permanece en Béziers esperando órdenes de su rey. »Pero en esta plaza acaba de tener lugar un hecho que ha conmovido á todo el ejército.

»He aquí, poderoso señor, lo ocurrido.

»Ayer, como á la una de la noche, el intrépido é infatigable Navarro se hallaba recorriendo el recinto de la ciudad, cuando oyó á vários soldados fulminar denuestos contra algunos generales y jefes, que no léjos de allí criticaban públicamente la noble, valiente y sábia conducta del capitan Silva. »La primera determinacion del maestro fué arrestar á los que hablaban mal de sus superiores, reprendiéndoles á la vez, aunque con dulzura. En el momento marchó al sitio donde se juzgaba á Alberto, y creyendo que no se le hacía justicia, arrojó un guante sobre el grupo, el que recogieron los señores Carvajal, Buendia y Rodrigo.

»Salieron los cuatro al campo, y á los veinte minutos los

»tres últimos fueron muertos de una estocada en el corazon.

»Navarro se me presentó en el acto; se ha instruido sumario, y mientras éste concluye ha quedado preso en el castillo de Santa Bárbara.

»El ejército, sabedor de todo, anda por las calles en un completo desorden, pidiendo la libertad del maestre y el mando supremo para el conde de Santomera.

»Y no es esto sólo; los capitanes Osorio y Nuñez de Lara han fijado varios edictos desafiando á cuantos jefes osen hablar mal de Silva; y viendo que nadie acude, ofrecen pelear cada uno contra dos. Los soldados los vitorean, y se puede decir que son los únicos á quienes obedece la tropa.

»Dejo á la alta consideracion de V. M. I. las consecuencias de este suceso, que deploro, y el que me apresuro á poner en conocimiento de mi señor.

»Soy humilde servidor de V. M.—*El Justicia Mayor, Condestable del Reino.*»

El César añadió, cuando hubo terminado la lectura:

—Contesta al condestable, duque del Imperio.

El jóven, dirigiéndose á uno de los secretarios, le dijo:

—Escribid.

AL EJÉRCITO DE FUENTERRABIA.

«SABED: Manda nuestro muy poderoso amo y señor don Carlos I, que todo individuo que en adelante desobedezca las órdenes del condestable sea en el acto pasado por las armas.

»Se continuará el sumario del maestre Navarro, quedando preso hasta que se concluya su causa, y recaiga en ella la soberana voluntad.—En nombre del emperador, *Alberto de Silva, duque del Imperio.*»

Luégo dictó varias instrucciones para el justicia, y seguidamente dispuso que partiese un correo ganando horas. Carlos le preguntó:

—¿Cómo dejas á tu amigo sujeto al terrible fallo de unos jueces severos?

—Señor, lo primero es la subordinacion del ejército. Navarro queda entregado á las consecuencias de un consejo de guerra; pero si éstas fuesen muy duras, V. M. lo perdonará, disponiendo que marche á la guerra. Allí debia ir de todos modos.

—Está bien; que se haga cuanto acaba de mandar Alberto. Acabad y retiraos,—añadió á los secretarios.

Cuando hubieron quedado solos, preguntó al duque:

—¿Qué te trae aquí tan temprano?

—Señor, el deseo de ver á V. M.

—¿Pretendes alguna otra cosa?

—Permiso para marchar á Fuenterrabía y luego á Francia.

—¿Cuándo anhelas partir?

—Mañana.

Quedó pensativo Carlos I, y después volvió á preguntarle:

—¿Qué otra cosa quieres?

—Que entregue V. M. al señor de Peralta su despacho de general, y se digne ordenarle me siga á Francia.

—¿Qué más?

—Que V. M. tenga á bien significarle su aprecio, toda vez que es uno de sus más valientes y leales servidores.

—Señor de Peralta,—contestó el César, alargándole la mano,—portaos en adelante como quien sois.

—Señor,—exclamó el navarro cayendo de rodillas,—perdonadme si os ofendí, y disponed de mi vida y de cuanto poseo.

—Alzad, marqués. Olvidad lo pasado, pues yo no me acuerdo ya de nada. Hoy tendreis vuestro título de general; seguid al duque, y honrado y valeroso combatid á su lado en pro de vuestra patria.

—Señor, no merezco tanta bondad; cuando lo haya ganado...

—Basta, marqués. En lo sucesivo hablemos cuanto querais del presente y porvenir, nada de lo pasado. Siéntate, Alberto, y sírve me de secretario.

—Espero las órdenes de V. M.

—Escribe.

«SEÑORA:

«A las cinco de esta tarde os acompañaremos á la mesa
«el duque del Imperio, el general Quirós, Don Pedro de Pe-
«ralta y vuestro afectísimo.—*Cárlos.*»

A las tres montaron á caballo los cuatro, y acto continuo se dirigieron al valle, en cumplimiento del contenido de la carta que acababa de dirigir el emperador á la madre de María. Comieron, hablaron mucho de los franceses, algo de los amores de Silva, y á las siete regresaron á Madrid, dejando satisfechas á María y á Clotilde, y volviendo ellos agradablemente entretenidos.

Ya en Madrid, se retiraron á su palacio los generales Quirós y Peralta, mientras que el soberano y Silva penetraron en el régio alcázar, ocupando media hora en demostrar el primero al segundo que cada día tiraba mejor, sin perjuicio de lo cual fué vencido segunda vez por el inalterable duque del Imperio.

—Basta,—exclamó Cárlos I, arrojando la espada.—Dices que cada día manejo mejor el acero; añaden otros que soy el primer tirador del mundo, y sin embargo me has vencido con facilidad increíble. Vistámonos de simples oficiales flamencos y salgamos al instante, que la noche avanza y deseo entreterla mejor que durante la última media hora trascurrida.

—¿A dónde vamos, señor?—se atrevió á preguntarle Silva.

—Tambien esta noche han iluminado las calles, discurre mi pueblo alegre y bullicioso, y deseo verlo y oírle sin que él me reconozca.

—Aplaudo la idea.

—Pues apresurémonos á realizarla.

Y ámbos se cubrieron con trajes flamencos, embozándose luego hasta los ojos en capas negras que llegaban desde el suelo hasta casi el ala de sus chambergos.

De este modo salieron á la calle, confundiéndose al poco

tiempo con la multitud que se apiñaba doquier, vitoreándolos y celebrando la toma de Fuenterrabía.

Algo más tarde quedaron parados frente á un establecimiento, que tenía encima de la puerta el siguiente letrero: *Hostería del Imperio*.

—Hé aquí lo que yo andaba buscando,—dijo el emperador.

Y entraron, atravesando varias piezas pequeñas hasta llegar á un salon grande, el cual estaba cuajado de gente.

Viendo Carlos que no habia sitio para sentarse, llamó á un mozo, y le dijo:

—Necesito una mesa y dos sillas.

—No las hay,—contestó el interpelado.

—Búscalas,—añadió Alberto con imperio, tirándole dos escudos.

—Ahora mismo, señor, ahora mismo. ¡Fuera de ahí, canalla!—gritó á dos curiosos que tenían cogida una y no tomaban nada.—¡Alzad! aquí se viene á comer y no á oir cuentos. Vamos pronto, que esperan dos valientes caballeros.

Después de algunas contestaciones se levantaron, yendo á sentarse Carlos y Alberto; pero en el mismo instante, otros dos embozados se interpusieron, diciendo uno de ellos:

—Atrás, señores flamencos, nosotros tambien queremos mesa, y siendo españoles, tenemos más derecho que vosotros á lo que hay en nuestro país.

Silva anduvo dos pasos, sin decir nada, se llegó al que les hablaba, le arrancó la silla de la mano y fué á alargársela al César; mas éste ya habia hecho lo mismo con el otro desconocido, y estaba sentado.

—Mozo,—dijo el duque;—trae javalí; vinos viejos, y á esos dos caballeros un refresco.

Atónitos los embozados, se miraban sin acertar á explicarse lo que les pasaba. Uno de ellos, montado en cólera, replicó:

—Os habeis burlado de dos castellanos, y ¡voto al demo-

nio! que os ha de pesar, señores flamencos, ó señores vampiros.

Una carcajada de Carlos y de Alberto fué la única contestacion á tal insulto.

Los otros se hicieron una seña y salieron. El monarca dijo á su jóven amigo:

—Ya tenemos lance; hé ahí lo que yo habia previsto.

El gran salon donde estaban iba cada vez cuajándose más de curiosos y de entusiastas por la toma de Fuenterrabía. Se bebia, se devoraban manjares, se brindaba por el emperador, por el héroe y por el ejército español, y la alegría y entusiasmo imperaban allí.

Llegó un momento en que fué tal la confusion de voces, que convertido aquello en otra Babilonia, nada se comprendia de cuanto se intentaba decir. Los ilustres embozados oian hablar de ellos, de sus hechos, de sus figuras, y gozaban extraordinariamente escuchando cómo se disputaban el derecho de elogiarlos.

Una voz gruesa, dominando por último á aquella algarabía, exclamó:

—¡Pido la palabra! Callad todos, y os diré lo que nadie sabe.

Miraron al nuevo orador, y en grito unánime dijeron:

—¡Martin el armero! ¡que hable, que hable!

Y siguió á esta exclamacion un profundo silencio, dirigiéndose todas las miradas hácia el fabricante de espadas. Este era un hombre como de cuarenta años, bajo, fornido, de barba y bigote poblados. En su frente despejada, se veia esa luz del talento natural. Hablaba con facilidad, y áun cuando pertenecia al pueblo, eran corteses sus modales, y agradable su trato.

Se subió á una mesa, arregló su bigote, se atusó la barba y comenzó de esta manera:

—Señores, todos sabemos que Fuenterrabía es nuestra, que en Italia vencen los españoles, y que el mundo entero se humillará ante las plantas de nuestro jóven y entendido sobe-

rano, si encarga al capitan Alberto que lo conquiste. He dicho mal, al duque del Imperio, porque sabed que ha sido nombrado duque.

Un aplauso general resonó en todo el salon, gritando los espectadores:

—¡Bravo, bravo! lo merecia.

Volvió á restablecerse el silencio, y el orador continuó:

—¡Yo lo creo que ganó ese título! pero debemos estar tranquilos, porque S. M. le quiere como á hermano y le hará justicia. ¡Oh, bien sabe Cárlos I lo que vale! Mas lo grande, lo que os debe entusiasmar, es la noticia que vais á oir. Atencion, señores, atencion: esta mañana, estaba yo en mi taller fundiendo acero para el ejército de Italia; me hallaba entre mis cuarenta operarios, contemplando las magníficas espadas que voy á mandar á nuestros hermanos los soldados de la liga, cuando hé aquí que veo entrar á un gigante de aspecto terrible, mirada sangrienta y guerrero talante, que se llega y me pregunta:

—¿Sois Martin?—Sí, señor, le contesté.

—Pues bien, maestro, —añadió;—sé que os teneis por un buen español, que admirais á los valientes, y que adorais al emperador y al duque del Imperio; yo soy un capitan del ejército de Fuenterrabía, compañero y amigo del último, y necesito que me hagais una espada tan larga como yo, tan fuerte como mis puños, y con un temple, voto al demonio, digno de vuestra habilidad.

—¿Qué vais á hacer con ella, señor?—repliqué.

—¡Me gusta la pregunta! matar hasta que no quede un enemigo.

—¿En Italia?

—¡En el infierno! Voy á Francia, á París, á buscarlos en sus madrigueras.

—Señores, al decirme esto, arrugó la frente y tomó su cara tal aspecto de fiereza, que me aterró. Vuelto en mí, le pregunté:

—¿Os acompañará el valiente, el héroe duque del Imperio?

—¡Pues no! ¿Cuándo estará mi espada?

—Esta noche dormirá en vuestra casa.

—¿Será como os la he pedido?

—Estoy seguro.

—Gracias, Martin,—añadió;—estrecha mi mano, que eres un buen español y quieres á Alberto.—¡Oh! tanto me apretó, que creí me deshacía los dedos. Tiene unas fuerzas terribles. Ahora bien: ¿Quereis saber quién es ese guerrero?

—¡Sí! ¡sí!—exclamaron todos.

—Pues es el capitan Mendoza, amigo íntimo del duque, que le ha venido acompañando de Fuenterrabía. Y la espada que yo le he hecho es ésta.

Abrió el artesano su ancho capote, la sacó, y enseñándola á la concurrencia, la hizo un arco y la levantó después, gritando:

—Saludadla, ¡va á Francia á elevar el nombre de España, á ganar honra y prez!

En seguida comenzó de nuevo otra gritería como la anterior, pues cada cual intentaba explicar á su modo la partida de Alberto, suponiendo que en breve sería París de Carlos I.

Poco más tarde fueron saliendo todos de la hostería, deseosos de esparcir la noticia que habian oído al maestro. Este último iba á marcharse tambien, cuando un mozo lo detuvo, diciéndole:

—Maese Martin, aquellos dos caballeros que hay sentados allí, desean que vayais á beber un vaso de vino español.

—Con mucho gusto,—contestó el fabricante. Y dirigiéndose á aquellos les saludó, sombrero en mano, esperando en pie á que le preguntasen.

Carlos se descubrió un poco, y le dijo:

—Sentaos, Martin, y bebed ese vaso de vino.

El espadero obedeció.

En seguida añadió el duque:

—Somos españoles y militares; yo he venido de Fuenterrabía.

rabía con Mendoza, y en su nombre, como igualmente en el de Alberto, os doy las gracias por el elogio que habeis hecho de ellos.

—¿Sois amigo del capitán?

—Sí. Enseñadme esa espada.

La cogieron, y después de reconocerla y hasta probarla, exclamó el César:

—¡Es una hoja magnífica, Martín! id mañana á palacio y presentaos al emperador.

—Pero, señor, ¿cómo he de entrar?..

—Anunciaos; me consta que el soberano quiere hablar con vos. No falteis.

El armero dió las gracias á los desconocidos, y partió.

—¿Qué hacemos, señor?—preguntó el duque, viendo que se iban quedando solos.

—No lo sé,—contestó el Emperador;—he promovido ese lance, y ahora me pesa. La noble voz del artesano y el entusiasmo de mi pueblo me han enternecido, y no quisiera desnudar la espada. ¡Caramba! y de seguro nos están esperando á la puerta de la hostería.

—No lo dudeis; pero nos dejarán el paso libre.

—¿De qué medio te vas á valer?

—Ahora lo vereis, señor.

Llamó Alberto, arrojó una moneda de oro al mozo, y salieron. Frente á la puerta habia ocho embozados en largas capas, con las espadas desnudas. Al ver á Carlos y al duque, formaron un semicírculo para cogerlos en medio, y fueron á echarse sobre ellos. El jóven capitán no hizo más movimiento que cubrir á su rey con el cuerpo, desembozarse y gritar:

—Paso á Alberto de Silva.

Y todos quedaron como petrificados. Los otros dos siguieron su camino sin dirigirles ni una mirada. Cuando hubieron salido de la calle, uno de los ocho, repuesto ya, dijo á sus compañeros:

—Vámonos, señores.

—¿A dónde?—le preguntaron.

—A dar gracias á la Virgen,—contestó aquél,—que nos ha librado de morir esta noche.

Y partieron en direccion de una iglesia.

Poco después decia el monarca á su amigo:

—Esas pobres gentes se volvieron estatuas al oir tu nombre y verte el rostro. Hé ahí los efectos del aura popular.

Y llegaron á palacio, entraron en el guardaropa y cambiaron de traje, exclamando Cárlos:

—Duque, acompáñame á la capilla.

Cogidos del brazo atravesaron várias galerías hasta llegar delante del Eterno. Allí doblaron sus rodillas y oraron. El monarca presentaba el rostro surcado por el llanto; aquellas tiernas lágrimas dulcificaban su existencia. En presencia de los hombres mandaba, era arrogante y se hacía obedecer; ante Dios inclinaba su frente y pedia. Esta costumbre la tuvo el César mientras vivió.

Alberto por su parte bendecía, adoraba y demandaba piedad. Miraba la religion como un sagrado deber, que le producía el más dulce consuelo. No éra fanático, pero amaba al Hacedor con toda la fe de su alma.

Una hora duró aquella ascética meditacion. Salieron luégo, se fueron al despacho, y sentándose, tomó la palabra el monarca, preguntándole:

—Y bien, Alberto, ¿qué vas á hacer en Francia?

Sacó el capitan unos papeles y se los dió, contestando:

—Leed, señor; ahí está mi plan de conquista.

Después que hubo concluido se los devolvió, exclamando:

—¡Magnífico! es digno de tí; nada tengo que añadir ni quitar. Creo que triunfaremos.

—Dios nos ayudará, gran señor.

—Marcha; el momento es el más á propósito. Tras de la toma de Fuenterrabía, ha seguido el descalabro en Italia. El ejército que manda allí el almirante francés, huye de nuestros soldados, siendo derrotado cada vez que hace frente. El bravo

marqués de Pescara, el virey de Nápoles, el duque de Milan, el de Urbino y los demás generales y esforzados capitanes de la liga siguen en pos de la victoria, y ya han caído en nuestro poder toda la Lombardía, Milan, Pavía, Viagrasa, Tesin, Garlasco, Bigeven, Matura, Sartirana, Novara, Gatinara, la Romanía, y en fin, casi toda Italia es nuestra, y ántes de poco no habrá en ella un sólo pueblo que obedezca á Francisco I. El general en jefe enemigo, herido y temeroso, se ocupa en reunir sus empobrecidas huestes, para huir lleno de humillación y vergüenza. Por una puerta entrará él en Francia esparciendo el temor y el asombro: penetra tú por otra, llevando como siempre la victoria en la punta de tu espada, y conseguiremos el objeto. Toma; en ese documento te doy nuevas y amplias facultades para que mandes como yo mismo pudiera hacerlo. Arroja esa banda de capitán; eres ya generalísimo, y las omnímodas facultades que te concedo, pondrán á tu disposición en todos mis dominios hombres, oro y cuanto necesites. Me resta hacerte una advertencia: los franceses son valientes y sagaces; combate su astucia y vencerás. A tí no te debo decir más. ¿Estás satisfecho?

Alberto desdobló el papel que Carlos le había dado, y después de leerlo con bastante detenimiento, contestó:

—Sólo me falta la victoria; si no muero, la obtendré.

—Dios te oiga. Vamos á cenar.

Y ámbos fueron al comedor. Más tarde se retiraron á descansar, quedándose Silva en el régio alcázar, y muy cerca de la cámara imperial.

A las siete de la mañana del día siguiente entró en la habitación del jóven un palaciego, llevándole la armadura completa que le regalaba el soberano. Los relieves eran de oro, su trabajo esmeradísimo, y en el extremo del casco lucía una pluma negra.

—Magnífica, —exclamó Alberto poniéndosela. —Su divisa pide guerra; pues la habrá, hasta asombrar al mundo.

Vestido ya, entró á despedirse de Carlos, que lo recibió

con los brazos abiertos. Salió del régio despacho, y se halló con el general, que tambien lo estrechó.

En la contigua habitacion estaban Peralta y Mendoza, vestidos como él, esperándole.

—Vamós, —les dijo.

Y bajaron las escaleras de palacio. En el gran patio le dieron el mejor caballo del emperador, el cual lucia en su mantilla las armas reales. Montaron y salieron á la calle seguidos de los veinte ligeros que trajeron de Fuenterrabía. Un tropel de cortesanos, nobles, militares y pueblo se agolpó entónces, y parando á Alberto, se disputaron largo rato, unos el estrechar su mano, otros el mirarlo, y todos á porfia el despedirlo y aclamarlo.

Por fin, Silva exclamó:

—¡A Francia!

Y fué á partir, pero nuevamente le detuvieron cien caballeros que con traje de guerra y en briosos alazanes le respondieron:

—¡A Francia!

Uno de ellos añadió:

—Señor duque, el César nos permite rodearos, seguiros y obedeceros. Todos somos nobles, y anhelamos elevar el nombre de nuestra patria.

El jóven los miró detenidamente, exclamando:

—¡Buena escolta! ¿Teneis capitán?

—No, —le contestaron.

—Mendoza, poneos al frente de esos señores, y á escape.

—¡A Francia! —repitieron todos.

Y el duque delante, á su izquierda Peralta, y detrás los cien nobles y veinte ligeros, marcharon entre un millón de aplausos que les prodigaba la multitud.

Cárlos I y Quirós los vieron salir desde un torreón del alcázar. Cuando los hubieron perdido de vista, preguntó el soberano:

—Y bien, general, ¿te ha dado pena la despedida de Silva?

—Mucha, señor; ya veis que lloro como un niño; pero me ha causado ménos dolor su partida que el que sentirán los franceses al volverlo á ver.

—¡Lo creo!

Una hora después paró Alberto en el valle. Los criados salieron asustados al oir el ruido de tantos caballos. Se cogió el duque del brazo del marqués y subió. En el salon principal lo esperaba ya Clotilde. Se sentaron y hablaron diez minutos; al cabo de este tiempo, dijo la dueña:

—En la habitacion inmediata hallareis á María. Cuando gustéis podeis despediros de ella.

Dió las gracias el jóven, y entró.

Allí vió á su adorada, sobre un divan, llorando amargamente. Se llegó á ella, la cogió una mano, la hizo levantar, y asomándose ámbos á una ventana, que daba al jardín, la dijo:

—María, voy á partir; te dejo mi corazon, mi pensamiento, mi vida. No llores más, ángel mio; recuerda que salgo de aquí amante, y que volveré esposo. ¡Oh! veo lo que padeces, lo que me amas. Lo que yo siento, lo que sufro, no lo puedo explicar; compréndelo y sítvate de consuelo el que no tardaré en unirne á tí para siempre.

—Vas á Francia, Alberto,—contestó,—y me dice el corazon que vencerás, pero que te ocurrirá una gran desgracia. Si te matan, está seguro que yo tambien moriré.

—Bien,—respondió Silva;—si tal sucede, en el cielo nos uniremos, y ante Dios seremos felices.

—¿Te vas ya?

—Sí, es preciso.

—Parte, pues.

Y ámbos se abrazaron, secaron sus ojos, se cogieron del brazo, y disimulando su pena salieron.

Al verlos, el señor de Peralta se levantó. Era la señal de despedida. Estrecharon la mano de las dos, Clotilde les echó su bendicion, y marcharon.

Volvieron á montar y partieron á escape. Madre é hija los

vieron correr un poco de tiempo. La última, al perderlos de vista, exclamó:

—¡Acaso no le vea más! ¡El corazon me lo dice!

Y cayó al suelo sin sentido.

La infeliz presentia la gran desgracia de que se hallaba amenazada; su noble corazon le decia ya que en lo porvenir encapotaba el sol de su ventura la negra nube del infortunio. ¡Cuántas lágrimas debia verter! El hado dispuso que la esposa del héroe le igualase en valor, y María tuvo que demostrar al mundo que era digna del privilegiado sér que el cielo le ofrecia para esposo.

Pero no adelantemos el discurso.

CAPITULO II.

El ejército español en Francia.—Anuncio terrible de una más terrible visita.—
Principia la guerra.

HASTA ahora sólo conocemos al héroe Alberto en miniatura. Le hemos visto batirse, vencer y dar señales de un talento nada vulgar. En una palabra, hemos augurado el heroísmo, hemos visto algo de héroe; pero al grande, al sábio general, todavía no, por más que lo supongamos capaz de todo.

En estos instantes camina para Fuenterrabía, y de allí marchará á Francia. Tiene que organizar un gran ejército, conducirlo después á país enemigo, cuidar del alimento y vidas de treinta mil hombres, llevarlos á la victoria y ser el único responsable de la suerte de toda esa gente y hasta del honor de un vasto imperio, confiado á su talento y valor. Veamos, pues, lo que se propone.

Para que nuestros lectores puedan apreciar en su justo valor la guerra que España hacía á los franceses en esta época, es necesario que digamos algo de lo que pasaba en Italia. Queriendo los de Francia hacerse dueños de la Lombardía y poco á poco del resto de Italia, mandaron un ejército de cuarenta mil hombres, el cual en unos cuantos dias invadió el Piamonte. Sabido esto por el emperador Cárlos I, se confederó con los ingleses, venecianos y Pontífice, y así comenzaron las famosas guerras de la liga. Cada nacion de las coaligadas envió sus mejores y famosos capitanes, si bien en corto número. Es-

pañá, por su parte, no sólo mandó buenos jefes, si que tambien muchos y excelentes soldados. Dueña entónces del reino napolitano, le interesaba combatir á Francisco I, y nada escaseó, lo cual hizo que nuestro ejército diese allí la ley á amigos y á enemigos. Comenzó la lucha entre invasores y coaligados, y después de mil reveses, que no hay para qué citar, fueron perdiendo los primeros lo que tenían ganado.

Francisco I, rey valiente y entendido, sufrió estos reveses de la fortuna con todo el dolor de su alma, pero sin desmayar por eso, ni abandonar sus temerarias empresas, como más adelante se verá. Cuando este monarca se hallaba más abatido, entónces desplegaba más brio para adquirir lo perdido y ganar otro tanto.

Hé ahí el cuadro que presentaba la nacion francesa en estos momentos en que caminaba Alberto en busca de su intrépido rey. El instante no podia ser mejor.

Pero volvamos á Fuenterrabía, sitio destinado por el héroe para organizar su gente.

Habian transcurrido seis dias desde aquel en que salieron de Madrid Silva, Peralta, Mendoza, los cien nobles, el sargento Dávalos y veinte ligeros. Era una mañana de invierno algo fria, mas un benéfico y radiante sol extendia sus dorados rayos sobre el suelo cubierto de nieve. Fuenterrabía, reparada completamente de los descalabros de la guerra, ostentaba la bandera nacional en una de sus empinadas torres. No tenía enemigos dentro ni fuera que la asediasen, pero se oian muchas voces en su recinto, ruido de armas y una confusion inmensa de gente que por todas partes vagaba, dando gritos y amenazando. Era el ejército imperial, que estaba comenzando una nueva sublevacion.

Fijado por el condestable el edicto que le mandó Silva, todos se habian retirado, sin murmurar, incluso los dos capitanes ex-comuneros, y nadie habia vuelto á alterar el orden. El consejo falló, y con arreglo á la ley no pudo ménos de sentenciar á muerte al maestre Navarro; al valiente jefe que ha-

bia conducido con tanto acierto y bizarría á sus soldados. Osorio y Lara, sabedores de nueva tan fatal, no pudieron contenerse; volvieron á sublevar al ejército, y puestos á la cabeza de las masas, corrieron á la prision de su amigo. En estos momentos rompian las puertas, desarmaban la guardia y se disponian á entrar, cuando de pronto cesa la gritería de los amotinados, miran hácia una calle que tenían en frente, y exclaman aterrados:

—¡El capitan Silva!

A los ex-comuneros se les cayeron las armas de las manos, y los soldados se descubrieron con tanto temor como respeto. Era Alberto efectivamente, que llegaba de Madrid en aquel instante. Enterado por el condestable de lo que ocurría, penetró en medio de los insurrectos, se alzó la celada, miró en torno y rodaron por sus mejillas dos lágrimas. Todos cuantos allí habia cayeron de rodillas, levantando los brazos y pidiendo clemencia.

—Os perdono,—dijo el jóven con tristeza;—retiraos, y ¡ay del que vuelva á faltar á su deber!

Y se apeó, hizo que lo siguieran Mendoza, Peralta y sus cien caballeros, y entró en la habitacion del preso.

Estaba éste tendido sobre un divan, contemplando dos botellas de vino que tenía cerca de sí. Su postura era indolente y el rostro no demostraba pesar alguno; ántes al contrario, parecia hallarse satisfecho de su posicion y de sí mismo. Al oir el ruido de tantas pisadas, miró á la puerta, y viéndolos entrar, fijó la atencion con alguna indiferencia; pero al reconocer á Silva, dió un salto y se abrazó á él, exclamando:

—¡Te esperaba hoy, hijo mio!

—¿Quién te ha avisado?

—El tiempo trascurrido; y ya ves que no me he equivocado.

—Ya sé que calculas admirablemente.

Y se dirigió á sus caballeros, diciéndoles:

—Señores, os presento al maestre Navarro, á mi padre,

á mi maestro; á un valiente que ama al emperador y que será el primero en perecer por él.

Y volviéndose á aquél, continuó:

—Son, padre mio, cien nobles, que ha puesto el monarca á mis órdenes para que los lleve á la guerra y los conduzca á la victoria. Todos, como ves, son jóvenes, pundonorosos, y pertenecen á las familias más distinguidas de España. Ahí tienes al primogénito de Alba, al hijo de Pimentel, al sobrino de Pescara, á un descendiente del Cid, á otros de Guzman, y en fin, á hombres que seguirán fielmente las honrosas huellas de sus antepasados. ¿Te gusta mi nueva escolta?

—Me parece excelente: en esos semblantes, veo retratado el valor. Pero os advierto, señores,—añadió, dirigiéndose á los nobles,—que nadie como el duque os proporcionará lauros y ocasiones de adquirirlos. Si orgulloso puede estar vuestro jefe con sus caballeros, más debeis estarlo vosotros: en España, no hay más que un Alberto de Silva; creo que me habreis comprendido.

—Sí,—respondió Mendoza, saliendo de entre sus subordinados;—yo, que he merecido la honra de capitanear á estos muchachos, digo, en nombre de todos, que tenemos por una dicha incomparable rodear al héroe y obedecerle.

—Basta, capitan,—dijo el duque arrojando la pluma con que acababa de escribir,—basta de palabras lisonjeras; tomad esta orden, id al consejo y que os entreguen el sumario de Navarro. Volad, amigo mio.

Así lo verificó el gigante, volviendo poco después.

—¿Qué vas á hacer?—preguntó el maestre á su hijo.

—Padre mio, cuando recibí el parte de tu prision me hallaba al lado del César y tuve que observar las reglas que prescriben las leyes. Hoy, que mando en jefe, bajo mi única responsabilidad, ved lo que practico:

Y arrojó el sumario al fuego, continuando:

—Te doy las gracias por la heroica accion que llevaste á cabo matando á esos miserables: ya estás en libertad; dispon-

te á seguirme y á probar al mundo lo que somos, lo que valemos.

Y añadió, dirigiéndose á Mendoza:

—Volved á salir, amigo mio: preparadme habitacion, cuidando que en el mismo local estén Navarro, Peralta, Usen, vos y mis cien caballeros. Que le traigan al primero su traje de guerra; y tomad esta órden, que entregareis al condestable, para que á las cuatro esté formado el ejército.

Partió el capitán y los otros esperaron su vuelta y la hora de la formacion, para la que todavía faltaba mucho tiempo, el cual pasaron descansando los recién llegados en el castillo que servía de prision al maestre, y todos hablando sobre acontecimientos futuros.

Nuestro jóven héroe habia variado algo en la parte física. Ya no era el barbilampiño, blanco como la nieve, delgado y bajo. Su estatura era ya la de Navarro; se habia llenado proporcionalmente, y su blanca piel, curtida con el aire y el sol, tenía ahora un tinte moreno claro que aumentaba la belleza de sus facciones. Un bigote rubio, poblado y de guias bastante largas, acababa de dar á su cara esa marcada expresion de hombre. La postura sobre el caballo era briosa y sus maneras las de un militar cortesano, pues jamás desaparecian de él la dulzura, negligencia y moderacion que caracterizan á la persona distinguida.

En estos momentos iba sobre el hermoso alazan que le regaló Cárlos, con su preciosa armadura ostentando las armas imperiales. Sobre los hombros se echó el manto de la órden de caballeros á que pertenecía, y en medio de Navarro y de Peralta, seguido de sus cien caballeros y de los quinientos ligeros, se presentó al ejército.

Estaba éste formado en batalla, en un llano y en el mayor silencio. Jefes, oficiales y soldados ocupaban sus puestos, y todos permanecian así, sin saber lo que aguardaban.

El día continuaba hermosísimo.

Por último, apareció Alberto con la visera alzada. Al ver-

lo el general mandó dar un toque de atencion. Cuarenta mil voces gritaron espontáneamente:

—¡Viva el duque del Imperio!

Y volvieron á callar, esperando oír la voz del representante del monarca, generalísimo ya del Imperio. Luégo recorrió el duque toda la línea, se detuvo cada vez que vió un ex-comunero para hablarle familiarmente, y después se llegó al general, preguntándole:

—¿Cuántos han faltado á su deber desde mi regreso?

—Ninguno, señor.

Satisfecho de la contestacion se situó con los suyos en una pequeña altura, y desde allí mandó hacer várias maniobras, que fueron ejecutadas bastante bien. Luégo formaron en masa alrededor del duque, diciéndoles éste:

—Guerreros, el emperador os perdona por esta vez unas faltas que no quiero recordar. Cuidad en adelante no incurrir en otra, pues costará la vida al que tal haga. Ved que las naciones extrangeras os están mirando, que se asustan al oír el nombre castellano; que no digan jamás: «son valientes como los soldados de Atila.» Que exclamen siempre: «son bravos y entendidos como los ejércitos del imperio romano;» que teman vuestro valor, que admiren vuestro respeto y abnegacion. Soldados, el mundo entero os contempla: victoriosos en la Lombardía, Nápoles y España, no empañad con excesos punibles tanto lauro adquirido á costa de preciosa sangre. ¡Ay de los que no escuchen mi voz ó desoigan mis consejos! Os voy á llevar nuevamente á la guerra; otra vez vais á ver á vuestros enemigos frente á frente; la patria y el soberano confían en vuestro esfuerzo; la victoria os espera, la gloria os aguarda. ¡Soldados, á morir ó vencer! ¡Viva el Emperador! ¡Viva España!

Renunciamos á describir el entusiasmo que produjeron las palabras del generalísimo; nada más grande ni sublime que aquella confusion de voces, aplausos y vítores.

Tocaron los clarines, y en el mejor orden y con el mayor

contento desfiló el ejército por delante del duque, entrando en la ciudad, seguido de Alberto y de toda su comitiva. Estos se alojaron en un palacio de Fuenterrabía, y media hora después recibieron en los salones principales á los generales, jefes y oficiales que fueron á saludar al jóven, el cual los recibió como á compañeros, estrechando las manos á todos y felicitándoles por la alta idea que habia formado de ellos el emperador.

Poco á poco se trocó aquel ruido y algazara en el más profundo silencio. Hacía tres dias que Silva no habia cerrado los ojos ni bajado de su caballo más que para cosas indispensables. Se desnudó ahora y trató de descansar; Peralta, Mendoza y los caballeros de su escolta hicieron lo mismo; sus cuerpos parecian de hierro; aquellos nobles castellanos eran hombres que amaban á su patria.

El intrépido Navarro se puso traje de seda, se envolvió en un gában de pieles, y sentándose á la cabecera de la cama de Alberto, pasó dos horas contemplándole, oyendo su tranquila respiracion y separando de su frente los cabellos que se corrian. Era el leon guardando el sueño de su cachorro; era el cariño fijo en el objeto amado.

Una hora después abrió los ojos el héroe, y sonrió, exclamando:

—¡Cuánto hubiera dado mi padre por ocupar ese puesto un solo dia, por verme como tú ahora! ¡Infeliz! espiró pobre, olvidado de todos y llevando el sentimiento de dejarme sumido en la miseria, entregado al solo cariño de un proscrito. ¡Ay, Navarro, mucho me hace sufrir esa idea!

El maestre no tuvo al principio nada que contestar, afectado por las palabras del mancebo. Reponiéndose después, fué á hablar, pero le contuvo ver á Alberto sentado sobre la cama, con los brazos alzados y en actitud fervorosa. Un sudor copiosísimo bañaba su hermosa frente; sus ojos vertian lágrimas, y el rostro lo tenía sumamente encendido. Hablaba bajo, estaba fatigado y su noble corazon palpitaba fuertemente.

Por fin se serenó algo, cogió una mano á su amigo, y le dijo:

—¡Qué carga tan pesada es la vida, padre mio! ¡Qué de sufrimientos tiene el mundo, en todas las posiciones, en todos los rangos! ¡Ay, cuanto más se piensa, cuanto más la suerte nos eleva, más y más padece el corazon! Cada instante de dicha nos cuesta un dia de tormento; cada gota de placer un rio de amargura; cada momento de tranquilidad un mes de inquietud!

—Es verdad, hijo mio, —contestó el ex-comunero;—pero tambien es cierto, que Dios nos ha hecho fuertes, que nos ha dado una voluntad de hierro. ¿No te acuerdas ya de María?

—La idea justamente de lo que padecerá ese ángel, me afecta más que todo. ¿Si á mí, que soy fuerte, me domina el pesar, á ella, que es tan débil, qué le sucederá?

—¿Y recuerdas tambien á tus enemigos, la guerra, y al emperador?

—Sí, tienes razon: hablemos de Francia, de Francisco I y de Cárlos.

Y perdiendo el rostro de Alberto su expresion de ternura y abatimiento, se tornó en altivo, imponente y hasta terrible, continuando:

—Olvidemos debilidades y volvamos á ser hombres. Pasado mañana saldremos de aquí, y haremos remontar nuestras águilas imperiales por encima de los Pirineos.

—¿Pasado mañana?—preguntó Navarro sorprendido.—¿Pasado mañana, dices?

—Sí,—replicó Silva con una fuerza de voluntad irresistible.

—Que nada falte; monta bien la administracion del ejército y encárgala á manos hábiles y entendidas. No olvides que nosotros vamos á pelear y vencer. Mañana me darás cuenta de lo que hayais hecho Usen y tú.

Y sin esperar contestacion, se vistió, dió algunas instrucciones más á Mendoza, y cogiéndose del brazo de Peralta

salió y fué á casa del condestable, donde ya le aguardaban los demás generales.

—Señores,—les dijo, sentándose en medio de ellos;—vuestra mision ha concluido en Fuenterrabía. Satisfecho el emperador, os espera en Madrid, donde recibireis órdenes superiores. Vos, noble anciano, hallareis allí la recompensa á que os habeis hecho acreedor. Podeis partir cuando gustéis.

—Nosotros creimos seguiros,—replicó uno.

—Conde de la Albuera, mi viaje á Francia está fundado en un compromiso que contraje con el monarca, y no puedo ni debo arrastraros á una empresa temeraria, donde se recogerán más daños que glorias, más estocadas que coronas. Vosotros os encontrais todos cubiertos de laureles, y vuestra fama no necesita de nada para encumbrarse. No llevo conmigo más general que á Peralta, y á éste le permito que me acompañe, porque él lo desea vivamente y porque necesita combatir á los franceses en su misma casa. La causa ya la comprendereis. Me siguen sólo jóvenes sedientos de honores y de nombre; valientes, pero casi todos simples oficiales. Ahora os invito á todos á almorzar mañana conmigo. Deseo que reunidos celebremos la toma de Fuenterrabía. Juntos vencimos, unidos debemos recordar la victoria. ¿Acceptais?

—¡Sí, sí!—exclamaron.

—Gracias,—añadió levantándose;—os espero, y quedais facultados para que lleve cada cual las personas que guste.

Les estrechó la mano, hizo lo mismo el navarro, y partieron. Poco después se sentaron á la mesa con Mendoza y los caballeros de la escolta. Concluida la comida encargó al gigante los preparativos para el almuerzo del día siguiente. Eran las nueve de la noche. Navarro no habia parecido ni se sabía qué era de él. Sin perder tiempo se echaron sus respectivas capas el duque y Peralta, y salieron. Hasta la una de la noche pasaron recorriendo cuarteles y calles; nada encontraron que castigar, nada que reprender.

Volvieron á casa, y después de encargar Alberto á su com-

pañero que se retirase á descansar, se fué al despacho del maestro. Allí encontró á Usen y á Navarro sentados á la mesa escribiendo, y tan embebidos en lo que hacían que no notaron la presencia del duque.

—¡Bien, amigos míos, bien! así esperaba hallaros,—les dijo Silva.—¿Dónde habeis comido?

—En una hostería,—respondió el segundo, dejando la pluma.

—¡Trabajais muy de prisa!

—Es que tenemos mucho que hacer.

—Me alegro.

—Yo no.

—¿Por qué?

—Oídllo en verso; hace poco me decia:

Ira de Dios, cuanto abrumba
Al que se educó entre espadas,
Y mandobles, y estocadas
Estar sujeto á una pluma.

—¿Lo comprendes ahora?

—Sí, y lo creo, que es más.

—¿Me necesitas para algo?

—No.

—Pues entónces, con tú permiso voy á seguir.

—Dadme papel y os acompañaré.

Se sentó Alberto, y los tres pasaron la noche escribiendo. Al toque de diana, salió el duque con Usen y Peralta, reconociendo la gente que debia ir con él á Francia. A las nueve regresó, y entrando donde estaba el maestro, le dijo:

—Vamos á vestirnos y á recibir á los que nos vienen á honrar hoy.

—Hazlo tú que puedes; yo tengo que ocuparme de cosas más importantes.

—¿Tú?

—Sí. ¿Has olvidado la desdichada comision que pesa sobre

mí? Si he de cumplirla bien, necesito todo el tiempo que nos resta permanecer en Fuenterrabía.

—Como gustes; pero siento no verte á mi lado.

—Ya lo estaré mañana.

Una hora después los convidados se sentaron á la mesa.

Mendoza habia llenado su encargo admirablemente. No habia más lujo y magnificencia.

Sepamos las personas que se hallaban reunidas.

En primer término estaba Alberto; á su derecha el condestable, y á la izquierda el jefe más antiguo. Después continuaban á uno y otro lado hasta doce generales más. Seguian vários maestros y capitanes, los ex-comuneros, y en último lugar los cien caballeros de la escolta del duque.

Tres horas duró el banquete, reinando en él la alegría, animacion y bullicio propios de gente militar y del objeto de tal reunion.

Al concluir, dijo Silva:

—Señores, os doy las gracias en nombre del emperador, por vuestro cariño hácia él, el cual se lo demostrais lo mismo en el campo que en el festin; y os las doy tambien en el mio, por el favor que me estais dispensando. Mañana parto para Francia; os encargo rogueis á Dios por nuestra causa.

—Señor,—contestó el justicia,—aceptamos vuestra oferta, porque hemos sido nosotros los honrados. En vos miramos al César; pero aún cuando os representáseis sólo á vos, tendríamos una satisfacción en visitar la casa de hombre tan valiente, entendido y noble. Respecto de vuestra marcha, nada deseamos sino que seais el mismo que en España para compadecer á los franceses. Rogaremos á Dios por vuestra causa, que es la nuestra; nos oirá y velará por vos y por el ejército. Sólo me resta pedirnos nos permitais quedar en Fuenterrabía hasta que os vayais; deseamos despediros, como asimismo á nuestros demás compañeros de armas.

—Estaos cuanto gustéis,—respondió el jóven;—yo os agradezco desde ahora el motivo.

Y poco á poco se fueron retirando los convidados. Acto continuo cogió la pluma Alberto y escribió la siguiente carta:

«Señor maestro Navarro:
»Mañana á las siete saldremos para Francia. Adjunto os
»incluyo el itinerario y demás instrucciones necesarias al
»efecto.

»Cuidareis que nada falte, que nada se oponga á la pronta
»y fácil realizacion de mi pensamiento.

»Os encargo una completa reserva en todo lo que tenga
»relacion con la grande obra que vamos á emprender. — *El
»duque del Imperio.*»

Llamó luego á Mendoza, y le dijo:

—Tomad, capitán; buscad á Navarro y dadle esa carta. Ignoro dónde se halla, pero me consta que está en la ciudad. Decid á los individuos que componen la escolta que mandais, que comerán conmigo hoy á las ocho; que pueden descansar esta noche, y que mañana á las siete partirán.

Salió, pasando Alberto un cuarto de hora entregado á profunda meditacion; después volvió á coger la pluma, y besando el papel donde iba á estampar sus ideas, escribió, primero á su amada, luego á Clotilde, después al monarca, y últimamente á su anciano amigo Quirós. Seguidamente pidió un correo y se las entregó.

El resto del día lo ocupó dando órdenes; comió, y concluido se retiró á descansar.

La mayor parte de la noche la pasó sumergido en sueño tranquilo. A las seis de la mañana se incorporó sobre la cama y oró. Llamó después á sus pajes, y en diez minutos lo vistieron con el mejor traje de guerra que tenía. Se fué al salón; allí encontró á Navarro, Peralta, Mendoza y Usen.

—¿Qué hora es?—preguntó.

—Cerca de las siete,—le contestaron.

—¿Qué falta?

—Marchar.

—¿Todo está dispuesto?

—Sí, señor.

—¡Pues á caballo!

Salieron del palacio, y á la puerta se les incorporaron los cien caballeros y los quinientos ligeros, á cuyo frente iban Osorio y Lara.

Fuenterrabía se hallaba adornada con colgaduras, y en sus fuertes y castillos tremolaba el pabellon nacional. Hombres, mujeres y niños vieron partir al héroe aclamándolo por cuantas calles y plazas cruzó. Fueron al campo y pasó revista al ejército expedicionario. Estaba en el mejor orden, sin que se notase la más leve falta ni el más pequeño descuido. Alberto miró á Navarro y á Usen, diciéndoles:

—Bien, maestros, muy bien; partamos;—y comenzaron á marchar del modo siguiente:

Delante iba una compañía de ligeros mandada por Don Alvaro; seguia á ésta otra de peones y media de mosqueteros, con una cuarta de zapadores. Después el estado mayor, el duque en medio, rodeado de su escolta, llevando á la izquierda á Mendoza, y á continuacion Peralta, Usen, Navarro y el resto del ejército con la artillería y caballería.

Anduvieron cinco minutos, en cuyo instante fueron sorprendidos con la presencia del condestable y demás generales y jefes, que ansiaban despedir al jóven. El anciano tenía dispuesto rancho para la tropa, un almuerzo para los oficiales y otro para Alberto y su comitiva. Se estrecharon el primero y el último y entraron en una tienda de campaña, donde habia espléndida mesa con trescientos cubiertos. Los generales de Fuenterrabía quisieron devolver á Silva su régio banquete.

Una hora estuvieron sentados. Al cabo de este tiempo se levantó el duque y fué abrazando uno por uno á todos los que se quedaban. Lo mismo hicieron Peralta, Usen, Navarro y demás jefes del ejército expedicionario. En medio de mil aclamaciones, llenas de amor y entusiasmo, se veian doscientos rostros salpicados de cicatrices, bañados en lágrimas. Unos y otros se oprimian con fraternal cariño; la confusion crecia, el

llanto aumentaba y los votos se sucedían de una manera prodigiosa, cuando los atambores y clarines, á una señal del duque, dieron vários toques, y acto contínuo partió la vanguardia á paso redoblado. Cinco minutos después marchó el resto del ejército entre un millon de aplausos. El condestable y los suyos se retiraron tristes y cabizbajos, mientras los otros seguían avanzando, cantando himnos patrióticos.

La frente de Silva estaba despejada, el rostro algo encendido, y su actitud resuelta y expresiva demostraba la satisfacción de hallarse próximo á desarrollar un vasto plan, sábiamente concebido y concienzudamente estudiado. Así era efectivamente; Alberto casi tocaba ya los resultados, y contemplaba halagüeño su presente.

Mendoza lo miraba y sonreía, exclamando:

—¡Venceremos!

Navarro de vez en cuando les señalaba á sus oficiales de Monteagudo aquella elevada cabeza, como diciéndoles:

—En ella está escondida vuestra gloria futura, vuestros ascensos; vedla como yo, admiradla y gozad.

Los nuevos capitanes lo comprendían, y uno de ellos se acercó al maestro, y le dijo:

—La frente de nuestro duque está muy despejada; pero ved su rostro encendido; ese carmin dice que tendremos sangre.

—¡Sí, mucha,—contestó el otro;—su cara lo indica!

En este instante llamó Alberto á Mendoza, y le previno dispusiera que la vanguardia esperase cinco minutos ántes de llegar á la raya de Francia.

El día continuaba hermoso; un sol claro bañaba el Norte de España y hacía brillar las armaduras de nuestros guerreros. Anduvieron un cuarto de hora más, y un viva al emperador y otro á Silva resonó en todo el ejército. En este momento había dado vista al suelo francés. Un placer intenso embargó á los jefes, oficiales y soldados. El rostro del generalísimo se puso aún más encendido. Lo miró Navarro, y exclamó:

—¡Voto al demonio, cuánta sangre va á correr, D. Alvaro!

—Mucha,—respondió éste.

Estaban á dos tiros de arcabúz de la raya; se detuvieron, y adelantándose el duque veinte pasos, escribió sobre el arzon de la silla la siguiente carta:

«En los Pirineos, etc.

»A S. M. el muy poderoso y temido rey Francisco I.

»SEÑOR:

»Por orden de V. M. penetró el ejército francés en el imperio de Carlos I, y nos hizo una visita, que ha durado ocho meses. Hoy os la devolvemos un puñado de guerreros, á quienes tengo la honra de mandar.

»Ya comprenderá V. M. que venimos autorizados, y con encargo especial de avisaros, y preveniros, por si, efecto de algun error involuntario, cometiésemos imprudencias propias de gente jóven y poco experimentada.

»No nos acompañan generales ni jefes de altas graduaciones; mi señor os manda sólo hombres alegres y de buen humor, que entretendrán agradablemente á vuestros soldados. Dice que basta y sobra con esto.

»Cuando hayais leído mi escrito, seremos, con vuestro permiso, dueños de un departamento. En consecuencia, os ruego salga á recibirnos, si lo teneis á bien, el mejor de vuestros ejércitos, con el objeto de evitarnos ir á París.

»Dispensadme, gran señor, la molestia que os acabo de causar, y contad con el respeto y consideracion del mas humilde vasallo de Carlos I.—*Alberto de Silva.*»

La ironía que encerraba esta carta, era la primera estocada que daba al fuerte corazon de Francisco.

Se la leyó á Peralta, Usen, Navarro, Mendoza, Lara y Don Alvaro, y la cerró, lacrándola con las armas imperiales. Al oirla, los cuatro se miraron, exclamando el segundo:

—¡Cuántas víctimas costarán esas líneas!

—¿Temblais alguno?

—¡No! ¡no!—respondieron.

—¡Pues bien, señores,—añadió Silva;—á Francia! Llegó

el momento supremo de la guerra, de la sangre, de la devastacion. Peralta, Usen, Navarro, formad el ejército en columnas sueltas y que sigan avanzando, segun mis instrucciones. Cada uno á ocupar su puesto.

Y mientras practicaban esta operacion, metió espuelas á su caballo, subió á una altura, y viendo á la izquierda á un francés, que le estaba esperando, le dió la carta para Francisco I y un bolsillo lleno de oro, diciéndole:

—Tomad, Jacobo, partid á Aviñon, allí encontrareis al rey, dadle ese escrito y participadle á la distancia que nos dejais.

—¿Nada más quereis, señor duque?

—No; marchad.

—Y sin detenerse llegó Silva á la misma raya; fijó el estandarte imperial en el suelo, y esperó al ejército, que sólo tardó siete minutos. En el acto, dos mil arcabuceros penetraron en Francia dando vivas al Emperador.

Hé aquí el plan de Alberto:

Formar un semicírculo, tomando á la vez várias villas y pueblos fortalecidos; en el punto céntrico, establecer el cuartel general, é ir extendiendo las alas todo cuanto fuese posible y conveniente. De ese modo iba ensanchando su conquista, y podia á la vez estar dispuesto á entrar en una accion donde jugasen toda la artillería y caballería, y hasta catorce ó diez y seis mil infantes. Tambien así creia posible dejar en los puntos ganados guarnicion suficiente, apoyada por el resto del ejército de Fuenterrabía, el que se hallaba pronto á pasar la frontera, y con el resto de sus soldados internarse y hasta llegar á París.

—Yo he de vencer á Francisco I,—se decia;—y si no viene á buscarme, por Cristo que correré á la capital. ¡A París! ¡Hacerme dueño de toda la Francia, regalarle á Cárlos una potencia tan poderosa! ¡oh, si ese fuese su deseo, y me dejase obrar, yo lo conseguiria! ¡Pero si logra dominar este reino, querrá después otro y otros, y acaso la Europa! el pensamiento es gigantesco, mas tambien criminal. Sería más poderoso;

pero le llamarían usurpador. No, no, vengamos á España y hagamos que sólo sea temido y respetado.

Hé ahí hasta los más recónditos pensamientos del héroe. Pasemos, pues, con él los Pirineos, y sepamos lo que practica.

—¡Peralta, Usen, Navarro,—exclamó;—cada uno al frente de su columna, y á Francia!

—¡A Francia! ¡á Francia!—gritaron los jefes y soldados del ejército español. No cabía más entusiasmo y decisión. Muy pocos eran para entrar en una nación guerrera y campear en ella, pero estaban mandados por un genio, al que secundaba una brillante y joven oficialidad, sedienta de gloria.

La operacion que en estos momentos tuvo lugar, fué magnífica. A la voz de Silva, partieron á escape cinco compañías de ligeros, que, divididas en otras tantas columnas, sorprendieron y cortaron el paso á los primeros destacamentos franceses. Donde hallaban resistencia combatían y derrotaban. A la vez marcharon tres divisiones, y corrieron en direccion de Mauléon, Argeliez y Oléron, ciudades fronterizas de bastante importancia. La primer columna la mandaba Peralta, la segunda Navarro, y la tercera Usen.

Cási al mismo tiempo cayeron los tres sobre los citados pueblos. Sus respectivas guarniciones fueron atacadas, y aún cuando se defendieron, á la media hora poco más ó menos estaban en poder de los españoles, quedando sus defensores hechos prisioneros.

En cuanto á Alberto, no se conformó con dar órdenes, disponer el plan y dirigir. Al frente de la artillería y resto del ejército, pasó á Oléron; luégo que éste estuvo en poder de los suyos, acompañado de Don Alvaro, Lara, Mendoza y toda su escolta, corrió hácia Pau, fuerte ciudad francesa, capital de Bearne. Esta plaza habia servido de corte á Enrique IV, rey de Navarra, y era indudablemente punto de más consideracion en Francia que Fuenterrabía en España. No bastaba sorprenderla para tomarla; era necesario un largo sitio ó una debili-

dad grande en sus defensores. Por eso el duque dejó que se refugiasen en ella parte de los escapados en los pueblos conquistados, y cuando estaban extendiendo el pánico entre la guarnicion, cayó sobre ella por tres puntos diferentes, sembrando en su recinto la consternacion más terrible. Sin embargo de eso, hubo lucha, y muy sangrienta, por espacio de cuatro horas, en cuyo momento llegó Navarro con otra division de refresco, y acabó de extender el terror en las filas enemigas. Se tomó Pau por lo bien combinado del plan, por el aturdimiento de los franceses, y por la sangre fria y valor excesivo de los españoles.

Nada quedó aquella noche en poder de los defensores de la ciudad: castillos, torres y toda clase de fuertes fueron ocupados por los hijos de Castilla. Estos treparon, rompieron puertas, hirieron y mataron sin retroceder, hasta conseguir el objeto deseado; verdad es, que sus jefes los estimulaban con hechos de admirable valor. Mendoza de cada hachazo derribaba una puerta; Dón Alvaro se subia por parêdes y sitios los más expuestos, y Alberto corriendo por todas partes, seguido de sus cien caballeros, convertidos á su lado en gigantes, mataba, defendia, daba órdenes, dirigia, animaba, y siempre en medio del peligro, impelia con su heroismo, sus acertadas disposiciones y sus rápidas y mortales estocadas. Veinte veces se metió en medio de fuerza triple, y otras tantas derrotó é hizo huir á sus enemigos. Fué el primero que saltó las murallas de Pau, el primero que colocó en una torre el estandarte imperial, y el último que descansó.

Contusos, heridos ó prisioneros los que componian la guarnicion de la plaza, todos fueron perdonados, y se publicó un bando imponiendo pena de la vida al que molestase á algun vecino.

Se mandó dar de comer, se tomó posesion de los fuertes, y puesta en ellos la indispensable guarnicion, se alojó el resto de la tropa.

Terminada la comida, dió el duque algunas órdenes, y Don

Alvaro, Mendoza y Navarro salieron con el objeto de recorrer los puntos de importancia que aún quedaban en el Bearne y posesionarse de ellos, lo que verificaron en aquella noche y parte de la mañana siguiente, dejando una guarnición correspondiente á la importancia del sitio, y un oficial de los que inspiraban mayor confianza.

Alberto pasó el resto de la noche escribiendo á Carlos I, Francisco I y María; al primero le decia, entre otras cosas:

«Somos dueños de Pau; esta ciudad, más fuerte que Fuenterrabía, más populosa, de mucha más importancia, es la llave de la Gascuña francesa. No os admire nada de lo que acaba de suceder; así os lo tenía ofrecido, contando con el prodigioso valor de vuestros soldados etc., etc.»

Al segundo, con el que fué muy lacónico, le manifestaba:

«Tengo todo el Bearne; ya sabéis que un castellano jamás falta á su palabra. Salid á recibirme, y me evitareis el que yo... etc., etc.»

Acto continuo partieron dos correos, uno para Madrid y otro para Aviñón.

Era la madrugada, y Silva no pensaba en dormir; ántes por el contrario, hizo que á las cinco los individuos de su escolta se levantasen, y puesto al frente de ellos pasó revista á los prisioneros. Media hora después salieron éstos para unirse con los hechos en Oléron, Argellez y demás puntos; cinco mil quinientos setenta y seis hombres pasaron los Pirineos, entre oficiales y soldados, y fueron depositados en Fuenterrabía.

Recorrió Alberto aquella mañana los alrededores de la plaza, hizo reparar los daños causados, visitó el hospital de heridos, dió varias recompensas, y después se retiró á su palacio, donde ya le esperaban Navarro, Usen, Peralta, Mendoza, Lara, Don Alvaro y otros jefes: almorzaron, y poco después se retiró cada uno á poner en práctica las nuevas órdenes del duque.

Poseedores ya de una provincia francesa, eran incalculables las riquezas y tesoros de que se habían hecho dueños, con-

fiscando sólo lo perteneciente al rey ó á la nacion, pues res-
petaban la propiedad individual. Alberto hizo con el dinero lo
que con los prisioneros; se quedó con el puramente indispen-
sable, y el resto lo remitió á Fuenterrabía. Ambas cosas eran
objetos que servían de estorbo en la sangrienta guerra que
habia comenzado.

—¿Qué me pertenece á mí de eso?

Le preguntaba Navarro.

—Todo, si lo quieres.

—Puede que necesite mucho.

—¿Para qué?

—Para... Aún es pronto; ya en su dia lo sabrás.

—Si lo empleas bien.

—Yo lo creo; me has de aplaudir.

—O de silbar. Noto que te vas haciendo reservado.

—Tú me enseñas; el ejemplo...

Dejémoslos que continúen hablando, que no tardaremos en
hallarlos de nuevo.

CAPITULO III.

Reaparece Bermudez. — Carlos I intenta realizar una gran idea. — Oposicion del héroe. — Regreso. — Francisco I, rey de Francia.

CUARENTA y ocho horas después de haber atravesado el ejército español la raya de Francia, y en tanto que Silva se posesionaba de Pau y de sus principales villas y fuertes, se detuvieron á la orilla izquierda del Vidasoa, rio que divide á España de Francia, un hombre vestido con traje mitad seglar y mitad eclesiástico, montado en una mula del país, y otro que parecia vizcaino.

—¿Estás seguro,—preguntó el primero al segundo,—que el rio se puede vadear por aquel sitio?

—Sí, señor;—contestó el interpelado;—lo crucé várias veces, y me es muy conocido este paraje.

—¿Nos ahogaremos?

—No, señor; permitidme que monte á las ancas, encoged los piés, y estad seguro que con dificultad tocará el agua á vuestras vestiduras.

—No; ponte delante, guia tú la mula, y de este modo habrá más seguridad.

Así lo hicieron, y á los cinco minutos se hallaron á la parte opuesta del Vidasoa. Allí se bajó el vizcaino, preguntando al jinete:

—Ya estamos en Francia; ¿dónde vamos ahora?

—A Aviñon; pero es indispensable seguir por la falda de los Pirineos hasta salir del Bearn, pues si nos cogen los españoles que están en Pau y sus inmediaciones, nos ahorcan.

—¡Madre del Redentor! yo os aseguro que no nos verán.

Y continuaron su camino por entre la espesa arboleda que se extiende y dilata por la falda de los Pirineos.

Estos dos hombres eran el jorobado Juan de Dios Bermudez y un guia vizcaino, dueño de la mula que llevaba al otro, y conocedor del terreno que seguia hasta Aviñon.

Más adelante sabremos los medios de que se valió para burlar las pesquisas de las autoridades de Madrid, el criminal intento que le llevaba á Francia y su historia, en fin, desde el momento que herido y contuso escapó de entre las garras del criado Pedro, hasta en el que lo volvamos á encontrar.

Sepamos ahora qué era del César y de su anciano ministro de la Guerra.

Dejamos á S. M. I. que unido á su consejero miraba desde una ventana del alcázar la precipitada marcha de Silva.

Cuando lo perdió de vista, le dijo al general Quirós:

—Bajemos.

Y ámbos cruzaron várias galerias, anchos y largos salones hasta llegar al régio despacho. Caminaba el emperador con la cabeza baja y entregado á graves y profundas meditaciones. El anciano estaba delante contemplándolo y sorprendido al verlo en aquella actitud, pues parecia insensible á cuanto le rodeaba. Una hora más tarde alzó la frente, y fijándose en su consejero, le dijo:

—¡Oh, me habia distraido completamente, embargado por una idea terrible!

—¡Grave será, señor!

—Sí; he tenido delante la Europa; la he recorrido des-

de el Norte al Sur, desde el Este al Oeste, y he medido toda su extension.

—¡Mucho abarca el talento de V. M!—dijo admirado el general.

—Son las consecuencias de haber soñado esta noche que me veia dueño de una sola nacion; pero era tan grande y populosa que mi exaltada imaginacion gozó al contemplar delante un panorama ideal.

—¡No os comprendo!

—No importa, Quirós. Veamos si mi pensamiento se puede ó no llevar á cabo. Me vas á acompañar á Fuenterrabía.

—Señor, ¿desconfiais de Alberto?

—No me hagais jamás esa pregunta, anciano. El duque del Imperio es mi amigo, mi ilusion.

—Perdonadme, señor. ¿Cuándo debemos partir?

—Hoy, después que anochezca. Disponlo todo; ínterin, haz que éntre mi secretario Pacheco.

—¿Quién nos ha de seguir?

—Dos sirvientes, é iremos disfrazados.

Salió el general, y se presentó un jóven como de veinticinco años, de buena figura y frente despejada.

—Acercaos,—le dijo el emperador con cariño, y añadió:—esta noche parto de Madrid; ignoro cuando volveré. Tendreis siempre dispuestos vários correos, y me remitireis á Fuenterrabía ganando horas los documentos y noticias que juzgueis de interés palpitante. Nádíe absolutamente sabrá mi marcha ni mi permanencia. Tomad; ahí encontrareis las demás instrucciones. Yo diré á la corte que en muchos dias no puedo recibir. Procurad vos que no se aperciba de la verdad. Si tardo demasiado, esparcid la noticia de que me hallo enfermo:

Trascurrió el dia sin incidente alguno.

A las ocho de la noche, vestidos completamente de guerra, montaron á caballo el César y el general, y salieron de Madrid. Iban seguidos de dos criados, los cuales caminaban á cien pasos detrás. Sobre las armaduras lucian aquellos la banda

de capitán. Andaban muy despacio, y así prosiguieron media legua todavía. Cárlos permanecía pensativo y como madurando una idea; Quirós le observaba de vez en cuando, y notando el éxtasis en que iba embebido, se entretenía en mirar los campos y la cabeza de su caballo.

—Tengo calor,—exclamó por fin el monarca,—y me muero de impaciencia; pero ya se ve, tú no podrás marchar de otro modo...

—Todavía,—contestó el general,—me acuerdo de mis buenos tiempos; probad, señor, que os aseguro no quedarme atrás ni enfermar por eso.

—¿Estás seguro de resistir un movimiento acelerado?

—Sí, señor.

—Pues á escape; ya descansaremos en la posada.

Llegaron á ésta, cenaron, durmieron tres horas y volvieron á correr. Así continuaron hasta aproximarse á Fuenterrabía, sin que les ocurriese nada que sea digno de contar.

Eran las cuatro de la tarde y estaban á cuatro leguas de la ciudad. De pronto vió Cárlos una polvareda inmensa, y detuvo á su caballo, preguntando:

—¿Qué tropa vendrá hácia nosotros?

—Lo ignoro; pero ahora lo sabremos.

—Pues que sea cuanto ántes.

Y siguieron cinco minutos más, que fué el tiempo que tardaron en hallarse frente á frente. Un oficial se adelantó diez pasos, y preguntó á los incógnitos:

—¿Quiénes sois?

—Dos capitanes del emperador,—contestó Cárlos;—¿y vosotros?

—El condestable de Castilla, cinco generales y vários jefes.

—Decid al primero,—replicó el César,—que llegue hasta mí para recibir órdenes de S. M.

Se retiró éste veinte varas del camino, y ocupó su puesto el anciano condestable. Al juntarse, se alzó Cárlos un poco la celada y se la volvió á bajar. El justicia exclamó:

—¡Señor!

—Callad, no quiero se sepa que estoy aquí. ¿Qué es de Silva?

—Marchó ayer mañana.

—¡Creí hallarlo todavía! ¿Salió temprano?

—Sí, señor.

—Segun me dice en un parte que me han entregado en el camino, sólo lleva treinta mil hombres.

—Es verdad.

—Está bien: ¿á dónde vais?

—A Madrid á recibir órdenes.

—No pasad de Burgos. Tomad, enteraos de esas instrucciones, y sin pérdida de tiempo mandadme las fuerzas que os pida. Marchad,—y le alargó la mano, que estrechó el anciano jefe.

El condestable dió otro apretón á Quirós, diciéndole fuerte:

—Adios, capitan, ya sabeis que os quiero mucho.

Y añadió bajo:

—Cuidad de ese niño.

—Ya lo hago; pero sabe más que vos y que yo;—y continuó, alzando la voz:—El cielo os proteja, señor general.

Y marcharon unos y otros en distintas direcciones.

A las cinco y media llegaron Carlos y Quirós á Fuenterabía.

Bajaron de los caballos á la puerta del palacio del duque del Imperio y subieron.

—Que nos den lo necesario,—dijo el primero al otro,—y que venga el gobernador de esta plaza.

Y sin esperar contestacion cruzó vários salones hasta entrar en la alcoba de Silva. Aun estaba la cama como el héroe la dejó. El monarca se sentó sobre ella, exclamando:

—¡Oh, mi querido Alberto! aún me parece que respiro tu poderoso aliento, que me hallo cerca de tí, hablando contigo. ¡Loco! tú estarás en estos momentos matando franceses, vendiendo á tu país, ganando lauros, y yo, porque soy emperador,

porque debo vivir, estoy encerrado en esta habitacion, triste y solitaria desde que tú la dejaste.

Y se reclinó en la almohada. Así permaneció diez minutos, en cuyo instante le avisó el general que el gobernador esperaba sus órdenes.

Salió, é incorporándose con el jefe de Fuenterrabía, le preguntó:

—¿Me conocéis?

—Sí, señor,—contestó aquél humildemente.

—¿Quién os ha nombrado jefe de esta plaza?

—El generalísimo.

—¿Qué fuerza tenemos disponible?

—Hay diez mil hombres, y bastan sólo dos mil para dar la guarnicion.

—Está bien: id preparando lo conveniente para un ejército mayor que el último que han encerrado estas murallas. Mandad cuatro avanzadas á la raya y que me traigan los partes del duque. Vuestra cabeza me responde del secreto. Quiero que todo el mundo ignore me hallo aquí.

—¿Desea V. M. algo más?

—Id con Dios.

Salió el gobernador, y Cárlos y el general comieron. Eran las diez de la noche, y todavía no le habia dirigido la palabra el primero al segundo.

Continuaba triste, meditabundo y algo impaciente.

—¿Vamos á descansar?—dijo por último el César.

—Señor,—replicó Quirós,—apénas habeis probado la comida.

—No importa, durmamos.

Y comenzó á andar.

—¿A dónde vais, gran señor? Vuestra cama está en el salon principal; allí...

—Quiero la de Alberto; adios, viejo impertinente.

Y se marchó sin esperar respuesta.

El emperador no tenía más servidores que un criado y dos

pajes que habia dejado Silva; pero ni aún estos le hacían falta, siendo así que se acostó vestido, despidiendo en consecuencia á los sirvientes. Poco después se quedó dormido, sueño que sólo le duró cuatro horas. Despertó, y viendo que todavía era de noche se acostó otra vez, permaneciendo desvelado hasta que asomó el primer albor de la mañana, en cuyo instante se lanzó fuera de la alcoba, vió á la derecha la escalera de caracol, que conducia á un elevado torreón del palacio, y subió por ella hasta llegar al extremo. Desde aquel sitio se dominaba una extension de más de cinco leguas. Estaba el mar á la izquierda, de frente los Pirineos y á la derecha y detrás España. Apareció la aurora sin que una sola nube viniese á empañar su brillo. Pero Cárlos no distinguia nada: fija su mirada en el camino que conducia á la raya, devoraba su vista cuantos objetos tenía delante sin hallar lo que deseaba. Reinaba una tranquilidad sublime en la tierra y en la mar. El jóven emperador parecia como que intentaba atraerse un objeto anhelado, mas este no se presentaba á sus ojos. De pronto creyó distinguir un bulto que corria en direccion del camino de España bajando por la falda del Pirineo.

—¡Sí,—exclamó;—debe ser un correo! ¡viene de prisa, pero no tanto como yo quisiera!

—Ya se conoce, señor,—le contestó una voz que le era muy conocida.

Se volvió, y viendo al general, le dijo:

—Te creia dormido, Quirós. ¿Cómo te has levantado tan pronto?

—Porque debo velar por mi señor, y porque me devora la misma impaciencia que á V. M.

—¡También tú deseas saber de Alberto! Lo creo. Dime, ¿aquel jinete, será una posta?

—¡Ay, señor, mi vista no está ya para distinguir á esa distancia ni á esta hora!

—Es verdad, pobre viejo. ¿Cómo me has sentido llegar hasta aquí?

—Tengo el sueño muy ligero, y...

—¡Ya! Temes que me escape.

—Temo, señor, que os suceda algo y no lo pueda evitar.

—Gracias... ¡Es un correo! ¡Lo ves?

—Distingo un bulto que viene seguido de...

—De vários soldados. Son los de un destacamento que ha mandado el gobernador. Ahora dejan el camino real y se dirigen hácia aquí. ¡Corren admirablemente! Bajemos.

Y ámbos llegaron al salon principal. Un cuarto de hora después entró el gobernador. Saludó, y dijo al César:

—Señor, estos pliegos iban á Madrid: son del duque del Imperio.

—Traed.

Y después de mirar los sobres, rasgó uno y lo abrió.

—¡Bien!.. ¡bien!—exclamaba, segun iba leyendo.—¡Magnífico!—añadió luégo que concluyó;—¡Alberto, señores, ganó á Pau!

—¡A Pau!—repitieron los otros llenos de admiracion.

—¡Sí, y es ya dueño de cási todo el Bearn! ¡Oh! no esperaba tanto, áun cuando aguardaba mucho del duque. Toma, Quirós, esa carta es para tí. Gobernador, esa otra que la lleven á Madrid y se la entreguen á Pacheco; él se la remitirá á quien dice el sobre. Os advierto que no me detengais los partes de Francia ni un segundo. Marchad.

—¿Qué dices, Quirós?

—Señor, que vale Silva más que todos los generales que tenemos la honra de obedeceros.

Hasta la tarde estuvieron ámbos escribiendo. Cuando acababan entró el gobernador, y dirigiéndose á Cárlos, le dijo:

—Perdonadme si os interrumpo, gran señor; os voy á dar una agradable noticia, y...

—No andeis con rodeos; hablad.

—Han entrado en Fuenterrabía más de cinco mil prisioneros franceses. ¿Quiere verlos V. M?

—Sí,—respondió Cárlos;—que formen en la plaza, que

allí iremos nosotros; deseo saber lo que ha acontecido al otro lado de los Pirineos.

Media hora después examinaba el César á los prisioneros; luégo se incorporó con el jefe de la plaza, mandando venir á los capitanes rendidos. Llegados éstos, les hizo varias preguntas, á las que los franceses contestaron con bastante ingenuidad. Con admiracion y hasta con respeto oia Carlos referir las heroicidades de Alberto, sus acertados planes y el valor y bizarría de Peralta, Navarro, Usen, Mendoza y demás oficiales y soldados del ejército español.

Concluida tan larga interrogacion, se acercó al jefe conductor, preguntándole:

—Capitan, ¿me conoceis?

—No, señor.

—¿Entrásteis en Pau con el duque?

—Sí, señor.

—¿Fuísteis á su lado?

—No; él iba con su escolta, pero estaba en todas partes, mientras yo escalaba la torre del Aguila.

—¿Y la tomásteis?

—¡Qué habia de hacer, voto al demonio! Cuando Silva manda una cosa, se calla y se obedece. El se halla siempre delante ó detrás, dirigiendo, y matando al que desea ofender á los suyos.

—¿Os ha dado alguna gracia?

—Me nombró capitan en medio del asalto. ¡Oh! bien apurado me encontraba cuando le oí decir:—señor alférez, allí teneis la banda; ¡arriba, voto á Lucifer!—¡Arriba! grité yo á los soldados que me seguian. Nos metimos por una ventana, pasamos á cuchillo á la gente que defendia el fuerte, y abrí la puerta para dar paso á los nuestros.

—¿Quereis hacerme un favor, capitan?

—Si puedo, con mucho gusto.

—Tomad, repartid ese bolsillo entre la tropa que habeis conducido.

—¡Mucho oro tiene!

—No os extrañe, soy rico y buen español. Os doy las gracias, y os ofrezco recomendaros al emperador.

Partieron de allí y se retiraron al palacio. Por el camino decia Cárlos al anciano Quirós:

—¿No os parece, general, que la posicion de Francisco I es muy crítica en estos momentos? ¡Qué afrenta! ¡qué rubor! ¿Qué dirá la Europa cuando sepa que un ejército pequeño, mandado por un jóven de veinticinco años está humillando á tan poderoso país?

—Lo malo es, señor, que todos conocen ya el nombre de Alberto de Silva.

—Es verdad; mas no importa; su edad hace increíbles tales hechos.

Hablando así, llegaron, y haciendo comparecer al gobernador, le preguntó el César:

—¿Qué número de jinetes tenemos en Fuenterrabía?

—Mil doscientos hombres, señor.

—¿Qué tiempo podrán tardar en estar dispuestos á partir?

—Seis horas.

—Pues bien. Dejad en vuestro lugar al que os inspire mayor confianza, y venid con ellos lo más pronto posible.

—Esperad tranquilo, señor.

Cumplido el plazo, al frente de los mil doscientos jinetes y seguido del general y del gobernador, marchó Cárlos I á Francia. Salieron de noche y caminaron de prisa, deteniéndose en la raya. Allí gritó el César:

—¡Soldados, á Pau y á escape!

Y volvieron á correr hasta que las avanzadas de dicha plaza los detuvieron. Dados á conocer, continuaron su camino, llegando poco después á la ciudad. Cárlos mandó retirar la fuerza que le acompañaba, y unido á Quirós se hizo conducir á la presencia del héroe. Estaba Silva escribiendo, y tan embebecido en lo que hacía, que no notó la entrada de aquellos. Cárlos se fué acercando hasta juntarse con él, exclamando luégo:

—¡Es la una de la noche, señor general!

Entonces levantó la cabeza, y viendo á su señor, se puso en pié; éste le abrió los brazos y ámbos se estrecharon con cariño fraternal. Se sentó el César é hizo señal para que lo imitasen. Después contempló al jóven, concluyendo por decirle:

—Y bien, ¿nada me preguntas?

—Nada, gran señor,—contestó Alberto.—Supongo que ocurrirá algo muy grave, para que V. M. se haya dignado venir aquí, en cuyo caso espero sus órdenes:

—Duque,—replicó el monarca con disgusto,—trátame como yo merezco, no como á cortesano débil y asustadizo.

—Siento haberos incomodado,—respondió Silva,—soy acaso el que conoce mejor al emperador Cárlos I; el que sabe lo mucho que vale, y esa es justamente la razon que he tenido para hablaros así. Señor, V. M. se debe á sus pueblos; tiene que velar por la suerte de un imperio grande y poderoso; por la vida de millones de almas; V. M. debe dictar leyes y dirigir desde Madrid; en Pau es un aventurero; en su trono el primer monarca de la tierra.

—¿Te incomoda verme aquí?

—Os quiero elevado, libre de todo riesgo, y ahora no lo está V. M.

—Bien; mas un asunto de gran interés, y la necesidad de que hablásemos inmediatamente...

—Soy yo, señor, el que debiera haberos buscado, yo el que me expusiera, el que marchase á recibir órdenes.

—Es que tú te hallas ocupado con lo que más conviene al imperio.

—Todos los asuntos, todos los negocios unidos á la Francia entera, no valen lo que V. M.; no merecian que peligrase vuestra preciosa vida.

—Pues bien, anhelaba abrazar al héroe que vengó á su país, que lo cubrió de gloria.

—Gracias, señor; pero si excitaís mi agradecimiento no podré deciros la verdad.

—Es que además me trae aquí un pensamiento grande, elevado, y el que tú y yo podemos llevar á cabo.

—Mi vida y cuando tengo es de V. M.; disponed de ella, gran señor.

Iba Carlos á hablar, cuando entró un alférez, y después que hubo saludado, dió á Alberto un pliego.

Lo leyó el duque, y despidiendo al portador, dijo al César:

—Oid, señor, lo que dice este parte:

»No hay en todo el Bearne punto fuerte ni ciudad que de-
»je de obedecer al emperador. Los pocos destacamentos que
»quedaban huyeron durante el reconocimiento que se acaba de
»practicar. Los soldados franceses se estremecen al escuchar
»el nombre de Silva, y desaparecen ante nuestros estandartes
»vencedores.

»Está ya completa la línea, y todo dispuesto para aceptar
»una batalla. Vuestras órdenes quedan cumplidas. Soy etc.—
»*Peralta.*»

—Señor,—continuó el jóven, después de concluir la lectura,—ahí tiene V. M. la confirmacion del último parte que le he mandado.

—No hacía falta para nada; prescinde de eso, que el tiempo vuela, y es preciso que te entere del principal objeto de mi venida.

Quedó el César pensativo por algunos minutos; alzó luego la frente, y lleno de entusiasmo prosiguió:

—Señores: la Europa está llamada á ser un solo pueblo, un solo país, con un idioma, una religion y un solo jefe. La ocasion se presenta ahora como nunca; mi imperio, ejércitos y poder no tienen rival. Veamos si es ó no realizable el pensamiento que há muchos meses me quita el sueño. No me lo inspira la ambicion, sino el bien de la humanidad: y siendo esto así, debemos, en mi concepto, intentar su realizacion. ¿Alberto, que te parece la idea? ¿Me ayudarás? ¿Quieres que entre los dos hagamos feliz á Europa, sosteniendo á la vez el equilibrio del mundo? Habla, duque, yo tengo la fuerza, tú el

genio; cuando hayamos concluido empresa tan magna, sea yo dueño de ese imperio colosal y tú el primer general del orbe: te haré rey, concediéndote además lo que me pidas. Quirós, jopinas como yo, que la empresa es digna de Alberto y de mí?

—Sí, señor; la juzgo sorprendente, admirable.

—Os equivocais, anciano,—contestó Silva con gravedad.—La conquista es la usurpacion; la usurpacion el robo, y el robo un crimen. Dios os perdone, señor,—dijo á Cárlos,—haber concebido y madurado pensamiento tan terrible.

—Duque, mi intencion se contrae á hacer la suerte de quinientos millones de almas.

—Lo creo, señor; pero eso no podria conseguirlo V. M.: cuando fuéseis dueño de ese vasto imperio, los pueblos vencidos tendrian por una gran desgracia, acaso la mayor, sufrir vuestra sábia ley; el mundo os maldeciria, como hace siempre con el conquistador, y veinte testas coronadas rogarian á Dios os pidiese cuenta por la usurpacion que cometiais, pues, lo mismo que vos, alegan ellos el derecho divino á gobernar. Mil ciudades inclinarian la cabeza ante vuestro poder; mas os llamarian tirano, opresor, el autor de sus cadenas, y por cada grado de felicidad que les diéseis os devolverian un sinnúmero de anatemas. Sed grande, señor; conformaos con los estados que Dios os ha concedido, hacedlos dichosos, y dad sólo pruebas de justo, sábio y entendido. De este modo os bendecirán todos, postrándose ante el más potente y bondadoso rey.

—Alberto,—replicó Cárlos,—ya estamos de más en Francia; volvamos á nuestro país.

—Así os quiero, señor, atento á la verdad: no crea V. M. que cede á mis palabras, es á la razon que emana del cielo. Dios me ha puesto en vuestro camino para evitaros una desgracia eterna, para contener un mar de sangre humana y conservar las vidas de miles y miles de infelices.

—A España, Silva.

—Mañana, señor, marchará V. M. Descansad lo que queda de noche.

—¿Y tú?

—Yo me quedo. Es preciso hacer comprender al mundo, que Cárlos I es justo para con todos; tiene V. M. una deuda con Francisco I, y debo yo pagársela.

—Haz lo que quieras; contigo no debo cuestionar.

—Oídme, señor. También yo he concebido un gran pensamiento, digno de llevarse á cabo: ¿y sabéis por qué no le he consultado con V. M? Yo os lo diré: porque no envuelve ningún delito. Pero ya que me habeis honrado en unos momentos tan críticos, quiero que lo conozcais ántes de realizarlo. Francisco I es el monarca más fuerte, después de V. M. Sin derecho, se ha metido en vuestros Estados, y ha querido usurparos parte de vuestro territorio; pues bien, señor, sus pueblos no tienen la culpa de que él sea osado y ambicioso; por esa razón os lo llevaré prisionero á Madrid.

—¡Prisionero!—exclamaron aturridos Cárlos y Quirós.

—Sí; ¿os asusta la idea, no es verdad? Pues moriré ó iré á Castilla. Allí lo tendrá V. M. el tiempo que guste, y luego lo dejaré marchar á su país, imposibilitado para volver á hacernos guerra. Desde ese día, os podreis dedicar única y exclusivamente á la felicidad de vuestros hijos.

Una hora más continuaron hablando. Durmieron después, y á la mañana siguiente se levantó el César más alegre que el día anterior; las razones de Alberto le habian convencido. Llevó á Francia un crimen en proyecto, y traía la esperanza de una venganza gloriosa: mientras le vestían, decia para sí:

—¡Oh, es un sábio; Dios quiere que yo sea bueno, y para eso me lo ha mandado! Yo te amo como á mí mismo, Silva, porque eres para mí la Providencia.

El anciano miraba al duque con placer, murmurando:

—Sabe ese niño más que todos los viejos juntos. ¡Oh, qué vista tan clara!

Alberto exclamaba en voz baja:

—Es un gran rey, pues cede ante la razón: Cárlos, yo te sacrificaré hasta mi vida.

Antes de acostarse el héroe dió algunas órdenes, que fueron cumplidas con la mayor exactitud. A la mañana siguiente almorzaron los tres, y á las ocho en punto estaban á caballo; luégo salieron del palacio dirigiéndose á la gran plaza de Pau. Allí estaba formado el ejército español, que recibió á su soberano con entusiastas vivas. Al oírlos, exclamó Cárlos:

—¡Qué es esto! ¿Quién les ha dicho que me hallo aquí?

—Yo,—contestó Alberto sonriendo.

—¿Por qué?

—Señor, mirad esos rostros y lo adivinareis. Todos ellos han expuesto su vida por V. M.; al veros, al suponer que los visitais, les embriaga el placer, crece su valor y son capaces de todo. He aprovechado vuestra venida...

—Comprendo, y quiero que me reconozcan.

Y se alzó la celada, presentó su jóven y varonil rostro, y corriendo la línea por entre un millon de aclamaciones, se situó en el centro, exclamando:

—¡Guerreros, viva España!

Un grito entusiasta y atronador respondió al César. Cárlos continuó:

—Mis valientes, la patria os admira y elogia vuestra bizarría. Sois dignos de que os mande el duque del Imperio; este es el mayor elogio que se puede hacer de vosotros. Soldados, yo ordeno que le obedezcais; que le imiteis. ¡Adelante siempre, mis guerreros! ¡victoria ó muerte!

—¡Victoria ó muerte!—contestó el ejército, ébrio de placer, y un millon de vivas á Cárlos y al duque siguieron á las palabras del primero.

Acto contínuo se dirigió á la cabeza de la línea, y viendo á Navarro se acercó á él, diciéndole:

—General, ya habeis dejado de ser maestre de campo. Mirad qué poco os quiere vuestro hijo adoptivo; le incomoda vuestro ascenso.

—Señor,—le respondió Silva,—no lo ha ganado todavía.

—Pero yo quiero dárselo adelantado.

El soberano comprendió que este era el mejor medio de recompensar á Alberto.

Aquella revista acabó con el entusiasmo que era natural. El César visitó luego los fuertes de Pau, admirando el valor de sus tropas, pues no comprendia que la ciudad hubiera sido tomada en el tiempo y manera que lo fué. Acto continuo recorrió los hospitales y cuarteles, otorgando gracias y mostrándose en esta ocasion el más generoso de los monarcas.

Media hora después regresaba á España, deteniéndose antes en las dos ó tres villas del Bearne que tenía á su paso. También allí estuvo bastante dadivoso. Le acompañaban Quirós, el gobernador de Fuenterrabía, quinientos caballos de los mil doscientos que llevó Alberto, y Mendoza que mandaba la escolta de Silva. Llegaron á los Pirineos, y se despidió el duque de Cárlos y del general; los dos últimos estrecharon al joven, y varias lágrimas cruzaron por sus mejillas. Enternecido también el generalísimo, exclamó:

—¡Mendoza, á escape!

Y los dos guerreros, seguidos de sus cien caballeros, se perdieron entre un espeso bosque.

—Quirós, —dijo el emperador cuando hubo perdido de vista á Silva;—vamos á dormir esta noche en Fuenterrabía, y mañana saldremos para Madrid.

Y partieron tan ligeros como una exhalacion.

Alberto llegó á Pau y Cárlos á Madrid sin que les ocurriera nada que de contar sea.

Ahora es necesario que nos internemos en Francia y sepamos qué hacía y pensaba Francisco I, en los momentos en que Silva comienza á arrancarle los florones de su corona.

Con motivo de la guerra que este rey sustentaba en Italia, se habia trasladado á Aviñon, ciudad situada cerca de la frontera, logrando de este modo una proximidad al campo de batalla, necesaria á su acertada direccion.

Era Francisco hombre de accion, muy valiente y entendido; su excesivo arrojo, sin embargo, ahogaba en él esa pru-

dencia que la mayor parte de las veces asegura la victoria. Tenía estatura regular, la piel curtida en los campamentos, y sus hermosos ojos despedían fuego y altivez. Era robusto y nunca le amedrentaba la fatiga.

Pasemos á Aviñon.

Daban las once de la noche; el frío se hacía sentir en la nueva corte de Francia, y desierta completamente la ciudad, se hallaban entregados sus habitantes al más tranquilo sueño. Un hermoso palacio que parecía salir de entre espesa arboleda, situado en un extremo de la villa, era el único edificio que se veía alumbrado y defendido por centinelas que paseaban sosegadamente. De pronto, uno de ellos dió la voz de alerta, la que fué instantáneamente repetida por otras veinte, y acto continuo aparecieron diez arcabuceros. En este momento un caballo detuvo su carrera á quince pasos del palacio.

—¿Quién va?—preguntó el jefe.

—Bajad el puente,—gritó el recién llegado;—traigo un pliego urgentísimo.

—¿Para quién?—replicó el primero.

—Para S. M.,—contestó el otro.

—Esperad.

Y el oficial se dirigió al palacio, enterando de lo que pasaba al capitán de guardia. Este penetró en un hermoso gabinete ovalado, cuyas puertas se abrieron al llegar él. Allí se hallaba el rey, sentado al lado de una chimenea, rodeado de varios generales, con quienes al parecer trataba asuntos de bastante gravedad. Viendo al capitán, con acento cariñoso le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Señor, un hombre á caballo, trae despachos para V. M.

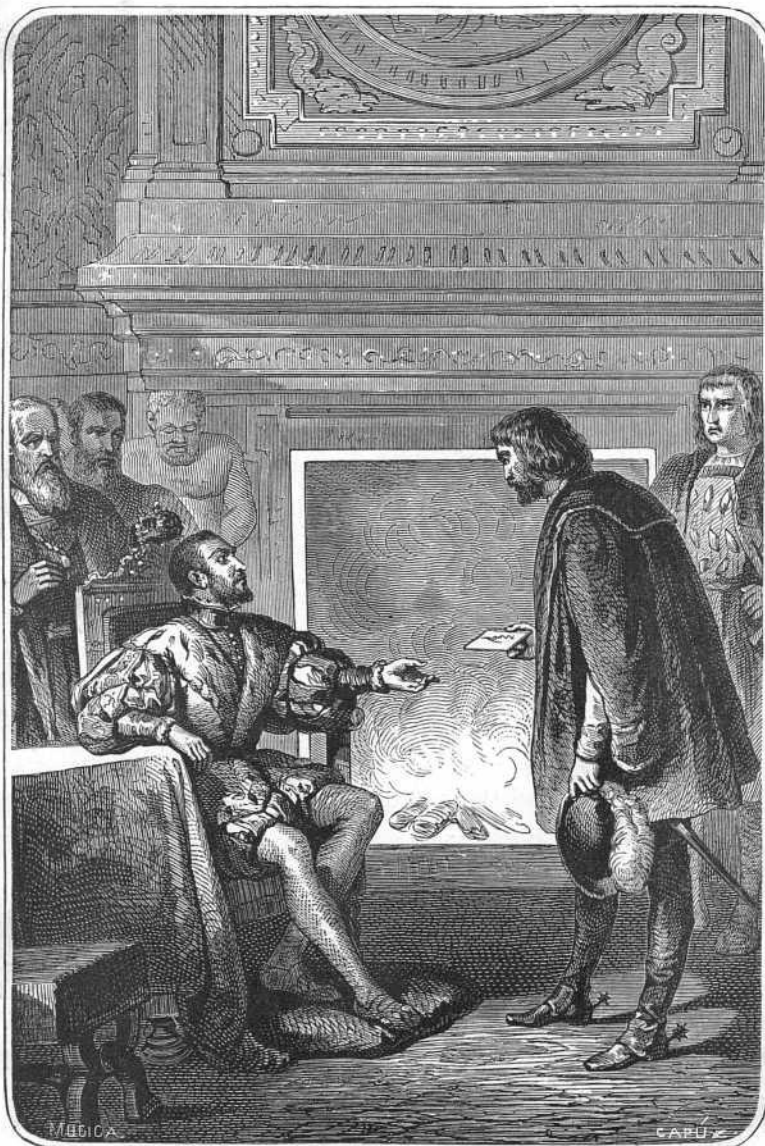
—¿Un hombre! No comprendo, Sauveur. ¿De dónde viene?

—Dice que de la raya de España.

—¡No sé!.. En fin, que te dé el pliego y que espere.

Cinco minutos después volvió aquel con el escrito y lo entregó, retirándose.





— ¿Quién es ese hombre?
— Lo ignoro, señor; los suyos le llaman héroe.

—¡Trae las armas de España!—dijo el rey mirando el sello; y sorprendido, añadió:—no conozco la letra. Sepamos lo que es.

Abrió la carta y la leyó; el rostro de Francisco fué poco á poco encendiéndose. Al notar los que le acompañaban aquella metamórfosis, le preguntaron:

—¿Qué sucede, señor?

El rey no se dignó contestar; en cambio gritó:

—Que venga ese desconocido; éntre al instante.

Los generales se miraban unos á otros sin comprender nada de lo que pasaba. El rostro de Francisco estaba contraído y sus ojos despedían fuego.

—Penetró por fin el portador y saludó, quedando parado.

—¿Quién os ha dado este documento?—le preguntó el monarca con imperio, y añadió:—si no me decís la verdad, encomendad á Dios vuestra alma.

—Alberto de Silva,—replicó el viajero sin inmutarse.

—¿Alberto de Silva!—exclamaron todos.

—¿En dónde?—volvió á preguntar el rey.

—En la raya de España.

—¿Quién estaba con él?

—Nádie, pero á doscientos pasos tenía formado en batalla un ejército numeroso.

—¿Quién es ese hombre?

—Lo ignoro, señor: los suyos le llaman héroe.

—¿Le visteis pasar la frontera?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque al darme ese papel, me dijo: «Si quereis prestar un servicio importante á la Francia, id á Aviñon, entregad ese pliego á vuestro rey, y no perded un minuto.» Yo lo cogí, y corrí sin descanso hasta llegar á V. M.

—¿Conociais á Silva?

—Sí, señor; lo vi en Fuenterrabía cuando nos atacaba.

—¿Qué sois, ó qué ocupacion teneis?

—Me llamo...

—Qué sois primero.

—Proveedor de víveres.

—Basta. Retiraos, y esperad mis órdenes.

Salió, y en seguida dijo Francisco á uno de los que le acompañaban:

—General, ¿esa firma es auténtica?

—Sí, señor.

Meditó el soberano; concluido se levantó, y dirigiéndose á sus generales, les dijo:

—Señores, Carlos I nos ha mandado un ejército, el cual estará ya dentro de Francia. No es numeroso, y sólo viene mandado por ese atrevido joven. Almirante, preparaos para ir á batirlo; he dicho mal, para exterminarlo, procurando traerme en cuartos á tan miserable rapaz.

En este instante apareció el capitán de guardia en el umbral de la puerta.

—¿Qué hay? preguntó el rey.

—Señor, un oficial destacado en el Bearne acaba de llegar. Al bajarse ha caído su caballo reventado, y él viene en un estado lastimoso. Dice que necesita...

—Que éntre.

Desapareció el capitán, y el rey murmuró:

—¡Oh! ¡gran valor debe tener ese castellano; pero yo le juro, que en Francia ahogará su brio con la muerte; con la muerte, sí!

El nuevo recién llegado, se presentó, esperando á que le preguntasen.

Francisco le miró de arriba á abajo; luego le interrogó:

—¿Qué misión os trae cerca de mí?

—Señor, la de enterar á V. M. de lo que ocurre en el Bearne.

—¿Quién os manda?

—Nadie, señor.

—¿No teneis jefes?

—Todos han caído prisioneros, ó han sido muertos.

—¡Todos!... ¡Ira de Dios!

Y anduvo dos pasos como queriendo arrojarle sobre un enemigo que no veía. Quedó luego parado, se serenó un poco, y continuó:

—¿Qué punto ocupábais?

—Mandaba un destacamento que se hallaba cerca de los Pirineos, en un pequeño fuerte llamado el Cuervo.

—Contadme lo que hayais visto y sepais, sin andar en rodeos.

—Estaba, señor, ocupando mi puesto, cuando ví dirigirse hácia nosotros una columna de españoles. Como era imposible toda defensa, me replegué á Olóron. Allí, unido á mis compañeros, continué hasta que ví á todos los míos muertos ó prisioneros. Escapé milagrosamente, me retiré á Pau, y aquí sucedió lo mismo...

—¿Qué decís?—preguntó Francisco, pálido como la cera; —¿Pau ha caído en poder de los españoles?

—Sí, señor.

—¡Ira de Dios, parece increíble!

—En Pau, hicimos una defensa heroica, pero todo fué inútil contra el arrojo y prevision de nuestros enemigos. Perdió la capital, escalé como pude sus murallas, cogí un caballo, y suponiendo que nadie habria podido traer la terrible noticia, corrí hácia Aviñon con objeto de enterar á V. M., y que disponga lo que tenga á bien.

—¿Quién manda á los españoles?

—Lo ignoro, señor; pero es un jóven como de veinticinco años. Cuando dan un asalto, sólo gritan: Silva y Carlos I.

—Decidme, ¿pelea ese caudillo?

—Se bate, ordena, dirige, va á todas partes, acompañado sólo de unos noventa ó cien caballeros que le siguen siempre. Con esa escolta, atraviesa batallones, mata y... y vence, señor. Sus soldados cobran un brío satánico al oír su voz ó verle cerca. Y... pero no me atrevo á continuar.

—Decid lo que sepais de ese hombre; todo, ¿lo ois? Yo os lo mando.

—Pues bien, señor, lo he observado desde una torre de Pau; por salvar la vida de uno de sus soldados, que se batia solo contra ocho ó diez de los nuestros, pasó sin que nadie le acompañase por medio de una de nuestras más bizarras compañías, se puso al lado del español, mató á sus enemigos, escapándose sin que tocasen ni á la cola de su caballo. Cuando los de su escolta quisieron ayudarle, ya habia concluido. Gran señor, ese hombre tiene el genio de la guerra.

—¿Con que es decir, que son dueños de todo el Bearn?

—Lo eran ya á mi salida; al ménos de los puntos de más consideracion.

—Está bien; retiraos.

Marchó el oficial, y dirigiéndose el rey á uno de los generales, le dijo:

—Almirante, Alberto de Silva ha retado á la Francia y es ya dueño de uno de sus departamentos. Notad la poca fuerza con que nos amenaza. Es necesario que salgais para Pau ó para donde esté: llevaos esas dos divisiones que tenía dispuestas para Italia; en el camino se os unirán otras dos: reunireis un ejército de cuarenta mil hombres. Batid á ese castellano, general, pulverizadlo si podeis. Os concedo amplias facultades; pero lavad la mancha que pesa sobre mi país. Que os acompañen los jefes que elijais. Partid pronto, almirante, que no tardaré yo en seguirlos.

Un cuarto de hora después todos los habitantes del palacio real de Aviñon estaban en movimiento. Treinta ayudantes del rey esperaban en el gran patio, y unos tras otros iban saliendo por diferentes puntos, con pliegos cerrados y con orden expresa de volar, aún á trueque de reventar caballos.

Francisco I no era hombre que en materia de guerras se dormia: comprendió, por lo ocurrido en Fuenterrabia y en el Bearn, la clase de enemigos con quien tenía que habérselas, y en este momento se hallaba desplegando toda su energía. Si

como conquistador era activo, ahora que se veía obligado á reconquistar, habia necesariamente de serlo mucho más, pues se trataba de un contrario que sabía más que él, que aterraba á sus soldados, y si hemos de ser justos, diremos que tambien habia puesto en cuidado al bravo rey francés.

Concluyó Francisco de escribir un largo pliego, lo cerró, y llamando á uno de sus ayudantes predilectos, le dijo:

—Tomad, Jacobo, id ganando horas al cuartel general del ejército de Italia, y entregad ese despacho á Jour. En él le mando que se ponga á las órdenes del almirante y marchen al momento sobre Pau; sólo distan de aquí quince leguas y veintiseis del Bearne, lo que quiere decir que, si correis bien, pasado mañana podrán estar mis soldados batiendo á los españoles. Os digo esto para que, convencido de la imperiosa necesidad de caminar de prisa, voleis. Elegid mi mejor caballo.

—Gracias, señor: os daré gusto en esta ocasion,—replicó el ayudante,—como en todas las que me honre V. M. Dentro de cuatro horas habré hablado con el general.

El rey siguió dictando disposiciones el resto de la noche.

Su ayudante Jacobo entró en las caballerizas reales, eligió un magnífico potro inglés, y cinco minutos después marchaba en direccion del cuartel general. En las dos primeras horas anduvo más de siete leguas, sin que nada estorbase su rápida carrera. Llegó luego á un espeso bosque, situado á la falda del alto Pirineo, y continuó su camino. Al poco rato vió á lo lejos una luz, que parecia estar sobre un arbol alumbrando al camino; no paró, sin embargo, la atencion en este raro incidente, y con la mayor tranquilidad siguió. Se perdió el resplandor, y acto continuo sintió un silbido, chocó su caballo con un objeto, que las tinieblas no le permitieron distinguir, y dieron ámbos terrible caida.

Apénas besó la tierra, ya tenía la punta de un acero fija á la garganta. Un segundo más tarde aparecieron otros dos con una linterna, á cuya luz hizo el dueño de la espada un escrupuloso reconocimiento sobre el ayudante.

—¡Bien!—exclamó,—ha perdido el conocimiento, y es todo lo que yo queria. Muchachos,—continuó,—poneos á su lado, y si vuelve en sí, sujetadlo.

Y dos soldados quedaron observándolo.

El de la espada, ántes de separarse de allí, arrancó al caído su porta-pliegos, se internó á cien pasos de aquel sitio, y unido á noventa ó cien más, dijo con imperio:

—Alférez, otra linterna.

Se desembozó el interpelado, sacó lo que le habian pedido, contestando:

—Aquí está, mi capitan.

—Alumbrad bien.

Y ámbos se sentaron en el suelo.

Abrió el jefe el porta-pliegos y viendo el oficio que habia dentro para el general Jour, miró el sobre, exclamando con satisfaccion:

—¡Esto es lo que buscábamos! Nuestro jóven duque sabe más que todos los sábios habidos y por haber.

Y rompiendo con mucho cuidado el lacre, desdobló el escrito, copió con lápiz dos párrafos, extractó los demás, y acto continuo lo puso en el mismo sobre; sacó vários pedazos de lacre, y hallando uno de igual color al que tenia el pliego, le echó unas cuantas gotas, y encima marcó las armas de Francia con un sellito de madera.

Sin perder momento volvió al paraje de la caída, y preguntó:

—¿Muchachos, ha vuelto en sí?

—No, señor,—le contestó uno; —pero lo hará en breve, á juzgar por su fuerte respiracion.

—Cuando pueda comprender ya será tarde para Francisco I. Alumbrad bien.

Y le colgó la cartera, dejándole en el mismo estado que ántes; pusieron luego en el camino el grueso tronco de un árbol, y cinco minutos después se oyeron correr cien caballos en direccion de Pau. Eran Don Alvaro y parte de su compañía, los

cuales se habian emboscado allí para coger las órdenes de Francisco I, y ya con ellas marcharon sin haber sido vistos ni oídos de nadie. El medio de que se valieron para tirar al ayudante fué muy sencillo: dos soldados tenían una cuerda que atravesaba el camino; al llegar el potro le enredaron los pies y lo arrojaron á diez pasos, favoreciendo esta operacion la rapidez con que corria.

En cuanto á la víctima, pronto el fresco de la noche le devolvió el conocimiento. Ya en sí, miró al rededor, pero la oscuridad no le permitió ver nada. Aplicó el oído, y sólo sintió la fuerte respiracion de su caballo, que todavía permanecia en tierra herido y mucho más estropeado que su amo; cogió seguidamente el porta-pliegos, y hallando en él la orden de su rey, exclamó:

—Vamos, nada se ha perdido.

Y se puso en pie, buscó á su cuadrúpedo y lo hizo levantar, aunque con gran trabajo; en este instante tropezó con el tronco que atravesaba el camino, y dándole un golpe, dijo:

—Hé aquí la causa de mi caída. ¡Maldito árbol, voto á Lucifer!

Volvió á montar y quiso correr, mas su pobre jaco apenas podia tenerse; le aguijoneó cuanto pudo, y al fin consiguió que diese una carrera de media hora; pero al concluir esta cayó el animal muerto. Visto lo cual por el jinete, lo dejó tendido, continuando á pie hasta llegar á Lodeve, pueblo pequeño, y donde se hizo con otro caballo, que en poco más de una hora lo puso en Béziers, punto final de su viaje. Entregó al jefe Jour el despacho, diciéndole de palabra todo cuanto sabía. Y marchó con la contestacion, mientras que el general francés daba las órdenes para que su ejército se pusiera en movimiento en el instante que llegase el almirante, el cual se presentó tres horas después.

Ahora conviene que nos traslademos á Pau.

CAPITULO IV.

Preparativos.—Batalla de Lombez.—Triunfo completo.

EN uno de los barrios más céntricos de la ciudad, estaba situado el hermoso palacio de su gobernador, ahora de Alberto. Si en el alcázar de Francisco I hemos dejado animacion y movimiento, no lo habia ménos en el de Silva. Poblados sus grandes patios de oficiales y soldados, no se admiraba el lujo que reinaba en el de Aviñon; en cambio, era todo aquí tan guerrero, que hasta las caras de los hombres infundian respeto. Aquellos semblantes, sin embargo, demostraban alegría y una dulce satisfaccion, que hacía el mayor elogio del jóven y valiente jefe que los mandaba. Ni por un solo momento dudaban del buen éxito de las órdenes que llevaban ó traian; lo que disponia Alberto era á sus juicios lo necesario, lo sábio, lo acertado. Reunidos en grupos, hablaban de él, suponiendo que en su despejada frente nacia y se desarrollaba la victoria. Lo mismo exactamente sucedia en las calles y plazas de la ciudad, y en los puntos del Bearne donde habia españoles.

Pero pasemos al interior del palacio.

Por todas las galerías y salones cruzaban oficiales y caballeros, que iban de un punto á otro ó que esperaban los mandatos de sus jefes. Más lejos, en uno de los extremos donde apenas se oía el ruido de tantas pisadas y voces, en un hermoso despacho, se hallaban dos hombres, el uno sentado y trabajando, y el otro en pié contemplando con respeto al que escribía. Eran Alberto y el general Navarro. Continuó el primero diez minutos más y cerró vários pliegos, entregándoselos después á un oficial que aguardaba á la puerta, al cual dijo:

—Estos para Madrid, y esos otros para los puntos del Bearn que marca el sobre; que vayan al instante á sus destinos.

Salió aquél, y dirigiéndose éste á Navarro, le preguntó:

—Y bien, mi querido general, ¿qué haces en pié?

—Esperaba instrucciones, mi respetable duque.

—Parece sarcasmo. ¡Todo un general hablar así á su discípulo!

—Al primer hombre de España, querrás decir.

—No, á un niño, como tú me llamas á veces.

—Un ángel de Dios, ¡voto al demonio! que sabe mandar mejor que todos los sábios del mundo.

Al oír estas frases se sonrió Alberto, contestándole:

—Tú no eres voto; un padre no puede apreciar el talento de su hijo.

—Es verdad; por eso digo únicamente lo que piensa el orbe de tí.

—¿Estás cierto?

—Sí; supone que eres un genio que lleva la victoria en la frente y la muerte en la punta de la espada.

—Frases de quien no me conoce.

—Es que dicen mucho más los que se baten á tu lado, los que obedecen tus órdenes y los que te deben vida, triunfos y glorias.

—¿Quieres que hablemos de otra cosa?

—Sí, de lo que más te agrade.

—¿Qué te parece mi sistema de guerra en Francia?

—Lo que has hecho y mandado lo juzgo magnífico; pero, hijo, maldito si tiene nada de sistema, pues sólo escuchas la voz del genio para ordenar tus planes.

—¿Qué opinas del porvenir, Navarro?

—Nada, Alberto; contigo no hay opinion posible, y mucho ménos en las actuales circunstancias en que permaneces encerrado en tenaz silencio.

—Debo obrar así.

—No lo dudo, y hasta lo creo prudente y necesario. Si no fuese indiscreto, te haria una pregunta ó dos...

—Las que gustes.

—¿Habrà batalla?

—Y muy formal.

—¿Conoces bien al enemigo?

En este instante, sin anuncios ni cumplimientos de ningun género, entró en la habitacion el capitan Don Alvaro. Iba cubierto de polvo y su semblante rebosando alegría. Al verlo el duque, exclamó:

—¡Mucho habeis corrido, amigo mio!

—Mucho, señor; pero voto al demonio, que he evacuado mi encargo como lo pedia el deseo.

—Estaba seguro de que aconteceria así. Referid el hecho.

—Se hizo lo que vos mandásteis, y todo salió perfectamente. Llegamos al bosque, situé en el árbol la luz, y á doscientos pasos los hombres con la cuerda; como suponiais, llegó á media noche un ayudante de Francisco I; lo reconocí perfectamente, sin embargo de su rápida carrera; hice la señal, y los muchachos estuvieron tan oportunos y felices, que cayeron caballo y jinete sin matarse ninguno, pero sí perdiendo el conocimiento el segundo. Se practicó la operacion que anhelábais, y hé aquí una copia del despacho que el rey de Francia manda á Jour.

Lo cogió Alberto, y cuando lo hubo leído exclamó con satisfaccion:

—Habeis cumplido como esperaba. ¿Supongo que el oficial seguiria su camino, y el general no habrá notado la?..

—No os molesteis: Jour ha recibido la orden, y nada absolutamente, nada ha podido sospechar.

—Muy bien; tomad estas instrucciones, descansad dos horas y partid. Vamos á tener una accion, señor capitan, y me hacen falta maestros.

—Gracias, señor,—contestó Don Alvaro ébrio de placer.

Salió éste, y dirigiéndose el otro á Navarro, le dijo:

—Me preguntabas, que si conocia al enemigo, ¿no es verdad?

—Sí.

—Tú juzgarás por lo que voy á manifestarte. Vienen á batirnos cuarenta mil hombres; los manda el almirante de Francia, y estarán sobre nosotros pasado mañana. Son tropas poco aguerridas, pero buenos soldados; en los jefes hay de todo. Ellos no nos conocen; nosotros penetramos ya hasta sus intenciones. ¿Quieres saber algo más?

—Para qué, Alberto; tú lo prevés todo; á tu gran talento nada se iguala, haciendo inútil la reflexion y el consejo. He venido á recibir órdenes y las espero.

Al acabar Navarro, entró Mendoza con un extracto como el de Don Alvaro, y poco después cuatro capitanes con otros tantos idénticos. Todos habian cumplido fielmente las instrucciones del jóven duque, y éste por aquellos medios consiguió averiguar los planes del contrario, sin que él se apercibiera. Dió las gracias á los recién venidos, y saliendo éstos, se levantó, diciendo á Navarro:

—Ya sé cuanto nos hacía falta. El enemigo se acerca, y es preciso que salgamos á recibirlo. Trae cuarenta mil hombres; vamos á batirlo y á vencerlo con diez y seis mil.

—Eso es muy difícil, hijo mio.

—¡Difícil! ¡y me lo dices tú! No lo has pensado bien: si dudas, salgo con sólo la mitad.

—Sean, pues, los diez y seis. Venceremos, sí; leo en tu

frente la palabra victoria. ¡Oh, una accion en toda regla mandada por tí, y jefe yo de una division! ¡vote al demonio! los pelos se me encrespan de alegría; ese era mi sueño dorado. ¿Qué hago, señor duque?

—Sin perder momento busca á Usen y á Peralta, y entre los tres, reunid catorce mil infantes, dos mil caballos y toda la artillería que hemos traído de España. El resto del ejército repartidlo bien en los fuertes y plazas del Bearne. Si sucumbiésemos, decid á los gobernadores, que cuando se vean sitiarse defiendan hasta perecer; que no se olviden de Numancia; esa debe ser su suerte. Hemos venido á Francia á vencer ó á morir; así lo juramos, y fuerza es cumplirlo. Yo voy á elegir posiciones; á las cuatro de la mañana del dia venidero saldremos de Pau. Adios, Navarro.

Y ámbos se estrecharon y partieron.

A las nueve de aquella noche regresó Alberto, seguido únicamente de su escolta y de unos cuantos prisioneros que habia hecho. Cuando regresó tenía ya preparada abundante cena, y en el gran salon de su palacio le esperaban Usen, Peralta, Mendoza, Lara, Don Alvaro, cuatro capitanes más y seis maestros, á quienes tenía convidados esta noche. Un cuarto de hora después, se sentaron á la mesa. Pasados diez minutos llegó Navarro y se puso á la izquierda de Silva, sitio que se le tenía reservado por si asistia al convite. Continuó la cena, reinando el más profundo silencio. Todos miraban al héroe, pero éste, sin fijar su vista en ninguno, comia entregado á profundas meditaciones, que lo abismaban en tal disposicion, que cuanto hacía era por instinto. Nadie hablaba, no se movian, ni aún se atrevieron á llevar un vaso de vino á los labios.

Poco á poco fué volviendo en sí nuestro jóven; su frente se despejó, comenzando á demostrar su rostro animacion y hasta alegría. Miró en torno, y viendo el estado de los convidados cogió una copa, le echaron Jeréz, y levantándola, exclamó:

—Basta de silencio, señores; bebamos y brindemos.

Instantáneamente se llenaron todas las copas, y diez y seis brazos se alzaron, esperando oír la voz del héroe para repetir sus frases.

Alberto, embriagado por una satisfaccion desusada en él, exclamó:

—¡Viva el emperador! brindo por los valientes que pasado mañana humillarán en los campos de Lombez á un ejército de cuarenta mil enemigos.

La reunion contestó en coro:

—¡Viva el emperador, viva el héroe Silva, que guiará nuestros aceros para vencer á cuarenta mil franceses en los campos de Lombez!

Y apuraron sus copas.

El duque llenó otra, y volvió á exclamar:

—Diez y seis mil españoles arrollarán al mejor ejército que tiene la Francia, si escuchan mi voz y son los mismos de Fuenterrabía y Pau. ¡Triunfareis, sí, porque me oirán y sereis los mismos! ¡viva el ejército español!

—¡Viva!—contestaron,—¡viva el duque del Imperio! ¡ay del que no oiga su voz! ¡ay del ejército francés!

Como un trueno resonaron estos ayes en los anchos y dilatados salones del palacio.

Y todos aquellos rostros que poco ántes estaban tristes y cabizbajos, ahora rebosaban alegría sangrienta, capaz de aterrar al hombre de más corazón. Por las palabras de Alberto habian comprendido que estaban abocados á asistir á una gran batalla, la que tenían seguridad de ganar, guiados por el jóven en quien veían asegurada la gloria de los combates.

Por último, terminó la cena, en la cual reinó el placer que abrigan los valientes cuando están próximos al enemigo y presagian la victoria.

Descansaron aquella noche, y al ser de día, unidos al ejército que ya les esperaba formado, partieron para el Languedoc. Iban como hemos dicho catorce mil infantes, dos mil caballos, sesenta piezas de artillería, con sus trenes correspon-

dientes, la escolta de Alberto y la compañía de ligeros, dividida en dos, que mandaban Don Alvaro y Lara, las cuales salieron de descubierta.

Llegaron al sitio elegido por Silva, y, sabiendo que el enemigo estaba lejos, se entretuvieron seis horas haciendo maniobras, hasta que por último se situaron y esperaron tranquilos la aproximación de los franceses.

Ahora es necesario que nos traslademos donde están los contrarios, y sigamos á éstos hasta que se hallen frente á los españoles.

A la noche siguiente del banquete dado por el duque, se reunieron en Tolosa los cuarenta mil franceses que debían batir y aniquilar al ejército de Carlos I. Las órdenes del rey fueron cumplidas con rapidez eléctrica. Elegida como punto de concentración y de partida la ciudad citada, habían acudido á ella á marchas dobles, y ya allí, descansaban con ánimo de caer al día siguiente sobre Pau.

El general en jefe, ó sea el almirante francés, intentaba ofrecer batalla á los españoles, y caso de no aceptársela, sitiarnos.

Eran las once, y un silencio sepulcral reinaba en Tolosa, silencio que ocultaba la aglomeración de gente reunida allí. A las once y cuarto recibió el almirante francés un parte, y acto continuo se puso en movimiento la ciudad. Su anterior calma se trocó instantáneamente en el ruido atronador de los clarines y atambores, y en el de las pisadas de cien caballos que corrían en diferentes direcciones. Este cambio era efecto de que el general concluía de saber por el gobernador de Tarbes, que el ejército enemigo concentraba parte de sus fuerzas, demostrando prepararse á seguir adelante.

Admirado el francés, y no comprendiendo lo que Silva se proponería en el caso de que determinase avanzar, empezó por mandar que la tropa se pusiera sobre las armas, con objeto, según decía, de evitar una sorpresa; hizo comparecer luego á los restantes generales, discutieron, acabando por convenir todos en que si el enemigo osaba dirigirse hacia ellos no

era otra la causa que su deseo de ensanchar la conquista, con lo que patentizaba su ignorancia, respecto del numeroso ejército que desde Tolosa debia en breve partir en su busca y aniquilarlo. Tal idea fué creida y aplaudida.

—Si sucede así,—dijo el almirante,—vengaremos á nuestros hermanos muertos en Fuenterrabía, y perseguiremos después á los españoles derrotados al otro lado de los Pirineos.

Seguidamente se disolvió la reunion, despidiéndose hasta la madrugada próxima en que todos debian partir en busca de Silva, se hallara donde quisiera.

Al asomar la aurora marchó el ejército francés, y en honor á la verdad, lo mismo los jefes que los soldados todos iban alegres con la idea de sorprender á los españoles, y tomándoles la rebancha de lo ocurrido en Fuenterrabía, exterminarlos y dejar á Francia libre de un rival que tanto la deshonoraba. Caminaron dos horas sin ver más que cielo, campos y montes; llegaron al pueblo de Lombez, y allí supieron que el enemigo tenía las avanzadas á media legua, en el camino de Gascuña al Languedoc. Sin detenerse anduvieron algo más, y divisaron la compañía de ligeros de Don Alvaro. Mas éste al instante volvió grupas, replegándose á la falda del monte, sin admitir el combate que le ofrecian, pero sin correr, perdiéndose en el semicírculo que formaba la sierra, y acto continuo aparecieron mil arcabuceros mandados por el conde de Usen. A un cuarto de legua escaso formó en batalla el ejército francés adelantando exploradores. Al frente de éstos iban el general Jour y dos jefes de los más entendidos. Hicieron un reconocimiento no muy exacto, pues las guerrillas españolas cargaron sobre ellos, les mataron más de veinte hombres, sin dejarles acercar todo lo que ellos necesitaban. Jour se presentó al almirante, y le dijo:

—Señor, el enemigo está escalonado en el semicírculo que forma el monte; tiene perfectamente cubiertas sus dos alas, y en el centro hay sobre dos mil caballos forrados de hierro. Los peones, más que asistir á una batalla, parece que van á

ser revistados. La fuerza que presenta Silva, no pasará de veinte mil hombres, ni bajará de diez y seis mil.

—¿Qué más visteis?

—Se me olvidaba deciros, que en los ángulos salientes hay fijos dos grandes carteles, en donde he leído lo siguiente: «Languedoc.—Hasta aquí Carlos I.» Creo, señor, que léjos de haber sorprendido al duque del Imperio, éste era sabedor de nuestros planes y nos ha salido á recibir.

—¿Estais seguro de que no tiene más fuerza que diez y seis ó veinte mil hombres?

—Sí, señor.

—¿No habeis distinguido artillería?

—No.

—Está bien. Vamos á espantar á esas aves de rapiña.

Y ocupando cada uno su puesto, avanzaron en columnas cerradas.

La posicion de Alberto y los suyos era cási la misma que habia dicho Jour. Conviene, sin embargo, que nuestros lectores oigan algunos detalles más.

Saliendo de Lombez, por el camino que va á Gascuña, hay un campo que lleva el nombre de ese pueblo, de cerca de una legua en cuadro y en el que pueden operar cien mil hombres. Al concluir el llano, siguiendo la misma direccion, existe una fila de montes que abren paso por entre un semicírculo, obra de la naturaleza. Allí tenía Silva situada su gente, escondida la artillería, y allí estaba dispuesto á morir ántes que dejarse vencer, lo cual era muy difícil.

El general francés se adelantó, y formando su ejército otra vez en batalla, desplegó guerrillas. Entónces las dos compañías españolas se replegaron hácia el ala derecha.

Frente á frente los enemigos, presentaban un contraste singular. Los primeros en medio de una algazara atronadora pedian á grandes voces caer sobre los segundos; y éstos, por el contrario, quietos, inmóviles y sin desplegar sus labios esperaban á ser atacados. Jefes y soldados observaban al duque, que,

en pié, grave, con la frente altiva y mirada de águila, contemplaba al ejército enemigo, y de vez en cuando sonreía.

Por último, comprendiendo los franceses que no había medio de hacer salir á los españoles del sitio donde estaban, avanzó una columna de diez mil hombres, mandada por Jour, y á paso de carga cayeron sobre el semicírculo, dividiéndose al llegar en dos partes, é intentando atacar á la vez las alas izquierda y derecha del enemigo. Impávidos los castellanos, no se movieron, ni se oyó una voz. Unicamente Silva, al verlos correr en direccion de ellos, levantó su espada, y los clarines sonaron imponiendo atencion; hizo otra señal y tocaron á replegar; entónces las dos compañías formadas en guerrillas subieron al monte. Continuaron avanzando los de Francia hasta penetrar en el semicírculo, seguidos del resto del ejército que marchaba con lentitud. Los de Jour rompieron el fuego de mosquetería y se lanzaron sobre los castellanos. Mueve Alberto su espada por tercera vez, clarines y tambores tocan vários golpes, é instantáneamente se oye una descarga cerrada en toda la línea, diezmando las primeras hileras francesas. Acto continuo se abren las compañías de arcabuceros y aparecen detrás cuarenta cañones vomitando balas y metralla, que aturden á las dos medias columnas contrarias, matando franceses sin cuento y esparciendo entre ellos el terror. Comienzan á huir; pero en el mismo instante cargan sobre ellos mil jinetes mandados por Mendoza, que acaban de deshacer la masa enemiga.

Viendo el almirante lo que pasaba, envia otra division de diez mil hombres que proteja la retirada de sus dispersas huestes; llegan adonde estaban los mil caballos españoles, pero suenan de nuevo los clarines de Silva, se replegan aquellos á derecha é izquierda, se abre el resto de la caballería que ocupaba el centro, y aparecen veinte bocas de cañon haciendo un destrozo horrible en la columna que venía de frente. Al mismo tiempo se corren ocho compañías de arcabuceros, y desde la elevacion donde se apoyaban las dos alas, ayudan á la ar-

tillería á matar contrarios, arrojando sobre ellos toda clase de proyectiles. Cinco minutos después, la segunda division, en derrota tambien, huia á la desbandada, confundiéndose entre el resto de los suyos. Tarde comprendia el almirante la torpeza que habia cometido; tarde se convenia de lo inexpugnable de la fortaleza en que se colocó su enemigo.

Paró un momento la lucha, cesó el humo, y el polvo fué arrollado por el aire; entónces se presentó ante el ejército español el cuadro más horrible y desgarrador; mil franceses muertos y cuatro mil heridos se hallaban tendidos en el suelo, lanzando los últimos lastimeros ayes.

En cuanto á Alberto, dirigió su vista alrededor de aquella escena sangrienta, limpió el sudor que bañaba su frente, y volvió á fijar la mirada serena y altiva en el enemigo. Este, por su parte, se rehizo cuanto pudo, y dividiéndose en tres columnas corrió hácia el semicírculo con el valor de la desesperacion. Situada su artillería en dos puntos, desde donde podian hacer fuego, favoreciendo la entrada á los suyos, intentaron batir á la vez las dos alas y el centro español. Desde el almirante hasta los soldados iban ébrios de coraje; en tan triste estado penetraron en las posiciones del héroe castellano. Silva los vió avanzar; dispuso nueva forma á su ejército, y montando á caballo, se preparó á rechazar el nuevo y más terrible ataque. Al tirar de la espada, dijo á los que le rodeaban:

—¡La muerte, ó una victoria completa!

Y tomando su rostro un tinte rojo y sombrío, dió la última voz de mando. En este instante las tres columnas francesas llegaron al semicírculo y atacaron á la vez á las dos alas y al centro; pero ya no estaban los españoles como ántes; esparcidos en todo el monte, no habia treinta hombres reunidos; los cañones tampoco seguian divididos en tres partes, sino en veinte; en una palabra, Alberto dió á sus aguerridas huestes una nueva forma. Esto empezó á descomponer al enemigo, sin que por ello dejase de avanzar; pero ¡ay! cada paso que daba, cada trecho que subia le costaba un rio de sangre; sesenta

bocas de cañon y dos mil arcabuces vomitaban sin cesar un fuego vivísimo, fuego que ahora salia por delante, por los costados, por doquier eran batidas, acribilladas y deshechas las columnas francesas. Léjos de aterrarse, parecia que cobraban más osadía, más brío, hasta que llegó el momento de juntarse y luchar cuerpo á cuerpo y con arma blanca. Entónces comenzó lo más duro de la pelea; los españoles, oyendo la voz de su jefe en los sonidos del clarin, principian á unirse otra vez y á atacar en pequeñas columnas cerradas sin tregua ni descanso. Rendido el enemigo, fatigado, sin poder dar un paso adelante y rodeado de miles de heridos y cadáveres, obedece tambien á sus jefes, se baja, se reúne como puede, y auxiliado por la caballería, llama á su rival al campo; pero éste, que le ha seguido, que desea tambien luchar libre de estorbos, cae sobre él y vuelve otra vez á formalizarse la accion, pero aún más sangrienta, pues ya no habia una boca de fuego que escupiese balas; ahora sólo se batian con espadas, lanzas, hachas, picas y mazas. Todos combatian; los oficiales, los generales y hasta el almirante daban y se quitaban estocadas. El jóven Alberto, seguido de su escolta, corre por doquier, dirige, ordena, favorece, libra de morir á muchos, mata á cuantos halla á su lado, y cansado ya de tanta fatiga, exclama:

—¡Usen, Alvaro, Mendoza y Lara, á mí, á mí!

Y poniéndose al frente de los dos mil quinientos caballos, hace várias maniobras que secundan Navarro y Peralta, y en ménos de una hora envuelve al enemigo y lo pone en la más completa dispersion. Ya no obedecian á los clarines ni á sus jefes; sólo tenían piés para huir y corazon para cobijar el pánico que se apoderó de ellos. Los españoles, por órden de Silva, sin matar ni herir, persiguen á los fugitivos, les ofrecen cuartel, y en dos horas hacen seis mil prisioneros.

—¡Basta!—exclamó el duque envainando su espada;—dejad que huyan los restantes.

Y dió fin aquella accion, una de las más sangrientas que han regado el suelo francés.

La victoria fué completa para los imperiales. Estos habian tenido unos cuatrocientos muertos y sobre mil heridos. Los franceses perdieron más de la mitad de los suyos, huyendo el resto en completa desbandada, sin orden ni concierto, y cada uno hácia el sitio por donde pudo escapar. Tres generales fueron muertos, dos heridos, y doscientos jefes estaban tendidos en el suelo.

Dejaron además toda su artillería, trenes, bagajes etc., etc.

La primera determinacion de Alberto fué hacer venir á los paisanos de Lombez y que se llevasen los heridos franceses, mandando tambien recoger los suyos, y trasladarlos al citado pueblo. En seguida formó su ejército y le pasó revista. Cuatro capitanes faltaban, resultando contusos Mendoza, Navarro, Peralta, y algunos otros jefes recibieron heridas más ó ménos leves, pues en la última parte del combate habian peleado con valor heróico. Silva fué otra vez vitoreado, aplaudido y ensalzado con entusiasmo delirante. Todos le veian ya como al genio omnipotente de la guerra.

Impusieron silencio los clarines, y separándose el jóven duque de su escolta, fué sacando uno por uno á los jefes, oficiales y soldados que lo merecian, dándoles las recompensas que ganaron. Nombró general á Usen; á algunos otros capitanes, y á cinco maestros de campo, siendo ya de este número Nuñez, Mendoza y Don Alvaro, los cuales rivalizaron en bizarría y acierto; Alberto les decia, estrechándoles las manos:

—Sois la flor del ejército, mis valientes amigos: esas cicatrices, húmedas todavía, costó al enemigo el río de sangre que teneis á los piés.

Acto contínuo volvió á montar, y dirigiéndose á Don Alvaro, añadió:

—Maestre, con un batallon y vuestra antigua compañía de ligeros, adelantaos y tomad á Tolosa, disponiendo allí la comida para el ejército. Hallareis muy poca resistencia; cuidad que se derrame la ménos sangre posible; con harta hemos regado ya el campo.

Partió aquél y poco después el ejército español. Llegaron á Lombez; allí descansaron una hora, dejando una corta guaricion para cuidar de los heridos de ámbas partes, y salieron, penetrando á las cuatro de la tarde en Tolosa, punto que ya habia tomado Don Alvaro sin oposicion. Lo mismo sus defensores que los habitantes, estaban poseidos de un pánico terrible, el cual desapareció con la orden de Silva, que prohibia á los soldados molestar á nadie, disponiendo que se abriesen las tiendas y casas, con objeto de que todo volviese á su estado normal.

El duque del Imperio fué alojado en el palacio principal, desde donde dió algunas instrucciones, y mudando de traje se sentó á la mesa acompañado únicamente de Navarro, que llegó poco después. El primero estaba triste, meditabundo y apenas probaba bocado; el segundo lo notó, y con acento cariñoso, le dijo:

—Mi querido Alberto, acabas de demostrar que eres el primer general del mundo y aún parece que estás descontento, á juzgar por el pesar que baña tu rostro. ¿Por qué no comes? Lo que es á mí, después de una accion tan reñida y larga, me acomete un hambre voraz, ya lo ves.

—Me alegro; yo no tengo gana.

—¿Y por qué?

—Porque hemos hecho derramar demasiada sangre; porque he inutilizado á más de diez mil hombres, que ayer alegres y contentos gozaban como tú ahora.

—Ya; pero eso mismo sucede siempre después de los combates; es la consecuencia de batirse; una victoria cuesta muchas víctimas. Además, nosotros nos estábamos quietecitos en nuestro semicírculo; ¿para qué fueron á molestarnos?

—Quietos, es verdad, pero en un castillo.

—Sí, gracias á tí que de un monte supiste formar una torre. En fin, Alberto, la guerra no produce más que sangre, gloria y conquista; para anhelar las dos últimas es menester aceptar la primera.

—¡Es cierto!

—Entonces, ¿por qué estás triste? ¿No rige Dios el destino de los hombres y de las cosas? ¿No has sido tú empujado á la carrera militar? Pues si el cielo lo ha querido así, ¿á quién culpas? ¿Por qué ese abatimiento?

Las últimas palabras de Navarro dulcificaron un poco las ideas de Silva y comió. Concluido, dijo al general con acento ménos sombrío:

—Esta noche mandarás tú solo en Tolosa; quiero dedicarme á escribir á Madrid. Haz que mis órdenes se cumplan, y dispon además lo que juzgues conveniente. Envía á Lombez los médicos que haya aquí, y que cuiden bien á los heridos.

Salió del comedor, y entrando en un hermoso despacho, se puso á escribir. Apenas habia comenzado, se presentó Mendoza con varias cartas del Emperador, del general Quirós, de la madre de María y de ésta.

Abrió la última, y con placer indecible leyó lo siguiente:

«Mi adorado Alberto: Unida á la presente, recibirás otra
»de mi madre, despidiéndose de tí, pues ha partido á Alemania, dejándome ántes en el monasterio de carmelitas, situado á cuatro leguas de Fuenterrabía. De este modo me hallo,
»según te dije y deseaba, más cerca de tí, lejos de la corte,
»y entre hermanas, que á cada instante me prodigan frases
»de consuelo.

»Cárlos, que me ama tanto como tú, ha puesto á mi disposición gente de armas y correos, que me proporcionarán
»todos los días el placer de saber de tí.

»La abadesa, harto bondadosa, ha declinado en mí sus facultades, tratándome como á superiora. Sin embargo de esto, mis únicas ocupaciones son adorar á Dios y amarte; contemplar la imagen del Redentor y pensar en Alberto. ¿Te acordarás tú de María? Sé que me amas, que me amarás siempre; pero dudo que en las actuales circunstancias me
»consagres tu memoria. ¡Ay, Alberto, vosotros quereis siempre á medias; lo más que haceis es entregarnos parte del co-

»razon, la mitad de vuestros pensamientos! ¡Qué diferencia de
»tu afecto al mio!

»Cuando todo es guerra, sangre, muerte y desolacion,
»¿podrá el hombre traer á su mente las dulzuras del amor?
»¡Infeliz de mí; más me valiera no haberte visto!... Pero no;
»si te desconociera, viviria en el limbo; á tu amor debo mis
»pesares, mis desgracias; pero tambien mi felicidad, mi úni-
»ca dicha.

»¡Ah, qué lugares tan distintos ocupamos! Ahí todo será
»ruido, estrépito, voces y clamores; aquí todo silencio... un
»silencio tan terrible como el de la tumba.

»No puedo seguir; al dirigirme á tí me ahogan las lágri-
»mas. Adios, cuídate y procura que te vea pronto tu desgra-
»ciada=*María*.»

La lectura de esta carta y el grato recuerdo de su amada,
le devolvieron en parte la alegría, y hasta pensó en un por-
venir cercano y halagüeño.

—Sí,—dijo sonriendo,—Navarro tiene razon; el Eterno
rige el destino de los hombres y de las cosas, y yo sólo debo
exclamar: cúmplase la voluntad de Dios.

CAPITULO V.

Tolosa.—Accidente.—El guerrero y la monja.—Presentimiento horrible.—
Conducta admirable.

MÁS tranquilo y satisfecho en parte el duque del Imperio, contestó á su amada, participó á Carlos I lo acontecido aquel día y escribió á Don Gonzalo, concluyendo por pedir un correo al cual ordenó que partiese inmediatamente. Luégo dispuso que vários oficiales marchasen á Lombez, Pau y restantes puntos conquistados, corrió sus avanzadas á más de media legua de Tolosa, y cuando fué obedecido por todos, visitó á Usen, Peralta y demás jefes que estaban heridos. Convencido de que éstos se hallaban bien asistidos y de que ninguno de ellos ofrecia cuidado, se embozó en su capa, saliendo á la calle sin insignia alguna que le diese á conocer. Pretendia averiguar por sí mismo si los soldados acataban su voluntad, protegiendo al vecindario de Tolosa, léjos de molestarle.

Las calles estaban alumbradas; todavía quedaban algunas tiendas abiertas, y el pueblo y la tropa caminaban de un lado para otro sin molestarse ni oponer inconveniente alguno. Los

soldados hablaban de él como pudiera hacerse del primer general del mundo, y los paisanos franceses repetían también su nombre con humildad y respeto.

Ya se iba á retirar satisfecho de su reconocimiento, cuando distinguió en una calle estrecha y excusada, por frente á la cual pasaba un grupo de oficiales españoles, que hablaban en voz baja, recatando sus rostros con el embozo de la capa. Impulsado por la curiosidad, se fué poco á poco acercando hasta confundirse con ellos. Diez minutos después volvió atrás, y asomando á sus labios la sonrisa, exclamó:

—Mis bravos oficiales se entretienen en hablar de mujeres ménos locas que ellos, si bien más criminales. Las ordenanzas militares no han previsto el caso, y fuerza es dejarlos que busquen lo que intentan.

Y siguió adelante sin volver á pensar en ellos.

Los embozados, que eran alféreces del tercio que mandaba Usen, hubieron de reparar en la llegada y desaparición de Alberto, exclamando uno, después que el héroe hubo marchado:

—Ese hombre es un espía; oyó nuestra conversacion, y no escuchando noticia alguna que pudiera convenirle, huye en busca de nuestros compañeros de armas, con intencion siniestra.

—Sigámosle,—añadió otro.

—Mejor es cortarle la lengua.

—O atravesarle el corazon.

—Adelante.

—Corramos, que se va por la derecha.

Y todos le persiguieron hasta verlo entrar en una callejuela estrecha y oscura. Allí se detuvieron, pusieron de acuerdo, y cinco minutos después, seis por un lado y cinco por otro, le cogieron en medio, gritándole de ámbas partes:

—¡Alto!

—¡Alto!

Alberto se paró, y reconociendo á sus perseguidores, se cubrió más el rostro, preguntándoles:

—¿Qué quereis?

Los once le rodearon, contestándole uno:

—Extraño es que un español esconda la cara en Tolosa, y por mi patron Santiago, que no dareis un paso más sin que nos digais la causa.

—¿Os parezco sospechoso?

—Sí.

—¿En qué os fundais?

—No os importa.

—En ese caso, nada os contesto. Abridme paso, ó lo hará la punta de mi espada.

—Delirios; ó nos decís quién sois, á dónde vais y qué os trae á esta ciudad, ó no saldreis del círculo en que os hemos encerrado.

—¿Me vais á atacar los once?

—Sí.

—¿No es cobarde y ruin atentar contra uno solo tantos oficiales españoles?

—Con los espías y gente villana no se tiene consideración alguna.

—¿Y si os equivocais?

—En ese caso está en vuestra mano demostrar lo contrario.

—Un hombre como yo jamás se retracta, y os advierto, que yo peleo contra once, rara vez contra uno, y jamás consiento la desigualdad en favor mio.

—Todo eso está muy bien; pero es indispensable que habéis, ó en guardia.

—Pues en guardia. ¿Quereis que nos corramos á la plaza inmediata? Esta calle es algo estrecha.

—A la plaza.

—A la plaza.

Y se dirigieron al sitio indicado, el cual distaba muy poco de allí.

Alberto, sin descubrir su rostro y esgrimiendo la espada

de un modo admirable, comenzó á defenderse de los once, procurando á la vez castigarlos con sendos golpes que les daba con el plano y canto de su acero. Ciegos los oficiales y en brazos de la ira, le acometian furiosos, buscando su costado izquierdo é intentando atravesar al héroe; pero éste, más ligero que ellos, mucho más hábil, les golpeaba en la cabeza, en los hombros, y formando con su espada un remolino, continuó defendiéndose y pegando, sin hacer derramar una gota de sangre, hasta que probaron los once subien manejado acero. Logrado esto, se echó á la espalda, y bajándose el embozo, exclamó, envainando á la vez la espada:

—Basta de leccion; pude mataros, aprended el cómo y el por qué.

Reconocido por sus oficiales, gritaron en coro:

—¡El duque! ¡Dios sea con nosotros!

Y cayeron á sus piés sin hallar frases con qué expresar su dolor y sentimiento.

—Alzad,—les dijo Silva;—os batísteis los once contra mí, porque no habeis aprendido á pelear como Nuñez, Mendoza ú Osorio. Tomad la leccion, y sea caballero ó villano, jamás ataqueis á vuestros enemigos del modo que acabais de hacerlo conmigo.

—Perdonadnos, señor.

Tartamudearon, poniéndose en pié.

—Lo haré, con tal que en lo sucesivo procureis imitarme.

Y desapareció de allí, dejando á los once castigados, absortos y como mudas estatuas. El conflicto para ellos era terrible; habian acometido á su general en jefe, y éste se defendió de ellos pegándoles á todos. El hecho meritorio en su origen, por creer que Silva era espía, terminó de una manera desastrosa para ellos. Así es que empezaron por convenir en callar lo acontecido, revocando al poco tiempo la idea, para asegurar en todas partes que el duque solo, y ocupada su mano izquierda en sujetar el embozo de la capa, los habia vencido y castigado.

Media hora después la mayor parte de los jefes y oficiales españoles, residentes en Tolosa, tenían conocimiento del hecho.

Alberto de Silva descansó aquella noche, ocupando el siguiente día y sucesivo en ensanchar su línea, asegurar sus posiciones y prepararse para el porvenir. En vista de la mucha gente que necesitaba para sólo guarnecer las plazas y fuertes cogidos al enemigo, hizo llegar diez mil hombres más de la reserva que esperaba sus órdenes en Fuenterrabía; supo que los enemigos dispersos se iban juntando á veinte leguas de Tolosa, y dando por hecho que Francisco I vendría en persona á atacarle, pero que necesitaria bastante tiempo para estar en disposicion de hacerlo, reunió á los generales Peralta, Navarro y Usen, y les dijo:

—Señores, es posible que Francisco I nos presente batalla, si bien opino que se verá obligado á dejar trascurrir muchos días. La gloria que hemos adquirido ya, supera á nuestro deseo; el mundo comenta vuestros hechos, y España aplaude á los que llegaron hasta Tolosa venciendo obstáculos, ganando batallas y destruyendo dificultades á costa de su sangre, cuando no de sus vidas. No avanzamos más, no estamos ya en París, porque no necesita nuestro imperio del suelo francés, ni á Cárlos I le conviene ensanchar sus vastos estados. Nos falta únicamente vencer al jefe principal de los contrarios, y conseguido esto regresaremos á nuestra patria, llevándonos probablemente una prenda de inestimable valor, que inutilizará á los conquistadores de Fuenterrabía para que intenten nuevamente pisar el territorio español. Entre tanto es preciso esperar, y siendo así que todo queda hecho, os entrego el mando del ejército y de los pueblos conquistados, hasta que yo regrese. Procurad, señores, que los franceses sólo nos conceptúen enemigos en el campo de batalla; que no vean en nosotros, durante la tregua, otra cosa que hombres acreedores á la estimacion de sus contrarios. El fuerte jamás impone con el rigor, ni es digno tampoco el pueblo francés de que le

trateis con dureza, os teme, admira y respeta, y vuestra visita no debe amargar á los que cuentan, al abriros sus casas, con vuestra generosidad é hidalguía. Regresaré pronto; poco más de dos dias permaneceré ausente; durante ese tiempo no os atacarán; pero si sucediera lo contrario, ya os enseñé á vencer y aprendísteis á perdonar.

—¿A dónde vas, hijo mio?—le preguntó Navarro.

—A España, padre amado.

—Lo supongo; pero ¿á qué punto?

—Cerca de los Pirineos.

—¿Qué vas á hacer?

—Adorar una virgen.

—Comprendo; existirá allí algun convento de monjas, y entre ellas María de...

—Vas acertando, general; tu talento crece como la palmera vieja.

—Verdad es que soy general, pero gracias á Dios no te lo debo á tí.

—Lo siento.

—Yo no.

—Porque eres tonto.

—¿En qué te fundas?

—Mira la banda de Usen; ¿no vale más que la tuya?

—No te comprendo.

—El conde dirá á sus hijos y á todo el que quiera, que se la puso Alberto de Silva en el campo de batalla, viendo correr al enemigo que acababa de derrotar, y sobre un lago de sangre francesa.

—Tambien yo asistí á ese combate, rompí mi espada hiiriendo y matando, salí contuso y no me quedé detrás de Usen, no obstante lo mucho que avanzó tan valeroso y entendido caudillo.

—Eso nádie puede negarlo; te portaste con heroísmo; mas sólo hallaste por recompensa una herida y el aplauso que yo te dí.

—El último vale más que nuestras cuatro bandas. Otro hubiera preferido un título de conde, marqués ó duque; pero yo no lo necesito; tengo asegurado el que me hace falta.

—Gracias á Dios que no pides, ambicioso general.

—Lo que yo deseo ahora no puedes tú dármele; pero andando el tiempo yo lo conseguiré. Hablemos de otra cosa. ¿Y la madre de María, por dónde anda?

—Camina, segun creo, hácia Alemania.

—¿Volverá pronto?

—Sí, á la primavera.

—¿Qué hermosa es! ¡qué elegante y qué maneras tiene tan distinguidas!

—Me lo has dicho cuarenta veces, Navarro.

—Eso prueba que me lo he contado más de ochenta; y si yo no estoy cansado de oírmelo, no hallo razon para que á tí te atormente.

En este instante se presentó el criado Pedro, cubierto con una ligera armadura, y saludó, exclamando:

—Señor, noventa y seis caballeros de los cien que componen vuestra escolta, el caballo Tordo y yo os esperamos.

—¿Cómo noventa y seis? ¿pues no habia catorce heridos?

—Sí, señor; pero diez pueden y quieren seguros; los cuatro restantes no se levantarán hasta la semana entrante.

—¿Por qué no se quedan tambien esos diez? Encárgales de mi parte que se retiren.

—No puede ser, señor duque.

—¿Qué dices!

—Que están ya buenos y que vamos todos.

—¿Mandas tú ó yo?

—Cási siempre vos, algunas veces yo.

—Obedece, Pedro.

—Señor, los noventa y seis están á caballo, y yo montaré después que vos; abajo os espero.—Y desapareció.

—Tan terco como buen aragonés; pero más leal que terco; más valiente que leal; más noble que valiente.

—Como que lo he educado yo,—añadió Navarro.

—De lo cual deduzco,—replicó Silva,—que tú has conseguido de los que te rodeaban más que yo de tí, toda vez que no he logrado hacerte modesto, sin embargo de mi empeño y constancia precedidos del ejemplo.

—Soy castellano viejo, me gusta darle á cada uno lo suyo, y no hallo razon para callarme lo mio.

Alberto se despidió de los tres, montó á caballo, y seguido de Pedro y de su escolta atravesó Tolosa por entre un millon de aplausos que le prodigaban los suyos, jefes, oficiales y soldados. Lo mismo le sucedió en Lombez, donde se detuvo para examinar si se tenían con los heridos el cuidado y esmero que él habia dispuesto, y lo propio en la capital de Bearne y restantes pueblos por que pasó. Notando el héroe el asombro y admiracion que causaban su marcha, les decia:

—No temais, hijos mios; regresaré inmediatamente, os llevaré al combate, guiaré vuestros aceros y detendré con mi pecho los golpes que os dirijan á vosotros.

Atravesó la raya, y dos horas después se detuvo á la puerta de un monasterio, situado en medio de un delicioso valle guipuzcoano. Se hallaba defendido por los mismos soldados que estuvieron en el palacio de Clotilde, y en un pabellon separado se veia parte de la servidumbre que tenían la madre y la hija.

Alberto echó pié á tierra, mandó á su escolta que buscasse alojamiento en las casas vecinas, y dando á Pedro las riendas del caballo, le dijo:

—Aguarda en aquel pabellon; los criados de María te facilitarán lo que necesites. Regresaremos anochecido.

Y penetró en el convento, ostentando en el costado izquierdo la cruz de Calatrava.

El oficial que mandaba la fuerza perenne allí, avisó á la tornera de la llegada del duque, y ésta á la madre abadesa, siendo recibido poco después en la celda de aquella. Allí le aguardaban la superiora y la hermosa María, cubierta con el

hábito del Cármen, cortado el pelo, y tan bella como estaba cuando residia cerca de Madrid. No queriendo sobresalir ni ostentar galas durante el tiempo que permaneciese en el claustro, se convirtió en monja, al ménos en la forma, hasta el punto de confundirse con las novicias.

Alberto se inclinó ante la abadesa, besando luego la blanca y suave epidermis de la mano que le alargó María. Después dijo á la primera:

—Perdonad, madre superiora, si militar y profano me atreví á hollar con mi planta el sagrado asilo que guarda á mi casta María.

—Señor,—contestó la abadesa,—mi hija, porque quiere que la llame así, trae un permiso dado por autoridad competente para que se os franquee la entrada en el convento; sois, además, caballero de Calatrava y un general tan renombrado y poderoso, que os sobran títulos para penetrar hasta en mi celda, donde os recibo. Nada puede honrar la casa de Dios, pero sí á sus humildes siervas, y vos, señor, que las defendeis, y que tanto os elevaron vuestros hechos, perdeis llegando hasta mí, lo que yo gano en acercarme á vos.

—Gracias, madre abadesa, sé que pertenecéis á una familia distinguida y que vuestra educacion fué esmerada; pero no me dijeron que aventajábais á muchos hombres en talento.

—No puedo usar de lisonjas, ni me es dado cuestionar con héroes; por eso me contraigo al cumplimiento de mi deber. Sonarán las diez, y es la hora de la meditacion. Cerca estoy, señor; nos separa sólo esa puerta; mientras yo bendigo á la Providencia, hablad vos con uno de sus ángeles, con María. Adios, hija; velando el duque por tí, debo yo pedir al Eterno por los desgraciados de la tierra.

Y desapareció, dejando sin voz á Alberto y á María. Esta abadesa reunia á su gran talento una sabiduría que logran pocas mujeres.

—¡Qué dulzura en sus frases!—exclamó Alberto viéndola salir,—¡qué atencion, y qué bien comprende esa sierva!

—¡Alberto!—articuló María, asomando á sus ojos las lágrimas.

—¡María!.. ¡Ah! no me atrevo á acercarme á tí en lugar tan santo, en celda tan honrada.

—Duque; sé que has conquistado cuarenta pueblos franceses, que te bates todos los días; que vences, triunfas; pero que tu espada siempre desnuda, todo lo invade, lo arrasa. ¡Ay del águila que se remonta al cielo, gasta sus fuerzas y se expone á que le falten! El día que caiga, sus enemigos se cebarán en ella y morirá poco ántes que yo.

—María, te conocí en el campo, sobre un caballo árabe, que cruzaba el llano, atravesaba el risco, y de peligro en peligro te conducía á la cúspide del monte. No siempre el animal seguía su marcha, obediente á la mano que lo guiaba; en una ocasion, feliz mil y mil veces, el hijo del desierto desbocado y ciego se dirigia al precipicio, sin que tú, su valiente dueña, demostrases temor ni sobresalto. Yo contuve á la fiera, y al tenderte mi mano estabas tan tranquila y sosegada como si no te amenazara peligro alguno. En várias ocasiones después te he visto valiente, atrevida; ahora te hallo tímida y tan propensa al miedo, que pareces trasformada en otro sér diferente. ¿Cómo me explicas cámbio tan completo?

—Cuando se trata de mí, Alberto, me sobra valor; pero cuando te considero en medio de tus enemigos, luchando cuerpo á cuerpo contra dos, quince ó veinte, tiemblo, el pavor se apodera de mí y las lágrimas se agolpan á mis ojos, sin que me sea dable contenerlas.

—Temor infundado, que te inspira el amor, y que, conocida su causa, bendigo y aplaudo.

—No es eso sólo; un presentimiento horrible llega á mi mente y me estremece.

—Una ilusion, que el tiempo se encargará de desvanecer.

—Una verdad, probablemente, que nos costará la vida á los dos.

—¿Qué presentes, ángel mio?

—Que te van á herir bárbara y cobardemente. Cuando se apodera de mí esa idea, me parece verte pálido, descompuesto el rostro, cubierto de sangre y cadavérico; quiero entónces gemir y no puedo; atraigo el llanto y desaparece de mí; secos mis ojos, me asalta sólo un pensamiento, el de correr en tu busca... ¡Oh, si llego á saber que el héroe cae de su caballo, rueda por el suelo, y sus enemigos se arrojan sobre él, dudo, Alberto, que esta pobre monja accidental pueda avenirse á permanecer en el estrecho espacio de una celda!

—Delirios y más delirios, hermosa María.

—¿No te sientas?

—Sí, á dos varas de tí.

—¿Comerás conmigo?

—Y con la madre abadesa; no saldré del convento hasta que empiece á anochecer. He visto, en un pabellon contiguo al monasterio, pajes, criados y una servidumbre, en fin, que no necesitas para nada. ¿Te propones algo más que esperar á tu madre ó á mí en esta celda? No me engañes, María.

—Sólo quise que me acompañara una doncella; los restantes, inclusa la tropa que defiende el convento, vinieron por orden de Carlos. Si yo intentara salvarte de algun inminente peligro no me asociaría á nadie, siendo así que me sobra valor para realizarlo sola.

—Debo advertirte, que si cayese herido y en poder de mis contrarios, al verte llegar á mí, moriría de dolor. Há tiempo que noto en tí una resolucion, hija sin duda de idea que debes rechazar por impropia de tu sexo, y porque únicamente podia conducir á tu perdicion y á la mia.

—Delirios y más delirios, Alberto.

—Quiéralo Dios, María.

—Puesto que has conquistado ya lo que te proponias y humillado la Francia, segun ofreciste á Carlos, ¿por qué no regresas á España?

—Me falta ya muy poco; con una sola batalla lograré acaso el último de mis intentos, y entónces pediré al emperador

la mano que me tiene ofrecida, la única felicidad á que aspiro en el mundo.

Todavía continuaron hablando más de una hora que tardó en salir la abadesa. A alguna distancia y en inocente plática amorosa, dejaron trascurrir el tiempo, creyéndose felices y temiendo que la noche viniera á separarlos.

Comieron los tres en la celda, luego se presentó la comunidad á saludar al duque, y por último se despidió Silva de la abadesa, bajando al jardín en compañía de María y de una doncella de ésta, que los seguía á diez pasos. Allí permanecieron contándose amores y dirigiéndose ternezas, hasta oír el toque de oracion, en cuyo instante cogió el héroe la mano de su amada, y le dijo:

—Adios, María; cuarenta mil hombres me aguardan para que guie sus pasos, defienda sus vidas y eleve en union de ellos el nombre español.

—No partas, Alberto; manda retirar al ejército, y yo te disculparé con Carlos. Me dice el corazon que te van á matar.

—Desecha esos temores, ángel mio; una batalla más, y el mundo me aplaudirá con justicia.

—Esa batalla te costará la vida.

—Una gota de agua más en el Océano no puede ahogar al nadador que distingue ya la opuesta orilla.

—No quiero que partas.

—María, se oponen el honor y el deber; primero que faltar á lo ofrecido, me atravesaría el corazon con mi propia espada.

—Está bien, marcha.

—Se han secado de pronto tus ojos, la frente te se plega de arrugas, y esa mirada vaga y sombría me dice...

—Delirios y más delirios. Adios; no te expongas, y vuelve pronto, porque de lo contrario...

—¿Qué?

—Nada; te repito lo que dije ántes; si mueres no podré vivir.

—¿Nada más?

—Eso sólo.

—Noto que ya no tienes miedo.

—Ninguno; quiero imitarte, incontrastable guerrero.

—Hazlo así, bellísima monja; pero...

—Adios; no prolongues tu despedida, que me hace daño.

—¡Adios!

Alberto volvió la espalda, pero de pronto retrocedió, y abriendo ámbos los brazos quedaron unidos, exclamando á la vez:

—¡María!

—¡Alberto!

Y permanecieron veinte segundos sin verter lágrimas ninguno, pero atravesados sus corazones por el dardo agudo del dolor.

—¡Adios!

Dijo Silva, desprendiéndose de María y desapareció.

La monja le vió partir, y alzando los brazos al cielo, exclamó:

—¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me castigas de ese modo? ¿Por qué lo arrancas de mi lado para siempre?

Y cayó en los brazos de la abadesa, que llegaba en aquel momento, continuando secos sus ojos, oprimido el corazón y sufriendo una angustia horrible. Luégo alzó la frente, y como adoptando una resolución heroica, se cogió á la mano de la superiora, diciéndole:

—Vamos á nuestra celda, y que Dios sea con nosotras.

Desde este instante rehusaba hablar, rezaba mucho, concretándose á contestar con monosílabos á las muchas preguntas que le hacían.

Alberto de Silva halló á la puerta del convento su caballo, á Pedro, y detrás los noventa y seis caballeros que formaban su escolta.

Montó, los restantes le imitaron, y un segundo después corrían en dirección de Francia.

—Muy agitado va mi corazón,—exclamó el héroe aguijoneando á su potro;—María me transmitió su pensamiento, y sin conocer la causa creo como ella que en Francia rodaré por el suelo... Cúmplase la voluntad de Dios, y si he de morir en el campo de batalla que sea pronto y sin temor á los hombres ni al fatal decreto de mi destino.

Y desechando de su mente tan terrible idea, continuó corriendo hasta que llegó á Tolosa, donde halló á sus amigos y al ejército impacientes por su regreso.

Nada habia ocurrido durante su ausencia que pudiera alarmarlo. Los franceses continuaban reuniéndose á veinte leguas de allí, pero sin demostrar otra cosa que pánico y terror; los pueblos conquistados obedecian sumisos la ley del conquistador; la mayor parte de los ausentes volvian á sus hogares, y visto que los españoles no molestaban á nadie, ni aún con frases; que pagaban bien, y que eran muy corteses y galantes, franceses y francesas les iban abriendo sus puertas sin temor ni recelo.

Silva, desde que regresó del convento de la Merced donde residia su amada, comenzó á ocuparse en los preparativos de la futura batalla que tenía prevista. A este fin reconoció el terreno que le separaba del sitio en que se reunia el enemigo, hizo nuevo abasto de pertrechos de guerra, y diariamente entretenia á sus soldados con evoluciones y maniobras, cuyos ejercicios debian serles muy útiles el día del combate.

Sin perjuicio de ocuparse Silva en todo lo que llevamos expuesto, cuidaba á la vez de que la asistencia de los heridos de una parte y de otra fuese esmerada, á cuyo fin visitaba los hospitales de Lombez y con paternal cariño hablaba á los enfermos, reconocia los alimentos y observaba detenidamente cuanto concernia á aquellos desgraciados.

Los prisioneros de la última batalla, que no bajarían de seis mil, los mandó tambien á Fuenterrabía, en union de las banderas, cañones y demás efectos cogidos en la batalla de Lombez.

Pagaba religiosamente á todos los individuos de su ejército; la comida que les mandaba dar era buena, abundante, y la higiene y administracion establecidas por él, tan excelentes como todo lo que dirigia y emanaba de su elevado genio.

Se apoderó únicamente de los bienes y rentas reales y de los edificios que pertenecian á la corona, pero hizo respetar las propiedades, intereses y personas de los particulares, de un modo que no dió lugar á que prorumpiesen en una sola queja ni áun en el retiro del hogar doméstico. Jamás se vió país conquistado donde ménos abusara el vencedor y en el que más conforme estuviese el vencido. De este modo esperaba el héroe que Francisco I le presentara batalla, prevista y casi adivinada por él, y de la misma manera se disponia á vencer, tranquila su conciencia, satisfecho del presente y sin confiar demasiado ni temer al porvenir.

No tardaremos en saber si se ha equivocado, y qué suerte le reserva el destino en aquella que él supone su última jornada en Francia.

CAPITULO VI.

Historia de Bermudez.—Los suspiros de un monarca.—El rey, un jorobado y el capitan Vissó.

OFRECIMOS al lector decirle qué habia sido de Juan de Dios Bermudez, desde que lo perdimos de vista en Madrid, hasta que lo hallamos cruzando el Vidasoa en direccion de Francia; y no sólo vamos á cumplir nuestra palabra, si que tambien añadiremos lo que hizo luego y en lo que se entretiene en estos momentos.

El jorobado escapó por milagro de Dios de entre las manos de Pedro; golpeado terriblemente, contuso y arrojando sangre por boca y nariz, huyó con la fuerza y valor que en ocasiones dadas suele prestar la desesperacion, cuando no ó á la vez el instinto. Su rápida carrera le fatigaba; mas proseguia la hemorrágia, resonaban en sus oidos la voz y pisadas del valeroso criado de Silva, y continuó internándose en las estrechas, oscuras y tortuosas calles de Madrid, hasta caer en una zanja que tenía más de dos varas de profundidad. Allí quedó exáni-

me, permaneciendo así cerca de una hora. Recobró el conocimiento, y volviendo á sacar fuerzas de flaqueza, trepó á la calle, y media hora después logró entrar en la solitaria, húmeda y desmantelada habitacion en que le habia visitado el dia ántes el hermano del duque de San Márcos. No creyéndose todavía seguro en aquel paraje, cogió el dinero y ropa que tenia, y se trasladó al cuarto de un meson, visitado únicamente por arrieros extremeños. Lo primero que hizo fué buscar el lecho, necesario á los muchos golpes que recibió y á la fiebre que encendia su sangre.

Dejó trascurrir dos dias, contrayéndose á curar las lesiones con un líquido que poseia, sin comer nada ni tomar otra cosa que agua con azúcar. Al tercer dia pidió caldo, al cuarto comió sopa, y el quinto se levantó, enfermo aún, pero mucho más aliviado. No obstante ser contrahecho, parecia su materia de hierro, igualándose á aquella la fortaleza de su espíritu.

Al octavo dia salió de noche, y al décimo, sabiendo que Silva y sus amigos estaban en Fuenterrabía, se echó á la calle á la luz del sol, fiado en un traje que disimulaba su deformidad, y en el apoyo de Lucifer, con el que parecia contar.

Restablecido ya completamente, y comprendiendo lo peligroso que le era continuar en Madrid, comenzó á discurrir sobre la eleccion de punto donde deberia trasladarse. Hé aquí sus reflexiones:

—Tengo oro, mucho oro, el suficiente para vivir ayudado de mi buen talento; ¿pero á dónde voy? Este es el horrible problema que no acierto á resolver. Cuento con dinero para alimentarme, mas sólo para alimentarme, y en España no puedo aspirar á otra cosa que á vivir errante, cuando no escondido, sin nombre ni posicion social. Me iré á Francia, á Inglaterra, á Portugal; pero lo mismo allí que aquí habré de pasar ignorando, sirviendo de befa y de escarnio á la multitud, porque soy deforme, jorobado. ¡Maldita suerte! De esto se deduce que me han muerto moralmente, y puesto que yo no he nacido para sólo comer, para sólo abrir los ojos y andar, quiero

dejar el mundo de una vez, pero después de haberme vengado. Silva, te mataré á tí primero, y luego que hagan de mí lo que quieran; vea yo lívido tu rostro, ensangrentada tu piel, rígida la musculatura; escuche tu postrimer suspiro, é iré gozoso al patíbulo. Dicen que ha marchado á Fuenterrabía; que se halla rodeado de un ejército numeroso; mejor, así vivirá descuidado, yo me convertiré en culebra, y arrastrándome llegaré hasta él... ¡Já, já, já! Ya me parece saborear el dulce néctar de la venganza.

Cuatro dias después oía referir los gloriosos hechos de armas de Alberto, escuchando luego con placer que el héroe se dirigia á Francia, seguido de treinta mil españoles.

—¡Bravo!—exclamó para sí,—ahora tengo en mi favor noventa y nueve probabilidades contra diez; cuento por enemigos á los treinta mil y uno que atravesarán los Pirineos, y por amigos á todos los millones de franceses que pretende vencer el reconquistador de Fuenterrabía.

Desde este momento se dedicó con celo incansable á proporcionarse un guia que lo llevara á Francia por senderos poco concurridos. Por fin logró hallar al que ya conocemos, á aquel que le ayudó á pasar el Vidasoa; y algunos dias después montando en una mula se dirigió á la falda de los Pirineos. Nadie detuvo su paso en tan larga travesía; la policía era escasa, el pueblo le desconocía, y una y otro se ocupaban más en aplaudir las proezas del héroe, que en buscar á un miserable de quien ya todos se habian olvidado.

Segun se acercaba el contrahecho, iba reformando su plan; así es, que ya en Francia, en vez de encaminarse hacia el campamento español, corrió á Aviñon, donde le dijeron que estaba la corte de Francisco I. Empleó más de veinte dias, llegando el en que se supo la batalla y desastre de Lombez. Bermudez llevaba muy bien estudiado su propósito, pero entraba en éste hablar con el rey, y aun cuando lo intentó varias veces no lo consiguió ninguna, logrando únicamente su constancia que los regatones de las picas francesas chocasen

en su joroba. No por esto desistió el contrahecho de llevar á cabo la idea, y á trueque de rodar por el suelo se pegó á los muros del palacio de Aviñon, jurando no separarse de allí hasta hablar con S. M. Las derrotas del ejército francés favorecían su plan, y Juan de Dios no era hombre que retrocedía ante el peligro, las amenazas ó los golpes; su constancia y firmeza de ideas se parecían á la maldad que abrigaba su corazón.

Puesto que á nosotros nos es permitido entrar en todas partes, penetremos en tan suntuoso palacio, y sepamos qué hace y piensa el régio enemigo de nuestro héroe. Al efecto será conveniente retroceder un poco.

Francisco I, rey tan enérgico como valiente, pensó en un principio asistir á la batalla de Lombez; pero sabiendo que en sólo ochenta horas habia reunido su almirante cuarenta mil hombres de tropas escogidas, le pareció que debia negar á Silva el honor de mandar á sus contrarios, y escribió al general en jefe, diciéndole:

«Segun vuestro último parte, que acabo de recibir, teneis
»suficiente fuerza para destruir á los españoles en veinticuatro
»horas. Hacedlo, y no me espereis, que basta y sobra con vos
»y mi brillante ejército para dar fin de todos.»

Y aguardó tranquilo y casi seguro la llegada del despacho oficial, donde suponía le iban á manifestar el completo exterminio del duque del Imperio y secuaces.

En consecuencia, se dedicó á la caza y á otros ejercicios materiales.

Al quinto día le entraron el siguiente parte:

«Señor: El enemigo parece que intenta dirigirse hácia Toluosa, y en este instante salgo á su encuentro; mando cuarenta mil hombres, y él, segun mis noticias, sólo tiene disponible una fuerza de diez y seis á veinte mil. Si admite el combate, á que voy á provocarle hoy mismo, creo que no es ni aún dudosa la victoria para las armas de V. M.; si, por el contrario, se atrinchera en Pau, le sitiare, dando conocimiento del hecho á V. M.»

—Si admite la batalla,—exclamó el rey para sí,—pronto terminará el almirante tan fácil empresa.

Cuatro horas después recibía otro despacho, concebido en estos términos:

«En Lombez, frente al enemigo.—Señor: Silva sale á re-
»cibirme, habiéndose parapetado en el semicírculo que forma
»el monte en el camino de Gascuña al Languedoc. No pasará
»la gente que le obedece de diez y seis mil hombres. En este
»momento ordeno el ataque, creyendo tener asegurados la
»victoria y destruccion de esos insensatos.»

—¡Qué osadía!—volvió á exclamar Francisco,—ya habrán pagado esos miserables lo que merecen su orgullo é ignorancia. Me alegro que suceda así, pues de este modo concluiremos ántes, y podré mandar á Italia esos cuarenta mil hombres, que con tanta urgencia y necesidad me reclaman mis generales. ¡Oh, en el Piamonte nos han vencido los españoles; se puede decir que hoy es dueño Cárlos I de toda la Italia; pero en breve partiré yo, y entónces será otra cosa! Los descabros que están sufriendo sus huestes en Lombez, y probablemente en todo el Bearne, debilitarán su fuerza moral en Italia, y no me será difícil recuperar allí en poco tiempo lo perdido y áun algo más.

Dos horas después se acostaba el rey, encargando á sus ayudantes que le despertasen si traían algun despacho del ejército de operaciones en Francia. Al poco rato quedó dormido, permaneciendo así hasta las cuatro de la mañana, que penetraron en su alcoba para decirle que acababa de llegar un ayudante del general en jefe con un pliego importante.

—Dádmele,—exclamó el rey, sentándose sobre el lecho.

Y algo más tarde lo abrió, leyendo:

«Señor: Todo se ha perdido; Silva posee el genio de la
»guerra, y la gente que manda son leones que le obedecen
»con horrible acierto. Estoy herido, y no puedo continuar; el
»portador, que ha presenciado la pelea, enterará á V. M. de
»cuanto se digne preguntarle.»

Francisco palideció; se encrespáron sus cabellos, y temblando de ira, mandó que lo vistiesen, pasando luego á la cámara contigua, á la que hizo conducir al emisario de tan fatal noticia.

—Habla;—le dijo con ronca voz y mirada ardiente;—cuéntame qué ha hecho el almirante de un ejército tan aguerrido y fuerte como el primero de Europa.

El interpelado refirió en extracto lo que ya saben nuestros lectores, destrozando con cada frase el ya herido corazón de Francisco I. Cuando aquél hubo concluido, exclamó el rey con acento trémulo:

—¡No puede ser; no se explica nada de eso; di que es un cuento lo que acabas de expresar, ó!..

—Señor, he tenido la honra de exponer á V. M. la mayor parte de lo acontecido; es cierto que no se comprende, pero desgraciadamente es la verdad. Dejo tendidos en los campos de Lombez tres generales, á más de doscientos entre jefes y oficiales y á masas inmensas de soldados franceses. El almirante recibió una herida, y desde éste hasta el último peon, el que no quiso morir ó caer prisionero, tuvo que recurrir á la fuga.

—No conozco derrota más horrible.

—Ni yo tampoco, señor; y con esta me he hallado ya en veinticinco batallas.

—¿Qué parte del ejército se ha salvado?

—Lo ignoro, señor; cuando lo dejé huía en completa desbandada, aún nos perseguía el enemigo, y era imposible calcular con exactitud; pienso, no obstante, que habremos perdido la mitad.

—¡Veinte mil hombres; maldición! ¿Quién es ese Silva?

—El genio de la guerra, señor.

—El mismo Lucifer en cuerpo y alma. Partid inmediatamente en busca del almirante, y que se me presente al momento, si su herida se lo permite.

Salió el enviado, y Francisco se puso á escribir varios des-

pachos, dando órdenes que eran trasmitidas en el acto. Luego recibió un parte del gobernador de Tolosa, redactado en los siguientes términos:

«Señor: Poco después de la terrible derrota, de que V. M. »tendrá ya conocimiento, se ha presentado el enemigo á las »puertas de esta ciudad; mis soldados huyen, el pánico es in- »descriptible, y ántes que sufrir las consecuencias de un asalto »me retiro de aquí, con harto sentimiento, pero aconsejado por »un sagrado deber de humanidad. No llegan á doscientos los »valientes que me obedecen, y no debo sacrificarlos, compro- »metiendo á la vez la existencia de estos honrados y leales »habitantes. Ignoro qué es del almirante y de los soldados »de V. M.; sólo he visto franceses que huyen y un ejército »disciplinado y vencedor, al que por primera vez de mi vida »vuelvo la espalda.»

Renunciamos á describir la amargura y fatal situacion de Francisco I en los tres dias siguientes; juzgó que Alberto de Silva se encaminaba á París, y ya creia verlo entrar triunfante en la capital de Francia, en tanto que sus soldados iban á la desbandada en todas partes, como sucedia á la vez en Italia con los que perseguia el famoso general español, marqués de Pescara.

En tal estado, llegó el cuarto dia, y sabiendo que los castellanos continuaban en Tolosa, se tranquilizó algo por el porvenir, si bien seguia mirando negros y horribles el pasado y presente. Llevaba noventa y seis horas sin haber pisado otras habitaciones que el despacho y cámara de dormir; sentia en este instante un fuerte dolor de cabeza, y con tal motivo bajó á los jardines, en busca de un aire más puro y agradable. Delante él y detrás algunos individuos de la servidumbre, paseó media hora, entregado á profunda meditacion, cuando hubieron de detenerle las voces de vários hombres que amenazaban á otro, en tanto que éste exclamaba:

—Dejadme entrar, insensatos; tengo en mi mano la suerte de la Francia, y con vuestra obstinacion todo se perderá.

Quiero ver al rey; es imposible que S. M. se niegue á escuchar á un español que puede servirle más que su almirante.

Una carcajada siguió á aquellas exclamaciones.

Separaba al monarca del sitio donde tenía lugar tal acontecimiento, la delgada tapia del jardín; así es, que escuchó perfectamente las frases que acabamos de copiar. Excitada su atención, y tanto ó más la curiosidad, exclamó, dirigiéndose á los que le seguían:

—Id, y si ese hombre, que dice tener la suerte de la Francia en su mano, no está demente, traedlo aquí.

Diez minutos después se hallaba frente á Francisco I el jorobado Juan de Dios Bermudez. El rey le miró de arriba á abajo, y aún cuando su miserable figura promovía la risa, no hubo de disgustarle la frente, mirada serena y tranquilidad del contrahecho.

—¿Quién eres?—le preguntó.

—Un beneficiado español, humilde servidor de V. M.

Y no demostró en su contestación desasosiego ni malestar; léjos de eso parecía hallarse acostumbrado á hablar con los reyes y poderosos de la tierra. Francisco volvió á interrogarle:

—¿Cómo te llamas?

—Juan de Dios Bermudez.

—¿Por qué gritabas, poco há?

—Señor, tenía imperiosa necesidad, anhelaba la inmerecida honra de besar los pies de V. M., y esos ignorantes soldados, porque tengo joroba, se reían de mí, me insultaban y hasta me han castigado cinco veces.

—¿Cómo has sufrido tan repetidos golpes?

—Son vasallos de V. M., tienen la fuerza de que yo carezco, y los recibí con paciencia, en obsequio al valiente y justiciero monarca que se digna oirme.

—Por lo ménos eres osado y tenaz en tus propósitos.

—Cierto; decidido á realizar una idea, nada detiene mi paso, nada me amedrenta.

—Tampoco eres cobarde, si lo que dices es verdad.

—El miedo sólo puede abrigarse por gente que desconoce sus fatales consecuencias.

—¿Qué te propones, Bermudez?

—Elevar hasta V. M. un plan seguro y cierto de echar á los españoles que hay en Francia.

—¿Sabes lo que dices?

—Creo que sí, señor.

—¿No eres tú español?

—Y tan desgraciado, que mientras viva tendré que maldecir al suelo que me vió nacer.

—Cuentan que tu paisano Silva es un héroe; y añaden, que brilla en su frente el genio de la guerra.

—Repiten eso mismo Murcia, donde inauguró sus triunfos; el palenque de Madrid, en el que mató al duque de San Márcos; Fuenterrabía, el Bearne, Pau y Lombez. Há poco más de un año, tuve yo tambien la desgracia de luchar cuerpo á cuerpo con él, sobre el castillo de Monteagudo, y me venció. Su cuchillo atravesó mi costado; deshizo á la vez mis ilusiones; destruyó mi posicion, y... Lo restante, señor, forma parte de mi plan.

—Oí contar, efectivamente,—dijo el rey, como recordando una idea condenada al olvido,—que vários dependientes del duque de San Márcos, capitaneados por un contrahecho, quisieron asesinar al conde de Santomera, hoy duque del Imperio.

—Yo los mandaba, y en verdad que no fuí tan afortunado como merecia el acierto con que dirigí la empresa.

—Tambien me parece haber oido, que á la noche siguiente ó posterior, dos criados del mismo Silva debieron arrancarle la vida.

—Debieron, señor, debieron; yo preparé aquel acontecimiento, pero estaba léjos y se frustró por la causa expuesta, y porque la buena estrella de Silva luce aún más que la mia.

—Su suerte parece efectivamente loca.

—Loca es, y tan veleidosa, que no debe confiar en ella.

—Es decir, que Juan Bermudez es un asesino amaestrado en el arte. Mal has hecho en llegar á mí, que en Francia sólo hay patíbulos para el delincuente.

—Señor, há tiempo que me cansa la vida, y jamás temí perderla; aquí está, si á V. M. le estorba; pero me habrá de permitir que rechace con respeto y sumision, eso sí, la calificación de asesino. Cuando pude me batí cuerpo á cuerpo con Silva; luégo me fué imposible, por lo mucho que se elevó y por lo bastante que yo he descendido; en cuyo caso me contraje á pagar la deuda que tenía pendiente con él, en el modo y forma que me ha sido posible. Uno de los dos sobra en el mundo, y uno de ámbos ha de dejar de existir muy pronto, si la suerte no se opone. Eso es todo; yo suplico á V. M. encarecidamente, se digne leer el plan redactado en este pliego, y luégo podrá hacer de mí lo que estime oportuno.

—Está bien. Cogédselo y que se marche.

Y le volvió el rey la espalda, continuando su paseo por los jardines.

Francisco I empezó á oír á Bermudez por curiosidad, después por distraccion, y últimamente, sin perjuicio de lo repugnante que se le presentó, con interés. Era un asesino, pero leyó en su frente el odio y deseo de venganza que le inspiraba Silva, y hasta simpatizó con un criminal, que se le parecía en sólo una cosa, en la idea que inspiraba á ámbos el duque del Imperio. Quiso, sin embargo, olvidar al jorobado y no hacerle caso, pero le fué imposible, toda vez que la figura del contrahecho, con la horrible expresion de odio y venganza que abrigaba contra Silva, la tenía delante de sus ojos, sin que le fuera dado desecharla un instante.

—¡Qué entereza de hombre!—se decia,—aborrece tanto como yo á ese fatal duque, y lo creo capaz... ¡Oh, si él pudiera!.. Delirios; el aliento de esa víbora, parece que me inspira en este momento. Al valiente, al héroe se le vence, se le aniquila en el campo de batalla... Pero mi ejército huye delante de él en Francia; en Italia de Pescara, y mi pobre reino,

mi nombre!... No puede ser; el jorobado... ese contrahecho vale mucho. Puede que acaso tenga razon; tal conducta habrá observado Silva con él, que se ve obligado á matarle ó á perecer; y en su decision y fuerza de voluntad hay algo que no llega nunca á los hombres vulgares.

Francisco I, después de combatir sus propias ideas, de vacilar muchas veces y de dudar otras, acabó por leer el plan de Bermudez, y cuando hubo meditado sobre él mucho tiempo lo aceptó con repugnancia, anhelando, no obstante, su pronta realizacion.

Oigamos el diálogo que tiene lugar entre ámbos pasadas las primeras treinta horas. Son las once de la noche; el rey está de pie en un extenso salon profusamente alumbrado; y solo con Bermudez, que acaba de entrar, le pregunta:

—¿Qué has hecho desde ayer hasta este momento?

—Esperar.

—¿Qué aguardabas?

—La honra de volver á hablar con V. M.

—¿No era más probable que te mandase el verdugo?

—Señor, lo habria recibido con gusto, toda vez que iba de parte de un soberano tan fuerte y poderoso.

Las dos últimas frases nublaron el semblante de Francisco; derrotado en Italia y sitiado cási en su propia casa, léjos de creerse en aquel momento fuerte y poderoso, como acababa de decir Bermudez, se juzgaba por el contrario el monarca más débil de la tierra. El jorobado adivinó la causa de la terrible impresion que el rey concluia de recibir, y se apresuró á decirle:

—Bien comprendo, señor, que en Italia sufre el pabellon francés reveses sin cuento ante los soldados de la *liga* acaudillados por el marqués de Pescara; se han unido España, Inglaterra, Venecia y los Estados Pontificios contra V. M.; lo verificaron por sorpresa, y tendrá que mirar V. M. con dolor las consecuencias inmediatas hasta tanto que se pueda mandar allí un ejército que equilibre el poder de las fuerzas contrarias, lo

cual no es difícil ni dudoso para la Francia. También es cierto que Silva, de victoria en victoria llegará á París, sembrando el terror en los estados de V. M. Ese hombre dispone á no dudarle del influjo de Satanás, y representa para sí solo bastante más que todos los ejércitos de Carlos I; pero entiendo, poderoso señor, que muerto el duque del Imperio le es dado á V. M. luchar con ventaja contra todos sus enemigos.

—Era, Bermúdez, mucho más noble é infinitamente más conveniente, que ese héroe, si lo es, ascendiera á almirante de Francia.

—Ciertamente; pero á eso llaman en España *traicion*, y los Silvas son muy apegados á añejas preocupaciones.

—Lo mismo contaban del marqués de Peralta, y ya llevados. También decían eso de mi primo el duque de Borbon y acaba de llegar á Madrid, resuelto á ofrecer su espada al emperador Carlos I.

—Todo eso es verdad; mas Alberto de Silva sólo tiene un camino, una sola palabra, y no existe nada en el mundo capaz de combatir su voluntad.

—¿No se reveló en Murcia contra el de Austria?

—Sí, señor, y pudo hacerse jefe absoluto de aquel reino, si las rancias ideas de que he hablado ántes no se lo impedían.

—El monarca español lo hubiera aniquilado en pocos días.

—Difícil era; Silva nació para guerrear; manda y dirige con acierto indisputable; dicen que fascina su acento, y opinan todos que de llevar adelante su rebelion, sería hoy, por lo ménos, rey de Murcia. Su asalto en Fuenterrabía, entrada en Francia y batalla de Lombez, dicen más que cuanto pudiera expresar mi labio.

—¿A qué causa atribuyes su detencion en Tolosa?

—Entiendo que esperará nuevos refuerzos para asegurar la conquista y dirigirse tranquilo á París.

—Mis generales creen que ántes de continuar su marcha intenta dar otra batalla.

—Si se la presentan de seguro la acepta, y en ella debe perecer, con lo cual quedará en poco tiempo V. M. libre de enemigos en Francia y poco después en Italia.

Francisco I volvió á vacilar; le repugnaba Bermudez, y más áun el pensamiento que lo llevaba á su régia cámara; pero se vió obligado á sucumbir ante el innegable talento del jorobado, el cual le aventajaba en astucia y sabiduría. En otras circunstancias lo hubiera arrojado de palacio, y hasta de la Francia, de no entregársele al verdugo; pero era tan crítica y desesperada su situacion actual, que acabó por preguntarle:

—¿Qué necesitas para llevar á cabo tu idea?

—Un hombre de accion y de conciencia elástica que merezca la confianza de V. M., seguido de veinte ó treinta valientes que le obedezcan con sumision, y sirvan lo mismo para soldados que para cualquier otro uso que se quiera hacer de ellos.

—¿Nada más?

—Con eso me basta.

—¿Oro?

—Si á vuestra V. M. le sobra..

—Toma ese bolsillo, y espera en tu casa la llegada de Vissó. ¿Recordarás el apellido?

—Sí, señor.

—Ese es el hombre que necesitas, el cual dispone de los restantes que te hacen falta. Hoy mismo irá á buscarte.

—Beso los piés de V. M., y pido al cielo ventura para mi señor, suerte para Bermudez; que lo demás me sobra,

—Marcha.

Y le volvió la espalda Francisco I, entró en su despacho, y después que hubo meditado mucho tiempo, llamó, diciendo al que descorrió la cortina:

—Que venga inmediatamente el capitan Vissó.

Salió el palaciego, y el rey quedó nuevamente entregado á sus pensamientos, permaneciendo así media hora que tardó

en presentársele un hombre grueso, de estatura regular, de rostro antipático, pero en el cual se hallaba retratada la osadía. Ostentaba la banda de capitán, su traje era desordenado, y pasaba en el ejército francés por un gran tirador, de conciencia elástica y de educación dudosa. Francisco I se había servido de él en una empresa temeraria; salió bien de ella, y desde aquel momento lo había agregado al cuerpo llamado *guardias del rey*.

El recién venido se inclinó ante su señor, y esperó; el monarca se fijó en él con interés, diciéndole:

—Acércate más. La guerra que nos hace Alberto de Silva no puede continuar sin exponer la suerte de Francia, y en verdad que tal estado de cosas es indispensable que varíe. Para eso te he llamado, Vissó.

—Señor,—contestó el capitán con voz ronca y destemplada, pero con humildad,—mi vida pertenece á V. M., y me tendré por dichoso el día que la pierda en su servicio.

—Como te decía, la guerra que nos hace el ejército español, es infuca, pues se han valido de la sorpresa y hasta de la traición, toda vez que uno de sus caudillos es Peralta, general no há mucho de Francia. ¿No te parece lo mismo?

—Quién lo duda, señor.

—Pues yo añado, que para acabar con las huestes españolas, basta sólo herir á su caudillo Silva.

—Dicen, efectivamente, que ese joven español posee el genio de la guerra.

—Para el cual basta y sobra...

—Ya; con una estocada.

—Perfectamente; mas por si fuese como aseguran un héroe capaz de conquistar el mundo, convendría á la Francia que defendiera su pendón.

—¿Cómo se hace ese milagro, mi amado señor?

—No todo el que hiere mata; la sangre vertida debilita; la enfermedad postra, y durante la convalecencia podía yo hablar con él, y quién sabe.

—Lo malo es que yo no entiendo de cirugía, y clavado el acero ignoro hasta qué punto debe penetrar para que no muera.

—Vissó, deseo coger á ese español vivo; mas si lo trajeses muerto, aún cuando lo sentiria, no por eso me obligarias á que prescindiera de tí.

—Comprendo, y espero las órdenes de V. M.

—Querrás decir las instrucciones, el medio de acercarte á él sin grave peligro.

—La seguridad al ménos de poder obedecer á V. M. como cumple á mi deber y como he anhelado siempre.

Francisco le alargó el plan de Bermudez, que tenía cerca de sí, añadiendo:

—Lee ese escrito, y díme lo que te se ocurra y parezca.

El capitan obedeció, replicando después:

—Las ideas emitidas aquí son atrevidas, mas parecen realizables.

—El que eso dice se llama Juan de Dios Bermúdez, es español, de un físico repugnante, pero le sobran talento y capacidad para dirigir la empresa. En mi concepto, él debe ser la cabeza, tú el brazo, y veinte ó treinta soldados elegidos por tí la espada.

—Comprendo, y cuando V. M. lo disponga visitaré al autor de este plan.

—Debo advertirte que odia á Silva cuanto es posible; por cuya razon querrá que muera, cebándose en él como la pante-
ra sobre su víctima; pero como eso no me conviene y él es sólo la cabeza, yo mando al brazo y la espada que á ser dable me lo traigan vivo; si bien, y atendiendo á su valor y genio, os será imposible dejar de herirle.

—Quién sabe señor: soy el brazo, dirijo la espada, y haré cuanto esté de mi parte por presentárselo á V. M. sano; si esto no pudiera ser, herido; y en último caso, muerto.

—La empresa, Vissó, es difícil y arriesgada, no obstante las buenas ideas que contiene el plan de Bermudez.

—Cierto, señor.

—Es indispensable mucha discrecion, valor y cordura.

—Con todo eso he contado.

—La suerte de la Francia va á depender de ese acontecimiento.

—Lo infiero, y por mi patria y mi señor expondré mi vida hasta lograr el intento ó perecer.

—La recompensa será digna de mí.

—Mi deseo no aspira á otra que á la de complacer á V. M.

—En todo el dia de mañana ponte de acuerdo con Bermudez, y dispon lo necesario; anochecido vienes á verme, trayendo copia que exprese el itinerario que llevais y punto de espera. Media hora después saldreis de Aviñon, y algo más tarde lo verificaré yo, si bien por camino diferente. Ahora retiráte.

Salió Vissó, volviendo á quedar Francisco como entregado á profunda meditacion: luégo oprimió un timbre, preguntando al palaciego que se presentó:

—¿Qué es del almirante?

—Señor, llegó hace dos dias, y continúa esperando la honra de que lo reciba V. M.

—¿Cómo está de la herida?

—Muy bien; parece que ya no le molesta.

—Que venga inmediatamente.

Media hora después se presentó el almirante con la cabeza inclinada, tímido é irresoluto. Francisco le alargó la mano que el anciano besó, quedando frente al rey sin atreverse á alzar la vista. El monarca le preguntó:

—¿Os molesta mucho la herida que recibisteis?

—Señor, por desgracia respetó mi vida y hasta quiso el destino, ingrato conmigo en esta ocasion, que sanase de ella.

—Me alegro, y no hallo motivo para la desesperacion á que pareceis entregado.

El anciano miró con asombro á su soberano, y cuando se hubo convencido de que le hablaba sin ironía, contestó:

—Señor, sufrí un desastre tan horrible, que á no verme

obligado á velar por la suerte de la Francia y por los intereses de V. M., me habria atravesado el corazon con mi propia espada.

—Almirante, la experiencia os habrá enseñado que no siempre se vence en la guerra; la suerte entra por mucho en todas las cosas, y el que os haya sido adversa en una ocasion dada, no es motivo para un suicidio, y ménos para rebajar el buen nombre de un general que ganó quince batallas, y sólo ha perdido una.

—La bondad de V. M. no tiene límites; pero ¡ay! señor, en nada, por desgracia, puede amenguar el horrible desastre que presencié espantado y hasta con lágrimas en los ojos. Seis mil prisioneros, más del doble entre muertos y heridos; doscientos jefes besando el suelo; tres generales sin vida; todos los demás vertiendo sangre, lo cual prueba que peleamos cuanto era posible; y sin embargo diez y seis mil hombres, ó pocos más, vencieron á cuarenta mil.

—Peripecias del mundo, almirante; fué una desgracia que nâdie pudo imaginar, pero que se ha realizado; y no teniendo ya remedio debemos emplear el tiempo en tomar la rebancha á un enemigo tan osado y valiente. Sí, amigo mio; suprimid lamento y afliccion y hablemos del porvenir.

—Ese Silva parece el mismo Lucifer, y sus soldados un ejército de demonios.

—En ese caso, me convertiré en arcángel Gabriel y vosotros formareis mi cohorte, con lo cual bastará para exterminar á esos espíritus infernales, que osaron tomar la forma de los hombres.

—Creo, señor, que debe V. M. apresurarse á disponer lo conveniente para que todos corramos al campo de batalla, sin retroceder un paso, hasta que echemos de Francia al último español; mas en la ocasion presente, todo debe dirigirlo V. M.

—¿Merece ese jóven que yo mismo pelee contra él?

—¡Ah! señor, todo hace falta contra el genio de la guerra.

—¿Tanto vale Silva?

—¡Es terrible, señor!

—Dicen que se bate tambien.

—Como un soldado. Después que ordena, y cuando ve que sus huestes ocupan los puntos que él ha dispuesto, desnuda la espada, atraviesa la línea contraria, y por la puerta que abrió con la punta del acero, penetra, seguido de los suyos, sin que haya tropas capaces de contener su arrogante paso.

—Bien; pero ántes, como experto general, buscará un sitio elevado, desde el cual, dominando los dos campos, dispondrá el ataque.

—Ciertamente, señor; es de los últimos que pelean; mas en el momento de verificarlo, huyen hasta los más valientes de sus enemigos.

—Lo vamos á vencer ántes de ocho dias.

—¡Ojalá! pero...

—Si poneis en duda mis palabras, formaré mal concepto de vos, almirante.

—Seré el primero en obedecer á mi rey, en morir por él; pero creo un deber recomendar á V. M. la prudencia en la presente ocasion.

—Es inútil, anciano; os he dicho y repito por última vez, que ántes de ocho dias habremos vencido á Silva.

—¿Qué debo hacer, señor?

—Concretaros única y exclusivamente á obedecer mis órdenes; quiero saber si soy más afortunado que vos, para lo cual voy á mandar solo.

—Me complace la nueva, y aguardo oir la voluntad de V. M. para apresurarme á obedecer.

Francisco cogió un largo escrito que tenía cerca de sí, y se lo alargó, añadiendo:

—Tomad; ahí encontrareis las instrucciones necesarias; partid inmediatamente, seguido de vuestro estado mayor, y no deis un solo paso más de lo que se os ordena en ese pliego. Todo está previsto, faltando únicamente la realizacion.

—Saldré ántes de dos horas.

—Antes, sí; lo más pronto posible.

—El cielo guarde la preciosa vida de V. M.

—Y la vuestra, anciano. No tardáremos en volvernos á ver.

Marchó el almirante, Francisco se puso en pié, meditó algunos instantes, retirándose después á su cámara de dormir. Se hallaba más tranquilo que en los dias anteriores en que, víctima del insomnio, no lograba unir sus párpados, viéndose por el contrario en la presente noche dominado por un sueño que le ofrecia el reposo y sosiego necesarios á su espíritu y materia.

Antes de cerrarse los ojos, exclamó:

—El plan de Bermudez es cási infalible; morirá Silva, ó reemplazará en mis reinos á ese caduco almirante, que no sirve para nada, para nada.

Y se quedó dormido.

CAPITULO VII.

La parodia de Silva.—De rey á espía.—La manada de tigres.—Tolosa á vista de pájaro.

A las seis de la mañana abrió los ojos Francisco I, mandó que lo vistieran, y luego entró en su despacho donde pasó algunas horas escribiendo. El resto del día lo ocupó en dictar órdenes y mandar correos en diferentes direcciones. Por la tarde se despidió de una hermosa jóven, que habitaba cerca de su palacio, en otro más pequeño, pero tan lujosamente decorado como el suyo; comió con ella, y ántes de anochecer se retiró, penetrando nuevamente en su despacho. Parecía entregado á profunda meditacion; unas veces se contraía su frente, y otras la presentaba despejada, asomando á sus labios el átomo de una terrible sonrisa.

Acababa de anochecer cuando entró un gentil hombre, diciéndole:

—Señor, el capitan Vissó desea merecer la honra...

—Lo esperaba; que pase al instante.

Poco después apareció el anunciado, llevando botas de baqueta, calzas de paño y un tabardo de grosera lana. Iba disfrazado, y más parecía lo que representaba en este instante que lo que era en realidad.

El rey le miró con agrado, preguntándole:

—¿Hablaste con el jorobado?

—Sí, señor.

—¿Os habeis entendido?

—Perfectamente.

—¿Qué opinas de ese hombre?

—Tiene, señor, mucho talento; la intencion del tigre, la astucia de la pantera, y no le juzgo cobarde.

—Quiere matar á Silva.

—A eso aspira, señor; dice que es el blanco de sus ilusiones.

—¿Pero, tú?..

—Yo, soy humilde servidor de V. M., y sólo obedezco y procuro que se cumpla la voluntad de mi señor.

—¿Qué gente llevais?

—Treinta hombres.

—¿Qué os hace falta?

—Los mosquetes y restantes armas con los demás objetos que han de ocultarlas, todo lo cual recogeré cerca de Tolosa.

—¿Puedo estar seguro de los hombres que te siguen?

—Como de mí mismo, gran señor.

—Anhelo que en la presente ocasion te hagas digno de la confianza que te dispenso, de lo mucho que espera la patria de tí, y de la recompensa que te aguarda.

—Me sacrificaré, si es preciso, por V. M.

—No es tu sangre lo que quiero, si no la de Silva ó su prision.

—Pondré todos los medios.

—Vissó, discurre mucho, no te fies de nádie, y que se igualen tu valor y talento á lo grande de la necesidad que nos apremia.

—Tengo señor, más empeño, si cabe, que V. M. en la realizacion de una idea difícil y arriesgada, pero no imposible.

—Marcha, y cuenta que sigo tus pasos.

—Juan de Dios Bermudez deseaba la honra de hablar con V. M.

—¿Qué pretende?

—Besar la augusta mano y despedirse de su nuevo señor.

—No es necesario; dile que en los alrededores de Tolosa nos veremos. Parte al momento.

—El cielo inspire y defienda á V. M.

Y acompañando sus frases de una humilde reverencia, salió de allí, dejando á Francisco I otra vez ensimismado. De pronto alzó la frente, y después que hubo oprimido un timbre, exclamó:

—Un tabardo grosero; bota larga de badana; ropilla de paño y un chambergo. Que vengan á vestirme inmediatamente y que tengan los caballos dispuestos. Decid á Ramiro que montaremos ántes de media hora. Después que yo haya partido, seguid mis instrucciones con entera exactitud.

Cuando á Francisco le hubieron puesto el traje, de que queda hecha mencion, bajó á los jardines, hallando junto á una puerta excusada de los mismos, dos criados, cuatro caballos y á su ayudante Ramiro. Este último era un jóven de veinticinco años, rubio, elegante en su forma y modales, pertenecía á una de las familias más distinguidas de Francia, y tenía el grado de capitán. Ahora vestía el mismo traje que S. M., é igual al de los dos criados.

—Abrid esa puerta,—dijo el monarca á los sirvientes,—y á caballo.

Así lo hicieron, montaron después, y salieron, dejando el postigo entornado.

Iban delante y unidos Francisco y Ramiro, siguiendo detrás en la misma forma los dos criados.

Se dirigian hácia Tolosa, pero en vez de tomar el arrefice, entraron en un sendero ancho que debia serles muy co-

nocido, por el cual caminaban ahora á un trote largo y sostenido.

La noche se presentaba templada, clara y serena; un silencio no interrumpido parecia posesionado de las llanuras y arboledas de Francia, sin que nada viniera á interrumpir la marcha de nuestros viajeros. Cuando estos hubieron dejado atrás los inmensos bosques del real patrimonio de Francisco I, gritó el monarca:

—A escape.

Y los cuatro aguijonearon á sus caballos, haciéndoles salir como flechas.

De este modo continuaron hasta las diez de la noche, ó sea tres horas después de haber partido de Aviñon. Los caballos presentaban cuatro dedos de espuma y los jinetes iban cubiertos de polvo, cuando oyeron una voz que gritó:

—¡Francia é Italia!

—¡Alto!

Añadió el rey, mirando cerca de sí á dos hombres, uno de los cuales sujetaba cuatro potros ingleses; el otro se adelantó, y gorra en mano preguntó á Francisco:

—Señor, ¿tiene algo que ordenarme V. M?

—Sí; miéntras monto, tráeme agua.

Y echó pié á tierra, verificando lo mismo Ramiro y los dos sirvientes. Acto continuo cambiaron de caballos, bebió S. M. un vaso de agua, volviendo á emprender su rápida carrera con más celeridad, si cabe, que ántes.

A las dos horas y media presentaban sus nuevos jacos la misma espuma que los anteriores, sin que los jinetes demostrasen fatiga ni cansancio. Anduvieron un poco más, entraron en el arrecife, y á los cien pasos pararon á la puerta de una venta. En el mismo instante apareció un embozado, el cual se descubrió con respeto, diciendo al rey:

—Señor, tengo dispuesta cena para V. M., y cuatro caballos ensillados, segun se me ha ordenado.

—Echad pié á tierra,—dijo el monarca,—y comed.

La puerta de la venta se abrió, apareciendo vários criados

alrededor de una mesa; pero nadie se sentó, siendo así que el rey pidió vino y bizcochos, los que tomó de pié, hablando muy quedo con el embozado que salió á recibirle. Ramiro y los criados le imitaron, cogiendo el primero lo mismo que su señor, y los restantes un pedazo de pan y un poco de fiambre.

Media hora más tarde se despidió Francisco del embozado, y los cuatro volvieron á correr sobre potros descansados y de la misma raza que los anteriores. Era la una y media cuando salieron de la venta.

Cási al mismo paso, y sin perder más tiempo que el indispensable para cambiar de cuadrúpedos, continuaron hasta llegar á Lodeve, villa situada entre Aviñon y Tolosa, distante de ámbas cerca de veinticinco leguas. El rey, su ayudante y los dos sirvientes, cruzaron ese espacio en catorce horas próximamente, yendo ya rendidos por la fatiga y el cansancio, y siendo el primero el que más disimulaba el mal efecto de tan molesta carrera.

En Lodeve se alojaron en el palacio de un título de Francia, donde esperaban al rey vários ayudantes, que fueron despachados inmediatamente, encargándoles la conduccion de pliegos importantes, y comisiones peligrosas cerca del enemigo.

Francisco y Ramiro almorzaron, buscando después el reposo que tan necesario é imprescindible les era. A las cuatro de la tarde se levantaron, cubriéndose con el mismo traje que sacaron de Aviñon. Luégo se sentaron á la mesa, y á las siete de la noche se despidieron de los dueños del palacio, partiendo otra vez en direccion de Agout, pueblo situado á ocho leguas de Tolosa y á diez y siete de Lodeve, las que cruzaron el rey y su comitiva en diez horas. Ya en dicho pueblo, comieron y descansaron todo el dia siguiente, dictó el monarca algunas disposiciones, permaneciendo allí hasta la madrugada del inmediato, en que partieron solos Francisco y Ramiro. En Agout, pueblo fortalecido con gruesos muros, dos castillos y la artillería necesaria, empezaban en aquel momento á reunirse las dispersas huestes del almirante y algunos otros ba-

tallones que iban llegando de las plazas más próximas.

En tanto, el rey de Francia y el capitán Ramiro, sin desplegar los labios ni cambiar el grosero traje que sacaron de Aviñon, caminaban al trote por un sendero estrecho y desigual que debía conducirlos á las inmediaciones de Tolosa. Anduvieron seis leguas, y sin mudar de caballos siguieron, internándose poco después en un bosque tan dilatado como espeso.

A la conclusion de aquél y en direccion del enemigo, distinguieron por fin unas cuantas casas rodeadas de la inmensa arboleda que tenían á Norte y Sur, Este y Oeste. El monarca se detuvo á cien pasos, diciendo á su ayudante:

—Adelántate, y da la contraseña.

Ramiro obedeció, y ya junto al caserío, dijo:

—*¡Francia é Italia!*

En el mismo instante se abrió una ventana, y aparecieron Vissó y Juan de Dios Bermudez. Ambos se fijaron primero en Ramiro, luego en Francisco, y reconociendo á este último bajaron, haciendo seña al ayudante para que les siguiera. Luego rodearon los tres al monarca.

—¡Bien disfrazado viene V. M!—exclamó el compañero del jorobado.—Dudé al veros, y en verdad que he tardado en conocer á mi señor.

—Vissó,—dijo el soberano,—mientras me cubra este traje, suprime el tratamiento. ¿Llegásteis todos?

—Sí, señor.

—¿Bien armados?

—Perfectamente.

—¿No os podrán descubrir?

—Imposible.

—¿Mandásteis confidentes?

—Sí, señor; sin perjuicio de visitar yo á Tolosa cuantas veces sea necesario.

—¿No es peligroso?

—El enemigo parece dormido, y está tan confiado, que á nadie molesta con preguntas ni reconocimientos.

—¿Bermudez,—preguntó el rey al jorobado,—se realizará tu plan?

—Creo que sí, gran señor.

—¿Te hallas satisfecho de los preliminares?

—Mucho.

—¿No dudas ni temes?

—Ni temo ni dudo.

—Tú no te expongas, que te conocen y te vende la joroba.

—Verdad es, por desgracia.

—Es lunes, el sábado se dará la batalla.

—La espero con ansia.

—¿Teneis suficiente tiempo con los cinco dias que restan para terminar los preparativos é indagar lo necesario?

—Sí, señor.

—Vissó, reúne á tu gente, y sin decirles el objeto, tráela aquí, que quiero reconocerla.

Quince minutos después, tenía Francisco delante de sí treinta hombres de rostro imponente y aspecto feroz; vestían todos, como su jefe y el jorobado, trajes propios del pueblo bajo de Tolosa, y aún cuando eran militares, se presentaron ante su disfrazado rey sin humildad ni encogimiento. El monarca los fué examinando uno por uno, les hizo várias preguntas, concluyendo por mandar que se retirasen.

—Buena eleccion, Vissó,—dijo el soberano al capitan;—creo que ninguno de esos hombres aprendió á volver la espalda ni dejará nada por hacer, de cuanto esté en sus manos realizar, por difícil que sea.

—Los conozco, señor, y respondo de ellos.

—¿Qué dices tú, Bermudez?

—Que el sábado todo habrá concluido.

—¿No eres excesivamente confiado?

—Creo que no, señor; adolezco del defecto contrario.

—Esta noche dormiré en Agout, después de haber elegido posiciones, y no salgo de allí hasta el viernes, que, al fren-

te del ejercito, iré á ocupar el sitio designado. Ves á verme ántes de ese dia, Vissó, sin perjuicio de enterarme de todo cuanto ocurra entre vosotros. Que el cielo os guarde.

Y seguido de Ramiro les volvió la espalda, saliendo del bosque y comenzando á subir una empinada cuesta que tendria media legua de longitud. Cuando llegaron á la cúspide, detuvo el rey á su caballo, para admirar el cuadro que se presentaba á su vista. A poco más de dos mil varas tenía la hermosa ciudad de Tolosa, con sus blancas torres, fuertes castillos y deliciosos palacios; parecia la reina del dilatado llano que se extendia á sus piés, más bella que nunca á los ojos de su antiguo señor.

—¡Ahí está Silva!—exclamó el rey con sentimiento;—en mi encantadora Tolosa mora tranquilo mi contrario, dueño de dos departamentos de la Francia. Victorioso, alegre y placentero, rie y goza en mis palacios, ciudades y territorio; ni aún sus avanzadas hallan quien les moleste; su cobarde enemigo huyó en Lombez, y no ha vuelto á dar señales de vida. ¡Guay, no obstante, si despierta; si su intento viene á ser coronado en la presente ocasion por la veleidosa suerte! Silva me anunció su visita; estuvo atento y cortés como buen castellano, y es muy justo que yo le reciba como él merece. Le prepararé alojamiento, y luego saldré á recibirle. Adelante, Ramiro; veamos si es cierto que los españoles sólo tienen enemigos en el campo de batalla.

Y picaron de nuevo á sus caballos, dirigiéndose hácia Tolosa, torciendo después á la derecha hasta entrar en el arrecife que conduce desde la mencionada ciudad á Agout. Cruzaron á quinientas varas de dicha plaza, atravesando por junto á las avanzadas españolas, sin que nadie les detuviera ni reparase en ellos.

—Bien,—decia el rey cuando dejaba atrás un grupo de soldados españoles;—no tengo noticia de que hayan existido conquistadores cerca del enemigo más confiados y... terrible es la frase, pero cierta; y valientes.

Y á un trote corto y sostenido, prosiguieron adelante, observando el terreno y cuanto hallaban á su paso.

Media hora después exclamó Ramiro con asombro:

—Señor, aquella polvareda que se ve en lontananza, sólo puede producirla el enemigo.

—Cierto,—contestó el rey, con tranquilidad,—debe ser caballería española, y en verdad que me complace mucho verlos pasar cerca de mí. Ponte detrás, retírate á la derecha, y no temas.

Cinco minutos más tarde, cruzaban frente á Francisco y su ayudante el maestre Mendoza, veinte caballeros de la escolta de Alberto y hasta quinientos jinetes, cubiertos todos con gruesas armaduras. En medio llevaban vários jefes y oficiales franceses y seiscientos soldados, que acababan de coger prisioneros. Por orden de Silva salieron la noche ántes á hacer un reconocimiento cerca de Agout, y al regresar cogieron una columna enemiga, cargaron sobre ella y la derrotaron, trayéndose un número de contrarios mayor que el que ellos componían.

Ramiro y el rey se separaron un poco del camino, viendo el segundo pasar á sus contrarios rozando con él, sin demostrar el más leve sobresalto. Nada le dijeron, ni áun parece que se dignaron fijar su altiva mirada en los dos jinetes que á la orilla del arrecife se detuvieron para contemplarlos sin temor alguno.

Cuando acabaron de cruzar, dijo el monarca.

—Adelante, Ramiro.

Y prosiguieron, replicando el último:

—Corramos, señor.

—¿Tiemblas?

—Por primera vez de mi vida.

—¿Cobarde!

—No es por mí, señor, sino por V. M.

—Yo también, Ramiro; pero no es de miedo, sino de ira, de coraje. ¿Has visto los jefes, oficiales y soldados que llevan en medio esos quinientos ó seiscientos caballos?

—Sí, señor. Por cierto que tres jefes de los nuestros han debido reconocer á V. M., siendo así que se inclinaron, al pasar por delante, de un modo tan hábil como respetuoso.

—¡Miserables!—exclamó el rey con enojo, —pertenecen á la columna que mandaba el conde de Arras; eran más de tres mil hombres, y se han dejado batir y vencer por esos lanceros.

—Acaso fuesen sorprendidos; de otro modo no se explica acontecimiento tan funesto.

—Méenos se comprende el que se hayan rëndido más número de hombres que el que compone el total de sus enemigos. Sólo al inexperto y torpe se le sorprende; sólo el cobarde se rinde.

—Verdad es, señor; y aunque nada disculpa el hecho, amengua algo su gravedad la clase de enemigos que los han atacado. El jefe parece un gigante; y lo mismo los oficiales y caballeros que los soldados, demuestran un brio, gentileza y marcial apostura que sólo les es dado ostentar á los maestros en el arte de pelear.

—Bien, Ramiro, bien; no me vuelvas á hablar más de ellos.

Y con la frente contraída y la mirada vaga y sombría continuó el monarca largo tiempo, dedicándose luego á estudiar el terreno por donde iban cruzando.

Más adelante distinguieron, cerca de una cordillera de montañas que se corrian de Norte á Sur, vários cadáveres, bastantes heridos, el suelo regado con sangre y los efectos consiguientes al ataque que sostuvo allí el maestro Mendoza contra la columna de Arras. El rey cruzó por medio de los que estaban tendidos en tierra, y acercándose á un oficial que ordenaba á vários paisanos que tenía en torno recogiesen los heridos, le preguntó:

—¿Me conoceis?

—No, señor.

—Soy vuestro rey.

El interrogado hubo de reconocer á Francisco, pues en el acto se descubrió, diciendo:

—Señor, perdone V. M...

—¿Perteneceis á la columna que mandaba el conde de Arras?

—Sí, señor.

—¿Qué os ha acontecido? No mintais, porque os mando segar la garganta.

—Ninguno nos lo podemos explicar. Esta mañana salimos en direccion de Agout, atravesamos la cordillera, y ya en el llano seguíamos adelante, cuando oimos de pronto la carrera de muchos caballos, después algunas voces de mando, y casi á la vez cayó el enemigo sobre nosotros, sin darnos tiempo ni áun para reconocerlo. Nos atacaron por el flanco derecho; de un bote de lanza mataron al conde, de otro murió su hermano, vários jefes sufrieron la misma suerte, y sin defensa posible se declaró la columna en completa dispersion. Unos fueron hechos prisioneros y otros nos hemos reunido cerca de aquí, siendo nuestra primera determinacion la de recoger los heridos y cadáveres que tiene delante V. M. Vários paisanos nos han dicho que los españoles se dirigen tranquilamente á Tolosa, que llegaron en la madrugada de hoy cerca de Agout, con objeto sin duda de practicar algun reconocimiento, debiendo ser en consecuencia casual la sorpresa de que hemos sido víctimas.

—¿Sabeis á lo que asciende el número de hombres que os atacaron?

—No, señor; pero debieron ser bastantes.

—Puede que no llegasen á seiscientos.

—¡Señor!...

—Los vi hace dos horas. ¿No os avergüenza la noticia?

—Nos quedamos sin jefes, desconocíamos el número, fuimos sorprendidos, y...

—Cobardes, el soldado francés no debe correr nunca delante. Cumplid vuestra mision, y ¡ay de vosotros si no justificais tan menguada derrota!

Y le volvió la espalda, fijando su mirada más vaga y som-

bría que nunca en los heridos, cadáveres, sangre y armas que había esparcidos por el suelo.

Anduvo no obstante quinientos pasos más, giró á la derecha, luego á la izquierda, y haciendo por fin un extenso semicírculo, quedó parado, estudiando el monte y la parte topográfica del terreno en que estaba. Media hora más tarde exclamó para sí:

—Parece providencial el encuentro que no há mucho tuvo lugar en este sitio; sin él es probable que hubieran pasado desapercibidas para mí las magníficas condiciones que ofrece ese monte, el llano y arboleda que le sigue para el logro de mi intento. ¡Oh Silva, Silva! puede que en breve ahogue aquí tus glorias pasadas, tus empresas futuras. ¡Genio de la guerra, ántes de poco veremos si te sobrepones ó no á la sangrienta, mortífera, cierta y cruel guadaña que se alza ya sobre tu cabeza!

Inmediatamente tomó vários apuntes, y cuando hubo trazado en su cartera un pequeño mapa, picó á su caballo, diciendo á Ramiro:

—Seguidme á escape, que nuestra mision ha terminado por hoy en el campo.

Y se dirigieron aceleradamente á Agout, donde llegaron una hora después.

En dicho pueblo estaban ya reunidos cerca de veinte mil hombres, y áun esperaban algunos más, viéndose sus murallas y castillos coronados de centinelas y artilleros, vigilando unos y dispuestos todos á defender la plaza y la augusta persona de su rey, cuya llegada acababan de anunciar las campanas. Todo demostraba en Agout, que, sin embargo de hallarse en su recinto el valiente Francisco I, temian á su poderoso enemigo más de lo que convenia á su innata presuncion, á la suerte futura de Francia.

El monarca se alojó en la casa que le tenían dispuesta, cambió de traje, y bien pronto se halló rodeado de los primeros generales de su reino y de todo su estado mayor.

Seguían llegando tropas, cañones, y aquel mismo día fué declarado Agout cuartel general.

Francisco I parecia satisfecho, demostraba alegría, y en su semblante se notaba una seguridad impropia de las derrotas que no há mucho sufrieron su huestes en las plazas y hasta en el campo de batalla. Y era, que creia adivinar el resultado de un acontecimiento próximo, y en el cual debía, en su concepto, quedar vengado el honor de su país y la mancha que miraba en su nombre.

Dejemos á los franceses que se preparen á secundar las intenciones de su rey, y trasladémonos á Tolosa donde continúa el grueso del ejército español, mandado por el generalísimo duque del Imperio.

CAPITULO VIII.

Confianza y tranquilidad.—Relato de Mendoza.—La carta de un rey.—La contestacion de un héroe.—Aparato de guerra.—Se aproxima el fatal momento.

LLEVABA doce dias el duque del Imperio entretenido en ejercitar sus tropas y en prepararse para la batalla que creia próxima, cuando recibió la primera noticia de que varias columnas enemigas se dirigian á Agout, pueblo situado á poco más de ocho leguas de Tolosa.

Inmediatamente dispuso que Mendoza, al frente de la fuerza que ya conocemos, hiciera un reconocimiento cerca del mencionado pueblo; luego despachó á dos confidentes con misiones de otro género, y esperó tranquilo el regreso de éstos y de aquél.

Tolosa y los demás pueblos que le obedecian continuaban en la mayor calma y sosiego; el gobierno de Silva era paternal; sus soldados le obedecian con ciega sumision; pagaban jefes y subordinados cuanto pedian, y esto hizo que los franceses de todas condiciones se dedicasen sin temor alguno á sus ocupaciones cotidianas; es más, hablaban con los españoles, be-

bian juntos y hasta parecían existir armonía é ingenuidad en todo lo que no se rozaba con los intereses de la Francia ó de España.

Alberto durmió aquella noche, por la mañana despachó un correo, y cuando hubo comunicado várias disposiciones que le ocuparon hasta entrada la tarde, se sentó á la mesa acompañado de Navarro, Usen, Peralta, Osorio y Nuñez de Lara.

—El enemigo,—se atrevió á decir Navarro,—no da señales de vida.

—Sí,—le contestó Silva;—estaba dormido, pero ha despertado ayer á ocho leguas de nosotros.

—¡Bravo!—exclamaron los restantes. Usen añadió:—Cuando tan cerca se reúne, algo quiere de nosotros, y por cierto que lo vamos á complacer. Nuestro duque, señores, es infalible; infalible sí, en cuyo caso brindo por las consecuencias de su infalibilidad.

—Y yo por su gloria futura.

—Y yo por su heroismo.

—Por su valor.

—Por su sabiduría.

—Basta, señores,—dijo Alberto;—basta, por Dios, que me abruman vuestras lisonjas y me enorgullecen demasiado vuestros vaticinios.

—Siendo cierto lo que acabas de decir, como no puede ménos,—añadió Navarro,—tendremos batalla, y tan sangrienta y gloriosa como la de Lombez.

—O tan desgraciada como la de Villalar para los comuneros. La suerte de las armas, padre mio, es veleidosa, y no siempre favorece al que la llama.

—Eso no prueba otra cosa, que tu innata desconfianza.

—Tengo un presentimiento desagradable que me anuncia hallarse próxima una catástrofe.

—Rarezas de sábio.

—Ello dirá.

—Sí, que los franceses nos volverán la espalda como de cos-

tumbre y cruzaremos por encima de ellos hasta llegar donde tú quieras.

—El instante se acerca, y tengo la confianza de que nos cogerá prevenidos, dispuestos á la pelea, y luégo que suceda lo que la Providencia tenga á bien.

—Falta nos hacía que el ejército contrario resucitase; llevamos ya muchos dias en la inaccion, y nuestros soldados se aburren.

Se hallaban ya en los postres y acababa de hacer uso de la palabra el general Navarro, cuando oyeron de pronto el ruido que produjeron las pisadas de muchos caballos, algunas voces de mando, y diez minutos después apareció la figura del gigante Mendoza, el cual cambió en pocos instantes su pesada armadura por un ligero traje de seda. Nuestro valiente maestro de campo, como igualmente sus dos compañeros restantes, habian adquirido una ilimitada confianza con el duque del Imperio, efecto de los elogios que éste hacía de ellos continuamente y del cariño que les demostraba. Así es que el buen Mendoza saludó á sus jefes y compañeros, añadiendo:

—Puesto que de comer se trata, os acompaño; no he probado nada en todo el dia, y en verdad que mi estómago se va resintiendo. Muchachos,—dijo á los sirvientes,—traedme un pavito, un par de perdices, y nada más por ahora.

—Capaz será,—exclamó Navarro sonriendo,—de comerse esos tres pajaritos que ha pedido.

—Como que he andado diez y seis leguas á caballo, he batido á tres mil hombres, maté yo solo cinco y me he traído seiscientos diez y siete prisioneros.

—¡Bravo!

Exclamaron todos, ménos Alberto, que le preguntó con viveza:

—¿Qué gente habeis perdido?

—Ganado, señor duque, ganado nada más; en este juego, la baraja enemiga sólo tenía sotas y mis caballos triunfaron de ellas con pasmosa rapidéz.

—¿Y heridos?

—De los contrarios algunos, de los nuestros ni un araña-zo. ¡Oh! no en valde me acerqué mucho al héroe cuando recibía sus órdenes; de este modo aspiré su poderoso aliento, y en el patio del palacio dejo seiscientas diez y siete pruebas de que lo he aprovechado bien. ¡Qué pavo tan sabroso! cuando uno tiene apetito parecen más delicadas las aves, pequeños los trozos que se trinchan, y grande sólo el mundo y la voracidad. Vamos con la pechuguita.

—Que te vas á ahogar, Luis. ¡Vaya unos pedazos que se lleva á la boca!

—No lo creas; en cuestion de tamaños, está seguro, mi querido Alvaro, que deben tomarse en relacion con el individuo.

—Te ahogas esta tarde.

—No; cuando el hambre apremia, no debe uno andar con contemplaciones.

—Dejadlo que coma como quiera,—dijo el héroe,—y que nos refiera en acabando el modo que ha tenido de desempeñar la difícil mision que le encargué ayer.

—Puedo hacerlo y hablar á la vez; mi boca guarda analogía con mi estatura, y me permite eso y mucho más. Oidme, señor duque: me encargásteis que al frente de los caballeros y soldados que yo eligiese, pasara á Agout, y aproximándome á dicho fuerte tanto como la prudencia me lo permitiera, que reconociese los alrededores y observara si efectivamente se concentraban ó no allí las huestes de Francisco I. La comision no podia ser más honrosa ni más á propósito para un maestre de mi tamaño. Otro hubiera elegido quince ó veinte ligeros, que, montados sobre caballos ingleses, corrieran como el gamo, cruzasen el espacio como el águila, y se perdieran como las nubes: hombres, en fin, que indagasen, pero que huyeran; que fueran valientes, pero que volvieran la espalda al enemigo; esto parecia lo más racional, pero tendí la vista y no hallé uno solo capaz de semejante heroicidad.

—¿Los buscastes? —le preguntó Nuñez de Lara.

—¿Qué locura! hubiera sido perder un tiempo precioso: para huir, los franceses; para perseguir, los españoles; esta es una tésis reconocida en el mundo como axioma.

—No seais pedante, Don Luis, y abreviad.

Le dijo Navarro, excitando la risa de todos con su oportuna advertencia. El duque replicó:

—De un tan buen maestro salen necesariamente esos discípulos, señor improvisado general; deja á mi maestro, y no le vuelvas á interrumpir. Continúad, Mendoza.

—Prosigo: luégo pensé ir solo, pero como peso tanto, no era posible hacer correr mucho á mi caballo; y claro es que tuve que desechar mi primera idea por irrealizable. Obremos, me dije, á lo Alberto de Silva; é inmediatamente elegí veinte caballeros, de los cien que mando, y quinientos soldados de los veintiseis mil que hay en Tolosa. Entre ellos iban Dávalos, los encerrados en Monteagudo con nosotros, los primeros que asaltaron á Fuenterrabía y á Pau, y cincuenta cartagenos de los de Usen, con cien catalanes capaces de abrirse paso por entre un ejército de cien mil hombres.

—Abreviad, Mendoza, y séd modesto.

—No puedo, Navarro, y recordad lo que os ha mandado el generalísimo. Continúo: ¡qué quinientos veinte hombres! fuertes como el bronce; atrevidos como la temeridad; forzudos como yo; prácticos como Navarro; hábiles como Osorio, y obedientes como lo somos todos cuando nos manda el duque. Entre ellos perdió algo de su estatura el gigante Mendoza; allí no sobresalía su cabeza por encima de las de los otros; al que más, le llevaba tres pulgadas, y gracias. En el tiempo puramente indispensable los hice cubrir á todos con armaduras, y ya á caballo nos dirigimos pausadamente á Agout. Era de noche; la luna lucía sin estorbo alguno; la temperatura agradaba, y sólo interrumpía el silencio de los bosques y de los llanos el monótono y acompasado ruido de los corceles y de los aceros que nos cubrían. Llevábamos todos la celada

caida; en la diestra la terrible lanza, y nadie hablaba ni hacía otra cosa que seguir el movimiento de su petro. A cuatro en fondo, quinientas veintiuna armaduras blanquísimas y otras tantas plumas negras en los cascos, parecíamos una cohorte inmensa de fantasmas movidas por resorte. De este modo, sin pendon ni insignia que nos diera á conocer, anduvimos en el trascurso de la noche las ocho leguas que nos separaban de Agout. Al rayar el alba estábamos dando vista al pueblo; miré en torno, y viendo una espesa arboleda al Oeste, conduje á ella la fuerza que mandaba, la embosqué perfectamente, y después de dar á mis caballeros órdenes concretas y terminantes, me encaminé solo hácia los muros de Agout, los que recorrí y estudié cuanto necesitaba. En esta operacion, harto pesada, invertí dos horas; cogí el santo y seña de los centinelas, y vi entrar dos divisiones; una que llegaba por el camino de Aviñon y otra por el de París. Ya iba á marcharme cuando noté que se bajaban los puentes y que salia un correo á escape. Entónces le seguí hasta que logré alcanzarlo y detener á su caballo. Le dí el santo y seña; me tomó por un jefe francés, preguntándome qué queria. Yo le pregunté:

—¿Es en Agout donde debemos reunirnos?

—Sí, señor;—me contestó.

—¿Cuántos han llegado ya?

—Lo ménos veinte mil hombres.

—¿Y su majestad?

—Se le espera hoy.

—Entónces vamos á juntarnos más de cuarenta mil hombres.

—Eso no lo sé yo.

—Pues que el ciêlo te guarde.—Y picó á su caballo, partiendo como una exhalacion; yo tambien abandoné la plaza, por ser ya inútil mi permanencia en sus alrededores, y no tardé en incorporarme con mis quinientos veinte subordinados. Los hallé en el mismo sitio que los habia dejado, pié á tierra, teniendo á los caballos del diestro, y sin que fueran reconoci-

dos ni vistos por nadie. Pero era el caso que el sol alumbraba ya, y juzgué peligroso entrar en el arrecife cuando acababa de ver las divisiones francesas que se dirigian á Agout. Nosotros podíamos atravesar por medio de cualquiera de ellas, mas no queria perder un solo jinete, y al efecto tomé las medidas que vais á oir: la espesa arboleda en que estábamos seguia en direccion de Tolosa en línea paralela al camino, y tenia cerca de dos leguas. En consecuencia, dí la orden de retirada, y aunque con trabajo, comenzamos á andar por entre los árboles y á la distancia de quinientas varas del camino. Saltamos zanjas, cruzamos acequias; tuvimos que vadear un rio, y á las dos horas y media contemplamos felizmente la conclusion del bosque, y aquí empieza la parte trágica de mi relato. Antes de abandonar la arboleda, y á tiro de arcabúz de la carretera, vimos un peloton de gente armada, que se dirigia hácia Agout; debieron creernos franceses, pues continuaron su camino, sin hacer otra cosa que mirarnos. Esta es una descubierta, me dije, y la fuerza que viene detrás debe ser corta; alguna columna de dos ó tres mil hombres, en cuyo caso los esperaremos aquí, convirtiendo nuestra excursion en agradable cacería. Participé la idea á mis caballeros; todos la aprobaron, y diez minutos después nos hallábamos escondidos entre los árboles, á unas trescientas varas del paraje por donde debia pasar la columna. Si fuesen más de tres mil hombres; si es una division, con la cual no podemos nosotros, me decia yo, permanecemos aquí quietecitos, hasta que hayan desaparecido y no puedan distinguirnlos; pero si no me he equivocado, caigo sobre ellos de pronto y me llevo á Tolosa aunque no sean más que quinientos hombres. Estaba yo separado de los míos más de cien varas en direccion del camino, cubierto con un corpulento castaño, cuando hé aquí que distingo sobre el monte la columna que esperaba, la cual se dirigia á Agout á marchas forzadas. La elevacion por que descendian y los rayos del sol que se fijaban en ellos, me permitieron distinguir claramente que serían como unos tres mil hombres, y que ve-

nían á pié, con la sola excepcion de los jefes y oficiales. Estaban á más de un cuarto de legua; bajaban por una cuesta tortuosa y larga, y tuve tiempo sobrado para sacar á mi gente de entre los árboles, situarla en el ángulo que formaba el bosque, y que esperase allí, recibiendo á la vez instrucciones mías. Diez minutos después dí la voz de carguen, y caímos sobre ellos como rayo asolador. Unos nos dedicamos á atacar á los jefes, mientras los otros, siguiendo á mis caballeros, cortaron cerca de un tercio de la columna, formaron un círculo, y el que no rindió las armas cayó en tierra á los botes de nuestras lanzas, sin darles tiempo ni áun para defenderse. Muertos los jefes principales ántes de poder reconocernos, cortada una parte de la columna y víctimas todos de un pánico indescriptible, corrieron la mayor parte, dejando cuarenta hombres tendidos en tierra, entre muertos y heridos, y seiscientos diez y siete, que logramos desarmar y traernos entre las dos filas que formábamos. Eso es todo, señor duque.

—¿Y luégo?—le preguntó Navarro.

—Después nos vinimos á paso castellano cómodo y agradable para no molestar mucho á los prisioneros de á pié, y sin incidente alguno que de contar sea, llegamos á Tolosa, dejando á los franceses en los patios de palacio, donde esperan las órdenes del señor duque del Imperio.

—¿Cómo lograsteis que no se escaparan por el camino?

—Yendo ellos de seis en seis y nosotros de dos en dos, muy cerradas las hileras, y llevando delante y detrás la vanguardia y retaguardia dispuestas á lancear á aquellos que intentasen y lograran atravesar sanos las dos filas de derecha é izquierda, lo cual era muy difícil; ellos lo comprendieron así, y ninguno se atrevió á intentar la fuga.

—¿No hallásteis después fuerza alguna enemiga?

—No; sólo encontramos campesinos y gente pacífica.

—Has imitado, en lo posible,—le dijo Osorio,—la emboscada en que cayeron el capitán Almela y los soldados que se escondían en el caserío de Monteagudo.

—Sólo nos es dado, mi querido Alvaro, aprender algo del héroe que nos dirige, enseña y encamina; si él no nos hubiera enseñado francés, geografía y otros idiomas y ciencias, nos sería imposible poner en práctica ni aún la copia de ninguno de sus hechos. Hoy me decía yo eso, cuando hablaba con el correo que me tomó por oficial francés, cuando atravesaba el bosque, y cuando vi mi pensamiento coronado por el éxito. Todo, todo se lo debemos á él. ¡Brindo por su inmarcesible gloria y por su paternal cariño hácia nosotros!

—Hombre, no comas ni bebas más.

—Tienes razon, Lara; con tres pájaros, unos dulces y dos botellas, tiene bastante un soldado.

—Sí, como tú; porque pareciéndose á mí sobraba comida para cuatro.

Los seis continuaron hablando en torno de la mesa, mientras Silva en una habitacion contigua disponia que alojasen á los prisioneros hechos por Mendoza, y escuchaba luego el relato de vários confidentes que acababan de llegar de Agout. Cerca de anochecido volvió al comedor, y sentándose en el sitio que abandonó una hora ántes, dijo á los que le rodeaban:

—Señores, Agout ha sido elegido para cuartel general; se encuentra allí Francisco I, y ha recibido ya cerca de treinta mil hombres. Es posible que en la presente semana termine nuestra mision en Francia. La batalla á que nos provocará el rey, será probablemente decisiva; y entónces podremos regresar á nuestro país cubiertos de gloria, elevado el nombre español más de lo que estaba, seguro el presente y viendo en lontananza un porvenir halagüeño. Vos, Don Alvaro, y vos, Nuñez, disponeos á partir seguido cada uno de cien ligeros; vosotros, Peralta, Navarro, Usen y Mendoza, quedais en libertad por esta noche.

Y se encerró en su despacho, ocupando media noche en dar órdenes y escribir luego. Durmió el resto, se levantó á las siete, y prosiguió trabajando hasta las diez, que regresaron Osorio y Lara, llevándole las noticias que deseaba adquirir.

Tambien aquel dia y el siguiente trascurrieron en calma, si bien tuvo noticias fidedignas de que el ejército real habia acampado á dos leguas más cerca de Tolosa y en el mismo sitio donde Mendoza sorprendió á la columna de Arras. Le dijeron además, que en las alturas inmediatas estaban formando reductos y atrincheramientos, y que la tienda de campaña de Francisco I se alzaba en el centro que ocupaba el ejército. Tenían los franceses treinta mil hombres, cincuenta piezas de artillería, casi todas de grueso calibre, y rodeaban á S. M. muchos grandes del reino y los primeros generales de Francia. Era todo cuanto deseaba Silva; así es que participó la noticia á sus amigos con gran satisfaccion.

—Nos coge dispuestos,—decia,—y en breve iremos á buscarlos á su campo; mañana lo reconoceré yo, y al dia siguiente correremos á su encuentro.

En este instante entró un oficial, cubierto de polvo, é interrumpiendo al generalísimo, le dijo:

—Señor, acaba de presentarse en la avanzada que tenemos en el camino de Agout, un ayudante del rey de Francia, el cual llegó hasta nosotros con bandera blanca, entregándome este despacho para vos. Dijo que le mandaba su señor, y volviendo grupa desapareció sin esperar respuesta.

Silva lo cogió, mandando al emisario que volviera á ocupar su puesto.

—Trae las armas reales,—exclamó el duque,—y hasta el sobre parece escrito por Francisco I. Dice así:

«Al señor duque del Imperio, generalísimo de los ejércitos españoles.»

Y dentro, añade:

«Silva: leí vuestros dos escritos, y supe luego que los hechos confirmaron lo que tuvisteis á bien anunciarme. Vuestra visita es cortés, teniendo en cuenta la conducta que usais con mis vasallos de Pau, Tolosa y restantes villas y ciudades, de que habeis juzgado conveniente posesionaros; mas la manera de asaltar el Bearn, el modo de encastillaros en

»Lombez y lo largo de vuestra visita, me obligan á poner os una
 »valla en el camino de Agout, que creo no os será fácil sal-
 »tar. Si vuestra osadía fuese tan ilimitada, no obstante, que os
 »condujese aquí, saldria al encuentro, y entónces os pagaré
 »con la misma educacion la noble conducta que estais obser-
 »vando en mis estados. Si no me hubiese equivocado en esto
 »último, os aguardo el sábado próximo todo lo temprano ó tar-
 »de que os agrade.

»Recibid en tanto la expresion de gratitud y aprecio de=
 »*Francisco I.*»

—¡Es un reto!—exclamó Navarro.

—¡Un desafio!—añadió Peralta.

—¡Nos provoca á una batalla en que va á perecer!

—Es,—dijo Alberto con calma, asomando á sus labios una fatídica sonrisa,—lo que yo habia supuesto, lo que debe ocurrir. Lo tenía previsto, y me bastaba una hora para correr á su encuentro; pero toda vez que elije el sábado, sea así. Mañana le llevaré yo mismo la contestacion; el viérnes nos pondremos en marcha, y al amanecer del sábado romperemos el fuego.

—Vos, no,—exclamaron cási todos.

—Sería expuesto,—añadió Navarro,—y tú solo supones más que todo el ejército.

—¡Qué locura! Me convertiré en ayudante mio, é iré con la celada caída, y seguido únicamente de mi criado; los contrarios respetarán como no pueden por ménos á un parlamentario, y de este modo podré saber lo que ignoro, lo poco que me falta. Ahora conviene contestarle.

Y escribió un despacho, que leyó á sus amigos, y cuyo contenido era el siguiente:

«Señor: hace ya muchos dias que esperaba, no la honra de
 »que os dignárais dirigirme el escrito que he merecido á vues-
 »tra bondad, sí la de que me pusiérais una valla, que intentaré
 »asaltar, ya que así lo quiere V. M. No dudo que en esta oca-
 »sion quedará complacido el poderoso rey de Francia, en el ca-

»so de que anhele ver á los españoles atravesar todo el camino que conduce á Agout, y entrar en esa villa, sin grandes molestias ni dificultades. Nos acompaña nuestra bandera, y en ella hay un águila que nos remontará adonde acabo de exponer, contando desde luego con que V. M., lejos de oponerse á nuestro vuelo, nos permitirá seguir adelante como hasta aquí.

»El sábado, día elegido por V. M., al asomar la aurora tendré el gusto de saludaros con salvas de cañones y mortueros, segun es costumbre en el imperio español; demostraré á la vez la gratitud, respeto y consideracion que inspira V. M. al generalísimo de los ejércitos del gran César=
»*Alberto de Silva, duque del Imperio.*»

—Ahora, el sobre.

«A S. M. el poderoso rey de Francia Francisco I.»

Alberto rara vez hallaba oposicion en ninguno de los jefes que le rodeaban, y en esta ocasion ni aún se atrevia Navarro á contradecirle, temiendo equivocarse como siempre que lo intentó.

Todos sentian que el héroe penetrase en el campo enemigo, expuesto á que le reconocieran, en cuyo caso juzgaban, con razon, que no le dejarian volver; pero comprendian al mismo tiempo que de poder llegar á la trinchera y observar la situacion de sus contrarios, la victoria sería completa y el triunfo seguro. Así es, que en lucha con sus propias ideas, concluyeron por inclinar las frentes y acatar la voluntad del que todo lo previa y acertaba.

Poco después se retiraron todos á descansar, poniéndose ántes de acuerdo Navarro, Peralta, Usen y los tres maestros, sobre lo que debian hacer al partir el generalísimo. Alberto no oyó lo que decian sus amigos, y buscó el lecho, durmiendo tranquilamente hasta las cinco de la mañana en que se hizo cubrir con una ligera armadura, bajó la visera, y montando á caballo corrió hácia el campo enemigo, sin llevar insignia alguna que lo diera á conocer, y seguido únicamente de

su criado Pedro, el cual sujetaba con la diestra, en vez de lanza, una bandera blanca.

En el momento en que Silva salió de la ciudad, comenzaron á tocar los clarines y atambores, se puso la tropa sobre las armas, y diez minutos después partió Osorio, seguido de quinientos ligeros, llevando la misma direccion que Alberto. Luégo verificó lo mismo Mendoza, acompañado de los cien caballeros que componian la escolta del duque. Más tarde hizo lo mismo Lara, al frente de cuatrecientos jinetes. Y así sucesivamente fueron saliendo los maestros de campo, hasta que logró el general Navarro, autor de la idea, escalonar toda la caballería, empezando á un cuarto de legua de la primera avanzada del enemigo, y concluyendo en Tolosa. Además de los tres maestros de campo citados y de vários otros que tambien fueron, se hallaban en el camino los generales Peralta y Usen, mientras que Navarro, al frente de cuatro mil peones, aguardaba en Tolosa la llegada de Alberto ó la realizacion de lo que pensaba hacer, en el caso de que descubrieran y cogiesen á su hijo adoptivo.

El campo contrario estaba situado á seis leguas, que debia correr el duque en tres horas; media que perdería en el desempeño de su mision y otras tres de regreso, formaban un total de seis y media, que el valiente general Navarro veia transcurrir sufriendo un martirio horrible.

Silva salió á las cinco y media, de modo es, que hasta las doce no podia justificarse la ansiedad del jefe de Tolosa; pero llegó el medio dia; su hijo no regresaba ni recibia parte alguno de las fuerzas escalonadas, y ya no era impaciencia y desasosiego lo que sentia, sino un malestar horrible. Toda la artillería estaba en la Plaza Mayor y los peones formados en la calle principal, viniendo á concluir en la puerta que daba al camino de Agout; y en verdad que el mal estado del general Navarro parecia transmitido á los jefes, oficiales y soldados; ninguno de éstos tuvo conocimiento de lo que acontecia; pero no viendo al héroe, y notando el desasosiego del general Na-

varro, todos comprendian que les amenazaba algun peligro, y sus rostros tomaron ese tinte rojizo y sombrío de que se cubrian momentos ántes de entrar en batalla.

Nuestro valiente general habia mandado ya cuatro oficiales al escalon contiguo, sin que ninguno de ellos hubiera regresado; llevaba lanzados más de cincuenta votos; tenía ensangrentado el labio inferior de oprimírselo con la dentadura, y no pudiendo contenerse por más tiempo, gritó:

—Que avance la artillería en direccion de Agout; que se corran los tercios de Usen, y adelante todos.

Al apagarse la voz del general, asomaron á sus ojos dos ardientes lágrimas que se apresuró á deshacer con las yemas de los dedos. No temía el osado guerrero perder la vida, ni le angustiaba la suerte futura del ejército; amaba á Silva como á hijo predilecto, y le horripilaba la sola idea de que hubiese caído en poder del enemigo.

—¡Adelante, y siempre adelante!

Volvió á exclamar, aguijoneando á su caballo, cuando sintió latir su corazón fuertemente, volvió á clavar los espolines en los ijares del caballo, le hizo dar un salto terrible, obligándole á que saliera como una flecha.

Era que habia visto una nube de polvo, la cual le anunciaba, por lo ménos, el regreso de sus emisarios, y no pudiendo contenerse les salía al encuentro. El ejército se precipitó tras él, oyéndose una sola voz, que dijo:

—¡España y Silva!

Y se alzaron veinticuatro mil aceros.

No se habia equivocado Navarro; sus cuatro oficiales, seguidos de vários otros, se le incorporaron casi á la vez, exclamando:

—El duque se dirige á Tolosa, y en pos de él los escalones situados en el camino.

—¿Lo habeis visto alguno?

—Sí, señor;—le contestaron dos de los últimos.

—Entónces, á Tolosa todos en dispersion; que dejen las

armas los que no estén de servicio y que se retiren á sus respectivos alojamientos. Abreviad, voto á Lucifer. Si el duque nos ve se incomodará con sobrado motivo; corred la órden.

Y atravesando él por medio de los tercios, decia á los peones y artilleros:

—Hijos, más de prisa, que no os vea el duque, y os advierto que va á llegar al momento. Dispersaos; volad.

Y toda aquella masa tan compacta y unida desapareció como por encanto, perdiéndose en las calles, casas y cuarteles de Tolosa.

El general entró en el palacio y tirándose del caballo, hizo que le quitaran la armadura, cubriéndose acto continuo con un gaban de pieles. Luégo penetró en el despacho de Alberto y se dejó caer en un sillón, aparentando la mayor tranquilidad y sosiego.

—Ese chiquillo sabe mucho,—se decia;—mas no era cosa de fiarse del enemigo, y lo hecho, bien dispuesto está. Ahora vendrá, y después de un sermon, en el que me llamará tonto y otras cosas por el estilo, me abrazará como de costumbre, y negocio concluido. Lo primero era estar alerta, por lo que pudiera ocurrir, y si él parecia seguirle todos; yo no puedo vivir, muerto mi hijo.

En este instante percibió el ruido de armas y de caballos que se precipitaban en el gran patio del palacio.

—¡Ya está ahí!—exclamó,—la tormenta va á estallar; pero felizmente se reducirá á truenos y relámpagos; los rayos los guarda él para los franceses.

Poco después oyó la voz de Alberto, que preguntaba, con acento imperativo:

—¿Navarro? ¿dónde está Navarro?

—¿No lo dije? primer trueno.

Y alzando la voz, continuó:

—Aquí, hijo mio, aquí; estoy escribiendo.

Y cogió pluma y papel.

El duque, seguido de Usen, Peralta, Mendoza, Osorio y

Núñez, penetró en el despacho, y fijando en Navarro chispeante mirada, le preguntó:

—¿Qué has hecho, general?

—Nada. ¿No me ves qué tranquilo y sosegado estoy?

—¿Quién ha mandado escalonar toda la caballería en el camino de Agout?

—Yo. ¿Ha sido mala idea? Estos modernos generales no respetan experiencia ni antigüedad.

—¿Por qué te has antepuesto á Peralta? ¿por qué has contravenido mis órdenes? ¿por qué has demostrado hoy miedo y cobardía?

—Truena, hijo mio, truena; hice todo eso por convenir al mejor servicio del emperador.

—Te voy á arrancar esa faja; te voy á quitar el mando, y vas á figurar á la cola de mi escolta.

—Mejor era de ranchero, con tal de que no perteneciera á la compañía el maestre Mendoza.

—Navarro, os habla el generalísimo.

—Alberto, os contesta vuestro antiguo capitan, el amigo íntimo del conde de Santomera, vuestro padre, en fin, al que soleis insultar sin causa ni motivo.

—Si no eres tonto, te hallas muy cerca de serlo.

—Propiedad de sábio, que no reconoce otro talento que el suyo.

—Contesta á tu jefe; ¿por qué has mandado escalonar la caballería?

—Por lo mismo que hice formar al resto del ejército.

—¡Eso más!

—Oye, hijo mio; aún cuando yo fui el autor de la idea, mereció la aprobacion de mis compañeros Peralta y Usen, y de los maestros que tienes detrás. Y siendo así, ¿por qué te diriges á mí sólo?

—¿Qué os proponiais?

—Poca cosa; dar hoy fin de todos los franceses si te cogian prisionero, te mataban ó no querian entregarte.

—Locuras, insensatéz.

—Muchas gracias.

—¡Vaya unos generales previsores!

—¡Vaya un hijo desagradecido!

—Os perdono esta, pero que sea la última.

—Diez veces me has dicho ya lo mismo.

—Señor duque, —exclamó Peralta, —nuestro interés por vos nos ha obligado á cometer una falta, que se repetirá en cuantas ocasiones os halleis en peligro.

—Digo lo propio, —añadió Usen.

—Y yo; y yo; y yo; —replicaron los maestros.

—Gracias, señores; pero no es cuerdo anteponer la suerte de un hombre solo á la de todo el ejército, ni conveniente que el enemigo os suponga débiles y medrosos. Francisco I está en su casa; tendrá confidentes que le dirán cuanto hacemos, y habrá supuesto, con razon, que su carta de anoche nos asustó, ó á lo ménos fué causa de adoptar medidas de precaucion. Era indispensable mi visita á su campo, y por eso partí; pero al verificarlo contaba, que de perecer yo ó caer prisionero, lo cual no era probable yendo á visitar á un rey valiente y caballero, quedábais vosotros, no para defenderme ni correr en busca mia, sino para sostener en Francia el nombre español, y probar al mundo entero, que el emperador Carlos I obró cuerdamente al nombraros generales de sus ejércitos.

—Poco se ha perdido, Alberto, —añadió Navarro; —si ese monarca tan caballero te hubiera retenido, faltando á las consideraciones que se deben á un parlamentario, mi idea era acertada, toda vez que estábamos en nuestro deber de exigirle el rescate de nuestro generalísimo, representante al mismo tiempo del César. Sucedió felizmente otra cosa, y si olvidando la toma de Fuenterrabía, Pau y Tolosa, con la batalla de Lombez, atribuyó á miedo un acto, cuya causa no ha podido adivinar, el sábado le probaremos por centésima vez que son sus soldados los tímidos, los que corren delante de nosotros.

—Estás en un error; Francisco I sabe ya quién era el par-

lamentario, pudiendo deducir en consecuencia la verdadera causa de ese bélico aparato, que me ha disgustado tanto, con sobrada razon.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Yo, que me descubrí al jefe de su primera avanzada.

—Hombre, si ha cesado ya tu incomodidad, te oiríamos referir con mucho gusto cuanto ha acontecido esta mañana.

—Lo haré, que os estimo á todos demasiado para negarme á cosa tan justa; pero os advierto, por vez postrera, que no respondo de nada si somos todos á mandar; si yo ordeno una cosa y vosotros lo contrario. Obedecedme con ciega sumision, si me creéis capaz de mandaros; mas si me juzgáseis torpe, que se ponga al frente el que más sepa, y yo le juro que no tendrá queja de mi sumision y respeto á sus órdenes.

—Lo haremos,—exclamaron todos.

—Ahora oid: llegué á la primera avanzada, enseñé mi bandera blanca, y acto continuo me preguntaron qué queria. Soy, contesté al jefe, un individuo de la escolta del generalísimo español, y traigo un despacho de mi señor para S. M. el rey, vuestro amo.—Dádmele, me dijo.—No debo; tengo orden de entregárselo á S. M. en contestacion á otro que ha recibido de él el señor duque del Imperio.—Levantaos la visera.—Mi rostronada dice que os pueda convenir, y los españoles tenemos la costumbre de no obedecer nunca á nuestros enemigos. —¿No venís en paz?—Sí.—¿Entónces á qué ocultar la cara?—Por esa razon; si estuviéramos en guerra os la presentaria, que los de mi país no la esconden nunca á sus contrarios.—Yo no puedo dejaros pasar, sin una orden superior.—Pedidla, y si os la dan entraré; si no, me volveré por donde he venido. Cinco minutos después mandó á un oficial con no sé qué recado; pero es lo cierto que al regresar habló al oido de su jefe, diciéndome éste:—S. M. os espera; seguid á ese caballero, vos solo. Mi criado quedó aguardando, mientras yo atravesaba la mayor parte del campo enemigo, viendo los reductos y posiciones contrarias y cuanto me era necesario. Paré á la puerta de la

tienda real, y poco después ponía en manos de Francisco I mi contestacion á su carta. El rey la leyó dos veces, y brillando en su rostro la alegría, la guardó en su escarcela, preguntando:—¿Os ha dicho el duque que me enteráseis de alguna otra cosa?—No señor; me encargó únicamente que á ser posible le llevase la seguridad de que su escrito quedaba en manos de V. M.—Dile, añadió, quehas cumplido bien tu encargo y que le espero el sábado al rayar el dia. Y sin otro incidente volví á cruzar el campo, llegando á la primera avanzada, donde dejé á mi guia. El jefe me estaba esperando, y acercándome á él, le dije:—Ahora que no lo solicitais os descubriré mi rostro.—No tengo empeño, me contestó, en saber quién sois.—Os equivocais, le respondí; creo por el contrario, que os interesa mucho.—Si es así, enseñádmelo.—Separaos un poco. Tú, Pedro, grité á mi criado en español, á escape; y retirándonos de la avanzada lo que aconsejaba la prudencia, me alcé la celada, diciendo al jefe:—Soy el duque del Imperio, y os mando que se lo participeis á vuestro amo.

—¿Qué hizo entónces?—le preguntó Navarro con ansiedad.

—Al pronto retrocedió como sorprendido; después oí que gritaba, pero nada más pude ver ni escuchar, en razon á que el caballo de Pedro y el mio desaparecian de allí como dos relámpagos.

—¿No te siguieron?

—Lo ignoro; mas puedo asegurarte que si lo intentaron fué inútil.

—¿Luego sabes cuanto te proponias?

—Algo más.

—¿Qué fuerzas tiene el enemigo?

—Más de treinta mil hombres, y casi tanta artillería como nosotros.

—¿Está bien situado?

—Perfectamente.

—¿Será difícil arrancarle del paraje donde se ha fortalecido?

—Algo nos costará; se verterá por desgracia mucha sangre; pero haremos aún más que eso.

—¿Dejó algun claro por donde haya penetrado la luz de tu inteligencia?

—¿Quién no tiene un descuido ó presenta un defecto en la obra que juzgaba perfecta?

—Tú.

—Te equivocas; vine al mundo falible como el resto de los hombres.

—Modestias de sábio.

—Que forman antítesis con la terquedad de los tontos.

—Lo de siempre. ¿Qué dispones?

—Dad la orden en el momento para que el ejército esté dispuesto á partir mañana á las siete; sólo quedarán en Tolosa los enfermos y una compañía que cuide de ellos y de los efectos que dejamos aquí. Venid luego, comeremos juntos, y ocupareis la tarde y parte de la noche en estudiar mi plan y en enteraros de lo que debe hacer cada uno. Que os acompañen los restantes maestros, á excepcion del que está de servicio; á la vez mandad reforzar las avanzadas, doblad las guardias, y que se vigile mucho para evitar una sorpresa.

Los seis salieron, en cumplimiento de la orden que concluian de recibir, mientras Alberto comenzaba á trazar el plan de batalla que debia realizarse el sábado próximo. Al acabar su extenso y difícil trabajo, adquirió la certidumbre de hacer prisionero al rey de Francia; la misma tenía éste de coger al duque, aunque de diferente modo y con peores intenciones. Pronto veremos quién de los dos se equivocaba.

CAPITULO IX.

Salida de Tolosa. — Campamento frente al enemigo. — Batalla, victoria y desastre.

A las siete en punto de la mañana siguiente salió el ejército español de Tolosa en dirección á Agout. Alberto de Silva caminaba triste y ensimismado, como de costumbre; los restantes iban alegres y ansiando el momento de hallarse frente á frente de los franceses. Todos tenían ya conocimiento del reto de Francisco I, y de que el duque lo había aceptado, en nombre del ejército que mandaba. Sus triunfos pasados, la preponderancia que les daban sobre el enemigo sus victorias recientes y el genio de su joven caudillo, los tenía engreídos hasta el punto de creerse cada uno incontrastable. A las tres de la tarde acamparon á una legua del enemigo; comieron, descansando seis horas. A media noche levantaron el campo, y á la pálida luz de la luna comenzaron á tomar las posiciones que les iba designando el duque, verificando esta operación á presencia de sus contrarios, y tan cerca, que se vieron obligados aquellos á hacer retirar sus avanzadas.

En esta ocasion estaban cási equilibradas las fuerzas, siendo así que Francisco I contaba con treinta mil quinientos hombres y Silva con veinte siete mil doscientos. Tenía el primero más peones, pero ménos artillería y jinetes; mejores posiciones, pero ménos sabiduría; tanto arrojo, pero ménos arte y serenidad.

Cuando el generalísimo vió colocadas sus fuerzas, y dió las últimas órdenes, se dirigió con Mendoza y cien caballeros á una altura desde donde dominaba los dos campos, y allí esperó la llegada del dia. Se elevaba á su izquierda una cordillera de montañas; á su espalda habia una espesa arboleda, y á la derecha y de frente se veian los dos ejércitos.

Eran las cuatro y media de la madrugada, cuando Alberto se situó en el paraje en que debia permanecer durante la batalla. Como experto general, se puso en esta ocasion al abrigo de las balas, en cuanto le era posible, para desde allí dirigir, ordenar y hacer que sus soldados arrancasen un triunfo completo al enemigo.

Dieron las cinco, y apareció la aurora. Silva mandó saludar al rey de Francia con veinte cañonazos, cuyas balas llegaron al sitio donde iban dirigidas. Esta fué la señal de ataque, y ámbos ejércitos se pusieron á la vez en movimiento. Empezó la artillería, siguieron los mosquetes, y á la hora de luchar estaban en poder de Mendoza, Osorio y Nuñez dos reductos y una casa aspillera, con diez cañones cogidos en los primeros, trescientos hombres muertos, doble número de heridos, y quinientos prisioneros. Siguió el ataque otra hora, y con gran sorpresa de Silva, vió que el contrario abandonaba el monte donde se apoyaba desde un principio, corriéndose hácia su izquierda. Sin comprender el héroe la causa de aquella evolucion, pero aprovechándose de lo que parecia una torpeza, ó retirada ántes de tiempo, mandó que Peralta, al frente de mil caballos y seis mil peones, tomase el monte que dejaban los franceses, atacase al flanco derecho, cayendo sobre la retaguardia, en el caso de que intentara retirarse. Lo mismo hizo Usen por el

flanco izquierdo, llevando igual número de hombres; mientras sostenían el ataque de frente, Navarro, Osorio, Mendoza y Nuñez. De este modo acosaba al enemigo por tres puntos diferentes, cortándole la huida, si, como había supuesto, la buscaba en breve.

A las diez tenía Alberto ganada la batalla, sin grandes pérdidas por su parte, cogido un tercio de la artillería contraria, y acobardados como en Lombez á los restos del ejército de Francisco I.

Quince minutos más tarde no le quedó duda alguna de que el enemigo, disperso ya y destrozado, confiaba su salvación á la ligereza de las piernas.

Su plan se iba realizando, y sólo le faltaba ya dar el postrer golpe para consumarlo. Mandó en consecuencia á la mayor parte de sus caballeros con órdenes á Peralta, Usen, Navarro, Mendoza, Osorio, Nuñez y otros jefes, encargándoles que regresaran todos al momento, para atacar, poniéndose él á la cabeza de su escolta, y coger á Francisco I, cuya retirada debían cortar, en vista de las últimas disposiciones, los jefes á quienes iban dirigidas.

Se quedó solo el duque del Imperio, con seis caballeros de los que estaban sirviéndole de ayudantes, mirando con placer lo admirablemente que era obedecido, y ya únicamente esperaba la llegada de sus noventa y cuatro caballeros restantes para precipitarse con ellos en el corazón del enemigo, cuando fué sorprendido por un acontecimiento, que nos faltan frases con que calificarlo.

Era el instante anhelado por Francisco I; S. M. sacrificaba un ejército de más de treinta mil hombres, por coger vivo ó muerto al héroe español, y ya sus secuaces se preparaban á consumir tan horrible atentado. De todos modos hubiera perdido la batalla; pero fijo en otra idea muy diferente de ganar ó no aquel combate, se olvidó de la ignominia que recogía su ejército, del baldon que empañaba su escudo, y de la mortandad y cobarde dispersion de sus soldados.

Hemos dicho que quedó Alberto con sólo seis ayudantes: en el mismo momento, y de entre los árboles que tenía á la espalda, salieron treinta y dos hombres; colocaron treinta arcabuces, apuntaron, haciendo fuego sobre el generalísimo y los que le acompañaban. Los siete cayeron heridos; y como si esto fuera poco corrió el jorobado Bermudez, clavando su cuchillo en el costado derecho del duque; y lo hubiera atravesado, si el capitán Vissó no llegara á tiempo de detener parte del golpe. Conocida por aquél la intencion del contrahecho, de un salto cayó sobre él y lo sujetó por el brazo, levantándolo en alto y arrojándolo al suelo con toda su fuerza. Luego le oprimió la garganta, hiriéndole fuertemente en la cabeza, hasta hacerle perder el sentido. Seguidamente gritó á los suyos:

—Coged al duque entre dos, y seguidme. Corramos ahora, que no tardarán en regresar los restantes caballeros. ¡Volad, malditos!

Y se internaron en el bosque donde tenían sus caballos, montaron, y llevando Vissó el cuerpo ó cadáver de Silva sobre el arzon de la silla, desaparecieron de allí por un sendero que los conducia desde el bosque hasta cerca de Agout. Era el mismo sitio por donde Mendoza habia cruzado cinco dias ántes.

Se consumó la más horrible traicion; la preciosa sangre de Silva regó el suelo francés, llenando de ignominia y de baldon á cuantos tomaron parte en tan fatal acontecimiento. ¡Miserables; no pudiendo luchar frente á frente y con superiores fuerzas contra el genio de la guerra, se valieron del más horrendo medio que imaginarse puede para herir al más noble y valiente de los hombres! El hecho era digno solamente de los villanos que lo realizaron.

Muerto ó gravemente herido y prisionero el generoso, el hidalgo, el famosísimo duque del Imperio, quedaba inútil para volver á luchar contra Francisco I; el poderoso rival de este rey habia desaparecido de los campos de batalla; pero, ¿y

Cárlos I, que amaba á Silva como á un hermano, y valia en la guerra más que el monarca francés? ¿Y el anciano general Quirós, que contaba los combates por docenas y le queria como á hijo? ¿Y los caudillos Navarro, Peralta, Usen, Mendoza, Osorio y Nuñez, que le admiraban ménos que afecto le profesaban? ¿Y el ejército entero, al que tan valerosamente condujo á la victoria, y miraba en el héroe su propia existencia? ¿Y el Imperio, que tanto le habia aplaudido y vitoreado, y que fundaba en él su ilusion más halagüeña? ¿Qué harian todos, al tener conocimiento de la horrenda celada en que cayó su ídolo? ¿Dejarán un solo francés vivo, para que pueda contar al mundo de qué modo castigan los españoles la traicion y la infamia? Eso es lo que vamos á saber ahora. Antes conviene, no obstante, retroceder un poco, y averiguar los medios de que se habian valido Vissó y Bermudez para llevar á cabo su intento.

Ya hemos visto que Francisco I eligió el terreno donde se debía dar la batalla, y en verdad que tuvo más en cuenta las condiciones que necesitaba el paraje para realizar su idea, que las ventajas que le ofrecia para ganar ó no el combate. En esta ocasion calculó tan admirablemente, que no pudo equivocarse ni áun en el sitio en que debía colocarse Alberto para dirigir la accion. Como el monarca contaba desde luego con sacrificar su ejército, con tal de que Vissó consumara su intento, comenzó desde el primer instante de la lucha á atraer sobre sí las divisiones españolas, para que, quedando el duque detrás de sus huestes, pudieran los asesinos con más facilidad y ménos exposicion atacar al héroe por la espalda. A caballo el rey y situado sobre una eminencia que dominaba lo necesario, con un magnífico anteojo, fijo siempre en Silva, no dió una sola orden ni dispuso lo más insignificante que no estuviese en relacion con su principal idea; que no facilitase á Vissó el logro de sus deseos. Hasta hizo de sus cañones una especie de telégrafo, con cuyos estampidos indicaba á los sicarios, escondidos en el bosque, el punto elegido por el cau-

dillo español. Dos días ántes reconocieron el terreno Vissó y Francisco, y sobre el mismo campo se pusieron de acuerdo acerca de la realizacion del acontecimiento que ya deploramos.

La noche ántes de la batalla se emboscaron los asesinos, llevando buenos caballos y mejores arcabuces. Al rayar el alba, echó pié á tierra el capitan, y comenzaba á acercarse al enemigo, guarecido por los árboles, cuando le anunció la artillería de Francisco I el lugar donde se habia colocado el duque; se fué aproximando con las precauciones convenientes, hasta distinguir al héroe, que, rodeado de su estado mayor, principiaba á disponer el ataque. Fijo siempre su oído en las descargas de los cañones amigos, volvió adonde estaban los suyos, mandó que atasen los caballos en sitio no distante de aquel en que debian ellos permanecer, y arcabúz en mano, esperaron cerca de seis horas, en cuyo tiempo observaban Vissó y el contrahecho hasta los menores movimientos del generalísimo español. Llegado el fatal momento, obraron con el acierto que hemos visto; y si bien con la descarga de arcabuces quedaba cumplida en todas sus partes la voluntad de Francisco I, inspiró Lucifer en tan crítico instante á su predilecto hijo Bermudez, el cual se adelantó con ánimo de atravesar á Silva; lo que dejó á medio hacer por la terrible sacudida que le dió su digno compañero. Alberto y sus cien caballeros iban cubiertos con medias armaduras, tan delgadas y ligeras, que las balas de los arcabuces, disparadas á cincuenta pasos, y el puñal del jorobado, pudieron herirlos, oponiendo una resistencia cási nula.

Ya hemos visto cómo desaparecieron Vissó y sus treinta sicarios, dejando tendidos en el campo á los seis caballeros que rodeaban á Silva, y al contrahecho, del cual, creyéndole muerto, no se volvieron á ocupar.

A caballo el capitan, sujetando con la mano izquierda la brida, y con la derecha el cuerpo inanimado del dúque, corrió al frente de los suyos cinco minutos, en cuyo instante gritó:

—¡Alto! Prended los cohetes.

Luégo se oyeron várias detonaciones en el aire; el espacio se cubrió de luces, que anunciaron al rey de Francia la prision ó muerte del caudillo español, y los asesinos continuaron por el bosque hasta entrar en Agout, lo que verificaron una hora después.

De los seis caballeros que dejaron tendidos en tierra, dos estaban muertos, tres gravemente heridos, y uno contuso, el cual pudo muy bien levantarse á los pocos instantes de haber caído. Vió á los traidores, y comprendiendo el intento de éstos, cogió uno de los siete caballos que creyó ileso, el cual se detuvo cerca de allí, y montando en él se encaminó al lado de Navarro. A la mitad del camino halló á sus noventa y cuatro compañeros restantes, que regresaban al lado de Silva.

—¡Alto!—les dijo,—seguidme todos, si teneis en algo la suerte de nuestra patria.

Viendo aquellos las lágrimas que surcaban el rostro de su compañero y el lastimoso estado que presentaba, le preguntaron con ansiedad:

—¿Qué acontece?

—Ya lo sabreis; ha ocurrido una gran desgracia; seguidme, por Dios.

—¿Y el generalísimo?

Le interrogaron en coro.

—¡El duque, oh, el duque!.. Hermanos, compañeros, vengamos la más horrible de las traiciones. ¡A escape!

Y apagando las lágrimas y el dolor su ronco acento, corrió y en pos los noventa y cuatro, sin comprenderlo bien, pero adivinando lo acontecido; el que les habló era hermano del duque de Alba, y tan cumplido caballero, que no fué posible á ninguno dudar de lo que decian sus frases. Ocho minutos después llegaron á la cabeza de la division que mandaba el general Navarro, é incorporándose con éste el hermano de Alba, se acercó á su oído y le contó lo que acababa de suceder. El general levantó su acero para atravesarse con él, pero el caballero le contuvo con las siguientes frases:

—Deteneos, Don Pedro; puede que no haya muerto; y exista ó no, recordad la patria; ved que nos hallamos al frente del enemigo, y que es preciso vengar la más infame de las traiciones!

—¡Vengar!—exclamó Navarro, con voz ininteligible,—venganza, sí,—gritó,—¡sea la Francia un cementerio; cada español una guadaña que mate sin fin!

—Constitutos en general en jefe, y mandad; tenemos vencido al enemigo, cortado. ¿Qué haceis?

—Es verdad; yo sólo mando; ¡ay del que no me obedezca!

Y dirigiéndose á los noventa y cinco caballeros, les dijo:

—Buscad á Usen, Peralta, Osorio, Navarro y Mendoza, y decidles que el duque ordena no haya cuartel; repetid lo mismo á los demás jefes, á los oficiales, á los soldados; dad vosotros el ejemplo; pero callad lo restante; que ninguno sepa lo acontecido. ¡Sangre, señores, sangre francesa hasta que nos ahogemos en ella! Partid.

Y diez minutos después no se oía en todo el ejército español otras voces que las de:

—¡No haya cuartel; adelante; matad, hasta que no quede un solo frances! el generalísimo lo manda.

Y convertidos en leones sedientos de sangre y de exterminio, herian, acuchillaban, y sin oír la voz de la caridad, iban dejando el suelo cubierto de cadáveres.

En el momento en que Francisco I vió las luces de los cohetes, trató de rehacer sus diezmadas y dispersas huestes, con ánimo de recobrar lo perdido, siendo así que juzgaba muerto ó prisionero á su poderoso y sábio rival. Sus órdenes fueron cumplidas instantáneamente; pero lejos de decaer el enemigo por la causa que suponía el rey, continuó avanzando y deshaciendo escuadrones, con valor y coraje que no se explicaba el monarca.

Algo más tarde distinguió á Navarro, que se le venía encima, y tres minutos después fueron muertos casi todos sus

ayudantes; á él le rompieron la armadura, viéndose obligado á huir, seguido únicamente de cuatro ó seis franceses.

Desde este instante no pensaron en otra cosa los hijos de Francia, que en confiar la salvacion á la ligereza de las piernas ó á la de los caballos. Navarro hizo lo único que le restaba á Alberto de Silva, y en verdad que si no hubiera ido tan ofuscado, mata ó coge prisionero á Francisco I; pero el general español sólo se cuidaba de mandar herir y acuchillar, y de verificarlo él mismo sin distincion de clases ni personas.

Los franceses tiraron las armas, y abandonando posiciones, artillería y cuanto llevaron, desoyendo la voz de los jefes, y escuchando sólo la de su pavora, se desbandaron, exclamando:

—¡A Agout! ¡á Agout!

Todos sabian que en la mencionada plaza quedaron fuerzas suficientes para defender los castillos y muros, é intentaron la mayor parte encaminarse allí, en busca de una salvacion tan difícil como cobarde. Su rey llevó á cabo el criminal pensamiento que hemos presenciado; pero tardó tanto que dió lugar á Silva para que, disponiendo dos sábias y acertadas evoluciones, se colocaran Usen y Peralta á la retaguardia de los franceses, consiguiendo de este modo que al cargar Navarro, Mendoza, Lara, Osorio y los caballeros de su escolta, con el coraje y desesperacion que lo hicieron, quedase el enemigo encerrado en un horrible triángulo, donde caian heridos á cientos, muertos á docenas, escapándose los ménos.

Usen, Peralta, Mendoza, Osorio y Lara, admirados del arroyo de sangre que corria bajo sus piés, y de los montones de cadáveres que veian en torno, comprendieron que la orden comunicada de parte de Silva por los que le servían de ayudantes, no podia ser emanada de un sér tan privilegiado en nobleza é hidalguía como en talento y acierto. Así es que, sin dejar de obedecerla y tomando precauciones para que continuara llevándose á cabo, se separaron del lugar de la pelea, encaminándose en busca del héroe, al que no hallaron, mas en su lugar encontraron á Navarro, preguntándole todos:

—¿General, donde está el duque? ¿quién impide el cuartel? ¿por qué este rio de sangre tan contrario á nuestra conducta anterior?

—Es,—les dijo Navarro, llorando y con voz siempre ininteligible,—es que los franceses han tendido una emboscada á mi hijo, y lo han asesinado bárbara y cobardemente; es, que mando yo solo, y por estas dos razones he dispuesto que nós ahoguemos en la sangre de los que tan villanamente destruyeron nuestros corazones! ¡Llorais, como yo; veo la ira y el despecho que asoma á vuestras frentes: bien, con vosotros bastará para vengar á mi hijo! ¡Adios, amigos míos; hasta la eternidad!

Y sacando su daga se dirigió un terrible golpe al corazón; pero el hermano del duque de Alba, que desde un principio comprendió la idea y estado del general, se pegó á su caballo y no le abandonó un instante, cuidando de él más que de su propia persona y de cuanto le rodeaba; por eso, al alzar Navarro su puñal, le cogió el brazo, y deteniendo el golpe, le dijo:

—No os dejaré morir; que me lo ordenan Carlos I, la voz de la patria y la salvacion acaso de nuestro generalísimo. Os he dicho y repito que no murió y que se lo llevaron, lo cual confirma el hecho de no haber perecido.

—¡Me engañas; suelta!..

Mendoza ayudó al caballero Alba, y haciendo uso de sus hercúleas fuerzas, desarmó á Navarro, arrojando al suelo su espada y daga.

Usen, Peralta, Osorio y Lara, con tanto coraje como Navarro, y salpicados sus rostros por ardientes lágrimas, se enteraron minuciosamente de lo acontecido; deduciendo que el duque podia vivir, y anhelando salvarlo, se pusieron de acuerdo sobre lo que debian hacer, exclamando Peralta:

—Señores, me corresponde por antigüedad el mando del ejército, y desde ahora lo tomo, en vista de la imperiosa necesidad que me obliga á ello. ¿Jurais obedecerme?

—Sí, sí,—contestaron, ménos Navarro, que nada dijo.

—Es indispensable que lo hagais de una manera ciega y sumisa; la batalla está ganada; no nos amenaza peligro alguno; pero es preciso salvar al duque, dado que viva, y ya que su padre adoptivo lo abandona, nosotros lo rescataremos, pereciendo con él en caso contrario.

—Mandad, mandad,—le contestaron.—¡Ay del que no os obedezca!

—Empecemos, señores, por amparar y proteger la vida de Navarro; que lo cojan cuatro caballeros de la escolta del duque, y que lo lleven arrestado á Tolosa. Con su cabeza responden de la existencia del general.

—No; no, por Dios,—replicó el tierno padre,—me asocio á vuestra idea, y juro solemnemente no atentar contra mi vida ínterin nos halleemos en Francia. Mandad, general Peralta; y ya que vuestra cabeza no está como la mía, aprovechad los minutos; no perdais un segundo, que el tiempo vuela, mi hijo está gravemente herido, por lo ménos, y es preciso salvarlo, ó que nuestra venganza no tenga igual en la tierra.

—Bien; poneos al frente de vuestra division y preparaos á obedecerme todos.

—¡Mi espada!—gritó Navarro, añadiendo, después que la hubo cogido:—¿Qué mandais?

Peralta exclamó con voz entera y tan fuerte que ninguno dejó de oirla:

—Generales, maestros de campo, oficiales y caballeros, cada uno á su puesto; estrechad el círculo en que están cogidos los franceses, y ofrecedles la vida, con tal que se rindan. Basta de sangre, por ahora; mas procurad que no escape uno solo. Corred la órden y partamos.

Así se hizo, y cinco minutos después se escuchaba por toda la línea española la voz de:

—¡Cuartel, cuartel!

Los de Castilla estrecharon efectivamente el círculo de hierro en que tenían cogidos á los franceses, y éstos, no encontrando otro medio de salvarse que aceptando el cuartel

que se les ofrecia, se fueron poco á poco rindiendo hasta quedar todos desarmados y en poder de su valiente enemigo.

Media hora más tarde seis mil franceses entraban á la desbandada en Agout, ocho mil estaban en tierra, entre heridos y muertos; cinco mil huyeron y corrian por los campos y montes de Francia, y once mil se rindieron, quedando prisioneros de guerra.

De este modo terminó una pelea de las más sangrientas de que tenemos noticia. Los españoles sólo contaban mil cuatrocientos heridos, doscientos contusos y quinientos muertos, si bien marchitaba la gloria, que acababan de conquistar, la irreparable pérdida del generalísimo.

Mientras el cuerpo de sanidad comenzaba á ocuparse, primero de los heridos españoles, después de los franceses y últimamente de exhumar los cadáveres de una y otra parte, se fijó una sola tienda, entrando en ella los generales Peralta, Navarro y Usen, los maestros de campo Osorio, Mendoza, Lara, algunos otros y el caballero Alba, el cual volvió á referir, con todos sus detalles, la manera que tuvieron de hacer fuego sobre Alberto, apendizando su relato con la siguiente noticia:

—El generalísimo cayó á mi lado, herido por las balas contrarias; segundos después se acercó un jorobado, dirigiéndole su puñal al costado izquierdo, con intencion, sin duda, de atravesarlo; mas llegó á la vez el que parecia jefe de los asesinos, contuvo parte del golpe, y levantando al contrahecho, lo sacudió varias veces hasta dejarlo en tierra, bañado en sangre y aún creo que gravemente herido. Luégo cogieron al duque entre dos y se internaron con él en el bosque que teníamos á la espalda. Oí su respiracion, y puedo asegurar que al perderlo de vista no iba muerto, si bien me es imposible calcular la suerte que Dios le depara en tan terrible lance.

—¿Ese jorobado, —preguntó Navarro con ansiedad, —es moreno, tiene la nariz aguileña, la frente despejada, los ojos pequeños y la mirada de tigre?

—Sí, señor.

—¡Juan de Dios Bermudez! Corred, Mendoza; id al lugar de la catástrofe, y muerto ó vivo traedlo al momento.

—No os movais, maestro,—exclamó Peralta;—habeis jurado obedecerme, y sólo yo puedo mandar.

—¿Sabeis quién es ese hombre?—le preguntó Navarro.

—Sí; oí al duque relatar su historia, y ya dispondré que partan en su busca.

—Arrastrándose como la culebra puede escapar, si aún vive, y os advierto que es á no dudarle el autor del horrible atentado.

—Podrá ser un instrumento infernal, pero otros más poderosos le han empujado, prestándole auxilio. Sepamos ántes qué contestan á mis preguntas los caballeros que recorren el campo.

Poco después penetraron en la tienda vários de aquellos, diciendo al general Peralta:

—Señor, entre los muertos y heridos franceses hay generales y jefes de todas graduaciones; pero no está Francisco I. Dicen algunos prisioneros que le vieron huir en direccion de Agout.

—Está bien; que forme el ejército y que avance la artillería hácia ese pueblo que acabais de citar. Partid.

Peralta cogió pluma y papel, redactó un despacho, y después de leído y aprobado por los presentes, lo autorizaron con su firma los tres generales. Luégo lo cerraron; dieron várias instrucciones á Mendoza, añadiendo el primero:

—Maestre, amais al duque más que yo, si cabe; tanto como Navarro; coged ese escrito y entregádselo á Francisco I, procurando á la vez cumplir las órdenes que os acabamos de dar, con todo lo demás que se os ocurra á vos, tan valiente como entendido. Detrás estamos nosotros dispuestos á perecer por salvar al duque; á morir si éste no existe; llevais ámplias facultades, y con tal de que se salve la vida del generalísimo, no os importen las condiciones ni lo mucho que os exijan;

vale más que nosotros, y debemos sacrificarnos por él. Creo, por otra parte, interpretar fielmente, al obrar así, el deseo de S. M. el emperador y el de todos los españoles. Corred, amigo mio; corred, que muy poco después de llegar vos, estará sitiado Agout, y salvaremos á Silva, ó no quedará en esa plaza hombre ni piedra levantada.

Mendoza le contestó:

—Mi vida, que salvó Silva dos veces, le pertenece; y al sacrificarla por él, lo hago con una alegría, con tal satisfaccion que no me es dado expresar. Gracias, señor, por la honrosa mision que os dignais encargarme; hubiera dado el brazo derecho por ella, y creed que mi gratitud hácia vos será eterna. Voy sereno, ya lo veis todos; cuanto alcance mi inteligencia eso haré por el duque, al que amo tanto como Navarro, y cuyo cariño, léjos de ofuscarne, presta luz á mi entendimiento, fuerza á mi materia, y... Perdonad, señores; de todo me creo capaz, de todo. Hasta luégo ó hasta la eternidad, amigos mios. ¡Mi caballo y una maza!—Gritó el gigante á su criado, y fué á salir de la tienda, pero le detuvieron, abrazándole desde Navarro hasta Peralta. Luégo se guardó el pliego, y montando, desapareció como un metéoro en direccion de Agout.

—¡Alba!—exclamó Peralta, —acompañado de diez jinetes partid en busca del jorobado Bermudez, y muerto ó vivo llevádmelo á las cercanías de Agout, adonde parto ahora mismo. Vosotros todos seguidme.

El navarro dispuso que condujeran los prisioneros á Tolosa; que hiciesen lo mismo con los heridos que estuvieran en estado de resistir la marcha, y que se establecieran los hospitales necesarios en el campo para asistir á los restantes; é inmediatamente, puesto al frente del ejército, se encaminó á Agout, distante dos leguas del sitio donde se hallaba.

La noticia de la horrible traicion llevada á cabo con Silva corrió por el ejército como un chispazo eléctrico, causando en los soldados el mismo efecto que en los jefes y oficiales; qui-

sieron acuchillar á los prisioneros, y fué indispensable la influencia y poder de los generales y maestros para contener el furor de sus insubordinadas huestes. Calmadas con la idea de que eran necesarios todos aquellos franceses para rescatar al duque, sacrificándolos si habia muerto, en union de cuantos se encontraran después, fueron poco á poco reemplazando á la ira y coraje el abatimiento y el dolor. Aquellos hombres tan denodados y valientes; aquellos que de victoria en victoria caminaban siempre con la frente erguida y el corazon tranquilo, al terminar la última batalla, en la que destruyeron completamente á su enemigo, iban con la cabeza inclinada, la vista baja y los ojos húmedos. La reaccion se presentaba completa; al más alto grado de encono sucedian la pena y amargura más profundas. Bastaba, no obstante, una sola voz; la noticia de que Alberto de Silva había espirado y de que llegó el momento de la venganza, para que sus rostros tan mústios y sentidos se trocaran en fieros y terribles como la mortal guadaña.

Dejémosles que continúen hácia Agout, y sepamos si el maestro Mendoza llega á tiempo y puede ó no salvar al ilustre caudillo por quien suspiran cerca de treinta mil hombres, y por el que pronto llorarán cuarenta millones de almas, entre las que se cuentan un emperador y muchos grandes y poderosos de la tierra.

CAPITULO X.

El rey de los embajadores.—El peor de los introductores.—La víctima y sus verdugos.—Un médico, un español y tres franceses.

EL maestre de campo Don Luis de Mendoza prosiguió aguijoneando al caballo, el cual no obstante su buena sangre corria con dificultad, por efecto de la pesada carga que llevaba y de las once horas de fatiga que habia sufrido en el campo de batalla. El animal presentaba teñidas en sangre francesa parte de la cola y las piernas hasta más arriba de las rodillas, mientras que su dueño lucia la armadura hecha pedazos poco há, su espada ensangrentada tambien y una formidable maza, todo lo cual le daba aspecto terrible y amenazador.

—Corre, maldito,—decia el maestre castigando cruelmente á su pobre jaco;—corre más ó te deshago la cabeza de un mazazo. Así; no puedes, ya lo veo; te falta alimento y descanso. ¡Maldicion! Adelante.

Y le rasgaba los ijares con las estrellas de oro de sus espolines. El potro hizo un esfuerzo heroico, sosteniendo el escape tendido más de un cuarto de hora, en cuyo instante

cayó reventado. Mendoza quedó de pie, y mirándole con sentimiento, dijo:

—Duerme con sueño eterno, pobre animal; pronto seguiré yo probablemente tu misma suerte; pero no ha de ser por el cansancio ni la fatiga.

Se hallaba Mendoza á mil varas de la fortaleza; y sin volverse á cuidar para nada del caballo continuó hácia delante hablando consigo mismo, sujetando la maza y caminando casi tan de prisa como su potro.

Poco ántes de llegar á la plaza sacó un pañuelo blanco, lo levantó en alto, y de este modo se acercó, pidiendo á un centinela que le facilitase la entrada.

Algo más tarde apareció un oficial sobre el muro, preguntándole:

—¿Quién sois, y qué queréis?

Nuestro gigante le contestó:

—Soy el maestre de campo Don Luis Mendoza; vengo en nombre del ejército español, y me mandan traer un pliego importante que debo entregar á vuestro rey.

El oficial desapareció, y el atleta quedó esperando junto á la primer zanja. Así dejó pasar un cuarto de hora que puso en tortura la paciencia del valiente Don Luis.

—No viene nádie,—se decia,—el tiempo corre y la desesperacion crece en mí de un modo inexplicable. ¡Malditos franceses! ¡si yo pudiera reunirlos á todos, y con mi maza!.. ¡Voto al demonio!

Trascurrieron quince minutos más viendo con placer nuestro audaz guerrero que los puentes caian, y no tardó en oir la voz del mismo oficial, que le dijo:

—Seguidme.

Y llegando al último muro le hizo bajar vários escalones, entrando después en el despacho de un jefe, situado al final de la muralla.

—Sentaos ahí,—añadió su guia,—y no os impacientéis, que pronto vendrá el que debe hablar con vos.

Mendoza se dejó caer sobre una silla que tenía cerca, poniendo ántes la maza en un rincon de la estancia. Comprendiendo el entendido jóven lo difícil é interesante de la mision que le habian encargado, disimuló lo que sufría interiormente, quedando su rostro tan sereno y normal como si nada grave aconteciera.

Poco después se abrió la puerta del despacho y entró un capitan francés, grueso, mal encarado, cubierto de acero; el cual le hizo una reverencia, y sentándose frente á él, le preguntó:

—¿Qué os trae á Agout?

Nuestro gigante le miró de arriba abajo; no hubo de satisfacerle el aspecto de aquel hombre, y le contestó con desden:

—No es á vos al que vengo á ver, es á vuestro rey.

—¿Quién os ha dicho que está aquí?

—¿Pues qué no le ví yo correr en direccion á esta plaza, delante de mi tercio y con más pavora que otra cosa?

—Caballero, soy el capitan Vissó, y tened entendido que no consentí jamás insultos á quien tanto vale, al que tanto respeto y consideracion merece.

—Cierto, señor capitan; el héroe que dispone un asesinato, pierde su ejército y huye luego cobardemente, merece efectivamente la misma consideracion y respeto que una dama de la corte.

—Me callo, en atencion á vuestra embajada; mas terminada ésta, nos veremos.

Mendoza se encogió de hombros, conformándose con lanzar sobre Vissó otra mirada desdeñosa. Aquél le dijo:

—Decidme qué mision os trae á Agout; y si vuestra demanda es justa, será atendida.

—Represento aquí al ejército español, guardo un despacho firmado por los generales Peralta, Usen y Navarro, que debo entregar en propia mano á Francisco I, y vengo facultado para tratar con él asuntos de la mayor importancia. Es lo único que puedo deciros.

—¿Me quereis dar ese escrito y os traeré la respuesta?

—No.

—¿Por qué?

—Ya os lo he dicho.

—Entónces esperad, que pronto vuelvo.

Y desapareció Vissó, dejando á Mendoza entregado al parecer á una idea que le molestaba bastante.

—Sí,—exclamó;—la obesidad de ese hombre, su estatura, color y aspecto convienen con el retrato que hizo Alba del jefe de los sicarios que acometieron á Alberto. Cuando le hablé del asesinato, palideció, y esta es otra prueba más de que no me he equivocado. Si fuera él; si ese hombre... ¡Qué puedo yo hacer, solo entre diez ó doce mil franceses! ¡Cómo he de luchar si vengo, por otra parte, de embajador! Tendré paciencia; mi difícil cometido será desempeñado como deseo, ó se entornarán mis párpados para no volverse á abrir. Paciencia, Mendoza; sé prudente, y sacrifica tus pasiones y luego la vida por el héroe á quien debes más que vale todo eso. Algo imprudente anduve con Vissó, pero ofrezco enmienda, y en lo sucesivo imitaré á mi infeliz maestro, si bien ántes será preciso averiguar quién es ese capitán.

Hablando así esperó el maestro la llegada de aquél.

—Mi señor,—le dijo entrando,—se digna recibiros; mas es indispensable que os cubra los ojos con este pañuelo. No olvidéis que somos enemigos y que os hallais en una plaza fuerte, por lo que, si habeis de llegar al palacio, ya sabeis el modo.

Mendoza se puso en pié, y con calma, le contestó:

—Bien que me vendeis; nosotros asaltamos los muros en poco tiempo, sin averiguar, como hicimos en Pau, qué hay detrás, ni delante. ¡Qué lástima, capitán Vissó, que no matéis al tuno de Bermudez, dando lugar con vuestra ligereza á que nosotros llegásemos tarde y continuara viviendo ese monstruo, del que ya no necesitábais! Os aseguro que si aún lográsemos prenderlo me reconciliaba con vos.

El francés palideció de nuevo, se echó atrás, y con acento balbuciente, replicó:

—No sé qué quereis decirme.

—¿Por qué os asustais?

—¿Yo?

—Pardiez, si os tiemblan las piernas.

Vissó trató de reponerse, y haciendo un esfuerzo sobre sí, se aproximó al maestro, diciéndole con fingida calma:

—Dejaos cubrir, y no abuseis de mi paciencia.

—Aquí está mi frente; vendad los ojos, que ya os he visto lo bastante. Apretad, no temais que se resientan mis carnes, son más duras que el acero de mi casco, pero menos que mi corazon. Si algun dia hallase medios de probároslo os conveniria de que era cierto. ¿Cómo se anda sin vista?

—Si quereis, cogeos á mi brazo.

—Con mucho gusto, señor Vissó. Ahora no somos enemigos. ¡Oh, pues si lo fuéramos! por eso os agradezco la atencion, y me encuentro bien, muy bien enlazado á persona tan... tan entendida.

—Cuidado con tropezar, que empezamos á subir una escalera.

—Gracias.

—Ahora vamos á bajar otra.

—Muy bien, sois un guia incomparable.

—¿Por qué venís cargado con maza tan pesada, si aquí nadie os ha de ofender?

—Ni yo intentaria probablemente inútil defensa. ¿Qué supongo yo solo en Agout contra tanto valiente como os habeis reunido? La traigo porque me sirve de camarada, me acostumbro á su amable compañía, y no sé separarme de ella; á falta de una esposa que el destino me negó hasta hoy, me sirve de inseparable compañera que estimo en tanto como cráneos lleva rotos, y éstos se podian contar por docenas.

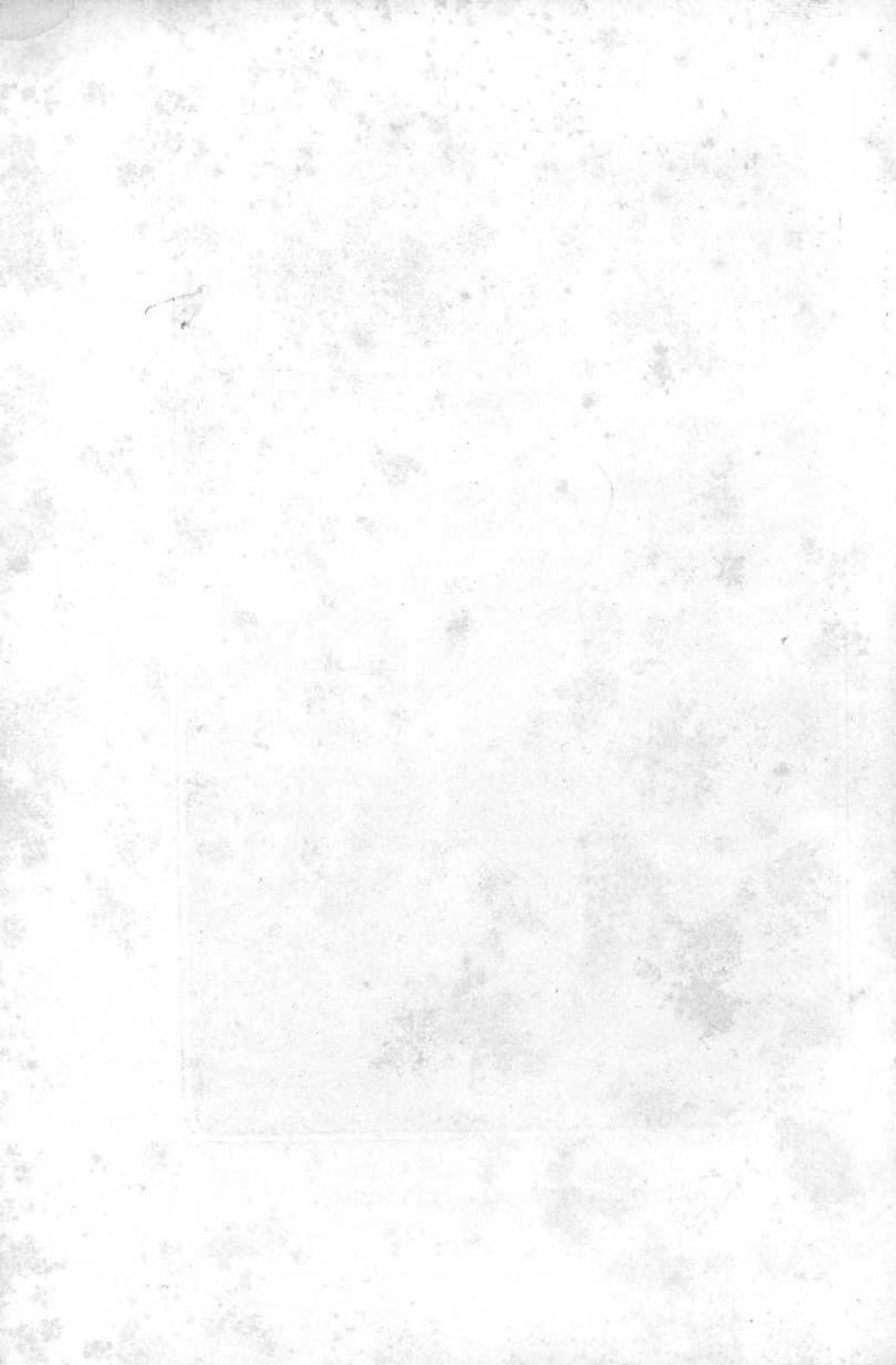
—¿La usásteis en Pau?

—Sí.

—¿Luego érais el que apellidaban en el Bearne el gigante de la maza de hierro?



— Dejaos cubrir y no abuseis de mi paciencia.



—¿Eso decían?

—Tenedlo por seguro.

—Vulgaridades de la plebe.

—Añaden, que durante la lucha gira con la rapidez de un aspa de molino.

—¿Lo habeis creido vos?

—No lo dudé; pero comprendí al mismo tiempo, que cortado el brazo y segada la cabeza quedará perfectamente el molino.

—Ya, querer es una cosa, y poder hacerlo es otra.

—Yo os probaré que para ese milagro basta y sobra con San Vissó.

—No lo trae el calendario.

—Es que aún no está canonizado.

—¿Cuándo piensa verificarlo?

—En la primera ocasion que se le presente.

—Si vos quereis, podrá ser mañana.

—Ya veremos. Llevad cuidado, que empezamos á subir la régia escalera.

—¿Me puedo quitar el pañuelo?

—Sí, señor; yo os lo arrancaré.

—Gracias

Y tirando de él lo hizo pedazos sin trabajo alguno.

Le dijo Vissó:

—Mucha fuerza teneis.

—Presuncion vuestra, es tan fino como vos ese lienzo, y sin violencia alguna he podido triturarlo.

—Es que peso mucho y el pañuelo era ligerísimo.

—Yo os levantaré en alto con la misma facilidad que á ese pedazo de tela.

En este instante entraron en un saloncito cuadrado, en el que sólo habia una docena de sillones de damasco, mesa y recado de escribir. Vissó dijo al gigante:

—Esperad, que no tardareis en merecer la honra de hablar con mi señor.

Y desapareció de allí, dejando á Mendoza entregado nuevamente á mortal desasosiego y fatal impaciencia, por saber cuál era la suerte del héroe. El infeliz sentia latir su corazon con rapidez; le afligia el dolor y anhelaba vivir única y exclusivamente para consagrar su existencia al duque del Imperio, en el caso de que éste pudiera necesitarla. Fuerte como pocos física y moralmente, se dominaba cuanto era posible, aparentando lo contrario de lo que sentia; pero no por eso dejaba de molestarle mucho el cuchillo con que llevaba atravesado su pobre corazon.

Viéndose solo, volvió á poner la maza junto á uno de los sillones, apoyó la mano izquierda en la empuñadura de su espada, y tomando una postura grave esperó la llegada de Francisco I.

Poco después penetró sin ceremonia alguna el derrotado monarca, demostrando mucha curiosidad y algo de impaciencia. Le cubria aún su pesada armadura, y llegó allí solo y sin permitir que le separasen la cortina. Al verse ámbos, se hicieron un ligero saludo, preguntando Francisco con viveza:

—¿Qué quereis?

—¿Es V. M. el rey de Francia?

—Sí.

—Tened la bondad de leer este despacho.

Francisco rompió el sello, enterándose minuciosamente del siguiente contenido:

«Señor: los generales que firman este escrito, tenemos el honor de mandaros, en nombre del ejército español, al maestre de campo D. Luis de Mendoza, al que podeis oir, en la seguridad de que no habló nunca V. M. con hombre más noble y caballero, más valiente y leal. Nos representa, y cuanto diga y afirme lo confirmamos nosotros; á lo que él se comprometa queda obligado el ejército español, y no dude V. M. que lo mismo que nosotros piensa, dice y afirma en la presente ocasion S. M. el emperador Cárlos I. De la entrevista que os ofrecemos depende, sin duda alguna, la suerte de

»Francia; si llegamos á tiempo, y os aconseja la prudencia, todo se habrá ganado; si fuese tarde ó rechazáseis la justicia, todo se perderá. Confiamos no obstante en la Providencia y en que el monarca francés sabrá sobreponerse en esta ocasion á las debilidades humanas, oyendo la razon y aceptando las proposiciones de los que tienen la honra de ofrecerse etc.etc.—*El marqués de Córtes.*—*El conde de Usen.*—*Pedro Navarro.*»

El rey leyó por segunda vez las anteriores líneas, meditó luégo, acabando por decir á Mendoza:

—Si algo quieren de mí vuestros generales, debieron haberlo estampado en este escrito.

—Hay asuntos, señor,—contestó el gigante,—en los que es preciso no perder un segundo, por cuya razon está tan lacónico el despacho que tuve el honor de entregar á V. M.; pero diré lo bastante para que en mis frases escuchéis los sentimientos de los que me mandan, el deseo del emperador, y lo que quiere, y está dispuesto á hacer su ejército. Me otorgaron tan amplias facultades, porque saben que jamás abuso, exagero ni miento; y no dudeis un solo instante, que lo que yo firme lo aceptan ellos, lo sostiene el César.

Francisco se contrajo á replicar:

—Hablad.

—Cerca de mediodía, y cuando los ejércitos francés y español se hallaban en lo más sério de la pelea, unos cuantos súbditos de V. M. tendieron cobarde y traidora emboscada á nuestro general en jefe, hiriéndole villanamente por la espalda. No debo comentar el hecho ni calificar á sus autores; consumado aquél, cogieron al duque del Imperio y lo trajeron aquí, ignoro si cadáver ó prisionero. Deseo saber, ante todo, si vive ó no el generalísimo español.

—¿Con qué derecho me haceis esa pregunta, y quién os ha dicho que tengo yo conocimiento del atentado?

—Si empezamos así, doy por terminada mi embajada, y me retiro; pero advertiré ántes á V. M. que está ya sitiado

Agout de un modo que no es posible escape nádie; ¿lo entendeis, señor? nádie. Disponemos de veintiseis mil hombres, próximamente, en las cercanías de esta plaza, y necesitando de los diez ó doce mil que tenemos repartidos en Tolosa, Pau y restantes poblaciones del Bearn, que obedecen á Carlos I, se dará la orden á las nueve de esta noche, si mi presencia no lo impide, para que sean pasados á cuchillo los once mil prisioneros que hemos hecho esta tarde y los habitantes de Tolosa, Pau y restantes poblaciones citadas. Las villas y ciudades que conquistamos en Francia serán incendiadas, y unido luego nuestro ejército á otro de cincuenta mil hombres que espera cerca de la frontera, llevaremos á sangre y fuego cuanto se encuentre á nuestro paso, hasta que no quede un francés, ó sucumban todos los españoles; esto último no es probable, ni aún verosímil.

—Noto, maestre Mendoza, que os contaís en el número de esos sanguinarios, con cuyo retrato pensásteis horrorizarme, olvidando, por lo visto, que os halláis en mi poder.

—Señor, dije al principio que se hará todo eso si yo no he regresado al campo español ántes de las nueve de la noche; y si me he contado en el número de los que destruirán la nación francesa, no es por lo que soy, sino por lo que represento. Mi individualidad nada supone, me cansa la vida; por otra parte, me duele el brazo derecho de matar franceses en el campo de batalla, los piés de agujonear á mi caballo para que corra detrás de ellos, y como es verosímil y probable que los asesinos del duque del Imperio no respeten al embajador Mendoza, por eso, señor, acepté la misión que me tiene aquí, en la seguridad de que era mi sentencia de muerte. ¿Oís esos clarines y atambores? No os alarmeis; yo os explicaré lo que dicen; anuncian que el ejército vencedor en Italia, en Francia y donde quiera que se presentan sus poderosas águilas, sitia á Agout, que empezará á destruirlo esta noche, y que en ménos de cuatro dias habreis perecido todos, no quedando en él una sola piedra levantada; lo mismo exactamente que sucederá mañana en Tolosa y en todo el Bearn.

—Es,—dijo el rey con ira y enojo;—es, maestro de campo, que al escuchar yo el primer disparo rodará por el suelo la cabeza del duque del Imperio.

Mendoza se halló de pronto sobrecogido por una alegría, que en vano quiso disimular; la nobleza de su alma y el cariño que tenía á Silva eran superiores á la fortaleza de su espíritu. Hizo, no obstante, un heroico esfuerzo sobre sí, preguntando al monarca:

—¿Vive ó no el generalísimo español? ¿Sabe ó no V. M. que fué herido villana y cobardemente por la espalda? Señor, las contradicciones son indignas de hombres como nosotros.

—¿Pretendeis igualaros á mí?

—No, señor: os he tratado como á soberano, y prescindiendo de mi embajada, me juzgo el último vasallo del emperador Carlos I, del monarca que jamás se contradijo ni aun exageró.

—Yo no he dicho que ignoro lo que es de Silva; sé que le trageron á Agout gravemente herido, y dispuse en el acto que se encargase de él mi médico de cabecera. Eso es todo.

—Muy bien, señor; continuando así proseguirá mi embajada, y es posible que os proporcione los medios de salvar á la Francia del cataclismo que la amenaza.

—Abreviad.

—Ante todo, debo, con el permiso de V. M., pasar á la estancia donde se halla el duque del Imperio, hablar con él, si es posible, ó al ménos verlo y conferenciar con el facultativo que le asiste.

—Os he dicho y repito, que vive: ¿no os basta mi palabra real?

—Sí, señor; pero como puede estar herido de muerte y V. M. no entiende de cirugía, necesito convencerme primero de cuál es su situación, toda vez que conocemos á sus asesinos y la historia de tan horrible atentado.

El rey se inmutó; la frente del maestro Mendoza se plegó de arrugas, y ámbos guardaron silencio por espacio de un minuto. Repuesto Francisco, alzó la cabeza, añadiendo:

—Es justa vuestra demanda, y no hallo inconveniente en aceptarla.

Seguidamente movió una campanilla, diciendo al que se presentó:

—El capitan Vissó, que éntre.

El aludido debia encontrarse muy cerca, pues sólo tardó en llegar cuatro ó cinco segundos.

—Lleva al maestre Mendoza,—le dijo el rey,—al lecho donde se halla Alberto de Silva; puede ver al enfermo y hablar cuanto quiera con mi médico Anselmo Rousell. Luégo acompáñalo hasta aquí, y si yo no he regresado aún esperadme los dos, tratándolo como á representante de un ejército que en Tolosa y el Bearne fué noble con el vencido, hidalgo con el pueblo que le obedecia.

Y salió, dejándolos solos. El capitan sacó un pañuelo, diciendo á Mendoza:

—Permitid que os vende los ojos.

—Otra vez la honra de ir enlazado á vuestro brazo; apretad cuanto querais. Bien. Unidos así, somos la culebra enroscada al árbol; guardaos del veneno que pueda tener la flor que hay entre sus hojas.

—Dicen que la serpiente no esconde almívar en la cabeza.

—Al fin es un reptil que el hombre ó el árbol pueden pulverizar con una simple sacudida.

—Cuidado, que empezamos á bajar la escalera.

—Gracias; ¿vamos muy léjos?

—En esta plaza las distancias son cortas.

—Yo creí que no saliamos de este caseron ó semipalacio.

—Pues os habeis equivocado.

—¿No mienten nunca los capitanes del ejército francés?

—Son muchos, muchísimos, y yo sólo debo responder de mí.

—¿Habeis rebajado de esos *muchísimos* los *muchos* que están en Tolosa y en Fuenterrabía?

—Sí, aumentando al número un generalísimo y el maestre de campo Mendoza.

—Hecho tan noble os ha de proporcionar un recuerdo, por parte del último, digno de vos.

—Gracias. Podeis descubriros, que hemos llegado.

Mendoza rompió el pañuelo de otro tiron, y mirando al capitan, le dijo:

—No hemos salido del caseron, y os advierto que es mala cualidad la de embustero.

—Ese es un insulto grosero, á que no os da derecho vuestra calidad de embajador.

—Otra verdad pisoteada y escarnecida. Os repito que no hemos salido á la calle.

—¿En qué os fundais?

—En el aire que he respirado; en la atmósfera que chocó en la parte de mi rostro que iba descubierto.

El capitan no halló razon alguna que oponer, vaciló, concluyendo por decir:

—Sois militar, como yo, y debeis saber que la obediencia á lo que se nos manda...

—Yo no mentí jamás, señor Vissó, y sólo desprecio me inspiraria el hombre, monarca ó general, que me impusiera como obligacion faltar á la verdad, que es emanacion divina; y estoy seguro que piensan como yo cási todos los capitanes del ejército francés.

—Estamos á veinte pasos del enfermo; ¿quereis verle?

—Sí; puesto que ya os conozco, sólo eso me resta.

Nada contestó el capitan, pero se adelantó, y llamando á una puerta que tenía enfrente, dió su apellido, abriéndose aquella instantes después.

—Entrad, señor maestre; ahí teneis al herido y al doctor Rousell.

Y alzando la voz, añadió:

—Manda S. M., que este español vea al duque del Imperio y hable con su médico de cabecera.

Mendoza exhaló un ronco suspiro, avanzando hasta llegar al lecho del enfermo.

La estancia en que acababa de entrar, era una alcoba grande en la que habia várias sillas forradas de damasco, un sillón, dos mesas, una lámpara y la cama en que se hallaba Alberto de Silva. Acompañaba á éste el doctor Rousell, su primer ayudante y un oficial del ejército, que tenía orden de vigilar de noche y de dia al enfermo. Sobre una de las mesas estaba la caja que contenia todos los instrumentos quirúrgicos del facultativo, y en la otra, parte de un botiquin. La luz, alimentada por aceite, reflejaba sobre una pantalla verde, prescindiendo poca claridad y un tinte sombrío, que daba á la habitacion aspecto triste y melancólico. El médico, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, parecia entregado á profunda meditacion: su ayudante observaba al herido, y el oficial paseaba por el extremo opuesto. Al llegar Mendoza, los tres se fijaron en él, devolviéndole la reverencia que les hizo al entrar.

El maestre anduvo hasta quedar junto á la cabecera del lecho, miró al duque, y asomando á sus ojos dos lágrimas que dejó rodar por las mejillas, exclamó con dolor:

—¡Delira; presa de ardiente fiebre, sufre el infortunado las consecuencias de la más horrible y villana accion! Sus ojos despiden fuego; las órbitas quieren salir del círculo donde giran, y está más cerca del cadáver que del hombre.

En este momento dió una vuelta el enfermo, y sacando los brazos, exclamó, víctima del delirio:

—¡Rota y descompuesta el ala derecha, todo se ha ganado! ¡Peralta está siendo un héroe, pero.... pero todo se ha perdido!.. ¡Soltadme, miserables; huid, mis caballeros. Ese bosque está cuajado de asesinos! ¡Nos matan! ¡ay!.. La Francia es un nido de sicarios.

Se apagó la voz del duque; Mendoza cayó á los piés de la cama, y estrechándole una mano, dijo con ronca voz:

—Sí, amigo mio, hasta delirando sale la verdad de tus labios: la Francia es un nido de piratas; te han herido; morirás probablemente, pero el leon español, alzando su potente

garra, destruirá á todos tus asesinos, desolará este país, y lo cubrirá de sal. ¡Malditos, y cómo han obrado con el héroe en el campo de batalla; con el padre noble y generoso lo mismo con el conquistador que con el conquistado durante la tregua! Morirás, sí, mas te vengaremos; te vengaremos, asombrando al mundo, horrorizando al orbe.

Mendoza se expresaba en español, así es que sólo pudo ser comprendido por el doctor, único que poseía nuestro idioma; Rousell no perdió ninguna de las frases del maestro, se acercó á él cuando hubo concluido, y le preguntó con interés:

—¿Quién os ha dicho que el duque del Imperio va á morir?

El maestro lo miró, y después que hubo besado varias veces la mano de Alberto, se puso en pie, exclamando:

—¡Ah! sois vos, señor facultativo. Os voy á contestar, porque infiero que esa venerable frente no esconde la maldad que oculta la de Vissó y las de otros que no están muy distantes.

Oyendo pronunciar su apellido el capitán, y no comprendiendo lo demás que expresaban, se acercó á ellos, diciéndoles:

—Hablad en francés, que estoy yo aquí con orden de averiguar cuanto pase entre vosotros.

Mendoza le contestó con una mirada llena de desprecio. El doctor le dijo:

—Vissó, sólo á S. M. debo dar cuenta de mis acciones; en esta habitacion mando yo, y dispongo que os separeis á un lado, concretándoos á oír, ver y callar. La oficiosidad sienta mal en todo el mundo, y es impropia de un vasallo leal.

El capitán dudó de nuevo porque su escasa inteligencia no le permitía otra cosa, concluyendo por obedecerle. Rousell añadió:

—Señor maestro, contestad á mi pregunta en español, francés, latín ó italiano, puesto que los cuatro idiomas poseo, y me es igual que nos entendamos en cualquiera de ellos.

—A mí tambien; pero sea en el primero, toda vez que no le gusta á ese miserable.

—Sed cauto y prudente; yo os lo ruego.

—Lo haré; que vuestro acento me agrada, y esa frente ancha y despejada me inspira respeto y simpatía.

—Gracias; contestad á mi pregunta.

—Me fundo, para creer que el generalísimo morirá, en lo que leo en su rostro; mirad como estallan las órbitas; ved lo que dice su semblante, y si ese no es el sello de la muerte, convenid conmigo en que se le parece mucho.

—Muy grave está; peligra efectivamente su existencia; mas no he perdido la esperanza de salvarlo.

Las lágrimas volvieron á agolparse al rostro de nuestro guerrero.

—¿Qué decís, señor?—le preguntó, estrechando con efusión una de sus manos.—Hablad, por Dios.

—Repito, señor maestro, que solteis mi diestra, y no seais imprudente.

—Os sobra razón; ¡pero amo tanto al duque!.. Continúad, Mr. Rousell; vos sois el inteligente, el sábio; yo el profano, el ignorante; arrancadme la duda que se apoderó de mi corazón, y disponed luego hasta de mi vida. Vuestro rey lo manda; y si comprendiérais lo crítico de la situación en que se halla la Francia...

—Basta; todo lo adivino; sé tanto como vos, y preveo, quizá, mucho más. El duque del Imperio recibió dos balazos en la espalda y uno en la cabeza; y como si esto fuera poco, le dieron una puñalada entre las costillas cuarta y quinta, que felizmente no profundizó lo necesario á dejarlo muerto instantáneamente, pero sí bastó para producirle más daño que los tiros. Perdió la mitad de la sangre, y yo dos horas en el tiempo que medió desde que fué herido hasta que me lo entregaron, y ámbas causas han aumentado su grave dolencia. Le he extraído las balas y algunos pedazos de armadura que se introdujeron con aquellas; estudié concienzudamente el mal, aplicándole en consecuencia remedios eficaces, heróicos. Hecha la primer cura y fijados los apósitos, se presentó la ardiente fiebre que parece devorarlo, y que es indudable-

mente el primer síntoma satisfactorio que yo veo; tiene herido un pulmon; sus carnes están destrozadas, y su estado es fatal; pero Dios mediante lo salvaré. Larga es la cura, el mal me quitará muchas horas de sueño, la Francia volverá á tener un enemigo poderoso, mas si me dejan perenne á la cabecera de ese lecho, el triunfo coronará mi obra.

—Yo os respondo,—le dijo Mendoza con entusiasmo,—que nadie se atreverá á separaros de ese sitio, ó ántes de cuatro dias perecerán todos cuantos existen hoy en Agout, no dejando de este pueblo otra cosa que el nombre.

—¿Quién sois, caballero?

—Un jefe español, amigo íntimo del héroe, representante aquí del ejército sitiador.

—¿Estamos cercados?

—Sí, y no es posible que salga nadie de esta plaza.

—Perdonad; encerrado aquí, ignoraba eso.

—Somos dueños de todo el Bearne, doctor; de Tolosa, de cien pueblos más; tenemos estrechado este fuerte, que no podrá resistir más de veinticuatro horas, y en la frontera aguardan cincuenta mil hombres que atravesarán los Pirineos en el momento que se les llame. Pues bien, Rousell; todos los prisioneros, que pasan de veinticinco mil; la guarnicion y habitantes de Agout; los moradores de Tolosa, el Bearne y cuantos franceses hallemos desde los Pirineos hasta el Rhin, desde los Alpes hasta la costa del Océano, todos, absolutamente todos morirán, si el duque del Imperio no se salva. El ejército español, sin excepcion alguna, lo ama más que á un padre, lo respeta como al emperador, y ha jurado no dejar las armas hasta perecer ó dar fin de vuestros conciudadanos. La hora de las nueve de esta noche, si yo no me presento, ó mi voz, les dirán; «matad sin compasion ó deponed las armas, que vuestro héroe vive y la Francia responde de él.» Esto os lo afirma el que jamás mintió, el que ha nacido y morirá caballero.

—Lo creo, y os ruego que partais inmediatamente. Id con Dios, maestre; un minuto de retraso podria prender de nuevo

la tea y ahora serían horribles las consecuencias. Marchad, que yo influiré en el ánimo de S. M. para que me deje salvar al duque, y en último caso defenderé su vida con la mia, os lo juro.

—Gracias; me devolveis más que la vida, una felicidad que creí perdida. Estrechad mi mano, doctor, tenedme por vuestro amigo, y que Dios premie el propósito y noble intención que demostrais.

—La acepto, pero yo os ruego que partais al instante.

Mendoza se arrodilló otra vez á los piés de la cama, besó nuevamente la mano del generalísimo, y se despidió de Rousell con mirada tierna y afectuosa, haciendo una reverencia á su ayudante y otra al oficial que vigilaba al duque. A Vissó le dijo:

—Salgamos, capitán.

—Dejadme que os vende los ojos.

—No lo consentiré por inútil.

Y siguió adelante hasta que el otro se incorporó con él, y le dijo:

—A la izquierda, por esa escalera. ¿A qué tanta prisa, maestro?

—Son más de las ocho de la noche, y á las nueve principiará el bombardeo contra Agout, si yo no lo impido con mi presencia.

—Ahora lo comprendo, pero os advierto que tengo las piernas más cortas que vos, y no me es fácil seguir ese paso. Torced á la derecha; entrad ahí y esperad el regreso de S. M.

—¿Tardará mucho?

—Lo ignoro; creo que subió á uno de los castillos, é infiero que debe regresar pronto.

—Traedme vino y bizcochos.

—¿Yo?

—Vos, ó cualquiera otro, me es igual.

—Sois franco en sumo grado.

—Pido cuando me hace falta, doy de lo que tengo, y á

fuer de hidalgo concedo hospitalidad á todo el que me la pide. Si vos desconoceis los deberes de un caballero, si no sabeis apreciar la honra que os acabo de hacer, idos de aquí, que harto os he sufrido ya.

—Tendreis el vino, los bizcochos, y os lo serviré yo mismo; sin perjuicio de que luego...

—Eso se hace y no se dice; despachad.

El buen Mendoza, que no habia comido nada en más de veinticuatro horas, y que llevaba trece de fatiga, sentia debilitarse su materia, optando por el sacrificio de pedir aquello á Vissó para rehacer sus decaidas fuerzas y estar preparado á todo acontecimiento futuro.

El capitan llegó con la bandeja, y el maestro bebió el vino, un vaso de agua, cogiendo vários bizcochos que comió paseando por la estancia, mientras Vissó retiraba el servicio. Luego entró éste, diciéndole:

—S. M. acaba de llegar; os dejo, toda vez que no tardará en presentarse aquí.

Y desapareció, siendo reemplazado al poco tiempo por Francisco I, que saludó de nuevo á Mendoza, preguntándole:

—¿Habeis visto á Silva?

—Sí, señor.

—¿Cómo sigue?

—Sufriendo cruelmente las consecuencias de unas heridas causadas del modo más infuero que imaginarse puede.

—Pues dicen que el autor nació en España, y que se llama Juan de Dios Bermudez.

—Sí, un asesino de oficio asociado á muchos franceses, instrumentos todos de algun poderoso tan villano como ellos.

—Ésas son suposiciones.

—Muy verosímiles, ¿no es cierto?

—No; la verdad es otra, y esa ya la sabreis, con el tiempo. ¿Qué pretende de mí el ejército español?

—Desea asegurar la vida del duque del Imperio.

—Esa depende de la voluntad de Dios.

—Entregádnoslo tal como se halla y os daremos por él los veinticinco ó treinta mil prisioneros que tenemos.

—Imposible; el duque no puede abandonar el lecho ni moverse del sitio donde está, sin exponer su existencia mucho más aún de lo amenazada que se encuentra.

—¿Quién nos responde de que se emplearán todos los medios necesarios á su salvacion?

—Yo, si me dais las seguridades que necesito.

—¿Con vuestra firma?

—Sí, con firma y palabra real.

—¿Nos lo entregareis cuando pueda ser trasladado á nuestro campo?

—No tengo interés en que muera, ni necesito un prisionero como ese; por consiguiente al hallarse restablecido no tendré inconveniente en ofrecerle que parta á España, que se quede en Francia, que marche á Italia ó que haga lo que quiera, si bien respetaré y haré respetar su voluntad.

Mendoza no pudo comprender el doble sentido de las frases del rey ni de lo que éste se proponia, concretándose en consecuencia á preguntarle:

—¿Qué exigireis en cambio de nosotros?

—Que salgais mañana mismo de Francia, llevándoos lo que habeis traído y vuestros prisioneros. Con el duque me respondeis de ellos, y con ellos os respondo yo del duque.

—Siento deciros, que no es admisible tal exigencia. Os voy á hacer á la vez la mia, tan justa á mi ver y tan puesta en razon, que de no aceptarla se romperán las hostilidades esta noche. Los prisioneros que habrán llegado ya á Tolosa se mandarán al amanecer á Fuenterrabía; mañana nos retiraremos nosotros á Tolosa, firmando á la vez una tregua que durará tanto como la enfermedad de Silva. Quietos en dicha ciudad y en el Bearne, sostendremos en los Pirineos un ejército de cincuenta mil hombres, dispuestos á entrar en Francia en el caso de que muera el duque ó falte V. M. al convenio que firmaremos. De este modo ganais una tregua que os hace mucha

falta, salvando las vidas de una gran parte de vuestros vasallos.

Francisco quedó meditando largo rato.—Eso me conviene más,—se decía,—porque así les inutilizo cerca de noventa mil hombres, repongo en tanto los descalabros sufridos en Italia y Francia, y si á la postre logro que el héroe siga mis banderas, entónces, ¡ay de Carlos I y de su Imperio! ¡Lo malo es, si muere Silva!.. Rousell es un sábio, desconfiado como todos ellos, y cuando asegura que puede salvarlo, es indudable que lo consigue. Y alzando la voz, dijo á Mendoza:

—Aunque debia pedirlos mucho más, vista la noble conducta que habeis usado con mis vasallos en Tolosa y en el Bearne, no hallo inconveniente en que conserveis esos puntos hasta tanto que Silva muera, ó restablecido de su dolencia esté en disposicion de elegir el punto donde quiera partir.

—Me resta imponer una condicion,—añadió Mendoza,—tan indispensable, como admisible en mi concepto por V. M.

—No seais exigente, porque de lo contrario...

—Léjos de eso, ha de parecer muy justo á V. M., lo único que me falta demandaros.

—Hablad.

—Es indispensable que yo vea el domingo de todas las semanas al duque del Imperio; que me entere del estado de su salud, y que siga á su lado el doctor Rousell.

—¿De qué tratareis con el duque?

—De cosas que tengan relacion únicamente con su persona.

—Son dos condiciones, pero las acepto, imponiéndoo á la vez otra no ménos racional.

—Deseo escucharla.

—No ofreciéndome la seguridad conveniente el pueblo en que nos hallamos, deberá ser trasladado el duque, en el momento que esté en disposicion de poderlo verificar, á la fortaleza más cercana de Agout.

—Su nombre.

—Sea la torre del Godo, situada en la costa del golfo de

Lion, entre Perpiñan y Narbona, y á poca más distancia de Tolosa que Agout. Todo será cuestion de que andeis cuatro ó seis leguas más cada vez que vayais á visitarlo.

—La acepto.

—Se me olvidaba preguntaros la fuerza que pensais llevar, miéntras duren vuestras visitas.

—Mi criado y veinticinco caballeros que esperarán, sin excepcion, á la entrada de esta plaza, y luégo á la puerta de la fortaleza.

—¿Cuándo quereis que extiendan el convenio y condiciones de la tregua?

—Ahora mismo, si lo teneis á bien; pero ántes mandad que disparen un cañonazo hácia Occidente, elevando la puntería para que la bala cruce por encima del campo español.

—¿Qué os proponeis?

—Esa detonacion dice á mis amigos que suspendan el bombardeo hasta las nueve y media, y os advierto que nos quedan sólo tres cuartos de hora.

El rey llamó, encargando que hicieran el disparo inmediatamente. Luégo mandó sentar á uno de sus secretarios y le dictó el borrador que, aprobado por él y por Mendoza, pusieron en limpio, firmando dos copias, y cada uno se guardó la suya. Un instante después partió el atleta por temor de que los sitiadores rompieran el fuego, visto que se aproximaba el momento señalado.

Francisco lo despidió de un modo afectuoso, ordenando que le acompañara Vissó hasta la puerta del pueblo, sin venderle los ojos.

Cinco minutos más tarde decia el maestro á su guia:

—Señor Vissó, desde las once de la noche en adelante estoy á vuestra disposicion.

—No os comprendo.

—Los insultos que suponeis os inferí, vuestra arrogancia y el reto...

—Todo os lo perdono en obsequio á mi señor el rey.

—¿Me teneis miedo?

—No lo conocí jamás; pero necesita de mí S. M., y antepongo su servicio á toda consideracion humana.

—Puede que yo tambien me vea obligado á poner á prueba vuestro valor.

—¿Cuándo y en qué sentido?

—Ya os lo diré mañana.

—¿Volveis tan pronto?

—Sí; el domingo de todas las semanas vendré á ver al generalísimo, y empiezo por el próximo; ya sabeis que hoy es sábado.

—Id con Dios.

—Hasta que el cielo disponga otra cosa, señor Vissó.

Y ámbos se volvieron la espalda, encaminándose uno al campo sitiador y el otro al palacio ó casa del rey sitiado.

Los dos se odiaban ya; el maestro deseaba matar al capitán, y éste, víctima de cruel remordimiento, notaba que su corazón latía fuertemente y que le flaqueaban las piernas cada vez que oía el sonoro acento de Mendoza.

CAPITULO XI.

Pensamiento de Francisco I.—El ejército de Silva.—La primera visita de Mendoza.

CUANDO hubo salido Mendoza, quedó el rey meditando, y así permaneció por espacio de media hora. Luégo movió un timbre, diciendo al que se presentó:

—Que venga al momento el doctor Rousell.

Algo más tarde se presentó el anciano, quedando parado delante del monarca. Este le preguntó:

—¿Cómo sigue el duque del Imperio?

—Lo mismo, señor; la fiebre aumenta, cesó la hemorrágia y continúa el delirio.

—¿Estais seguro de que podrá salvarse su vida?

—Las probabilidades hasta ahora, así lo indican, mas las cuatro heridas son graves, desconozco la naturaleza del enfermo, y es pronto aún para dar una afirmativa absoluta.

—Doctor, sois mi primer médico de cámara, y una de las personas á quien más distingo y aprecio.

—Mucho merezco á la bondad de V. M.; é inspirado por el deber y el reconocimiento, no hay en el mundo sacrificio que yo excusara, exigiéndolo mi señor.

—Perfectamente; sólo quiero de vos, que salveis á Silva.

—Pensaba rogar á V. M. me permitiera no separarme de su lado hasta que pueda darlo de alta.

—Ese es mi deseo; pero tened en cuenta, Rousell, que á la salvacion del duque está unida hoy la de Francia.

—Tranquilizaos, señor, que no dormiré, procurando que el más leve descuido no venga á entorpecer la difícil cura á que he dado principio.

—¿Podrá descomponerse con dolencia tan grave su privilegiado cerebro?

—No, señor.

—¿Cuándo creéis que volverá á la razon?

—La recobrará pronto á intervalos.

—Decidle que fué sorprendido por una columna que estaba emboscada cerca de él, y que le hicieron fuego de una manera cobarde y villana. Ya ha muerto el autor de ese acontecimiento, y los que le secundaron sufrirán tambien el merecido castigo. Aun cuando el duque fué enemigo mio, lo he admirado siempre, y su desgracia me causó honda pena; es un español á quien estimo mucho, mucho, doctor; participádselo cuando halleis oportunidad; recordad bien todas las ideas que acabo de emitir, y repetídselas á menudo. Si lo salvais, como parece lo probable, os cogerá cariño, sereis persona influyente á su lado, y os recomiendo que entónces no se aparte de vuestra memoria que nacísteis en Francia y que sois mi más leal servidor, la persona en quien yo deposité toda mi confianza.

—Señor, no comprendo bien á V. M.

—Silva, doctor, es, á no dudarlo, un héroe; creo que en la presente ocasion el vulgo no se equivoca. Ya sabeis que perdimos á uno de nuestros mejores generales, el duque de Borbon, que marchó á Madrid, y en estos momentos defiende la causa de Carlos I: pues bien; del mismo modo que el empe-

rador acepta, sin rebajarse, los servicios de mi primo, podria yo admitir los del generalísimo de España, trocado en almirante de Francia.

—Comprendo, y aplaudo la idea.

—Es preciso algo más; es indispensable su realizacion.

—Con entusiasmo trataré de que se lleve á cabo.

—No; con talento, con mucha sagacidad y un empeño que hable muy alto del amor que teneis á vuestro rey y á la patria que os cuenta en su seno.

—No perdonaré medio ni excusaré sacrificio.

—Vais á ser acaso el único que esté en posicion de realizar el pensamiento. Tambien yo os ayudaré; cuando lo creais conveniente me avisais, é iré á verlo las veces que juzgueis necesarias.

—¿Se encuentra en esta plaza seguro de los españoles?

—No; pero en el momento que esté en situacion de resistir una marcha de algunas horas, se le trasladará en carroza á la torre del Godo, que dista de aquí poco más de ocho leguas. Hoy empezarán á disponer el carruaje para que pueda ir echado, y á la vez cubrirán de arena todo el camino. Procurad que en su estancia no éntre más persona que vuestro ayudante y el capitan Vissó; si bien deberá permanecer constantemente junto á su lecho el oficial destinado ya á ese servicio.

—Señor, los soldados de V. M. suelen no hacer caso de las órdenes de un médico; aislado con ellos en esa torre es fácil que se entreguen á excesos, y sería terrible que entorpecieran la aplicacion de mi ciencia y la realizacion de la idea que V. M. se ha dignado encargarme.

—Teneis razon; y para evitar ese daño os extenderé una orden que costará la vida al que no la obedezca.

Y cogiendo una hoja de pergamino, escribió lo siguiente:

«El doctor Mr. Anselmo Rousell, primer médico de mi real cámara, será obedecido por mis vasallos, en todo lo que tenga relacion con el prisionero Alberto de Silva, duque del

«Imperio como mi misma persona. Costará la vida al que contraviniera á este mandato. — *Francisco I.*»

Después enteró el rey á su facultativo de la visita de Mendoza y de algunas otras cosas relativas al héroe, y se retiró aquél, con ánimo de no abandonar un solo instante á su elevado enfermo.

El monarca mandó llamar á Vissó, preguntándole al llegar junto á él:

—¿Partió Mendoza?

—Sí, señor.

—¿Qué opinas de ese hombre?

—Mal, señor, muy mal. Sospecha que soy el autor de las heridas del duque, y pretende batirse conmigo.

—¿Qué has hecho tú?

—Eludir el lance, mostrándome tan prudente y hábil como me fué posible.

—Perfectamente; también supone que yo he tomado parte en el acontecimiento, pero sólo tiene presunciones, fundadas en cálculos que el tiempo y nuestra conducta desvanecerán.

—Es posible.

—¿Estás cierto de que espiró Bermudez?

—Creo que sí; aún cuando me faltó tiempo para reconocerlo, y en caso necesario atravesarlo con mi daga.

—Si ha perecido ese jorobado, nada hay que temer.

—Sospecho que aún en el caso de que viviera no podrían hacerle hablar los partidarios de Silva, á los que aborrece con toda su alma.

—Cierto; y por lo mismo debe procurarse con afán, que al recobrar Silva el conocimiento no tenga queja de vosotros, y á ser posible que se aficione á tí. Vissó, me interesa mucho la vida de ese español, siendo así que hay posibilidad de que cambie hasta el punto de convertirse en el primer baluarte de mi trono. ¿Adivinas la idea?

—Sí, señor.

—Aumenta tu compañía, procurando que cuente hoy mis-

mo con quinientas plazas, buena gente toda. Unidos luego á cien artilleros, vais á ser los únicos encargados de la custodia del prisionero y de la defensa de la torre del Godo, y tú su jefe absoluto.

—Cumpliré inmediatamente los deseos de V. M.

—Me hace falta un maestre de campo.

—Si depende de mí...

—Lo serás el mismo día que nombre almirante de Francia á nuestro prisionero. Sal ahora, y que éntre ese anciano general, que tan desacertado anduvo hoy.

—Señor, está sitiado Agout.

—Mañana no habrá un soldado español en estas cercanías.

—Perdone V. M...

—Marcha, y que pase el almirante.

Algo más tarde reemplazó al capitán el anciano jefe. Al verlo el rey, exclamó:

—Bien lo hemos hecho entre los dos, señor general; por San Luis, que á pesar de vuestros años, aguijoneábais al caballo cuando volvimos la espalda, con más ahínco que yo.

—Señor, procuraba seguir al lado de V. M. escudando su real persona con mi cuerpo.

—Gracias; pero recordad, almirante, que debí la salvación á la rápida carrera de mi brioso alazán.

—No me explico nada de lo acontecido; vi caer nuestras divisiones; perecer las más valientes y aguerridas compañías; luego contemplé el horrible desastre, la espantosa dispersión, y por último sufrimos una derrota mayor que la de Lombez. Dejamos tendidos en el suelo un tercio, próximamente, del ejército; cayó prisionero otro, y del tercero, parte se refugió en Agout, continuando el resto huyendo de una manera nunca vista. Y cuando yo creía que todo se había perdido me encuentro con que hemos hecho un solo prisionero, pero que éste es el caudillo enemigo, el genio de la guerra, y el que representa á mi juicio tanto como todo el Imperio español.

—Azares de la vida, almirante; Silva se suele precipitar

confiado en su suerte, valor y destreza; y aún cuando corriamos casi todos, hubo un capitán más valiente que el resto, lo reconoció, y cargando sobre él, logró herirlo, trayéndoselo á Agout.

—Aun así y todo, no me lo explico.

—Ni es necesario tampoco, general. Disponed que inmediatamente se traslade la artillería necesaria á la torre del Godo, practicando las reparaciones necesarias; luégo partís á Aviñon, y al frente de la fuerza que pronto correrá en busca vuestra, marchais á Italia, obedeciendo sin vacilar las instrucciones que al efecto os remitiré en breve.

—Señor, estamos cercados...

—Id disponiendo lo necesario, que al amanecer acabará el sitio y se retirarán los enemigos.

—No comprendo bien...

—No importa, obedeced.

Salió el almirante y Francisco I comenzó á dictar medidas con la mayor tranquilidad y sosiego, al parecer.

Ahora es preciso retroceder un poco y seguir á Mendoza al campo sitiador. El gigante, haciendo el mismo uso de su maza que de un baston, salió de Agout, encaminándose á la parte occidental del pueblo. No habia andado diez minutos, cuando oyó una arrogante voz, que le dijo:

—¡Alto!

Y corrieron hácia él espada en mano, parte de los individuos de una avanzada española.

—¡Deteneos!—les gritó el gigante,—soy el maestre Mendoza.

—El duque, señor; ¿y el duque?—le preguntaron todos.

—Vive,—contestó,—y Dios mediante volvereis á verlo. Acompañadme uno á la tienda del general Peralta.

La noticia de que Silva no habia muerto, que iba esparciendo el maestre segun avanzaba, causó un efecto indescriptible en el ejército español; unos lo aclamaban con loco entusiasmo; otros no podian verificarlo, por ahogar sus voces el copio-

so llanto que vertian, y el resto insultaba á los franceses, bendiciendo á la Providencia con júbilo extremado.

En la tienda de Peralta se hallaban éste, Usen, Navarro, Osorio y Lara. Los cinco tenían húmedos los ojos, la frente inclinada y la actitud, en fin, hija de mortal sufrimiento. De pronto oyeron:

—¡Viva el duque del Imperio! ¡Viva el emperador! ¡Viva España!

Los cinco se pusieron en pié, echaron maquinalmente mano á la espada, y fueron á salir, cuando se hallaron frente á frente de Mendoza, que les detuvo el paso. Todos retrocedieron, preguntando en coro:

—¿Vive?

—Sí, amigos míos,—contestó el gigante;—la Providencia no ha querido que muera; es lo probable que sane, y que lo volvais á ver como esta mañana.

Navarro sintió un vahido que le privó por algunos instantes de la razon; Osorio se cogió á Lara y Usen á Peralta, quedando los cinco por el pronto sin el uso de la palabra. La alegría embargó sus voces, la emocion el espíritu, percibiendo los latidos de su corazón de un modo que les molestaba bastante.

Vuelto en sí Navarro, se abrazó á Mendoza, lo besó, dejando recostada su cabeza sobre el pecho de Don Luis.

Peralta fué el primero que pudo hablar, preguntando á su embajador:

—¿Debemos asaltar á Agout para recuperar al duque, ó traeis las seguridades de que el enemigo respetará su vida?

—Nuestro héroe, mi general, se halla asistido por el primer médico de cámara; es un sábio, cuyo aspecto predispone en su favor, y me ha prometido que no se separará un momento de la cabecera del lecho hasta que dé al enfermo de alta.

—¡Con que lo habeis visto!—exclamó Navarro.—¿Cómo está?

—Le dieron tres balazos y una puñalada; la fiebre se apoderó de él, y no me reconoció, efecto del delirio producido por

aquella; pero dice el doctor, que tan ardiente calentura es el primer síntoma satisfactorio y en el que se funda para asegurar que podrá curarlo.

—No os fieis de los franceses, Mendoza;—añadió Navarro;—yo opino, Peralta, porque asaltemos esta noche ese pueblo, y lo rescatemos á costa de nuestras vidas.

—Hay en su alcoba, mi general, un oficial contrario, el que tiene la órden de atravesar con su daga el corazon del héroe en el momento que disparemos un tiro contra Agout.

—¿Qué habeis hecho, Mendoza?

—Sacar todo el partido que me ha sido posible, procurando, segun vuestro encargo y mi deseo, salvar á toda costa la vida del duque. Oidme, y juzgad si he despachado ó no con acierto el honroso y difícil encargo que me disteis.

Y les refirió detalladamente lo que ya saben nuestros lectores. Todos aprobaron la tregua y convenio, acordando acto continuo levantar el campo al amanecer y dirigirse á Tolosa, con sujecion estricta á lo pactado. Sin perder tiempo, mandaron un correo al emperador, otro á María y un tercero al gobernador de Fuenterrabía, previniendo á este último que dispusiera lo necesario para los cincuenta mil hombres que debian acampar cerca de los Pirineos, los que reclamaban con urgencia á Carlos I; á éste le enteraban minuciosamente de lo ocurrido, incluyéndole copia del convenio y tregua, encareciéndole la imperiosa necesidad de que se dignara aprobar aquel acto. Después comieron por primera vez en todo el dia, pasaron el resto de la noche en vela, y en cuanto amaneció formaron el ejército, marchando en direccion de Tolosa. Sólo quedaron en los alrededores de Agout, Mendoza, su criado y veinticinco caballeros de los que formaban la escolta del duque.

Sabiendo el ejército que aquella retirada era hija de la necesidad de salvar al duque, inclinaron las frentes y se resignaron á retroceder, deponiendo luego las armas, con sentimiento, pero sin murmurar.

—Todo es preferible á que asesinen á nuestro héroe;—

decian;—sane el generalísimo, y nada importa lo demás; algún día querrá Dios que vuelva entre nosotros, y entónces, ¡ay de la Francia y de sus hijos!

Lo mismo exclamaban los jefes y generales, si bien Navarro, Osorio y Lara, tranquilizados en parte, discurrían ya, unidos los tres, sobre los medios que debían emplear para sorprender la fortaleza donde encerrarán al duque, caer de improviso sobre el enemigo y arrancarle su inestimable presa.

Miéntas ellos llegan á Tolosa y se alojan, según lo estaban anteriormente, sepamos qué hacen Mendoza y los veintiseis jinetes que le siguen.

Empezaron por despedir al ejército, quedando luego á caballo y como á un cuarto de legua de Agout.

—Son las ocho,—exclamó el maestre,—por lo cual debemos ir muy despacio, con objeto de no llegar al pueblo ántes de las nueve.

Así lo hicieron, empleando una hora en tan corta travesía.

Ya junto al muro echó pié á tierra el atleta, y dando las bridas del caballo al criado, mandó á su escolta que le esperase allí. Luego pidió á los de la plaza que le franqueasen la entrada, se lo concedieron y no tardó en atravesar los puentes, encontrándose á los pocos pasos al capitán Vissó, que le hizo una humilde reverencia, y con acento cariñoso, le dijo:

—Bien venido, señor maestre; os esperaba, y me complace mucho veros otra vez en Agout.

—Muy atento y cortés os presentais esta mañana; en breve os devolveré esas galanterías.

—Noto que mi rey y señor os estima, y en esta ocasión debo imitarle. Os voy á llevar á palacio sin vendar los ojos. Hay tregua, y durante la misma podemos ser amigos.

—En otra ocasión os contestaré.

—Temo que seáis desdeñoso conmigo.

—Haceis bien en temer; en hombres como vos, sienta bien esa frase.

—Dicen que no nací cobarde, creo haberlo probado...

—¿Cuándo, ayer mañana?

—No, que me quedé en Agout, y no asistí al combate; fué antes; en otras batallas.

—Yo aseguraria que salisteis muy de mañana de caza, que tragisteis á Agout un águila, y que tan famosa presa os debe costar mucho, Vissó.

—No os comprendo.

—Ello dirá.

—¿Deseais ver á S. M., ó sólo al prisionero?

—¡Al prisionero!.. ¡Prisionero está, teneis razon, pero de qué modo! No necesito ver á otro que al señor duque del Imperio.

Y entraron en la alcoba de aquél, hallándolo con corta diferencia en el mismo estado que la noche anterior. Continuaba junto á él el médico, su ayudante y el oficial que ya conocemos.

La fiebre que sufría el generalísimo era intensa, el color de su piel habia bajado un poco, la respiracion era ménos fatigosa, si bien su rostro se iba pareciendo cada vez más al de un cadáver. Se movia bastante, pronunciaba frases entrecortadas, y víctima de gran debilidad, tenía la vista apagada, cerrados los ojos y exiguas las fuerzas.

Mendoza saludó al ayudante y al oficial, y oprimiendo fuertemente la mano de Rousell, le preguntó:

—¿Cómo sigue mi amigo, maestro y señor?

—Con corta diferencia, lo mismo; pero de no haberse agravado, vamos ganando lo incalculable.

—¿Le cuidais como él merece?

—No podria inspirarme más interés un hijo.

—Gracias, doctor; ¿me permitís que bese su mano y le contemple unos cuantos minutos?

—Con mucho gusto; pasad.

Mendoza avanzó, llegando al lecho hasta juntar sus rodillas con los colchones.

—Infeliz,—exclamó,—su faz está cadavérica, y en esa des-

pejada frente no brilla ahora el genio que lo elevaba sobre todos los nacidos. El puñal homicida y la bala traidora se clavaron en él, impelidos por miserables, que juro matar en el momento que los conozca. ¿Duque? No oye ni siente, pero padece, sufre, ¡maldicion! Yo te vengaré, noble amigo mio; pronto, si el cielo me ayuda, sufrirá Francia las consecuencias de haberte conocido, de desconocernos á nosotros.

El médico, que entendia perfectamente á Mendoza, se acercó, y marcando mucho sus frases, le dijo:

—Señor maestre, el genio que buskais en esa frente, reaparecerá pronto; la altiva mirada que echais de ménos, no tardará en brillar, y la aureola de gloria que ciñe esa cabeza, tornará á recorrer los campos de Francia. El guerrero se halla expuesto á esos accidentes, y no es poco conseguir, si, como espero, le devuelvo una vida que caminaba ayer tarde á su fin.

—Por lo visto,—le contestó Mendoza con intencion,—ignorais que no fueron los soldados de Francisco I los que le atacaron, sino unos asesinos que le hicieron fuego por la espalda, mandados por... Rousell, no fiaos de ese capitan que me acompaña.

—Delirais, Mendoza; me ha referido S. M. cómo fué el hecho, y no hallo nada más natural que suceda eso á un general tan valiente y arrojado. La columna emboscada que le sorprendió...

—Callad, doctor; no seais crédulo ni víctima de un engaño propio de... Ya sospechaba yo que el que os enteró, sería capaz de inventar cuentos y de embaucar al que pudiera.

El médico dudó; luégo preguntó á Mendoza, bajando la voz:

—¿Estábais cerca de él cuando cayó del caballo?

—Sí.

—¿Presenciásteis el hecho?

—No; pero me lo ha referido el hermano del duque de Alba, que se hallaba junto á él y que fué derribado tambien de su potro.

—¿Miente ese hombre?

—Es el caballero más cumplido que conozco.

—¿Y dice que no son soldados?

—Lo jura.

—Perderia la razon y ha creido realidad lo que soñó.

—Os equivocais; vió á un jorobado y á vários asesinos, y aunque contuso no perdió el conocimiento, ni falta jamás á la verdad.

—Maestre, vuestras noticias me parten el corazon.

—Doctor, por ver al duque del Imperio en ese estado, se sacrificaron ayer treinta mil franceses.

—¿Luego la derrota, la horrible derrota de ayer se explica de ese modo?

—Sí, señor.

—Me habeis iluminado. Maestre, id con Dios y seguro de que tengo ya más empeño en salvar al generalísimo que vos mismo.

—Lo creo; vuestra alma noble y generosa se rebela contra los miserables traidores, ampara y defiende á la víctima inocente. Dios os lo premie, y si yo algun dia puedo recompensar vuestro interés por Silva, estad seguro que lo haré con placer indecible.

Y volviéndose hácia el enfermo se arrodilló, estampando un ósculo en su diestra, húmeda con las dos lágrimas que se desprendieron de sus ojos.

—A Dios, mi querido amigo Rousell, —exclamó levantándose,—hasta el domingo próximo.

Y después que hubo estrechado su mano, saludó al ayudante y al oficial, diciendo en francés á Vissó:

—No sabeis herir, capitan; el jorobado Juan de Dios Bermudez, vuestro compañero, huyó del sitio de la catástrofe sin que nos fuera posible encontrarlo aún.

Trémulo Vissó, y tan pálido como la cera, murmuró:

—Yo no sé.

—Doctor,—añadió Mendoza;—¿veis el efecto que le ha hecho la noticia; os convenceis de que os he dicho la verdad?

—No comprendo,—se atrevió á replicar el capitán.

—Demasiado me entendeis; os lo conté para que, si teneis interés en matar al contrahecho, sepais que vive, y puesto que tan práctico os creo en eso de tender emboscadas, procureis cazar á vuestra hermana la serpiente Bermudez. Quedaos aquí y no me acompañeis; hombres como yo van solos, ó junto á un caballero que se les parezca.

Y en dos saltos se echó á la calle sin esperar respuesta, ni dar tiempo al otro para que le pudiera detener.

Al salir, exclamó:

—Ese hombre es uno de los asesinos de Silva, y el médico que dejo atrás, un sábio, noble y generoso, que, si le es dado, salvará al generalísimo. Esto empezó mal, pero acabará de otro modo.

A la vez se decia Rousell, hablando consigo mismo:

—El maestre no miente; Vissó es un malvado, y el rey quiere consumir el delito con otra traicion; y lo que es peor, desea hacerme instrumento suyo. Eso pretende, pero yo salvaré al duque, y luego veremos qué camino debo seguir; ántes que la patria y que el monarca es mi conciencia; ántes que ésta Dios.

Y se sentó tranquilamente á la cabecera del lecho, donde permaneció mucho tiempo sin moverse.

Mendoza picó al caballo, y seguido de su gente corrió hasta llegar á una aldea distante tres leguas, en la que almorzarón los veinte y siete, ínterin daban un pienso á los cuadrúpedos.

A la hora volvieron á montar, dirigiéndose á Tolosa, donde entraron cerca de anochecido.

Algo más tarde sabían sus amigos lo que acontecia, tranquilizándoles más y más las gratas nuevas que les llevó el maestre.

La falta del héroe se empezaba ya á notar en todo el Bearne y en Tolosa, pues los soldados habían perdido su antigua amabilidad y comenzaban á tratar con bastante dureza

á los franceses y con demasiada libertad á las francesas. A las quejas que elevaban unos y otras, solian contestar los jefes:

—Mientras no podamos devolver al ejército su generalísimo, fuerza será tolerar que él se tome algunas cosas.

Y se encogian de hombros sin pensar hacer á ninguno el más leve cargo. Cuando hablaban de esto los generales, sonreian Peralta y Usen, diciendo Navarro:

—Perfectamente; hemos de concluir por no dejar un francés vivo; ellos lo han previsto, y se van adelantando. Bien, hijos, bien; despachaos á vuestro gusto, que nadie os molestará.

Los soldados, que por el silencio de sus jefes deducian las intenciones de Navarro, cada dia avanzaban un poco más, concluyendo por formar la antítesis de lo que fueron en tiempo de Silva.

CAPITULO XII.

Alivio progresivo.—Los tres incógnitos.—Cuatro contrabandistas.—Hallazgo prodigioso.—Encuentro bien aprovechado.

HABIAN transcurrido quince días desde aquel en que Mendoza hizo su segunda visita á Alberto, y en este instante regresaba á Tolosa, verificada la cuarta. El duque del Imperio fué trasladado á la torre del Godo, con toda la comodidad y cuidado que era posible imaginar; salió precedido de mil hombres, entre cien caballos y seguido de una retaguardia compuesta de doscientos. Se tomaron muchas precauciones; el viaje se hizo de noche, y nadie lo supo hasta el momento de partir. Llevaron al generalísimo en carroza, sobre mullidos colchones, yendo á su lado el doctor Rousell, provisto del medicamento que debía darle durante la marcha. Depositado ya en la torre, la tropa se retiró, dejando para la custodia del prisionero quinientos infantes y cien artilleros, todos ellos á las órdenes del capitan Vissó. Tenían almacenadas gran can-

tidad de pólvora y balas, alimentos de toda especie y no faltaba un buen cocinero, mayordomo y criados que facilitaban al galeno y á su ayudante cuanto pedían.

El herido volvió á la razón, la fiebre aminoraba, y en lo poco que el médico le permitía hablar, formaba ya la delicia de éste con lo grato y sonoro de su acento, la dulzura de las frases, su resignación, la paz que demostraba su alma y el talento con que analizaba las ideas del sábio doctor. Ni una sola queja exhalaban sus labios al recobrar el uso de la palabra; nada preguntó; nada deseaba saber; tomaba lo que el médico quería; contestaba á sus preguntas, y nada pedía ni solicitaba. Flaco, consumido por la fiebre y la debilidad, lasa su rubia cabellera, crecida la barba, pálido y demacrado, comenzaba á brillar no obstante su mirada, á imponer su frente y á hermostearle las mejillas una belleza lánguida aún, pero tan interesante como simpática.

En estos momentos despertaba de sueño tranquilo que le duró dos horas; eran las siete de la mañana, y los rayos de un sol diáfano y radiante penetraban en el torreón donde se hallaba Silva, por entre los cristales de la única ventana que tenía aquél.

El héroe abrió los ojos, miró en torno, y fijándose luego en el doctor, que estaba sentado en un sillón junto á la cabecera del lecho, quedó mirándolo con interés, mas sin desplegar los labios.

—Muy bien,—le dijo el facultativo,—habeis dormido ciento veinte minutos, sin moveros ni demostrar agitación alguna. Dadme el pulso; perfectamente, se va aproximando á su estado normal, y en breve podreis tomar caldo y luego un poco de ave. ¿Os duelen las heridas?

—No.

—¿Y el pecho?

—Tampoco.

—¿Sentís malestar?

—Sí.

—¿En dónde?

—Interiormente en todo mi sér.

—Consecuencias de la fiebre, la debilidad y la postracion.

El enfermo no contestó; Rousell le miró fijamente, preguntándole:

—¿Quereis hablar?

—No tengo empeño.

—Evitando el abuso, os permito un cuarto de hora de conversacion. Ni mi ayudante ni ese oficial entienden el español; en consecuencia preguntadme lo que gustéis.

—Nada deseo saber.

—Quisiera demostraros el interés que me inspirais.

—Leo en vuestra alma como en un libro; sé lo que os debo; comprendo lo que me estimais, y si ahora callo, puede que hable algun dia.

—Decidme siquiera lo que pensais.

—Voy á complaceros: mirad los rayos de ese hermoso sol; si Dios concede á los hombres, á los pecadores, á las bestias y á todo lo que existe en la tierra, luz tan radiante y sublime, ¿cómo será la que otorgue á los ángeles, á los justos, á sus hijos predilectos? Oid los embates de ese rugiente Océano, cuyas olas vienen á estrellarse sobre el muro del castillo donde me hallo aprisionado; medid su extension, calculad la fuerza y deducid el inconmensurable poder de su divino autor: luégo traed á vuestra memoria el amor que el Hacedor tiene á los suyos, y meditad en las grandezas con que los estará favoreciendo un Señor tan poderoso y magnánimo. Juzgais, doctor, hacerme un bien curándome; pienso, amigo mio, que con recta intencion me estais condenando á sufrir mucho tiempo más. Cuando fui villanamente acometido por la espalda, se hallaba tranquila mi conciencia, satisfecho el espíritu; es cierto que guerreaba, pero no tenía yo la culpa, era el destino que me habia empujado hasta allí; mandé cargar varias veces, pero más he perdonado; cuando espire, si mi conciencia no está como entónces, os deberé, doctor, la desgracia eterna.

—Vuestra lógica, señor duque, es irresistible; siempre apoyais el razonamiento en una verdad, mas yo ahora cumplo con mi deber, y aunque cierta, rechazo la idea.

—No os culpo ni infiero cargo alguno; quisísteis que os digera lo que pensaba, y he obedecido.

Mientras hablaban así Silva y Rousell, paseaban por la estancia el oficial vigilante y el discípulo del doctor, sin comprender las frases de aquellos ni importarles nada lo que decían. La única puerta del torreón estaba siempre cerrada, abriéndose sólo para entrar alimentos, ó cuando penetraba Vissó, que lo hacía á menudo, con objeto de enterarse del estado del enfermo, observar lo que pasaba allí, y recibir una mirada desdeñosa de los cuatro.

Puesto que ya sabemos cuál es el estado del generalísimo, pasemos ahora á Tolosa, y averigüemos qué hacen los generales españoles.

Son las ocho de una noche templada y agradable; la luna aparece prestando á la tierra su reflejo pálido y sombrío; los franceses no se atreven á andar por la calle, temerosos de las progresivas libertades de los españoles, y éstos beben unos, hablan otros, y comentan todas las últimas noticias traídas por Mendoza, de que Silva ha sido trasladado á la torre del Godo, y de que se encuentra bastante mejorado.

De pronto se abre la puerta del palacio en que habitan los generales que mandan el ejército español, saliendo de él tres hombres cubiertos con tabardos y ropilla de estameña, media de lana, zapatos de cuero y gorra sin pluma. Sus rostros se hallan poblados con espesa barba y bigotes; les cae el pelo sobre los hombros, y representan casi el doble de la edad que realmente tienen, efecto del oscuro barniz con que han charolado sus rostros y manos, de las arrugas que se han marcado, y del admirable disfraz, por último, con que se presentan.

Son el general Navarro y los maestros Osorio y Lara, é intentan nada ménos que salvar entre los tres al duque del Imperio. Saben que la policía de Francia vigila cuidadosamen-

te todos los caminos, veredas, montes, llanos y espacio en fin que existen entre Tolosa y la torre del Godo, prendiendo á cuantos les inspiran sospechas, sin respetar clase ni condicion. Pero nuestros tres valientes guerreros no temen á los esbirros franceses; contra la vigilancia de aquellos llevan documentos, itinerario y una dósis superlativa de sagacidad; y para el caso de ser descubiertos, cuentan con cotas de malla interiores, hechas á prueba de bala y puñal, con tres dagas de enorme tamaño y con un valor digno de los caudillos que vencieron con arrojo y bravura sorprendentes en Fuenterrabía, Pau, Lombez y Agout.

Abandonan el palacio sin desplegar los labios, y continúan del mismo modo hasta dejar atrás la populosa ciudad que pierden de vista, sin temor ni sentimiento. Juntos siempre y en silencio no interrumpido, marchan en línea recta hácia los Pirineos, inclinándose luégo un poco á la costa del golfo de Lion. Es decir, que en vez de caminar directamente á la torre del Godo, piensan formar un triángulo, en cuyo centro se mueve la policía francesa, burlando así la exquisita vigilancia de aquella. A imitacion de Silva, lleva Navarro en su diestra un mapa trazado en consejo de generales, y las noticias suficientes á hacer segura y rápida la ruta que acaban de emprender.

A la media hora llevaban andada cerca de una legua, y penetraban en un bosque, que, con pequeños intervalos, concluía en la falda de los Pirineos. Allí se detuvieron, lanzando al aire un prolongado silbido, á que nadie contestó: entónces dijo Navarro.

—Lara, id hácia el Norte y repetid la señal; vos, Osorio, verificad lo mismo en direccion del Sur, hasta que uno de vosotros encuentre á Pedro.

Ambos le obedecieron, volviendo Lara á los veinte minutos.

—Mi general,—dijo al llegar,—por ese lado nadie me contesta.

—Entónces estará al otro; esperemos á Don Alvaro.

Un cuarto de hora más tarde, oyeron ruido de pisadas,

distinguiendo luego á Osorio y á Pedro, criado que fué de Silva, el cual traía cogidos del diestro tres caballos. Incorporados los cuatro, preguntó el general al sirviente:

—¿Qué ha ocurrido, Pedro?

—Nada, señor.

—¿Y la policía francesa?

—No he visto á ninguno.

—Muy bien; déjanos los caballos, y regresa á Tolosa por el mismo camino que viniste.

—Mi general,—replicó el criado con interés,—supongo que intentais salvar á mi amado señor el duque del Imperio; si es así, yo os ruego encarecidamente me permitais acompañaros; le pertenece mi vida, y quisiera verter por él hasta la última gota de sangre.

—Ya lo sé, Pedro; mas en esta ocasión podrias únicamente servirnos de estorbo.

—Mi general, seguiré á pié el escape de los caballos, me arrastraré luego por el suelo, y convertido en reptil, haré cuanto me mandéis. Yo sé escalar torres, engañar centinelas, sorprender hombres y batirme solo contra diez. Si el día de la batalla me hubiera permitido asistir á ella, como era mi deber, á su lado, y velando por el héroe, ni las balas homicidas ni el puñal de Bermudez se cebaran en mi noble señor. ¿Cómo era posible que hallándose en peligro y yo cerca no mirase continuamente detrás, delante y á los costados? La desgracia tuvo efecto por la distancia á que me encontraba. Su cariño hacía mí, fué causa del siniestro; el mio hacía él, debe salvarlo.

—Tus frases, leal Pedro, dicen la verdad; pero ¿no le amamos nosotros tanto como tú? ¿vigilaremos ménos? ¿lo que nosotros no consigamos, lo lograrías tú?

—Señor, cuatro hacen más que tres.

—Pedro, no vamos noventa mil porque le perderíamos; debe bastar con los tres, y segun nuestro plan, uno más estorba, uno ménos haria irrealizable la idea. Obedece, calla y espera; yo te lo mando.

—Aquí están los caballos, mi general.

Los tres montaron, se despidieron del criado, y clavando los talones en los ijares de los potros, les obligaron á correr por entre los árboles, con cuanta rapidéz les era posible.

Pedro exhaló un suspiro, y limpiándose las lágrimas que se agolparon á sus ojos, se encaminó á Tolosa, murmurando:

—Ellos lo aman tambien, pero no tanto como yo; intentarán salvarlo, mas no con el interés que yo, con la fe, con el valor que siento, desde que supe la infamia hecha con él. Soy un pobre sirviente; todos tienen derecho á mandarme mientras no vuelva mi amo, y debo obedecer y callar. Paciencia, Pedro, paciencia; espera la ocasion ó el momento en que regrese Silva, y entónces será otra cosa. En lo sucesivo, si logro volver á estar á su lado, acataré su voluntad en aquello únicamente que no se oponga á su defensa y conservacion.

Y continuó andando, con los ojos húmedos y la intencion formada de atravesar al primer francés que pretendiera detener su paso.

Navarro, Osorio y Lara prosiguieron á escape tendido hasta llegar á la falda de los Pirineos; luégo caminaron hácia la izquierda, y deteniéndose silbaron. Poco después vieron un bulto que se dirigia á ellos, reconociendo á Perez, criado de Navarro. Los tres echaron pié á tierra, preguntándole el general:

—¿Has observado estos contornos?

—Sí, señor.

—¿Qué viste?

—Soledad completa, con la sola excepcion de algunos contrabandistas españoles que atraviesan los Pirineos, recatándose de todo el mundo, á cuyo fin caminan de noche y se esconden de dia.

—¿Averiguaste si existe cerca de aquí la cabaña de un pastor francés, anciano, en la cual se refugian algunos contrabandistas?

—Sí, señor; se halla á un cuarto de legua, entre vários

árboles, y en una hondonada que forma el monte; está situada en el declive de los Pirineos.

—¿No la confundirás con otra?

—No, señor; la he visto bien, y hablé dos veces con el pastor.

—Marcha, siendo así, en direccion de ella; doscientas varas ántes de llegar, te detienes.

Perez delante y detrás los otros tres, se encaminaron á la cabaña en la forma expuesta.

Como comprenderán nuestros lectores, los dos maestros y el general habian adoptado las precauciones convenientes para no ser cogidos por la policía francesa; en vez de partir directamente á la torre del Godo, estaban dando un rodeo de veinte leguas lo ménos, sin perjuicio de asociarse, como veremos más tarde, á hombres inteligentes y prácticos en el terreno que pisaban. Querian salvar á Alberto, y abandonaron su innata temeridad para ser aconsejados por la más exquisita prudencia. Hasta ahora no hicieron otra cosa que formar una línea recta desde Tolosa á los Pirineos, cuya distancia de diez leguas próximamente acababan de atravesar. Sigámosles.

A los pocos minutos de andar sobre un terreno quebradizo y sinuoso, se detuvo Perez, diciendo á su señor:

—Distaremos poco más ó ménos de la cabaña, lo que vos deseais.

—En ese caso,—contestó el general,—ves y llama, acompañando el golpe de tres silbidos; abrirán; preguntas por Juan Sabadell, y le entregas en propia mano esta carta, de parte del comerciante de Tolosa, Mr. Donon. Cuando la lea te hablará de nosotros, en cuyo caso le obligas á que te siga y lo traes aquí. Marcha.

Y pié á tierra, quedaron esperando los tres el regreso de Perez y la llegada del contrabandista catalan que buscaban. Media hora más tarde volvió el sirviente acompañado de Juan Sabadell, que era alto, fornido, hombre del pueblo, y en cuyo rostro se veian retratados la sangre fria, el valor y la

sagacidad. El recién venido saludó al general y maestros, y gorra en mano esperó á que le preguntasen. Navarro se volvió á Perez, diciéndole:

—Coje los tres caballos; vende dos si puedes, y en el otro regresa á Tolosa, por el mismo camino que hemos traído.

—Señor, deseaba seguiros...

—Obedece y calla. Dices á mis amigos, que llegamos con toda felicidad, y que continuamos adelante.

Partió Perez, y los dos maestros y el general rodearon á Sabadell, observando detenidamente su aspecto y fisonomía; concluido este reconocimiento, y agradándoles á los tres la figura del catalan, le dijo Navarro:

—Juan, nos trae aquí una empresa difícil y arriesgada; y si tú eres hombre de valor y de lealtad, cuando hayamos terminado dejarás de ser contrabandista, porque tendrás lo suficiente para vivir con desahogo en el hogar doméstico, donde sé que te aguardan una esposa honrada y dos hijos que amas entrañablemente; pero será larga nuestra entrevista y conviene que descansemos.

Empezaba á amanecer, y nuestros guerreros se hallaban en la falda de los Pirineos. Los cuatro se sentaron sobre las matas que cubrian el monte, y de este modo prosiguieron su interrumpida conversacion. Juan Sabadell devolvió á los tres la indagadora mirada que habia recibido ántes de ellos, contestando al general:

—Me dice el comerciante Mr. Carlos Donon, que sois tres españoles ricos, y que intentais introducir en Francia una cantidad de seda en rama, tan fabulosa que de ayudaros podré hacer mi suerte. Si es así, contad conmigo y con los hombres que me obedecen; conozco el terreno por palmos; sé burlar la vigilancia de los resguardos, y si hay que dar cuchilladas, suelo no ser el segundo por anteponerme al primero. A fuer de leal debo no obstante advertiros, que desde el momento en que lo franceses hicieron prisionero á nuestro generalísimo el duque del Imperio, está tan vigilado el paso del Languedoc,

que es muy difícil atravesarlo sin exponerse á caer en manos de la policía.

—Juan,—le contestó Navarro;—Mr. Donon os ha dicho lo que sabe, que es únicamente lo que le referimos nosotros; es francés, necesitamos de él, y nos hemos visto precisados á engañarlo y á que te engañe. Nosotros no somos comerciantes, y ménos contrabandistas de géneros; nos consta que tu padre te dedicó al expuesto y criminal oficio que tenía; y no conociendo otro has seguido en él, pero obrando siempre con una lealtad impropia de tal ocupacion; por eso te elegimos entre los muchos que conocen este terreno, deseando que nos ayudes en una empresa honrosa y meritoria, y que te arrancará para siempre de estos montes y de la compañía de contrabandistas, á los que indudablemente rechaza tu índole y buenas intenciones.

—Todo eso es cierto,—contestó Juan con asombro;—el oficio me repugna, y dia y noche suspiro por marchar á mi pueblo y consagrar los dias de la vida á mis pobres mujer é hijos; pero en verdad que no me explico el engaño de Donon ni vuestra presencia aquí. ¿Sois, por ventura, oficiales del ejército español que reside en Tolosa?

—Algo más, Sabadell.

—¿Más aún?

—Sí, mucho más.

—¿Jefes acaso?

—Esos nos miran con respeto; pero ántes de seguir adelante, conviene que contestes con sinceridad á las siguientes preguntas: ¿Tienes tú noticia de los medios empleados por los franceses para herir al duque del Imperio y cogerle prisionero?

—Dicen que le tendieron horrible emboscada y que le hicieron fuego por la espalda, en los momentos en que se hallaba rodeado únicamente de cuatro ó cinco caballeros.

—¿Quién te lo ha contado?

—No se habla de otra cosa en Cataluña, y en verdad que

no hay uno solo que deje de maldecir á los villanos que obraron tan traidoramente.

—¿Y tú, qué dices á eso?

—A mí se me saltaron las lágrimas cuando escuché la historia, y desde aquel momento odio á los franceses más que nunca.

—No me engañes, Juan; te advierto que juegas la vida en estos instantes.

—Os he dicho la verdad, y no creo haber dado motivo para esa amenaza.

—Es sólo una advertencia; porque has de saber, que te habla el general Navarro, y te oyen los maestros de campo Don Alvaro de Osorio y Nuñez de Lara.

—¡Jesús!—exclamó el contrabandista poniéndose en pie y quitándose la gorra nuevamente:—¡Mano á mano con el padre adoptivo del generalísimo y con sus mejores amigos! Perdonad, señores, y creed...

—Siéntate, Juan; cubre tu cabeza y disponte á seguirnos y á ser rico.

—¡Señor!... Lo primero pase, mas lo segundo me es imposible. Juan Sabadell no puede tapar su cabeza ante personas que tanto admira y respeta.

—Ponte la gorra, y entiende, Juan, que si tu valor y lealtad te llevan junto á nosotros, tendremos que comer los cuatro en un mismo plato, dormiremos en lecho parecido al sitio sobre que estamos, y delante de gente nos tutearás como á tus subordinados, á esos contrabandistas que te obedecen.

—No os comprendo, señor.

—¿Quieres guiarnos por tierra y mar hasta que lleguemos á la torre del Godo, y más tarde ayudarnos á salvar al duque del Imperio? No pongo precio al encargo, te daré cuanto pidas.

—¡María Santísima, lo que intentais! Empresa digna de vosotros; pero yo, pobre y rudo montañés, ¿qué puedo hacer al lado de tan elevados señores?

—¿No conoces los montes Pirineos, el cabo de Creus y el golfo de Lion?

—Por dedos, que no siempre hago mis alijos en tierra, verificándolos muchas veces en el cabo y el golfo por la playa y la costa. Desde Gerona á los Pirineos, de éstos á Tolosa y desde Perpiñan á Marsella, no hay un palmo de terreno que yo no haya estudiado, regando parte de él con mi sangre contrabandista.

—Es cuanto anhelábamos nosotros.

—Entónces, contad conmigo para todo.

—¿De qué gente dispones?

—Aquí somos cuatro, pero en breve...

—Basta y sobra con vosotros. Es conveniente que sólo tú sepas quiénes somos y á lo que vamos á la costa del Golfo.

—A nadie diré una palabra, presentándoos á los míos como contrabandistas.

—¿Qué armas teneis en la cabaña?

—Buenos mandobles y algunas dagas.

—Ya cerca del cabo, ¿tendremos lancha que nos conduzca á la orilla de la torre?

—Sí, señor; grande, sólida y de la propiedad de un paisano amigo, que nos la alquilará por centésima vez.

—En ese caso descansaremos hoy en la cabaña, y en cuanto llegue la noche seguiremos la cordillera adelante, hasta la costa, donde nos embarcaremos.

Lo malo es que no hallareis comodidad alguna en estos sitios.

—Peor estaremos junto á la torre del Godo, en cuyas cercanías se carecerá probablemente de paja para recostar nuestros cuerpos.

—Eso allá lo veremos; estando mis compañeros y yo, obtendreis fácilmente lo que se nos pida.

—Entónces, vamos á la cabaña. ¿Es persona de confianza el pastor?

—Sí, señor; pero recuerdo ahora que hay un intruso, del

cual hemos desconfiado mis compañeros y yo desde el primer momento que le vimos.

—¿Es francés?

—No, señor; español, y tan mal encarado, que no me ofrece seguridad.

—¿Qué hace entre vosotros?

—Lo encontramos en la cabaña al verificar nuestro último alijo, y sólo sabemos de él lo siguiente: hace ya algun tiempo que el pastor, no esperando huéspedes en algunos días, condujo su ganado cerca de Agout, con objeto de que pastase en los prados de la propiedad de su hermano. Una madrugada, en que el pastor salia con su ganado, oyó que se quejaban cerca de él, é inmediatamente buscó al desgraciado que en sitio tan solitario exhalaba aquellos lamentos. Anduvo algun tiempo sin lograr su objeto, hasta que por último vió, entre las matas que se alzaban á la orilla de un arroyo, tendido á un hombre, el cual presentaba heridos el rostro, la cabeza y las manos. Nuestro buen anciano, compadecido de la suerte de aquel infeliz, lo curó con zumo de yerbas que él conoce, le dió alimento, concluyendo por llevárselo á la cabaña, donde acaba de terminar la cura empezada en los contornos de Agout. Llegamos nosotros, preguntó quiénes éramos, y sabiendo nuestra profesion, rehusó dirigirnos la palabra, y aún parece huir de nuestra compañía. Le ha dado al pastor veinte ducados; es contrahecho...

—¡Contrahecho!

—¡Contrahecho!

—¡Contrahecho!

Exclamaron á la vez el general y los maestros, crispados de alegría. El primero añadió:

—¡Contrahecho, cubierto de heridas y en las cercanías de Agout! Juan, empezas á ser nuestra providencia. ¿Sabes cómo se llama ese hombre?

—Conozco sólo su nombre, que es el mismo que yo llevo.

—Eso es, Juan de Dios Bermudez; joroba delante y de-

trás; frente ancha; ojos pequeños y saltones; mirada de tigre; nariz larga; moreno; feo como el diablo, y malo como Lucifer.

—Se me figura,—dijo el contrabandista,—que ha de ser el mismo.

—En ese caso,—añadió Osorio, frotándose las manos,—morirá pronto.

—Ahora mismo,—replicó Lara;—ya que la suerte nos lo trae, vengamos al duque y quitemos á la sociedad ese monstruo que se mueve en su seno.

—Despacio, señores,—contestó Navarro;—Bermudez debe saber alguna historia relativa á las sospechas de Mendoza sobre el capitán Vissó y la gente que le seguía, y ántes de que el jorobado muera conviene que hable.

—¿Quién es ese hombre, señor?—preguntó sorprendido el contrabandista.

—Un malvado, Juan, que no tiene parecido en la tierra. En Murcia nos quiso sorprender y asesinar á cuarenta y tres proscritos; en Madrid tendió tres emboscadas al duque del Imperio, y en la batalla de Agout fué el que dirigió la celada, mandó hacer fuego, y como si esto fuese poco, clavó su puñal en el costado del generalísimo, cuando ya éste se hallaba en tierra, con tres balazos y perdido el conocimiento.

—¡Qué hombre tan miserable!

—Indignados los asesinos que le acompañaban de su horrible conducta y de que se sobrepusiera á ellos en maldad, lo derribaron al suelo, causándole las heridas que le ha curado el pastor. Me alegro que haya sanado; es la tercera vez que resucita, pero al caer la cuarta no volverá á levantarse. ¿Qué os parece, Osorio y Lara?

—Os ruego, mi general,—contestó el primero,—que me lo cedais; es dádiva que os agradecería más que cuantos favores me habeis dispensado hasta ahora.

—Si la antigüedad,—replicó el segundo,—vale algo en la falda de los Pirineos, la invoco, mi general, suplicando me

permitais dar una leccion de esgrima al jorobado Bermudez.

—En esta ocasion, amigos mios, no puedo ser generoso con vosotros; el asesino de Silva corresponde, en cuerpo, al padre adoptivo de aquél, y en alma, al diablo; pero ante todo es preciso que entre los tres le hagamos decir algo.

—Eso es difícil, —dijo el contrabandista; —de nosotros huye, y con el pastor habla para pedirle únicamente alimento ó lo que necesita. Por cierto que anoche le preguntaba, con mucho interés, si sería posible que él se trasladase á Roma, sin peligro de caer en manos de los soldados franceses ó españoles. El anciano le dió el itinerario que nosotros usamos para ir desde aquí á la costa, añadiendo los medios de embarque hasta un puerto de los que hay en los estados Pontificios.

—Entónces no perdamos un momento; la adquisicion de ese hombre supone para nosotros poco ménos que la libertad del duque. ¿Habrá salido ya de la cabaña el pastor?

—Sí, señor, marcha al asomar la aurora.

—¿Y Bermudez, á qué hora se levanta?

—Ya lo estará verificando.

—Vé inmediatamente y extiende la voz entre los tuyos, pero de modo que lo oiga Bermudez, de que acaban de llegar tres desertores del ejército español, los cuales se han escapado después de haber sido sentenciados á muerte por los generales Peralta y Navarro. Añade, que desean tomar el oficio de contrabandistas y que son muy bravos y dispuestos. Procura que tu gente no rechace á sus nuevos compañeros, á cuyo fin les haces una seña de inteligencia.

—¿No os reconocerá?

—Imposible; nuestros disfraces, barbas y barniz, nos ponen al abrigo de toda sospecha.

—En ese caso, doy principio á mi comision.

—Juan, comprende bien que no hay término medio; ó te cuesta la vida nuestra llegada, ó harás tu suerte, dejando para siempre oficio tan expuesto é incómodo; no olvides un instante á tus pobres mujer é hijos.

—Señor, os pertenece ya mi existencia, y si no obrase con el acierto que deseais culpád á mi torpeza, nunca á mi voluntad; pero fio en que no tendreis queja de mí.

—Es decir que eres nuestro.

—En cuerpo y alma.

—Marcha delante, que á corta distancia seguimos nosotros.

El contrabandista se dirigió á la cabaña, mientras el general y los maestros, á cincuenta pasos de él, comentaban el encuentro de Bermudez, brillando en sus rostros una satisfacción que no habian sentido desde el dia en que cayó herido Silva.

—¡Bravo!—decia Navarro,—damos principio á nuestra difícil mision con un acontecimiento que no pudimos prever, y que parece el augurio de haberse declarado la suerte por nosotros. Falta nos hacía, que harto hemos suspirado y sufrido.

Poco después quedaron parados delante de la cabaña, oyendo las voces que daba Juan, comentando y aplaudiendo la llegada de tres valientes desertores, sentenciados á muerte.

Cuando el general y los maestros juzgaron que Sabadell habia dicho ya lo bastante, entraron, afectando cortedad y recelo. Los cuatro contrabandistas les salieron al encuentro, estrecharon sus manos, concluyendo por ofrecerles protección, plaza en sus filas y medios de andar todos los dias á cuchilladas con los que componian el resguardo español.

La cabaña en que se hallaban ahora los ocho, era grande, teniendo tres divisiones en el único piso que presentaba; la una era para el ganado, en la segunda habitaban el pastor y Bermudez, y en la tercera estaban los contrabandistas. Esta última era la mayor: la mitad se encontraba cubierta de heno, entre el cual escondian aquellos las armas y los fardos, sirviéndoles á la vez de lecho.

Al penetrar los supuestos desertores asomó la cabeza Bermudez, lanzando sobre ellos una mirada investigadora; luégo sacó parte del cuerpo, y debió interesarle mucho la conver-

sacion que tenían, siendo así que por primera vez cogió un banco de madera de la propiedad del pastor, sentándose entre ellos con las manos cruzadas, la mirada fija en el general y los maestros, y el oído en lo que hablaban los siete. El hábil Navarro, el sagaz Osorio y el entendido Lara lo habían ido poco á poco atrayendo, como el pastor al lobo cuando le dispone el cepo.

Le dijeron indirectamente que el duque vivía; refirieron detalladamente la batalla de Agout, y concluyeron por lanzar denuestos contra Navarro, Peralta, Usen, Osorio, Mendoza y Lara.

—Esos feroces jefes,—decía Osorio,—pretenden que el soldado se sacrifique por ellos y los cubra de gloria; mas luego, queriéndolo todo para sí, prohíben que se beba y que se quite al enemigo aquellas cosas que son tan propias y naturales en la guerra; con ellos no hay botín posible.

—Nosotros,—añadía Lara,—que creímos muerto al generalísimo en los llanos de Agout, juzgamos que habría libertad, siendo así que pereció el más malo de todos, el que se oponía á que diéramos un paso contrario á sus intenciones, que eran las de un fraile capuchino.

—Por esa razón,—continuó Navarro,—galanteamos á las francesas, cogimos unas gallinitas, algunos ducados y otras pequeñeces que merecían un aplauso.

—Y que nos valieron la sentencia de muerte.

—Sí, que nosotros somos tontos, é íbamos á esperar que nos encerraran en la capilla, y lo que sigue.

—¡Malditos generales y malditos maestros! pudimos ser ricos y regresar á España como príncipes.

—Si entre estos valientes contrabandistas no hacemos buen negocio, nos vamos á Italia, y enganchados en el ejército francés será otra cosa.

Hablando de este modo, y notando los tres que tenían al jorobado pendiente de sus labios, hizo Navarro una señal imperceptible, que comprendió Juan, y buscando un pretexto

hábil y hasta natural, salió de allí seguido de sus tres compañeros, dejando á Bermudez con el general y los dos maestros. Estos últimos promovieron acto continuo un debate sobre qué sería más conveniente, si quedarse entre los contrabandistas, ó partir á Italia con ánimo de engancharse en el ejército francés. Parecian inclinados á adoptar por la segunda idea, pero alegaba uno que no tenían bastante dinero para proporcionarse el embarque, mientras los otros dos deploraron la fatal circunstancia que les prohibia llevar á cabo lo que cuadraba más á su carácter y costumbres. En este momento terció en la cuestion Bermudez, diciéndoles:

—Perdonad si me meto en lo que no me importa; pero soy español, me inspirais simpatías, y aunque la juzgueis officiosa voy á daros mi opinion: la vida del contrabandista es más azarosa aún que la del soldado, se la considera criminal, y suele perderse con el dinero la tranquilidad y sosiego. En Italia, país rico, de hermosas mujeres y de guerra sin tregua, puede un valiente gozar mucho, concluyendo por hacer su fortuna.

—Todo eso es cierto,—contestó Navarro;—pero nos falta dinero, y hasta ganarlo con el contrabando no nos es dado partir.

—¿Conoceis,—preguntó Bermudez con intencion,—el camino que conduce desde los Pirineos orientales á la costa del Mediterráneo?

—Perfectamente.

—¿Sin peligro de caer en manos de los franceses ó de los españoles?

—Por supuesto; como que estamos sentenciados á muerte, y nos sería imposible seguir adelante sin completa seguridad.

—¿Y luego?

—Después se compra la lancha de un pescador de las cercanías de Port-Vendres, y en Perpiñan es fácil trasbordarse á una galera de las que salen continuamente de allí para Italia.

—¿Sin tocar en poblacion alguna?

—Ciertamente.

—¿Y si quisieran deteneros la marcha?

—Cómo no pasen de seis ú ocho, destruiremos el estorbo; si son más, lucharemos, y sálvese el que pueda.

—¿Cuánto necesitais?

—No es fácil calcular á punto fijo lo que nos llevarán por el pasaje; pero no creo que pasen de quince ó veinte ducados.

—Si no es más que eso, yo os los daré.

—¿Qué exigís de nosotros?

—Nada; voy tambien á Italia; la galera en que nos hagamos á la vela irá tripulada por extranjeros, y con tal de llevaros en mi compañía, os ofrezco ese corto sacrificio.

—Ya, pero nosotros estamos sentenciados á muerte, y no podemos asociarnos á un desconocido, sin saber ántes quien és, y si su presencia nos inspira ó no seguridad. Vuestra oferta es generosa, y yendo en nuestra compañía, el que os ofendiera probaria el temple de nuestros cuchillos; pero los hombres que se hallan en tal situacion deben ser muy cautos y precavidos.

—No lo dudo; mas debeis estar tranquilos respecto á mí, toda vez que me encuentro en peor caso que vosotros.

—Imposible; peor que un sentenciado á muerte, no hay nádie.

—Vosotros lo estais por los españoles, y yo, por éstos y por los franceses.

—¡Ola! ¡ola! entónces sois un compañero digno de estos tres desertores; pero no comprendo...

—Poca cosa; tomé parte en el acontecimiento aquel que derribó en tierra al duque del Imperio...

—¡Bravo!—exclamaron los maestros aplaudiendo la noticia. Navarro añadió:

—¿Vos? no puede ser; dicen que lo hizo todo un capitan que se llamaba Viscor ó Vissó, ó Visera, seguido únicamente de franceses.

--El capitan Vissó y treinta soldados que le acompañaban,

eran el brazo, yo la cabeza; ellos descargaron los arcabuces, yo dirigí y á la vez clavé este puñal.

Y blandió el que llevaba en el cinto. El general y los maestros tuvieron que hacer sobre sí un esfuerzo heroico para contenerse y disimular la indignacion é ira que sintieron. Oso-rio, que era el más sagaz de los tres, se apresuró á contestar:

—Comprendo; vos fuisteis entónces el jorobado que en la pradera de San Fermin y luégo en el palacio de Silva, quisisteis...

—Y ántes en Murcia, luégo en Francia, y si es cierto que vive, cuando yo pueda volveré á intentar darle otro golpe más seguro y mortal. El de Agout era bueno, bueno; pero Vissó detuvo mi brazo, y no me extraña que haya sobrevivido. Si hallo nueva ocasion, que la buscaré, se enmendará una falta que no estuvo en mi mano evitar.

—¡Qué lastima que ese maldito capitan se hubiera interpuesto entre vos y la víctima!

—Tendria órdenes de su rey para obrar así y para acabar conmigo, pues habeis de saber, que me hirió cruelmente, dejándome por muerto; pero yo fingí espirar cuando aún me quedaba mucha vida, me levanté más tarde, y arrastrando como la culebra llegué al sitio donde me encontró ese pobre pastor. Lo que sufrí en la travesía y quince dias después, sólo yo lo sé; pero á bien que ya estoy bueno, y si el diablo me ayuda aún no es tarde para vengarme de todos.

—Segun eso, dirigia el hecho Francisco I.

—Yo se lo propuse al rey, éste lo aceptó, y dándome para ayuda al capitan Vissó y treinta soldados de su compañía, perfectamente disfrazados todos, llevamos á cabo el hecho, sin que nádie más se apercibiera, á excepcion de los tres, pues la tropa ignoraba lo principal y no hizo otra cosa que obedecer.

En este instante entraron los cuatro contrabandistas, exclamando Juan:

—Compañeros, está hecho el almuerzo, que podemos tomar al aire libre; tenemos una torta de harina blanca; un tro-



zo de carnero asado y un cuenco lleno de rico vino catalan. Si el jorobado quiere acompañarnos, se le convida.

—Gracias; mi almuerzo es una taza de leche, y esa la he tomado ya.

Navarro se acercó al oído de Bermudez, y aparentando disimulo, le dijo:

—Con la llegada de esos hombres no podemos arreglar nuestro plan; por consiguiente salid luego, y esperadnos al extremo izquierdo de esa arboleda. ¿Comprendéis la conveniencia de que no se enteren?

—Sí; después de almorzar buscáis un pretexto y vais al sitio indicado, que allí me encontrareis.

Mientras tenía lugar este diálogo, Osorio y Lara fingieron entretener á los contrabandistas. Al concluir el general, exclamó:

—Ya que Bermudez no nos quiere acompañar, almorzaremos los siete, que mi estómago está desfallecido.

Y salieron de la cabaña, sentándose cada uno sobre una piedra, en torno del trozo de carnero, la torta asada sobre áscuas y el cuenco de vino catalan. De este modo empezaron á comer, hablando de los azares del contrabandista. A la mitad de aquel acto oyó Navarro algunas pisadas y miró con disimulo, viendo con placer á Bermudez que se dirigia al extremo de la arboleda. Entónces se acercó al oído de Juan, y le dijo:

—Todo está corriente; el jorobado se batirá conmigo dentro de media hora y le mataré, dejándole enterrado entre los tres en un hueco del monte; diremos que se ha marchado á Italia; dormid de día vosotros, preparando ántes lo necesario para que partamos en cuanto anochezca. No os olvidéis de los mandobles, disponed algunos fiambres, que nosotros no descansamos anoche, y debemos verificarlo en cuanto acabemos con Bermudez.

Un cuarto de hora más tarde entraban en la cabaña los cuatro contrabandistas, mientras Navarro y sus compañeros, después de dirigir una mirada satisfactoria en torno, se enca-

minaron solos y sin ser vistos por nadie, hacia el sitio donde los esperaba el contrahecho. Lara y Osorio se adelantaron al verlo, situándose de modo que pudieran cortarle la retirada, en el caso de que aquél la intentase. El general volvió á reconocer el paraje, y pareciéndole excelente, se acercó pausadamente á Bermudez, diciendo:

—Muy bien, señor contrahecho; el sitio convida, la soledad favorece y el silencio evita la interrupcion.

—Sí,—contestó el jorobado, no comprendiendo la intencion de aquél;—aquí podremos hablar sin testigos; arreglaremos nuestra marcha, y mañana si quereis nos encaminaremos á Italia; sólo os exijo que me acompañeis á uno de los puertos de los estados Pontificios; desde allí os vais vosotros á la Lombardía, que es, según mis noticias, el sitio en que encontrareis al ejército francés.

—¿Y por qué no á Génova ó á algun puerto de Parma ó Toscana?

—Porque caeríamos en poder de los españoles.

—¿Qué os habian de hacer á vos?

—Poca cosa, ahorcarme y nada más.

—Si tal sucediera, ¿juzgais que obrarian con justicia los vasallos del emperador Carlos I?

—¿Qué os importa á vos?

—Contestad, y os probaré en seguida que me es imprescindible saberlo.

—¿Y sois vos, desertor del ejército, sentenciado á muerte etc. etc. el que me hace esa pregunta?

—Yo; sí, señor.

—Pues bien, con arreglo á las leyes del imperio, merezco la muerte como vos; y es lo peor, que si nos cogen no hay remedio para nosotros.

—¡Parece imposible que un hombre tan perverso y sagaz, sea á la vez confiado como un chiquillo!

—No os comprendo. ¿Por qué no se acercan vuestros dos compañeros?

—Reparad en el sitio en que nos encontramos: es una hondonada; á la derecha están los árboles, que no os permiten huir; á la izquierda teneis el monte, que os impide tambien el paso; detrás á los maestros de campo Don Alvaro de Osorio y Nuñez de Lara, y de frente al general Navarro, dispuesto á cumplir en todas sus partes la sentencia de muerte que tú, miserable asesino, has fulminado contra tí.

El jorobado palideció, miró atentamente á Navarro, luego á los maestros, dudó, acabando por contestar con voz entrecortada:

—¿Es cierto lo que decís, ó fué una broma harto pesada?

—Te concedo algunos minutos de vida, y en ellos quiero convencerte de que soy quien acabo de expresar. ¿Recuerdas las preguntas que te dirigí en el castillo de Monteagudo, tu silencio, los votos que lancé y el desprecio con que dispuse tu cura? ¿Te acuerdas de la noche que me hiciste fuego en Madrid, yendo yo á la izquierda del conde de Santomera, y llevando gaban de pieles, banda roja, ropilla de terciopelo negro y chambergo con pluma encarnada? Fuego, exclamaste, mirando luego el destrozo de las balas; y cuando viste que mi espada daba fin de tus sicarios, emprendiste la retirada, cayéndotese de las manos hasta el puñal.

El contrahecho sintió un temblor nervioso que le privó hasta del uso de la palabra. Navarro habia perdido su forma ruda y aspecto de soldado, para convertirse en el terrible general, que no tardó en reconocer Bermudez, á pesar del traje y barniz que le cubría. Así es que cayó de rodillas sin poder expresar otra frase que:

—¡Piedad!..

—Tu cinismo se iguala á tu cobardía, torpeasesino. Quiero no obstante ser generoso contigo; que el que seas el primer malvado del universo, no prueba que yo deba descender una línea; voy á honrarte de un modo que no pudiste imaginar.

El jorobado se puso en pié, y alargando los brazos, añadió:

—Sí, por Dios, compadeceos de mí.

—Te concedo un cuarto de hora para que te encomiendes á Dios; luégo, armado de tu puñal y yo del mio, nos batiremos como iguales.

—Sois tres contra mí.

—Villano, me miras por el prisma de tus miserables ideas; si logras matarme, Osorio y Mendoza te dejarán libre el paso.

—No lo harian.

—Juradlo, amigos míos; que lo oiga bien este hombre.

—Lo juramos.

Contestaron los dos con disgusto.

—¿Lo has oído? Arrodíllate, y pide á Dios perdon de tus culpas.

—Sois más hábil que yo y me vais á matar.

—Entónces id por un cordel, Osorio, y ahorcadlo á ese árbol. Yo os lo mando en nombre del emperador y de la justicia ultrajada.

—No; deteneos. Perdonadme, general; yo os juro enmendar mis faltas y hacerme digno en lo sucesivo de vuestra clemencia.

—El cordel, Osorio.

—Prefiero batirme.

Y el miserable sacó un cuchillo, confirmando de este modo su idea. Después añadió:

—Terrible emboscada me habeis tendido.

—Mientes; ha sido la Providencia que te sentenció anoche al lugar de los réprobos, y esta mañana te acercó á mí, para que yo realice la primera parte de su divina y justa voluntad.

—¿No me buscásteis?

—No; íbamos en direccion de la torre del Godo, resueltos á sacar de su prision al duque del Imperio, á tu víctima, feroz sicario, y lo que intentaremos en breve.

—Si él se hallara aquí, estoy seguro que me defenderia.

—Verdad es; su nobleza de alma y bondad, no tienen límites; por eso tú te compadeciste de él procurando asesinarlo bárbara y cobardemente cuantas veces hallaste ocasion.

—Era mi enemigo...

—¡Tuyo! Basta de explicaciones; arrodíllate y pide perdón á Dios. Por tu culpa está Silva prisionero á muchas leguas de aquí, y por esa razón no puede venir á perdonarte; tu vida pende únicamente de mi voluntad, y yo, ménos generoso que él, con ménos bondad, soy inexorable con los asesinos. Arrodíllate, miserable.

—No; ¿para qué?

—¿Rehusas implorar la clemencia divina?

—No ha de venir en mi auxilio, é invoco á Lucifer, que se halla más próximo, y nunca me desoyó.

—Bueno; atráelo, que pronto cargará con tu alma

—Esos otros, ¿cumplirán su juramento?

—Un noble jamás falta á lo que ofrece. En guardia, que caigo sobre tí.

—Ven, sepamos si un pobre beneficiado puede vencer á todo un general tan renombrado y valiente; pero esos...

La frase espiró en sus labios. Los dos tenían el cuchillo en la diestra, se hallaban á dos varas de distancia, que cruzó Navarro de un salto, viniendo á caer á la izquierda del jorobado; éste atravesó la falda del tabardo que su hábil enemigo le presentó, sin lograr tocarle á la carne, mientras aquél le clavó su cuchillo en el costado izquierdo, deshaciéndole el corazón. Bermudez exhaló un chirrido parecido al de algunas aves de rapiña, sus dientes chocaron varias veces, cayendo en tierra atravesado y sin poder pronunciar una sola frase.

—¿Os ha herido?

Le preguntaron á la vez Osorio y Lara, llegando al sitio de la pelea.

—No,—contestó el general, sin demostrar alteración alguna;—rompió únicamente mi tabardo.

—¿Y el jorobado?

—Mirad como tiemblan sus carnes; es el estremecimiento que causa la muerte. Ved su rostro. ¡Jesús, que gesto tan horrible!

Y los tres volvieron la cara con disgusto.

El contrahecho estiró su cuerpo, contrajo el rostro, abrió la boca, y haciendo una gesticulación aterradora, cerró los ojos para no volverlos á abrir. Poco después comenzó á perder el calor, su piel fué palideciendo, quedando bañado en la mucha sangre que habia vertido.

Osorio se dirigió á la cabaña, y hallando los útiles necesarios, hizo al pié de un árbol la correspondiente zanja, en la que depositaron el cadáver. Luégo cogieron la tierra ensangrentada y la echaron tambien en la fosa, que cubrieron por completo, apisonando el terreno cuanto les fué posible hasta no dejar rastro alguno del acontecimiento que acababa de tener lugar. Acto continuo se dirigieron los tres á la cabaña con la cabeza inclinada, tristes y sin expresar frase alguna. Se echaron sobre el heno, y media hora después dormian junto á los contrabandistas. La fatiga que sufrieron durante la noche anterior y las emociones de la mañana los rindieron, sobreponiéndose á la idea del terrible desafio y muerte que presenciaron dos y ejecutó el tercero.

CAPITULO XIII.

Los Pirineos orientales.—El golfo de Lion.—La torre del Godo.—Los ex-comuneros empiezan á dar señales de vida.

Los cuatro contrabandistas despertaron á las tres de la tarde, disponiendo acto continuo algunos fiambres para el camino, tortas, y la comida que pensaban tomar ántes de partir. Luégo sacaron seis mandobles que tenían escondidos entre el heno, y después que Juan hubo encargado á sus compañeros la reserva, acierto y discrecion que debian observar durante la marcha que iban á emprender, esperaron fuera de la cabaña la proximidad del anochecido para despertar al general y á los dos restantes.

A las seis abrió los ojos Navarro, llamó á los maestros, que seguian dormidos, y ya en pié, buscaron á los contrabandistas.

—Juan,—preguntó el general,—¿qué falta para nuestra partida?

—Que comamos; despedirnos luego del pastor, que no tardará en regresar, y seguidamente comenzaremos á atravesar la falda izquierda de los Pirineos orientales.

—¿Y los mandobles?

—Van en ese lio que tienes á la izquierda; aún cuando parecen muy envueltos, se pueden sacar con la mayor facilidad; al lado está el cesto con las ricas provisiones que tomaremos ántes de llegar á la costa, y á eso queda reducido todo nuestro equipaje.

—Comamos, mientras viene el pastor.

Así lo hicieron, repartiéndose entre los siete otro trozo de carnero asado, una torta é igual cantidad de vino de la que apuraron por la mañana. Al anochecer llegó el dueño de la cabaña; Juan le dió varias monedas, una orden al oído, noticia de que el jorobado partió á Italia, y despidiéndose de él se encaminaron á la costa. Iban delante Sabadell y Navarro; detrás Osorio y Lara, y seguían á éstos los tres restantes. Desde la cabaña á la orilla del mar habia una distancia de quince leguas próximamente; pero nuestros viajeros tenían que andar cerca de veinte, efecto de las vueltas y rodeos que daban para evitar la presencia de los franceses y huir á la vez de los despeñaderos, sitios escabrosos y accidentados de los Pirineos. Caminaban por el monte; mas era el terreno muy conocido de Juan, y difícil el perderse ó caer en manos de los gendarmes de Francia con un guía tan práctico y sagaz. El día terminaba sereno y tranquilo, augurando una noche clara y despejada.

—Mal camino vamos á llevar, señor.

Dijo Sabadell á Navarro.

—Tutéame, Juan; pueden oírte tus compañeros, y es preciso ser muy prudentes.

—Vienen muy detrás.

—No importa. Decías que era malo el terreno, y yo te contesto que lo he andado bastante peor, y que los tres somos tan fuertes, por lo ménos, como tú; por consiguiente continúa adelante, aligera el paso, y no me hables más de dificultades;

que esas se destruyen sin necesidad de citarlas. Toma ese bolsillo que contiene quinientos ducados en oro francés; emplea cuanto necesites; no me des cuenta de nada, y cuando te se acabe me pides, que encima llevamos más de lo que tú puedes imaginar.

—Con esto hay para tres meses.

—Ó para tres dias; olvida tu oficio, y gasta á lo general; esto es, cuando halles ocasion.

—Comprendo, y lo haré así.

—Llevas la direccion de nuestra ruta hasta que demos vista á la torre del Godo, desde cuyo momento seré yo sólo el que mande. ¿Vamos á salir muy cerca del cabo de Creux?

—No, señor; el monte llega hasta Port-Vendres, y no habiendo por allí peligro alguno, nos embarcaremos en la playa, con lo cual acortamos la distancia, y nos ofrecerá ménos dificultades el monte.

—No conviene que nos expongamos á ser reconocidos; por cuya razon procura que al rayar el dia hallemos dónde guarecernos, durante todo él.

—Cierto; y no siendo dable cruzar en sólo una noche las veinte leguas que nos separan de la costa, podremos llegar á las cinco de la mañana á una venta que hay al pié de la sierra, en el camino que atraviesa los Pirineos entre Francia y España. Allí encontraremos buena comida, mejores camas, y aún cuando veamos fuerza armada, por diez ducados nos dejarán en paz.

—La idea es excelente.

—Si seguimos á este paso la verás realizada, segun la he expuesto.

—Pues andemos más de prisa, y así nos sobrará tiempo.

Y continuaron en la misma forma en que salieron, hasta las doce de la noche que, por disposicion de Juan, se sentaron junto á un arroyo que corria por la falda del monte. Allí comieron unos fiambres, el vino que llevaban en la calabaza se trasladó á sus estómagos, seguido de agua clara, delgada y

fresca, y después de descansar media hora emprendieron su interrumpida marcha.

La noche empezó y seguía clara y serena; Juan no vaciló un momento en la dirección que debían llevar; los siete andaban con pasmosa rapidéz, consiguiendo de este modo dar vista á la posada en que pensaban detenerse á las cinco en punto de la mañana. Habían andado catorce leguas, faltándoles por consiguiente cerca de seis. Los siete penetraron; Sabadell habló al oído del ventero, le dió algunos ducados, é inmediatamente les dispusieron siete camas, donde ellos buscaron el descanso y sosiego á la fatiga que concluían de sufrir.

Durmieron seis horas seguidas sin que nadie les molestase; poco después les sirvieron una comida abundante y sabrosa, mejor vino, y quedaron encerrados en su habitación hasta las seis de la tarde que verificaron su segunda y última comida en la venta. A las siete y media entró el viejo posadero, diciendo:

—Juan, la noche empieza, los gendarmes están en el corral, y podeis salir sin cuidado alguno.

—En marcha,—exclamó Navarro.

—¿Hacia dónde vais?

Les preguntó el primero. Juan le contestó:

—A Port-Vendres.

—Separaos bastante á la derecha de la loma del Cuervo; el resto del camino está igual al que habeis traído.

—¿Qué hay en la loma?

—Arcabuces y picas.

—Toma otros dos ducados, y hasta la vuelta.

Los siete se despidieron del ventero, dejaron á la espalda el arrecife, entrando en una vereda parecida al terreno atravesado la noche ántes.

—Nos resta andar poco más de cinco leguas, por lo que no hay necesidad de que os molesteis marchando tan de prisa.

—No importa,—contestó Navarro; —deseo llegar lo más pronto posible.

Y prosiguieron á buen paso; después torcieron á la derecha para huir de la loma del Cuervo, y á la una de la noche se hallaban á quinientas varas de Port-Vendres, cuyas torres veían en lontananza á la pálida luz de la luna.

—¡Alto!— exclamó Juan.—Vosotros tres, que sois nuevos en el oficio, os quedais entre estos árboles, en tanto que nosotros alquilamos una lancha, adquirimos provisiones y lo disponemos todo para hacernos á la vela en cuanto amanezca.

—¿Hallarás á esta hora lo que necesitas?

—Pagando bien, no hay en Francia dificultad posible.

—¿Quién va á dirigir el barco?

—Nosotros cuatro; esos dos reman mejor que los gondoleros de Venecia; este otro sabe desliar el aparejo como el mejor marinero, y yo tengo fama de buen timonero.

—Habituaremos en los huecos del monte, y no estorbarán la paja, los buenos alimentos, la mucha harina...

—Está previsto todo, y nada faltará.

—Pues abrevia.

—Hasta después.

Los cuatro contrabandistas desaparecieron, mientras Navarro, Osorio y Lara se recostaron en el suelo, hablando de su encuentro con el jorobado, y del trágico fin de aquel asesino.

A las cinco y media regresó Sabadell, diciendo al general:

—Listo, y en marcha.

—¿En tan corto tiempo has fletado un navío, hecho provisiones y dispuesto lo necesario para lanzarnos á la mar?

—Sí, señor; pero es el caso que mi famosa galera es tan pequeña, que cualquier malicioso la tomaria por una lancha.

—¿No te se ha olvidado nada?

—No, señor; llevo de lastre agua, mucho vino, aceite, un costal de harina, aves, fiambres, un mosquete, balas, bastante pólvora, cuatro arrobas de heno, tres remos dobles y una vela latina. Gasté á lo general.

—Cuando se acaben los quinientos ducados te daré mil, que los franceses son muy aficionados al oro, y es muy justo

uses galantería con ellos, que en breve, si Dios me ayuda, yo les daré plomo y otras pequeñeces análogas. Partamos.

—Por ahí no, que está la gendarmería y nos van á detener con sus eternos cumplimientos. A la derecha; siempre por el monte, que éste nos botará al navío.

Y sin dejar la falda de los Pirineos, huyeron de Port-Vendres, llegando á la costa un cuarto de hora más tarde.

El sol asomaba por Oriente, dorando con sus luminosos rayos los Pirineos, el llano que se extendía á sus piés y el Mediterráneo, que aparecía tranquilo, azulado y convidando á mecerse sobre sus diminutas ondas. Soplabá una brisa agradable que rizaba la superficie del mar, formando ráfagas de espuma, que interrumpían su nivel accidentándolo, entre un conjunto inmenso de semicírculos, que bajaban y subían hasta llegar á la costa. Cerca de ésta había una lancha larga, estrecha, y en la que esperaban tendidos tres hombres sobre una cantidad bastante grande de heno. Eran los compañeros de Juan, que aguardaban á su jefe, á Navarro y á los dos maestros. Más tarde se presentaron éstos, exclamando el primero:

—¡Ah de la lancha! Acercaos cuanto podais.

Y remando los aludidos, se aproximaron hasta chocar el extremo de la proa con el declive del monte. Los cuatro saltaron, y ya en la lancha se convirtieron los contrabandistas en hábiles marinos. Desliada la vela, sujeta de un modo conveniente, en juego los tres pares de remos y agarrado al timon Juan Savadell, salió el bote como una flecha, de bolina y con movimiento rápido y agradable. Navarro, Osorio y Lara se reclinaron con indolencia sobre el heno, dejando á los contrabandistas el encargo de dirigir el buque, que irónicamente llamaban galera y navío.

Juan hizo rumbo mar adentro, hasta separarse de la costa media legua; luego viró á Levante, continuando así, sin perder de vista la tierra y obligando á sus tres improvisados marineros á que demostrasen que los catalanes aventajaban en fuerza y destreza á los gondoleros de Venecia.

De este modo cruzaron por frente á Perpiñan, prosiguiendo su derrotero, hasta que, entrada la noche, dieron vista á la torre del Godo, la cual se alzaba con majestad y silencio en la costa del golfo de Lion, sobre un monte que se extendia cerca de dos leguas sin dejar la orilla del Mediterráneo.

Los tripulantes y viajeros de nuestra lancha habian andado en catorce horas setenta millas próximamente, pues además de la fuerza de remo, tuvieron la suerte de que un viento favorable viniera chocando en la vela de su modesto esquiife.

Navarro, Osorio y Lara se descubrieron al ver la inmensa torre que encerraba al generalísimo, lanzaron un suspiro, quedando tristes y ensimismados.

Juan mandó liar la vela, preguntando luégo al general:

—¿Qué hacemos?

—¿Conoces esta sierra?

—Sí, señor.

—Desembarquemos en el sitio más próximo á la torre, en que podamos guarecernos y habitar. Supongo que habrá una cueva...

—Várias; y en terreno tan agreste, que áun cuando nos buscasen sería difícil que dieran con nosotros.

—Luégo que estemos en ella, y lo más inmediatos á esa fortaleza, segun te he dicho, buscad un paraje entre las rocas que se meten en el mar, donde podais atracar y esconder en lo posible vuestra lancha. Seguidamente os vais los cuatro á la cueva donde estemos nosotros.

Minutos después desembarcaron, y eligiendo un sitio á propósito se guarecieron en él cuando hubieron conducido el heno que debia servirles de camas, las armas, los comestibles y los líquidos. Navarro, Osorio y Lara quedaban escondidos á quinientas varas de la torre, entre las breñas, teniendo por casa una cueva, que eran probablemente los primeros en habitar. De este modo pensaban asaltar la fortaleza, vencer á seiscientos hombres y libertar al duque del Imperio. La empresa pa-

rece ménos temeraria aún que imposible; pronto sabremos si consiguen perecer los siete, única cosa á que se hallan expuestos. Ahora, y siendo así que nosotros tenemos permiso para entrar en todas partes, penetremos otra vez en aquel semicastillo inexpugnable, y más elevado que todas las alturas del monte que le sirve de lecho.

Han pasado algunos dias de aquel en que dejamos á Alberto de Silva y á su médico hablando, y el primero en que el paciente comienza á tomar alimento. Está mejor de sus heridas, la fiebre ha desaparecido; pero aún continúa arrojando sangre por la boca, y tan débil que parece un cadáver.

A las diez de la mañana se oyó el ruido que produjeron las pisadas de muchos caballos que se acercaban á la torre; llamaron luego, notándose más tarde que corrían los cerrojos de varias puertas, hasta que por último se presentó en la estancia del enfermo el maestre de campo Don Luis Mendoza; iba solo y armado de punta en blanco. Saludó al oficial y ayudante; estrechó afectuosamente la mano de Rousell, llegando á la cama de Silva, el cual lo recibió con dulce sonrisa.

—Bien venido, amigo mio,—dijo el héroe.—¿Cómo siguen mi padre adoptivo, el emperador, Quirós y mis restantes compañeros?

—Los que dejo en Tolosa, buenos; de los que hay en Madrid son satisfactorias las noticias; unos y otros ruegan á Dios por vuestra salud, suspiran por el generalísimo, y me envidian, porque soy yo sólo el que tengo la dicha de contemplaros.

—Gracias, Don Luis; sentaos, y habladme de María. ¿Qué noticias teneis de ese ángel?

Mendoza se estremeció al escuchar el nombre de la prometida de Alberto, pero hizo un esfuerzo sobre sí, conteniendo su sobresalto; luego se sentó, contestando:

—Buenas, muy buenas.

—¿Continúa en el convento?

El gigante volvió á inmutarse, pero disimuló tambien esta vez, replicando:

—Sí.

—Os encargué el domingo anterior que la hiciérais una visita de mi parte. ¿Lo verificásteis?

—Sí, señor.

—¿Qué os dijo para mí?

—Que deseaba vuestro alivio, veros pronto, y no recuerdo bien, pero me habló mucho, mucho de vos.

Mendoza no sabía mentir, y precisado ahora á engañar á Alberto para evitarle un grave disgusto, estaba torpe y casi aturdido. Dias ántes pasó al convento, por encargo del duque, pero es lo cierto que no halló á María ni nadie supo darle razon del sitio donde la atrevida jóven se habia dirigido en el instante que supo la desgracia ocurrida á Silva. Éste notó la turbacion de su amigo, y le preguntó con viveza:

—¿Qué acontece? No me ocultéis nada, Don Luis.

—No os comprendo.

—¿Me digísteis la verdad?

—Sí.

—Me pareció que os inmutábais.

—Mientras os vea en el lecho, permaneceré desasosegado é intranquilo.

—Mal hecho; me hallo mucho mejor, y no hay motivo para ese malestar; segun la opinion de mi sábio amigo y la mia, pronto empezará mi convalecencia. Por consiguiente tranquilizaos, y habladme de mi hermosa María, de ese ángel á quien tanto adoro.

—La infeliz suspira por su Alberto; teme que perezca, y se aflije mucho.

—¿Habeis calmado su afan?

—Hice lo posible, pero duda de mis frases.

—Volved, en cuanto regreseis á Tolosa, y no salgais del convento hasta dejarla tranquila. Si me lo permiten yo la escribiré, entregándoos la carta el próximo domingo.

Ambos continuaron hablando de María la media hora de que podia disponer el maestro, despidiéndose luego éste con

mucho cariño de Alberto y del doctor, con dos reverencias del oficial y del ayudante. Salió del torreón, bajó una extensa escalera, y al pie de ella encontró al capitán Vissó, que le estaba esperando para decirle:

—Yo siempre anhelando veros; vos, ingrato é indiferente á mi afecto.

—Gracias, me molesta el aliento de la serpiente, y excita mis náuseas el olor que despiden el jabalí.

—Supongo que no aludireis á mí, y que esa comparación no tiene relación alguna conmigo. ¡Ah, Don Luis, qué digno sois de un cetro de general y del mando de todo un ejército! Con vuestra arrogante figura, vuestro valor y ese talento que nadie os puede negar, si fuérais menos adusto, más cariñoso y condescendiente, llegaríais... ¡Oh, Dios sabe á lo que llegaríais!

Mendoza comprendió que el capitán le tendía una red, y sufriendo su rostro una completa metamorfosis, aparentó lo contrario de lo que sentía, diciendo á Vissó, con fingida amabilidad:

—Nosotros, los españoles, somos más graves que los franceses, y cuando estamos de mal humor, adquieren nuestro lenguaje y forma una aspereza que lastima, pero en el fondo somos tan buenos como un niño.

—Eso me prueba que venís hoy incomodado.

—Vissó, ha trascurrido más de la media hora, y mi permanencia aquí no puede prolongarse.

—Cuanto vos queráis; el convenio es una cosa, y la tolerancia otra; hablando conmigo, no pecáis.

—¿Qué era eso que me decíais de general, de ascender?... No recuerdo bien...

—Si vos quisiérais, lograríais serlo muy pronto.

—¿En dónde?

—En Francia.

Mendoza empezó á comprender y á poner en tortura su entendimiento.

—Teneis muchos defectos los franceses.

—No sé por qué lo decís.

—Sabiendo que yo jamás faltó á lo que ofrezco, y que estimo mucho á vuestro rey, se me manda espiar de un modo que ofende mi delicadeza; no ando cien pasos sin que halle un embozado, un jinete ó una rastra de picas, desde Tolosa aquí y desde aquí á Tolosa.

—No se han puesto por vos, sino por vuestros amigos. Los españoles teneis mucha osadía, las treguas se rompen con facilidad, y yo he querido asegurar á mi prisionero.

—Perdonad, Vissó; desconfiais tambien de mí; sed franco, y no andeis con rodeos.

—¿En qué os fundais?

—En que si sólo temiérais á los de Tolosa, no llegarían vuestros escuadrones de policía á las puertas mismas de esta torre. Bueno que en los alrededores de dicha ciudad, y hasta cinco ó seis leguas en contorno, vigiláseis, pero no por aquí, donde es imposible que lleguen otros españoles que aquellos que vienen conmigo.

—Si pudiéramos entendernos...

—¿Por qué no? ¿Qué dice S. M. el rey?

—No hace muchos dias estuvo en la torre, y me habló de vos y de Silva con paternal cariño: ¡qué lástima, exclamaba, que sean tan tercios y apegados á rancias costumbres; el uno podia ser en Francia almirante, el otro general, y los dos, ricos y poderosos, llegarían á potentados de la tierra!

Vissó manejaba mejor el puñal que la intriga; era más fuerte en maldad que en destreza, y acababa en este instante de descubrir la idea que abrigaba Francisco I, sin que le fuera dable prever lo fatal que podia serle á su amo y aún á él mismo. Mendoza, que unia á su valor un talento nada vulgar y sagacidad fomentada por Navarro y limada por el duque, comprendió en el acto el mucho partido que sacaría de tan horrible intriga, y se apresuró á contestarle:

—Sois muy diestro, Vissó; muy hábil; estoy seguro que

os venceria en el campo, pero en los salones me podeis dar noventa y nueve para ciento, y aún así y todo sucumbiria. Ved ahí la razon por que os traté siempre con dureza; es que os tengo miedo, mucho miedo en ese terreno resbaladizo de la intriga. Yo no soy más que militar, carẽzco de ciertas dotes, y me hallo como el pez fuera del agua en todo lo que no sean ejércitos, soldados y campaña. En cuanto á eso de rancias preocupaciones y desden á los honores, títulos y gerarquía, estais en un error; lo mismo el duque que yo, somos jóvenes, deseamos medrar, y por cierto que no vinimos al mundo para plantarnos en este grado ni en el otro.

—Creo, señor maestre, que nos vamos entendiendo.

—Sí, pero no volveré á hablar con vos de estas cosas, interin no se me dé una prueba de que existe confianza absoluta en quien no falta jamás á las prescripciones del honor.

—¿Os referís á la policia?

—Sí, y á los gendarmes disfrazados, y á los de las picas, y á tantos brazos como ocupais inútilmente en estos alrededores y aún bastante más allá. Vigilad mucho Tolosa, mucho, y hasta cuatro leguas más acá, pero...

—No prosigais; voy á probaros cuánto os estimo, y lo que vale para mí una sola advertencia vuestra.

—¿Qué intentais?

—Dar la órden para que se retiren inmediatamente los encargados de vigilaros desde aquí hasta cerca de Agout.

—¿Veis cómo tenfa yo razon?

—Entre enemigos, todo es admitido; mas como ahora se trata de un maestre, presunto general... Vuelvo en seguida.

Mendoza le vió desaparecer, y cruzando los brazos, exclamó para sí:

—Puesto que entre enemigos todo es admitido, segun dice Vissó, tomaré el consejo, y ya en el terreno á que ellos me condujeron, me concretaré á envolverlos en las consecuencias de esa idea.

Y esperó el regreso del capitán, sin impaciencia alguna.

Algo más tarde vió aparecer á Vissó por el extremo opuesto del extenso pasillo en que se hallaba, y así á la vez escucharon ámbos un rumor lejano, luego muchas voces, después carreras, y últimamente el choque de las armas.

—¿Qué es eso, capitán?

Preguntó el maestro.

—No lo sé, ni comprendo que pueda ocurrir nada funesto.

—Se aumenta el estrépito, y esos gritos parecen hijos del furor de gente que se va á batir.

—Sepamos lo que acontece; desnudad la espada, yo os faculto para ello; poneos á mi lado, y ¡ay del que me desobedezca ó atente contra la persona del duque ó la vuestra!

Y ámbos se dirigieron hácia una galería del piso bajo de la torre, donde parecía que acababa de estallar un motin.

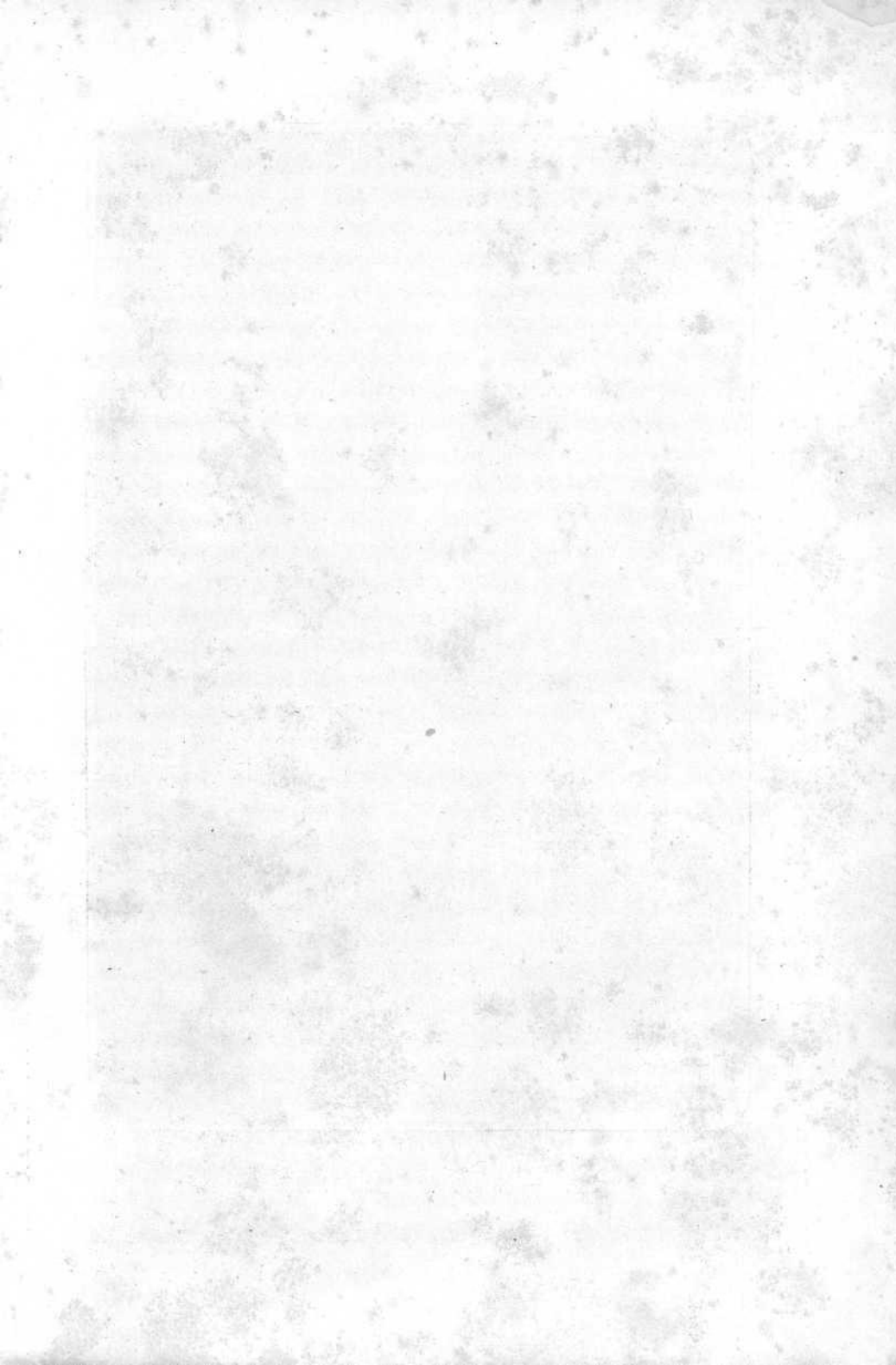
Averigüemos qué es lo que ocurre.

Los veinticinco caballeros que componian la escolta de Mendoza, unidos al criado de éste, esperaban á la puerta de la fortaleza contando los minutos que aquel tardaba durante la entrevista que tenía con el duque. Como hasta entonces sólo habia tardado la media hora convenida, y en la ocasion presente la vieron trascurrir sin que Mendoza se presentara, sospecharon mal, dudaron luego, acabando por echar pié á tierra, sujetar los caballos y llamar á la torre; pero nadie les contestó. La impaciencia y desasosiego comenzó á retratarse en los rostros de nuestros valientes; tornaron á golpear, y tampoco les hicieron caso; á la impaciencia y desasosiego reemplazaron prontamente la ira y el enojo, y cinco minutos más tarde todos desnudaron las espadas, tratando vanamente de forzar la puerta. De pronto se abrió aquella, apareciendo un oficial francés á caballo y cubierto de acero, que les gritó:

—¡Paso, en nombre del rey!

Los caballeros le hicieron calle, aquél picó á su potro y salió como un rayo, mientras los veinticinco españoles se precipitaban dentro del castillo, exclamando:

—¡Mueran los traidores, los asesinos! Entregadnos al





— Silencio, en nombre de Rey.

maestre Mendoza, ó morirán los que se acerquen á nosotros!

Los dos que abrieron la puerta y los que se hallaban más próximos, aterrados al ver la actitud de sus enemigos, sin comprender las voces que oían, y creyéndose víctimas de una sorpresa, llegaron al cuerpo de guardia, gritando:

—¡Los españoles entran! ¡A ellos, á ellos!

Y blandiendo las armas todos estos y cuantos encontraban á su paso, corrieron hácia la galería en que concluían de penetrar los de la escolta de Mendoza. Sus voces atrajeron á la mayor parte de sus compañeros, y ya estaban frente á sus enemigos, cuando apareció el doctor Anselmo Rousell, que les contuvo con las siguientes frases:

—¡Silencio, en nombre del rey!

Un segundo más, y los veinticinco caballeros hubieran dado principio á una lucha, que Dios sabe cómo concluiría. El médico oyó las primeras voces, y en alas de noble interés por su enfermo, corrió al paraje de donde salían, llegando á tiempo de contener á unos y á otros con su presencia y actitud.

—¿Qué acontece?—les preguntó.

—Vedlo.

Le contestaron, enseñándole los españoles que se dirigían hácia allí espada en mano; pero en el mismo instante quedaron parados, viendo llegar á Mendoza al lado de Vissó.

—¿Por qué habeis entrado aquí?—les preguntó el gigante.—¿Qué causa ese bélico ardor, y por qué penetrais en una torre tan sagrada para vosotros, como lo es la misma persona del duque? Envainad los aceros, y contestadme al momento.

Uno refirió lo que saben nuestros lectores, rogándole perdonase el exceso de interés y celo. Mendoza contestó:

—Sea la primera y la única vez, señores; el rey de Francia es incapáz de faltar al convenio; y si yo he tardado, eso más debemos á la tolerancia de nuestros enemigos. Salid de aquí, montad á caballo y esperadme como os tengo prevenido.

Los veinticinco se inclinaron ante él, retirándose en el acto. El maestre se incorporó con los franceses, diciéndoles :

—Señores, yo os ruego perdoneis á mis subordinados una imprudencia, hija de su cariño hácia mí; tardé más de lo pactado y llamaron á la puerta; como nádie les contestó, sospecharon mal, y dieron cabida en sus pechos á la ira y al enojo. Insistieron en averiguar qué era de su jefe, y como continuara el silencio por parte vuestra, creyeron que me deteniais contra mi voluntad, y aprovechando la ocasion en que salia un alférez, se precipitaron en la forma que habeis visto, con ánimo de rescatar mi persona. Eso es todo; ellos han salido, y yo deseo que vosotros os retireis, volviendo á quedar las cosas en el mismo estado que ántes de un acontecimiento que todos debemos condenar al olvido.

El capitán Vissó, después de confirmar la última idea expuesta por el maestro, mandó á los suyos que volvieran á ocupar sus puestos, quedando sólo con Don Luis y el doctor. El último les dijo:

—Puesto que nada ocurre que merezca aquí mi presencia, con vuestro permiso parto al lado del señor duque, el que debe haber oído las voces y ruido de armas, y temo que le hayan producido mal efecto.

—Id con Dios, mi noble amigo, —le contestó Mendoza;— subid tranquilo, que á Alberto de Silva no le alteran los gritos ni el choque de los aceros.

Aquel desapareció, añadiendo el maestro:

—También yo marchó, que pudieran sospechar de mí, y en las actuales circunstancias es imprescindible usar mucha prudencia y discrecion.

—¿Nada más me decís?

Le preguntó el capitán.

—Sí, amo al duque más que á un hermano; seguiré su suerte, y entiendo que si el destino se empeña en elevarnos, obedeceremos la voz del que todo lo puede.

—Sed más franco.

—Y vos menos precavido y receloso para el hombre que no os niega ya su aprecio, y quién sabe.

—¿Olvidais lo que acabo de hacer?

—Quiero verlo confirmado, hablar con el duque, meditar, y en seguida me presentéis ante vuestro señor.

—¿Luego el próximo domingo?

—Probablemente nos entenderemos, si Dios no dispone otra cosa.

—Ya deseo que llegue.

—Y yo también.

—No destruyais mi esperanza.

—Que confirmen los hechos lo que expresa vuestro lábio, y ello dirá.

—Hé aquí mi mano.

—La estrecho sin rencor.

—Y yo la vuestra con alegría, mi general.

—Hasta el domingo.

—Que el cielo os proteja é inspire.

Salió el gigante, y montando á caballo, exclamó:

—Al paso; no hay prisa, podemos llegar á Tolosa sin fatiga.

Él delante, detrás sus veinticinco caballeros y en pos el criado, atravesaron el monte, entrando luego en un bosque que distaba media legua de la torre del Godo. Durante su corta travesía, miraba Mendoza de frente y á los costados, notando con placer que habian desaparecido las picas, los embozados y los gendarmes franceses. En cambio, le pareció distinguir la cabeza de un sér humano, que, unida al pico del monte, disimulaba su estancia allí, recatándose de vez en cuando y escondiendo siempre el cuerpo que la sostenia. Mendoza sacó un pañuelo, lo movió de diferentes modos, desapareciendo en el mismo instante la cabeza de que dejamos hecha mencion. El gigante refrenó su caballo, prosiguiendo la marcha á paso de tortuga. De este modo llegaron al bosque, siendo sorprendidos á los pocos pasos que dieron con la siguiente exclamacion:

—¡Alto!

Muy conocida debió ser la voz á nuestro maestre de campo,

toda vez que detuvo su potro, repitiendo la misma frase, para que sus caballeros y criado le imitasen. Aquella, añadió:

—No distingo á nadie; salió un oficial de la torre en direccion de Tolosa, y le siguen cuantos espiaban las cercanías. ¿Podemos hablar?

—¿Dónde diablos estás? Llega y dime cuanto quieras.

Mendoza vió que las ramas de un árbol se habrían, apareciendo la figura de Don Alvaro, el cual se descolgaba á veinte pasos de allí. Era el mismo cuya cabeza distinguió el gigante pegada á la cresta del monte.

—¡Buen oficio!—exclamó el atleta,—un maestro de campo, futuro general, convertido en ardilla. ¡Qué negro, apaletado y roto! Chico, si no hablas, no hubiera sido posible reconocerle.

—¿Cómo está el duque?—preguntó Osorio con interés.

—Perfectamente; su alivio progresa con rapidéz. ¿Y vosotros, que habeis conseguido?

—Hasta ahora lo que no esperábamos. ¡Qué lance, Luis! De seguro no puedes adivinarlo.

—Cierto, ni me gusta el oficio; desde que no hay profetas... Pero habla, que llevo mucha prisa.

—Pues lo has disimulado; tu paso se parecia al del elefante.

—Habiamos convenido en ello, y fuerza era darte tiempo. ¿Qué lance es ese?

—Nos hemos encontrado, ¿á quién dirás?

—Hombre, que no soy profeta.

—Admírate, al jorobado.

—¡Magnífico! ¿Qué hicisteis con él?

—¡Vaya una pregunta! Le concedimos una plaza en el infierno, y el general se encargó de extenderle el pasaporte.

—Oye, Alvaro, ¿le habeis muerto bien? Ese malvado parece tener siete vidas.

—¿Sí? pues todas ellas las perdió, y no debe quedarte duda alguna de que ha muerto.

—¿Ahorcado?

—No; Navarro, que desde la prision del duque lo imita en prudencia, sagacidad, y otra porcion de bellas cualidades, se batió con él cuerpo á cuerpo, dando por resultado el lance un jiron en el tabardo del general y un agujero enorme en el corazon de Bermudez.

—Mal hecho; un asesino no merecia esa honra. ¿Dónde lo hallásteis?

—En los Pirineos; lo salvó el pastor, dueño de la cabaña en que esperaban los cuatro contrabandistas á quienes nos recomendó Mr. Donon; nos desconoció, y pudimos sorprenderlo á medida de nuestro deseo.

—La noticia causará una alegría extremada en Peralta y Usen; ya anhelo participársela. ¿Os ha ocurrido algun siniestro?

—No.

—¿Arreglásteis el negocio con los contrabandistas?

—Sí.

—¿Os servirán?

—Perfectamente; conocen el terreno, son valientes, y Juan Sabadell es una alhaja.

—¿Dónde os escondeis?

—Chico, en una maldita cueva, en que sólo tenemos un poco de heno que nos sirve de cama.

—Cómo ha de ser; es preciso que todo lo sacrifiquemos por el duque.

—Lo único que yo temo es que al fin no podamos salvarlo. Hemos reconocido la torre, y, como habrás notado, es una fortaleza inexpugnable. ¡Si pudiéramos volvernos águilas!

—Avanza un poco, Alvaro. Vosotros, —añadió Mendoza, dirigiéndose á los caballeros, —esperad ahí.

Y separados quince pasos de aquellos, añadió el gigante, bajando la voz y con misterio:

—Tén más confianza. ¿No has visto cómo se han retirado los gendarmes y la policía?

—Sí, pero volverán.

—No lo creas; Francisco I pretende nombrar almirante de Francia al duque, y á mí general de sus ejércitos.

—¡Ya! y tú, con habilidad...

—Se entiende.

—Luis, tú eres noble, leal, y creo que es excusado decirte...

—¡Si de otro oyera eso!... ¡Vaya una advertencia oportuna!

—No te incomodes, hombre; ya sabes cuánto te quiero, y no debe ofenderte nada de lo que te indique.

—Me entiendo con Vissó, al que creo un malvado; pero le aventajo en discrecion y sagacidad, y no dudo que triunfaremos.

—Ten entendido que ese Vissó era el jefe de los asesinos del duque.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Bermudez, ántes de reconocernos.

—Ya lo sospechaba yo, y áun tenía indicios vehementes de que era él.

—Aquí tienes el itinerario que hemos traído, sitio en que nos ocultamos, con la historia de lo acontecido, respecto del contrahecho. Entrégaselo á Peralta y á Usen, de parte de Navarro, asegurándoles de palabra, que no abandonaremos estos alrededores hasta salvar al duque del Imperio ó perecer los siete.

—Tened calma, y no intentéis nada en siete dias; el domingo próximo á esta misma hora me aguardas aquí, y yo te diré lo que debéis hacer.

Todavía cruzaron algunas frases los dos amigos, se despidieron, partiendo el uno con su escolta en direccion de Tolosa, miéntras el otro, saltando unas veces, arrastrándose otras, y siempre con la mayor precaucion cruzó el bosque, entró en la sierra sin parar hasta que penetró en una cueva á cuya puerta le esperaban Lara y Navarro.

Volvamos nosotros á la torre del Godo, y sepamos lo que acontece allí.

CAPITULO XIV.

Un paje llovido del cielo.—Sagacidad y osadía.—El canto de un marinero novel.—

La situacion comienza á despejarse.

Todo habia vuelto en la torre á su estado normal. Los caballeros de Mendoza tuvieron sobrado motivo para sospechar, y esto disculpó un hecho comentado al principio, pero del que luego no se volvieron á acordar. Vissó y los oficiales que le acompañaban se entretenian en jugar á los dados; la tropa que no estaba de servicio comia y holgaba, y el médico, paseando unas veces y sentado otras á la cabecera del enfermo, cuidaba á éste con paternal cariño, demostrando gran interés en sacarle de la reserva á que se condenaba voluntariamente. Un acontecimiento inesperado vino, no obstante, á ejercer gran influencia en el carácter é ideas del duque.

Era el mismo dia en que Mendoza visitó al enfermo, y como las seis de la tarde, cuando se oyeron vários golpes en la puerta de la torre. Vissó se hallaba en aquel instante hablando

con el médico, siendo sorprendido por un oficial, que penetró en la alcoba, y le dijo:

—Mi capitán, un paje, seguido de dos hombres del pueblo, desea entrar en la fortaleza.

—¿Con qué objeto?

—Añade que trae una orden de S. M. el rey.

—No comprendo...

—Ni yo tampoco, parece extranjero, é insiste de un modo imperativo en que se le franquee el paso.

—Que lo reconozcan, y si es cierto lo que dice, que pase.

Salió el oficial, y Vissó comenzó á hacer preguntas á Silva sobre su estado y deseos, rogándole que le pidiera cuanto fuese dable concederle.

—Soy el jefe de la torre,—exclamaba;—S. M. manda que se os tengan las mismas consideraciones que al almirante de Francia, y me complazco en poner á vuestra disposicion mi persona y cuanto necesiteis.

Estos ofrecimientos se repetian diariamente; pero es el caso que al duque no le gustaba la frente, actitud ni mirada de Vissó, y solia contestarle con un *gracias* tan árido como el monte que les rodeaba. En esta ocasion ni aún tuvo tiempo para eso, siendo así que al expresar el capitán su última frase volvió á abrirse la puerta, y presentándose el que salió poco ántes, le dijo:

—Señor, el paje trae efectivamente orden de S. M. el rey para que se le permita habitar en la fortaleza.

—¿Le habeis reconocido bien?

—Sí, señor; la firma es auténtica. Dice que pertenece á la servidumbre del duque del Imperio, y que debe continuar á su lado ínterin dicho señor no lo despida.

El capitán miró al generalísimo, pero éste no dió señal alguna de sorpresa ni admiracion.

—¿Quiénes le acompañan?—preguntó Vissó.

—Le seguian dos hombres, pero se han retirado por orden suya.

—Cumplid lo mandado por S. M.

—Ya entró en la fortaleza, espera al pié de la escalera del torreón y quiere subir, fundado en que debe cuidar á su amo.

—¿Qué dice á eso el generalísimo?

—Contesto, señor capitán, que si os impone ó molesta la presencia de un niño, estais en vuestro derecho echándolo de la torre, dando cuenta á S. M. de vuestra determinacion.

—No le temo, ni me incomoda; me propongo complaceros, y aún cuando teneis de sobra quien os sirva, si lo deseais, no hallo inconveniente en que permanezca á vuestro lado.

—Opino, Vissó, porque cumplais lo mandado por S. M., sin cuidaros para nada de mi opinion.

—El rey me manda que os dé gusto en todo aquello que no se oponga á su real servicio, por cuya razon os hice esa pregunta.

—No me estorba ni necesito de él, pero agradezco su interés por mí, y quiero que se obedezca la órden de S. M. por estar conforme con el deseo de mi paje.

—Le haré subir al momento. ¿Puedo complaceros en alguna otra cosa?

—Gracias.

—Dormid tranquilo, y que el cielo siga protegiendo la admirable cura del doctor Rousell. Buena noche, señores.

Y salió el capitán, cerrando la puerta de la estancia.

A la luz del sol, que há tiempo se escondió en Occidente, habia reemplazado en la alcoba de Alberto la de una lámpara alimentada con aceite, triste, opaca y sombría. Anselmo se sentó á la cabecera del lecho, pulsó al enfermo, y satisfecho, le dijo:

—Bien, amigo mío; continúa la debilidad, pero esa la combatiremos poco á poco con éxito seguro.

En este instante volvió á abrirse la puerta, exclamando un soldado:

—El paje del señor duque del Imperio.

Aquella se cerró, y el anunciado, después de hacer una reverencia al oficial, ayudante y doctor, se acercó pausadamente á la cama, é inclinándose ante Silva, preguntó en alemán á los que le acompañaban:

—¿Puedo hablar con mi señor?

Nádie le contestó.

—¿No entendeis el idioma de mi país?

El silencio que siguió á su segunda pregunta era prueba evidente de que ninguno de los tres lo comprendia. Entónces el paje exclamó, dirigiéndose al enfermo:

—Mi presentimiento no mentia, duque.

Alberto, no obstante el gran predominio que ejercia sobre sí, tembló, su rostro se contrajo, y comenzando á moverse de un lado para otro, disimuló de este modo la gran emocion que sentia; la figura y frases del paje conmovieron su espíritu más que las batallas y luchas á que habia asistido.

Se presentaba aquél, grave, bello como ningun hombre, y con tal resolucion y fijeza, que léjos de imponerle su entrada allí y miradas escudriñadoras del ayudante, oficial y doctor, les obligó á éstos á que bajasen la vista. Cubria su cabeza una gorra de terciopelo negro con filete de oro y pluma blanca que se inclinaba de izquierda á derecha; una hermosa cabellera rubia, ensortijada y brillante, descansaba cerca de sus hombros. Su rostro era perfecto; la mirada atrevida unas veces é imponente otras; blanquísimo su cútis y pequeños las manos y piés. Ceñia sus carnes con calzas de tupida seda de Milan, ménos blancas que su epidermis; gregüescos de terciopelo, con ropilla larga de la misma tela y tan negra como la de la gorra. Pendia de su cintura, á la derecha, una preciosa escarcela de seda y oro y á la izquierda un puñalito corto, agudo y afilado.

Cuando Alberto de Silva se hubo repuesto, le preguntó:

—¿Vienes á matarme?

—No,—contestó el paje;—cumpló mi palabra, y te salvaré.

—¿De qué modo?

—Ya lo verás.

—Tu presencia me atormenta más que mis heridas.

—Los cuidados míos te irán tranquilizando, y á la postre me darás las gracias.

—¿Quiénes te defenderán en este nidero de asesinos?

—Dios, y este diminuto puñal, que hubiera atravesado mi corazón, de hallarte muerto; que aún se clavará en él si no pudiera destruir tu cautiverio.

—¿Quién te facilita la orden que te abrió estas puertas?

—Mis lágrimas; el dolor y pena con que se la pedí á Francisco I. Desde los Pirineos á aquí, todo lo he hecho yo.

—Basta, por ahora. Háblame en francés; disimula, paje, disimula, y ruega á Dios que no me cueste la vida tu presencia.

—¿Sois el médico de mi señor?

Preguntó el jóven, dirigiéndose á Rousell con voz tan dulce y simpática que conmovió su corazón.

—Sí, hijo mío; yo le asisto y cuido de su vida como si fuera la mía.

—Me han dicho en Aviñon, que sois un sábio tan entendido como noble y generoso.

—Han exagerado.

—Pronto he de saber la verdad.

—Eres despejado, y tu interés hácia el duque me inspira simpatía.

—¡Le amo tanto, señor!..

—No lo extrañéis, doctor,—se apresuró á decir Alberto;—pertenece á una familia de las más distinguidas de Europa; á una raza en la que son proverbiales el valor y la lealtad. Así es que le he tratado siempre de igual á igual, y con el cariño que inspiran su brillante educacion y noble prosapia.

—Mucho me agrada su venida, señor duque; desde que entró brillan vuestros ojos, habláis, y noto en vos una reaccion completa; deduzco que estimáis á ese jóven más que al maestro Mendoza.

—¿Qué os admira? El uno fué mi subordinado, el otro mi compañero y amigo íntimo.

—¿Os siguió á los campos de batalla?

—Quiso él, pero me opuse yo; es tan niño que no debo exponerlo á los azares de la guerra.

—Bien hecho. Ha de tener buena estatura, y su rara belleza sorprende.

—Es un retrato de su padre, á quien el vulgo apellidaba *hermoso*.

—¿Nació en España?

—No; en Alemania.

—¿Luego hablará tres idiomas?

—Sí; os dije ántes que recibe esmerada educacion.

—La cual ganará mucho permaneciendo á vuestro lado.

—No perderá tampoco discutiendo con vos.

—Feliz su llegada, que tanto os reanimó, señor duque.

—Causóme un poco de satisfaccion, Rousell; pero la alegría en mí es tan efímera como la risa en vos. Ya estoy cansado de hablar, y os ruego me dejeis tranquilo por esta noche.

—¿Os molestará mi conversacion con vuestro paje?

—Al contrario; me será muy grato que acojais su estancia aquí con paternal cariño. Es muy jóven aún, sólo conoce las costumbres de la corte, y entre la soldadesca que nos rodea necesita un apoyo, que yo, pobre prisionero, no puedo prestarle.

—Desde ahora le escuda mi proteccion. Siéntate, hijo mio: ¿qué edad tienes?

—Ya cumplí catorce años. ¿Sois casado? Perdonad mi indiscrecion.

—Lo fuí, pero há tiempo que murió mi esposa.

—¿No os dejó heredero?

—Sí, una hija querida, que cuenta pocos más años que tú.

—¿Se halla aquí?

—¡Aquí! ¡Entre soldados! no, hijo mio; está en un colegio de París.

—Si yo tuviera padre, y éste se encontrara en el caso que vos, no le abandonaria, aún cuando partiera á Africa.

—¿Eres huérfano?

—De padre.

—¿Cómo dejaste á tu madre?

—Fué á Alemania á cumplir una promesa, y me impidió que la acompañara.

—Lo mismo hice yo con mi hija; tambien deseaba seguirme á Aviñon, y yo se lo prohibí terminantemente.

—Déspota, ¿por qué no la permitisteis que realizara un deseo tan justo? Sin conocerla, ya simpatizo con ella.

—Es blanca y rubia como tú; ignoro si más ó ménos hermosa, porque á un padre le parece su hija el ser más bello de la creacion. Su voz es dulce y simpática como la tuya; no le falta talento, y es, en fin...

—Un retrato,—dijo el paje interrumpiéndole,—de su padre.

—Eso me han repetido muchos.

—Hablares de ella siempre que gustéis.

Nuestro jóven ganaba en estos momentos el corazon del doctor, á cuyo fin dirigia los dardos á su fibra más sensible. Creyendo que ya habia andado lo bastante por aquel terreno, varió de conversacion, añadiendo:

—Aun cuando S. M. me dijo que mi excéntrico señor estaba fuera de cuidado, quisiera saber la opinion de su entendido facultativo. ¿Perdonais mi impertinencia?..

—Lo juzgo un deber, y satisfago con gusto tu deseo. El señor duque, que te devuelve el cariño que le tienes, toda vez que no aparta su vista de tí, se halla bien, lo mejor que es posible, atendida su grave dolencia.

—¿Cuántas heridas recibió?

—Cuatro.

—¿Muy peligrosas?

—Bastante; pero, gracias á Dios, pronto estarán cicatrizadas.

—Tose bastante, y vi que arrojaba sangrè por la boca.

—Sí, mas eso no ha de impedir que sane por completo.

—¿Quedará lastimado?

—No.

—Mucho consiguió el ejército francés con un prisionero como éste, mas ha perdido tanto al hacerlo...

Anselmo se apresuró á interrumpirle, preguntando:

—¿Conoces esa historia?

—Sí, señor.

—Yo tambien, y no es conveniente repetirla.

—Callémosla, pero otorgadme un favor.

—¿Qué deseas?

—Dormir en esta alcoba, comer con vos y pasear á vuestro lado.

—Concedido. ¿Traes equipaje?

—Sí, á la puerta lo han dejado.

—Muy bien; en la habitacion contigua, donde ahora mandaré llevarlo, puedes desnudarte y vestirme; eso hacemos en ella los tres que acompañamos al duque; tú lo verificarás tambien. Voy á mandar que entren otra cama...

—Es inútil; cuando desee cambiar de traje iré allí; mas mi lecho será este sillón, y la almohada el extremo de los colchones del señor duque.

—Descansarás mal.

—No importa; quiero dormir vestido y probarle á mi amo que sirvo lo mismo en la corte que en los campos de batalla y que en la alcoba de un enfermo.

—¿Qué decís á eso, señor duque?

—Dejadlo que haga lo que quiera; su único defecto es la terquedad, y debeis dispensársela en obsequio á sus restantes cualidades.

—¿Vienes de Aviñón?

Preguntó el médico al paje.

—Sí, señor; hice á caballo esa travesía, acompañado de dos honrados franceses, que debian su vida á la generosidad del duque. Quedaron heridos en Fuenterrabía, sanaron, y se

ofrecieron á presentarme á su rey, escoltándome luego hasta aquí, en pago de la libertad por que suspiraban. Tanto rogué, primero al gobernador de la plaza que acabo de citar, y luego al rey de Francia, que uno y otro no pudieron negarse á mis justos deseos. Por cierto que mis guías, no obstante ser militares, se han tomado por mí un interés en el camino, que merece mayor recompensa de la que les he dado.

—No me extraña; tu acento seduce, la mirada impone, á pesar de tu corta edad, y todo es agradable en tí.

—Gracias, señor; sois tan bueno como vuestra hija; ¿cómo se llama?

—María.

—¡María! Recordad al duque ese nombre y os lo agradecerá.

—Es inútil,—replicó el generalísimo,—sólo me complace ya el que me dejéis tranquilo y sossegado.

—Siempre excéntrico como yo terco.

—¿Tiene amores tu señor?

—Preguntó el galeno.

—Cuentan que en Madrid se enamoró de él una joven, á la que dejó, prefiriendo la gloria de las batallas y los puñales de los asesinos. La bella, á quien arrancó su corazón, lloró amargamente tal ingratitud; pero desoyendo el duque sus consejos, optó por la guerra, dejándola cruelmente abandonada.

—Era militar, y el deber es ántes que los amores,—exclamó el médico.

—Eso decimos los hombres; no obstante lo cual, si se tratara de vuestra hija opinaríais de un modo distinto.

—Infiero que la dama de Silva es parienta tuya.

—Lo habeis acertado.

—Será hermosa.

—Eso dicen; yo no puedo elogiarla por prohibírmelo el lazo que me une á ella.

—No conozco,—replicó el duque,—mujer más bella, interesante y cariñosa; su acento atrae, como refiere la fábula

hablando del de la sirena; la mirada mágica y hechicera llega hasta el corazón, que seduce y fascina; su talle es esbelto, y el conjunto arrebatador; pero á imitación de mi paje y de los restantes individuos de su raza, es terca, muy terca, señor doctor.

—No puedo contradecir,—añadió el joven,—al que es mi dueño y señor; dejo en consecuencia sin contestar una idea que, en mi concepto, merecía réplica.

El duque varió de postura, como rehuyendo seguir la conversacion, si bien trataba únicamente de encerrarse en un disimulo que anhelaba sostener con todas sus fuerzas.

A las ocho y media de la noche dieron un caldo al enfermo, y seguidamente les entraron la cena al doctor y á su ayudante, al oficial y al paje; los cuatro se sentaron, principiando á comer y á hablar de Francia y de los últimos acontecimientos que habian tenido lugar en Italia. Concluido aquel acto, quedaron de sobremesa, segun costumbre, el médico, su segundo y el militar, mientras el paje cogió el sillón en que pensaba dormir, sentándose á la cabecera de Silva.

—¿Cómo sigue mi señor?

Le preguntó.

—Bien; pero no quiero hablar.

—Eso os sucede tambien cuando estais bueno.

Y ámbos callaron, fijándose, al parecer, en la conversacion de los tres restantes que se hallaban en un extremo de la estancia. El diestro paje tenía escondida su mano derecha en la escarcela; apoyaba el codo izquierdo en el colchon de Silva, y la frente en la palma de la mano. Cuando se convenció de que ninguno podia verlo, sacó un pergamino y lo introdujo entre las sábanas, diciendo á Alberto, muy quedo y en aleman:

—Lee cuando puedas.

Dejó pasar un corto intervalo, y depositando en el mismo sitio otros varios pedazos chicos de pergamino y un lápiz, añadió:

—Escribe, manda, y ten en cuenta que á todo me atrevo.

El duque ocultó debajo de la almohada lo que acababa de

recibir; miró luego á los que estaban de sobremesa, después á su paje, con interés extremado, concluyendo por cerrar los ojos y quedar como descansando.

Eran las diez de la noche; á excepcion de la fuerza que permanecia de guardia, todos los demás dormian, reinando en la torre un silencio interrumpido sólo por las olas que se estrellaban en el muro de la fortaleza, cuyos ecos repetian las cavidades del edificio.

El doctor y sus dos compañeros dieron tregua á la conversacion, Silva proseguia aparentando dormir, y el paje parecia que meditaba, cuando fueron sorprendidos por una voz de barítono, que al compás de los remos entonó las siguientes estrofas:

Caudillo, que en red traidora
Te cogieron sin razon
Tigres que el leon devora,
Ya se aproxima tu hora;
Atencion, presta, atencion.

Entre las breñas que ves
Al Norte y junto á la mar
Puedes tu estrella mirar,
Que pienso llegar después
Con muy distinto cantar.

Vigila de noche un Lara,
Mira Navarro á la puerta,
Otro la dejará abierta,
Y en tanto que se prepara,
Alerta, caudillo, alerta.

Remando pasé la vida,
Remando sigo, y la mar
Para algunos tan querida.
A mi me aduerme en pesar,
Pero nunca me intimida.

Los aquilones escucho,
Oigo á las nubes rugir,
Veo el mar que se alza mucho,

Mas con unos y otras lucho
Hasta vencer ó morir.

—

Comienza el viento á silbar.
La marejada á crecer,
Y la tormenta á anunciar,
Que el caudillo podrá ver
La tierra, el cielo y el mar.

Espiró la voz del cantor, y sólo volvió á percibirse el continuado rumor de las olas que en precipitada carrera venían á estrellarse contra el muro de la fortaleza.

Al escuchar acento tan varonil, el doctor y los dos que le acompañaban se pusieron en pié, exclamando el primero:—

—¡Silencio! Magnífica voz; creo que canta en árabe, y si no me equivoco debe ser una galera berberisca que cruza el golfo próxima á la torre. Veamos.

Y abrió la ventana que tenía el torreón, asomándose los tres; pero nada pudieron ver, efecto de la oscuridad que reinaba. En aquellos momentos encapotaban el cielo negras nubes, que hacían imposible distinguir los objetos á dos varas de distancia; Rousell, su ayudante y el teniente, quedaron no obstante pegados á la ventana, escuchando el canto del marino.

El paje miró á Alberto, y éste, atento también á las estrofas que entonaban, parecía ir las traduciendo con sumo interés y cuidado. Luego asomó á sus labios una sonrisa que rara vez llegaba á ellos, exclamando muy quedo en alemán:

—Es la voz de Osorio, le acompañan Navarro y Lara, y habitan entre las breñas próximas á esta torre.

—¿Quién te lo ha dicho?

Le preguntó el paje.

—Ellos, en ese canto.

—Yo no lo comprendo.

—Es que desconoces el árabe que yo enseñé á mis queridos amigos. Es preciso que los veas, que hables con ellos; pero aún es pronto... ¡Oh, para tí será siempre tarde! ¿cómo has de salir por entre esa soldadesca?...

—Como he entrado. Me desconoces, Alberto, mas yo te diré quién soy.

—Silencio.

En este momento cerraron la ventana el doctor y sus dos compañeros, y dirigiéndose el primero á la cama del enfermo, le preguntó:

—¿Oísteis esa cancion?

—Sí.

—¿En qué idioma la entonaban?

—En árabe.

—Lo entendeis.

—Algo.

—¿Qué decia?

—Es una balada misteriosa entre esos hombres.

—Qué buen efecto me ha causado.

—Y á mí tambien.

—La oscuridad, el silencio de la noche y tan magnífica voz saliendo de entre las ondas del mar, me han producido una impresion agradable.

—Si hubiérais comprendido las ideas que expresaba, entonces vuestra emocion sería más grande y profunda.

—¿Quereis decírmelas?

—Tengo la cabeza muy débil, mas fio en Dios que pronto podré complaceros.

En este instante sintió un golpe de tos el enfermo, arrojando por la boca bastante sangre. El paje se inmutó, quedando su cutis más blanco que la golilla que tenia en el cuello. El enfermo le miró fijamente, queriéndole decir:

—No temas, que esto no es nada.

Él lo comprendió así, pues fué poco á poco tranquilizándose.

Rousell alargó un vaso al duque, exclamando:

—Bebed todo el contenido, mitigará la tos, os dará fuerzas, y podreis dormir algunas horas sin interrupcion.

Y dirigiéndose á su ayudante y al oficial, añadió:

—Retiraos á descansar, cuando gusteis.

El último cerró la puerta del torreón, se guardó la llave, y unido al otro penetraron en la habitación contigua.

Anselmo pulsó á Silva, diciéndole:

—Muy bien, reposad, y si algo quereis llamadme. Paje, buena noche.

Y se acercó á su cama, que estaba tambien en la próxima estancia, comenzando á desnudarse.

El duque miró á su sirviente, el cual volvió la espalda hácia aquel sitio y se arrellanó en un sillón, dejando caer la cabeza sobre los colchones del prisionero. Más tarde, y cuando creyó que el doctor dormia, se incorporó un poco y alargó su diminuta mano á Silva en la que éste estampó un beso. Tornó á reclinarse, y al poco tiempo quedaron ámbos presa de tranquilo sueño.

Silva y su paje despertaron varias veces, se miraban, llegando á los labios la risa, y volvian á cerrar los ojos.

A las seis de la mañana se levantaron el doctor, su ayudante y el oficial; el paje se incorporó, y los cuatro se enteraron del estado del enfermo. Poco después le dieron caldo, alternado con los medicamentos, continuando de este modo cuarenta y ocho horas.

El alivio proseguia. Alberto y su paje hablaban unas veces con las miradas, otras en alemán y algunas en francés, sin perjuicio de dirigirse el último constantemente al médico, á su ayudante y al oficial. Tambien hacía preguntas á Vissó, y á los dos dias de estar allí, era querido de todos y admirados su precóz talento y fina penetracion. Pidió al capitán que le permitiera salir de la torre con objeto, añadió, de respirar otro aire y correr por el monte; pero aquél le contestó que no podia concederle la gracia, si bien esperaba en breve la llegada de un personaje que se la otorgaria, en su concepto, á ruego suyo.

Rousell muchas veces, y dos Vissó, trataron de preparar al duque para la realizacion de la idea que queria llevar á cabo Francisco I; pero Silva, sin ofenderse por insinuaciones,

más ó ménos vagas ó concretas, rehusó entrar en explicaciones, no demostrando interés ni desden, satisfaccion ni pesar. En cambio, conocia su estado mucho mejor que el facultativo, haciendo creer á éste que estaba más malo de lo que en realidad se hallaba. Pronto sabremos la causa de tan estudiado disimulo.

La Providencia velaba ya por nuestro héroe.

Él, lejos de maldecir su destino, ó quejarse de su suerte por la vileza y sufrimientos de que fué víctima, demostraba resignacion y una conformidad que hacían sublime la prueba que el cielo le exigia. Por esta razon creemos que la Providencia no debe abandonarlo más.

CAPITULO XV.

Situacion de Silva á los treinta dias de cautiverio.—El parte.—Régia visita.

HACIA un mes que el duque del Imperio fué herido y hecho prisionero, y aún continuaba aparentando una postracion que desesperaba al doctor Rousell. Sus heridas habian empezado ya á cicatrizarse, el pulso indicaba situacion normal, y nada hallaba la ciencia que justificase la palidéz, vista apagada y decaimiento del enfermo. El duque contestaba á las preguntas del médico de un modo vago y confuso; aquél hojeaba libros; reconocia al enfermo y torturaba su entendimiento, concluyendo por exclamar:

—Me desespera vuestro estado, general; en mi concepto, debiérais encontraros ya en la convalecencia, y no obstante, aparece una languidéz, una cosa que no me explico.

—Alguna lesion interior.

Contestaba Alberto, y su paje, que estaba de acuerdo, añadía con intencion:

—No puede ménos; alguna artéria rota ó membrana herida...

—Calla, no disparates; ¿qué entiendes tú de eso? No hay, además, síntoma alguno que indique descomposicion en el organismo.

—Pues yo digo que os equivocais en esta ocasion; ved su color; la mirada; esa inmovilidad... ¡Ay, doctor, por fuera está bueno, pero por dentro no sucede lo mismo!

El uno con laconismo y el otro con sus continuas indicaciones, lograron asustar al médico, le hicieron vacilar, y le impuso de nuevo una dieta, que era la verdadera y única causa de la postracion de Silva. Este se hallaba completamente curado de sus heridas, pero víctima de gran debilidad parecia un cadáver, cuando le bastaban simplemente unas cuantas tazas más de caldo y algunos trozos de aves para poderse levantar y hacer ejercicio como en sus mejores tiempos. Así lo comprendia él, tambien lo sabía su paje, y ámbos se miraban y sonreian constantemente, burlándose de los cálculos del médico y de las reflexiones de Vissó, ayudante y oficial.

Los dos primeros, ó sean Rousell y el capitán, habian recibido vários emisarios del rey, preguntándoles por el estado de Silva, y el de la idea que Francisco I se proponia desarrollar. Apremiados ámbos y sin saber qué contestar á su señor, decidieron por fin, después de un maduro exámen, dirigirle el siguiente despacho:

«Señor: cuando V. M. se dignó visitar en esta torre al duque del Imperio, el enfermo estaba muy grave, no pudo reconocer á V. M., y dejó por tanto su real presencia de ejercer las naturales y benéficas consecuencias. Poco á poco fué Silva mejorando; le indicamos la idea, de que queda hecha mencion, segun hemos expuesto á V. M. en otras ocasiones, y aún cuando no la aceptó de un modo terminante, es un hecho que no la combatió. Más explícito el maestre Mendoza, la acogió con aplauso, exigiéndonos por el pronto confianza en él, lo que se apresuró á demostrarle el capitán Vissó, mandando

»retirar de estos contornos la policía y gendarmes, toda vez
»que es imposible una sorpresa, y conveniente probar al amigo
»íntimo del generalísimo español que queremos atraerlo, léjos
»de desviarlo. En tal estado, y no habiendo nada en Francia
»que se iguale á la sabiduría de V. M., parece que la cuestion
»quedaria resuelta de un modo satisfactorio, si V. M. se dig-
»nase volver á honrar al enfermo, participándole su pensa-
»miento. Perdonad, señor, nuestra ruda franqueza, hija de la
»lealtad y del amor que profesamos á nuestro rey; mas para
»hacer hablar á Silva, para convencer á un hombre de cere-
»bro tan privilegiado, nosotros somos insuficientes, miéntas
»que V. M. todo lo lograria.

»Esperan las órdenes de V. M. para apresurarse á reali-
»zarlas, sus más humildes vasallos =*Anselmo Rousell.*=
»*Leandro Vissó.*»

Inmediatamente mandaron este escrito á Aviñon, donde
aún permanecia Francisco I, quedando ámbos aguardando á su
rey; pues visto el interés demostrado, no dudaban un momento
en que accederia al deseo expuesto por ellos.

—Me aburro, doctor, sin salir de esta alcoba,—dijo el
paje al médico cuando lo vió entrar, obedeciendo á una orden
de Alberto;—me aburro os digo, y ya que ese estúpido Vissó
no me deja que corra por el campo, enseñadme vos el castillo.
Conozco los palacios, las casas, y hasta las cabañas; pero es-
tos edificios donde hay cañones, soldados, pedazos de roca,
muros, torreones y aspilleras, no los he visto, no los he estu-
diado, y deseo saber qué tiene y cómo es la casa que me da
asilo. Si no me la enseñais, escribo á vuestra hija, participán-
dole que sois mal padre, peor amigo, y un médico fatal.

El doctor sonrió, estampando un beso en la frente del
paje. Luégo lo cogió con cariño de una mano, y acercándose
á la cama del enfermo, dijo á éste:

—Ya hemos escrito á S. M., segun os anuncié; creo que
vendrá á visitaros, y que vos, teniendo en cuenta su régio
deseo y vuestro propio interés, tratareis de complacerlo.

—Todo podrá ser.

Contestó el héroe, volviéndose del otro lado. El médico añadió:

—¿Oísteis á vuestro paje? Me amenaza, y si vos no os oponeis habré de darle gusto, siendo así que creo justa su demanda.

Alberto cambió de postura, y aparentando indiferencia, replicó:

—No debiera haber venido aquí; pero ya en la torre, complacedlo si podeis; yo os lo ruego.

—Almorcemos, y luego te enseñaré hasta los subterráneos de la fortaleza.

—Eso principalmente,—contestó el paje; y demostrando candidez, añadió:—Quiero ver el panteon; ¿hay muchos muertos?

—No, hombre, en la parte baja sólo encontrarás barriles de pólvora y balas.

—Mucho mejor; pues no me llevaron nunca á ningun depósito de esa especie. Almorcemos pronto.

Y se sentaron á la mesa, como los dias anteriores. Luégo, cogidos de la mano Anselmo y el paje, salieron de allí y fueron reconociendo la fortaleza, sin excluirlos subterráneos de la misma; nuestro jóven lo observaba todo con detenimiento; hizo mil preguntas al doctor, concluyendo por grabar en su memoria cuanto le hacía falta, fijándose muy particularmente en los almacenes de pólvora. Vueltos al torreón, buscó un pretexto el paje, y encerrado en la habitacion contigua, trazó con lápiz en un pedazo de pergamino lo que acababa de ver. Después tornó al lado de Alberto, quedando en conversacion con éste y el doctor.

Por la noche, cuando todos dormian, hablaron el generalísimo y su paje muy bajo y en aleman, por espacio de una hora.

Trascurrieron cuatro dias más, amaneciendo el domingo y el destinado para la sexta visita del maestro de campo Don Luis Mendoza, el cual debia llegar á la torre cerca del mediodía.

A las once de la mañana se detuvieron á la puerta de la fortaleza doscientos caballos, é inmediatamente corrió la voz de:

—¡S. M. el rey!

Era efectivamente Francisco I que, después que le facilitaron la entrada, echó pié á tierra, diciendo al jefe de su escolta:

—Esperad aquí todos. Más tarde llegará un maestre de campo español; dejadle pasar y no demostréis, á los que le acompañen, otra cosa que interés hacia ellos.

Y desapareció, cerrándose la puerta trás él. Vissó habia salido á recibirle, y caminando á su izquierda, le preguntó:

—¿Quiere V. M. pasar al torreón?

—No,—contestó el rey;—entremos en tu despacho.

Cuando lo hubieron verificado, se sentó el monarca, interrogando al capitán:

—¿Qué acontece aquí?

—Nada de particular; en mi último despacho expuse á V. M. cuanto ocurría.

—¿Sigue el duque encerrado en su reserva?

—Sí, señor.

—¿Qué dice Rousell?

—Que continúa mejorando, pero muy despacio.

—¿Y Mendoza, se presta á la realizacion de mi idea?

—Así lo ha demostrado.

—¿No te engañará, Vissó?

—Señor, es mas militar que cortesano; asegura no haber mentido jamás, por todo lo que he dado crédito á sus frases.

—¿Contestó de un modo terminante?

—No, señor; quiso ántes que le diésemos una prueba de confianza y de las simpatías que nos inspiraba; lo he complacido, y hoy debe hablar categóricamente.

—Por eso vengo en este dia, toda vez que tu puño es más fuerte que el cerebro; eres leal y no naciste cobarde; pero temo que te engañen, Vissó; esos españoles saben más que tú, y sería terrible que tomaran la rebancha y te envolvieran en

una red mejor tejida que la presentada por tí en los llanos de Agout.

—Nada iguala á la sabiduría de V. M., y su presencia aquí será tan beneficiosa como interesante.

—Sal, ahora, y esperas la llegada del maestre; dile, que advierta á los que le acompañan, no se impacienten por su tardanza, toda vez que hoy es ilimitado el tiempo de su permanencia en la torre. De este modo se evitará el conflicto á que os expusísteis el domingo anterior. Primero di á Rousell que le estoy esperando. Marcha.

Salió el capitán, siendo reemplazado al poco tiempo por el doctor; ámbos hablaron de la salud de Silva, preguntando luégo el soberano:

—Vos, que sois hombre de ciencia; que todo lo estudiáis, y que nada debe pasar desapercibido á vuestro claro ingenio, ¿sabéis decirme qué efecto causa en ese español la indicación de la idea que habeis sometido á su decisión?

—Me ha parecido que le agradaba.

—¿En qué os fundáis?

—En lo despejado de su frente; la mirada se fijaba en mí con interés; vagaba luégo por la estancia, significando satisfacción, y aún cuando nada afirmaban sus labios, el rostro parecia indicar propension á un sí que yo deseaba.

—¿Habeis insistido muchas veces?

—Cinco, y en todas lo he observado con el mismo interés.

—¿No demostró nunca molestia ni desagrado?

—Jamás.

—¿Teneis algo más que decirme?

—No, señor.

—Idos al torreón, y cuando yo llegue, dejadme solo con el enfermo.

Marchó Rousell, y Francisco comenzó á pasear por la estancia, meditabundo, pero retratándose en su semblante una alegría que no sintió anteriormente. Así esperó hasta oír la voz de Vissó, que dijo:

—El maestro de campo, Mr. Mendoza.

El monarca francés saludó al recién venido con la sonrisa en los labios, preguntándole:

—¿Cómo sigue el embajador del ejército español?

—A los pies de V. M.

—Ya habreis notado que el alivio de Silva progresa, y que es visitado por mí, lo cual supera á lo que os tengo ofrecido.

—Gracias, señor; estoy reconocido á V. M., y anhelo vivamente la ocasion de demostrárselo.

—Acaso se os presente.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. ¿Quereis cambiar ese cetro de maestro por un título de general, añadiendo luego otro de marqués, si en la guerra y junto á mí os haceis acreedor al último?

—Con mucho gusto, siempre que me haga ese ofrecimiento mi amigo íntimo, mi maestro, mi protector, el duque del Imperio. Le debo la vida, cuanto soy, y á fuer de noble y de agradecido, sólo puedo caminar en pos del héroe que tanto me dió, que tanto le amo.

—No me disgusta la réplica; y como abrigo la esperanza de conseguir un almirante de Francia, joven, valiente y de gran talento, que neutralice en la balanza de París el peso que hace al lado opuesto mi primo el duque de Borbon, residente en Madrid, confío en que Luis Mendoza habrá aprovechado su venida á mi reino. No temais á las fuerzas de Tolosa, del Bearne, ni las que aguardan á la parte opuesta de los Pirineos; llevamos cuarenta dias de tregua; la Francia es rica en oro y brazos, y sin contar las huestes que há tiempo mandé á Italia, tengo ya dispuestos á entrar en combate más de cien mil hombres.

—Con el genio de Silva no es necesaria tanta gente, toda vez que él solo representaba un ejército invencible.

—¿Qué ambicionais, maestro? Se que unís á vuestro denuevo y fuerza de gigante, talento y sabiduría, dignos de un discípulo que tuvo por maestro al héroe, y en verdad que no

quiero lejos de mí persona de ese mérito; anhelo por el contrario ver cerca, muy cerca, hombres que tanto valen; y notad que Francisco I sólo fué avaro de gloria.

—Señor, V. M. me honra más de lo que yo merezco; sus indicaciones serían órdenes que pondría en ejecucion con placer, si el duque del Imperio no existiera; hable V. M. con él, y tenga presente, que juro ahora, como lo he hecho ántes, seguir hasta que muera su mismo camino.

—Lo haré; y como no me es posible por circunstancias especiales perder un momento, ántes de cinco minutos estaré sentado junto al lecho de vuestro amigo. ¿Advertísteis á los de vuestra escolta que no se impacientaran si tardábais?

—Sí, señor; castigué en Tolosa á los que faltaron el domingo anterior; hoy me acompañan otros, y respondo de ellos.

—¿Quereis esperar solo ó acompañado de Vissó?

—Como disponga V. M.; advirtiéndole, que ya no me molesta la compañía de ese valiente capitán.

—Entonces, aguardad aquí, conversando con él. Hasta luego.

—El cielo inspire á V. M.

Salió el monarca, siendo reemplazado por Vissó, el cual alargando su mano á Don Luis, lo estrechó por segunda vez, prosiguiendo ámbos en agradable plática. El capitán no perdió un solo instante de vista el título de maestre; Mendoza ponía en juego el entendimiento y habilidad, y deseando vencer á su enemigo, sin hacer uso del engaño ni de la mentira, buscaba frases de doble sentido para enredar con ellas á sus contrarios y dejar tranquila la conciencia.

Francisco I subió solo al torreón, donde estaba su elevado prisionero, quedando parado un momento ántes de llegar á la puerta. Sabía que el duque era un héroe; que su talento no tenía rival, y anhelando atraerlo á sí, meditaba mucho en los medios, temiendo á la vez ser vencido en la cuestion que iba á provocar.

Por fin abandonó sus dudas, tomó una resolucion extrema

y sin detenerse más, llamó á la puerta, dando su nombre. Rousell la abrió, y unido al paje, á su ayudante y al oficial, se echaron atrás para que pasase, saliendo ellos de la estancia á la vez que el monarca avanzaba hácia la cama del enfermo. La puerta se cerró, viéndose solos S. M. y Alberto de Silva. El primero se detuvo á los piés del lecho, se fijó en el enfermo, y haciéndole un ligero saludo, le preguntó:

—¿Cómo sigue el duque del Imperio?

—Algo más aliviado, señor; pero es tan grande la debilidad que siento y exigua la fuerza de que dispongo, que no acierto á comprender cuándo podrán disponer que me levante.

—¿Teneis quejas que darme? ¿os han faltado, ó careceis de alguna cosa?

—No, señor; me hallo satisfecho, al presente, del cuidado y atenciones que merezco á los vasallos de V. M.

—Creo que esa languidez desaparecerá pronto, y esta opinion se halla confirmada por el doctor Rousell, que, como habreis comprendido, es un sábio.

Y avanzó el rey, dejándose caer en el sillón que estaba á la cabecera del enfermo. Éste se volvió para estar frente al monarca; mas al esfuerzo que hizo, siguió un golpe de tos, arrojando por la boca sangre, que recibió en un pañuelo blanco.

—Ya veis, señor,—dijo cuando se hubo tranquilizado,—que debe existir algo más que debilidad; si bien juzga el doctor que las hemorrágias y esputos desaparecerán en breve; lo único malo que yo veo en esto, es que me prohíben hablar y hasta moverme; por lo demás, pienso que de haber lesion interior sanaré pronto de ella.

—Si os molesta, hablad poco; pero prestadme toda vuestra atencion. ¿Teneis algun inconveniente?

—Ninguno; acepto la honra, y me dispongo á escucharos.

El rey meditó; Silva fijó su penetrante mirada en él, y ámbos se prepararon á entrar en debate, muy estudiado por el uno y adivinado por el otro. El lance era digno de ellos; los dos pensaban hacer uso de su talento y habilidad, siendo la

posicion del héroe muy embarazosa y comprometida. Cuando Francisco acabó de madurar su idea, exclamó:

— La Francia, cuyos destinos rijo, es un país mucho más poderoso en hombres y en dinero de lo que creen sus enemigos. Hace cuarenta dias no tenía soldados en Italia; los que habia en Francia huian despavoridos, y lo mismo allí que aquí, todo parecia perdido, efecto sin duda de que la veleidosa suerte dejó de sonreirme al pisar mis estados el vencedor de Fuenterrabía; mas, admiraos, duque, me ha bastado un mes para organizar un ejército y dirigirlo á Italia; aproximar al Bearne y Tolosa cien mil hombres, y tener preparados en Aviñon otros veinte mil, que me seguirán mañana á la Lombardía. La *liga*, orgullosa de sus triunfos y harto confiada en el porvenir abandonó á Italia, suponiendo que yo no podria reponerme en mucho tiempo, y juzgando que bastaba con el valeroso marqués de Pescara para hacer frente al ejército que yo mandase más adelante. Dicho marqués detuvo su mirada en Alberto de Silva, y creyó que con él tenía yo suficiente para estar entretenido, para que no me volviera á acordar de los derechos que me asisten á muchos pueblos italianos. Y con más valor y temeridad que cordura, he aquí que de pronto forma su ejército, atraviesa los Alpes y se mete en Francia, dejando en los pueblos que concluia de reconquistar, cortas, aunque aguerridas guarniciones. Veinte dias después quiso imitaros, y con menos suerte que vos, sitió á Marsella; pero ni Pescara es Silva, ni esta ciudad se parece á Tolosa ni á Pau. En tiempos anteriores hubo que acumular en ella defensa sobre defensa, y á sus elevados y gruesos muros, castillos y fuertes, de todas clases; unen varias minas interiores, que harian infructuoso todo asalto, matando instantáneamente al que lo efectuara con éxito. Hay dentro diez mil soldados, dos generales de los mejores de Francia, pertrechos y comestibles en cantidad fabulosa y una escuadra que les lleva además cuanto piden. Los he dejado que tranquilamente formen el sitio con todas las reglas del arte, y que den principio á sus fuegos, que son contesta-

dos con regularidad y precision. En tal estado, les cogí el paso de los Alpes, les corté la comunicacion por mar, quedando, sin saberlo ellos, interceptados con todo el mundo, ínterin el almirante de Francia les quita las poblaciones que no há mucho arrancaron en Italia á mis soldados; mañana partiré yo, y ya comprendereis que muy en breve aquel país será nuestro, sin que Pescara haya logrado otra cosa que entretenerse agradablemente en ir poco á poco perdiendo un ejército vencedor desde tiempo há en toda la Lombardía. Volviendo á Francia, os diré, que tengo fuerzas sobradas para haber caído sobre Tolosa y Pau, con seguridad de recobrar en breve las plazas que vos me quitásteis; mas lo he dilatado hasta ahora, anheloso de la entrevista que está teniendo lugar, y con ánimo de no determinar nada sobre esos puntos, en tanto que vos no os hallárais bueno, por exigírmelo así la tregua firmada y el pensamiento que me trae aquí. ¿Que os parece, duque, el exactísimo cuadro que acabo de dibujar?

Alberto oyó al rey, sin perder una sola de sus frases; á la vez estudió su fisonomía, concluyendo por convencerse de que Francisco le habia dicho la verdad en todo, siendo esto causa de que el héroe temblara por la suerte de su país. Pero nuestro sábio amigo no era hombre que se dejaba dominar por las impresiones, y en alas de un patriotismo y amor á Carlos I, superiores á toda descripcion, se dispuso á recibir dignamente la proposicion que tenía prevista y que creyó utilizar en pro del país en que habia nacido. Así es, que, asomando á sus labios melancólica sonrisa, contestó á Francisco I:

—Señor, todo ese relato es por sí solo verosímil, y expresado por V. M., cierto; no dudo de nada; mas ignoro el motivo que os he dado para que intenteis entristecerme con noticias tan poco agradables para un español.

—No fué esa mi intencion, duque; os enteré de cuanto ocurría, como pudiera hacerlo un amigo con otro, para fines ulteriores.

—No comprendo á V. M.

—¿Sabeis, —le preguntó el monarca, variando de conversacion y marcando mucho sus palabras, —que mi primo el duque de Borbon abandonó á París, y en este momento sirve á Cárlos I con valor y lealtad dignos de tan esclarecido varon?

—Lo ignoraba, señor; nâdie me habla aquí de eso, ni yo me cuido de otra cosa que de buscar un restablecimiento, lejano acaso, pero cierto.

—¿Qué opinais de ese hecho?

—Desconozco la causa.

—Ninguna en resúmen; pues la que alega es tan exagerada como pueril.

—El hombre, en mi concepto, debe hacer uso de su libre alvedrío en ocasiones solemnes de la vida, —dijo Silva, con intencion y adivinando por completo el pensamiento del rey; —y yo no veo mal que el duque de Borbon sirva á Cárlos I, como tampoco me extrañaria que el duque de Alba ó el condestable de Castilla ofrecieran sus espadas á V. M. Las sociedades modernas piensan de diferente modo que las antiguas, y van desechando paulatinamente rancias preocupaciones, que yo tuve, y que procuro apartar de mí.

—Me alegro que opineis de ese modo, y no me admira, toda vez que es muy propio de un hombre tan ilustrado y entendido; pero convendreis conmigo en que si llevaron al duque de Borbon á Madrid las glorias del imperio, la decoracion ha cambiado por completo, y debe temer haberse equivocado de un modo absoluto.

—Es posible.

—Dadlo por seguro, como tambien que el general en jefe del ejército español, Don Pedro Peralta, marqués de Córtes, ha hecho muy poco, cási nada por el rescate de su generálísimo.

—Ya lo veo.

—En cambio, deja que sus soldados roben y cometan toda clase de excesos en Tolosa y el Bearn.

—Eso es todavía más criminal.

—Necesitará reponerse, y á rio revuelto...

—Terrible es la idea.

—Pero cierta, duque.

—Lo creo, asegurándolo V. M.

—La buena administracion y moralidad que vos establecisteis en el ejército español, se convirtieron en un caos deplorable.

—Lo siento, y en verdad que no puedo ser responsable. Caí herido en una batalla, me hallé prisionero, y de lo que se haya hecho después nadie podrá culparme.

El rey creyó que dejaba preparado suficientemente el terreno, y disponiéndose á abordar la cuestion en su parte más interesante, preguntó á su prisionero:

—Duque, sed franco, decidme el pensamiento que os ha traído á Francia.

—Señor, soy joven, ambiciono la gloria y corrí en busca de ella, con vehemente deseo de alcanzarla.

La contestacion encantó al rey, que le dijo:

—Vuestro nombre se conoce ya en Europa; nadie puede negaros talento, genio y valor; mas en mi concepto, vuestro porvenir no está en España, país de rancias preocupaciones y que cuenta con muchos y poderosos enemigos.

—Ruego á V. M. se digne explicar la idea.

—Hay en Europa quien os daría con gusto un puesto elevado, muy elevado, y los ejércitos y medio de asombrar al mundo con vuestros hechos de armas.

—Señor, V. M. no ha tenido á bien concretar la idea.

—Me hace falta un almirante, un héroe y un otro yo, reasumidas las tres cosas en un solo sér.

—¿Existe alguno digno de ocupar ese triple puesto?

—Sí.

—No le conozco.

—Meditadlo bien.

—No lo hallo.

—Lo creo, porque ese hombre sois vos, acompañado del general Luis de Mendoza.

Alberto esperaba esta declaracion, y sin vacilar le dijo:

—¿Qué exigís de mí, poderoso señor?

—Que al frente de los cien mil soldados que tengo dispuestos reconquistéis á Tolosa y el Bearne, avanzando luégo hasta Fuenterrabía y un poco más. Sólo el Ebro debia detener vuestro paso.

—Imposible, señor; el porvenir me llama por el pronto á Italia; luégo será otra cosa. Bien comprendo que hoy nada valgo, para nada sirvo, aprisionado en esta fortaleza que supongo inexpugnable; pero no quiero la libertad, ni aún la vida, á costa de deshacer lo que yo hice. Eso es impropio de un general que se estima en algo. En Italia ya es otra cosa. Allí combaten romanos, ingleses, napolitanos, alemanes, y el nuevo guante que les está arrojando V. M. será causa de sangrienta pelea, larga, duradera, y en la que un hombre de genio podrá arrancar á la gloria su mejor corona.

—¿Luego vos en Italia y yo contra Tolosa y el Bearne, sería una combinacion aceptable para vos?

Silva fué á incorporarse para contestar al rey, é hizo un esfuerzo tan violento, que se sintió acometido instantáneamente por vários golpes de tos, seguidos de una hemorrágia que lo dejó pálido como la cera, y tan débil, al parecer, que no pudo disponer del uso de la palabra.

Francisco I movió la cabeza con disgusto, aguardando impaciente la terminacion de un ataque que entorpecia su plan.

—¿Os habeis mejorado?

Le preguntó con interés. Silva murmuró:

—No puedo hablar.

Y sus labios volvieron á despedir sangre.

—Tranquilizaos, y puesto que no teneis inconveniente alguno en ir á Italia, quedemos en que yo partiré mañana, siendo reemplazado por vos en el momento que os restablezcais.

Alberto movió la cabeza afirmativamente.

—Os dejaré extendido vuestro título de almirante y algunos otros con que deseo sorprenderos agradablemente.

El héroe movió la cabeza en sentido negativo; y como víctima de un gran padecimiento, exclamó, haciendo entre frase y frase pausas, hijas, al parecer, del accidente que sufría:

—En Italia... allí todo... aquí nada...

—Comprendo,—le dijo el rey,—quereis ir á la Lombardía; y sólo al ponerlos al frente del ejército, recibir los grados á que sois acreedor.

El enfermo hizo un signo afirmativo; el otro añadió:

—Sea así, y recordad que os espero con gran impaciencia. ¿Deseais, como yo, que os acompañe Mendoza?

—Sí.

—Ahora entrará aquí, y si podeis, dadle instrucciones; yo debo dejaros para que me reemplace Rousell y os facilite los medios de alivio que necesitáis. Adios, amigo mio; sanad pronto; corred á la Lombardía, y en el campo de batalla terminaremos la cuestion pendiente. Confío en vos como en mi propia persona, y no dudo que quedareis tan satisfecho de mí, como yo pienso estarlo de vos. Cuanto pidais, eso os daré, que desde este instante acaba el prisionero y empieza el héroe de Francisco I.

Alberto le hizo vários signos que podian traducirse de diferente manera; el rey los interpretó como aquiescencias y salió de allí, demostrando satisfaccion y alegría. Al entrar dudaba, con sobrado motivo, del éxito de su empresa; no le fué dado medir el talento que abarcaba su poderoso enemigo, y creyó que á sus primeras frases seguiria una negativa absoluta. Esto fué origen de que, no obstante haberse comprometido el duque á sólo ir á Italia sin decir el modo ni la forma, interpretara el monarca la idea por una confirmativa incondicional á sus deseos; y basado en esto, el que caminara de error en error, juzgando asequible lo que nadie le habia ofrecido, y un compromiso formal lo vago, indeciso y tribal contestado por Silva. Bien es verdad que las palabras de éste fueron muy estudiadas, oportunas, hábiles, y contribuyeron poderosamente al engaño del rey, no sólo por lo expuesto, si

que tambien por el doble sentido que llevaban. Francisco I sonreia con placer al salir de la alcoba de Silva, mientras éste le despedia con otra sonrisa muy diferente; la del odio, desprecio y venganza que le inspiraba un enemigo artero con él, y tan mezquino y ruin ántes y después.

El soberano encontró á la puerta del torreón al médico, oficial, ayudante y paje, diciendo al primero:

—Pasad, y contened el ataque que sufre Silva. Vos,—dijo al segundo,—retiraos é ingresad en vuestra compañía, por ser ya inútil el servicio que prestábais cerca del duque, y vos,—añadió al ayudante,—quedaos con el doctor, si le haceis falta, y si no, marchaos.

Y fué á partir, siendo detenido por el cuarto, que le dijo:

—¿Y yo, señor?

—¡Ah! pajecillo; ¿qué quieres tú?

—Primero saludar á V. M. y darle otra vez las gracias por haber accedido á mi deseo; y si V. M. me lo permitiera, me atreveria á pedirle otra gracia.

—¿Qué pretendes?

—Señor, el duque cada dia es más excéntrico, y aún cuando yo le amo mucho, rehusa mi conversacion y mis cuidados; por lo cual me aburro en ese torreón, y hasta me duelen las piernas de no hacer ejercicio. Por esa causa le pedí permiso á Vissó para que me dejase salir una hora y poder correr por el monte, coger mariscos y respirar aire; pero es tan brusco ese capitán, y tan poco bondadoso que me lo negó.

—Bien; sal una hora ó dos y corre cuanto quieras, que á tu edad es muy natural ese deseo.

—Gracias, muchas gracias. Ya sabía yo que V. M. me lo concederia.

—¿En qué te entretienes por la noche?

—Juego á los dados con el doctor; pero yo no sé en qué consiste que siempre me gana.

—Toma ese bolsillo, y prueba á ver si el oro que contiene es más afortunado que el tuyo.

—Lo haré así.

—Adios, paje; cuida á tu señor, cuya vida me interesa mucho desde hoy.

Y bajó el monarca, incorporándose poco después con Mendoza y Vissó. Al primero le dijo:

—General, se cumplen vuestro deseo y el mio; pasad á la alcoba del duque, y cuando se haya aliviado del accidente que sufre, recibid sus órdenes y disponéos á seguirle á Italia.

—Me alegro;—dijo el atleta, aparentando satisfaccion;—obedezco á V. M., y no tardaré en demostraros de todo lo que soy capáz.

Y salió de allí, dirigiéndose al torreón.

Solos, ya el rey y el capitán, exclamó el primero:

—Vissó, permite al paje de Silva que vaya una hora ó dos á correr por el monte; Mendoza puede entrar y salir solo en la torre, sin perjuicio de que le vigiles en la fortaleza, en union de aquellos que le acompañen y queden de la parte afuera. En cuanto el duque se mejore y esté en disposicion de partir, le dispones un buen caballo, y seguido de Mendoza y rodeado de tu compañía lo llevas al cuartel general de Italia, presentándoos en el acto á mí. Desde ese dia serás maestre de campo. Creo que se ha realizado mi pensamiento; conviene por lo mismo no cometer ninguna imprudencia con Silva ni Mendoza; pero á la vez, y rehuendo la excesiva confianza, juzgo oportuna la vigilancia; y si notases que esos dos españoles no obraban con lealtad, entónces que mueran por traidores. Pero esto no es más que una prevencion, toda vez que lo probable y lo que nos interesa debe ser lo contrario.

—Comprendo, señor; si engañan á V. M. perecerán; mas si la buena fe preside sus actos, llegarán á Italia como almirante el uno y como general francés el otro.

—Exactamente. Juegas en este asunto tu cabeza, Vissó.

—Sin temor á perder la vida, que es de V. M., trataré de realizar el pensamiento con el interés que todo aquello en que se digna honrarme V. M.

—Salgo de Francia mañana, y te espero con la mayor impaciencia.

—El cielo defienda la preciosa vida de V. M.

El rey, acompañado del capitán, llegó donde estaba su escolta, y montando á caballo partió en dirección de Aviñon, después de hacer un ligero saludo á los caballeros de Mendoza. La puerta de la fortaleza volvió á cerrarse, el gigante quedó dentro, y los españoles que le aguardaban montados sin demostrar ninguno impaciencia, en esta ocasion, por la tardanza del maestro.

Pronto veremos los resultados de tan ciega confianza.

CAPITULO XVI.

El generalísimo comienza á demostrar que no ha muerto.—Comunicacion con los de afuera.—Conspiracion permanente.

Poco después de salir Francisco I de la habitacion de Silva, entró el médico, siguiéndole su ayudante y el paje. El penúltimo dijo al doctor:

—Manda S. M. que me retire de aquí, si vos no necesitais de mí.

—Podeis salir y andar por la torre, que harto tiempo permanecisteis encerrado; y si preferís partir á Aviñon, no hallo inconveniente en que lo verifiqueis.

—Si no os hago falta marcharé esta tarde.

—Cuando gusteis. El duque continúa mejorando, y en breve os seguiré yo.

El ayudante se despidió de Silva, de su jefe, del paje, y desapareció de allí. Rousell se fué acercando poco á poco á la cama del enfermo, y le miró con malicia, exclamando:

—El vigilante huyó de aquí; después mi ayudante, y para colmo de ventura dejaron esa puerta abierta, de lo cual deduzco, que esta morada no es ya una prision. Bebed el contenido de este vaso y os aliviareis; es indudable que haceis esfuerzos inauditos, pues de lo contrario era imposible esa sangre que con tanta facilidad, al parecer, arrojais.

Alberto tomó el medicamento, pero nada contestó; el médico le dijo:

—¿Callais? Mal hecho; la noticia, que creo adivinar, colmará mis afanes.

—Si lo sabeis, excuso deciros nada.

—Lo preveo, y por cierto que, á no equivocarme, está la Francia de enhorabuena.

—No os comprendo, doctor.

—La visita de S. M., y el haber quedado esa puerta entornada, dicen, á mi juicio, que el duque del Imperio ha ascendido á almirante de Francia.

—Quién sabe, Rousell; no entregaos jamás á juicios temerarios, y esperad como yo á que los acontecimientos nos vayan aclarando el misterio.

La posicion del enfermo se iba haciendo un poco crítica, cuando apareció Mendoza, el cual, después que hubo estrechado á Alberto, dijo al facultativo y al paje:

—Señores, me encarga Francisco Ique entere al señor duque del Imperio de un asunto que no debeis escuchar vosotros; yo os ruego en consecuencia, tengais la bondad de dejarme solo con él.

Y estrechando afectuosamente la mano del médico, los acompañó hasta la habitacion contigua, donde aquellos entraron. En seguida cerró la puerta del torreón, y sentándose á la cabecera del lecho, exclamó con ironía:

—Noto, con placer, que han reemplazado á vuestros carceleros con un precioso é inofensivo paje; de lo cual deduzco que os debo dar la enhorabuena, señor almirante de Francia.

—Gracias, Don Luis; ¿podremos entendernos en aleman?

—Quién lo duda; recordad que soy vuestro mejor discípulo.

—Pues bien; usemos este idioma, y dejad la ironía para cuando estemos al aire libre. Contestad á mis preguntas, abreviando en lo posible. ¿Quién es Vissó?

—El jefe de los asesinos que os tendieron la emboscada por orden de Francisco I; el que mandó hacer fuego, y el que os condujo á Agout á la grupa de su caballo.

—¿Estais cierto de lo que decís?

—Sí, señor; teníamos ya vivas sospechas, algunas pruebas, cuando hizo la casualidad que Navarro, Osorio y Lara hallasen á Juan de Dios Bermudez; iban disfrazados, aquél no pudo reconocerlos, y les refirió lo acontecido, sin omitir detalle.

—¿Quién se lo contó al jorobado?

—Se hallaba con ellos, y fué el que, viéndoos en tierra, os dió la puñalada que sufrís en el costado.

—¡Cuánta maldad! ¡qué séres tan depravados!

—En cuanto á Bermudez, nada intentéis, toda vez que el general Navarro, en lucha igual y honrándole como no merecia, lo mandó al otro mundo de una puñalada.

—¿Quiénes son los que acompañan á Vissó?

—Los mismos que os hirieron y os aprisionaron, con algunos otros dignos de ser mandados por ese infame capitán.

—Sé que se hallan cerca de aquí, Navarro, Osorio y Lara. ¿Qué gente tienen?

—Cuatro contrabandistas que conocen admirablemente el terreno.

—¿Qué se proponen?

—Salvaros.

—¿De qué modo?

—Esperan la ocasion que yo debo facilitarles.

—¿Están expuestos á caer en manos de los franceses?

—No; los gendarmes y policía abandonaron estos contornos á consecuencia de una intriga mia, y escondidos entre las breñas no es posible que los distinguan desde esta torre.

—Son temerarios.

—Ahora se trata de salvar al héroe, y obramos con excesiva prudencia.

—Sin ella, todo se perderá. Oídme bien: es indispensable que cubrais con vuestro traje á uno de los contrabandistas que acompañan á Navarro, y os quedeis vos en su lugar, pues será preciso hacer uso de vuestras hercúleas fuerzas. ¿Lograis esto?

—Sí; hay un bosque próximo, donde se efectuará el cambio sin peligro alguno.

—¿Qué gente os sigue?

—Veinticinco caballeros de vuestra escolta y mi criado.

—Decidles que continúen su camino hasta llegar á Tolosa, y que vuelvan á venir el sábado mandados por uno que os imite en estatura, procurando llegar á ese bosque, de que me habeis hablado, el mismo día cerca de anochecido, á cuyo fin podrán correr mucho ó adelantar la hora de la salida. Ya en el paraje convenido, esperarán vuestras órdenes. En cuanto á vosotros, os concretáis única y exclusivamente á obedecer las instrucciones que yo os mande todos los días, empezando desde mañana.

—¿De qué medio os vais á valer para verificar lo último?

—Mi paje os visitará por las tardes; estad alerta al oír su canto.

—¡Vuestro paje decís! ¿No es francés é impuesto por Francisco I?

—No.

—Temo que sea un espía, y las consecuencias...

—Callad, insensato; ese mancebo es alemán, me lo ha traído aquí su amor, y cuento con él como conmigo mismo. Si Navarro lo reconoce, prevenidle que admire su abnegación, aplauda su heroísmo y que esté siempre descubierto ante él. En cuanto á vos... Ya hablaremos del paje más adelante.

—Lo haré así. ¿Teneis medio de efectuar la evasión, sin peligro por vuestra parte, apoyada por nosotros?

—Sí, y es indispensable que se verifique el sábado próximo, pues habeis de saber que la patria se halla en grave peligro, y que somos nosotros los encargados de salvarla.

—Creo que vuestro estado no nos permitirá realizarlo tan pronto.

—Ese le conozco yo solo, y el día prefijado será ya inmejorable.

—Continuáis arrojando sangre por la boca, y temo...

—La hecho porque quiero; estad prevenidos, y obedeced como teneis de costumbre.

—¿Qué digo á Vissó cuando salga?

—Que está todo corriente, y que en la noche del sábado saldremos de la torre.

—¿Nada más?

—Eso sólo. Rehusad explicaciones, que aún cuando son malos, no debemos imitarlos nosotros engañándolos con frases terminantes. Si ellos se equivocan, si interpretan de un modo contrario lo que decimos, la culpa no será nuestra, ni podrá nunca la conciencia acusarnos de falsedad.

—Siento pasos, y debe ser Vissó.

—Hablemos en francés.

Y alzando la voz Mendoza, añadió:

—El mando de general formaba mi ilusion, y en verdad que, logrado esto y caminando en pos del héroe, me creeré el hombre más dichoso de la tierra.

En este instante apareció el capitán, preguntando desde la puerta:

—¿Dais vuestro permiso?

—Llegais á tiempo, Vissó; pasad;—le dijo el atleta.

—¿Cómo sigue mi señor el duque del Imperio?

—Bien, capitán; algo débil, dolorido aún, pero, Dios mediante, pronto haremos un viaje largo, muy largo.

—Lo anhele como el vivir.

—Puesto que está aquí Vissó, me retiro, si no teneis nada que mandarme, señor duque.

Exclamó Mendoza.

—Sí, salid inmediatamente y ganad el tiempo que habeis perdido, para que no noten el retraso en Tolosa.

—¿Qué digo á Peralta, Navarro y Usen?

—Nada absolutamente. Esta es la última visita que me haceis; por lo cual será conveniente regreseis el sábado por la tarde, acompañándoos gente de toda vuestra confianza, segun os he dicho ántes.

Mendoza fingió una satisfaccion y alegría extremadas, estrechó la mano de Alberto, y se despidió del capitán, penetrando en la habitacion contigua.

—Ya he concluido, doctor,—dijo al médico;—salid cuando gustéis, y proseguid cuidando á vuestro elevado enfermo como él se merece. ¡Voto al demonio!—exclamó reparando en el paje, y aparentando sorpresa,—¡no te habia conocido, temerario rapáz! Tú, siempre pegado á tu señor, como el lebrele al amo.

—Lo mismo,—le contestó el mancebo,—soy su perro más leal.

—Me alegro mucho, y ya no me extrañan las deferencias que el duque tuvo siempre contigo. Prepárate á seguirnos en breve.

Y fué á hacerle una caricia en el rostro; mas le pareció que habia visto aquel hermoso semblante en otro sitio, y aturcido, confuso, retiró la mano con temor y respeto. El paje comprendió parte de lo que pasaba por Mendoza, y notando que los miraba el médico, le acercó la cara, diciendo:

—¿No quereis, como de costumbre, tocar mi rostro?

—Sí, lo mismo. Adios; vela por tu señor, y cuenta con mi amistad y aprecio.

Y acercó sus dedos á la mejilla izquierda del jóven. Luégo estrechó á Rousell, salió de allí, y montando á caballo, desapareció al frente de su escolta.

El paje se cogió á la mano del doctor, incorporándose con Vissó y Alberto.

—Me hallo bien, muy bien,—decía el último,—y en verdad que tiene la culpa de que no esté mejor ese tímido facultativo.

—¿En qué os fundais?—le preguntó aquél.

—En la dieta rigurosa que me habeis impuesto.

—Desde hoy disminuirá en lo posible.

—Ese es el gran medicamento que debeis propinarme.

—Ciertamente,—añadió el capitán,—si el enfermo puede resistirlo, conviene al mejor servicio de S. M., á la Francia y á todos nosotros, que se levante pronto y nos siga á Italia.

—Eso aún tardará,—exclamó el paje,—y yo necesito correr por el monte, señor Vissó.

—Te lo ha concedido el rey, y puedes verificarlo todas las tardes por una ó dos horas. Si tienes miedo te acompañará un soldado.

—Muchas gracias; son muy feos y usan de interjecciones que no me gusta oír. Si me sigue alguno, en cuanto salga de la torre, lo apedreo.

—Irás solo y podrás permanecer en los alrededores desde las cuatro hasta las seis de la tarde.

—Empiezo hoy.

—En buen hora. Señor duque,—añadió el capitán con tono solemne;—la puerta de vuestra alcoba permanecerá cerrada, si bien quedará un soldado á la parte afuera para abrir cuando se lo mandeis; os acompañarán Rousell y vuestro paje, y yo todo el tiempo que el servicio me lo permita.

—No es necesario que os molesteis; bueno que vengais algunas veces, mas siendo así que mi dolencia toca á su fin, pueden salir el doctor, mi paje, y yo quedaré más tranquilo. Tampoco me disgusta que permanezca siempre la puerta cerrada y que tomeis las medidas de seguridad que os convengan, hasta tanto que yo decida partir á Italia.

—Tengo permiso de S. M. para complaceros en todo aquello que no se oponga á lo justo y razonable; no hay inconveniente en que escribais, deis órdenes, ni en que os comuni-

queis con personas de vuestra familia, seguro de que inmediatamente mandaré á su destino los despachos que me entregueis.

—No me urge escribir á nadie ni hacer otra cosa que procurar mi completo restablecimiento, y luégo marchar á Italia. Continúad usando las mismas medidas de precaucion que hasta aquí, no porque yo pueda ni quiera intentar nada, sino por los que me obedecieron un dia, cuyo interés por mí no me es dado destruir, y era fácil que pretendieran una sorpresa. Cuando se acerque el momento de la partida, os daré instrucciones; hasta entónces sigo prisionero, declinando en vos la responsabilidad de lo que ocurra.

—Quisiera demostraros el respeto y consideracion...

—Es inútil; los conozco, y por lo mismo deseo que cumplais con vuestro deber.

Los cuatro continuaron hablando; después salió el capitán, y cerrando la puerta por fuera, dejó al pié de ella un soldado que le merecia entera confianza y al que dió órdenes terminantes y concretas.

Desde este dia comenzó el enfermo á comer; dejó de arrojar sangre y hasta de fingir una debilidad que sólo existia en parte.

Por la tarde salió su paje, acompañado, á ruego de Silva, de Rousell; el uno cogia plantas y las estudiaba, mientras el otro corria por el monte, aparentando satisfaccion y alegría extremadas; pero ni el uno ni el otro se separaron mucho de la fortaleza. Quedó en consecuencia solo el duque del Imperio, y convencido de que nadie podia espiarlo, sacó el pedazo de pergamino donde su paje tenia trazados los subterráneos de la torre y toda la estructura de ésta; puso algunas notas entre las líneas aquellas, y cogiendo su lápiz y un trozo mayor de pergamino, escribió en él por espacio de media hora. Cuando hubo concluido hizo un rollo de los dos, los guardó, escondiendo el lápiz.

Durante la noche descansó tranquilamente, y en las res-

tantes esperaba á que su paje estuviera profundamente dormido para levantarse, poniéndose únicamente las medias y cubriendo sus carnes con una manta que tenía á los piés de la cama. De este modo, y sin hacer ruido paseaba dos horas, durante las cuales adquiria fuerzas, elasticidad su musculatura, precipitando la convalecencia en que há tiempo habia entrado.

Una noche despertó el paje, y no viéndole en la cama fué á gritar; pero le contuvo Alberto, diciéndole muy quedo y en aleman:

—No te muevas, ni hagas ruido.

—¿Qué intentas, Alberto?

—Nádie me temerá en la torre hasta que me vean levantado, y es conveniente se ignore mi estado en lo que resta de semana.

—Puede perjudicarte, y tu salud es lo primero.

—Estoy bueno; sólo me falta ejercitar las fuerzas, lo que debo hacer á esta hora para que sólo tú puedas comprenderlo.

—Dice el doctor, que todavía no has entrado en la convalecencia.

—Rousell tiene talento, pero no le es dado adivinar, y sabe en consecuencia lo que á mí me conviene únicamente. Cree lo que yo te digo, y no hagas caso de los demás. Vuélveme la espalda; inclina la cabeza otra vez sobre los colchones, y duerme.

El paje obedeció, y nuestro enfermo, muy envuelto en su manta, prosiguió paseando dos horas. Era el mes de Agosto y la temperatura durante la noche agradable, reinando por lo general una brisa del mar que, léjos de molestar al enfermo, contribuía á su curacion.

No obstante las protestas y seguridades de Vissó, ni Alberto ni su paje cometian el menor descuido, usando al efecto de todas las precauciones posibles. Segun se aproximaba el sábado, desplegaban ámbos mayores recato y disimulo, burlando de una manera hábil y diestra en sumo grado la vigilancia del capitán y de los espías de éste.

Continuaban saliendo todas las tardes, de cuatro á seis, el paje y el médico; pero desde el segundo día, mientras el uno buscaba plantas y se entretenía en estudiarlas, el otro corría por el monte, perdiéndose entre las breñas por espacio de una hora ó más. Después regresaba; sufría la consiguiente reprensión del anciano, por haberse alejado y tardado tanto, y cogidos del brazo subían nuevamente al torreón, enseñando al duque, el uno plantas raras encontradas cerca de la costa, y el otro conchas y caracoles que le daban ó él cogía á la orilla del mar. De este modo, y en perpétua conspiración contra Vissó y sus subordinados, aguardaban Silva y los suyos la llegada del sábado, en cuyo día juzgaban lograr la libertad del generalísimo, ó perecer todos á manos de los sayones que defendían la fortaleza. Sepamos ahora dónde estaban y qué hacían Navarro, los dos maestros y los cuatro contrabandistas.

Desde el momento en que desembarcaron se escondieron en una cueva formada en el monte, y en la que creyeron hallar muchas molestias y la certeza de que respetasen sus vidas la policía y gendarmes que andaban por los contornos. El paraje no podía ser más á propósito, toda vez que alrededor de aquella cavidad no existía otra cosa que mar, breñas y picos que se elevaban, haciendo impracticable un reconocimiento escrupuloso. Conseguida la seguridad de habitar allí sin temor á sus enemigos, trasladaron el heno, mandobles y restantes objetos que conducían en la lancha. Cerca de allí se encontraba un pueblo en el que Juan tenía amigos, y no tardaron en proveerse de vasijas, platos y lo necesario para componer en el monte una cocina de campaña. Aumentaron la cantidad de heno, se procuraron lienzos, y aunque malos, tuvieron colchones y almohadas. En tal estado, pescando unas veces, cogiendo otras mariscos y estudiando en las noches de luna la torre y sus cercanías, esperaron las instrucciones de Mendoza, siendo indecible el júbilo que sintieron al transmitirles Don Alvaro las frases que el gigante le dijo en el bosque y de las que ya tenemos conocimiento. Desde el día siguiente al de esa entrevista

salieron ya de su cueva por las madrugadas, llegando hasta la misma puerta de la torre, con lo cual lograron que su reconocimiento fuera completo.

Trascurrió otra semana; y como no vieron durante estos siete días los lejanos bultos que ántes, lo cual confirmaba la idea expuesta por Mendoza de que nadie vigilaba por fuera las cercanías de la fortaleza, marcharon el general y los dos maestros al paraje donde debía detenerse Don Luis, dejando cerca de allí á los cuatro contrabandistas. Como á las diez de la mañana distinguieron la escolta que se dirigia á la torre, la cual no regresó hasta la una de la tarde. Antes de llegar al sitio convenido, pararon los veintisiete caballos, dió Mendoza algunas instrucciones á sus subordinados, é inmediatamente echó pié á tierra, dirigiéndose al lugar donde estaban Navarro y sus dos compañeros. Los tres le abrazaron, preguntándole á la vez:

—¿Cómo está el duque?

—Bien,—les contestó el atleta.

—¿Lo salvaremos?

—Creo que sí, y me fundo en que él me lo ha dicho, y ya sabéis, amigos míos, que nunca se equivoca. Pero no perdamos un momento; manda el generalísimo que me quede con vosotros, ocupando mi puesto uno de esos cuatro contrabandistas que os acompañan.

—No comprendo...

—Luégo os explicaré la idea; ahora concretémonos á obedecerle, toda vez que nos hallamos á media legua del castillo, y aún cuando nadie ha espiado mi salida, creo conveniente no exponernos con dilaciones á que salga alguno y nos vea parados. Llamad inmediatamente al más alto de esos hombres; cambiaré mi armadura por su traje, y que parta á Tolosa en medio de mis caballeros.

—Sea así, y abreviemos. Silbad, Don Alvaro.

—Aquél lo verificó, oyendo poco después una carrera, y no tardando en aparecer Juan Sabadell y sus tres compañeros.

Existia entre ellos un aragonés de estatura parecida á la de Mendoza, y miéntras le enteraban de lo que debia hacer, entre Osorio, Lara y Navarro desarmaron á Don Luis, cubriendo al otro con el acero que quitaban al gigante. Acto continuo se vistió éste con el grosero traje del contrabandista, y ya verificado el cambio, le preguntó:

—¿Te hallas bien debajo de esa armadura?

—Bien, no; pero la llevaré el tiempo necesario.

—¿Te podrás sostener sobre el caballo con ese peso?

—Sí, señor; monto regularmente y no me faltan fuerzas.

—Entónces, sígueme.

Y lo llevó adonde estaba su escolta, le hizo subir al caballo, y en medio de los veintiseis restantes, corrieron en direccion de Tolosa, después que se hubieron despedido de su disfrazado jefe. Éste volvió á incorporarse con Navarro, le encargó que hiciera retirar á los tres contrabandistas que quedaban, y solos ya los maestros y el general, dijo el último:

—Explicadme ahora qué pensamiento es el del duque.

—Ese no lo conoceremos hasta el momento de su realizacion; ya sabeis que Alberto sólo dice lo puramente indispensable.

—¿Hablásteis con él sin testigos?

—Sí.

—¿Cómo conseguisteis ese milagro?

—Quiere Francisco I que el generalísimo sea almirante de Francia y yo general de sus reales ejércitos.

—¡Voto al demonio!

—No os impacientéis, Don Pedro; querer es una cosa, y lograrlo es otra.

—Pero vosotros no habreis accedido ni por un momento á tan criminal y traidora pretension.

—Yo me he concretado á decir, lo mismo al rey que á Vissó, que me agradaba el ascenso, y que seguiria siempre la huella del héroe.

—¿Y Alberto, qué replicó?

—No lo oí, pero doy por hecho que usando frases de doble sentido habrá aprovechado esa ocasion para procurar su fuga sin comprometerse explícitamente á nada.

—La idea no es mala, y manejada por él, creo que se conseguirá el objeto. ¿Qué debemos hacer nosotros?

—Esperar la llegada de un paje que está á su lado, y el cual desde mañana nos trasmitirá las órdenes del duque.

—¡Un paje! ¿Será algun espia de Francisco I?

—Eso le pregunté yo, mas se fijó en mí, y con disgusto me contestó: «ese mancebo me quiere más que vosotros; tened en consecuencia tanta confianza en él como en mí.» Luego hablé con el paje, notando con placer y admiracion, un parecido á cierta dama que yo vi en el valle... Por cierto que de ser así me cogió Alberto en una mentira.

—¡Qué decís! Eso es imposible; si supiéseis quién es, opinariais de otro modo.

—Puede que me haya yo equivocado; pero mañana vendrá, y á nadie como vos le es dado aclarar el misterio. Debemos permanecer por las tardes escondidos entre las breñas, lo más cerca posible de la torre, el pajecillo cantará, y de este modo nos será fácil salirle al encuentro.

—Decidme ahora,—añadió Navarro con interés,—el motivo que os detiene aquí.

—Entiende Silva que son indispensables mis fuerzas en estos sitios.

—Entonces se trata de escalar el torreón donde se halla.

—Imposible; está á doscientas varas de elevacion.

—Querrá en ese caso que rompáis la puerta.

—Más difícil aún; es de hierro y de un espesor que resistiría el esfuerzo de diez gigantes.

—En vista de eso, pensará que nos abramos paso al través de los muros.

—Son de granito, y tan gruesos, que tardariamos en la operacion dos meses.

—Entonces, no comprendo nada.

—Lo mismo nos sucede siempre que el duque prepara algun acontecimiento difícil en su realizacion.

—¿Y qué vamos á hacer?

—Esperar y obedecer sus órdenes.

—Sea en buen hora. Partamos á nuestro palacio de roca, á nuestra estancia de piedra.

—Decidme ántes, Navarro, ¿cómo se halla entre vosotros la cuestion de alimentos?

—No nos faltan nunca buen vino, ricas tortas sin levadura, aves, pescados, mariscos, á veces pan tierno etc., etc.

—Basta, basta, que de ese modo estaremos como príncipes.

—Es más; tenemos en casa un manantial de agua cristalina, delgada y pura.

—Ya suponía yo que el experto general Navarro sería tan ingenioso entre las breñas como en el castillo de Monteagudo, en la corte y en el campo de batalla.

—Ya vereis, Mendoza, qué palacio; ni los cuervos le han habitado peor.

—Habiendo buenas aves, ricos pescados y sabroso vino, no me importa lo demás; mis carnes son de hierro, y sustituiré los cuadros, tapices, sedas y lujo en fin de nuestros salones, con la agradable vista del mar. A bien que estamos en domingo, y el sábado todo habrá concluido.

—¿El sábado!

Exclamaron el general, Osorio y Lara, crispados de alegría. El último añadió:

—¿Estás cierto, Luis?

—Hombre, yo no sé otra cosa sino que el duque me lo ha dicho así; pero, amigos míos, notad que está entrada la tarde, y yo aún no me he desayunado.

—Tienes razon, —replicó Navarro, —marchemos á la cueva.

—Sí, á la cueva, —repitió Osorio; —allí nos aguardan, mi querido Luis, un pato de diez libras, condimentado por esos contrabandistas; veinte salmonetes pescados por mí; almendras y dos tortas como la rodela de Don Jáime el Conquistador.

- ¿Para los siete?
—Sí.
—Mal negocio voy á hacer.
—Hay, además, doscientas ostras, algunas sardinas...
—Calla, hombre, calla; veo con placer que no se puede dudar de vuestro ingenio y sabiduría.

Y los cuatro se dirigieron á la cavidad que les servía de albergue, alegres los unos por la proximidad de la evasión de Alberto, y saboreando el otro con satisfaccion el relato que le habia hecho Don Alvaro de las viandas que le aguardaban.

Media hora después les servía la comida Sabadell, teniendo por mesa y asientos la dura superficie del monte. Mendoza comió segun costumbre; sus compañeros no lo hicieron tampoco mal, concluyendo por reinar entre ellos la animacion y halagüeña esperanza de que carecieron hasta entónces.

A las nueve de la noche se echaron vestidos sobre sus jergones de heno, descansando tranquilamente; al amanecer del siguiente dia se pusieron en pié los siete, partiendo Lara y Osorio en busca de ostras, y Navarro, acompañado de Mendoza, se aproximaron á la torre con ánimo de observar, como en las tardes anteriores. A las diez se reunieron los siete y almorzaron, permaneciendo juntos hasta pasado el mediodía, en cuyo instante, y haciendo uso de las precauciones necesarias, marcharon cerca del fuerte el general y los tres maestros. Iban delante Navarro y Osorio, encargados de recibir al paje, y detrás Lara y Mendoza, los cuales llevaban la mision de acechar, evitándo así una sorpresa que pudiera comprometer al emisario de Alberto.

Ocultos entre las breñas y lo próximos á la fortaleza que les aconsejaba la prudencia, esperaron tres horas que tardó en escucharse un acento dulce, sonoro y grato. Navarro dió un salto, demostrando sorpresa y alegría al oir aquel canto; Lara y Osorio quedaron como arrobados, y Mendoza, que tenía su cabeza pegada á una eminencia, desde la cual observaba, exclamó con voz de bajo profundo:

—¡El paje! Dirígitos á la izquierda y esperad en la hondonada, donde parece que él se encamina, y cuyo sitio ofrece seguridad.

Navarro y Don Alvaro obedecieron á Mendoza, mientras éste y Lara se corrieron á derecha é izquierda del paraje en que se situaron aquellos, con ánimo de seguir espionando el castillo y alrededores.

Poco después de haber llegado Osorio y el general al lugar señalado por el gigante, vieron la hermosa figura de un paje, que llegó cerca de ellos, y cruzando los brazos, les preguntó:

—¿Quiénes sois?

Los dos se descubrieron, aumentando su asombro y admiración.

—Bajad sin cuidado,—le contestó el primero,—que entre nosotros puede estar la dama ó el paje más valiente y bello que conozco.

—Si el traje miente, y el corazon no engaña, descenderé al momento.

—Así es la verdad; llegaos aquí, y perdonad que os mande quien es vuestro criado. En esta hondonada nadie podrá descubrirnos.

—¿Cómo os llamais?

—Pedro Navarro.

—¿Y ese otro que está junto á vos?

—Alvaro de Osorio.

—¿Y dos más que andan cerca y se os parecen en el disfraz?

—Lara y Mendoza; total, tres maestros y un general, que suspiran dia y noche por lo mismo que vos.

Satisfecho el paje corrió hácia ellos, sentándose acto continuo sobre una piedra situada junto á Navarro y Don Alvaro. Estos le miraron con placer y respeto, diciéndole el general:

—Bien estais; mas no pudisteis ocultar una belleza que os hace más hermoso de lo que puede ser un hombre.

—Vuestra barba, en cambio, el barniz que os cubre el cutis y las arrugas formadas con él, ocultan de un modo admirable al jóven aún y valiente guerrero que aplauden los más valientes y temen los más osados.

—No obstante lo cual, hizo un pajecillo mucho más que él, al penetrar en la torre del Godo. ¿Y vuestra madre?

—¡Mi madre! ¡Ah, no sé de ella!

—¿Y el César?

—General, no me atormentéis con recuerdos que lastiman mi corazon. Al tener noticia de que Alberto se hallaba herido y prisionero, corrí en su busca, con ánimo de salvarle, viviendo si él existia, muriendo si él pereció. Desde entónces ignoro qué es de mi madre, del emperador y de cuanto hay sobre la tierra, que no sea ó tenga relacion con Alberto. Juré seguirle si llegaba el caso que presentia mi alma; le pertenece mi corazon, y como todo me sobraba en el mundo si él faltaba, sólo del héroe me cuido.

—Digno sois del amor que os tiene, valiente paje; y lo que conceptuaba imposible ántes de saber que estábais á su lado, ahora lo veo fácil y seguro. Sí, amigo mio, al veros, latió mi corazon con violencia; la esperanza llegó á mí, y creo firmemente que mi hijo nos acompañará en breve, libre de los asesinos que le rodean. Tiempo era ya de que sucediera eso. ¡Si supiérais cuanto he llorado, lo que sufrí por él!..

—Como ahora,—le dijo el paje, alargándole una mano que el general besó con entusiasmo;—las lágrimas asoman á vuestros ojos, y las aplaudo ménos que las envidio; yo, ¡ay de mí! no tuve ese consuelo. Desde que supe la catástrofe se secaron mis ojos; ardió la sangre que circulaba por mis venas, y contemplé en horrible tormento y amargura á mi pobre espíritu, á mi infortunado corazon. Pero olvidemos pesares que á nada conducen, y aprovechemos la hora de que puedo disponer. Dice el generalísimo que debéis creerme en cuanto os diga y cumplimentar lo que os mande.

—Os obedecemos, y estad seguro de nuestra lealtad.



—Os obedecemos y estad seguro de nuestra lealtad.



Contestaron Navarro y Osorio. El paje sacó de su escarcela un rollo con dos pergaminos y se lo dió al primero, diciéndole:

—Enteraos de eso, y manifestadme lo que os parezca.

Eran el mapa trazado por él y apendizado por Silva, con otro escrito del último. El general reconoció la firma de su hijo, empezando por besarla; luego estudió detenidamente el contenido de los pergaminos, brilló en sus labios una siniestra sonrisa, preguntando al mancebo:

—¿Estais seguro de la exactitud de estas líneas?

—Sí.

—¿Hay mucha pólvora en los subterráneos?

—Tanta que no pude andar dos pasos por la habitacion en que la tienen; conté veintidos barriles, y vi junto al muro que da frente al Sur, un inmenso monton de ella, como seis quintales; á la derecha están las balas de cañon, y aún cuando el piso del subterráneo se encuentra á tres varas de la superficie de la torre, su techo se eleva más de cinco, por cuya razon es posible hacer el taladro que desea el duque. No hay en esa bóveda ventana alguna ni otra comunicacion que la puerta de hierro por donde entramos. Noté que se acercan allí con muchas precauciones, haciendo uso al efecto de linternas, que dejan á la parte afuera. ¿Qué se propone Alberto, mandándoos practicar ese barreno?

Navarro sonrió al oír la inocente pregunta del paje, contestándole con ironía:

—Cási nada; desea únicamente dar un ascenso á los honrados defensores de la torre. Es gente toda que por sus méritos y servicios debiera estar muy elevada, mucho; y el generalísimo, ayudado por nosotros, les concederá el premio que merecen.

—No os comprendo bien.

—Lo creo, y de ese modo os hará más efecto el acontecimiento.

—Observé que al pedirme noticias sobre los subterráneos

miraba de un modo siniestro, demostrando haberse apoderado de él idea terrible.

—Es posible, y debeis preferir continuar ignorándola.

—¿Por qué?

—El sábado lo comprendereis.

—¿Dudais de mí?

—¿De vos! No, hijo mio, permitidme que os dé ese nombre.

—Lo acepto con mucho gusto, padre amado; mas no hallo razon para que me oculteis lo que tanto anhelo saber.

—Tengo la misma que Alberto, y creedme, ganais mucho ignorándolo.

—No insisto.

—¿Os ha encargado algo más nuestro amado prisionero?

—Sí, que os diga de palabra, segun lo verifico, que el sábado próximo estará entre nosotros, á cuyo fin es indispensable no desperdiciéis un momento, cumpliendo con exactitud y brevedad cuanto os encarga en uno de esos pergaminos. Añadió que expusierais por escrito las dificultades que encontrábais para la realizacion de su idea.

—Decidle que ninguna, por lo cual me concreto á contestarle de palabra, dándole la seguridad de que se hará cuanto ordena. ¿No os ha dicho los medios que va á emplear para la evasion?

—Sé únicamente que la patria se halla en peligro; que es indispensable adelantar el acontecimiento, y que demuestra gran confianza en todo lo referente á su libertad.

—¿Cómo sabe él lo que ocurre en España, para afirmar que peligra la patria?

—Quiere Francisco I que entre á su servicio; á este fin le hizo dos visitas, una en que no pudo hablarle por la gravedad en que lo encontró, y otra en que permaneció encerrado con él más de una hora. Ignoro lo que trataron; pero desde entónces asegura Alberto que está amenazada la suerte del imperio.

—Si él queda libre el sábado, si al frente del ejército vol-

vemos á dirigirlo, pronto cesará el peligro, y entónces será la Francia la que temblará ante los hijos de Castilla.

—Me complace oiros; pero temo que nos descubran, y vuestros cálculos y deseos queden frustrados para siempre.

—No penseis en eso, ni tema el que con tanto valor escaló esa torre y habitó entre sus enemigos, burlándose de ellos con temerario arrojo y sangre fria. Obedeced como nosotros lo que os mande el héroe; disimulad como hasta aquí, y no dudeis un momento que el triunfo coronará nuestra obra. Bueno que todos temblásemos miéntras el genio de la guerra, el invicto caudillo sufría las consecuencias de una horrible traicion que lo acercó á las puertas del sepulcro; pero ahora que brilla en su frente la luz que apaga la de cuantos le rodean, en este instante que piensa, manda y dirige, es torpe vacilar, cobarde y ruin abrigar la menor duda. Hijo mio, á la victoria seguirá venganza horrible, sangrienta, pero necesaria, imprescindible. ¡Cuánto habrá sufrido Alberto de Silva para ordenar se haga ese barreno que vos no comprendéis! ¡Qué maldad abrigará el corazon de sus enemigos, para que su alma noble y generosa haya dispuesto sin reparo alguno un taladro que ha de estremecer á Francia, y asustar á cuantos tengan conocimiento de él! Mucho siento los padecimientos de mi hijo; me duelen los ojos de llorar y el corazon de sufrir; mas todo lo doy por bien empleado con tal de que se cumpla lo que tanto anhelaba, lo que forma mis ilusiones; queria que fuese generoso con el vencido; pródigo con el pobre; caritativo con el infeliz que implorase su compasion; pero terrible y descorazonado con el asesino que no se arrepiente ni se enmienda; con el hipócrita que finje humildad y sumision para clavar con más certeza su puñal fratricida. Este sublime pergamino me anuncia y asegura la metamorfosis realizada en sus ideas, y era cuanto yo pedia al cielo, el colmo de mis deseos.

—Vuestras frases, general, auguran un rio de sangre humana; pero á bien que estoy al lado del héroe, y me opondré á todo aquello que merezca mi desagrado.

—Si lo amais como yo, si su vida os interesa como á mí, no sirvais de rémora al cambio sufrido en él; su bondad y tolerancia fueron causa de la catástrofe; recordad que el jorobado Bermudez, á quién yo maté y él perdonó várias veces, era el autor de la emboscada que llevaron á cabo en los llanos de Agout. Hijo, yo no soy vengativo; nací fuerte, y estoy sobre esas torpes pasiones que constituyen al hombre en ruin y miserable, mas entiendo que debe huirse de los extremos, y veo tan perjudicial la intolerancia absoluta como el perdon sin excepcion alguna.

—¿Creeis que Silva continuará guerreando?

—¡Quién lo duda! Pero ahora nada temais; yahemos visto todos que el enemigo no puede con él frente á frente en igual ó desigual combate; que se humilla siempre ante su elevado genio é invencible espada; y como en lo sucesivo tendrá á retaguardia quien evite nueva traicion, debemos estar tranquilos respecto del porvenir.

—Vos sois militar, anhelais el combate, y con ciega temeridad no distinguís el peligro ni os impone la muerte; mas yo, que presentí la catástrofe, percibo en lontananza nuevas desgracias que volverán á enlutar los dias de nuestra vida, si no acaban con ella.

Dijo el paje é inclinó la cabeza, demostrando dolor y sentimiento. Navarro trató inútilmente de infundirle confianza y seguridad.

Todavía permanecieron hablando media hora, en cuyo instante besaron los dos guerreros la mano del mancebo, despidiéndose éste hasta el dia siguiente á la misma hora; iba más triste que llegó; no obstante eso, saltaba por el monte, cantando, y retirándose, en fin, del mismo modo que habia ido. Un cuarto de hora más tarde decia á Alberto en aleman:

—Los vi; hablé; se hallan dispuestos á obedecerte, y nada encuentran imposible ni áun difícil. Son tan temerarios como tú; ¡quiera el cielo que no nos pierda la falta de una luz de que se apodera siempre el excesivo arrojo.

—¡Cobarde!

—Cierto; la prueba es tan lógica como la osadía de tus compañeros.

En este instante llegó el doctor, el cual no pudiendo seguir la carrera del paje se quedó atrás, y los tres comenzaron á hablar en español de cosas indiferentes á nuestros lectores.

El general Navarro y Osorio se unieron á sus dos compañeros, dirigiéndose aceleradamente á la cueva, donde les esperaba la comida. El primero demostraba una alegría inusitada, que no se atrevieron á interrumpir los otros por ir entregado aquél á lá vez á profunda meditacion. Pronto sabremos la causa de la sonrisa que asomaba á los labios del famoso general.

CAPITULO XVII.

Preliminares para la evasión.—Las fuerzas de un gigante.—El sábado.—
Impaciencia terrible.

YA en la cueva nuestros cuatro guerreros, alzó la cabeza Navarro, y viendo enfrente á Juan Sabadell y dos contrabandistas que le acompañaban, les dijo:

—Comed á la vez que nosotros, y abreviad en lo posible, que acabó la inaccion y van á dar principio los preliminares, que han de preparar un acontecimiento tan extraño como digno del privilegiado cerebro que lo concibió. Sentaos vosotros,—añadió á los maestros,—y despachemos.

Así lo hicieron en dos grupos, formado el uno dentro de la cueva y el otro á cuatro varas de la puerta de aquella.

—¿No comeis, general?

Dijo Mendoza á Navarro, notando que apénas probaba el alimento, por continuar entregado á profunda meditacion.

—No tengo gana,—contestó el aludido;— el domingo lo haré como vos.

—En este momento os pareceis un poco al sóbrio y entendido Alberto.

—Puede que le imite; como él no está entre nosotros, preciso es que le reemplace alguno.

—Yo tambien procuro aprender de nuestro sábio generalísimo, si bien noto gran dificultad en igualarme á él, cuando se trata de prestar fuerza á la materia y entretenimiento agradable al estómago.

—Lo creo,—dijo Lara;— has despachado ya más de treinta ostras.

—Sí, y ahora me enredo con este pajarito. ¡Qué pollo tan sabroso! ¡buena pechuga! Esos contrabandistas poseen el arte culinario de un modo sorprendente.

—Tu apetito,—añadió Osorio,—que es siempre voráz.

—Como de costumbre se iguala á mi corpulencia, y está en relacion con mis fuerzas.

—No bebas tanto, Luis.

—Nota que no pruebo el agua; es nociva, muy nociva á mi salud.

Hablando así concluyeron de comer, en cuyo instante se pusieron en pié los cuatro, haciendo entrar y que se incorporase á ellos el jefe de los contrabandistas.

—Juan,— le dijo Navarro,—el sábado de esta semana partirás con tu lancha y compañeros á Cataluña, abandonando para siempre la criminal ocupación que tuviste hasta ahora, llevando mucho oro, la satisfaccion de haber prestado á tu país un servicio eminente, y la proteccion del duque del Imperio y la de todos nosotros.

—¿Creeis posible,—preguntó con alegría Sabadell,—que salvemos al generalísimo?

—Sí, siempre que despliegues en la presente ocasion tanta destreza é interés como yo necesito.

—Señor, ya os he dicho que os sacrificaré hasta mi vida,

y lo hago con placer, con... Yo no sé explicarlo, mi general; pero no hay nadie que os sirva con mejor deseo.

—Lo sé, y me hallo contento de tí. Contesta á mis preguntas. ¿Hay quien nos haga en el pueblo vecino un barreno que tenga tres varas de largo y grueso proporcionado?

—Sí, señor.

—¿De buen temple?

—Quedareis satisfecho.

—Es para oradar un muro.

—Hará el taladro.

—¿Y hallarás tambien quien nos facilite una mecha larga, de veinte varas lo ménos, que al llegar el fuego á su extremo despida el suficiente para que prenda cuanto haya en una habitacion grande?

—Existe un polvorista que, pagándoselo bien, fabricará milagros.

—Conviene que no tenga más diámetro que el barreno de que he hablado ántes.

—Se encargará así.

—Tambien necesitaremos seis caballos con la edad en la boca y de buena sangre.

—De esos hay muchos.

—Con sillas y lo necesario para montar, procurando que una de ellas pueda servir para mujer.

—No hallo dificultad en conseguir cuanto habeis pedido.

—Es indispensable la brevedad, y si de algo careciese el pueblo cercano, se busca en Perpiñan, á cuyo fin haces volar á la lancha y andais de prisa por tierra. Para que no haya duda alguna, extenderé una nota circunstanciada de todo lo que debeis comprar.

Y sacando lápiz y pergamino, escribió Navarro, sirviéndole de mesa una enorme piedra que habia en la cabaña. Terminado su trabajo se acercó á Osorio, y le dijo:

—Tomad, amigo mio; vos acompañais á Juan, ayudándolo á sus compras y examinando el barreno, la mecha, pólvoro

ra y caballos. Empezais por mandar hacer todo eso; miéntras lo construyen comprais los alimentos para la semana, los trasbordais á la lancha, y que venga ésta con los dos contrabandistas y Lara, que tambien irá con vosotros. Luégo que estos hayan desembarcado y escondido en la cueva lo que traigan, regresarán adonde os halleis, para recoger el barreno y demás objetos, permaneciendo con vosotros ínterin los concluyen. Tú, Juan, te quedas en el pueblo cuidando de los caballos, hasta el sábado por la madrugada que, cogidos del diestro, los traes por veredas excusadas, llegando con ellos á la salida del bosque, donde esperarás. Después del mediodía se incorporarán contigo los veinticinco caballeros, el criado de Mendoza y aquel de tus compañeros que fué á Tolosa en el puesto del maestro; te das á conocer, y los sigues volviendo á pararte donde ellos lo verifiquen. Alvaro, Nuñez, Juan, partid al momento, y que la prudencia, sagacidad y destreza se igualen en esta ocasion á la necesidad que tenemos de ellas. Pongo en vuestras manos la suerte de un imperio, la vida del héroe y las de todos nosotros; obrad con acierto, y que Dios misericordioso os ayude, y proteja una causa justa. Fijaos bien en el temple y construccion del barreno.

Los maestros estrecharon la diestra de Navarro, Juan reiteró la seguridad de que sus órdenes serían cumplidas con acierto, y salieron de allí, uniéndose después á los dos contrabandistas que esperaban á la parte afuera de la cueva. Seguidamente se dirigieron los cinco al paraje donde tenfan atracada la lancha, y saltaron, esperando en ella que apareciera el crepúsculo vespertino, el que no tardó en asomar. Los contrabandistas cogieron los remos, Osorio el timon, y el bote comenzó á correr, separado mil varas de la costa y en direccion del pueblo cercano, al que llegaron á las diez de la noche. Quedaron en la lancha Lara y dos contrabandistas, desembarcando solos Osorio y Juan.

Navarro y Mendoza salierontambien de la cueva, y desde una altura que dominaba la costa, permanecieron la media

hora que restaba de luz mirando á sus compañeros. Cuando notaron que el bote se encaminaba á su destino, exclamó el general:

—La Providencia vaya con ellos; nuestro diminuto navío vuela sobre esa negra superficie, y ya no podemos verlo, ni se escucha el choque de los remos. Partamos, Mendoza, y durmamos cuatro horas.

Así lo hicieron, echándose vestidos sobre un duro jergón. Diez minutos después, los dos parecían entregados á profundo sueño.

Sería poco más de la una cuando Navarro despertó al gigante, diciéndole:

—Levantad, amigo mio; esconded vuestra daga en el cinto, y salgamos de aquí.

—¿Qué hora será?

—Lo ignoro; pero conviene llegar al castillo ántes que amanezca.

—General, la oscuridad es completa, y en verdad que ignoro la manera de aproximarnos á la torre, sin peligro de estrellarnos.

—No importa, es preciso ir; caminaremos despacio, y si caemos, sólo nos producirá el golpe alguna contusion. Conozco el terreno perfectamente, y áun cuando marchamos á tientas, estoy seguro de salvar los precipicios.

—Bien, pero yo desconozco estos montes.

—Despertad, ¡voto al demonio! que estáis medio dormido aún; cogeos á mi mano y seguid.

Delante el general y junto á él Don Luis, unidos segun acaba de decir el primero, comenzaron á cruzar por aquella superficie agreste y sinuosa. Iban muy despacio, no obstante lo cual tropezaban de continuo, evitando dos veces el que cayera Navarro la fuerza de Mendoza y la oportunidad con que lo sostuvo; así es que emplearon una hora en lo que de día hubieran invertido diez minutos. Por fin llegaron á un terreno más igual y accesible, exclamando Don Pedro:

—Muy bien, ya estamos en la explanada del castillo, y sólo necesitamos dar la vuelta para quedar frente á la parte Sur del mismo.

Y siempre despacio, cogidos de las manos y á tientas, hicieron un semicírculo, añadiendo Navarro:

—Basta de vuelta; ahora de frente.

A los cinco minutos chocaron con un muro; el general lo palpó, y satisfecho de su reconocimiento se acercó al oído de Mendoza, diciéndole:

—Tendeos y esperad, que yo os imito también.

—¿Pero que diantre vamos á hacer aquí? porque yo aún no he podido comprender el todo de la idea que se propone el duque llevar á cabo.

—¡Callad, voto al demonio! y esperemos la llegada de la aurora.

Y ámbos recostados sobre la piedra, permanecieron en silencio, fijo el oído en la mole sobre que se apoyaban; pero nada escucharon ni áun parecían existir centinelas en la fortaleza.

—¡Sublime sosiego!—decía Navarro para sí.—Como el generalísimo se vendió villanamente á los franceses, como abandonó su patria por un título de almirante, esos menguados creen que no hay motivo alguno para estar despiertos, y duermen tranquilamente, sin que les sea posible adivinar que el león español está despierto, que los sitia ya, y que muy pronto caerá sobre ellos sin compasión. ¡Insensatos, ofrecen al héroe un mando igual al que tiene en su país, á cambio de la más infame de las traiciones; y esto lo hacen con el que no quiso la corona del reino de Murcia, con el hombre más noble y leal que existe sobre la tierra! Cara van á pagar su torpeza; mi hijo se parece en esta ocasión á mí, mucho más que yo al héroe. ¡Silencio admirable! La mar descansa tranquila sobre su lecho de arena; el viento enmudeció por completo, y los habitantes de la fortaleza, todos, sin excepcion alguna, reposan; sólo el generalísimo y su paje velarán en este instante; el primero pasará por la estancia, fija su atención en este paraje;

al través de las sombras penetrará la luz de su inteligencia para descubrir al fiero leon castellano pegado á los cimientos del muro, dando principio á la realizacion de su magnífica idea, y el segundo mirará al otro con tanta ansiedad como temor, con ménos alegría que cariño! Va á amanecer el mártes; dia aciago, muy aciago para los franceses; ya lo verán.

Navarro cruzó los brazos, y sentado como estaba se fijó con interés hácia el lado izquierdo, que era el de Oriente; mas serían las tres y media de la madrugada y nada percibia. Aún permaneció así bastante tiempo, viendo por fin aparecer en el sitio á que dirigia su mirada una ráfaga ménos oscura que el negro crespon de la noche. A la vez asomó á sus labios una sonrisa siniestra.

—Ese es,—dijo,—el crepúsculo matutino. Llega, aurora, que contigo viene mi esperanza, la salvacion del héroe, la alegría de sesenta millones de habitantes.

Y quedó mirando al Este con más interés cada vez.

La ráfaga fué ensanchando hasta presentarse clara y diáfana; segun acrecia iban desapareciendo por aquel lado las sombras de la noche.

Era la aurora, que sin estorbo alguno salia de Oriente para alumbrar con su pálida luz el Oeste, Sur y Norte de la tierra.

En cuanto Navarro pudo distinguir el muro de la fortaleza sobre que estaba recostado, volvió á acercarse al oido de Mendoza, diciéndole:

—Quieto ahí, que yo volveré en seguida.

Y sin hacer ruido alguno, cruzó todo el frente de la parte del Mediodía de la torre, midió su extension, y cuando hubo calculado lo suficiente, exclamó:

— Tiene razon mi hijo; para ser general es preciso algo más que tener valor y saber conducir los soldados al combate; es indispensable conocer la ciencia, y yo, gracias á sus consejos y direccion, si disto algo de él no es tanto que puedan servir de estorbo á mi talento los muros que tengo delante. Al través de ellos, y con sólo la indicacion de este diminuto mapa,

veo balas, barriles y un monton de pólvora que debe estar aquí; eso es, aquí.

Y sacando su daga la clavó en la union de dos piedras, y como á media vara del cimientó. Luégo se encaminó adonde estaba Mendoza, y cogiéndole de la mano, le dijo:

—Seguidme en silencio y sin hacer el menor ruido.

Y lo llevó al paraje que acababa de dejar él, añadiendo:

—Inclinaos y practicad un agujero en ese sitio que marca mi puñal.

—¿Muy grande?

—Cuanto permita el arma, con tal que nádie os sienta.

Y comenzó el gigante á trabajar, miéntras Navarro buscaba una piedra larga y estrecha. Cuando hubo regresado con ella, exclamó Don Luis:

—¿Maldicion!

—¿Qué es eso?

—Se me ha roto la daga.

—Continuad con la vuestra, mas despacio y sin grandes esfuerzos para que no se tronche tambien esa. Basta;—le dijo á los cinco minutos, añadiendo:—meted esta piedra en el hueco que habeis practicado. Eso es; queda una parte fuera, la cual nos servirá de señal para continuar la obra empezada entre las sombras de la noche.

—¿Qué intentais?

—Quiero que pegueis la lengua al paladar, y me sigais sin producir ruido alguno.

El general cogió los dos pedazos de su daga, y se dirigió á la orilla del mar, donde arrojó aquellos. Luégo torció á la derecha, y cubriéndose con las rocas se encaminaron ámbos á la cueva, libres ya de las miradas de los moradores de la fortaleza. El sitio por que marchaban ahora parecia más agreste y expuesto que el elegido anteriormente; pero comenzaban ya á dorar la tierra los rayos del sol y podian andar con toda seguridad, si bien con las molestias consiguientes á la desigualdad que les presentaba.

—¿Me quereis decir qué hemos hecho?

Preguntó Mendoza.

—Un agujero.

—¡Brava contestacion! pretendéis imitar al duque, sin considerar que lo estais parodiando.

—Don Luis, ¿ya no soy vuestro jefe, maestro y director?

—Lo mismo que ántes; pero esa reserva sólo sienta bien al héroe: entre nosotros fué siempre excusada.

—Mendoza, ¿será posible que teniendo talento no hayais comprendido aún de lo que se trata?

—Supongo, —contestó el gigante, —que vamos á taladrar el muro; luego se introducirá una mecha; mas ignoro el objeto y lo que os proponéis con eso.

—Oidme: cuando concluyais de oradar la piedra, la última tierra que arranqueis caerá en un sótano grande, donde existen muchos barriles de pólvora, balas, y lo necesario, en fin, para que, al dar un estallido, que se escuchará á dos leguas, no quede de la torre piedra sobre piedra.

—Ya; es que yo ignoraba lo que habia detrás de aquella pared.

—Por eso os lo he dicho.

—Deduzco que Vissó y cuantos le acompañan...

—Van á volar, huyendo del diablo, que concluirá por cogerlos.

—¿Todos, todos?

—Sí.

—Son más de seiscientos.

—Mucho mejor: la lástima es que no esté dentro el ejército francés; de ese modo acababa nuestra mision en Francia el sábado por la noche.

—La idea es magnífica, general; pero dudo que haya nacido en Alberto; entiendo que su padre adoptivo la ha variado, hasta hacerla aplicable á un capitán, dos alféreces, quinientos soldados y cien artilleros.

—Os equivocais, amigo mio; es toda del duque; y eso os

prueba lo que habrán hecho sufrir á mi hijo, la maldad que abrigarán esos hombres, cuando los sentencia á muerte sin compasion el que perdonó al jorobado, á los que solicitaron de él clemencia, y á cuantos le proporcionaron ocasion de ejercer su inagotable bondad.

—No obstante esas razones, infiero que debe haber algo más; posible es que tenga relacion el futuro cataclismo con el peligro en que segun dijo el paje se halla la patria.

—Acaso; mas sea lo que quiera, reventará la mina, Dios mediante, y confundiremos á esos malvados.

En este instante llegaron, preguntando el gigante:

—¿Qué hacemos ahora?

—Enteraos de los comestibles que nos han dejado; ahí á la derecha, en el suelo, vereis la despensa.

Don Luis obedeció á Navarro, contestándole:

—En disposicion de comer, sólo hay dos tortas, una gallina asada y almendras. Le siguen agua, vino, aceite, sal, harina, y otras cosas con las que se puede condimentar; pero tened en cuenta que ni vos ni yo entendemos de cocina.

—Cierto; y en tal apuro, opino porque cojais la cesta y os lanceis al mar ántes que entre más el dia.

—¿Qué hago allí?

—Lo que Osorio; buskais mariscos, porque de lo contrario me vais á dejar sin almorzar.

—¿A qué hora volverán los contrabandistas y Lara?

—Temo que no lo verifiquen hasta la noche.

—Mal dia, general; nos va á sitiar el hambre.

—Lo he previsto; por eso os aconsejo que cojais muchas ostras.

—Lo malo es que desconozco el oficio, y temo echar el viaje en valde.

—Lo mismo le sucedia á Don Alvaro, y en diez minutos lo aprendió. Os quitais las calzas y los zapatos; entrais en el agua y vais reconociendo las rocas. Segun dice Osorio, hay muchos mariscos, por consiguiente pronto dareis con ellos.

—¡Vaya una ocupacion para el maestre de campo más alto del imperio!

—Si preferís quedaros á medio almorzar...

—No; opto por coger la cesta, mi daga, y á la mar.

—Hace calor, y el baño será agradable.

—Mucho, y más aún las heridas que me haré en los piés con el canto de las rocas. Hasta luégo.

—Pues no es poco melindroso mi querido atleta.

Y el uno se dirigió á la costa, miéntras el otro se sentó á la puerta de la cueva, sacó el mapa é instrucciones que le mandó Silva, exclamando, cuando hubo concluido de leerlas por quinta vez:

—Todo lo que he dispuesto está completamente de acuerdo con lo que Alberto me encargó; y aún cuando mi impaciencia no tiene límites, preciso es aguardar y que los acontecimientos se sigan sucediendo poco á poco y segun ordena el héroe. Ahora le participaré lo que he hecho.

—Y tendiéndose en el suelo, escribió con lápiz sobre un pergamino:

«Mi querido hijo: Dios nuestro señor, al que dia y noche
»rogamos por tí, oyó nuestra súplica y te devuelve una vida
»que intentaron quitarte los tigres de este país. Nosotros, ansiando el momento de poder estrecharte y de que nos vuelvas á conducir al campo del honor, nos hallamos dispuestos
»á perecer ó á arrancarte de entre las garras de esas fieras.
»Como tú sabes más que todos nosotros, nos concretamos á
»obedecerte con ciega sumision, sin pretender saber otra cosa
»que aquello que tengas á bien decirnos.

»Vi á tu valiente, admirable y portentoso paje. ¡Qué eleccion
»has tenido, Silva; que talento te otorgó el cielo y en qué mu-
»jer te has fijado! Me entregó el mapa y las instrucciones, y ya
»estarán haciendo el barreno, la mecha y proporcionándose ca-
»ballos. En la madrugada de hoy, Mendoza y yo marcamos el
»sitio donde practicaremos el taladro, quedando, en consecuen-
»cia, cumplidas todas tus órdenes.

«Dejo este escrito sin concluir hasta que hable hoy con tu bello emisario, en cuyo instante lo terminaré, entregándoselo en el acto.»

Seguidamente se sentó, guardando el pergamino y lápiz en un bolsillo de su tabardo, con ánimo de esperar así la llegada de Mendoza.

A las diez de la mañana vió asomar al gigante, cojeando, con las calzas y los zapatos calados, y vertiendo agua su grosero gaban; en cambio traía la cesta llena de mariscos.

—¡Buena comision me habeis dado!

Dijo, arrojando su carga.

—Habeis tardado doble que Osorio; pero veo con placer que aprovechásteis el tiempo. ¡Cuánta ostra! lo ménos vienen quinientas.

—Cogí las que cabían.

—Ya lo veo. ¿Traeis herido algun pié?

—Los dos.

—¡Llegais calado!

—Consecuencias del oficio. Me metí en el mar sin quitarme la ropa; á los pocos pasos que intenté dar por entre las rocas caí cuan largo era; y como ya no tenía nada que mojarme arrojé los zapatos, comenzando á buscar. Más de una hora tardé en encontrar mariscos; pero ya averiguado el nido, llené la cesta; y no satisfecho con esto la vacié, guardando los más grandes y volviendo á llenarla con otros de igual tamaño de los que había en torno de mí.

Poco después almorzaban los dos amigos, dejando para la tarde una torta, media gallina y la mayor parte de las ostras.

A las tres salieron al encuentro del paje, el cual se presentó á las cuatro, permaneciendo con Navarro hasta las cinco. En la torre no ocurría novedad alguna; Alberto continuaba mejorando, el médico velaba por él, y Vissó ofreciéndose para cuanto quisiera mandarle. El general recibió nuevas instrucciones de palabra; apendizó su escrito y se lo dió al mancebo, diciéndole:

—Adios, hijo mio; tened valor, y no dudeis de la Providencia. Hasta mañana.

El paje le alargó su mano, que besó el otro, y desapareció cantando, segun habia ido.

Mendoza y el general se retiraron á la cueva, comiendo á la puerta de ésta lo que les habia sobrado del almuerzo, á excepcion de las ostras, que conservaron en su mayor parte. Nuestro gigante comenzó á quejarse amargamente de la tardanza de Lara y contrabandistas, dando por hecho que si no venían aquella noche tendria él que hacer tortas, siendo el alimento de ámbos pan sin levadura y mariscos, lo cual no le agradaba mucho. Navarro no le escuchaba ni podia separar su atencion de Alberto, Osorio, el bárreno, la mecha y los caballos. Pensando en esto, dejó á Mendoza que se lamentara de la falta de viandas, esperando así la llegada de la noche.

—Ahora,—exclamó,—estarán abandonando el pueblo Nuñez de Lara y los dos contrabandistas, mientras que Osorio y Sabadell vigilarán al polvorista y al forjador; son hábiles, diestros, llevan mucho oro, y no es de temer un contratiempo. Debo, en consecuencia, esperar tranquilo, muy tranquilo á que regresen.

—Mejor era,—dijo Mendoza,—que fuésemos á su encuentro.

—¿Para qué? aquí estamos bien.

—Hasta el vino se ha concluido.

—Me alegro.

—Y las almendras.

—Ya nos traerán otras.

—Sólo quedan harina y ostras.

—Nos sobra para alimentarnos.

—Qué sóbrio os vais haciendo, Navarro.

—Y vos cada vez más gastrónomo, Mendoza.

—Como no tengo en qué entretenerme... Si hubiera franceses ó moros á quienes despachar...

—Lo que sobra son de los últimos, maestre; pero aún es

pronto; dejad que trascurra esta semana, y os presentaré millones de ellos. ¿Se os curaron las heridas de los piés?

—Al principio, y efecto sin duda del agua salada, me dolieron bastante; mas ya no siento nada.

Y permanecieron hablando hasta las nueve y media de la noche en que oyeron ruido de pasos, y una voz, que exclamó dos veces:

—¡España y Silva!

—Adelante; que aquí estamos.

Contestó Navarro, llegando un instante después Lara y detrás de él los dos contrabandistas cargados con aves, vinos y otras cosas.

El general se puso en pié, y separándose á un lado con el maestro recién venido, le preguntó, demostrando gran impaciencia:

—¿Dónde queda Osorio?

—En el pueblo vecino.

—¿Qué hace?

—Cuida de que consigamos el objeto que nos hemos propuesto.

—¿Luego nos forjarán el barreno?

—Sí.

—¿Fuerte?

—Más que el diamante.

—¿Grueso y largo?

—Como lo habeis encargado.

—¿Y la mecha?

—Se ocupan de ella sin descanso.

—¿Es inteligente el polvorista?

—Mucho.

—¿Lograremos destruir la torre del Godo?

—Muy posible es.

—¿Y los caballos?

—En la posada, al cuidado de Juan.

—¿Son jóvenes?

—Los mejores que hallamos, y en verdad que nos llevarán adonde disponga el duque.

—Segun vuestras contestaciones, todo lo habeis conseguido.

—¡Brava pregunta! ¿Los encargados eran niños de pecho?

—¿No podrán sospechar?..

—General, en enseñando el oro á los franceses, ya no ven otra cosa, no piensan en otra cosa, ni quieren otra cosa.

—Y vosotros les habeis enseñado mucho...

—Bastante, pero sin esplendidez exagerada, que al fin son nuestros enemigos.

—¿Qué os han preguntado?

—El *cuánto voy ganando* y nada más.

—¿No abrigais ni aún leve sospecha de que alguno recele de vosotros y os denuncie á la gendarmería?

—No pueden.

—¿Por qué?

—Porque se hallan sitiados.

—Explicadme eso.

—Los vigilan dos hombres, cuatro ojos de lince y dos puñales de Toledo.

—Osorio y Juan.

—Eso es; y más tarde Nuñez de Lara.

—¿Cuándo deben entregar la mecha y el barreno?

—La primera, mañana; el segundo, pasado mañana por la noche ó en la madrugada siguiente.

—Es decir, que estareis entre nosotros al amanecer del viérnes.

—Exactamente.

—Bien, Lara, muy bien; mis dos alféreces de Villalar y Monteagudo, unidos á mi teniente, son dignos de aquellas bandas que aguardan en Tolosa.

—El que nos las dió en el campo de batalla no se equivoca nunca.

—¡Con un maestro como yo!..

—¡Con unos discípulos como nosotros!..

—¡Si nos oyera el duque!..

—¡Bah! se reiría de nuestro inocente desahogo. Nos llama pedantes, vanidosos, y acaso tenga razon; pero eso no obsta para que al frente del ejército sepamos conducir al soldado, defenderlo, velar por él y aterrar á nuestros enemigos con botes de lanza ó estocadas al corazon; en cambio nos admiran en los salones por lo elegantes, atentos y corteses; y cuando es preciso no impide eso el que cojamos ostras en la playa, pasemos por contrabandistas, durmamos sobre el duro suelo, y sirvamos, en una palabra, para todo.

—La última idea será un axioma el dia que salvemos á Alberto.

—Cerca está; el sábado por la noche lo tendreis entre nosotros.

—Digo, señores,—exclamó Mendoza incorporándose con ellos, — que tenemos repuesto para cuatro dias, buenas gallinas, mejores perdices, frutas frescas y sabrosos pescados. Quedan asegurados nuestros estómagos por lo que resta de semana.

—Luis,—le preguntó Navarro,—¿es posible que no sepais hablar de otra cosa en el tiempo que permaneceis aquí?

—Es ciertísimo; hasta tanto que se acerque el momento de obrar, no pienso ni discurro, pero como, que en algo me he de entretener; cuando llegue el instante deseado, si no soy el primero, iré muy cerca de él; tanto que me pondré á su lado.

—¿No te interesa saber si hacen el barreno, preparan la mecha?..

—Eso os toca á vosotros; á mí taladrar el muro en pocos minutos, y como ningun español ni francés pueden hacerlo. ¿Venís?

—¿A dónde?

—¡Me gusta la pregunta! A cenar.

—Si hemos comido á las seis.

—Pero Lara lo verificó á las tres, y no es cosa de abandonarlo en trance tan interesante. Teneis la mesa puesta, es

decir, el suelo puesto, y una perdiz cada uno de buen tamaño; la mia pesará de cuatro á cinco libras nada más.

—¿A qué hora pensais marcharos?

Preguntó Navarro á Lara.

—Una hora ántes de amanecer.

—¿Quereis efectivamente cenar?

—Falta me hace, y más aún á esos dos contrabandistas que han remado de un modo sorprendente por espacio de algunas horas.

Acto contínuo se metieron los cinco en la cueva, y á la luz de dos linternas cenaron, Mendoza y Nuñez á un lado y los contrabandistas á otro. Navarro sólo tomó un poco de vino y dos vizcochos.

Media hora después dormían los cinco con sueño tranquilo y sosegado.

Nada habia que impusiera á nuestros valientes lo bastante para hacerlos víctimas del insomnio. En la convalecencia Alberto, próximo á lograr su libertad, y cercano el día de las nuevas batallas y triunfos, se secaron los ojos de nuestros guerreros, sus corazones se ensancharon y ya no encontraban dificultad superior á su voluntad y esfuerzos.

A las tres y media despertó Navarro, llamando seguidamente á Lara y á los contrabandistas. Los cuatro se pusieron en pié, y tendiendo una mirada cariñosa sobre Mendoza, el cual permanecía entregado á profundo sueño, salieron de allí, dirigiéndose á las rocas, entre las cuales tenían atracada la lancha. Llevaban encendida una linterna, á cuya opaca luz salvaban los precipicios, sirviéndoles luego para evitar un choque en los escollos que les presentaba la costa mar adentro. Saltaron al bote los dos contrabandistas; Navarro estrechó á Nuñez, y cuando éste hubo seguido á aquellos, cogió con la derecha la linterna, dió el último adiós al general, y comenzaron á moverse cuatro remos y el esquife á cruzar el Mediterráneo. Navarro se recostó sobre una piedra y quedó fijo en el punto luminoso y oscilante que llevaba Nuñez en su diestra.

Diez minutos después se apagó, y ya no vió el general otra cosa que tinieblas.

—Salvaron los escollos,—exclamó,—y mataron la luz, precaucion bien tomada, como todas las de los tres maestros. Diga Alberto lo que quiera, valemos mucho; ¡vaya si valemos! Lo malo es que desde aquí á la cueva hay dos precipicios y pendientes peligrosas, y no teniendo luz me es imposible abandonar este sitio. No importa; esperaré en él la llegada del dia.

Así lo hizo, viendo, como en el anterior, aparecer el crepúsculo matutino y luego asomar la severa faz del sol, el que parecia salir de entre las ondas del mar. El espectáculo era grandioso, y nuestro general no apartó su mirada hasta que contempló el Mediterráneo, los montes y la tierra, en fin, dorados por los rayos de un astro que amenazaba abrasar. Era el dia 25 de Agosto, y desde un principio comenzaba caluroso. Navarro exclamó:

—Hoy celebra la Francia el no sé qué aniversario de su santo rey Luis; dentro de cuatro dias llorará probablemente una catástrofe que no prevé ni espera. Aplaudid ahora la memoria del santo, hijos de Francia; reid, y en festejos ocupad el dia, que luego suspirareis por lo que viene detrás.

Y pausadamente se dirigió á la cueva, en la que entró, hallando todavía dormido á su gigante amigo.

—¡Mendoza!—le dijo, dándole con el pié.—Son más de las seis.

—Bien he dormido,—contestó el atleta, poniéndose en pié.—¿Y Lara?

—Há mas de tres horas que partió con los contrabandistas.

—Feliz viaje. ¿Y nosotros, qué hacemos?

—Hoy y mañana nuestra ocupacion está reducida á hablar con el paje.

—Noto que empieza el calor muy temprano.

—Sí, y amenaza ser terrible; pero á bien que nuestro palacio tiene magnífico subterráneo, donde no llegan las consecuencias de esos rayos abrasadores.

—Verdad es; siguiendo esa caverna adelante se nota un fresco agradable.

Nuestros guerreros almorzaron á las ocho y comieron á las tres, para cenar á las nueve. Durante el día no hicieron otra cosa que hablar, huyendo del calor entre las entrañas del monte. El paje no se les presentó hasta las cinco; Alberto seguía bien; le alegró mucho el contenido del pergamino que le mandó Navarro, y esperaba sin impaciencia la llegada del sábado.

Trascurrió el miércoles y amaneció el jueves, sin que acontecimiento alguno viniera á turbar la paz que reinaba en la cueva, donde permanecían el general y el maestro. También esta tarde cruzaron algunas frases satisfactorias con el paje, retirándose luego á la cueva, donde cenaron, quedando sentados ámbos sobre los jergones de su cama, mirando la luz de la linterna.

—Al ser de día,—exclamó Navarro,—regresarán nuestros amigos y contrabandistas, trayendo consigo el barreno y la mecha.

—Noto, general,—dijo Mendoza,—que estais muy impaciente.

—Mucho.

—Haceis mal; Osorio y Lara tienen tanto talento como yo y llegarán sin dificultad alguna con lo que les habeis encargado, estad seguro.

—Eso es lo probable; pero hasta que yo los vea, permaneceré intranquilo.

—No seais desconfiado. Con la aurora vendrán los instrumentos, con la noche el taladro, y con el día siguiente un estampido que nos crispará de alegría. En esta ocasion recibiremos al héroe con un solo disparo; pero éste superará en estrépito á la descarga de todos los cañones que hay en Francia prendidos á la vez. Durmamos, Don Pedro; es un crimen dudar de los que se me parecen y más aún de la Providencia.

—Teneis razon; acostémonos, y que nos despierten ellos.

Algo más tarde dormían los dos en sueño que no les abandonó en toda la noche.

Al asomar los primeros albores de la mañana hizo abrir los ojos á nuestros guerreros un silbido que llegó á sus oídos como el maná á los israelitas.

—¡Ahí están!

Exclamó Navarro, y de un salto se pusieron en pié, contestando con otro silbido. Fueron á salir, viendo asomar en el mismo instante á Osorio y Lara delante y detrás á los dos contrabandistas, cargado el uno con un saco y el otro con una cesta. Los cuatro primeros se estrecharon, preguntando el general al maestro Osorio:

—¿Viene todo?

—Todo, con algunas provisiones más, y abundantes líquidos.

—¿Están el barreno y la mecha á vuestra satisfaccion?

—Sí, señor.

—A verlos.

Don Alvaro mandó á los contrabandistas que dejasen la carga que traían, é inmediatamente dispuso que fuesen en busca de agua. Solos ya el general y los tres maestros, abrió Osorio con mucho cuidado el lio que condujeron aquellos, presentando un barreno que tendria sobre tres varas de largo y dos pulgadas de diámetro. Navarro lo reconoció, quedando satisfecho de él.

—¿Y la mecha?

Preguntó con impaciencia.

—Vedla; tiene veinte varas de longitud, y de su extremo inferior despedirá, al tocarle el fuego, mangas de luz capaces de incendiar un edificio, con chispazos que se extenderán á derecha é izquierda, delante y detrás.

—Bravo, amigo mio; es todo lo que deseaba Alberto, cuanto anhelábamos los cuatro.

—Eso sería poco é incompleto, si no viniera acompañado de otras dos cosas muy importantes tambien.

—¡Qué decís!

—Ved ahora esta varita de acero, que puede servir de baqueta, y á la vez, enroscándole este tubo de saca-tierra, para que el taladro pueda hacerse con más rapidez; pues siendo tan largo estorbaria el detritus, y hasta puede que impidiera su terminacion, ó por lo ménos la prolongaria infinito sin este auxiliar imprescindible.

—¿Quién os ha enseñado eso, Don Alvaro?

—El sábio de los sábios, mi general; un héroe que nos hizo aprender artes, ciencias é idiomas, con lo cual calculamos y sabemos cuanto nos hace falta.

—¿Traéis algo más?

—Falta lo principal.

—Veamos.

—Hé aquí un cañon de madera igual en longitud al barreno.

—Sí; pero no comprendo...

—Cuando esté el taladro concluido se mete por él este cañon; luégo la varilla de hierro que se une al saca-tierra se introduce por el extremo, y se va empujando poco á poco hasta que salga lo que hay dentro del cañon; todo lo cual irá cayendo á la parte adentro de la torre y en el sitio donde dice Alberto que existen esos barriles de pólvora y balas.

—¿Y qué es lo que saldrá de ahí?

—Unos cartuchitos cortos y delgados, pero que en el instante de llegar á ellos un chispazo ó manga de fuego de la mecha, se extenderán por el subterráneo, romperán toneles é incendiarán cuanto haya. Es una doble composicion que hará por sí sola más que el extremo de la mecha, supliendo lo que á esta pudiera faltarle.

—Noto que están tapados sus dos extremos.

—Sí, pero saldrán los tapones con facilidad; se han puesto únicamente para evitar que se caigan los cartuchos.

—¿Qué disculpa habeis dado para que nadie sospeche de vosotros?

—Al forjador le dijimos que éramos mineros; al carpintero

que necesitábamos un tubo para conducir el agua, y al polvorista que se trataba sólo de que nos probara su habilidad, para encargarle un trabajo en Bayona adonde le hemos mandado, con objeto de echarlo del pueblo y de que invierta en el camino ocho ó diez dias.

—¿Accedió?

—Se le adelantaron cien ducados, y fué contento y satisfecho, llevando con él á su hijo y un caballo cargado con objetos del oficio.

—¿Luego nadie habrá podido sospechar?..

—Absolutamente nadie.

—Perfectamente.

Osorio fué envolviendo la mecha, barrenos, cañon y saca-tierra, los escondió lejos del sitio donde encendian fuego ó luz, continuando los cuatro en conversacion sobre el acontecimiento del próximo dia.

A las cuatro salieron Navarro y Mendoza en busca del paje; éste les dijo lo mismo que los dias anteriores respecto del duque, añadiendo:

—Bajé esta mañana con el doctor al subterráneo en que existen la pólvora y balas, hallándolo en el mismo estado que la primera vez. Luégo medí las distancias, calculé, y con vista del mapa trazado por vos, puedo aseguraros que habeis hecho la señal cási en el centro del sótano y sobre el monton de pólvora que tienen dispuesta para la elavoracion de cartuchos. Creo, en consecuencia, que ni vos ni yo nos hemos equivocado. Temo, por lo tanto, adivinar la idea que os proponeis, y he temblado ya más de una vez.

—Niño,—le contestó Navarro,— no os aflijais; se trata sólo de un castillo de pólvora al natural; en este no hay artificio alguno; cuando lo veais me dareis la razon. Decid al duque que todo está dispuesto, y que esta noche quedará hecho el taladro, puesta la mecha, y desde las cuatro de la tarde se hallará un vigia frente á la puerta de la torre, observando vuestra retirada.

—Añadió Alberto, — exclamó el paje, — que yo partiré ántes que él, acompañado del doctor; y quiere que nos incorporemos con vosotros.

—Saldrá Lara á recibiros y os llevará adonde estemos.

—Dice tambien, que si saca él un pañuelo blanco en la mano, mandeis pegar fuego en el momento que lo veais. ¿Qué fuego es ese?

—El del castillo, hijo mio; vamos á recibir á nuestro generalísimo con fuegos artificiales.

—Sí, lo comprendo; vais á horadar el muro; introducireis luego una mecha; la prendereis, y más tarde... me horroriza la idea de lo que va á suceder después.

—Ya; porque empezais por el punto donde debiérais concluir. Reflexionad ántes del modo siguiente: manda Alberto de Silva un ejército, el cual se bate frente á frente y en igual pelea. Desde el héroe hasta el último peon todos presentan al enemigo los pechos, poniendo á su disposicion la vida que se dignó otorgarles el sublime Hacedor. Los franceses, lejos de sostener el combate, huyen; cobardes y ruines abandonan el campo y coronan su miserable pavura con la más horrenda de las traiciones. En tanto que el héroe da sus últimas órdenes, le tienden infame y fatal emboscada, atraviesan su cuerpo tres balas traidoras, y como si esto fuera poco, le clavan un puñal en el costado. Exánime, no inspirándoles compasion alguna el caudillo que tantas vidas perdonó en Francia, lo arrojan sobre el arzon de una silla, y corren así dos leguas, regando con su preciosa sangre este maldito suelo. Mástarde le dan un lecho, é intentan salvarle la vida, para hacer de él instrumento terrible contra el emperador Carlos I, ¿le conoceis? contra el imperio español. Vuestros ojos se humedecen; llorad, amigo mio, llorad; en mí se secó el raudal de lágrimas; vertí tantas que no me quedó ninguna, y ahora sólo me resta reir; me falta únicamente lanzar una carcajada que formará duo con el castillo de pólvora que finaliza la comedia. Si el desenlace no merece vuestro agrado, culpád á ellos que la empeza-

ron; nosotros nos contraemos á añadir un fin; está en moda la tragedia en Francia, y por eso es trágico.

—General,—dijo el paje,—sé que sois valiente y leal como pocos, pero tan fiero...

—No, hijo, no; si es Alberto el autor del desenlace; pues si lo fuera yo, no dejaba de Francia otra cosa que el nombre; poquito me lo agradecerian las generaciones venideras.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!—exclamó el mancebo, alzando los ojos al cielo.—Terrible desenlace, Navarro; pero habré de convenir con vos en que el capitan Vissó y sus subordinados merecen ese fin.

—Sí; mañana, hasta el diablo está de enhorabuena; cargará con seiscientos tres espíritus peores que cuantos siguieron la misma huella.

—Me retiro, si no quereis nada más.

—Partid, que pronto nos volveremos á ver. Recordad, hijo mio, el apellido que llevais y la poderosa sangre que circula por vuestras venas.

—¿Si no fuese así, estaria en este sitio? ¿hubiera entrado en la torre? Adios, Navarro.

—Cuando escribais á vuestra madre... os iba á decir un delirio; como es tan... vamos tan... Por el camino hablaremos de ella. Dadme vuestra mano, y que el cielo os proteja.

El general estampó un ósculo en la diestra del paje, y éste desapareció de allí, corriendo y cantando, segun costumbre.

Navarro se unió á Mendoza, diciéndole:

—Partamos; comeremos inmediatamente, y cuando asome el crepúsculo vespertino, os vais por la costa, situándoos en el paraje de la torre en que pusimos la piedra. Procurad no salir de entre las rocas hasta que, llegada la noche, paseis desapercibido para los de la fortaleza, pero que haya aún la suficiente luz con que distingais la parte Sur y encontréis el agujero.

—¿Qué hago más tarde?

—Os sentais hasta que lleguemos Osorio y yo; de este

modo no hay peligro de que desconozcamos el sitio por oscura que esté la noche.

—Comprendo la idea, y durante el crepúsculo me situaré convenientemente.

—Segun se aproxima el momento deseado siento una ansiedad que me molesta.

—Ya se os conoce.

—¿Creeis vos que triunfaremos mañana?

—Quién lo duda.

—¿En qué os fundais?

—En que dirige Silva y ejecutamos nosotros.

—Mendoza, en momentos tan críticos, suprimid la pedantería.

—La verdad se debe decir siempre.

—Yo temo ahora de un modo que no me explico; jamás experimenté un malestar, una inquietud tan grande. Si nuestro plan se frustrase, si léjos de encontrar Francisco I un almirante de Francia en Silva, hallara un enemigo poderoso y terrible como lo fué ántes, entónces le asesinaría sin piedad, y todo se habria perdido.

—Quién piensa en eso; el rey de Francia atraviesa ahora los Alpes, al frente de un ejército que se dirige á Italia, y el capitán Vissó, único jefe de la torre del Godo, perecerá mañana con todos sus dignos compañeros. Creed esto, amigo mio, desechando de vos sospechas que sólo conducen á atormentaros.

En este instante llegaron á la cueva, donde les esperaban Osorio, Lara y los dos contrabandistas. Navarro enteró á los primeros de que Silva continuaba mejorando y que todo marchaba bien. Luégo comieron, permaneciendo en conversacion el resto de la tarde. Puesto el sol, y empezando ya á cubrir la tierra las sombras de la noche, dijo el general á Mendoza:

—Partid, amigo mio, segun os he dicho ántes; no abandonéis la orilla del mar, cubriéndoos siempre con las rocas, interin no os encontréis frente á la parte Sur del castillo. Después os vais descubriendo poco á poco, y arrastrando llegais al sitio

convenido. Mucha prudencia y recato, Don Luis; en tan supremos instantes, es indispensable no cometer el más leve descuido.

—Llegaré sin que nadie me vea, escuche, ni sienta.

Y despidiéndose de sus compañeros partió, demostrando sangre fría y su innato valor. Una hora más tarde dijo Navarro á Osorio:

—Don Alvaro, la noche principia oscura, pero tan serena que el mar parece estar dormido y el viento encadenado, por cuya razon debemos emprender nuestra corta travesía con las precauciones posibles; coged la mecha, el cañon y el saca-tierra, dadme el barreno y marchemos.

—No; tengo esos objetos perfectamente envueltos y colocados en un saco, y no es conveniente desliarlos ahora.

—¿Pesa mucho?

—Bastante; pero lo llevaré al hombro, sujetándolo con la mano izquierda.

—Lara,—añadió Navarro,—vos os quedais, y no veo excusado el que vigileis á esos contrabandistas; saben ya que no somos lo que Juan les dijo en un principio, y aún cuando los conceptúo leales, no estará de más...

—Comprendo; me uniré á ellos, y os esperaré de ese modo el tiempo que tardeis.

—Puede que no volvamos hasta la madrugada.

—No importa.

Los tres se despidieron, marchando los dos primeros, y saliendo el otro en busca de los dos compañeros de Sabadell, los que estaban sentados á veinte pasos de la cueva.

La noche, como habia dicho Navarro muy bien, iba oscureciendo por momentos, hasta llegar el caso de no distinguirse los objetos á cuatro varas de distancia; el Mediterráneo seguia callado, y la naturaleza, en fin, permanecia muda.

El general y maestro Osorio, cogidos de las manos y sin hacer ruido alguno, atravesaban el monte muy despacio y con las precauciones consiguientes para no resbalar y caer en ter-

reno tan escabroso. Iba el primero un poco más delante que el otro; no hablaban, arrastrando los piés y con un temor que no sintieron jamás. Y era que amaban entrañablemente á Silva, y comprendían que en tan críticos instantes se hallaban expuestos á perderlo para siempre.

Por fin acabaron de cruzar el monte, entrando en una explanada que tenía delante el castillo.

—¡Alto!—dijo Navarro.—Ya estamos enfrente de la torre. Vedla como se destaca cual mudo fantasma, aterrador esta noche, y fatal desde há mucho tiempo. Sólo la percibimos como una sombra fatídica y agorera, y tiemblo cuando dudo de lo que parece indicarme.

—Comprendo vuestro temor, amigo mio; es la primera vez que llega á vos, y la causa lo justifica; pero desechad tristes ideas, y adelante.

—Marchemos; pero ántes quitaos los zapatos, como yo. Dádmelos; yo llevaré los cuatro en la derecha, y cogeos á mi izquierda.

Y comenzaron á hacer el mismo semicírculo que dos dias ántes verificaron Mendoza y el general. Diez minutos más tarde volvían el ángulo que les permitía dar frente á la parte Sur del castillo, en cuyo instante se pegaron al muro y fueron caminando hasta tropezar con unas enormes piernas que encontraron de valla. Eran las del gigante, el cual les alargó la mano, diciendo muy quedo:

—Soy yo; sentaos.

Así lo verificaron los recién llegados, preguntándole Navarro al oído:

—¿Qué oísteis?

—Los toques de silencio y nada más.

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—¿Cuánto tiempo habrá trascurrido desde entónces?

—Cinco cuartos de hora.

—Esperemos las once. ¿Está ahí el agujero?

—Sí, lo cubre mi cuerpo.

—¿Qué notásteis en él?

—Nada; lo hallé cubierto con la piedra, y en el mismo estado que lo dejamos.

Y quedaron sumidos en el mayor silencio, fijó el oído en el castillo, sin que les fuera dable percibir otra cosa que el chirrido de algunas aves nocturnas.

Impaciente Navarro y desasosegados Osorio y Mendoza, permanecieron no obstante enclavados en el suelo, sin moverse ni desplegar los labios, hasta que dijo el primero:

—Se acerca la media noche; nada se oye, y ha llegado el momento de dar principio al taladro. ¡Quiera el cielo que el temple de ese instrumento corresponda á nuestros deseos!

—Antes de salir del pueblo,—dijo Osorio,—lo he probado en piedra más dura que esta.

—Bien, amigo mio; procuraré tranquilizarme, áun cuando dudo conseguirlo. Principiemos.

Don Alvaro deslió su envuelto, exclamando:

—Ahí va el barreno; lo demás me corresponde á mí.

Navarro lo cogió, y sacando la piedra, introdujo la punta en el agujero hecho dos mañanas ántes.

—Ahora,—añadió, dirigiéndose á Mendoza,—echaos atrás y cogeos á la cruz. No apreteis mucho al principio; tenemos toda la noche, y es preferible tardar á que se nos rompa el barreno. Méenos ruido, por Dios. Así. ¿Se introduce?

—Yo lo creo,—contestó el gigante;—y si me dejárais empujar lo que puedo.

—Antes conviene asegurarnos por segunda vez de su temple; luégo hareis uso de todas vuestras fuerzas. Procurad que éntre recto; de inclinaros á derecha ó izquierda no bastaria su longitud, ni lograríamos otra cesa que ver destruidas nuestras ilusiones.

—Retiraos á un lado, general, y dejadme que yo lo dirija.

Exclamó Osorio; y unas veces junto á Mendoza, otras palpando é introduciendo la sonda en el sitio horadado, comenzó

el hábil maestro á ayudar al gigante, cuidando que el taladro se hiciera con todo el arte posible. Cada cuarto de hora se sacaba el barreno, la tierra se esparcía, acababa de limpiar el agujero Don Alvaro, y lo reconocía, quedando satisfecho del trabajo que estaban practicando. A las dos horas tenían horadado bastante más de una vara. Osorio preguntó á Navarro:

—¿Creis, como yo, que el temple del barreno no deja nada que desear?

—Hasta ahora vamos bien.

—En ese caso, soy de parecer que Mendoza haga uso de todas sus fuerzas.

—No, por Dios; tenemos tiempo, y una desgracia en estos instantes sería fatal. Continúa lo mismo, que aún nos restan tres horas de tinieblas.

No obstante las reflexiones del general, Don Luis obligaba cada vez más su barreno. Según éste se introducía, la operación era más difícil y molesta; el gigante sudaba hasta humedecer el suelo, y convencido de que su acero era mucho más fuerte que la piedra que destruía, sin decir nada, estaba en estos momentos demostrando á Osorio que se halla de acuerdo con sus ideas.

Don Alvaro, sin soltar la varilla de hierro en cuyo extremo tenía enroscado el saca-tierra, metía éste de continuo, desocupaba el agujero de los estorbos que el barreno no cogía en su tubo, reconociendo á la vez la magnífica cala que estaba practicando su amigo. El desasosiego de los maestros desapareció por completo; el del general aumentaba considerablemente. De este modo trascurrieron dos horas más; empezaron á las once y eran las tres, cuando á uno de los muchos esfuerzos que hacía el atleta, seguro ya de la fortaleza de su barreno, se oyó un ruido que ninguno esperaba, cayó Mendoza cuan largo era, y la cruz del instrumento se pegó al muro, lastimando las manos del gigante.

—¡Maldición!—exclamó Navarro.

—¿Se ha roto?—preguntó Osorio.

—¡Voto á cuatro mil regiones de demonios!

Dijo Mendoza, incorporándose y limpiando la sangre que tenía en sus dedos. Nuestro valiente se hizo además una contusión en la cabeza y se lastimó las rodillas.

—¿Qué es eso, Mendoza?—le preguntó Navarro con dolor.

—Qué ha de ser,—contestó Don Luis,—que hemos concluido, y como yo no sabía que tocaba á su término, empujé de firme, se coló el hierro y me he magullado todo el cuerpo.

—¡Dios sea loado!—exclamó el general.—Tened un poco de paciencia, amigo mío, que ya os curaré en cuanto lleguemos á la cueva.

—Es poca cosa, y no merece que os cuideis de mí; me hizo sí mal efecto, por lo desprevenido que me cogió.

—Veamos...

—Quieto,—le dijo Don Alvaro,—lo que falta me corresponde á mí. Coged el barreno.

—Venga. ¿Está hecho el taladro?

—Sí, y os advierto que pasa de dos varas. Mendoza vale mucho más que Goliat; casi tanto como David, y se acerca á Salomon.

—Calla y trabaja, que yo ya hice lo principal.

Osorio cogió el cañon de madera y lo introdujo, quitando ántes los tapones; luego metió por el extremo que quedaba de la parte afuera la varilla de acero que le sirvió para unirla al saca-tierra, y fué oprimiendo y obligando á los cartuchos que guardaba dentro de aquel tubo á que cayesen á la parte adentro de la torre. Como el cañon era más estrecho que el taladro, cuando ya habia arrojado la quinta parte siguió su operacion moviendo aquél de arriba á abajo y de derecha á izquierda, con el objeto de que los cartuchos fueran extendiéndose en lo posible en el subterráneo. Sólo invirtió en este trabajo un cuarto de hora; luego cogió la mecha y comenzó á meterla, haciendo uso al efecto de su delgada varilla.

—¿Qué intentais?

Le preguntó Navarro, acercándose.

—Introduzco la mecha.

—¿Entra bien?

—Perfectamente; Mendoza hizo el taladro tan recto é igual como su entendimiento. Separaos, que vais á pisar la mecha.

Cinco minutos después cogió Don Alvaro el barreno y cuantos objetos habia llevado, y se los dió al general, diciéndole:

—Tomad, y contestadme á la siguiente pregunta: ¿quién debe pegar fuego?

—Vos, ó yo; elegid.

—En ese caso me reservo el hacerlo, toda vez que he dirigido la operacion y deseo terminarla.

—No me opongo.

—Partid ahora con Mendoza, dejándome aquí, que pronto os seguiré.

—¿Qué pretendéis?

—Aguardo el crepúsculo, que no tardará en asomar, con objeto de barrer la tierra que hemos sacado, tapar bien el agujero, sujetando á la vez el extremo de la mecha, de un modo que aún cuando pasara gente por aquí, lo que creo imposible, no notase nada de lo que hay en esa pared.

—Bien pensado. Seguiremos de frente, y os esperaremos detrás de esas rocas.

—Marchad á la cueva.

—No os quiero dejar solo; pues aunque no amenaza peligro alguno, pudiera hacer el demonio... En fin, ahí estamos, y al volvernos á unir marcharemos por la costa, sin temor de que nos distingan los del castillo. Hasta luégo.

—Id con Dios.

Quedó solo Don Alvaro, y sin soltar el extremo de la mecha se sentó al pié del muro, esperando la llegada del alba.

Veinte minutos más tarde apareció el crepúsculo matutino, y no tardó el maestro en distinguir lo que andaba buscando; esto es, una piedra que conviniera á su deseo. Estaba léjos de él, por cuya razon sacó su puñal y ató á él la mecha para

que no se le pudiera correr, pues temia con razon que el peso de la parte que estaba dentro tirara del resto, si la dejaba suelta, y entónces todo se habia perdido. Después cogió la piedra, metiendo la mecha hasta dejarla á nivel del muro, pero sujetándola con dos dedos; luégo introdujo aquella poco á poco, y haciendo martillo de su daga, golpeó con el mango, consiguiendo, por último, que la piedra tapase parte del agujero, oprimiendo á la vez la mecha lo bastante á que no pudiera correrse al sótano. En seguida tomó un puñado de tierra de la que arrancó el barreno, y con calma y habilidad fué tapando la entrada del taladro, dejándolo perfectamente disimulado. No satisfecho aún, hizo de su sombrero escoba, y con el ala fué extendiendo la tierra, apisonándola luégo con los piés, logrando que desapareciera todo rastro y señal. Verificado el postrer reconocimiento y satisfecho completamente, con calma y sangre fria miró al castillo, y sonriendo de un modo siniestro, se dirigió en busca de Navarro y Mendoza, que le aguardaban á trescientos pasos de allí.

Acababa de amanecer, cuando acercándose el maestre á sus compañeros, les dijo:

—Marchemos, que la torre tiene ya lo que le hace falta; á las cuatro de la tarde llegaré á este mismo sitio; en dos saltos cruzaré el espacio que me separa de mi mecha, y luégo...

Los tres sonrieron de un modo capaz de aterrar al más valiente; Navarro le dijo:

—Vuestra última mano habrá correspondido á la incomparable habilidad de los Osorios.

—Se entiende, y adelante, que cuando vuelvo satisfecho motivo me sobra para ello.

En muy pocos minutos se pusieron los tres en la cueva, hallando á Lara y dos contrabandistas, que, sentados sobre un jergon y á la pálida luz de una linterna, hablaban de los pirineos, del contrabando y de los resguardos español y francés.

—¿Qué traeis, mi general?

Preguntó Nuñez á Navarro, demostrando ansiedad.

—Aquello que sabeis se terminó con toda felicidad; luégo volará el cuervo, y últimamente, segun todas las probabilidades, echaremos á tierra nuestro alijo sin que nádie lo impida. Por consiguiente, y dando por hecho que en la próxima noche dormiremos en sueño eterno ó no cerraremos los ojos, acostémonos y descansenos cuatro ó cinco horas. Vosotros,—dijo á los contrabandistas,—verificad lo mismo, pero en el interior de la cueva, que el relente de la madrugada es nocivo en estos parajes.

—No importa...

—Obedeced. De paso, arrojad el barréno y esos otros objetos al fondo.

Y fijando su jergón delante de la boca de la caverna se tendieron los cuatro, imitándoles los contrabandistas, bastante más léjos, en una pequeña explanada del interior. Eran cerca de las cinco, y no tardaron diez minutos en dormirse los seis.

A las nueve despertó el general; llamó á los cinco restantes, y dispuso un almuerzo que debia servirles á la vez de comida y cena.

—Muchachos,—dijo á los contrabandistas,—haced un buen arroz con aves y pescados; calentad el resto, no olvidándoos del pan para que esté ménos duro. Tened entendido que es la última comida que nos preparais, y queremos llevar un recuerdo agradable de vuestra destreza en el arte.

A las once y media comenzaron á almorzar; Navarro, Osorio y Lara lo verificaban con buen apetito, pero el gigante superaba á todos con notable diferencia.

A las cuatro ménos cuarto se dirigió Osorio al sitio en que estaba la mecha, en la forma que expuso anteriormente, mientras los restantes comenzaron á aproximarse al castillo, poco á poco y recatándose cuanto podian. Los dos contrabandistas, Nuñez y Don Luis se escondieron detrás de una roca, en tanto que Navarro se separó algo, y tendiéndose en el suelo fijó su mirada en la puerta de la torre que tenía cási enfrente.

Don Alvaro llegó sin ser visto al pié del muro; sacó la tierra que habia metido por la mañana en el taladro; cogió luego con dos dedos la mecha, tirando de ella y obligando con la punta de su puñal á que saliese la piedra que tenía dentro; después ató un hilo al extremo de la mecha, y sugetándole con la mano, se tendió tambien en el suelo, fingiendo dormir. Antes dejó junto á él un eslabon, piedra, yesca y pajuela, único medio que se conocia entónces de encender fuego. De este modo esperaron los seis, apoyados por un valor y serenidad sorprendentes.

El sol brillaba como suele hacerlo en Agosto; el calor se dejaba sentir de una manera harto molesta, y en la torre se escuchaba ruido de armas, cuya causa conviene averiguar; pero es indispensable retroceder un poco, segun haremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XVIII.

La doble intriga.—La astucia de la culebra en lucha con el genio del héroe.—
Al debate siguen las estocadas.—Momento crítico.—La catástrofe.

PENETREMOS en la torre del Godo. Alberto de Silva continúa en el lecho, y su rostro aparece pálido, delgada su voz, enflaquecido el cuerpo, lánguida la mirada y el conjunto propio del ser que concluye de sufrir una enfermedad de cerca de dos meses. Prosigue á su lado el paje; el médico no le abandona, y Vissó entra continuamente, le da excelencia y le adula cada vez que halla ocasion. Este hombre funesto, y al que Silva aborrecia cuanto es posible por llevar retratada en su rostro la maldad, veia en la traicion del enfermo su ascenso á maestro, y sin reparo alguno procuraba atraer y halagar al que mandó asesinar pocos dias ántes. Pero si el generalísimo habia envuelto á Francisco I y á Rousell en la doble intriga de hallar su salvacion en lo que ellos creian todo lo contrario,

claro es que se estaba burlando del capitán, sin dejar por eso de prepararle el féretro y la guadaña.

Oigámosles: es el viérnes tan deseado por Navarro; Roussell y el paje han salido, siendo reemplazados por Vissó, el cual, gorra en mano y aparentando respeto, dice al héroe:

—Mi interés hacia vos, me obliga á rogaros que suspendais la marcha. Anhele más que ningun otro acompañaros á Italia, volviendo de nuevo al campo de batalla, donde me educué y en el que he pasado la mayor parte de los años de mi vida; pero estais pálido, enflaquecido, débil; la marcha es larga; muy molesto el paso de los Alpes, y sentiria que un contratiempo os proporcionase en el camino la recaída que temo.

—No importa,—contestó Alberto;—mañana quiero dejar esta torre.

—¿No era mejor que al día siguiente de levantaros paseáis por el castillo, al otro por el campo, después á caballo, prosiguiendo ocho días restableciéndoos y adquiriendo fuerzas?

—No.

—¿Por qué, señor duque?

—Nunca debe mirar el hombre la conveniencia propia, sino la de su patria.

—Señor, temo que de ese modo se pierda más tiempo, mucho más.

—En cuyo caso, capitán, quedará mi conciencia tranquila: en Italia hago falta, mucha falta, Vissó; aquello está perdido, y debo yo ganarlo.

—Ya está allí el almirante, el lunes partió S. M., y es posible que á estas horas no se encuentre tan fatal como ántes.

—Por esa misma razon.

—Comprendo; quereis llevaros toda la gloria.

—Estoy seguro que el destino me la reserva por completo.

—Me alegraré; porque he de ir á vuestro lado, y algo me tocará.

—Algo no, mucho; pasará de cuanto podeis figuraros. Vuestra vida me pertenece, y yo sólo dispondré de ella.

—Dicen que en el combate defendeis á vuestros amigos con valor y heroismo inimitables.

—Sí; en la diestra llevo una espada que llaman invencible, y unido á ésta la guadaña que siega las cabezas de los que atentan contra los míos.

—Una razon más para que yo vele ahora por vos y no os permita partir mañana.

—¿No os dijo el rey, como á mí, que podia salir de la torre cuando quisiera?

—Ciertamente, pero...

—Oidme: luégo despedís al cocinero, ayudantes y criados, los cuales estarán deseando abandonar esta prision; pues desde mañana quiero comer como soldado. A las cuatro de la tarde saldrán Rousell y mi paje como de costumbre; cerrais bien las puertas de la fortaleza, guardándoos las llaves, y acto continuo disponeis que formen, sin excepcion, cuantos oficiales y soldados teneis á vuestras órdenes; ántes ó después que me traigan un traje completo de seda, de paño ó de guerra, me es igual; á vuestra presencia me vestiré, y si las fuerzas me ayudan pasaremos una revista escrupulosa, y más tarde determinaremos lo más acertado. Eso os mando, quiero y deseo.

—Perfectamente; pero si os sentís débil...

—Entónces haré lo que Dios me inspire.

—Tambien hay entre mis soldados quien entiende de cocina, y os aseguro que no echareis de ménos nada de cuanto pidais.

—Me alegro; hasta hoy todos han mandado en mí; sujeté mis acciones al capricho del paje y á la voluntad de Rousell; pero desde mañana mando yo sólo. A las ocho me servirán un almuerzo igual al vuestro, y á las dos comida abundante y vino; si se opone el doctor, no le hagais caso.

—¿Dónde ha de formar la tropa?

—Por la descripcion que me hizo Rousell de esta fortaleza, juzgo que el sitio más á propósito es la galería que llamais del Sur.

—Se conserva vuestro traje de guerra; ¿preferís ese al que os tengo preparado de terciopelo negro?

—Me es indiferente.

—Entonces sea el de seda, pues el otro os molestaría.

Todavía continuaron hablando media hora, mandando el uno é interpretando el otro segun sus deseos.

Después se retiró el capitán, y encerrado en su despacho meditó mucho tiempo sobre la conversacion que acababa de tener con Silva y las órdenes que éste concluía de darle; al principio dudó; hubo momentos en que optó por no complacerlo, exclamando por fin:

—Ese español está todavía enfermo; su debilidad es grande, y no creo posible que intente nada contrario á los deseos del rey; por todo lo cual debo obedecerle, si bien me pegaré á su ropilla, é ínterin no se halle rodeado de mi gente permaneceré observándolo atentamente. Sería terrible que nos quisiera engañar; pero si léjos de eso accedió gustoso á lo propuesto, y por una torpeza mia... Eso jamás me lo perdonaría Francisco I, y no es cosa de exponerme á sus iras.

Como se deduce de las anteriores frases, Silva colocó al capitán en una posicion especial de la que no podia salir bien de un modo ni de otro. El héroe habló poco, pero tan bien dicho que se hizo dueño de la situacion, ofreciéndole ésta el tragico desenlace que con repugnancia se veía obligado á realizar. Hasta este dia aceptó con gusto la dieta impuesta por el médico, no porque la juzgase indispensable á su curacion, si que por creerla necesaria á sus planes. Se hallaba bueno, completamente bueno; pero no comiendo seguía la debilidad, la palidez y enflaquecimiento consiguientes, los que unidos á su sabiduría lo presentaban inofensivo é inútil aún para ocuparse de intrigas, y ménos para manejar su temible espada.

Mientras Vissó se hacía las reflexiones de que tenemos conocimiento, decia el generalísimo para sí:

—Estoy flaco, demacrado y débil; pero me bastan con dos comidas para echarme á fondo y atravesar al tigre; luego

haré más, mucho más; me horroriza la idea; pero es preciso, indispensable. Malos fueron conmigo; emplearon la traicion, el dolo y la iniquidad; me juzgaron más tarde de la misma índole que ellos, y osaron ofrecerme el más nefando de los crímenes, y lo peor es que en esta ocasion no puedo yo obrar bien; á su fiereza corresponderé con otra no ménos cruel y sangrienta, si bien disculpable por exigirme el sacrificio la voz de mi patria. ¡Mi patria, Cárlos I; y querian esos villanos que yo atentara contra lo que más amo en el mundo! El hecho merece la horrible recompensa que les preparo. Más tarde nos veremos en Italia, Francisco I; vaya si nos veremos; pero ¡ay de tí el dia que yo pise aquel suelo!

En este momento penetraron el paje y Rousell que regresaban de su paseo; el primero intentaba vanamente ocultar la tristeza ó dolor que le afligia; el segundo iba alegre y muy satisfecho al parecer de la conversacion que acababa de tener con el terrible gobernador de la torre.

—Por lo general,—dijo á Silva sentándose á la cabecera de la cama,—los enfermos son expansivos, francos con el médico que les salvó la vida; mas vos formais la excepcion de la regla, siendo así que todo me lo ocultais, cuando os estoy demostrando continuamente que me interesa vuestra suerte cási tanto como la mia.

—No comprendo, Rousell.

—Me acaba de decir Vissó que muy pronto partiremos á Italia; que sois ya almirante de Francia, y que todo se arregló á medida de nuestro deseo.

—Doctor, en medicina sois un nuevo Hipócrates, pero no entendeis palabra de otra cosa que de vuestra facultad.

—¿En qué os fundais?

—Aplacemos la cuestion; concretaos hoy á hablarme de cosas indiferentes, y os juro solemnemente que mañana por la tarde seré para vos el hombre más franco que exista.

—Acepto; pero decidme al ménos si es ó no cierto lo que asegura Vissó.

—Mañana todo, hoy nada; y si me estimais algo, yo os ruego que esperéis sin averiguar ni dar paso alguno hasta que yo pueda demostraros la verdad con hechos. El plazo es corto, y no creo que debais violentaros por sacrificio tan pequeño.

—Todo lo contrario, amigo mio; mi deseo se contraía á que fuéseis expansivo conmigo; logrado esto mañana, nada me importa lo demás.

Prosiguieron hablando de otra cosa; á las nueve cenaron Rousell y el paje, á las diez entró el capitán á saludarlos y á las once todos dormían en la torre. En este instante daban principio á su taladro el general Navarro y los maestros de campo Osorio y Mendoza.

Serían las tres, cuando Alberto despertó sonriendo; llamó á su paje, y le preguntó en alemán:

—¿Qué te ha dicho Navarro esta tarde?

—Que todo estaba corriente, y que por la noche quedaria terminada la obra. Hablamos de la catástrofe, y desde ese momento tiemblo.

—Duerme, paje, duerme otra vez, que yo velaré por tí el resto de la noche.

—¿No paseas?

—No.

—¿Por qué no perdonas?..

—Te he dicho y repito que duermas; los soldados sirven para la guerra; los niños para aprender, y las mujeres para oír, ver y callar. Buena noche.

Y cerró los ojos, cortando el diálogo.

A las siete se pusieron en pie Rousell y el paje, y á las ocho entró el capitán, preguntando al enfermo cómo había pasado la noche, añadiendo luego:

—¿Quereis almorzar vestido?

—No; deseo estar en cama hasta después de las cuatro que empieza á calmar el calor; por consiguiente comeré aquí también.

Vissó se fué, siendo reemplazado por el galeno, que interrogó á Silva:

—¿Qué es eso de almuerzo y de vestirse? ¿Estais loco, señor duque?

—Doctor, por Dios y su corte celestial, os ruego me dejéis que haga lo que quiera hasta las cinco de la tarde; á esa hora os daré cumplida explicacion de todos mis actos, demostrándoos el acierto con que obré; es un plazo de nueve horas solamente.

—Bueno, si lo exigís...

—No; os lo suplico; voy á comer aves, cuanto me dén, y luego beberé vino.

—¡Vino!

—Sí, y callaos á todo, por vuestro patron, por vuestra hija...

—Basta, basta; hasta las cinco no desplegaré mis labios.

—Gracias, os lo agradeceré el resto de mi vida, si me cumplís la palabra.

Rousell y el mancebo se pusieron á almorzar, y luego lo verificó Silva, comiendo y bebiendo cuanto habia ofrecido. Sentado después sobre la cama debatió con el médico y su paje, cruzó algunas frases con Vissó, y á las dos de la tarde volvió á tomar alimento, siendo ménos parco aún que por la mañana. Cuando se aproximaba la hora de las cuatro, le dijo Rousell:

—Esta tarde no salgo.

—¿Por qué?

Le preguntó el duque sorprendido.

—Deseo veros levantar y estar aquí á las cinco, para que me deis las explicaciones ofrecidas.

Alberto meditó, replicándole:

—Hasta esa hora mando yo; y os impongo la obligacion de acompañar á mi pobre paje al campo; advirtiándoos que no debeis permitirle que se aleje de vuestro lado; si él corre, imitadle vos; y cuando sean las cinco, mandad, que os obedeceré como esclavo.

—Bien sabe Dios que lo hago á disgusto.

—Lo creo, pero sois bueno, y viendo en este el último favor que acaso os pida, no se lo negareis al que tanto os quiere, segun os probará á las cinco de la tarde.

—Ejerceis una influencia sobre mí, que me impide negaros nada. Vamos, paje; ya lo has oido; no debes separarte de mí, y á las cinco en punto á la torre.

—Está bien, señor; cogido á vuestra mano os llevaré á un sitio donde nos aguardan plantas desconocidas para vos.

—Qué sabes tú, rapaz.

—Venid, y os lo demostraré.

—Hasta luégo, señor duque. Llévame tú á ese paraje que dices.

Y salieron ámbos, volviéndose á cerrar la puerta.

Poco después se oyó un toque de clarin, que llamaba á los soldados á formacion, y después otro, que fué seguido del choque de armas que se arrastraban por el suelo, y de un rumor confuso de hombres que hablaban entre sí.

Alberto permanecia echado y cubierto hasta el cuello con la sábana y colcha, pero sin que pasara desapercibido para él nada de cuanto escuchaba en aquellos momentos; ántes al contrario parecia pendiente de los sonidos que llegaban hasta él.

Habrian trascurrido diez minutos cuando percibió las pisadas de un hombre que subia al torreón; después se abrió la puerta, apareciendo Vissó con un manojo de llaves en la mano, que arrojó sobre la mesa que existia en la estancia, diciendo á uno que le acompañaba:

—Deja ese traje y espada en el sillón, y unido al compañero que está á la puerta, armaos y formad con los demás.

Aquellos obedecieron, preguntando el capitán á Silva:

—¿Cómo seguís?

—Bien; hacedme el favor de cerrar la puerta.

—¿Para qué? ¡Ah! sí, teneis razon; para evitar que os dé un aire.

Y Vissó, poniendo la llave por dentro, la dió una vuelta.

El duque comenzó á vestirse, cubriendo su cuerpo con calzas de seda negra y botas, gregüescos, ropilla, ferreruelo y gorra de terciopelo del mismo color; se ciñó la espada, y dijo á Vissó:

—Capitan, se me va la vista.

—Es natural; hoy nos concretaremos á revistar la tropa, mañana daremos un paseo á pié, y el lunes, si podeis, emprendemos nuestro largo viaje.

—La idea es buena; voy á ver si tengo fuerza para manejar la pluma.

Y acercándose á la mesa, trazó sobre un pergamino várias líneas.

—Sí,—añadió,—puedo escribir, y voy á conservar las primeras letras que me ha sido dable trazar.

Y se las guardó en la escarcela. Luégo cogió las llaves que tenía al lado, continuando:

—¡Que pedazo de hierro tan enorme!

—Es la llave de la puerta de salida.

—¿No tiene más que esta?

—Esa sola; pero hay además pasadores y barrotes de acero.

El duque las dejó, separándolas del lado donde estaba su enemigo.

—Ahora,—dijo,—quisiera probar mis fuerzas, por si me veo obligado á reprender á algun subordinado vuestro, saber hasta qué punto puedo enseñarle á manejar la espada; esta costumbre la he adquirido en España.

Y tirando de la suya, prosiguió:

—En Francia hay grandes tiradores, y vos que pasais por uno de ellos, tan débil como estoy, me vais á desarmar; pero no importa; sacad el acero y probemos.

—Os pueden perjudicar esos esfuerzos.

—Al contrario.

—El primer día basta con un corto paseo por la torre.

—Tengo empeño en que me deis hoy una leccion, por si mañana ya no os es permitido.

—Oí que vuestra espada era incontrastable.

—Eso decían cuando estaba sano; mas ahora, posible es que mi paje me venciera.

—Lo dudo, y puesto que demostrais tal empeño, intentaré un desarme que aprendí en París, de éxito seguro casi siempre.

—Ola, ola; pretendeis darme una lección, perfectamente; en guardia.

El duque se colocó delante de la puerta, dando á ésta la espalda, para cortar á su enemigo la retirada; luego cruzó su acero, exclamando:

—Usais cota de malla, y yo no.

—Como es de broma.

—Estais robusto, fuerte, ágil, y yo enflaquecido, débil, postrado.

—Como es de broma.

—¡De broma! ¡No, miserable asesino! ¡Tú me hiciste fuego por la espalda; yo, noble y generoso contigo, te acometo así, de frente; mátame si aciertas, porque yo te busco el corazón!

Hasta aquel instante no pudo comprender Vissó que él y su amo se habían engañado por completo al juzgar á Silva; y lo peor era que ya no le quedaba otro remedio que herir ó dejarse matar. No halló en Alberto ni en su paje nada, absolutamente nada que le hiciera dudar con fundamento de lo que él suponía las intenciones del primero; ni el amo ni el criado cometieron el más leve descuido, y la verdad es que vino á convenirse el capitán cuando ya no podía aplicar al mal otra cosa que una estocada. Triste descubrimiento hacía, y lo peor es que el héroe empezaba á demostrar una fuerza, ligereza y habilidad que tampoco le fué dable suponer y ménos adivinar al fiero asesino de los llanos de Agout. Éste, en tales momentos, comprendía lo grande, lo inmenso de su torpeza; obediente, ciego instrumento de Silva, hizo formar á cuantos había en la torre en la galería del Sur, la cual distaba de allí lo suficiente para que no pudieran oírlo, aún cuando el duque le permitiera gritar. En su insensato servilismo, ni se atrevió si-

quiera á dejar cerca de allí un soldado que escuchara sus voces, y si otra cosa no, cortara al ménos la retirada á su enemigo. ¿Y cómo lo habia de hacer si juzgaba al héroe sin fuerzas para moverse?

—Te corres á la derecha, en busca de la salida,—le decia el generalísimo dirigiéndole la punta de su espada al costado izquierdo,—pero no lo lograrás. Te resta morir; estamos solos; nádie puede oir tus gritos, y voy creyendo que me es muy fácil matarte.

El rostro de Vissó se puso lívido; la sangre agolpada á sus sienes le presentaba los ojos de color de carmin; sus labios vertian espuma, y un sudor copioso aparecia en su contraida frente. Eran el enojo, la ira, la soberbia, que, unidas al temor, ejercian en él sus terribles efectos, y ciego, fuera de sí, en brazos del despecho y con más encono que valor, trataba, por no quedarle otro medio, de matar á su contrario, á cuyo fin se echó á fondo dos veces seguidas sin resultado alguno.

El héroe, tranquilo, inmutable como siempre; débil aún, pero con bastante fuerza y sobrada habilidad para combatir, dejó que el capitan le tirase várias estocadas, que fué parando con su acostumbrada sangre fria. Este ensayo le bastó para conocer lo que valia su enemigo como tirador, y satisfecho de lo que era, le dijo:

—Es preciso que mueras, Vissó; tu amo te sentenció á muerte, y mi patria me exige el sacrificio de tu vida y de las de todos los tuyos. Tē hubiera perdonado como hice con tantos otros; pero no puedo, no puedo. Encomiéndate á Dios.

—No quiero. ¡Muere tú!

—¡Insensato; que se pierde tu alma!

—Prueba, prueba; ¿ves?

—¡Diez estocadas en valde! ¡Llama al señor en tu auxilio!

—¡No; al infierno que te trague!

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! Me hiciste cuatro heridas; recibe una sola.

Cesó el choque de las armas; al capitán se le cayó la espada y girando sobre sus talones quedó exánime y tendido cuan largo era. El acero de Silva acababa de atravesar su corazón.

—¡Infeliz,—exclamó,—mueres como has vivido!

Y miró su cadavérico rostro con dolor y sentimiento. Seguidamente limpió la espada, escondiéndola en la vaina. Luego sacó un pañuelo blanco que le dió Rousell por la mañana, y que guardaba debajo de las sábanas, y cogiendo la llave de la puerta de la fortaleza salió del torreón, cerrando éste por fuera y conservando también la llave con que acababa de verificarlo. Después comenzó á bajar sin prisa; le habían explicado Rousell y su paje la situación de los pasillos y galerías que separaban su prisión de la puerta de la torre, y se dirigía á ella sin duda ni vacilación. A la mitad del camino se detuvo, pensando si debía ó no ir á la galería del Sur.

—¡Imposible!—exclamó,—si veo á esos desgraciados no tendré valor para sacrificarlos en aras de mi patria, y pidiéndome ésta las vidas de todos, no puedo, no debo negárselas. Adelante, y que Dios me perdone; acaso sea en este instante un instrumento de sus altos designios.

Y prosiguió andando sin ver á nadie ni oír otra cosa que el sordo rumor de la tropa, la cual toda, sin excepción alguna, esperaba á su jefe, muerto ya, en la galería citada.

Con calma fué quitando las barras y cerrojos; metió después la llave, y un segundo después se hallaba al aire libre, siendo este el día cuarenta y ocho de su prisión y sufrimientos. Acto continuo cerró la puerta, y tirando las dos llaves que traía, comenzó á andar de frente, moviendo el pañuelo blanco que llevaba en la mano.

A los veinte pasos oyó un chirrido agudo y prolongado, parecido al de las aves; á tan extraño ruido siguió un profundo silencio; más tarde sintió la carrera de un hombre, y cuando había andado cien pasos vió á su paje que se cogía á su brazo derecho, preguntándole:

—¿Te han herido otra vez?

—No.

—¿Y el capitán Vissó?

—Ha muerto.

—¿Y los soldados?

—Los he sentenciado á perecer, y en breve se cumplirá la condena.

—¡Perdónalos!

—No puedo. En este instante late mi corazón con más violencia que nunca; sufro, padezco, pero no me es dado otra cosa que depositar en el ara de mi patria el sacrificio que me impone. Todo por ella y por Carlos I, dije; y... Por Dios, comprende mi sufrimiento y no lo aumentes exigiéndome lo que yo haría con tanto placer como pena siento al verificar lo contrario.

—¡Señor duque!

Gritó un hombre que llegaba por la espalda con la melena encrespada, el rostro contraído, encendidos los ojos y la mirada sombría y aterradora.

—¡Señor duque,—repitió,—corred!

Silva y el paje se detuvieron, hallando delante al maestro Don Álvaro, que abría los brazos al primero. Éste lo estrechó contra su pecho, preguntándole luego:

—¿Se han cumplido mis órdenes?

—Todas, todas,—le contestó Osorio á media voz;—vengo de pegar fuego á la mecha, y pronto, muy pronto, tendrá efecto una catástrofe, cuya idea me espanta. ¡Corred, por Dios!

—Don Álvaro, ¿qué estais diciendo? ¿por qué esa pavora?

—Va á volar el castillo y estamos muy cerca de él.

—¿Tanto teméis á la muerte?

—Sí, por vos.

—Si es eso sólo, continuad á mi lado, y volved otra vez á imitarme.

Anduvieron ciento cincuenta pasos más, y saliendo varios hombres á su encuentro, se oyó un grito que sólo expresó:

—¡Hijo!

—¡Señor!

—¡Duque!

Navarro, Mendoza y Lara se abrazaron á Alberto, asomando las lágrimas á sus ojos, permaneciendo así hasta que aquél preguntó al primero:

—¿General, tienes caballos dispuestos?

—Sí, hijo mio; esperan á la entrada del bosque.

—¿Y la escolta?

—Me acaban de participar que llegó há un instante y que aguarda en el mismo sitio.

—¿Cómo estás, Alberto?

—Bien; pero ha llegado el momento de pensar sólo en la patria, en el emperador, y de morir por ellos ó salvarlos del inminente peligro que les amenaza. Coge de la mano á mi paje y echaos atrás, que quiero poner á prueba mi valor.

Y quedó delante de todos, frente á la fortaleza, fijo en ella y á la distancia de más de trescientas varas. En este instante se acercó á él el doctor Rousell, preguntándole:

—Señor duque, ¿quiénes son esos hombres que teneis detrás? ¿por qué me han preso? Recordad que son las cinco de la tarde.

—Todavía no, Anselmo. Mirad el sol; ved que se aproxima esa hora, pero que aún no ha llegado; ahora fijaos en la torre en que una horda de asesinos me tuvo prisionero; no apartad la vista de ella. En breve escuchareis un estampido horrible; estad preparado y no temais, que nada os va á suceder. Dadme vuestra mano y os prestaré valor.

—No os comprendo; siempre misterioso, parecis al arcano que indica algo, pero que nada dice.

—Oid, ved y callad, que á las cinco hablareis. Notad qué tranquilo aparece el Mediterráneo, qué sosegado está el aire y en qué silencio permanece la naturaleza; es porque presiente la gran catástrofe que va á tener efecto; á la calma reinante sucederá el estrépito; temblará la tierra; el mar salvará sus límites, y el espacio repetirá los ecos. Seiscientos tres seres se



alzarán hechos pedazos, para volver á caer sobre unas ruinas que los ocultarán para siempre. ¡Temblais! Valor, amigo mio; os refiero esto para que el cataclismo os sobrecoja ménos.

—¡Creo adivinar la idea, y me horroriza, señor duque!

—Tambien á mí; pero la exige mi patria y la merecen los asesinos.

—¡Piedad, señor!

—¡Piedad! Qué más quisiera yo que poderla ejercer sobre esos infortunados; vuestro rey llevó las cosas á un extremo, preparó de tal modo los acontecimientos, que echó un candado á las puertas de la caridad, abriendo con feroz saña las de la sangre, el exterminio y la destruccion. Las cinco, doctor; ved el astro del dia; preparaos á hablar, pero ántes oid, oid.

De pronto se escuchó un horroroso estampido que derribó en tierra al médico; produjo desvanecimientos en el paje, y dejó sordos, por el pronto, á cuantos le escucharon. La mar se alzó, salvando sus límites; tembló la tierra, y el aire, tan quieto ántes, silbó como el huracan más terrible. Los montes se estremecieron; las cavidades repitieron el eco, que fué prolongándose dos leguas, y á tan horripilante trueno siguió el silencio de la muerte.

Rousell y el paje estaban en el suelo; Navarro, Osorio, Mendoza y Lara quedaron sin accion, inclinada la frente y como aterrados; solo Alberto levantó la cabeza, y mirando al cielo dejó rodar por sus mejillas dos ardientes lágrimas.

La torre del Godo desapareció, reemplazándole montones de escombros esparcidos aquí y allá, algunos de los cuales llegaron á dos varas de los piés de Silva. Los seiscientos tres seres que la habitaron, convertidos en mil pedazos, quedaban ya enterrados entre ruinas y polvo.

El duque se echó atrás, y cogiendo á su paje, que continuaba sin sentido, lo levantó en alto, sosteniéndolo en sus brazos hasta que volvió en sí.

—Valor,—le dijo,—cógete á Navarro, que luégo me cuidaré de tí.

Ninguno encontró voz con que poderle contestar. Después alzó á Rousell, preguntándole:

—¿Por qué os acongojais?

—¿Qué acontece, señor? Creí que el mundo se habia abierto y la tierra nos tragaba. ¡Qué terremoto tan horrible!

—No ha sido eso; sosteneos; mirad al frente.

—¡Ah, todo lo comprendo ahora! Volásteis la torre, pereciendo cuantos habitaban en ella.

—Todos no.

—Sí, los soldados, los que os acometieron.

—Dieron las cinco, Rousell, y debo daros cuantas explicaciones me pidais.

—Ninguna necesito; todas las hallo en esos escombros que tenemos de frente. ¿Señor, que vais á hacer de mí?

—Como francés, sois mi prisionero hasta que lleguemos á Tolosa; luego recompensaré con cuanto me pidais los favores que os debo, dejándoos en libertad de seguirme ó de partir adonde más os agrade. ¿Por qué temblais?

—No lo sé; pero es lo cierto que me siento desfallecer. ¡Huyamos, señor, de este paraje!

—Mendoza,—exclamó Silva,—dad el brazo á mi amigo Rousell. Apóyate en mí, sublime paje. Vosotros id delante en direccion de ese bosque ó lugar donde están la escolta y los caballos.

Y en la forma expuesta se encaminaron al paraje indicado, hallando á la mitad del camino á dos contrabandistas, que les siguieron tambien.

La catástrofe que concluia de tener lugar era contraria á los sentimientos humanitarios del duque y á su índole noble y generosa; pero, como dijo repetidas veces, le obligaron á su realizacion el porvenir de su patria y la suerte de Carlos I; todo lo cual veremos justificado en los capítulos siguientes.

CAPITULO XIX.

Del bosque á Tolosa.—Llegada y recibimiento.—Otra vez el héroe y el César.—Explicaciones.

JUAN Sabadell llegó al bosque desde el pueblo inmediato, llevando seis hermosos potros ensillados, uno de ellos dispuesto para señora; allí le esperaban los dos contrabandistas, uno de los cuales partió al momento á avisar á Navarro. Más tarde se incorporaron con él los veinticinco caballeros de la escolta de Mendoza, que venían de Tolosa con el contrabandista disfrazado de guerrero y el criado del maestre, preguntando todos á Juan, si acontecia algo contrario al plan del señor duque; contestado que no, salió el otro contrabandista á participar al general la aproximacion de los recién venidos, echando pié á tierra su compañero, y despojándose de la armadura de Mendoza, la cual le produjo muchos sudores y bastantes molestias.

Los dos subordinados de Sabadell regresaban, cuando oyeron el horrible estampido, quedando sin aliento ni acción, hasta que Alberto y su comitiva les mandaron seguirlos. Lo mismo sucedió á los veinticinco caballeros, criado de Don Luis y dos contrabandistas; los caballos se espantaron, costándoles un trabajo inmenso contenerlos, pues estaban más aturdidos y confusos aún los jinetes.

—¿Qué es esto?—se preguntaban.—Parece que se abren los montes; tiemblan los árboles; ¡Dios sea con nosotros!

Cuando Juan Sabadell se hubo repuesto, les dijo:

—No debemos asustarnos; teniendo en cuenta los objetos que he facilitado al general Navarro, nos dice ese trueno aterrador, que se ha salvado el duque y que han volado los nuestros el castillo que lo aprisionaba.

Esta idea les tranquilizó algo.

Media hora después los veinticinco caballeros abrazaban al generalísimo; Juan, los tres contrabandistas y criado de Mendoza le vitoreaban con entusiasmo, y al pánico y terror siguieron una alegría y satisfacción indescriptibles. El duque cortó aquella ovación con las siguientes frases:

—Basta, señores; la patria peligrá, y es preciso correr á salvarla. A caballo, y á Tolosa á escape.

—Antes,—dijo Navarro,—debo cumplir con esos leales que nos han seguido. Osorio, Lara, vuestros cintos.

Y quitándose á la vez el suyo, cogió los tres, separándose veinte pasos con Sabadell.

—Juan,—añadió,—ahí tienes más de seis mil ducados: entrega la mitad á tus tres compañeros, y seguid otro oficio diferente del que tuvisteis hasta ahora; os quiero tan honrados como leales fuisteis, y contad siempre con la protección del generalísimo y la mía.

—Señor,—replicó el catalán enternecido,—me han sobrado ochocientos diez y siete ducados, de los últimos que me dísteis.

—Guárdalos para tí.

—Es mucho dinero.

—Es poco, pero aquí no tengo más; cuando necesiteis, pedidnos y os lo mandaremos.

—Gracias, señor; habeis hecho nuestra suerte, y no hallo palabras con qué expresar la gratitud. Mi mujer y mis hijos van á ser dichosos, y unidos á mí rogaremos dia y noche al Señor...

—Basta, Juan, buscad la lancha; dejádsela á su dueño en Port-Vendres, y regresad á España en la forma que hemos venido.

—¿Me permitís que yo y mis compañeros saludemos al señor duque?

—Sí, reúnelos y seguidme.

Sabadell se acercó á los suyos; les enteró de la dádiva de Navarro, y se acercaron al general, el cual estaba al pié del caballo en que concluia de montar Alberto.

—Duque,—exclamó Don Pedro,—te presento á los cuatro españoles que me han guiado desde los Pirineos orientales hasta aquí, partiendo luégo con nosotros muchos azares, fatigas y molestias.

—¿Los has recompensado, general?

—Les di siete mil ducados que teníamos, con sólo la excepcion de unos cien que conservo para el camino.

Silva miró á los contrabandistas, preguntándoles:

—¿Quereis algo de mí?

—Contemplanos, señor, y despedirnos de vos.

—¿Amais á vuestra patria?

—Como á nuestra madre y un poco ménos que á Dios.

—Si es así, callad lo que habeis presenciado hasta que haya trascurrido un mes; no hableis de mí, y de este modo os hareis dignos de la recompensa que os voy á otorgar.

—Señor duque,—dijo Juan,—ya somos ricos, necesitando únicamente saber que vos nos apreciáis.

—Navarro os dió oro, de que yo carezco; en cambio merece vuestra lealtad el que estrecheis mi mano. Cogedla.

Los cuatro vacilaron, concluyendo por besarla, tocándola cada cual con la suya ligeramente. Acto continuo se despidieron del generalísimo y de cuantos estaban con él, partiendo inmediatamente á la cueva. Sacaron los objetos que tenían en ella, los metieron en la lancha, y desliada la vela y en movimiento los remos, comenzaron á surcar el Mediterráneo, muy separados de la costa y en direccion de Port-Vendres; allí dejaron el bote á su dueño; cruzaron á pié los Pirineos orientales, y entraron en Cataluña, jurando los cuatro no ocuparse más del contrabando, como así sucedió.

En cuanto Silva vió que Juan y los suyos le volvian la espalda, gritó:

—Corramos, señores, procurando hacer las ménos paradas, con el objeto de que lleguemos en la próxima madrugada á Tolosa. Don Luis, poneos al frente, para que no desconozcan la escolta y nos dejen pasar sin impedimento alguno.

Inmediatamente salieron del bosque, entrando en el arrecife, por donde continuaron. Delante iba el atleta, y le seguian en dos filas, que cerraba el criado del primero, los veinticinco caballeros, los cuales llevaban en el centro á Osorio, Lara, Navarro y á Alberto, su paje y el doctor. Estos iban de tres en tres; los dos primeros se pusieron á derecha é izquierda del general, y el paje y Rousell dejaron en medio al duque.

Sin cesar de correr, dió algunas instrucciones el generalísimo á Mendoza para en el caso que le preguntasen la causa de regresar tan pronto, y por qué llevaba entre sus filas seis desconocidos.

Minutos después vieron una comitiva que se dirigia hácia ellos á caballo y como temerosos. Eran la autoridad y vários hombres armados del pueblo donde Juan compró los potros, único que se hallaba próximo al paraje en que existió la torre del Godo. Al ver á los españoles se detuvieron, demostrando sobresalto y miedo; ya junto á ellos, se atrevió á preguntar á Don Luis, el que los venía mandando:

—Señor maestro, ¿teneis la bondad de decirnos qué acontece en estas cercanías?

—¡Alto!—exclamó el gigante, y contestó á la autoridad.—Nada absolutamente.

—¿Venís de la torre del Godo?

—Sí, señor.

—¿Y no ha sucedido allí nada?

—¿Pues qué, no sabeis?..

—Oímos un horrible estampido que conmovió el pueblo, y cuando salimos del sobresalto acordamos pasar á ese castillo segun veis; pero en la completa ignorancia de lo que ocurre.

—Ahora lo comprendo. El rey estuvo á visitar á su prisionero el duque del Imperio, partiendo luego á Italia al frente de un ejército; la fortaleza le despidió con una salva; reventaron dos cañones, y hé aquí el estrépito que tanto os asustó; pero os juro que ya todo acabó.

—Siendo así, nos retiraremos al pueblo.

—Y después de un mútuo saludo, los unos se encaminaron hácia Tolosa y los otros á la poblacion de donde habian salido.

Cuando Mendoza y los que le seguian llegaron al paraje en que empezaban las columnas de observaciones, estaba ya bastante entrada la noche, y no pudieron distinguir que unidos á la escolta iban seis hombres que no llevaron ántes. Les extrañaba su pronto regreso, mas nada les dijeron, ni osó francés alguno detenerles el paso.

A las doce de la noche pararon en una venta aislada, en la que dieron un pienso á los caballos y una hora de descanso, tomando ellos fiambres. El duque, su paje y el médico sólo aceptaron bizcochos y vino; mientras los comian, preguntó Rousell al generalísimo:

—¿Señor, sentís debilidad?

—No.

—¿Cansancio?

—Tampoco.

—Noto que ya no echais sangre por la boca, á pesar de

la carrera que hemos traído y de los continuados y violentos esfuerzos que nos separaban.

—Es, doctor, que concluyó el disimulo y empieza la verdad; acabó el enfermo y se presenta el generalísimo.

—Desempeñásteis vuestro papel tan admirablemente, que sin embargo de mi ciencia y del interés que tenía, caí en la red, como todos cuantos os rodearon.

—Sí; fuisteis un dócil instrumento de mi paje.

—¡De vuestro paje! Teneis razon; yo lo llevé dos veces al sitio donde guardaban la pólvora y balas, y luégo, en la completa ignorancia de lo que meditábais, le dejaba correr por el monte, sin que me fuera dado adivinar quiénes le esperaban á la parte opuesta de las rocas que nos separaban.

—Conspiramos bien, Rousell; ¿os parece lo mismo?

—En vos no es extraño; pero en ese chiquillo admiro tanta sagacidad, destreza y sangre fria. ¡Oh! si sigue así puede continuar á vuestro lado.

—Voy á demostraros, amigo mio, lo mucho que os estimo, revelándoos un secreto importante. Ese paje es...

Y acercándose al doctor, le dijo várias frases al oido.

—¡Jesús! —exclamó aquél, cayéndosele de la mano un bizcocho. —¡Parece increíble!

—¡Pues no lo dudeis, y haceos digno de la confianza!..

—No prosigais; callaré el resto de mi vida.

—No es preciso tanto; con un mes basta.

Luégo montaron á caballo nuevamente, volviendo á emprender su interrumpida marcha.

—Corred, Mendoza, —exclamó Silva; —os he dicho que urge llegar á Tolosa ántes de que salga el sol, y parece que no lo habeis comprendido.

—Temo, señor duque, que vuestras heridas se abran y que os suceda algun contratiempo.

—Don Luis, si no estamos en Tolosa á las cuatro de la mañana, regresareis á España tres horas después de haber llegado.

—¿Y vos?

—Yo marcharé inmediatamente á Italia.

—Perdonad, mas necesito ver á Francisco I, para saber qué ha hecho de mi banda de general; por consiguiente, á escape, señores; si reyantán los caballos yo cogeré al duque y á su paje en brazos y continuaremos corriendo á pié.

A las cuatro ménos cuarto fueron detenidos por una avanzada española; Mendoza dió su nombre; lo reconocieron, y después que cruzó algunas frases con el jefe de la fuerza, continuaron adelante.

—¿Qué os ha preguntado ese oficial?—le interrogó Silva.

—Por la salud del generalísimo.

—¿Qué le habeis contestado?

—Que bueno y sano; pero que aún tardarian mucho tiempo en verlo.

—Eso es; vamos á entrar en Tolosa, y os vuelvo á encar-
gar á todos, que sólo deben tener conocimiento de mi regreso
Usen, Peralta y los caballeros de mi escolta. Al bajar cubrid-
me bien para que no me reconozcan los centinelas.

Poco después abrieron á Mendoza las puertas de la ciudad,
y se precipitaron por una calle, entrando luégo en los patios
del palacio en que se hallaban Usen y Peralta.

El corazon de Silva se ensanchó, la alegría apareció en
su semblante, y mirando al cielo, exclamó para sí:

—¡Gracias, Dios mio! ¡Inspirad mi entendimiento; regid
mis acciones; encaminad mis pasos; yo os lo suplico!

Luégo dijo á Mendoza:

—Subid, amigo mio; enteraos de lo que ocurre, y decid á
Usen y á Peralta que se vistan inmediatamente y entren en
mi despacho. Echemos pié á tierra.

Miéntrás Alberto cruzaba algunas frases con su paje, decia
el general á los dos maestros:

—Mis compañeros se han extralimitado, prohibiendo al
ejército aquella expansion que no le concedimos, pero que
debíamos tolerarle.

—¿En qué os fundais?

—¿No veis la tranquilidad y sosiego que reinan en Tolosa?

—Empieza á amanecer y estarán durmiendo.

—Conviene, si continuasen como ántes, evitar todo exceso, y á la vez que el duque sepa...

—Teneis razon, y ya tomaremos las precauciones convenientes.

En este instante regresó Mendoza. Alberto le dijo:

—Muy pronto dais la vuelta; ¿qué ocurre?

—Un acontecimiento, que al saberlo me ha impedido despertar á Usen y á Peralta para venir lo ántes posible á participároslo.

—Decid.

—Que llegó ayer el emperador y se halla en estos momentos reposando en vuestro mismo lecho.

—¡La Providencia lo trae! ¡Oh, la suerte corre otra vez en pos de nuestros estandartes! Navarro y todos vosotros,—gritó,—descansad hasta las doce; luégo os preparais á seguirme; nos acompañarán únicamente los restantes individuos de mi escolta, los quinientos ligeros y los criados. Hasta luégo, señores.

Y cogiendo á su paje de la mano, añadió:

—Seguidme, doctor.

Y por una escalera excusada se dirigió á la estancia contigua á la alcoba en que dormia el emperador.

—Sentaos en esos sillones,—dijo al mancebo y á Roussell,—y esperadme.

En seguida entreabrió la cortina y escuchó.

—Sosiega,—dijo,—sin moneros de Espinosa, pajes, ujieres ni mayordomos que velen su sueño; se aisló, dejando á la Providencia el cuidado de defender su preciosa vida. Es valiente, muy valiente; y en verdad que nació digno del poderoso cetro que oprime su diestra. Sólo así debe un monarca sentarse en el puesto más elevado de la tierra.

Y entreabrió el balcon de la alcoba, sentándose luégo á la cabecera del lecho, sin promover ruido alguno.

El César dormía efectivamente, pero estaba desasosegado; se movía de continuo y murmuraba frases ininteligibles.

Poco después comenzó á esparcirse la claridad que entraba por el balcon que Silva dejó entornado anteriormente. Cárlos I tenía la frente bañada en sudor; y notándolo el duque sacó su pañuelo, pasándoselo por el rostro. El emperador abrió en el mismo instante los ojos, preguntando:

—¿Quién se atreve á llegar hasta mí?

—Un montero de Espinosa, que vela por su señor. Perdone V. M. si avancé demasiado; soy nuevo en la carrera...

Dijo Silva; el César le miró con asombro, é incorporándose sobre la cama, luego que lo hubo reconocido, le abrió los brazos, exclamando con alegría:

—¡Alberto!

—¡Señor!

Y ámbos se estrecharon, permaneciendo así más de un minuto. Cárlos añadió:

—¿Te hallas restablecido completamente?

—Sí, señor.

—Siéntate á mi lado; deja tu mano entre las mías; dime ahora las condiciones con que Francisco I te ha puesto en libertad, y cuenta desde luego con que las cumpliré todas, todas, aun cuando sean muchas.

—No prosigais, señor. Debo mi libertad al acierto de Navarro, Mendoza, Osorio, Lara, cuatro míseros contrabandistas y al de un paje llovido del cielo. Dirigidos por mí, quedé libre, volando á la vez la torre que me sirvió de prision, entre cuyos escombros se hallan enterrados los seiscientos tres hombres que me custodiaban. El rey de Francia quiso dejarme libre y fué tan generoso, que sólo me impuso una condición que no hubiera podido aceptar V. M.; por cuya razón la deseché en silencio, optando por buscar yo los medios de evasión, del modo que dije ántes á V. M.

—¿Qué quería, el reino de Italia? Habérselo dado, que luego se lo arrancaría mi ejército.

—No, señor; ese se lo ha tomado él, gracias á la imprudencia y abandono del valiente y entendido marqués de Pescara; pretendia más aún.

—¿Qué deseaba, los Países Bajos?

—Todavía más.

—No adivino.

—Fundado en que su primo el duque de Borbon sirve á V. M., me propuso el nombramiento de almirante, la conquista de sus pueblos y la toma de algunos otros pertenecientes á España. Exclamó con júbilo, que sólo debia detener mis pasos la orilla izquierda del Ebro.

—¡Insensato, qué mal nos juzga, qué poco te conoce!

—Yo no acepté; pero le ofrecí ir á Italia por el título de almirante, y guerrear allí, palabra que cumpliré, si V. M. me lo permite.

—Ante todo, cuéntame lo acontecido desde que empezó la batalla de Agout hasta tu llegada á Tolosa; luego añades tu plan futuro, y veremos si está de acuerdo con el mio.

El héroe le obedeció, refiriéndole cuanto saben nuestros lectores. El César se estremecía oyendo el relato de la traicion llevada á cabo con Silva, y de lo mucho que sufrió después. Más tarde aplaudia con entusiasmo la conducta usada por Peralta, Usen, Navarro, Mendoza, Osorio y Lara, creciendo su admiracion y sorpresa al oir la descripcion del paje y lo que habia hecho por él; pero Alberto tuvo buen cuidado de callar su nombre. El emperador le interrumpió varias veces, preguntándole:

—¿Quién es ese niño? ¿A qué familia pertenece? ¡Oh, lo he de nombrar marqués de la Lealtad!

—Pronto lo vereis; mas advierto á V. M. que no necesita título alguno; tiene ya bastantes, y sólo suspira por besar la mano de su señor.

—Ahora mismo; puesto que se halla cerca, quiero conocerle. Dile que entre.

—Señor, ruego á V. M. que contenga su impaciencia y

espere un poco. Ya le dije anteriormente que la patria se halla en peligro y ésta es ántes que mi paje y que yo. Tened la bondad de escucharme, que no molestaré á V. M. mucho tiempo. Vencedora la *liga* en Italia, se retiraron á sus estados los ingleses, romanos y venecianos, dejando á Pescara el encargo de defender los pueblos que acababan de conquistar, en el caso de que osaran nuevamente los franceses atravesar los Alpes. El marqués, no obstante ser uno de los generales mejores del Imperio, teniendo noticia de los triunfos conseguidos por las armas de V. M. en Fuenterrabía, Pau y Tolosa, no agradándole la ociosidad á que se veía condenado, cruzó el condado de Niza y al frente de sus más brillantes huestes abandonó la Lombardía, se dirigió á Marsella y la sitió. En los mismos dias caí yo prisionero, y desembarazado el rey de mí, pudo rehacerse con facilidad, disponiendo un golpe de mano en Italia, por el cual habia destruido en pocos dias lo que á la *liga* le costó mucho tiempo conseguir.

—¿Estás seguro de lo que dices, Alberto?

—Sí, señor.

—Pudo haberte engañado Francisco, y serían terribles las consecuencias.

—El dia que me refirió todo eso, fuí yo, por desgracia, el que me vi obligado á fingir, el que tendió la red al diestro monarca. Con la energía que tiene de costumbre, mandó un ejército á Italia; su escuadra del Mediterráneo se aproximó á Marsella, cerró el paso de los Alpes, y sin saberlo Pescara se halla hace un mes incomunicado con el mundo, y de eso es buen testigo V. M. por los despachos que ha recibido de él en ese tiempo.

—Ninguno; pero yo lo juzgaba efecto de que abandoné la corte y me vine á Fuenterrabía, donde permanecí temiendo que Francisco rompiera la tregua y atacase á mis soldados de Tolosa y Pau. Oyendo las súplicas de Usen y de Peralta, nada dispuse ni en pro de tu libertad ni en alas de la impaciencia que me devoraba; no pudiendo soportarla por más

tiempo y constándome que el ejército francés se acercaba á Tolosa, vine aquí, y en verdad que en todo ese tiempo no he recibido comunicaciones de Pescara, ni nadie me habló de los progresos del sitio de Marsella.

—Repito, señor, que fui yo sólo el que fingí. Francisco I me dijo la verdad con entusiasmo; no exageró, y estoy tan seguro que es ya dueño de la Lombardía y el Piamonte como de que tenemos cerca del Bearne y de Tolosa cien mil hombres dispuestos á caer sobre las tropas de V. M. en el momento que yo vaya á Italia, ocupe el puesto del rey, y éste regrese á Francia y se ponga al frente de ellos.

—¿Qué hará en tanto Pescara?

—Sitiar á Marsella; dar un asalto inútil cada semana, y discurrir sobre los medios de tomar una plaza tan inexpugnable como innecesaria á V. M.

—Bien; en ese caso le mandaré inmediatamente que levante el cerco y que corra á la Lombardía; á la vez haré avanzar os cincuenta mil hombres que tenemos en los Pirineos, formaremos dos ejércitos, y al frente cada uno de cuarenta mil hombres caeremos sobre los cien mil franceses que esperan á su rey.

—Creo que nosotros venceremos, y que el marqués, obediendo á V. M., partirá á la Lombardía; pero llegará tarde, y el que necesitó de una *liga* y de mucho tiempo para destruir á su vacilante enemigo, ahora que lo halla fuerte y poderoso no logrará su intento, y V. M. se quedará sin Italia. Señor, en mi concepto, cuando uno tiene su casa sitiada no debe atacar la del vecino ántes de poner á salvo la suya. Si V. M. me permitiera exponerle mi plan...

—Lo deseo.

—En ese caso, opino porque parta yo esta noche al frente de seiscientos hombres, indispensables para abrirme paso hasta llegar á Marsella. Ya allí, cogeré una division corta tambien, muy corta, y sorprendiendo á las fuerzas que cierran el paso de los Alpes, dejaré incomunicado á Francisco I con

Francia, interin llega el marqués de Pescara con el grueso del ejército, y dirigido por mí avanza y vence al rey. A la vez podrá V. M. disponer que todas sus escuadras del Mediterráneo se corran á Italia, cortando la comunicacion por mar entre Francia y el Piamonte. Aislado de este modo y siendo él ahora el que todo lo ignore, es posible que sucumba, en cuyo caso tendrá la honra de visitar á V. M. en Madrid. Todos ignoran que me hallo en libertad; á este fin sacrificué los seiscientos tres hombres que habia en la torre del Godo, y puedo en consecuencia caminar de sorpresa en sorpresa, llegando así hasta el corazon de los enemigos que tenemos en la Lombardia. Estudié mucho mi plan, y creo posible su realizacion.

—Perfectamente; en tanto que tú llegas á Marsella, entre Peralta, Usen y yo atacaremos las fuerzas que tenemos en frente, y no dudo que arrancaré á la suerte una victoria que ansío tanto como la vida.

—Probable era, en mi juicio; pero costaria mucha sangre, y no veo que produjese ventaja alguna; ántes por el contrario, tratarian de avisar á su rey, por todos los medios que les fuera posible, de que la tregua habia sido otra por nosotros. Francisco I sospecharia la verdad, y entónces me sería muy difícil, si no imposible, el vencerlo.

—De todos modos habrá de saber que mi generalísimo desprecia su título de almirante; que se halla en libertad, y por último, que combate contra él.

—Sin duda alguna; pero con sujecion á mi plan, recibirá la noticia tarde, muy tarde; cuando ya estemos frente á frente como en los llanos de Agout.

—¿Sabes que la mayor parte de las fuerzas mandadas por Pescara se componen de alemanes, suizos, flamencos é italianos?

—Sí, señor.

—El rey Francisco llevará buenos soldados.

—Muchos, y los mejores de Francia; le rodean además el príncipe heredero de Escocia, los primeros generales de Fran-

cia, la grandeza y el primer estado mayor en fin, del mundo; mas, así y todo, pienso vencerlo.

—Duque, medítalo bien...

—Si desconfía V. M. de mí, marcharé esta tarde á mi palacio de Murcia.

—Eso nunca; temo sólo por tí, que hartó concluyes de sufrir.

—Gracias, señor; siguen á Pescara dos magníficos tercios españoles; con ellos y unos cuantos batallones de gente mercenaria, tengo de sobra para llenar mi intento.

—De quien tanto hizo no es posible dudar. ¿En qué deben ocuparse las tropas de Tolosa, el Bearne y los Pirineos?

—Esta noche saldré yo para Marsella; V. M., Usen y Peralta esperan tres días, terminados los cuales se retiran á España á marchas forzadas sin decir á nadie la idea que se proponen. Ya allí, ruego á V. M. me aguarde en Madrid, que yo le llevaré la conquista de Francia.

—No te comprendo bien, duque.

—Señor, Francisco I representa tanto como su reino; si por casualidad fuese conmigo, será V. M. el árbitro de los destinos de ese país, sin que para conseguirlo se haya derramado más sangre que la indispensable á poder echar de nuestra casa á su fiero enemigo, miéntras que de seguir aquí la conquista costaría mil hombres cada palmo de terreno que ganásemos.

—Tu plan es admirable, y si lograras la realizacion...

—Sólo eso me espera en Italia, ó morir.

—Lo último, Alberto, llenaria de luto y dolor los años que me quedan de vida.

—Abrigue V. M. confianza absoluta en mí, que cuando ofrezco una cosa es porque me hallo á la puerta del alcázar de la seguridad.

—¿Me das tu palabra de honor, de no volverte á exponer como en Agout?

—Señor, ya sabe V. M. que un guerrero tiene su vida si-

tiada continuamente; pero os juro que huiré de toda sorpresa, para lo cual me basta con el recuerdo de Agout, y me sobra con el deseode V. M.

—Entónces acepto por completo tu plan, y en Madrid esperaré la noticia de tu muerte ó la llegada de Francisco I. Procura, Silva, no amargar los dias de mi vida.

—En la última batalla perdí cuantos documentos conservaba de V. M.; temo que el marqués de Pescara, al que sólo conozco de nombre, rehuse obedecer, en cuyo caso, y si V. M. se digna continuar otorgándome su ilimitada confianza...

—Sí, luego te daré una orden terminante y concreta. ¿Qué más deseas?

—¿Se ha olvidado V. M. de mi paje?

—Tienes razon; que pase.

—Es tan jóven, señor, que se ruborizaria viendo á V. M. en cama.

—Me vestiré; que es ya tarde, y de ese modo me hallará en pié. Llama.

—¿Para qué? Yo serviré á V. M.

—¡Tú!

—Sí, señor, con más afecto é interés que vuestros ayudas de cámara. Hé aquí las calzas.

Y el generalísimo comenzó á darle la ropa, ayudando á la vez á ponérsela. Luego salió, entrando de la mano á su paje.

—Señor,—dijo,—ved á mi valiente y generoso libertador.

Cárlos I se fijó en el mancebo, y reconociéndole, retrocedió dos pasos, exclamando:

—¡María, tú entre mis enemigos! ¡Tú sola por los caminos de Francia; en la torre del Godo, y luego!..

Alberto se interpuso entre ámbos, interrumpiéndole:

—Pura y casta en el campo, en el monte, en la torre; pura y casta entre los hombres; valiente y sagaz junto á nuestros enemigos; digna siempre de su ilustre prosapia, de la sangre de Felipe de Austria que circula por sus venas. Sólo

á V. M. me es dado tolerar que dude de su honor; que la insulte; pero no puedo ménos de defenderla con el respeto que merece mi señor. Al verla entrar en la torre, temblé; tambien yo la reprendí; pero no dudé un solo instante de su honra, y ya allí sólo tuve para ella admiracion, asombro; que esa dama vale más que yo y que cuantos existen, á excepcion de su elevado hermano. Ahora, señor, me separo, y si merece castigo no sea injusto V. M., que yo me resignaré á verlo, atravesándome luégo el corazon con mi daga.

—Pues prepárala, reparando en la pena que la impongo. ¡María!

Y abriendo los brazos, la recibió en ellos con cariño fraternal. Alberto sonrió, y saliendo de allí, se incorporó con el médico, que le esperaba en la habitacion contigua, al cual dijo:

—Mr. Rousell, descansareis en Tolosa y sin salir de este palacio tres dias; al espirar el plazo quedaiz en completa libertad de seguir al emperador Cárlos I, que os nombrará su médico de cámara, ó de permanecer en Francia, á cuyo fin os entrego este pergamino, que os pone á cubierto de toda culpabilidad sobre mi evasion.

Y le dió el que le vimos escribir delante de Vissó en la torre del Godo. Luégo añadió:

—En ámbos casos os entregarán hoy diez mil ducados como mezquina recompensa á los afanes y cuidados que os tomásteis por mí.

—Señor duque,—contestó Anselmo,—tengo una hija en París que no puedo abandonar, y un deber de buen francés que cumplir; por consiguiente me quedo. Acepto vuestra generosa oferta, que servirá de dote á mi hija; no debo rechazarla, porque me es imposible haceros un desaire y porque no es propio tampoco de su buen padre despreciar lo que formará un dia la suerte de un sér tan caro.

—Gracias, amigo mio; estrechad mi mano y seguidme, que quiero presentaros al emperador. Antes os voy á pedir una gracia, la última acaso que os demandaré miéntras viva.

—Os la concedo con mucho gusto. ¿Qué deseais?

—Que hasta llegar á París, calleis lo acontecido en la torre del Godo, y por consiguiente que yo me hallo en libertad.

—No soy soldado, sólo sirvo al rey como médico, y lo haré sin violencia.

—Gracias; venid.

Y lo llevó adonde estaba el César, dejándolos á los tres. Cuando les volvía la espalda se halló con Usen, Peralta, los restantes jefes del ejército que quedaron en Tolosa, los caballeros que componian su escolta y no fueron á la torre, y su criado. Todos le fueron abrazando con suma alegría; su sirviente lloraba, y ninguno podia expresar frase alguna. Silva les demostró su gratitud por el interés y cariño que le manifestaban; les encargó que no hicieran público su regreso, y por último, se retiró á descansar, ocupando el lecho que acababa de dejar vacío el conde de Usen.

La hermosa y valiente María se encerró en la alcoba de Carlos I, acostándose tambien en la cama que éste abandonó, mientras el monarca se dirigia á su despacho y comenzaba á dictar órdenes, que eran trasmitidas al ejército de Tolosa, el Bearne y los Pirineos.

El médico pasó á la habitacion que le destinaron é imitó al duque y al supuesto paje.

Navarro, Mendoza, Osorio y Lara se levantaron á las doce; quitaron el barniz que les cubria la piel, y se vistieron, disponiendo en el acto que sus criados, quinientos ligeros que llevaron á Fuenterrabía, y noventa y cuatro caballeros que quedaban de la escolta de Alberto, estuvieran dispuestos para partir á las nueve en punto de la noche. Luego se reunieron los cuatro con Usen y Peralta, rogando estos últimos á Don Pedro les contase lo acontecido en la torre del Godo y los medios de que se valieron para volarla y dejar en libertad á Silva. Navarro les enteró de todo, concluyendo por decirles, que el paje á quien tanto admiraban era la bella María, prometida de Alberto. Los cinco que le escuchaban fruncie-

ron la frente al oír las últimas frases del general, demostrando disgusto. Osorio exclamó:

—Esa dama se portó como heroína; pero el día que se una al duque será el único borron de su gloria y fama.

—¡Es verdad!

Replicaron Nuñez, Don Luis, el conde de Usen y el marqués de Córtes.

—¿Por qué?

Les preguntó Navarro. Don Alvaro añadió:

—Todo el que tiene noticia de esa jóven, dice y cree que es la favorita de Cárlos I.

—¡Maldicion!.. pero ¡ay! yo la juzgué lo mismo ántes de conocer su historia; callé el secreto hasta ahora, porque ignoraba que el buen nombre de mi hijo servía de pasto á la ignorancia, cuando no á la maledicencia; mas ya es imposible la reserva. Señores, al héroe, que le sobran nombre y posicion, y que puede con su genio y espada conquistar un trono, le está vedado acercarse á una ramera y recibir de ella favor alguno. Mi hijo, señores, es noble, caballero; sus ideas se elevan cuanto es posible, y juzgarlo de ese modo es la más vil de las calumnias; pero yo tambien lo hice, y no tengo derecho á reprenderos. Está tan elevado que lo desconocimos, y de delirio en delirio llegamos todos á la obcecacion. María, señores, es hija natural del rey Felipe el *Hermoso*, y por consiguiente, hermana del emperador Carlos I. Hé visto las pruebas como os estoy mirando á vosotros.

Cuantos le escuchaban quedaron sorprendidos y hasta confusos al terminar su declaracion el padre adoptivo de Silva.

—¡Hermana del César!—repetian,—y como si eso fuera poco, es la mujer más hermosa y valiente que conocemos!

—Vió á su amante en peligro,—prosiguió Don Pedro,—y con heroismo sin igual partió sola á Fuenterrabía, después á Aviñon, y luégo á la torre del Godo, y se sobrepuso á nosotros en temeridad, destreza y ardimiento. Eso hace cuando halla expuesta á la persona que ama. En lo restante de su vi-

da es un ángel, que reparte el bien sin cuento ni tregua entre los infortunados de la tierra. Y notad, amigos míos, que su madre se le parece mucho; cierto que cometió una debilidad; pero la disculpan las circunstancias, y unida después á su hija, fué un modelo de virtud, la egida de los desgraciados.

—Y es hermosa también.

Exclamaron á la vez Osorio, Mendoza y Lara.

—Sí, señores, y muy jóven; yo entiendo que aún puede aspirar á unirse con un cumplido caballero.

—De sobra tendrá, si quiere, condes, duques y marqueses, que solicitarán su mano.

—Bien; pero esos á que vosotros os referís, son palaciegos y les basta la influencia que ejerce sobre el emperador, para pretender un enlace que los acercaría más y más al poder y á la opulencia. Esos son moscones que se pegan á la régia miel, sin otro objeto que el de chupar el almívar. Yo no me refiero á esos; digo que teniendo Clotilde catorce años cuando conoció al rey Felipe el *Hermoso*; perteneciendo sus padres á la corte de S. M.; comprendiendo el mágico poder de Felipe sobre las mujeres; el candor de la niña y su admirable conducta desde el momento en que pudo reflexionar, digo y sostengo que podía unirse á ella sin reparo alguno un conde de Usen ó un marqués de Córtes, los cuales, léjos de apoyarse en la adulacion para subir, abandonan su patria, intereses y posicion para venir á Francia en busca de estocadas.

La idea de Navarro no se podía rechazar abiertamente; pero en cuestiones de honor eran tan escrupulosos los caballeros de aquella época que tampoco se encontraron con fuerzas para apoyar á su compañero. El mismo general hubiera vacilado en creer lo que afirmaba, si una segunda idea, tan noble como todo lo que emanaba de su fuerte corazón, no le obligase á demostrar un poco de elasticidad en la apreciacion.

Los que le rodeaban callaron por el pronto, variando luego de conversacion.

Algo más tarde entró el *héroe*, y lo mismo Usen y Peral-

ta, que Navarro, Mendoza y Osorio, le felicitaron con júbilo por la noticia que acababa de darles Don Pedro. El duque empezó por reprender á su padre adoptivo, toda vez que se trataba de haber violado un secreto; pero en vista de las razones que alegó aquél y de la calidad de las personas que lo oyeron, acabó por abrazarle, segun practicaba cada vez que se veia obligado á amonestarle.

Llevaba Silva veinticuatro horas de respirar el aire de los campos, y ya empezó á cubrirse su blanca epidermis de un sonrosado que indicaba salud completa y la bondad de una naturaleza privilegiada. El doctor, que concluia de levantarse y corrió en busca suya, le pulsó, obligándole luego á que se descubriera para reconocer sus heridas, concluyendo por exclamar:

—Fui víctima de vuestra astucia y saber, duque del Imrio; al terminar una marcha larga y penosa, os encontrais más fuerte que al emprenderla, y en verdad que si ayer mañana se me hubiera preguntado por las consecuencias de un viaje tan molesto, contestaria que os exponiais á perder la vida.

—Eso consiste, amigo mio,—respondió el héroe,—en que la medicina está muy adelantada, tanto, que de cada veinte enfermos que se os mueren se marchan al otro mundo diez y nueve desconociendo vosotros la causa; y no sería aventurado afirmar, que os sucede lo mismo con casi todos los que sanan,

—La naturaleza, señor, es un arcano.

—Habeis dicho, doctor, una verdad sublime; un arcano, impenetrable para todos. Me hallo conforme con vuestra opinion, no obstante lo cual, he creído un deber recompensaros espléndidamente los cuidados y atenciones que tuvisteis conmigo; y aún así os quedo agradecido, que un padre no habria hecho más por su hijo.

—En cambio vos me proporcionásteis un susto ayer tarde...

—Que borro ahora con diez mil ducados en oro. Dáselos, Navarro; manda disponer las armaduras de los que deban seguirme, y esperad aquí todos la hora de sentaros á la mesa con el emperador.

Y Silva se dirigió á su despacho, en el que halló al César y á María debatiendo acaloradamente sobre la nueva guerra que iba á emprender Alberto. Éste hizo algunas reflexiones á su amada, que, si no la convencieron, la obligaron al ménos á ceder y á callar. Continuaba vestida de paje, con cuyo disfraz pensaba llegar á Madrid, permaneciendo al lado de su hermano hasta que regresara su madre.

Cárlos y el duque hablaron sobre el porvenir, y sirviéndoles María de secretario, dictaron algunos despachos que eran inmediatamente conducidos á su destino.

A las cuatro se sentaron á la mesa el emperador, María, Silva, Navarro, Usen, Peralta, Osorio, Mendoza, Lara y el doctor. Los tres maestros se miraban con orgullo y vanidad, riéndose á la vez al recordar la mesa que tuvieron en los dias anteriores, sus trajes y barniz, y hasta el oficio de pescadores que ejercieron, comparándolo con las galas que ahora les cubrian y el espléndido banquete presidido por el primer monarca de Europa. María ahogaba tristes suspiros; el *héroe* parecia alegre y satisfecho, y el emperador le miraba con cariño é interés extremados.

A las seis de la tarde se levantaron de la mesa Alberto, Navarro y los tres maestros, dirigiéndose á sus cámaras de vestir, donde los fueron armando; á las ocho se hallaban dispuestos á partir, pasando los cinco al salon principal, donde les aguardaban Cárlos, María, Usen, Peralta y Rousell. El primero se separó á un lado con el duque, cruzaron algunas frases, le entregó un pergamino que el otro guardó en su escarcela, y se estrecharon con cariño fraternal. Alberto besó la mano de María, y agitado su corazon por la pena y afliccion que notaba en el ángel á quien debia la vida, oprimió ligeramente las manos de Usen, Peralta y Rousell, desapareciendo de allí, sin expresar otras frases que:

—¡Señor, señores, ved el estado en que queda mi paje!

Navarro y los maestros le siguieron, y montando á caballo, corrieron en direccion de Castres.

María cayó sobre los brazos de su hermano, acongojada y en estado lastimoso; Rousell le dispuso un medicamento que la alivió, y tres días después abandonaron, seguidos del ejército, la ciudad de Tolosa, luego el Bearn y después Francia. Fué una retirada tan admirablemente dispuesta, y combinada con tanto acierto y reserva, que cuando tuvieron noticia de ella las huestes contrarias, ya estaban los españoles con todo cuanto entraron en Francia, á tan larga distancia, que ni áun intentaron picarles la retaguardia. Los unos quedaron comentando el inusitado abandono que no se explicaban, y los otros entraron en España sin dejar en Francia un solo cañon ni un enfermo en los hospitales.

Cerca de los Pirineos, apoyado en Fuenterrabía, quedó un ejército de treinta mil hombres, con orden de recibir dignamente á los franceses si osaban acercarse. El resto caminó en diferentes direcciones; Usen pidió permiso para retirarse á Cartagena, donde le esperaban su esposa y un hijo; y el emperador, acompañado de María, de Peralta, y seguido de numerosa escolta, partió á Madrid, en tanto que Mr. Anselmo Rousell, bien disfrazado y con nombre supuesto, corria hácia París al lado de su hija, donde pensaba esperar á Francisco I, suponiendo con razon, que al regresar á la capital de su reino se habria olvidado ya del fin que tuvo la torre del Godo.

Ahora es preciso que nuestros lectores nos acompañen, primero á Marsella y luego á Italia, donde presenciaremos el gran acontecimiento que tuvo lugar en esta época.

CAPITULO XX.

Sitio de Marsella.—El famoso marqués de Pescara.—Duda el general y se inclina el vasallo.—A Italia.

SILVA caminaba rodeado de Navarro, Osorio, Lara y Mendoza; le seguian noventa y cuatro caballeros, multitud de criados que cuidaban de los amos y caballos, sin perjuicio de batirse cuando se acercaba el enemigo; y por último, la compañía de ligeros, con nuestro amigo el sargento Dávalos elevado á alférez por la bondad de Navarro, lo bien que peleó y las honrosas cicatrices que adornaban su rostro y pecho. En esta compañía hubo algunas bajas, pero fueron instantáneamente cubiertas con soldados valientes, prácticos y diestros; todos pasaban de treinta años de edad, contaban por decenas las batallas á que habian asistido, é iban orgullosos de seguir al héroe. Éste no participó á ninguno su pensamiento; pero á sus subordinados les bastaba mirar delante al generalísimo para saber que les aguardaba la victoria donde quiera que la buscasen.

Desde el duque hasta el alférez Dávalos, iban cubiertos con armaduras; los soldados llevaban cota de malla, coraza y casco de baqueta, y los criados cotas sólo, con tabardo de paño, que no les defendía mucho, pero les facilitaba el cuidar á los amos y caballos sin molestias. A excepcion del generalísimo, de Navarro y de los maestros, los demás conducian á la grupa en una maleta el poco equipaje y oro que les era posible conservar en tan ligera marcha.

Salieron á las ocho y media; es decir, de noche ya, y continuaron á un trote largo hasta las tres de la madrugada que llegaron á Castres, pueblo de poca importancia, y en el que no encontraron fuerza alguna que les impidiera dar pienso y descanso á los caballos y cena á los jinetes. Como pagaban lo que pedian, la autoridad del pueblo se concretó á hacer algunas preguntas á los paisanos, conformándose con que á ninguna le dieran contestacion satisfactoria.

A las cinco y media volvieron á emprender su interrumpida marcha. Silva llevaba en la mano un itinerario formado por él, el que consultaba de continuo, dirigiendo á los suyos por caminos y veredas que estudió en los mapas y en la relacion de prácticos á quienes juzgó conveniente oír. Se propuso no volver á desnudar la espada en Francia, y caminaba con la brevedad posible, empleando al efecto y para conseguirlo su genio y sabiduría. Comian en las ventas; paraban en sitios aislados, y cuando veian una columna enemiga, pasaban por junto á ella sin detenerse ni demostrar actitud ofensiva. Cuando los franceses comprendian que eran españoles, ya estaban ellos á bastante distancia, y los primeros se contraian á continuar su ruta, dando parte á las autoridades militares del encuentro de una fuerza enemiga, la cual les habia saludado con urbanidad. Como la tregua no llegó á romperse y los españoles seguian inofensivos en Tolosa y el Bearne, ningun jefe francés trató de averiguar dónde iba aquella caballería, compuesta de setecientos hombres próximamente, capaces de abrirse paso, si lo intentaban, por medio de un ejército de ocho á diez mil hombres.

Pero el héroe rehuía no obstante toda clase de encuentros, y cuando tenía alguno, saludaba á los franceses con mucha cortesía, procurando que ninguno le conociera ni le provocara á combate. Sólo entraba en pueblos pequeños, y esto lo verificaba cuando en las ventas y posadas no hallaba lo necesario para sus jinetes y caballos.

Tuvo que cambiar algunos potros que se inutilizaron, efecto de la rapidez de la marcha, logrando, sin embargo, que en su gente no hubiera una sola baja por enfermedad ú otra causa cualquiera.

Pasó por cerca de S. Pons, de Montpellier; al quinto día de viaje pernoctó en Arles, y en la tarde del mismo dió vista al campamento español que sitiaba á Marsella.

Cuanto dijo Francisco I á Silva y éste al César, era cierto sobre el marqués de Pescara. Este audaz y valiente caudillo, tan renombrado en aquella época, con sobrada justicia, no agradándole la holganza á que le condenaron sus decisivas victorias en Italia, atravesó los Alpes y se vino á Marsella, estableciendo un sitio tan admirablemente dispuesto como inútil.

En los momentos de llegar Alberto de Silva, se encontraba el célebre marqués sobre una altura, junto al maestre Rodrigo, contemplando, más que dirigiendo, el ataque que devolvían sus tercios á una division francesa que osó salir de la plaza. A campo raso podían con ellos, y en estos instantes decía, riendo á carcajadas:

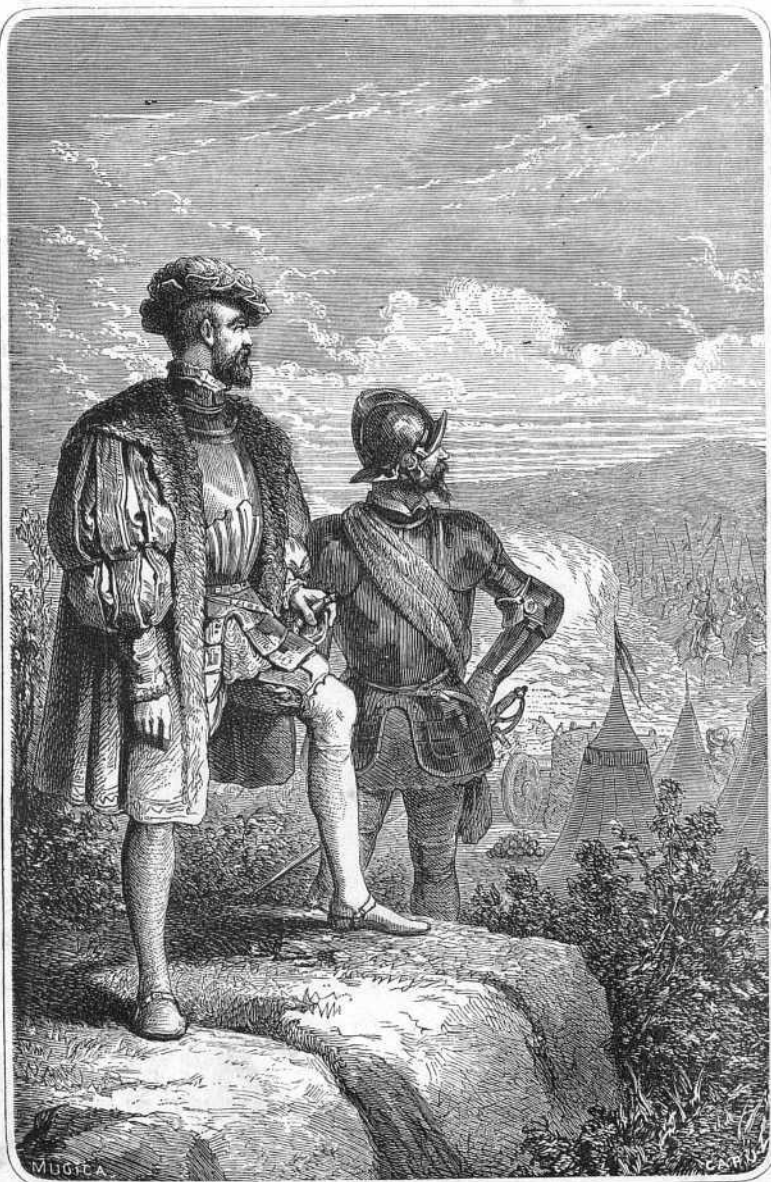
—¡Qué bien corren los franceses! ¡Hijos de San Luis, nos ganais á correr!

Apénas concluía de expresar su última frase, oyó el precipitado escape de un caballo que se detuvo junto á él. Era un capitán, el cual le dijo:

—Mi general, acaban de llegar al campamento setecientos jinetes mandados por dos generales, tres maestros de campo y un capitán.

—¿Qué decís?

Preguntó Pescara sorprendido.



— ¿Qué bien corren los franceses! ¡Hijos de San Luis, nos ganais á correr!



—La verdad, señor, siendo más de notar aún, que para quinientos soldados vienen sobre noventa caballeros, y una falanxe inmensa de criados.

—¿De dónde llegan?

—Dicen que de Tolosa.

—¿Quiénes son los jefes?

—Don Alvaro de Osorio, Nuñez de Lara y Don Luis de Mendoza; los dos generales recatan el rostro y nombre, y los caballeros pertenecen á las primeras familias del imperio.

—No comprendo cómo los héroes de Fuenterrabía, Pau, Lombez, Tolosa y Agout, vienen aquí, y eso me prueba que es cierta la noticia de que el duque del Imperio fué mortalmente herido y hecho prisionero en la última batalla que dieron á los franceses. ¿Han dicho lo que desean?

—Daros órdenes.

—¡A mí! ¿Quién osó?..

—Uno de los dos generales, que permanece con el rostro cubierto por la visera.

—¿Dónde se hallan?

—Al pié de vuestra tienda.

—Decidles que esperen.

—Me han encargado os participe en nombre del emperador, que vayais inmediatamente.

—Si abusan de ese nombre,—exclamó Pescara con disgusto,—si no tienen facultad para tanto, juro que han de pagar cara su osadía, aún cuando sean españoles. ¡Rodrigo, los franceses están entrando en Marsella; montad á caballo y disponed la retirada! Vos, capitán, marchad á vuestro puesto.

Y apoyada su mano izquierda en la empuñadura de la espada, se dirigió pausadamente á su tienda, que distaba de allí quinientos pasos. Cuando llegó tenía obstruida la entrada por la escolta y ligeros.

—Paso,—exclamó,—al marqués de Pescara.

Los soldados y caballeros le abrieron calle, pero ninguno le saludó, mirándole con indiferencia.

—¿Qué gente es esta?—se preguntaba el marqués cada vez más sorprendido y confuso.

Y fué á entrar, oyendo la voz de un maestre, que dijo:

—El general Pescara.

Aquél se detuvo, y fijándose en el que concluía de anunciarlo, le contestó:

—Mal oficio, señor maestre de campo.

—Honroso, marqués; que sirvo al emperador y á un sér que vale mucho más que vos y que yo.

El rostro de Pescara se encendió; pero hizo un esfuerzo sobre sí, y volviéndole la espalda entró.

Se hallaban sentados sobre dos sillones Silva y el general Navarro. Al verlo se pusieron en pié y le saludaron, desapareciendo el segundo y volviéndose á sentar el primero, si bien se alzó la visera, dejando el rostro descubierto. El marqués le hizo una reverencia, y se fijó en él con extrañeza, pues no correspondían sus insignias de generalísimo con los pocos años que representaba.

—¿Quién sois?—le preguntó.

—El duque del Imperio.

—Os juzgaba herido y prisionero.

—Pues ya veis que os han engañado.

—¿Puede el generalísimo estar sentado mientras yo permanezco de pié?

—Sí.

—¿Y la prueba?

—Ya os la enseñaré.

—¿Qué os trae á mi campo?

—Una mision terrible, marqués; la de juzgaros, y luego la de corregir, si es posible, una torpeza indigna de vos, pero que la habeis cometido.

—Silva, he visto que os servía de ujier un maestre de campo, y que luego el general Navarro á un signo vuestro inclinó la frente y desapareció de aquí con respeto y sumision; mas soy el general en jefe del ejército acampado en Marsella,

y solo del emperador puedo escuchar las frases que concludís de decirme.

—Marqués, los dos que acabais de citar, valen lo que callo, por no ruborizaros; y si obraron como visteis, fué porque á ellos y á vos os puedo mandar ahorcar de un árbol en el momento que se me antoje.

—Pienso, que soy yo el que tiene facultad de hacer eso con vosotros.

—Pues os habeis equivocado. Sentaos; yo os lo permito.

Y Silva clavó una mirada en el general, que le obligó á bajar la vista y á obedecerle. Luégo le dijo:

—Sois valiente, entendido; amais al César y á vuestra patria, y os estais sacrificando por ellos; pero habeis cerrado el cuadro de vuestra gloriosa campaña con un hecho incalificable.

—¡Duque!..

—Os lo digo á vos sólo; pero si me volveis á alzar la voz, me oirá todo el ejército, y luégo, marqués, os aplicaré la pena que mereceis. Os conviene en esta ocasion oír, ver y callar. Ignorando lo que es Marsella y vuestros deberes en Italia, os entreteneis agradablemente en un sitio inútil, completamente inútil, sin reparar que el cercado sois vos y al que han comunicado con el mundo. Esto ha dado lugar á que el almirante de Francia primero, y luégo el rey os copen toda la Lombardia y el Piamonte, cerrándoos el paso de los Alpes, sin que hasta ahora os hayais apercebido de nada. Cada bala que dirigiais á ese inexpugnable muro, costaba á vuestra patria y á vuestro Señor un pueblo; por cada sonrisa de satisfaccion que aparecia en vuestros labios al rechazar una salida, morian doscientos españoles de los pocos que dejásteis para defender Milan, Pavía y restantes ciudades del suelo lombardo. Unido á la *liga* y al frente de los cuatro ejércitos confederados, tardásteis años en arrancar á los franceses la parte de Italia de que se habian apoderado; ellos, en cambio, valiéndose de una imprevision vuestra, han tenido suficiente con treinta dias para reconquistar lo que perdieron.

No obstante lo mucho que imponía la mirada de Alberto, su renombre de héroe y la fuerza que llevaban sus frases, el marqués de Pescara se descompuso al acabar Silva su relato, y fuera de sí, convulso y agitado, le contestó:

—No puede ser; me habeis faltado, duque, y ahora no sujetais vuestras ideas á las prescripciones de la verdad.

—Marqués, el insulto que concluís de hacerme merecía un castigo ó una estocada; por el pronto me contraigo á demostraros vuestra insensatez. ¡Ola!—gritó,—general Navarro, relevad con vuestros ligeros los centinelas que hay en la puerta de la tienda; luego volved.

—¡No será!

Exclamó Pescara, poniéndose en pié y queriendo salir; pero fué detenido por Mendoza, Osorio y Lara, que á la vez le contestaron:

—Sí será.

—Desarmadlo.

Añadió el generalísimo.

—Vuestra espada.

Le dijo Osorio.

—Nunca, maestro.

—Ahora mismo, general.

Gritó Mendoza, sujetándole una mano y sacándosela con la otra de un modo fácil y seguro para el gigante.

Don Pedro volvió á entrar, diciendo á Silva:

—Señor generalísimo, vuestras órdenes quedan cumplidas. ¿Teneis algo más que mandarme?

—Sí, acompañado de Osorio, Lara, Mendoza, y de los caballeros de mi escolta, disponed que inmediatamente se levante el sitio de Marsella y se preparen á seguirme las huestes del emperador Carlos I. Corred, general, que la patria peligra, y no todos sus hijos son capaces de defenderla.

Don Luis entregó la espada del marqués al duque, desapareciendo los cuatro.

Pescara, con los brazos cruzados y la mirada vaga y som-

bría, escuchó las órdenes de Alberto, mudo é inmóvil; pero en cuanto vió que partían el general y los maestros fué á verificarlo él también, hallándose con las agudas puntas de dos lanzas dirigidas á su pecho, en tanto que dos veteranos, cuyos rostros estaban llenos de cicatrices, le dijeron:

—¡Atrás!

—Soy el general Pescara.

—Aquí no hay más general que el duque del Imperio.

—¡Miserables, os va á costar la vida!

—Perdonad, señor marqués,—le replicó el capitán de los ligeros;—mis soldados obedecen á S. M. el emperador, y si alguno muere será en el campo de batalla; aquí es imposible.

Pescara le volvió la espalda, y acercándose á Alberto, que continuaba sentado, le dijo:

—Mereceis un castigo, ó una estocada, exclamásteis; ¿me quereis dar la última?

—No puedo ni debo, marqués; se os formará consejo de guerra si continuais oponiendo resistencia, y luego sufrireis el castigo.

—¿A un grande de España decís eso?

—Sí.

—¿No me sorprendísteis en mi tienda para atropellarme después?

—No.

—¿Lo que yo he visto, es mentira?

—Con el reo no se tiene consideración alguna.

—¿De qué se me acusa?

—De haberse perdido la Lombardía por culpa vuestra.

—Las pruebas, señor duque, y á ser cierto me sujetaré gustoso al fallo del consejo.

—Veamos si os basta con eso.

Silva sacó de su escarcela el pergamino que le dió el emperador al tiempo de partir, y se lo alargó, añadiendo:

—Pasad la vista por este escrito.

Pescara lo cogió, leyendo fuerte:

«El duque del Imperio me representa; lo que él manda, »hace ó dispone, lo mando, hago y dispongo yo; el que le des- »obedezca ó falte, me falta y desobedece, y el que osara come- »ter crimen tan nefando, queda sentenciado á muerte por »Cárlas I.»

El marqués palideció; concluida la lectura se descubrió, y devolviendo el pergamino á Silva, le dijo:

—Señor, os entrego el mando del ejército, y me dispongo á ocupar el calabozo que tengais á bien destinarme.

Y quedó delante de aquél con los brazos cruzados y actitud humilde.

—Así os queria, marqués; no porque me guste humillar á un hombre de vuestro valer y gerarquía, sino porque habeis faltado, y es deber de todo buen general y caballero reconocer su delito, y pedir clemencia á un emperador que tiene siempre tendidos los brazos hácia sus hijos. Menor era mi falta en Murcia, más justificable, Pescara, y le rogué veinte veces que me perdonase.

—Señor, yo ignoraba el delito.

—Os lo participé yo, y Alberto de Silva nunca miente.

—No os conocia; desde hoy en adelante ya será otra cosa.

¿A qué prision me destinais?

—A ninguna; os impongo sólo el castigo de que me acompañeis á Italia, y á mi lado demostraremos nuevamente al mundo lo poco ó mucho de que somos capaces. Tomad vuestra espada; sentaos junto á mí, y no os pongais nunca delante, pero tampoco detrás. Sé lo mucho que vale el marqués, lo que ama á su patria y á su rey, y si una vez pudo equivocarse, cien otras acertó, expuso la vida, y regando los campos de batalla con su sangre, elevó el imperio español como pocos lo consiguieron.

—Vuestros elogios, señor duque, debo estimarlos más que mis triunfos, si es que logré algunos.

—Estrechad mi mano, marqués; y así, sentado frente á mí, ved cómo acaba para vos el generalísimo y empieza el

amigo, el compañero. ¡Ola!—volvió á gritar.—Capitan, poned en el sitio que ocupaban ántes á los centinelas que guardaban la tienda del general en jefe del ejército, marqués de Pescara. Luégo alojaos como podais, teniendo en cuenta que al amanecer del próximo dia partiremos á Italia. Salid, y que éntre mi criado.

Cuando éste último se le presentó, le dijo:

—Pedro, lleva á las cuadras del señor marqués tu caballo y el mio; díces luégo á los sirvientes del general, que le ensillen uno de los suyos y se lo traigan inmediatamente. En concluyendo vuelves y me desnudarás, que hace cinco dias duermo sentado, con armadura y espada ceñida.

Marchó aquél, y viendo el duque cerca de sí mesa con recado de escribir, cogió una pluma, trazando las siguientes líneas:

«Don Pedro Navarro obedecerá al señor de Pescara como »general en jefe del ejército y como amigo de—*Alberto de »Silva.*»

—Marqués,—le dijo cuando hubo concluido,—convaleciente aún de una larga y penosa enfermedad que me produjeron cuatro heridas graves, me vi obligado á andar más de cien leguas, sin otro descanso que el de algunas horas en Tolosa y el indispensable desde dicha ciudad hasta Marsella. En consecuencia, y debiendo partir en el próximo dia, os ruego me presteis media tienda y la mitad de vuestra cama.

—Imposible; hacedme la honra de aceptarlas por completo.

—De ese modo no lleno mis deseos; quiero que cenemos juntos esta noche y durmamos en el mismo lecho. Así comprenderán todos que estoy á vuestro lado, y que no he venido á sobreponerme á vos.

—Señor, representais al César, sois generalísimo, y yo debo caminar detrás.

—Nunca lograreis eso de mí; si puedo os elevaré más, pero en manera alguna os rebajaré un quilate. Vos me desconocísteis, marqués; por eso os traté con dureza; ahora que nos

conocemos, sois mi amigo y compañero; ni más ni menos. Cuanto os dije sobre Italia es cierto, pero Dios mediante todo se arreglará. Tomad ese pergamino, montais á caballo, disponiendo que se retiren á descansar Navarro, los maestros y mis caballeros; que sigan los trabajos para levantar el sitio, y á las nueve volveis, cenaremos; de sobremesa os enteraré de mi plan, y más tarde descansaremos nuevamente.

Poco después montó á caballo Pescara, desapareciendo de allí. Pedro desnudó á su señor, el cual acostado ya, le dijo: —Que te den los criados del marqués comida y cama; duerme hasta las tres; á esa hora ensillas los caballos, y vienes á llamarme. Sal.

El sirviente le obedeció, y el generalísimo, no obstante el ruido de clarines y atambores, cerró los ojos, murmurando:

—¡María, María! esta nueva separacion destrozó tu alma; ¡pero la mía!.. Me salvó la vida; su valor iguala á la nobleza de su corazon, á la hermosura de su sér, á la hidalguía de sus sentimientos. ¡Cuánto la amo! pero su hermano y mi destino se situaron entre los dos, y nos separaron acaso para siempre. ¡Cúmplase la voluntad de Dios! ¡de Dios, á quien amo más que á ella!

Y se quedó dormido bendiciendo á la Providencia.

A las ocho de la noche regresó el marqués, y se sentó á la cabecera del lecho de Silva, mirando á éste con entusiasmo. A las nueve mandó encender luces y preparar una mesa con ocho cubiertos; miéntras era obedecido, exclamó:

—Duque. Me duele despertaros, pero son más de las nueve, y me contraigo á cumplir vuestro deseo.

—Hicisteis bien, amigo mio.

Y se tiró de la cama, cubriendo sus piés con botas de terciopelo, y el resto de su cuerpo con un gaban que le dejó Pedro.

Pescara mandó llamar al general Navarro y á los maestros Osorio, Mendoza y Lara, sentándose los seis alrededor de la mesa. Cenaron, reinando entre ellos confianza y cordia-

lidad, y al concluir expuso Alberto su plan, que empezó á llevarse á cabo instantes después. A las once se retiraron Navarro y los tres maestros, salió tambien Pescara, el cual volvió media hora más tarde echándose junto á Alberto, al que halló dormido por segunda vez.

El ejército no descansó esta noche; los jefes y oficiales corrian de un lado para otro dando disposiciones y presenciando su ejecucion, y los soldados trabajando para acabar de levantar el sitio, lo cual debia terminar ántes de amanecer. A las cuatro de la madrugada entraron Pedro y un criado del marqués, y después que los hubieron despertado los fueron cubriendo con ligeras armaduras, propias para las marchas y guerra que iban á emprender.

A las cinco se estrecharon el duque y el marqués, montando el primero á caballo, y desapareciendo de allí, seguido de todos los individuos que llevó. En cuanto á Pescara, dispuso que levantasen su tienda, revistó luego el ejército, y al frente de él siguió la huella de Silva, mandando avanzar parte de la caballería y cuatro mil peones, que debian apoyar, más inmediatamente que el resto de sus huestes, las operaciones del héroe.

Sigamos á los primeros.

El generalísimo, repuesto completamente de su larga enfermedad, parecia haberle prestado aquella, fuerza á la materia y luz á su claro entendimiento. Sin dar á sus jinetes y caballos más descanso que el indispensable, atravesó el condado de Niza, llegó al pié de los Alpes, sosteniendo en el camino dos encuentros, en los cuales derrotó á su enemigo sin contar la baja de un solo soldado; verdad es que era muy difícil contener la carga de aquellos setecientos veteranos mandados por un héroe. Así es que en las dos peleas, si tal pueden llamarse, no perdieron ni aún tiempo, por la pavora y dispersion que desde el primer instante presentó su enemigo.

Llegaron como hemos dicho á los Alpes, y previendo el duque lo que le esperaba en aquel monte, dió algunas ór-

denes, se dividió su caballería en cinco partes que mandaban él, Navarro y los tres maestros, cayendo de improviso sobre los franceses, que há tiempo tenían tomado aquel paso, con órden de impedir que atravesase ningun español en direccion de Francia y vice versa. Era de noche, malo el terreno y la mayor parte de los defensores de sus contrarios dormian tranquilamente, cuando fueron sorprendidos por el héroe, acuchillado el que se resistió y sitiados los restantes. En tanto que Silva y los tres maestros atacaban, se corrió Navarro al frente de doscientos ligeros, y no tardó en tomar el camino de Italia, evitando de este modo el que pudiera huir ningun francés en direccion del Piamonte, donde se hallaba el ejército mandado por Francisco I y su almirante.

La tranquilidad y sosiego en que se hallaban los franceses, la hora y la circunstancia de llevar allí un mes sin que nadie les molestase, unido á las continuas victorias logradas por su rey, fueron causa de que cayesen en una emboscada de la que no debia escapar uno solo.

El héroe y los maestros, atacando con acierto admirable, los ponian en dispersion, mientras el general Navarro paraba por la parte de Italia á los que huian hácia allí, y la columna que mandó avahzar Pescara, dueña del camino de Niza y subiendo ya los Alpes, cogia ó mataba á los que pretendian escapar por este lado.

El plan de Alberto estaba admirablemente concebido, se llevó á cabo con acierto y heroismo, y daba, como no podia ménos, un resultado completamente satisfactorio.

La infuca traicion de que fué víctima Silva, lo bien que aprovechó la tregua Francisco I, y las consecuencias fatales que ámbas cosas tuvieron para el imperio español, enfriaron la piedad de Alberto, y en estos instantes trataba á su enemigo como merecia.

La lucha empezó después de la una, y al dar las cinco, es decir, al aparecer la aurora, presentaba el monte un cuadro horripilante. Los dos mil franceses que defendian el

paso estaban sin excepcion alguna, muertos, heridos, ó prisioneros; pero la mayor parte cubrian el suelo, siendo los ménos los que se entregaron. Habia quinientos muertos, ochocientos heridos y cerca de doscientos despeñados.

Silva apartó la vista con horror, mandando que en el mismo instante llegase hasta allí la columna de Pescara, y entre todos quemasen los cadáveres y recogiesen los heridos.

Acto continuo mandó á Navarro que tomase el pueblo próximo, adonde llegó él después, con ánimo de esperar allí al ejército del marqués de Pescara.

Quedó en consecuencia el paso de los Alpes ó de Niza en poder de los españoles, los que, tomando á su vez la rebancha, no debian permitir ahora á los franceses comunicacion alguna con su país por aquel lado.

Los heridos de una parte y de otra fueron trasladados al pueblo en que se encontraba Silva, seguidos de todos aquellos españoles que no estaban encargados de defender el paso. Para esto último, destinó el duque á Nuñez de Lara con doscientos ligeros y dos mil peones que acamparon en las mismas casas que tuvieron sus contrarios; pero viviendo más prevenidos y situándose mejor que lo estaban aquellos.

Al dia siguiente llegó el marqués de Pescara, atravesando los Alpes sin impedimento alguno. Lara le salió al encuentro; refirió lo acontecido, dándole por último una orden de Silva en la cual mandaba que aquél dejase dos baterías, una frente al camino de Francia y otra á la parte de Italia, con lo que quedaba completamente asegurada la posesion de punto tan importante.

Fijados los cañones y servidos por los artilleros necesarios, continuó avanzando su ejército, el cual arribó aquella noche al pueblo en que estaba Silva.

La entrada de los españoles en Italia era triunfante; pronto veremos si la suerte sigue favoreciéndoles en la difícil empresa á que han dado principio.

CAPITULO XXI.

La Lombardia.—Todo está perdido.—Pavía y los franceses.—El héroe enmascarado.

AL penetrar las tropas españolas en Italia, toda la Lombardia y una gran parte del Piamonte eran de Francisco I. Entraron varios generales franceses al frente de escogidas tropas, y luego el mismo rey, seguido de otro ejército numeroso, y las guarniciones que dejó Pescara en Milan, Turin, Bergamo, Aosta, Como, Crema, Rivoli y restantes poblaciones de alguna importancia, se vieron obligadas á deponer las armas y á abrir las puertas al valiente señor, que tuvo á bien presentarse acompañado de un número tan considerable de hombres y cañones. Sólo el bizarro é indomable Antonio de Leiva, gobernador de Pavía, contestó á los franceses, que sólo entregaria la ciudad encargada á su defensa con la vida: ni antes ni después. El victorioso monarca fué sorprendiendo y apoderándose

de los dos reinos, y cuando hubo concluido, dejó bien guarnecidas las plazas conquistadas, dirigiéndose acto continuo á Pavía con el grueso de su ejército. Empleó al principio los halagos, después las amenazas, y como quiera que Leiva se riese de unos y de otras, cercó la ciudad, y en estos momentos se entretenia agradablemente en acosarla dia y noche, esperando de un momento á otro que se rindiera. Los planes y cálculos de Francisco I se habian ido realizando en esta ocasion con prodigioso acierto; avergonzados sus generales de las derrotas sufridas primero en Italia y luego en Pau, el Bearne, Lombez, Tolosa y Agout, aprovecharon con interés creciente la rebancha que se les presentaba, y no sólo vencieron, sino que tambien cortaron las comunicaciones entre Italia y el marqués de Pescara, y luego entre la Lombardia y el Piamonte con Nápoles, Sicilia, Córcega, Cerdeña y España. De este modo pudieron ir copando pueblos, fuertes y guarniciones, todos los cuales se rendian en vista del aislamiento en que se hallaban.

Pero así como el general Pescara hizo cuestion de amor propio la toma de Marsella, y desde el momento que la sitió se contrajo única y exclusivamente al logro de sus deseos, dando lugar á que se perdiera con su abandono la Lombardia y el Piamonte, del mismo modo hizo Francisco I cuestion de amor propio tambien la posesion de Pavía, y desde el instante que la cercó no tuvo otro pensamiento que el de entrar en ella, mostrándose sordo á las reflexiones de sus generales y magnates. Parecia providencial la conducta seguida por el general español y la del rey francés; vencedor el primero, se creyó incontrastable, y desde el orgullo pasó al delirio, y lo mismo exactamente le sucedia ahora á Francisco. Por eso se apoderó el segundo de todo cuanto dejó abandonado el primero, debiendo sucederle al soberano respecto de Silva, lo que á Pescara le ocurrió con relacion á aquél. Esto era al ménos lo probable; mas tenía que luchar el *héroe* con tales dificultades y carecia de tantos recursos, que no obstante la ventaja que deja-

mos expuesta, todavía era muy dudoso el triunfo, y penosa, terrible y molesta la misión que le llamaba al reino italiano. Por consiguiente, sigámosle, y sabremos si basta ó no su poderoso genio para vencer el cúmulo de dificultades que se les presentan.

Tomado por los españoles el paso de Niza é interceptada la comunicación por tierra para los franceses, trató Alberto lo primero de estudiar el terreno que pisaba y reconocer á su enemigo, á cuyo fin comisionó á Don Alvaro de Osorio para que le proporcionase un hombre inteligente é imparcial.

A los dos días de hallarse el héroe descansado de las fatigas sufridas en la semana que acababa de transcurrir, se le presentó el sagaz maestre, diciendo:

—Señor, por fin encontré lo que buscaba, y me es dado poner á vuestra disposición un capitán español, derrotado en Coni, el cual se refugió en este pueblo, huyendo de las persecuciones de los franceses.

—Temo, Osorio, que sea un cobarde que exagere y mienta, para esconder de este modo su pavora.

—Resulta todo lo contrario, señor duque; el hombre que os presento se hallaba en Milan, donde perdió parte de su compañía; huyó con el resto, convirtiéndose en guerrillero tan fatal á los franceses, que no han descansado hasta conseguir coparle los restos de su empobrecida gente. Sorprendió veinte veces al enemigo; pero éste se desquitó en Coni, le pasó á cuchillo á sus soldados, y herido él escapó milagrosamente, guareciéndose en este pueblo. Estuvo conmigo en Villalar, y respondo de su valor.

—Siendo así me complace la noticia, y podeis decirle que éntre, avisando ántes al marqués de Pescara, el cual hace poco que llegó.

Salió Don Alvaro, y algo después penetró el marqués, con la cabeza baja, triste y meditabundo.

—¡Todo se ha perdido!—exclamó reparando en el duque.—Teniais razón en cuanto me digísteis, y le sobraba al prisione-

ro que hicimos bajo los muros de Marsella, el cual declaró lo mismo la noche que vos dormísteis en mi tienda.

—Dejáos de lamentaciones, —le contestó Alberto, —y dediquémonos á poner remedio al mal, si es que lo hallamos.

—Por hoy lo creo imposible.

—¿En qué os fundais?

—En que sólo tenemos en las filas de mi ejército de ocho á diez mil soldados con quienes se pueda contar de un modo absoluto. El resto son mercenarios, valientes, pero que se van con aquel que les paga mejor; Francisco I dispone de mucho oro y recursos, y nosotros de nada.

—¿No os han dicho cómo se tomó á Fuenterrabía, á Pau, á Tolosa, y cómo se ganaron las batallas de Lombez y de Agout?

—No conozco los detalles.

—Pues á mi lado lo vereis prácticamente. Sois valiente, marqués, muy valiente, y sería lástima que decayeréis en la presente ocasion en que os alarga la suerte la mejor de sus coronas.

—¿Abrigais la esperanza de triunfar?

—¿No os han dicho el modo que tuvimos de tomar el paso de Niza?

—Fué admirable; pero ese, duque, es el principio.

—Del mismo modo acabaré, marqués; y os recomiendo mucho el valor, ahora que teneis al lado á Navarro, Osorio, Mendoza y Lara; con poco que declineis se os sobrepondrán, y hareis junto á ellos mal papel.

—¿Pedísteis recursos al emperador?

—No, ni los admitiria tampoco; para un rey tan intrépido como Francisco I, no deben acumularse ejércitos, defensas ni pertrechos.

—¿Pensais, acaso, vencerlo con tan pocos y malos soldados?

—Sí.

—¿Y suponeis segura la victoria?

—Cási, cási.

—Me asusta la idea.

—Si quereis regresar á España, os acompañarán hasta el primer puerto mis noventa y cuatro caballeros.

—Eso jamás; á vuestro lado moriré con gusto, ú os arrancaré, aunque exiguo, un pedazo de vuestra inmortal corona. Adelante, duque; quien jugó su vida mil veces, no tiene ahora la avaricia de negársela á los franceses. Mi opinion es una cosa, el deber otra; expuse la primera, y me encierro en el cumplimiento del segundo: una leccion me dísteis, pero será la última; yo os lo juro.

—Muy bien, mi querido amigo; sentémonos, y empezad á oir.

El generalísimo movió una campanilla, apareciendo á la puerta de la estancia donde se hallaban un capitán de poca estatura, frente despejada, mirada serena, y en cuyo rostro se retrataba el valor. Tendría cuarenta años de edad, y su traje, compuesto de cota, ropilla de paño y gabán de seda, en union de la banda roja, se presentaba roto, manchado de sangre y tan estropeado, que indicaba bien claramente ser cierto lo que habia dicho del que lo llevaba el entendido Osorio.

El recién venido se quitó su chambergo, roto tambien, con pluma de color indefinido, y fijándose en Silva y Pescara, les hizo una respetuosa reverencia, quedando parado á diez pasos de ellos. El generalísimo le dijo:

—Avanzad; más aún. ¿Sabeis quiénes somos?

—El digno representante de S. M. el emperador, y mi antiguo general el señor marqués de Pescara. Un héroe, segun cuenta todo el mundo, y el primer valiente que pisó el suelo italiano.

—No os he mandado que nos califiqueis.

—Perdonad, señor, si os he podido ofender; pretendí únicamente demostraros que os conocia por el nombre y por los hechos.

—¿Os penetrásteis bien de todo lo acontecido en el Piemonte y Lombardía, desde que salió Pescara hasta hoy?

—Sí, señor.

—¿Estudiásteis al enemigo?

—Perfectamente.

—¿No teneis la costumbre de exagerar?

—Nunca.

—¿Os dijeron que traigo facultades para conceder cuanto se me antoje, lo mismo que para castigar delitos á medida de mi deseo?

—Me anunciaron, que sois en Italia el mismo emperador Cárlos I.

—Contestad á mis preguntas, dando lo cierto por cierto; lo dudoso por dudoso, y lo ignorado por ignorado; una torpeza ó equivocacion vuestra podria extraviarme, y costar muchas vidas, inclusa la vuestra.

—Interrogadme, señor, que amo á quien sirvo.

—¿De qué fuerzas dispone Francisco I?

—Tiene sesenta mil franceses y veinte mil más entre suizos, italianos y flamencos.

—¿Dónde se hallan?

—La mitad guarnece las plazas principales de Italia y el resto rodea á su señor.

—¿Qué hacen?

—El rey sitia á Pavía con tanto empeño como el valiente Leiva demuestra en defenderlo.

—¿Quiénes acompañan á S. M?

—El príncipe heredero de Escocia, todos los grandes de su reino, un almirante, seis generales y cuarenta mil soldados franceses, los más aguerridos de los ochenta mil de que dispone; los restantes guarnecen, como he dicho ántes, y acosan á las pocas partidas de españoles que vagan sin orden ni concierto, pero con mucho valor.

—¿Qué se hicieron los diez y siete mil hombres que dejó el marqués de Pescara á su salida para Marsella?

—Tres mil resisten en Pavía; otros tantos forman las partidas de que os he hablado; los demás cayeron prisioneros; unos

y otros se refugiaron en Parma, Toscana, Módena, Estados Pontificios y Nápoles.

—¿Podrá defenderse mucho tiempo aún la ciudad sitiada?

—Lo dudo, señor; empieza á faltarles dinero; los víveres se les concluirán pronto, y el gobernador Leiva morirá á la vez que sus soldados entreguen los fuertes.

—Eso no acontecerá. ¿Y el país, por quién está?

—Señor, este pueblo torpe y veleidoso, fué siempre del vencedor; más hábiles para manejar el puñal que la espada, tienen siempre levantado el primero contra el infeliz que corre ó demanda hospitalidad; y como ahora somos nosotros los que huimos...

—Dicen que la Lombardia fué acometida de una peste que diezma á los franceses, italianos y españoles.

—Es verdad; en Milan hace estragos horribles; nuestros contrarios lo han abandonado, quedando como ciudad de refugio para las partidas nuestras que son acosadas por fuerzas superiores.

Silva continuó preguntando al capitan hasta enterarse de todo cuanto necesitaba saber; luego le dijo:

—Muy bien; quedo complacido de vuestras explicaciones. ¿Quereis regresar á España ó servir al emperador en Italia?

—Lo último, señor, con el alma y la vida; morir aquí, ó exterminar á los franceses.

El duque movió una campanilla, ordenando al que se presentó:

—Que pasen los maestros de campo Mendoza y Osorio. Cuando aquellos lo verificaron, dijo al primero:

—Don Luis, al frente de doscientos ligeros partid á Milan, incorporando en el camino á todas las partidas de españoles que encontréis. Os acompañará ese capitan que teneis á la izquierda; que os cuente la historia de Italia, y procurad reunirlos en la capital de la Lombardia, con los tres mil hombres que vagan errantes por el Piamonte y Milanésado; todos os obedecerán, sea cualquiera su graduacion; yo lo mando. Acon-

sejáis bien de ese valiente capitan, que es práctico y muy conocedor del terreno y de los asuntos de Italia, y basta de explicaciones para un hombre como vos.

—¿Cuándo salgo?

—En pasando media hora; dad á vuestra guia armadura ligera, buen caballo y algunas doblas, que el infeliz prestó á los franceses cuanto tenía, y va ahora á cobrar la deuda.

—Montaré á caballo ántes de treinta minutos, y Milan será nuestro.

—Esperad. Vos, maestre Osorio, seguíis tambien á Mendoza. ¿Recordais el alférez que me acompañó á Fuenterrabía en una mala lancha?

—Sí, señor.

—¿A aquél revolucionario comunero que asaltó el palacio de Don Pedro Fajardo, la casa del capitan Almela y el campamento de los sitiadores de Murcia?

—Sí, señor; me acuerdo, además, que fué el primero ó de los primeros que entraron en Pau, con algunos otros de sus hechos que está muy dispuesto á repetir, cuando su generalísimo se lo mande.

—¿Junto ó léjos de él?

—Como se lo ordene.

—Don Alvaro, ceñíos una cota de oro, seguid á Mendoza, aprended la historia de ese capitan, y ya en el Milanésado, atravesad el ejército sitiador de Pavía; entrad en la ciudad, y dadle á Leiva la cota y un buen consejo. Si notais que necesita provisiones y encontrais medios de llevarlas... Os advierto que el tal gobernador es tan valiente como vosotros.

—¿Qué oro le entrego?

—Tres cuartas partes del que tenemos; él no puede quitárselo á los franceses, y nosotros sí.

—Iré á Milan; luego penetraré en Pavía, y es lo probable que á Leiva no le vuelva á faltar nada.

Silva se puso en pié, diciéndole:

—En la capital de la Lombardía nos volveremos á ver.

Dicen que hay peste; estableced higiene y cesará. Hé aquí mi mano; tambien puede estrecharla el capitán. Impongo pena de la vida al que anuncie mi llegada á Italia; la reserva podrá asegurar la victoria. Id con Dios.

Los tres se despidieron, saliendo. Alberto movió nuevamente la campanilla, mandando que entrara Navarro. Cuando lo tuvo delante se sentó, diciéndole:

—General, al frente de trescientos ligeros y de dos mil peones, recorre la costa de Génova é incomunica á los franceses por mar; luégo que lo hayas conseguido, y anclen nuestras escuadras, dejás guarniciones, y seguido únicamente de los ligeros vas á buscarme á Milan.

—¿Qué más?

—Eso sólo. Te llevas los doscientos jinetes que tiene Lara cerca de aquí.

—¿Y las instrucciones?

—Las buscas en tu entendimiento.

—Carezco de noticias.

—Puesto que años atrás hiciste la guerra aquí, no te faltarán amigos que puedan dártelas; pero abrevia.

—¿De qué tercio tomo los peones?

—Del mejor.

—¿Cuándo parto?

—Dentro de una hora. He impuesto pena de la vida al que anuncie mi estancia en Italia.

—Adios, hijo mio. Qué el cielo os guarde, señor marqués.

Y después que les hubo estrechado las manos, salió de allí, sin vacilar sobre la manera con que debia desempeñar su difícil encargo.

Solos Pescara y el *héroe*, preguntó el primero:

—¿Creeis, duque, que el general y esos dos maestros realizarán vuestro deseo?

—Estoy seguro.

—Es muy difícil, si no imposible, lograr lo que os proponéis.

—Por eso se lo he encargado á ellos.

—Sé que en nuestras filas hay un héroe, pero ese no es más que uno.

—El cual enseñó al general y maestros ciencias, artes, idiomas; les prestó su saber, y convencido de lo que valen, los deja que caminen solos, que ya pueden hacerlo con entera seguridad.

—¿Y á mí, qué me mandais?

—Dividid vuestro ejército en pequeñas columnas; de este modo recorreis el Piamonte, sorprendiendo, atacando y venciendo hasta acobardar á los franceses; luego os meteis en la Lombardía, continuando lo mismo. Os basta un mes; al finalizar éste nos veremos en Milan. Guerra de guerrilla; muchas columnas, bastante valor, más entendimiento, y á ser posible dormid poco y caminad dia y noche. No perdais de vista, marqués, á Navarro y mis maestros, que son más jóvenes que vos, os estimo y sentiria que se os sobrepusieran, de lo cual estais amenazado.

—¿Cuándo parto?

—Esta noche.

—¿Qué fuerzas os dejo?

—Ninguna; me basta con mi escolta.

—¿Vais á permanecer aquí?

—No; desde mañana estaré en todas partes y en ninguna; mis caballeros y yo comeremos una sola vez al dia, dormiremos cuatro horas por cada veinticuatro, y el resto iremos prensando las sillas y desenvainando la espada.

—¿Qué caballos resistirán ese ejercicio?

—Primero los nuestros, luego los que quitemos á los franceses, y ántes y después los que nos presten de grado ó por fuerza los italianos.

—Desconoceis el país.

—¿Qué locura! Hace quince dias que no estudio otra cosa.

—¿No acabais de llegar?

—En mi infancia aprendí geografía; soy muy aficionado á ella, y los mapas enseñan mucho, mucho, marqués.

—¿No sería mejor que formásemos un plan y que todos sujetáramos á él nuestras operaciones?

—¡Quién lo duda! Esta noche lo dejaré concluido.

—Entónces que esperen Navarro y los maestros.

—No; en el camino recibireis todas instrucciones, las que diariamente iré renovando.

—¿De qué modo?

—Buscándoos mis ayudantes.

—¿Y si ignoran donde nos hallamos?

—En ese caso yo adivinaré. Partid descuidado, marqués, y conformaos con las indicaciones que ya os dí; pienso que os ha de sobrar con ellas.

—Nada puedo rechazar del que venció en Francia, haciendo milagros parecidos á los que ahora intenta.

—Fijaos en esa idea, que ella os prestará la solución del problema.

—¿Comeremos juntos?

—Sí; de cuatro á cinco, en cuyo instante nos despediremos.

Y sin más explicaciones, el *héroe* se encerró en su despacho, mientras el marqués daba las órdenes para su próxima partida.

A la hora indicada se sentaron á la mesa, y á las siete se despidieron, marchando Pescara hácia el interior del Piamonte, mientras Alberto, seguido de sólo veinte caballeros, regresó adonde estaba Lara, reconociendo acto continuo las baterías, posiciones estratégicas, fuertes y disposiciones tomadas por el entendido maestro.

Cuando hubo concluido, se reunió con él, diciéndole:

—Nada hallo que reprender; mucho que elogiar, y creo que si continuais como hasta aquí, ni los pájaros podrán entrar ni salir de Francia sin vuestro permiso.

—Tengo una gran parte de la fuerza ocupada en la construcción de reductos, y ya he mandado traer del condado de Niza los operarios y objetos que necesito para acabar las obras empezadas.

—Veo que pensais encastillarlos.

—Obedeciendo vuestras órdenes, pretendo que se crucen los fuegos, y que sea cualquiera el número de fuerzas que intenten atravesar por aquí, hallen una resistencia imposible de vencer en muchos días. Os advierto que Navarro se llevó esta tarde los ligeros que me dejásteis.

—Lo sé, y creo que no os harán falta.

—Quiero que varieis un poco vuestro plan de fortificacion, teniendo en cuenta que nada debeis temer de Italia, todo por la parte de Francia.

—Ignoraba eso, y fortalecia ámbos lados.

—Bueno es estar preparado en los dos, mas inclinaos mucho hácia la parte por donde hemos venido.

—Me falta dinero.

—Y á mí, pues he mandado cási todo el que teniamos á Pavía; pero en el condado de Niza hay mucho; este país nos ha vuelto la espalda, y es posible obligarles á que paguen impuestos, que algunos de vuestros oficiales podrán encargarse de recaudar.

—Comprendo, y lo haré así.

—Tambien es fácil que venga algun convoy para Francisco I.

—Entónces habrá para todos.

—Necesito que me mandeis al pueblo inmediato los despachos que cojais.

—Ya os tengo preparados dos. ¿Qué hago con los correos?

—Idlos aprisionando hasta que acabe la guerra. Llegará un despacho en el que os avisaré que partais á Pavía; dejais en este sitio la gente puramente indispensable, al mando de un jefe que os merezca confianza, procurando llegar al sitio que os indique, á la hora y en el momento crítico en que yo os mande. Será de tanto interés la exactitud en el cumplimiento de esa orden, que dependerá de ella la salvacion de la patria. No os debo decir más, Nuñez.

—No faltaré, Dios mediante.

—Aquí os quedan algunas instrucciones por escrito; dadme esos despachos dirigidos al rey, y nos despediremos.

Lara entró en una casa inmediata, volviendo con lo que el duque le habia pedido. Después se estrecharon, desapareciendo el generalísimo seguido de sus veinte subordinados.

Llegó al pueblo á las diez de la noche; más tarde pasó á su despacho, trabajando hasta las doce que recibió á vários caballeros, los cuales venían de practicar algunos reconocimientos, retirándose luego á descansar. Antes de verificarse esto, dió la orden de que partirían á la mañana siguiente, suprimiendo toda insignia que les pudiera dar á conocer á los franceses ó italianos.

Desde el dia inmediato, acompañado el héroe de sus noventa y cuatro defensores y de los criados de éstos, corria de Sur á Norte y de Este á Oeste, sin cálculo alguno al parecer, pero estudiando en realidad el país, destrozando partidas francesas, cogiendo convoyes y enterándose de lo que hacían los de Pescara y los de Navarro. En ocasiones aparecia con todos sus caballeros; otras con la mitad; algunas con la cuarta parte, y hubo dias en que se presentó en Coni con solos veintiuño, siendo once de ellos sirvientes. Los italianos le apellidaban la *Muerte enmascarada*; los franceses huían de él y de los suyos, cuando no les doblaban el número, y en los pueblos donde entraban, llegó el caso ya de ofrecerles caballos, dinero y cuanto quisieran.

El héroe hablaba unas veces en español; otras en francés, italiano, aleman ó árabe, segun á quien se dirigia ó le aconsejaba la conveniencia. De este modo logró que nadie pudiera formar cálculos acertados sobre lo que era, lo que se proponia ó lo que mandaba. Por eso muchos les juzgaron una partida de nobles calabreses, convertidos en bandoleros en el Piamonte, si bien daban por hecho que tenían miedo ó deferencia á los españoles, toda vez que no los vieron nunca atacar á las columnas de Pescara, mientras que destruían las francesas é italianas. Unas y otras les tendieron emboscadas

que el valeroso duque, caballeros y criados destruyeron de un modo heroico y terrible para sus contrarios.

A los veinte dias consiguió noticias de todas partes, que le facilitaban diestros emisarios, concluyendo por exclamar:

—Acabamos en el Piamonte; al ser de dia nos aproximaremos á la costa en direccion de Toscana.

Así lo verificaron, saliendo al amanecer de Santa Ana.

Serían cerca de las cuatro de la tarde, cuando fueron detenidos á las voces de:

—¡Alto!

Silva repitió la orden, viéndose instantáneamente rodeados por cien ligeros, que creyéndoles franceses les fueron á acometer, gritando:

—¡Viva el emperador! ¡Viva España!

Los ligeros detuvieron no obstante los botes de sus lanzas, al ver la inmovilidad de los que juzgaban sus contrarios.

Venía mandándolos el alférez Dávalos, el cual, después de disponer una maniobra tan desacertada como atrevida, le dirigió á Silva la moharra de su lanza, diciéndole:

—Rendirse á discrecion, ó pereceis todos.

—Ya sabía que como hombre érais valiente, pero tan detestable como jefe, que he podido no dejar uno de vosotros en cinco minutos.

Y se alzó un poco la visera, volviéndola á dejar caer.

—¡El duque! ¡Dios sea conmigo!

Exclamó el alférez, reconociendo y vacilando sobre la silla de su caballo.

—¿A dónde caminais?

Le preguntó el generalísimo.

—A Santa Ana.

Contestó Dávalos, reponiéndose.

—¿Y luego?

—No lo sé.

—¿Vais de descubierta?

—Sí, señor.

—Despejad, y no olvidéis que tiene pena de la vida el que pronuncie mi nombre ó hable de mí.

—¿Señor, en qué he faltado para que me llameis mal jefe?

—Dávalos, concretaos á obedecer siempre, porque de lo contrario morirán muchos infelices por culpa vuestra. Tomad mi consejo, y nada me preguntéis. Que el cielo os guarde.

—¡Paso al... á esos caballeros!

Gritó el ex-sargento, mientras que Silva y los suyos se precipitaron por el centro de los ligeros, sin desplegar los labios unos ni otros.

Dos horas después vieron una polvareda á gran distancia, mandando en el acto el duque que se emboscaran los suyos entre los árboles que habia á derecha é izquierda del camino, quedando él sólo frente á la tropa que parecia llegar. Poco más tarde distinguió efectivamente caballería, y no tardó en reconocer á Navarro, que iba á la derecha del capitán de los ligeros.

—¿Quién eres?

Le preguntó el general deteniéndose junto á él.

—Me apellidan la *Muerte enmascarada*; tú no sé lo que me llamarás.

—Desde que oí que un guerrero se abría paso por todas partes; que nadie le conocía, y que era en fin, la guadaña que aterraba á los italianos y exterminaba á los franceses, te reconocí por los hechos y te admiré por las proezas. El nombre con que yo te conozco no puedo decirlo, que estoy bien con mi vida, y al que lo pronuncia lo ahorcan.

—Avanza.

Le dijo el duque, y cuando se hubieron separado de los otros, le preguntó:

—¿Cómo queda el litoral?

—En poder nuestro é incomunicado por mar el ejército francés. A los dos mil peones que llevaba uní seis mil más entre toscanos, alemanes y suizos, que, mezclados con los españoles, imposibilitarán el desembarque de tropas francesas.

—¿Y los jefes?

—Encontré varios de ellos que se refugiaron en los puertos, y deseando volver á ingresar en nuestras filas, les he dado plaza y se portarán bien.

—¿Los conocías ya?

—A algunos; de otros he tomado informes, y hasta asegurarme no admití á nadie.

—¿Te siguen los trescientos ligeros?

—Sí.

—Te he dicho y repito que no dejes á la disposicion de Dávalos fuerza alguna.

—Ya lo sé; pero es mi protegido, me rogó varias veces que le permitiera ir de descubierta, y accedí, no sé por qué.

—Manda inmediatamente á su capitan y que regrese junto á tí.

—¿Qué ha hecho?

—Me desconoció; quiso atacarme, y á la vez dispuso tan mal una evolucion, que comprometia las vidas de los cien ligeros que le obedecen.

—¡Maldito Dávalos! Esta noche me uniré á él y no volverá á separarse de mi lado. ¿Dónde vas tú?

—A Toscana, luego á Módena, después á Parma y seguidamente á Milan.

—Hé aquí mi itinerario.

—Es inútil; con esos trescientos ligeros puedes atravesar el Piamonte y la Lombardía, seguro de que si hallais alguna columna francesa huirán de vosotros, como hacían conmigo y con las de Pescara.

—Me consta que el ducado de Toscana cumplirá tus deseos.

—Es igual; porque de no hacerlo de un modo lo verificaria de otro.

—Aseguran que Pavía se rendirá por falta de víveres.

—Diles que se han equivocado. Desde que llegó Mendoza desapareció la peste, y en cuanto Osorio se acercó á la plaza tuvo Leiva dinero y lo que necesitaba.

—¿Regresarás pronto?

—Creo que sí. Reuníos vosotros en Milan, y esperadme allí si llegáis ántes.

—¿Vienes solo?

—No; mira á derecha é izquierda, y entre esos árboles distinguirás á mis caballeros y criados.

Padre é hijo se despidieron; el primero continuó hácia delante; y el duque, unido otra vez á los suyos, se encaminó á Toscana, donde entró al siguiente dia. Encerrados en el palacio de Florencia el generalísimo y el jefe supremo del estado, pasaron algunas horas hablando, concluyendo por formalizar un convenio favorable al emperador.

Después se despidieron, marchando Alberto á Módena, donde realizó un tratado igual, dirigiéndose seguidamente á Parma. Este ducado lo gobernaba un sobrino del César, el cual se ofreció á Silva para todo cuanto quisiera. Las tropas de Francisco I que sitiaron á Pavía llegaban cási á la raya de Parma, y con asombro del gran duque, sólo le pidió el generalísimo que reuniera sus huestes, sin intentar otra cosa que contener la retirada de los franceses, en el caso de que éstos huyeran por aquel lado.

—Me basta con eso,—le decia Silva;—aun cuando dispongo de pocos soldados, tengo los suficientes para vencer al ejército enemigo.

—Parece increíble, general,—exclamaba el duque;—si triunfais será por vuestro heroismo.

—Lograré mi intento, y sea por lo que quiera.

Alberto descansó dos dias con todos los suyos en la capital de Parma, siendo luégo acompañado por el duque hasta la raya del Milanesado; allí se despidieron, dirigiéndose el uno á Milan, y disponiendo el otro la reunion de su pequeño ejército en Broni, ciudad fronteriza y la más cerca de su reino á Pavía.

El generalísimo anduvo dos dias, dando al tercero vista al campo sitiador. Con sus noventa y cuatro caballeros y criados

reconoció el cerco, distinguió las torres de Pavía, y asomando una sonrisa siniestra á sus labios marchó de allí, sin trabar combate por no haber podido darle alcance ninguna de las columnas que mandaron en su persecucion. La noche se interpuso entre franceses y españoles, deteniéndose el duque á seis leguas de Pavía, en un pueblo pequeño, en el que descansaron ocho horas. A la mañana siguiente emprendió de nuevo su marcha, llegando á Milan á la madrugada del inmediato.

En un mes habia andado más de ochocientas leguas; derrotó cuantas columnas contrarias se le presentaron, logrando por último conocer el país, al enemigo, y la certidumbre de que ántes ó después conseguiria vencer á su poderoso contrario.

Ya en Milan, salieron á su encuentro Mendoza y Osorio, llevándole al palacio que le tenían dispuesto.

—Dadme, —les dijo el héroe, —comida y cama; que hagan lo mismo con los que me han acompañado, y nome habéis de nada hasta que descanse.

Poco después se sentó á la mesa y no tardó en acostarse, encontrando por fin quietud, sosiego y seguridad. En su anterior correría, durmió muchas veces sentado, otras á caballo y en pocas ocasiones en cama; la ligera armadura que llevaba parecia pegada á su cuerpo; sus carnes estaban en parte encallecidas, y aún cuando la materia adquirió suma fortaleza, se acercaba el dia en que hubiera enfermado de continuar así. Descansó ocho horas sin el más ligero intervalo; después, y no obstante hallarse ya en invierno, se bañó en agua templada, haciéndose cubrir con traje de seda que le prestaba una comodidad de que careció mucho tiempo.

Navarro, Pescara, Osorio y Mendoza le esperaban en el salon principal, donde estrechó nuevamente á los dos últimos y con afecto á los primeros, sentándose después los cinco.

—Como yo habia dado por hecho, —exclamó, —nos hemos podido reunir todos en la capital del Milanesado, que abandonaron nuestros enemigos por temor á una epidemia que al veros se asustó, huyendo de aquí. Ahora conviene que sepa-

mos cómo ha llenado cada cual su mision, y puesto que la de Osorio fué la de más interés y exposicion, que dé principio á su relato.

—Llegué á Milan, después de sostener vários encuentros, cuya historia pertenece á Mendoza, é inmediatamente me acompañé de un tirolés que me vendió trajes iguales al suyo, y pasando por criado me metí entre los franceses, llevándoles vino y licores. El tirolés se ejercitaba en eso; era amigo de los cantineros contrarios; yo tambien lo fuí, y una noche oscura, nublada y tempestuosa en que llovía á mares, silbaba el huracan y no podian distinguirme á tres pasos, salí de una cantina; en vez de dirigirme á la izquierda torcí á la derecha, y á la media hora me hallé al pié de la primera zanja. Grité mucho, nádie me oia; llamé cobardes á los centinelas, y después de vencer inconvenientes que no hay para qué citar, penetré, quedando preso en un cuerpo de guardia. Allí pasé el resto de la noche, sin que los soldados de Pavía hicieran caso de mis ruegos ni de mis amenazas. Las nubes se disiparon, amaneció, el sol comenzaba á dorar la tierra, llegando á mis oidos algo más tarde los gritos de un pueblo apoyado por soldados mercenarios, pidiendo unos su sueldo, otros pan, y aturdiendo el espacio con improperios que de rechazo iban al valiente gobernador de la plaza. Al escuchar esto, acabó mi paciencia; caí de pronto sobre el soldado que pusieron á la puerta de mi prision, lo desarmé, y cogiendo su pica corrí á la plaza, donde estaba el pueblo reunido, y penetré dando vivas al emperador y al valiente Leiva. —Miserables, les grité, —mañana se pagará al soldado; luégo se abastecerá la plaza. ¡Si amais á vuestra patria, recordad á Numancia y preferid la muerte al trunfo de nuestros tiranos! Dos quisieron contradecirme y los derribé con mi pica; vinieron más, y ya iba á lanzarme sobre ellos, cuando apareció Leiva al frente de doscientos soldados y huyeron espantados, dejándome solo en la plaza, con los dos que herí momentos ántes. El gobernador se acercó á mí, preguntándome: —¿Quién ha derribado á esos

hombres?—Yo.—¿Qué te han hecho?—Amotinarse contra el gobernador, dar voces subversivas y contradecir la reprension que les dí.—¿Me conoces?—No.—Soy Antonio de Leiva.—Y yo el maestre Alvaro de Osorio, mi valiente amigo. Hé aquí mi mano, y préparaos á recibir veinte mil ducados en oro, que os manda el duque del Imperio. El gobernador me miró con ojos espantados; vaciló, y separándome de sus soldados me dijo muy quedo:—Tu traje te desmiente.—Es un disfraz.—Tu color y aspecto, dicen que me engañas.—Es una máscara.—Si lo que expresas es cierto, te deberé la vida; si me ocultas la verdad, que Dios te perdone el daño que me estás haciendo.—¿Habeis oido hablar del duque del Imperio?—Sí.—¿Y de los maestros de campo Lara, Mendoza y Osorio?—Tambien.—¿Os contaron de lo que son capaces?—Todo, todo lo sé.—¿Y quién sino uno de ellos hubiera atravesado el campamento francés, entrado en Pavía y acometido á dos mil amotinados?—Cierto; sólo uno de esos héroes era digno de hecho tan admirable.—Pues sólo vos dudais de lo que afirma Alvaro de Osorio.—Perdonad, amigo mio; he ahí mi mano y mi cariño. ¿Es cierto que me traeis veinte mil ducados?—Encima los llevo, y en verdad que me molesta su peso.—¡Gracias, Dios mio; se salvó por ahora Pavía, y aún podré defenderla contra esos perros, que quieren arrancármela!—Y lo que no lograrán; hoy os daré oro, después víveres, y últimamente cuanto os haga falta. Quince ó veinte dias más tarde, llegará el duque y levantará el cerco.—Dicen que es un héroe.—Dicen bien, pero dicen poco. ¿Vamos á vuestro palacio?—Sí, mas dejadme ántes que dé algunas órdenes.—Y volviéndose á los suyos, dijo á uno de ellos:—Capitan, S. M. el emperador me manda oro para que os pague, y la orden de ahorcar al que dude en defender á Pavía. A las doce cobrareis cuanto se os debe; corred la voz y no falteis ninguno. Retiraos todos. Luego se cogió á mi brazo y me llevó á su habitacion, colmándome de elogios, que yo le devolví, haciendo justicia á su valor y entereza. Entónces me desnudé á su presencia, y fui dán-

dole un cinto tras otro hasta entregarle la cota de oro que vos me encargásteis. Bañado su rostro en lágrimas exclamaba, cogiendo los escudos:—Con esto pagaré á mis hijos; les infundiré valor, y Pavía será de Cárlos I ó acabará como Numancia. Pasé el dia con él; me dió nota de los víveres y pertrechos que empezaban á escasear, y quedamos en que á la octava noche de aquella en que estábamos, caerian los puentes á mi voz y yo le llevaria cuanto necesitaba. Al pronto se resistió, pero le obligué á que aceptara, y una hora después nos abrazamos al pié del muro con fraternal cariño; él se volvió á la plaza llorando, y yo me dirigí al campamento riendo. Su alma noble y generosa es tan fuerte como sensible al agradecimiento. Leiva no es un héroe, pero sí el capitán más leal y bizarro que conozco. Con algunas dificultades me acerqué á la cantina, donde me esperaba el tirolés; montamos en nuestros cuadrúpedos y nos dirigimos á Milan. Dejé mucho oro, pero me traje en cambio la resistencia de Pavía en dos pergaminos: en el uno expuso el gobernador los víveres y municiones que empezaban á escasear, y en el otro marqué yo el punto por donde mis ligeros podian atravesar el campamento enemigo, el cual reconocí con mi tirolés cuantas veces lo juzgué necesario. En los siete dias que siguieron se llenaron doscientos sacos con pólvora, harina, víveres de todas clases y lo que me habia pedido, por último, el valiente gobernador. Se aproximó el momento, montamos á caballo, cada ligero cogió un saco á la grupa, y después de bien sujeto, empuñó la lanza, dirigiéndonos de noche al campamento. Nos acercamos á las tres; de pronto picamos, y por el único sitio que era posible atravesar, corrimos hácia la muralla, introduciendo el espanto y la confusion entre los contrarios. La entrada fué buena; nos opusieron algunas dificultades, vários estorbos que destruíamos con las puntas de nuestras lanzas y llegamos por fin á la plaza, donde vimos al valiente Leiva, que nos esperaba sobre el puente, acompañado de quinientos hombres. Cada uno de mis ligeros arrojó su saco, que cogian los soldados sitiados, estreché la

mano al gobernador, y sin perder en esta operacion más que algunos minutos, desaparecimos, volviendo por los mismos pasos. La salida era bastante difícil; nos dispararon muchos tiros; tuvimos que acometer á una masa de caballería; luego á los peones, y dando y recibiendo, salimos de allí, dejando cuatro ligeros, trayendo cincuenta arañazos y el grato recuerdo de haber derribado muchos franceses.

—¿Cuántos serían?—le preguntó Navarro.

—Mi general, no pudimos contarlos; que el lance, la situacion y la hora no nos permitian detenernos mucho tiempo. Mendoza dice que dió sobre veinte botes; yo me acercaria á ese número; un ligero con otro saldrian á ocho ó diez; sumad ahora, y tendreis la aproximacion.

—¡Y sólo perdisteis cuatro hombres!

—No os extrañe; la maniobra se dispuso á lo Alberto; conocia yo el terreno por dedos, los sorprendimos, el espanto y confusion se extendieron por el campamento, y como la operacion fué tan rápida y la noche oscura como pocas, sus balas no llegaban á nosotros y el aturdimiento les sirvió de rémora.

—Muy rápida; apénas os dejó tiempo para otra cosa que para dar cerca de dos mil lanzadas.

—En cambio huimos, que no era poco lograr de nosotros, y caminamos hácia Milan regando el suelo lombardo con nuestra sangre española. Nos amaneció diez minutos después de haber abandonado el campamento; era lo que deseaba el enemigo, al cual debieron desagradarle nuestras caricias, toda vez que venía persiguiéndonos y casi picándonos la retaguardia. De este modo llegamos á un bosque, por el que habreis pasado ayer, señor duque; allí, y esconditos entre los árboles, nos aguardaban el capitán que nos sirvió de guia, trescientos caballos, ciento diez y siete arcabuceros y cerca de mil peones, que formaban el total de las partidas que encontramos desde Coni á Milan. De pronto oimos un silbido, luego otro, en cuyo instante nos paramos; el atleta y yo, que íbamos delante, volvimos atrás, atravesando por medio de nues-

tros ligeros, dimos la voz de *frente á retaguardia*, y un minuto después cumplimos el deseo de los franceses, que corrian llamándonos cobardes é invitándonos á que les esperásemos. Lo malo fué que al chocar sus lanzas con las nuestras se oyó una descarga por el flanco derecho, otra por el izquierdo y se hallaron acometidos á la vez por ámbos lados, el frente y retaguardia. Eran los perseguidores mil jinetes; de las balas de nuestros mosqueteros no se perdió una; los peones clavaron sus picas, los lanceros sus lanzas, y la verdad es que á las voces de *¡traicion, traicion!* comenzaron á desbandarse, pesándoles mucho el que hubiéramos accedido al deseo de aguardarles. El plan estaba combinado á lo Alberto; nuestra tropa perfectamente colocada, y como el terreno elegido era tan malo para la caballería, no sólo por lo escabroso, si que tambien por los estorbos que les oponian los árboles, el caso es que, con harto sentimiento nuestro, sólo escaparon la mitad.

—¡Torpes!—exclamó Navarro, —en un caso así se sigue adelante, atravesando por medio del enemigo que da frente.

—Mi general, eso se hace cuando se puede, no cuando se quiere; el primer inconveniente que se les presentaba era mi querido *Goliath*, el cual, aunque herido en el brazo izquierdo, movia el derecho con suma ligereza; el segundo era yo que, gracias á Dios, no estaba manco; detrás teniamos todos los soldados que nos acompañaron en Monteagudo; éstos formaban un castillo imposible de derribar, Don Pedro, y más detrás aún se hallaban los restantes ligeros, adiestrados en Fuenterrabía, Pau, Lombez etc., etc. Sólo concedo al héroe el privilegio de atravesar por entre gente como aquella; otro alguno, difícilmente lo habría conseguido.

—Deduzco de vuestro relato,—dijo Silva,—que dejásteis completamente abandonada la ciudad de Milan.

—Sí, señor; pero nos reservamos el derecho de reconquistarla inmediatamente, si el enemigo osaba apoderarse de ella en el poco tiempo que faltamos.

—Continuad.

—Poco queda. La mitad de los franceses huyeron, en cuyo instante recogimos nuestros veintidos heridos, dejando á ellos el encargo de hacer lo mismo con los suyos. No era prudente detenerse allí un segundo más, y con mucho sentimiento abandonamos á los que demandaban nuestro auxilio. A paso de carga salimos del bosque; ya en el llano, formamos nuestro diminuto ejército y comenzamos de nuevo á caminar, previendo un ataque por la espalda, á cuyo fin nos quedamos Mendoza y yo á retaguardia con todos los ligeros. Puestos delante los peones y arcabuceros, se dió la orden de seguir á escape y pronto llegamos á Milan, sabiendo después que venían en seguimiento nuestro dos mil quinientos caballos, que no llegamos á ver. Ahí concluye mi relato; lo demás corresponde á Mendoza.

Calló Osorio; todos elogiaron su conducta, valor y atrevimiento, exclamando por fin el duque:

—¿Qué hicisteis vos, Don Luis?

—En cumplimiento de vuestras órdenes, mandé al capitán que me refriese aquella historia dos ó tres veces, y luego fuimos de pueblo en pueblo, matando franceses por todo el Este del Piamonte, y obligando á las partidas de españoles que encontramos á que nos siguieran. Suprimo tanto encuentro parcial, el cúmulo de lanzadas que se dieron y las sorpresas que realizamos, porque de describirlas os molestaría mi relato, en vista de su extension; me basta aseguraros que quedó muy bien vengada la traicion que llevaron á cabo con el generalísimo, y la miserable oferta luego de los títulos de almirante y general con que intentaban favorecernos. Como todo lo hacíamos á escape y sin detenernos otro tiempo que el indispensable, llegamos al décimo día á Milan, habiendo incorporado á nuestras filas el número de soldados que ha dicho Osorio; eran pocos, pero buenos, muy buenos; ninguno quiso entregarse á los franceses, ni huir del paraje en que su enemigo se creía victorioso. Al principio nos miraban con un poco de recelo, pero cuando hubieron de reconocernos se entusiasmaron con

nosotros, y aplaudian á sus nuevos jefes con patriotismo digno de sus fuertes corazones. Milan se encontraba desierto; la peste consumia á sus moradores; fué abandonado de los más, y hasta los franceses huyeron de allí, dejando en los almacenes armas y municiones, que fuimos poco á poco aprovechando. La ciudad presentaba un cuadro horrible; Alvaro y yo la reconocimos, y en verdad que muchas veces nos estremecieron el espanto y desolacion que presenciábamos. Las calles estaban llenas de cadáveres; de las casas salia una fetidez irresistible, y por todas partes se veia la muerte con sus más negros colores. Como esto no era una razon para que dejásemos de obedecerlos, convinimos Alvaro y yo en que él se encargaria desde aquel instante de buscarse los medios de penetrar en Pavía, y yo de limpiar la capital del Milanesado y tomar posesion de ella. Mis soldados, que no temian á los franceses ni á los italianos, se sintieron débiles frente á la epidemia; por eso les hice acampar fuera de la ciudad, y dando yo el ejemplo, comenzamos á sacar cadáveres y á quemarlos á un cuarto de legua. Durante esta operacion no hubo gerarquía social ni preeminencia alguna; el maestre de campo Don Luis de Mendoza veia que sus subordinados rehusaban conducir los cadáveres en las parihuelas, y se los quitaba, los ponía sobre sus hombros y los llevaba así al quemadero.

—Bien, muy bien,—dijo el héroe, estrechando al gigante.

—Tal ejemplo produjo sus naturales consecuencias, prestó ánimo á la tropa, estimuló al paisano, y al segundo día el maestre era seguido de capitanes, alféreces, soldados, milaneses, y hasta de los sacerdotes, los cuales unos ayudaban y otros más ancianos predicaban la caridad, elevando á la vez su voz al cielo, en demanda de misericordia para los que con tanta abnegacion socorrian á sus hermanos enfermos y se ocupaban de los difuntos. Al tercer día el miedo habia desaparecido por completo, y mis valientes conducian y quemaban cantando. Desde el amanecer hasta el ocaso nos empleábamos en esa operacion; por la noche se hacían hogueras en las calles

y aún en las casas, se visitaba á los enfermos, y hasta las doce no cesábamos de trabajar. Sacamos de Milan dos mil cadáveres próximamente. Al sexto día comenzó á disminuir la mortandad de un modo notable; me traje atados á los médicos y boticarios que hallé en los pueblos circunvecinos, y al octavo levanté el campamento y nos instalamos en la ciudad, en la cual reinaba ya la higiene, el aseo y curiosidad que yo aprendí de Silva en la capital de Murcia. La Providencia, que premia en este mundo y en el otro, hizo que sólo hubiera en mis filas once casos, y de estos cuatro muertos únicamente. El mal fué poco á poco extinguiéndose; y al terminar teníamos tantos partidarios en Milan como seres existían. Los paisanos nos aclamaban por la calle; los sacerdotes se ocupaban de nosotros hasta en el púlpito, y más que conquistadores nos apellidaban *caridad*. Luégo hice reparar los muros y fuertes; establecí cuerpos de guardia y la misma vigilancia que si estuviéramos sitiados; ayudé á Osorio en su envío de municiones, víveres y excursion, y más tarde mandé partidas á los pueblos en que no había franceses, trayéndome cuantas provisiones hallaron, para esperar de este modo vuestra llegada; mas el Milanésado fué recorrido por el enemigo, lo han arrasado todo, y la verdad es que no hallo medio de permanecer mucho tiempo sin exponerse á sufrir las consecuencias del hambre. Faltando ya para los pocos que éramos, deducid, señor duque, lo que acontecerá con vuestra llegada, la de Navarro y las de las muchas partidas que hace tres días están entrando, procedentes del ejército del señor marqués.

—¿Y el enemigo cómo anda, respecto de víveres y municiones?

—Segun cuentan, presenta atestados sus almacenes; y debe ser cierto, toda vez que aniquilaron el país.

—Entónces no morirá de hambre ninguno de nuestros soldados.

—Tampoco hay un ducado.

—De esos trajo muchos de Francia S. M. el rey Fran-

cisco I. Osorio, ¿cuántos dias podrá resistir aún la ciudad sitiada?

—En mi concepto, más de quince.

—Tenemos lo suficiente.

—La noche ántes de presentarme yo por primera vez,—añadió Don Alvaro,—reunió el valiente Leiva á los jefes de la guarnicion. Os he llamado, les dijo, para que, en vista del estado de Pavía y del abandono en que nos han dejado, exponga cada uno su opinion sobre lo que debemos hacer en tan críticos instantes. No os olvideis de S. M. el César, pensad en lo que somos y á lo que hemos venido, y con lealtad y franqueza id hablando. Todos sin excepcion alguna optaron por la capitulacion. El gobernador les oyó con su calma habitual, contestándoles luégo: Habeis manifestado vuestro parecer, y justo es que yo emita el mio; oidlo bien: pienso, y lo llevaré á cabo sin compasion, ahorcar en el acto al que vuelva á hablar, jefe ó soldado, de rendirse una plaza que el emperador Carlos I encargó á mi cuidado. Recordad á menudo á Numancia y á Sagunto, y no perdais de vista un solo instante la figura del verdugo, el cual habitará desde hoy en mi palacio. Buena noche.—Un hombre que hace esto cuando carecia de recursos, ahora que tiene algunos, y que sabe vuestra llegada, resistirá lo que pueda; de consiguiente, añadid á los quince dias que indiqué ántes, por lo ménos otros tantos.

—Muy bien,—replicó Alberto.—Ahora, marqués, os toca á vos.

—Yo, señor duque, me corrí hácia el Oeste del Piamonte, dividí mi ejército en pequeñas columnas, destruí cuantas partidas francesas hallé, y tomando veintidos fuertes, vine á Milan, sin haber perdido en combate más que doscientos hombres. Dejé sí mucha gente y á cási todos los jefes guarneciendo los puntos cogidos al enemigo, y entre suizos, italianos y flamencos se me han ido cerca de cinco mil por falta de pagas, y seducidos por el mayor sueldo y regularidad en el cobro que les ofrece Francisco I. En consecuencia, sólo han

llegado conmigo ocho mil hombres; mas debo advertiros que son los mejores de cuantos he mandado hasta ahora.

—No importa; me consta que durante vuestra penosa y difícil excursion obrásteis con acierto y heroismo dignos del mayor elogio; sé que aterrásteis á los franceses, y los que no huían ante vos, tuvieron que sucumbir. Habeis peleado muchas veces contra doble y triple fuerza, y siempre vencedor, arrollásteis á los contrarios, introduciendo el pánico entre ellos de un modo que producirá en su dia felices resultados. La modestia con que relatásteis vuestros hechos, merecia la ingénua aclaracion que acabais de oir. Sepamos ahora cuantos ligeros perdió el general Navarro desde el dia en que nos vimos por última vez hasta el que entró en Milan.

—Ninguno. Yo seguí por el centro, á cuyos costados pasaron el marqués y los maestros; por lo tanto sólo encontraba dispersos, gente que huía, é italianos que alzaban su puñal, acechando la ocasion de que un español se quedase retrasado para hundírselo en el pecho. Enterado de esta costumbre en los naturales del país, nos juntamos mucho, y de este modo seguimos adelante. Nádie intentó estorbarnos el paso, pero sí pretendieron asesinarlos cinco veces, por creernos dormidos y suponer que lo lograrían impunemente. Eran tantos y estaban tan ligados á los franceses, los cuales los dirigian, que me pusieron en el duro trance de incendiar los cinco pueblos en que se refugiaban aquellos señores. Esto nos facilitaba por otra parte el despachar pronto, y el que tan saludable ejemplo surtiera sus consecuencias naturales. Así es que en las restantes poblaciones salieron á recibirnos las autoridades con repique de campanas y colgaduras. Agradecido yo á tan nobles demostraciones, sólo les pedia los caballos que necesitaba reemplazar, comidas, camas blandas para mis ligeros y una pequeña contribucion, que se apresuraban á entregarme, en vista de mis buenos modos y del calor con que trataba á los que no me querian bien. De esta manera llegué á Milan sin incidente alguno desagradable.

—Callas,—le dijo el generalísimo,—tu desafío con un coronel francés que, hecho prisionero por tí, te insultó, al cual segaste la cabeza de una cuchillada, sin que lograra él tocarte. Y á imitacion del marqués, ocultas acciones heroicas, siendo la primera vez de tu vida que estuviste modesto, y en verdad que lo aplaudo.

—Tú, hijo mio, todo lo sabes.

—Era la *Muerte enmascarada*, segun me apellidaron los italianos y franceses, y la muerte debia hallarse do quier. Me encuentro satisfecho de vosotros; mi plan sigue adelante, y no tardará Francisco I en saber que la union de Pescara y Silva ha de alterar considerablemente sus proyectos sobre Italia. Hasta ahora se ha reido de vuestras hazañas; como no llegó á sus manos parte alguno que le presentase una fuerza enemiga de más de dos mil hombres, ha creido que debia despreciarnos, y es posible que le cueste muy caro su error. Los soldados que están fuera del sitio de Pavía no se atreven á moverse ni aún á sacar la cabeza á la parte afuera de la muralla, por temor sin duda de encontrarse con los españoles; y entre los que componen el cerco, corre ya la noticia de que sus compañeros del interior perecen á cientos; que el enemigo les acosa por todas partes, y que no se puede, en fin, dar un paso en Italia sin ver una pica, lanza ó espada española. Prescindo de la mucha gente que hemos dejado fuera de combate, del terror introducidos entre italianos y franceses, y concretándome sólo á la influencia moral, son incalculables los efectos que ha de producir en pro de nuestra causa. No está léjos el dia en que nos hallemos frente á nuestro poderoso rival, y entónces comprendereis los beneficios que han de reportarnos las sorpresas y encuentros habidos hasta aquí.

—Lo malo es,—dijo Pescara,—la poca gente que tenemos, y la falta de oro y recursos de que nos acaba de hablar Mendoza.

—Mañana nos ocuparemos de eso. Comamos, descansenos hoy, y en el próximo dia comenzaré á trabajar de nuevo.

Así lo hicieron, empleando la tarde y parte de la noche en hablar de cosas indiferentes. A las doce todos dormían, reinando en Milan un sosiego y tranquilidad que muy pronto debían alterar la escasez de alimentos y la falta de dinero.

No tardaremos en saber si al genio del héroe le es dado ó no conjurar estas nuevas calamidades.

CAPITULO XXII.

Desaliento.—Sublevacion.—A Crema.

A la mañana siguiente se levantó el héroe y volvió á reunirse con los generales Pescara, Navarro y los tres maestros.

—Señores,—les dijo,—ya hemos descansado de las fatigas de viaje tan largo y penoso, y podemos dedicarnos con incansable celo á disponer un acontecimiento que será el último en que tomaremos parte en Italia. Lo tenemos ya bien preparado, y si nada viene á entorpecer su marcha natural, pronto llenaremos de asombro al mundo y de terror y espanto á la Francia. No me preguntéis, porque no debo deciros más. Vos, marqués, acompañado de Navarro y Mendoza, os dedicais desde este momento á revistar las tropas que tenemos, y á hacerlas maniobrar como en Tolosa, procurando no pasar el límite de vuestras avanzadas, para que el enemigo no se aperciba del número de hombres de que disponemos. Ocupad el día

y la noche en el campo y haced trabajar mucho al soldado, porque sólo contais con una semana para esos ensayos, tan útiles é imprescindibles, si ha de realizarse mi plan segun lo he concebido. No os cuideis para nada de Osorio ni de mí; nosotros, seguidos de mis noventa y cuatro caballeros, los cuales se han adiestrado tanto como yo deseaba, recorreremos el Milanesado, viniendo á dormir unas noches, pasando otras á la intemperie y comiendo donde haya y nos den.

—No te acerques á Pavía,—le dijo Navarro,—que no llegais á ciento, y allí existen cuarenta mil hombres que os pueden copar fácilmente.

—Antes al contrario, reconoceré várias veces el cerco, aproximándome á ellos cuanto pueda.

—Mal hecho.

—Tú ignoras, por lo visto, que los individuos de mi escolta, aun cuándo pertenecen á las familias más distinguidas del imperio, son ya los noventa y cuatro caballeros más aguerridos que hay en Italia; el valor que acaban de demostrarme excedió á mis deseos; sobre el caballo parecen árabes en lo hábiles, diestros y ligeros; en la mesa me imitan en sobriedad; duermen en el campo y sobre una tabla; corren cuanto yo les mando, y siempre atentos á mi voz obedecen frente al enemigo como no es posible encarecer. Flacos y estenuados en apariencia, son de hierro sus carnes, de roca sus corazones y sus puños de bronce. Con esa escolta, general Navarro, atravieso el mundo. Los eligió uno por uno el emperador Carlos I, y es hasta ahora el mejor regalo que me ha hecho.

—¿Valen más que María?

—No; pero ese ángel me lo ha concedido la Providencia. ¡Qué recuerdo traes á mi mente, Navarro! ¡Ni aún me es dado dirigirle un escrito!

—Porque tú no quieres.

—He cortado toda comunicacion con España, y no sabrán nada de mí hasta el día... Hasta que Dios quiera. Almorzad vosotros, que yo lo haré fuera de Milan.

Y se puso en pié, deteniéndole Mendoza con la siguiente pregunta:

—¿Con qué se paga al ejército?

—Con dinero.

—¿Quién lo tiene?

—No lo sé; buscadlo.

—Ya lo he hecho inútilmente.

—Entonces que esperen ocho ó diez dias.

—Empiezan ya á murmurar.

—Como están ociosos se entretendrán en eso. Ocupadlos dia y noche en el campo, segun hacíamos en Tolosa, y cerrareis sus labios.

—Lo peor es que no hay víveres en los almacenes; en Milan escasean mucho, y no está lejano el dia en que se carezca de todo.

—Cuando no haya que comer se invoca á la patria, se sufre y se calla.

—Os advierto de antemano, señor duque, que tal estado de cosas puede producir un conflicto.

—Si llegara ese caso ya lo conjuraremos; pero ántes torturad vuestro entendimiento, buscando donde haya, que si yo encuentro algun convoy os lo traeré inmediatamente.

Silva y Osorio estrecharon á los tres que quedaban, y puestos al frente de la escolta del primero, se dirigieron á Parma, á cuyo ducado llegaron dos dias después. El generalísimo encontró en la frontera á todo el ejército parmesano con el gran duque á la cabeza, el cual obedecía ciegamente las instrucciones del héroe. Sólo disponia de cuatro mil hombres, pero eran buenas tropas, su rey muy valiente, y comprendiendo Silva que por allí tenía sitiados á los franceses, pasó unas cuantas horas con tan diminuto soberano, regresando otra vez al Milanésado. Seguidamente marchó al cerco de Pavía, estudiando las posiciones, fuertes, trincheras y parapetos mandados construir por Francisco I. Cuando llegó Alberto cañoneaban la plaza, ésta contestaba bien, y entretenidos los enemigos

con el ataque, le permitieron que se aproximase bastante y que examinara lo que necesitó; pero es el caso que hubo de reconocer una descubierta á la partida de la *Muerte enmascarada*, que era el nombre con que calificaban los italianos y franceses á Alberto y á los suyos; se lo participaron á su rey, y éste les mandó ochocientos jinetes, con orden de perseguirlos hasta dar fin de ellos. Eran las seis de la tarde cuando el héroe distinguió la fuerza enemiga que se le venía encima.

—¡A escape!—gritó,—que somos pocos para tanta gente, y ni los caballos ni nosotros hemos tomado hoy alimento.

Así era efectivamente; mas los potros tenían buena sangre, los jinetes no conocían rivales, y pronto se adelantaron lo suficiente á perder de vista á sus contrarios.

—¡Alto!

Exclamó Silva, pensando dar descanso á los fatigados corceles; pero á los cinco minutos tornó á gritar:

—A escape otra vez; que esos señores adivinaron el estado de nuestros cuadrúpedos, y creen ya conseguido su intento.

Corrieron de nuevo, y notando que anochecía, se metieron por una vereda estrecha sin saber adonde iban á parar, mas logrando de este modo el que la fuerza contraria no pudiera perseguirlos con la misma facilidad que ántes. Media hora después era completamente de noche y no tardaron en hallar una aldea en la que les facilitaron, con trabajo, cuadra y pienso para los caballos, cena para ellos y camas. El generalísimo apostó gente fuera del pueblo, y cuando hubo tomado todas las medidas de precaucion que la prudencia aconsejaba, se sentó á la mesa, durmiendo luego él y la mayor parte de los suyos cuatro horas. Seguidamente relevaron á los apostados, en cuyo instante cenaron éstos, buscando el reposo; pero á las dos horas les avisaron que los enemigos se acercaban, y tuvieron que volver á montar á caballo, escapando en direccion de Lodi. Por una parte del pueblo salían los unos, y por la otra penetraban los franceses; mas los caballos de Alberto habían descansado cerca de siete horas, iban bien alimentados, aún

no era de día y les fué fácil perderse entre las sombras de la madrugada. No obstante lo cual avanzaron sin descanso hasta que estuvieron lejos de Lodi, pues en dicha villa existia guarnicion francesa y no les fué posible detenerse. Como á las once de la mañana llegaron á otro pueblo pequeño, donde juzgó Silva conveniente dar nuevo descanso á sus caballos y gente. En todo el dia distinguieron á la caballería enemiga, pero no le ofrecia confianza el país, y tambien en esta villa dejó centinelas que mandaba relevar cada hora. Almorzaron ellos, cambiaron vários caballos, dieron dos piensos á los restantes, y cuando ya estaban montados aguardando el regreso de los centinelas, llegaron éstos á escape tendido, gritando:

—¡El enemigo! Los hemos visto bien y son los mismos que salieron del cerco de Pavía.

—¡Malditos, y con qué empeño lo han tomado!—dijo Silva;—pero ellos no han podido dormir en toda la noche ni probablemente en lo que va de día, y siendo así pronto les ganaremos terreno. ¡A escape!

Y poniéndose delante, corrieron dos horas seguidas por senderos y veredas extraviadas, cuyo tiempo les bastó para alejarse de los franceses más de una legua. Alberto habia dicho la verdad; los suyos descansaron dos veces, miéntras los otros tenían que pararse á cada momento para indagar la ruta que llevaba su enemigo; rodearon mucho, y no les fué posible dormir ni hacer otra cosa que dar piensos y tomar ellos el alimento indispensable.

—¡Al trote!—exclamó el duque, y dirigiéndose á Osorio, añadió:—Bien se están vengando los franceses de lo que les hicimos correr delante.

—Verdad es; y por cierto que sin los jinetes que llevamos y la clase de caballos, mal hubiéramos librado.

—Todavía no es tarde.

—¿Por qué decís eso? Si nos inclinamos hácia Milan, no es probable que los volvamos á ver.

—¡A Milan! ¿Y qué camino nos conduce allí?

—No lo sé. ¿Ignorais dónde nos hallamos?

—Sí; sólo he tenido en cuenta que los franceses nos perdieran, y en verdad que de eso únicamente me he cuidado.

En este momento iban subiendo una cuesta; llegaron á su mayor altura, distinguiendo con placer las torres y palacios de una hermosa villa que tenían delante. Al verla quedaron parados, exclamando el duque:

—¿Qué pueblo será ese? ¡Oh, sí, Crema, bella ciudad de la Lombardía!

—Si no os equivocais,—contestó Don Alvaro,—nos encontramos frente al pueblo en que guardan los franceses sus grandes almacenes de víveres y pertrechos. Es plaza fuerte, y segun mis noticias está bien defendida.

Alberto sacó un mapa y lo estudió, añadiendo luégo:

—Es Crema.

En el mismo instante oyeron una detonacion y el silbido de la bala que pasó por encima de ellos.

—Si os quedaba alguna duda, maestro, ahí teneis la prueba de que no me he equivocado.

—Ya lo veo; nos mandaron una arroba de hierro que para nada nos sirve. ¡Otra! Duque, apuntan bien y tiran á dar; pasó á dos varas de nuestras cabezas.

Un segundo más tarde gritaron vários caballeros:

—La caballería enemiga por el costado del Este.

—Pues á escape hácia el Oeste.

Y picaron sus caballos, volviendo á correr de nuevo. La plaza seguia haciéndoles fuego, y áun cuando sus balas se aproximaban, ninguna llegó á nuestros noventa y seis guerreros.

Poco después dejaron de oir el estampido del cañon, perdiendo de vista á la fuerza que les perseguía. Corrieron dos horas más inclinándose hácia el Norte, tornando á gritar el héroe:

—Al paso; que áun cuando nos sigan aún, debemos haberles tomado mucha delantera, caminamos por despoblado, se-

guimos veredas, el terreno me es conocido y no creo que volvamos á ver á la caballería que salió del cerco.

—Opino lo mismo,—dijo Don Alvaro.

Luégo vadearon un río, gracias á un práctico que hallaron cerca de allí, y completamente tranquilos ya, siguieron al paso, de dos en dos y hablando unos con otros.

—Juzgo, mi querido Osorio,—exclamaba el héroe,—que si Mendoza pudiera asaltar á Crema, dejaria de suspirar por la cuestion de víveres y de dinero.

—Por desgracia, le sobra razon.

—Ya lo sé; pero cuando no hay una cosa ni medios de proporcionársela, es indispensable carecer de ella.

—Pienso, señor duque, que estando Crema más cerca de Milan que de Pavía, debiera ser ese nuestro depósito de víveres y no el de los franceses.

—No entraba en mi plan, pero la idea es buena, y si hay ocasion la aplicaré con gusto.

—¿Sabeis á qué distancia estamos de Milan?

Alberto consultó otra vez su mapa, contestando:

—A cuatro leguas próximamente.

—Cierto; la torre de aquel pueblo que tenemos enfrente me indica que no os habeis equivocado, y os advierto que conozco por dedos el terreno que pisamos ahora.

—En cuyo caso podreis decirme si deberemos ó no fiarnos de los habitantes de esa villa.

—La veleidad italiana convirtió á todos sus hijos en enemigos nuestros; mas en los alrededores de Milan nos respetan por lo que hicimos durante la peste, y no creo que osen atentar contra nosotros.

—Tenemos tiempo sobrado para llegar á la capital; pero me da lástima el estado en que van los caballos, y preferiria pasar la tarde y noche en ese pueblo.

—Opino lo mismo; logrando por otra parte entrar en Milan sin un ducado, toda vez que tendremos escasamente lo bastante para pagar lo que necesitamos.

—Me alegro; y siendo así que no debemos temer la persecucion que nos hacían los ochocientos caballos, descansenmos hasta mañana, que á todos nos hace mucha falta y nos será provechoso.

Media hora después se alojaban en un pueblo pequeño, el cual, participando de la escasez de víveres que existia en todas partes y muy particularmente en los alrededores de Milan, puso en un conflicto á Osorio. El maestre mandó comprar paja y cebada para los caballos y algunos manjares para los noventa y seis guerreros; pero es el caso que los almacenes estaban cerrados, los emisarios los recorrieron uno por uno, y no tardaron en volver sin haber encontrado nada. Comprendiendo Don Alvaro que aunque poco algo quedaria, y no pareciéndole conveniente castigar por más tiempo á sus potros y jinetes con una abstinencia que se iba haciendo crónica, cogió veinte caballeros y fué casa por casa registrando hasta encontrar, si no lo que necesitaba, algo ménos con que mitigar el hambre. Llegaron á las cinco de la tarde, y á las nueve de la noche dieron pienso á los caballos; una hora después comian el generalísimo, el maestre y todos los restantes un trozo de pan de maíz y una racion escasa de habas cocidas. Nuestros valientes, léjos de entregarse á la desesperacion, aplaudian la gravedad y mesura con que el héroe hacía esfuerzos inauditos para tragar los pedazos de un pan que arañaba la lengua y heria su paladar. Tambien el duque y Osorio sonreían, comprendiendo lo que aquellos sinsabores, abstinencia y apuros costarian á los franceses.

Una hora entretuvieron más que en comer en hablar y en burlarse del opulento banquete á que los condenaban los hijos de Francia.

—Muy bien,—exclamó por último el héroe;—ya hemos cenado á lo trapense, y puesto que tenemos buenas camas durmamos á lo duque. Llevamos cinco dias de fatiga, y justo es que descansenmos esta noche cuanto nos pida la materia. Hora de salida las ocho de la mañana.

Y se echaron todos, reposando tranquilamente hasta las seis y media en que se levantaron.

Cerca de las ocho volvieron á montar, dirigiéndose á un trote continuado á Milan. El día estaba nublado; era ya Octubre; se hallaban al Norte de Italia, y el frío se dejaba sentir bastante. Los caballos continuaron, pero tenían la vista apagada y la cabeza caída; los jinetes reían y bromeaban, mas todos, incluso el duque, sufrían las consecuencias del hambre, y bastaba mirar la palidez de sus rostros para comprenderlo así.

De este modo llegaron á las cercanías de Milan, en cuyo instante exclamó Osorio:

—Creo distinguir fuerza armada y en bastante número.

—Sí,—contestó el duque;—serán nuestras tropas que maniobran á las órdenes de Pescara, Navarro y Mendoza.

Diez minutos después presenciaron un cuadro que los conmovió extraordinariamente. Los soldados que salieron de la ciudad con objeto de hacer evoluciones, á la hora de hallarse en el campo empezaron á sentirse sin fuerzas para continuar. En los seis días que faltaba Alberto sólo recibieron tres raciones por individuo, y los infelices se vieron acometidos primero por el hambre y luego por la debilidad, siendo así que se unía la mala calidad á lo insustancial de los alimentos que pudo facilitarles Mendoza.

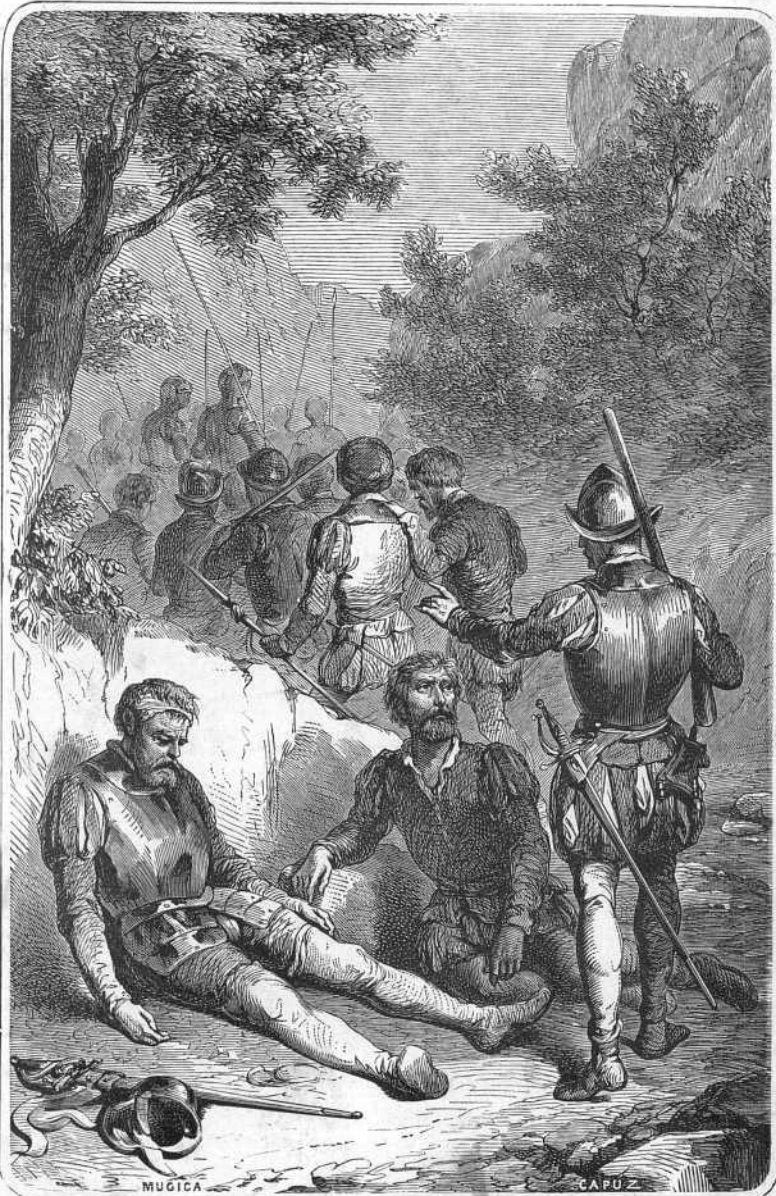
Silva contempló con dolor tendidos á unos en el suelo, otros tiraban el mosquete por no poderlo sostener, y hasta hubo hombre que arrojó la espada, exclamando:

—¡Matadme, compañeros, yo os lo ruego!

No faltaban algunos, que, más fuertes y con un espíritu de bronce, gritaban:

—Arriba, canalla; el soldado español no teme el hambre, la fatiga ni la muerte.

Pescara, Navarro, Mendoza y los restantes jefes y oficiales se habían reunido lejos de la tropa, y en este momento cuestionaban sobre los medios que debían emplearse para conjurar la segunda plaga de que era acometido Milan, cuando



—Arriba, canalla; el soldado español no teme el hambre, la fatiga ni la muerte.



oyeron la carrera de vários caballos, mirando después con alegría al duque del Imperio, que les preguntó:

—¿Qué es esto, señores?

—Hambre, hijo mio, hambre.

Le contestó Navarro, añadiendo Mendoza:

—Señor, son las consecuencias del mal previsto por mí.

—¿No hay en Milan lo suficiente para dar de comer á esos infelices?

—Existe muy poco, cuesta muy caro y no tenemos un escudo.

—Marqués,—gritó el generalísimo,—formad el ejército y llevadlo á la plaza y patios de nuestro palacio; decidles que ántes de cuatro horas comerán cuanto les haga falta; que mañana si ellos quieren será Milan la plaza más abastecida de Italia, y que á todos se les pagará lo que se les debe y algo adelantado. Seguidme, Mendoza.

Y sin dar explicaciones partió el duque en medio de Don Luis y de Osorio, acompañado de sus noventa y cuatro caballeros. Luégo entró en el palacio, y echando pié á tierra, redactó un bando, por el cual se invitaba á los vecinos de Milan á que entregasen la mitad de los alimentos que tuvieran, seguros de obtener por ellos al siguiente dia el doble de lo que valiesen. A la vez ofrecia traer en el término de treinta horas cuantos víveres pudieran necesitarse en un mes por lo ménos; y concluia imponiendo las penas más severas al que dudase de aquellas promesas y se resistiera á mandar lo que se le pedia. Cuando hubo concluido se lo dió á Mendoza, diciéndole:

—Tomad ese bando y que saquen inmediatamente cuantas copias creais necesarias; que las firme luégo el marqués de Pescara, mandando que se fijen en los sitios principales de Milan. Verificado esto, y seguido de Osorio, visitais á las autoridades y al clero, y haciendo uso del nombre del emperador y de vuestra influencia, les rogais que apoyen la idea, comprometiéndoo, bajo vuestra palabra de honor, á que desde mañana en adelante cese toda escasez. Emplead las súplicas,

tratando de convencer y de estimular; pero si no bastasen, arrancadles lo necesario para que la tropa coma hoy. Sabido es que no siempre comprenden los pueblos lo que más les conviene, necesitando en ocasiones dadas que se les obligue á optar por lo que desconocieron. Llevaos á los individuos de mi escolta, y no perdaís un instante. Antes de tres horas pueden estar ya comiendo. Partid, y que pase á verme el marqués de Pescara, después que haya firmado el bando.

Una hora más tarde se fijaba el edicto, luégo lo pregonaban por los sitios concurridos de Milan, y los sacerdotes, autoridades y propietarios daban parte de lo que aguardaban, invitando al pueblo á que hiciera lo mismo. Sabían por experiencia que los españoles cumplían sus ofertas con religiosa exactitud, y Silva los estimulaba en tan críticos instantes con el interés y el temor.

En tanto que esto acontecia, sepamos qué hablaban el duque y el general Pescara.

—¿Habeis leído el bando?—preguntó el primero al segundo.

—Sí, señor.

—¿Qué opinais?

—Que hoy comeremos cuanto nos haga falta; pero mañana...

—Para eso os he llamado. Oidme, marqués: á siete leguas escasas de Milan hay una plaza fuerte que se llama Crema, defendida con cañones, cuyas balas nos dirigieron ayer, y por cuatro ó cinco mil franceses, siéndome desconocida su calidad. ¿Teneis noticias de ese fuerte?

—Lo he asaltado dos veces, y permanecí allí once días.

—Me alegro. Dicen que es el pueblo destinado para almacenes de víveres y pertrechos del ejército francés.

—Cierto.

—Yo sé el modo de pasar á cuchillo su guarnicion, trasladando á Milan lo que tienen allí los enemigos; todo se lo quitaron á vuestros soldados y á los italianos.

—La idea es magnífica.

—Como de Osorio; pero ocupémonos de lo que más interesa: he reparado esta mañana que ni uno solo de mis ligeros demostraba debilidad; estaban pálidos; sentían hambre, mucha hambre, pero veían con desden á vuestros soldados caídos en tierra, ocultaban sus padecimientos, y se presentaron con la frente erguida y el semblante alegre. ¿Reparásteis?

—Sí, señor, hacían lo que nosotros; que yo también sufro las consecuencias de la miseria que nos aflige.

—Yo no; comí ayer un poco de pan de maíz con habas, y tengo bastante hasta la noche.

—¿También vos? ¡Maldición!

—No os apureis, general; estoy seguro que ántes de dos horas nos proporciona Mendoza comida opípara, y luego tenemos á Crema, donde hay provisiones en abundancia fabulosa. Es preciso convenir, señor marqués, en que los franceses son muy precavidos.

—¡Malditos de Dios, y en qué estado han puesto el país que yo dejé nadando en prosperidad! Permitidme que vaya á Crema, duque, y os juro que mañana á estas horas se habrán trasladado aquí sus almacenes.

—Eso deseo; pues como os decía ántes, siendo vuestros soldados los que piden únicamente, á vos os toca proporcionarles lo que reclaman con sobrada razón.

—Basta, señor duque; os agradezco la idea, y os ruego me permitais realizarla bajo mi única dirección.

—Concedido; pero oid ántes un consejo. No lleveis armas de fuego ni caballos; en Crema os sobrarán de los últimos, y es preciso ir sin estorbos, para que de ese modo os podáis traer cuanto haya. Elegid bien la gente; uno por uno, Pescara; no dejéis aquí á mis ligeros, ni tampoco á Navarro, Osorio y Mendoza.

—Pensaba en eso; creo además que ya sé la manera de vencer todas las dificultades, y espero la aproximación del anochecido.

—Sólo una hábil sorpresa os puede facilitar éxito seguro.

—Opino lo mismo, y confío en que los franceses se aperciбан de nuestra llegada cuando estemos dentro de la plaza.

—Veo, marqués, que es excusado sigamos hablando más de este asunto. ¿Oís la algazara que hay en la plaza y en los patios de palacio?

—Sí, vitorean á Mendoza y á Osorio.

—¿Quereis que nos asomemos al balcon?

—Con mucho gusto.

Así lo hicieron, viendo al ejército que con voracidad pasmosa comia lo que Navarro, Osorio, Mendoza y los noventa y cuatro caballeros les iban dando. Vários hombres y mujeres del pueblo de Milan llegaban continuamente con panes de trigo, maíz y cebada; con calderas y otras vasijas en que llevaban judías y garbanzos cocidos con agua, aceite y tocino, y no faltaban algunos embutidos, jamones, aves y frutas secas.

La tropa aplaudia la solicitud de sus jefes; unos de pie, y otros tendidos, comian sin tregua ni descanso.

Notando Alberto que el maestre Mendoza metia en una banasta lo mejor que le entregaban los vecinos de Milan, hubo de gritar, hasta que el gigante le oyó, diciéndole luego:

—Don Luis, que coma el soldado cuanto necesite; los jefes tomaremos hoy lo que á ellos les sobre.

Un aplauso siguió á esta orden; el atleta movió la cabeza con disgusto, contestándole:

—Está bien, señor.

—¿Tomais nota de lo que se os entrega?

—De eso se han encargado las autoridades y el clero, dando un recibo, que deberá pagarse mañana.

Pescara contestó:

—Repetidles, de mi parte, que ántes de que anochezca el dia próximo cumpliré lo ofrecido en mi bando.

Y Mendoza quiso repartir las viandas que ocultaba para ellos, pero no hubo individuo que las aceptase. A la generosidad de los generales correspondia el soldado dignamente.

Cuando concluyeron los que estaban en la plaza y patios, se les dió vino, mandándoles que formasen en la primera. Seguidamente, y en várias mesas del palacio, comieron los generales, jefes y oficiales; el buen Mendoza sobresalía de todos, excitando más de una vez la risa de Alberto, por lo de prisa y lo mucho que tragaba.

Terminada esta segunda comida, eligió el marqués de Pescara, primero los jefes y oficiales que debían seguirle y luego los soldados. Los favorecidos eran Navarro, Osorio y Don Luis; seis capitanes; otros tantos alféreces, los quinientos ligeros y cuatro mil más de la clase de tropa. Se mandó que los restantes se retirasen á sus alojamientos, encargándoles que tuviesen paciencia y esperasen hasta el día inmediato á la misma hora.

Y por último, cerca de anochecido, á pié desde Pescara hasta el último individuo, y sin llevar otras armas que daga, espada ó partesana, salieron en direccion de Crema, empleando en las primeras horas cuarenta y cinco minutos por cada legua. A la vez que ellos partió Alberto de Silva con su escolta, tomando al efecto los caminos, senderos y veredas que conducían al campamento de Francisco I. De este modo, situándose á media legua y cerrando con una valla de acero el paso, logró coger los dos únicos espías que iban en busca del monarca francés, para avisarle la repentina marcha, número de hombres y direccion que llevaban el marqués de Pescara y los suyos.

A media noche dijo el héroe á sus caballeros:

—A Milan, señores; que aún cuando algun otro pretenda anunciar el camino é intento de nuestra gente, llegará tarde la noticia al oído de nuestro enemigo.

Y entraron en la ciudad, buscando acto continuo el indispensable reposo.

Sigamos nosotros á Pescara.

CAPITULO XXIII.

Astucia, valor y sagacidad del marqués de Pescara.—La primera y más célebre encamisada del mismo.—Sorpresa.—Asalto.—Degüello.—Todo se ha ganado.—A Milan.

PESCARA y Navarro en medio de Mendoza y Osorio, caminaban delante, en pos seguían los ligeros, detrás los restantes y en el centro de éstos los seis capitanes y alféreces. Todos habían comido y bebido bien, y el marqués les hizo comprender que se trataba de asegurar la suerte del ejército y el porvenir de la patria. Eran los más valientes y denodados, y claro es que marchaban con la rapidez y hasta entusiasmo necesarios en tan críticos momentos.

La noche empezó fría; luego se fué templando, y últimamente vino á favorecerles una nevada de las continuas que caen en la comarca por donde ellos transitaban ahora.

—Muy bien,—decía Pescara;—esta nieve saluda á la vez que á nosotros á los de Crema; se guarecerán los que estén

de servicio en los cuerpos de guardia y garitas, y mientras nosotros... ¡La idea sólo me crispa de alegría! Un río,—añadió, deteniéndose.—Con éste no habia yo contado.

Y esperó á que se le incorporaran todos los suyos. Cuando lo hubo logrado, con voz que ninguno dejó de oír, exclamó:

—Soldados, las lanchas están atracadas en la opuesta orilla; urge llegar pronto, y los ríos, cuando no hay otro medio, se atraviesan así.

Y se arrojó al agua á la vez que Navarro, Osorio y Mendoza, y casi juntos lo cruzaron á nado.

Antes de seguir adelante, debemos advertir á nuestros lectores, que el hecho es histórico y exacto, y si llamamos su atencion, es para prohibirles que reparen en la pequeña diferencia que hallarán entre el grande de España, marqués de Pescara, el general Don Pedro Navarro y los maestros de campo Don Alvaro de Osorio y Don Luis de Mendoza, con nuestros modernos grandes, generales y coroneles. Las comparaciones son siempre enojosas; por consiguiente, vale más que no las hagan, que si los de entónces obraban de un modo diferente á los de ahora, en el pecado llevan éstos la penitencia, y aún cuando no se justifique lo mucho que vamos descendiendo, la conveniencia aconseja que nos callemos.

Es cierto que en aquella época dominábamos dos mundos; nuestro poder era ilimitado; nuestro renombre admiraba; tampoco podemos negar que ganábamos casi todas las batallas, y hasta que conseguimos traernos prisionero á un rey, cuyo sucesor, ó no sucesor, pero que ocupa su puesto, nos suele mirar de un modo parecido á desden, cuando sus antepasados de París, no de Córcega, temblaban al sólo oír nuestro nombre.

—¡Qué nos cuenta V!—dirán riendo nuestros lectores.—Tienen Vds. razon, les contestamos; se nos fué un pié, y ya procuraremos enmendar la falta; y para recompensarla en parte, les ofrecemos ceñirnos en el presente capítulo á la verdad histórica, sin añadir ni quitar una sola coma.

Al ver los capitanes, alféreces, sargentos y soldados el

ejemplo de sus generales y maestros, se arrojaron al agua los cuatro mil quinientos doce hombres y comenzaron á nadar, llevando entre dos al que no sabía, favoreciéndose unos á otros, y atravesando, en fin, el rio, sin tener que lamentar desgracia alguna.

—Bien, hijos, bien,—exclamó Pescara;—ahora á Crema, y mañana habremos salvado al ejército y asegurado acaso la suerte del imperio.

Y continuaron en la forma que anteriormente, sufriendo el frio de la nieve que les caía y el del agua en que acababan de empaparse.

En tal estado, y sin que una cosa ni otra fuese motivo suficiente para que dejaran de proseguir á paso acelerado, continuaron andando á ménos de hora por legua.

Salieron después de las seis y á la una estaban descansando, sentados sobre la nieve y á un cuarto de legua próximamente de Crema. Pescara conocía el terreno y mandó que se detuvieran en sitio á propósito y casi enfrente de una de las dos puertas que presentaba la plaza. Cuando creyó que sus cuatro mil quinientos hombres habian descansado de sobra, exclamó:

—Ahora es indispensable que os saqueis la camisa y cubrais con ella la coraza y parte del cuerpo (1).

Desde los dos generales hasta el último individuo, sin temor á la nieve ni al frio, se desnudaron y volvieron á vestir, quedando, sin excepcion, con las camisas de fuera.

Luégo marcharon como en dispersion, y se fueron acercando á la plaza, hasta pararse á trescientas varas. Entónces se adelantó solo Pescara, verificando un reconocimiento que llenó completamente sus deseos.

En este instante un soldado enemigo que estaba paseando por el muro, siguió adelante hasta encontrar á otro, al cual preguntó:

—¿Chico, qué ves á la izquierda?

(1) Histórico. De ahí proviene el llamar encamisadas á algunas sorpresas y hechos heroicos del célebre marqués de Pescara.

—Nada; árboles y nieve.

—Fíjate bien; ¿no distingues unos bultos que se mueven?

—Es verdad; son cabras (1).

—Tienes razon; y me figuré yo que eran hombres.

Y se separaron nuevamente, muy satisfechos del descubrimiento que concluian de hacer, retirándose á sus respectivas garitas.

En tanto que esto acontecia sobre el muro, Pescara concluyó su reconocimiento y se incorporó con los suyos, á los cuales dió órdenes terminantes y concretas. Después cogió un capitán diez escalas que llevaban á prevencion, y se acercaron á la muralla el marqués, Navarro, Osorio, Mendoza y el que llevaba las cuerdas. Ya al pié del muro se fijó á él Mendoza; encima se le subió Navarro, trepando sobre los dos y ayudado por Pescara el hábil Osorio, el cual sujetó una escala, saltó después, y llegando á la garita que tenía próxima, cayó de improviso sobre el centinela, dejándolo muerto sin darle tiempo ni para que lo reconociera.

A la vez subian por las cuerdas que quedaban fijas Navarro y Mendoza, los que sujetaron las nueve escalas restantes. Seguidamente se oyó un estornudo, luego otro, y al tercero comenzaron á trepar los oficiales y soldados con pasmosa rapidez. Todos llevaban la espada ó partesana sujeta con los dientes hasta que estaban arriba.

La ciudad, cubierta de nieve, permanecia en completo silencio; en los cuerpos de guardia se dormia por lo general, á excepcion de los vigilantes, centinelas y de algunos otros que, embozados en las mantas y guarecidos donde les era permitido, huian de la nieve y del frio.

Osorio, saltando como un indio, con los zapatos en la mano izquierda, el puñal en la derecha y sin hacer ruido alguno, desocupó las cuatro garitas próximas, diciendo á Pescara cuando hubo concluido:

(1) Histórico tambien.

—Los centinelas que podían distinguírnos han espirado ya; por consiguiente dirigid el asalto sin precipitación alguna.

Y se puso el calzado, guardó el puñal, desenvainando la espada.

—¿Cuántos eran?—le preguntó el marqués.

—Cuatro.

—Pronto los habeis despachado. ¿Gritó alguno?

—En este mundo no; en el otro lo ignoro.

No obstante las seguridades de Osorio, treparon en poco más de diez minutos los cuatro mil quinientos hombres, dividiéndose acto continuo en diez y seis compañías, al frente de las cuales se pusieron Pescara, Navarro, Don Alvaro, Don Luis, los seis capitanes y los seis alféreces. El primero exclamó:

—Cada uno al sitio que le he señalado. ¡España, ó la muerte!

Y comenzaron á bajar la escalera de la muralla convertidos en leones, sedientos de devorar á su enemigo. Unos corrieron á la casa del gobernador, otros á los cuerpos de guardia; los restantes á los cuarteles, si tal puede llamarse los caserones que en esta época solían destinar á la tropa, y á las voces de:

—¡Viva el emperador! ¡Viva España! ¡Mueran los franceses! ¡Guerra eterna á nuestros enemigos!

Se desbordaron como el torrente, matando é hiriendo á sus contrarios de un modo pasmoso.

Fué una sorpresa llevada á cabo con tanto valor como acierto, con tanta destreza como temeridad. Sobrecogidos los franceses; durmiendo la mayor parte, y sin comprender ninguno por dónde entraron ni quiénes eran aquellos demonios que se presentaban con coraza de baqueta y un sudario sobre los hombros, morían á cientos, sin intentar siquiera una resistencia que les impedia el pánico á unos y que otros juzgaban completamente inútil.

Algunos de nuestros guerreros dieron con un almacén de

hachas de viento; encendieron multitud de ellas, y trataron de evitar de este modo equivocaciones lamentables.

La sangre francesa comenzó á correr por las camas, las alcobas, los salones, salas, pasillos y galerías; por los cuerpos de guardia, las calles, plazas, y no quedó un lugar en Crema que no fuese teñido por ella.

Alberto de Silva creyó que mandaba hombres á esta plaza; pero los franceses, juzgando en esta ocasion con más acierto, dieron por hecho que se armaron contra ellos cuatro mil quinientos diez y seis demonios, capaces de destruir el universo entero.

A las dos horas de matanza, y sentimos no poder darle otro nombre, consiguió el enemigo abrir las dos puertas de la ciudad, saliendo por ellas y huyendo sin tregua ni descanso los más ligeros y afortunados. Unos iban con ropas interiores, otros á medio vestir y los ménos cubiertos y armados; pero así y todo se convirtieron en corzos que no cesaron de correr hasta que cayeron en tierra fatigados por el terror y el cansancio.

Al amanecer sólo quedaban en Crema los franceses heridos ó enfermos; con tres horas y media tuvieron nuestros españoles suficiente tiempo para derribar á la mayoría y espantar á los restantes.

A las seis de la mañana logró el general Pescara reunirlos á todos en la plaza mayor de la ciudad. Cuando se les concluyeron los contrarios la emprendieron con las despensas y los bolsillos de los muertos, y unos llegaban comiendo, otros apurando botellas, y vários guardándose el oro ó plata hallado en las escarcelas ó en los gregüescos de los franceses.

Pescara, Navarro, Osorio y Mendoza se horrorizaron de lo que habia hecho su gente, que era su propia obra; reprendieron, les amenazaron con castigos á los que se separasen en lo sucesivo de las filas; se mandó buscar á los cuarenta que faltaban, estuviesen muertos ó heridos, y miéntras unos tomaban posesion de los cañones, armas, municiones, víveres, dinero y cuanto tenían, en fin, los franceses, otros se encargaron de

mandar enganchar los carros que existían en Crema, de ensillar los caballos de sus enemigos, los de particulares, dando principio en seguida á cargar y conducir á Milan el rico y fabuloso botín de que concluían de apoderarse. Segun llenaban los carros y disponían los cañones, iban saliendo, custodiados por la tropa, con orden de obligar á los cuadrúpedos á que caminasen lo más de prisa posible, siendo así que los generales y maestros deseaban cumplir su palabra á los milaneses, regresando ántes de la noche.

A las siete de la mañana comenzaron á marchar y no concluyeron hasta después de las dos, no obstante contar con cuatro mil quinientos soldados, dos mil paisanos, más de cien carros y ochocientas caballerías de todas clases. En las siete leguas que separaban una ciudad de la otra, llegaron á formar un cordón, interrumpido á cortos trechos con los caballos, mulas, burros, machos, carros, cañones, italianos y españoles.

Los habitantes de Crema más aterrados aún que los franceses, obedecían unos á los vencedores y otros llevaban ya muchas horas de hallarse escondidos en los sitios que juzgaron seguros.

Cuando Navarro estaba en medio de la plaza, distinguió en un cartelón muy grande el siguiente letrero:

«Se dará un buen hallazgo al que dé razón de los españoles.»

El general, lleno de indignación, escribió debajo, con letras mayores aún:

«Esta mañana aparecieron en camisa; ¡ay de vosotros el día que se presenten vestidos! (1)»

No volvían los soldados de Pescara como habían ido. Para poder rechazar cualquier encuentro, se armaron con picas francesas, lanzas, mosquetes, y los quinientos ligeros que iban conduciendo otros tantos caballos cargados con sacos de víveres, llevaban orden de arrojar el peso y montar, en el momento que distinguieran al enemigo.

(1) Histórico.

Inútil prevencion; los franceses que sitiaron á Pavía continuaban tranquilos y sosegados cañoneando la plaza, y los destacamentos que habia léjos de allí no osaba ninguno abandonar el sitio á que estaba destinado, por temor á la *Muerte enmascarada* y á las restantes partidas de españoles. Así es que pudieron cruzar el camino con la rapidez posible y sin que nadie intentase salirles al encuentro.

A las cuatro de la tarde supo Alberto el resultado de la empresa del marqués, y poco después empezaron á entrar en Milan carros y bestias cargadas, con otras que arrastraban cañones y cajas con pólvora y balas. El pueblo de Milan salió á recibirlos; los aplaudian, concluyendo por iluminarse la ciudad, siendo así que estuvieron entrando hasta más de las diez de la noche.

Los vencedores volvian triunfantes y contentos; pero tan rendidos, que aun el mismo Mendoza iba encorvado por la fatiga y el cansancio. Anduvieron catorce leguas, invirtiendo además tres horas en esgrimir la espada ó la partesana. Eran fuertes y estaban acostumbrados á toda clase de penalidades; pero si Milan hubiera distado ocho leguas, es indudable que se quedan tres cuartas partes de ellos en el camino. Por esta razon los más se metieron en cama sin cenar ni cuidarse de otra cosa que de buscar el descanso y la quietud, tan necesarios como imprescindibles.

Por disposicion de Silva se dieron á cada uno de los que el dia ántes les facilitaron comestibles, el valor cuádruple de lo que adelantaron, dejando á eleccion de los acreedores el cobrar en dinero ó en especie.

A las once de la noche se repartieron raciones; á las doce quedó todo almacenado, y á la una se despidió á los paisanos de Crema, pagándoles y permitiendo que se llevasen lo que les pertenecia.

Alberto cenó solo, buscando el lecho después de las dos. El relato que le hizo Pescara de lo acontecido en Crema, lo esperaba como sucedió; pero no dejó por eso de entristecerle y

apesadumbrarle bastante. Así es que no cerró los ojos hasta las tres, condoliéndole mucho la sangrienta guerra que se veía obligado á sostener. Su alma noble y generosa rechazaba los abusos, desmanes y sorpresas que estaban teniendo efecto; mas en el duro trance de permitir que la valiente guarnicion de Pavía fuera degollada; Francisco I dueño de Italia; asesinados los españoles, y roto y pisoteado el estandarte imperial, ó disponer y tolerar lo que estamos presenciando, optó por lo último, declinando toda la responsabilidad en los que llevaron á cabo la traicion de Agout y la sorpresa de Italia.

Por fin se quedó dormido, no despertando hasta las ocho de la mañana. Tenía veintiseis años nada más, y es la edad en que todo se condena al olvido con más prontitud y facilidad.

La ciudad de Milan, que carecia há poco de lo indispensable, era ya en este instante la más abastecida de la Lombardía. Logrado esto, sólo les faltaba al héroe y al famoso marqués de Pescara acercarse á Francisco I, é intentar una batalla tan atrevida como dudoso el éxito. Pero no adelantemos el discurso.

A la mañana siguiente se pagó al ejército, anticipándole una quincena, y se mandó que el que quisiera podia recibir racion doble por espacio de dos dias, que eran los únicos de descanso.

En remuneracion de los daños causados por sus tropas en muchos pueblos de Italia, distribuyó el generalísimo, entre las familias más necesitadas de Milan, una gran parte de los víveres y dinero cogido en Crema. El botin fué fabuloso; pero en manos de Alberto pronto debía desaparecer.

Uno de los dias en que acababan de comer los dos generales y tres maestros, se atrevió á decir Pescara al duque:

—La tropa ha descansado ya lo suficiente; en el campamento francés debe oirse el nombre de los españoles con algun terror, y en mi concepto no conviene dejar enfriar el gran efecto causado por nuestras correrías, sorpresas y hechos de armas realizados desde que tomamos el paso de Francia.

—Opino lo mismo, marqués; pero aunque fuertes, nuestros soldados no son de hierro, y era indispensable darles algun reposo. Este concluirá en la próxima noche, siendo así que mañana empezarán nuevamente las operaciones.

—Muy conveniente me parece,—añadió Mendoza,—porque de lo contrario, y en vista de la miseria que aún aflige á Milan, si seguimos aquí más tiempo va á dar el duque cuanto nos queda.

—No os importe, Don Luis; los franceses son precavidos, tendrán otros depósitos, y con las encamisadas de Pescara nada hay imposible.

—Cierto,—contestó el aludido;— pero segun me han dicho mis emisarios, le van pareciendo pesadas nuestras bromas á Francisco I, y ha concentrado todos los víveres y municiones en almacenes dispuestos en el cerco de Pavía.

—A esos me referia yo, marqués.

—No os comprendo.

—He dicho y repito, que con vuestras encamisadas no hay nada imposible.

—Es que aquellos están rodeados de cañones, entre trincheras y parapetos, y defendidos por cuarenta mil hombres.

—En Crema habia elevados muros, mucha artillería, cuerpos de guardia, y sin embargo sabeis, mejor que yo, las consecuencias que surtió vuestra idea.

—Si os empeñais, tambien en el cerco entraremos, aunque de otra manera.

—Empeño no tengo; pero es posible que nos obligue la necesidad.

—¿Será pronto?

—No debe tardar.

—Lo deseo más que la vida.

—Y yo tanto como vos por lo ménos.

—¿Podria saber vuestro plan futuro?

—No es necesario, ni perdeis nada ignorándolo.

—¿Qué noticias teneis de Lara?

—Buenas; ha derrotado dos columnas francesas que intentaron forzar el paso que él defiende.

—¿Y del litoral?—le preguntó Navarro.

—Mejores aún; contamos con una escuadra en Niza y otra en Génova.

—¿Y del interior?

—También recibí nuevas gratas. Toscana, Parma y Módena están por nosotros, y en el Piamonte y Lombardía nos temen y respetan, Reasumiendo: á los sitiadores de Pavía les sucede lo que á los de Marsella; permanecen completamente incomunicados, ignoran lo que pasa á diez leguas de ellos, y pronto se encontrarán cercados de un modo que no pudieron imaginar.

—¿Qué os dice el emperador?

—No he querido saber de España nada absolutamente, ni les he mandado noticia alguna; la primera será la del triunfo, que les llenará de asombro, ó la de mi muerte en el campo de batalla. En el primer caso, más que el hecho, admirará la exigua fuerza del vencedor, comparada con el poderoso ejército del vencido.

—La pobre María suspirará por el *héroe*, sintiendo haber contribuido de un modo notable á que quedara en libertad tan pronto el hombre á quien ama y por el que se sacrificó.

—Ni un solo momento se aparta de mi memoria su preciosa imágen; la veo en los campos de batalla; en los caminos; en las calles; en las plazas; en los salones, y donde fijo la mirada allí está inmóvil como una estatua, pura como un ángel, bella como la deidad. Sueño con su amor; despierto pronunciando su nombre; y es, en fin, la idea que me domina, abstrae y me da aliento. En la semana próxima le mandaré mi último suspiro, ó correré poco después en busca de ella.

—¿Tan pronto?

—Sí; ó muero, ó en el presente mes deberé abandonar este país.

Silva no dió más explicaciones que las expuestas anteriormente, pero se encerró más tarde con Pescara y estuvieron escribiendo hasta las ocho de la noche, en cuyo instante salieron de Milan vários emisarios con pliegos para diferentes puntos de la Lombardía y el Piamonte. A la vez se comunicaron órdenes á Navarro, maestros y capitanes del ejército, y todos se pusieron en movimiento, con mucha alegría, por adivinar que se trataba de un golpe de mano decisivo.

Pescara dejó la mayor parte de su artillería en los pueblos que habia reconquistado y guarnecido; pero con la que hallaron en Milan y trajeron de Crema, unida á los restos de la primera, juzgó el héroe sería suficiente para la defensa de la ciudad que iban á abandonar y la que necesitaban fuera de allí. Tenían á la sazón más de diez mil hombres de tropas aguerridas, mil caballos y el estodomayor de Alberto. En consecuencia ordenó éste que permaneciesen dos mil en Milan y que los restantes se dispusieran á partir. Dejaban la cuarta parte de los víveres y pertrechos que les quedaban y se llevaron el resto, mandando que la hora de salida fuese la de las diez del segundo dia, después de haber almorzado.

Su itinerario fué: dirigirse por el camino más corto á Pavía; hacer dos jornadas, amaneciendo al tercer dia frente al campo sitiador.

El héroe era desconocido de cási toda la gente que mandaba; pero su celebridad con el seudónimo de la *Muerte enmascarada* rayaba tan alta como el adquirido en Francia. Los soldados de Pescara comentaban sus hechos; unos suponian que era el mismo Silva, y los restantes sin avanzar tanto, lo anteponian al valeroso marqués, y en público y privado le colmaban de elogios. Sus ligeros sonreian al oir la ovacion, contentándose con exclamar:

—Cuando conozcais á ese caballero tan jóven, de bigote y perilla rubios, que lleva por ayudantes á los hijos de los grandes de España y por criados á nosotros, entónces lo admirareis con razon, que hasta ahora sólo habeis visto el re-

trato; cuando levante su visera y pelee frente á Francisco I, os postrareis ante él.

—¡Quién será!

—La *Muerte enmascarada*; ¡ay de los franceses el día que se quite la careta!

—Decidnos su nombre.

—Cuesta la vida al que lo pronuncie.

—Callaremos todos.

—Mejor es que no lo sepais.

Milan lo bendecía sin conocerle, y al verlo partir, hombres, mujeres y niños, sacerdotes y soldados le despidieron con las lágrimas en los ojos.

Sigámosle nosotros, que no es justo le abandonemos en los momentos más críticos de su vida.

CAPITULO XXIV.

Quedan sitiados los sitiadores.—Encamisadas.—Otro acontecimiento funesto.

MILAN despidió á los españoles, ofreciéndose las autoridades y el clero á favorecer á la corta guarnicion que dejaban allí con cuanto se les pidiera y tuviesen. No era probable que el enemigo se acercase á la capital del Milanésado; mas en el caso de que así aconteciera, tenía órdenes el gobernador nombrado por Silva y Pescara de defenderla con el mismo valor, lealtad y entereza que Antonio de Leiva á Pavía. Satisfechos los dos generales que acabamos de citar del estado en que quedaba la plaza donde habian permanecido cerca de un mes, marcharon, segun digimos anteriormente, con ánimo de llegar al tercer dia frente al ejército sitiador. Los españoles iban bien alimentados, y aún cuando las jornadas fueron algo molestas se presentaron ante sus contrarios alegres y sin miedo alguno. Eran cerca de diez mil contra cuarenta mil; pero no veian en esto una razon para temer á los franceses ni aún para du-

dar de la victoria. Entre Silva, Pescara, Navarro, y los tres maestros, comenzaron á disponer la situacion del campamento, hallándose instalados pocas horas después. Inmediatamente construyeron reductos, formaron trincheras, y dirigiendo unos y trabajando todos, se hallaron al segundo dia encastillados como en Lombez.

Se habian establecido en una altura y tan cerca de los franceses, que los distinguian sin anteojo, mediando un trecho cortísimo entre las avanzadas de los unos y de los otros.

Los sitiadores de Pavía al verlos llegar sonrieron con desden, siendo así que la fuerza con que contaban no era para asustarlos ni hacerles temer nada; pero cuando distinguieron lo admirable de su situacion y las muchas bocas de cañones que les presentaban, comprendieron que se habian encastillado, y que, aunque pocos, comparados con ellos, obraban con acierto y talento indisputables.

Algo después refirieron á Francisco I lo que concluian de mirar, aquél se aproximó á ellos, y reconociendo detenidamente el número de hombres y posiciones de que disponian, dijo á los generales que le acompañaban:

—Puesto que tenemos artillería de sobra, estableced baterías en la elevacion del Sur que da frente á esos *calaveras*, y si hacen fuego que se les conteste con energía; mas si permanecen callados, imitad su silencio. No creo que deban inquietarnos, y en el momento que se rinda la plaza será cuestion de dos horas el echarlos de ahí.

Uno de los jefes que iban á su lado, osó contestarle:

—Señor, son los mismos que entraron en Crema.

—Exactamente; unos pobres diablos inspirados por el hambre, al cual debieron el éxito de una sorpresa que no les ocurrió prever á mis tranquilas y vencedoras huestes destinadas á la guarnicion de aquel punto.

—Creo reconocer en ellos,—añadió el primero,—á los que se ocuparon por espacio de mucho tiempo en sorprender destacamentos, batir columnas...

—Sí, los conozco bien; el marqués de Pescara, que llegaría á saber lo que pasa en Italia, levantó el sitio de Marsella y se vino aquí, hallándose al poco tiempo sin un soldado de los que componian sus batallones de suizos, flamencos é italianos; y si al llegar no pudo presentarnos una batalla, ménos le será dable ahora, toda vez que sólo dispone de una tercera parte de las fuerzas que le seguian.

—Esos españoles son temerarios.

—Mucho; se han atrevido con pequeños destacamentos y partidas á quienes triplicaban en fuerzas.

—Pero ahora...

—Ahora se vienen aquí para tener el gusto de presenciar la toma de Pavía, y entregarse luégo á discrecion. Esto al ménos es lo probable.

La mayoría de los que acompañaban á S. M. afirmaron lo mismo, no sabemos si por adular al rey ó porque creian lo que él; de lo cual resultó que se colocaron las baterías, y nada más se hizo.

Cási á la vez que acontecia esto entre los de Francisco I. penetraron en la tienda de Silva y de Pescara, pues tenían una para los dos, el general Navarro y los maestros de campo, exclamando el primero:

—Ya están vuestras órdenes cumplidas, el campamento asegurado, y en disposicion las baterías de romper el fuego contra el enemigo.

El marqués y el duque se miraron, respondiendo á la vez:

—Muy bien.

—¿Todo eso disponeis?

—General,—le dijo Silva,—si atacan defendeos; si cañonean contestad, pero si os dejan tranquilos no os metais con ellos.

—¿A eso hemos venido aquí?

—No; aún es pronto.

—Llevamos mucho tiempo en Italia, y la tropa se impacienta ya.

—No me extraña,—dijo Pescara;—el soldado español es muy vivo; pero sus generales somos calmosos, porque estamos en el secreto que él desconoce.

—Que se vigile mucho,—añadió Alberto;—evitad de este modo una sorpresa, y no hay inconveniente en que imiteis la calma del marqués. Dad al efecto las órdenes oportunas y venid á almorzar con nosotros.

Media hora después se sentaron á la mesa los seis, reinando entre ellos tanta satisfaccion como indiferencia hácia los franceses.

Así permanecieron dos dias más, mirándose unos á otros, y como ninguno era el primero en romper el fuego no se disparó un tiro ni se ofendieron con el arma blanca. No obstante lo cual los franceses cañoneaban la plaza, y ésta contestaba, rechazando á la vez y con heroismo los asaltos de sus contrarios.

Llegó el quinto dia, y encerrados Pescara y Silva, exclamó el primero:

—Soy de parecer que esta noche se lleve á cabo mi segunda encamisada.

—Realizadla,—contestó el duque,—y continuad corriendo de noche y descansando de dia, que yo haré lo contrario.

Al oscurecer llamó el marqués á Navarro, diciéndole:

—General, para las doce en punto estad dispuestos vos, Osorio, Mendoza y los quinientos ligeros; haced uso de los mejores caballos, corazas y casco de baqueta, y puesto que sigue favoreciéndonos la nieve, cubríos todos con las camisas.

—No os comprendo bien.

—Se trata sólo de la segunda encamisada.

—¿En el campamento?

—Sí; pero esta noche no habrá sangre.

—Ahora os entiendo ménos.

—Aguardad los quinientos tres al pié de la loma, que á las doce me presentaré yo armado y con la camisa de fuera, y os daré las instrucciones convenientes.

—¿Viene el duque?

—No,—contestó el aludido;—vosotros empezais el drama, reservándome yo la direccion del desenlace.

Salió Navarro; cenaron Pescara y Silva; el último se acostó á las diez, y el otro se hizo poner cota, media armadura de baqueta y una camisa sobre su traje de guerra. Después montó á caballo, llegando al pié de la loma, donde le esperaban los quinientos tres jinetes con traje idéntico al suyo.

Allí dió las instrucciones convenientes, se dividieron en cuatro partes iguales, y cada uno al frente de ciento veinticinco hombres, corrieron á escape tendido, cayendo á la vez sobre el campamento por cuatro puntos diferentes.

Pescara hizo un semicírculo al Sur; Navarro otro al Norte; Osorio al Este y Mendoza al Oeste; pero de un modo que al terminarlo vinieron á juntarse doscientos cincuenta y dos á un extremo del campamento y los restantes al otro de enfrente, para volver á reunirse los quinientos cuatro al pié de la loma, darse las buenas noches y retirarse á dormir.

Esta operacion diestra y matemática, se redujo á lo siguiente: juzgando los franceses que eran sorprendidos por los diez mil hombres de que disponia Pescara, dieron la voz de *alerta*; se pusieron todos en pié; la alarma cundió por el campamento, y desde el rey hasta el último soldado, pasaron el resto de la noche buscando á un enemigo que no pudieron hallar, no obstante las seguridades que daban muchos de haberlo visto entrar por vários sitios y de afirmar que recorrió casi todo el cerco. A la mañana siguiente se pasó revista, y notando que no faltaba un solo francés, se encogieron de hombres, sin comprender lo que se propuso el enemigo, pero no dando importancia al hecho, toda vez que nada se habia perdido.

A la noche siguiente y dos horas ántes fueron sorprendidos nuevamente; mas ahora ya no formaron los contrarios cuatro semicírculos, sino una estrella, cuyos rayos llegaron á los muros de la plaza. Volvió el ejército francés á ponerse en

pié, cundió la alarma, no durmieron tampoco aquella noche, y resultando de la segunda revista pasada no faltar ningun soldado ó jefe, comprendió Francisco I que sólo se trataba de no dejarlos descansar, y dió la orden para que en lo sucesivo no se les hiciera caso ni nadie abandonara su tienda ó albergue.

Todos inclinaron la cabeza dispuestos á obedecer; pero la verdad era que al soldado le impusieron mucho aquellas sombras blancas que veia desaparecer como metéoros, y ya se comentaba entre la tropa la aparicion de fantasmas que aterraban y predisponian á huir más que otra cosa.

A las doce del siguiente dia posterior á la tercera encamisada, llamó Pescara al general Navarro y dos maestros, diciéndoles:

—Esta noche á la una llevaremos á cabo nuestra cuarta encamisada, que será diferente de las dos últimas. Me esperaréis con el mismo traje los tres, al frente de mil caballos, sin que falten los capitanes y alféreces, ni ninguno, en fin, de los que pertenecen á la caballería y se encuentren útiles. Todos llevaremos lanza, y para que el hecho se consume con sujecion á lo acordado entre el duque y yo, estudiad bien las instrucciones que os damos en este pergamino.

Anoheció; al toque de retreta se acostaron los franceses que no estaban de servicio, y aún cuando se les permitia dormir esperaron la mayor parte despiertos á que llegara la media noche, creyendo firmemente que los fantasmas volverían á aparecer. Trascurrió, no obstante, media hora más del plazo señalado, y no presentándose aquellos, se fueron entregando al sueño, dando por hecho que ya no volverian.

A la una se hallaban la plaza y los campamentos español y francés sumidos en profundo silencio, interrumpido á cada cuarto de hora por el consabido *alerta* de los centinelas.

De pronto se oyó la carrera de muchos caballos que iban de un campo al otro; las tiendas francesas comenzaron á arder; los soldados de Francisco I á exhalar gritos de muerte;

los puentes de la plaza se bajaron, y los sitiados de Pavía recibieron pólvora, balas, y aunque pocos, algunos víveres; Osorio estrechó la mano de Leiva, le dió un pergamino de parte de Silva, y se volvieron á alzar los puentes, cubriéndose las murallas de españoles, que aplaudían frenéticamente los botes de lanza que dirigían los fantasmas.

En cuanto á los franceses, salían á medio vestir enarbolando sus picas, para caer en tierra, efecto de lanzadas que llovían doquier, sembrando el terror entre las ya pavorosas huestes de Francisco I.

Esta encamisada, tan terrible como la de Crema, se redujo á apoyar primero á Osorio y que dejara en la plaza lo que ofreció la noche anterior, matando ántes y después franceses, incendiando el campamento, y aniquilando por fin á su poderoso enemigo. Ahora no se separaban; los mil jinetes corrían siempre unidos, y cuando terminaron el asunto que los acercó á las murallas, recorrieron media legua del cerco, siendo indescriptibles los destrozos hechos en él en las dos horas que emplearon. Poco después de las tres atravesaban sus trincheras, retirándose á descansar tranquilos y satisfechos.

Francisco I observó al ser de día los daños causados por el enemigo, asustándole las consecuencias de la última encamisada.

—¡Maldición!—exclamó,—esos canallas prepararon en las dos noches anteriores el terrible golpe de mano que acabamos de sufrir. Tenemos tres mil bajas; nos han quemado más de cien tiendas, y han deshecho la trinchera por vários puntos. ¡Oh, es imposible continuar así!

Y mandó que le siguieran todos sus generales y grandes de Francia. Reunido con ellos en consejo y fundados en el supuesto de que la plaza no tenía víveres ni municiones, convinieron en realizar inmediatamente el último, el decisivo ataque contra Pavía.

—Hoy,—decía el rey cerrando el debate,—se tomará la

ciudad, y mañana pasaremos á cuchillo á Pescara y los suyos; no he de perdonar la vida á un solo español, de esos que se asemejan á fantasmas, capaces de asustar á un niño. Leiva carece ya de lo necesario para resistir un ataque sério; lo mismo debe suceder al marqués, y no es posible esperar por más tiempo. Mi tolerancia hasta ahora será remplazada hoy con la declaracion de guerra á muerte sintregua ni descanso. Partid todos, y que lo más pronto posible se rompa el fuego, advirtiéndooos que quiero presenciar la lucha y dirigir el ataque.

Desde aquel instante comenzaron los franceses á obedecer á su rey; acumularon cinco baterías frente al sitio que creían más vulnerable, y poco después de las diez de la mañana dieron principio á un cañoneo tan nutrido como continuado. A la vez se dispusieron columnas de asalto, y la plaza fué atacada con vigor y energía capaces de aterrorizar á los defensores más valientes y aguerridos.

Los españoles de Silva y Pescara se pusieron en pié al toque de diana, con la sola excepcion de los soldados, generales, jefes y oficiales que asistieron á la última encamisada; pero estos se levantaron tambien á las nueve, y al empezar el cañoneo contra la ciudad, todos habian almorzado ya, y á las diez y cuarto presenciaban el ataque, con ira algunos y otros con fria indiferencia.

Silva, Pescara, Navarro, Osorio y Mendoza se situaron en la mayor altura del terreno que poseian, y provistos de anteojos miraban desde allí los destrozos causados en la plaza con sonrisa burlona y tranquilidad imperturbable. Se hallaban frente al sitio en que Francisco I mandó acumular las cinco baterías de que hemos hablado ántes, y esperaban el momento de contemplar una brecha suficiente á disponer el ataque de las columnas de asalto que tenía preparadas el enemigo.

En este instante se presentó un capitán, diciendo al marqués:

—Señor, mi tercio y el que manda el maestre Mendoza, os

ruegan encarecidamente les permitais tomar parte en la lucha que presenciámos.

Pescara cruzó algunas frases con Alberto, contestando luego al oficial:

—Mando que hagan lo que nosotros, oír, ver y callar. Retiraos.

Una hora más tarde comenzaron á caer trozos de muro y y á llover balas sobre Pavía de un modo sorprendente.

Los que rodeaban á Alberto percibieron un confuso rumor que acrecia por momentos, y no tardó en presentarse el capitán que habló con Pescara poco ántes, exclamando:

—Señor, el ejército pide caer sobre el enemigo y defender á sus hermanos de Pavía. Todos gritan, enarbolan las armas, y es de temer que se echen sobre los franceses sin orden ni concierto.

Tornaron á hablar el marqués y el duque; el primero añadió:

—General Navarro, maestros Osorio y Mendoza, montad á caballo inmediatamente y recorred el campamento, imponiendo pena de la vida al que se mueva de su sitio ó intente faltar á lo que he mandado ántes. Al regresar traedme nota de los que habeis pasado por las armas.

A los tres cuartos de hora no se oía en el campo de Silva una voz; nadie se separaba de su puesto, y aunque oprimían los puños y demostraban coraje, se contentaban con mirar á la plaza.

Navarro y los dos maestros cumplieron la orden, volviendo sin haber tenido que disponer la muerte de ninguno. Los cinco fijaron sus anteojos en el trozo de muralla que deshacían las balas, permaneciendo inmóviles.

El fuego de los sitiadores se multiplicaba, lejos de declinar; la plaza contestaba mal, confirmando así la idea de Francisco I, de que carecía de víveres y municiones. Y por último, se oyó una descarga que hizo temblar la tierra; el humo se desvaneció y el muro de Pavía presentó un hueco por el que podían pasar ocho soldados en ala.

Los que obedecían á Pescara se estremecieron; miraron hácia el sitio en que estaban sus generales, é inclinaron las frentes con dolor y sentimiento.

Cinco columnas francesas se dirigieron en dispersion á la brecha que tenían delante. Iban apoyadas por dos mil arcabuceros y por tres baterías que empezaban á correrse.

Llegaron los primeros, establecieron puentes sobre las zanjás, y dando un *viva* á su rey, penetraron por la brecha.

En el mismo instante se cubrieron los muros de arcabuces; comenzaron á salir llamas de la zanja interior, y una batería hábilmente colocada detrás, defendida por ochocientas picas, principió, en union de los mosquetes, á vomitar balas sin cuento. Segun avanzaba el enemigo, la plaza parecia adquirir una vida que presentó ántes amortiguada, siendo ahora su artillería más enérgica y constante que la de los franceses. Las columnas de éstos llegaban á la brecha, y eran destrozadas por los cañones y arcabuces; y los pocos que lograban salvarse de las balas, morían entre las llamas de la zanja, cuyo combustible se renovaba á cada instante. Echaron leña, aceite; plomo, sillas, toda clase de muebles, y su fuego devorador se hizo más incontrastable que el muro de la ciudad.

Francisco I no comprendia aquella resistencia; maldecia á la suerte, y dejaba que sus mejores soldados quedasen al pié de los muros ó entre las llamas de Pavía. Por fin se le presentó un maestre de campo, el cual se atrevió á decirle:

—Señor, llegué á la brecha seguido de dos batallones, y puedo asegurar á V. M. que es imposible atravesarla. De los dos mil soldados que llevé no hemos vuelto quinientos; los valientes caen y mueren en una terrible balsa de fuego, y los ménos arrogantes son barridos por la metralla que vomitan cuarenta cañones.

El maestre que acababa de hablar, era un grande de Francia, hombre de valor demostrado en muchos combates. Debió penetrar hasta el borde de la zanja de fuego, toda vez que su traje presentaba señales inequívocas.

El rey meditó algunos instantes, preguntándole después:

—¿Habiendo brecha no se puede entrar en la plaza? Vos no sois cobarde; creo efectivamente que llegásteis al pié del muro, y desearia saber la causa que os ha hecho retroceder.

—Señor, la debilidad que demostró la ciudad, durante las primeras horas de cañoneo, se ha convertido en una fortaleza y energía que ninguno nos explicamos; el muro se rompió, no hay duda, pero estaba previsto el caso y aparece otro detrás, compuesto de hierro, fuego y plomo, más incontrastable que el primero; por esa razon cuantas columnas se aproximen á la brecha otras tantas sucumbirán.

No satisfecho el rey por las explicaciones del maestro y con más desesperacion que cordura, avanzó al frente de su estado mayor, hasta ver la certeza de lo que le decian; se adelantó más que ninguno de los de su régia comitiva, sin hacer caso de consejos ni reflexiones; pronto regresó, trayendo el convencimiento de que era imposible penetrar por la brecha que tenía delante.

—Que cesen de avanzar las columnas de ataque,—dijo por fin,—pero que continúe el cañoneo. Leiva debe estar empleando los últimos cartuchos, y es indispensable que se quede pronto sin ninguno.

Así lo hicieron, dejando de aproximarse al muro los hijos de Francia.

En el mismo instante, y sin temor á las balas contrarias, principiaron los sitiados á componer la brecha, remediando el descalabro sufrido con ligereza y valor sorprendentes. Unos llevaban piedras; vários las colocaban, y cuando una bala enemiga derribaba ocho ó diez, al momento eran reemplazados por otros tantos, los cuales comenzaban á trabajar con más ahínco y entusiasmo que los anteriores.

Leiva se hallaba á un costado, dirigiendo la operacion, teniendo detrás su caballo y oprimiendo con la diestra la terrible espada. El silbido de las balas no parecia llegar á sus oidos; sereno, impávido, inmutable, mandaba, infundia valor, y

dando ejemplo admirable, trasmitia á cuantos contemplaba en torno su aliento poderoso. En estos momentos se presentaba su figura tan arrogante que no encontramos palabras con que describirla. Representaba por sí sólo más que sus huestes, y era que corria, se multiplicaba, y con heroismo sin igual, se hallaba en todas partes, bañado el rostro con ménos sudor que entusiasmo y patriotismo.

—¡Hijos,—decia,—no olvideis á Sagunto; recordad á Numancia, y que los defensores de Pavía ocupen en la historia un lugar digno de tantos héroes como nuestra querida patria contó siempre entre sus hijos predilectos! ¡A las voces de viva España, procurad que arda vuestra sangre y que caigan á vuestros piés los que intenten arrebataros una ciudad que debe ser siempre nuestra ó de las llamas! ¡Valor, hijos; la patria os mira; el enemigo os teme ya, y el mundo os aplaudirá mañana!

Sus voces herian los corazones de los defensores de Pavía, y aunque no eran muchos se multiplicaban tambien, haciendo cada uno más de lo que podia esperarse del hombre enérgico y valiente.

A las pocas horas de haberse retirado los franceses, la brecha estaba cubierta, y cincuenta hombres la reforzaban por la parte interior con todos los medios y recursos conocidos hasta entónces, dejándola ántes de anochecido más fuerte que el resto de la muralla.

El cañoneo de los franceses proseguia, y el de la ciudad contestaba con ménos energía, pero aprovechando sus balas cuanto era posible.

De este modo continuaron hasta la noche que cesó el fuego, sin haber logrado otra cosa los franceses que la destruccion de algunas casas en Pavía, tres torres y dejar fuera de combate ciento veinte de sus valientes defensores. Ellos en cambio contaban más de tres mil hombres entre muertos y heridos, vários cañones desmontados y un destrozo en su campamento que tardarian en reparar.

Las instrucciones que Silva y Pescara mandaban en los

pergaminos que dirigian á Leiva estaban produciendo ya los efectos consiguientes.

Pasemos ahora al campamento de los españoles, y veamos si es posible averiguar la causa de su continuada indiferencia, toda vez que la ocasion de coger al enemigo entre dos fuegos y ayudar poderosamente á destruirlo, parecia invitarles á seguir una conducta contraria á la que observaban. La tropa y muchos oficiales desearon en un principio lo que acabamos de exponer; pero en vista de las órdenes terminantes de sus jefes, y no siéndoles permitido dudar de su valor y energía, se resignaron bien á pesar suyo, demostrando no obstante con la mirada y actitud la impaciencia y mal efecto que les causaba aquel estado pasivo á que se veian condenados. Luégo apareció el entusiasmo en sus semblantes, y cuando vieron la manera de defenderse los sitiados, aplaudieron con delirio, y fijos en las llamas y en el humo que salia de la brecha los vitoreaban sin tregua ni descanso. Poco á poco se fueron convenciendo de que Leiva y sus subordinados no necesitaban de la ayuda de nadie para rechazar y destruir á los franceses, y desde aquel instante comenzaron á admirar más, si cabe, el talento y acierto de sus generales.

Silva, Pescara, Navarro, Osorio y Mendoza, sin moverse del sitio elegido en un principio, permanecieron fijos en la plaza, ocultándose mutuamente las agradables impresiones que recibian al ver barridas las columnas francesas y elevarse una muralla de fuego á la parte opuesta de la que lograron destruir los franceses. Almorzaron de pié, tomando sólo fiambres que le sirvieron sus criados, continuando otra vez sin apartar la vista de la ciudad.

Serían como las cuatro de la tarde cuando se cogió Alberto al brazo de Osorio, y separándose con él á un sitio aislado, le preguntó:

—¿Y el tirolés?

—En mi tienda, acompañado de mi criado.

—¿Teneis seguridad de que no os engaña?

—Absoluta; su afición al oro lo convirtió en lebré.

—Referidme ahora la historia de esa casita, interrumpida ayer con la llegada del marqués.

—La tienda del rey de Francia, —dijo Osorio, —se halla situada, como sabéis, al Norte del campamento y muy cerca de la última trinchera. Al concluir ésta empieza un olivar extenso, el cual se prolonga mucho más allá del rádio que ocupa el campamento francés, lo que habreis visto en vuestros reconocimientos.

—Sí, llevo esa arboleda marcada en el plano que tracé.

—Pues bien, al salir de la trinchera y como á cuatrocientos pasos del último centinela existe una casa blanca, pequeña, y en la cual habita la dama francesa que distingue y considera mucho Francisco I.

—¿Habeis estado vos en ese paraje?

—Sí, señor; llegué hasta el pié del edificio con el tirolés, y escondido entre los árboles pude acercarme cuanto quise sin que me vieran sus habitantes ni los soldados del rey, los cuales se hallan á gran distancia.

—¿Qué longitud tiene esa gran distancia?

—Trescientas varas lo ménos.

—¿Y decís que va el monarca todas las noches?

—Pasa allí de nueve á once, sin excepcion alguna.

—¿Quiénes le han visto?

—Yo dos veces, y cuatro mi sirviente y el tirolés.

—¿Cómo os enterásteis de la existencia de ese retiro?

—Por un criado que compraba á nuestro guía vinos, licores y algunas otras cosas.

—¿Le habrá engañado?

—No; que tendido en el suelo y á la pálida luz de la luna, he reconocido yo á Francisco I.

—Don Alvaro, me interesa mucho la exactitud de vuestro relato.

—Lo sé, y por esa causa he averiguado por mí mismo la verdad de lo que me referian.

—Esa dama será la manceba...

—Lo habeis acertado.

—¿Es jóven?

—Dicen que sí.

—¿Hermosa?

—Como pocas; mi criado la vió á caballo por entre el bosque de olivos, y asegura que á tan rara belleza une un valor impropio de su sexo, toda vez que osó acercarse á nuestro campamento, corriendo como el mejor jinete.

—¿Quién acompaña al rey?

—Un embozado.

—¿Sin excepcion?

—Sin excepcion.

—¿Qué servidumbre cuenta la dama?

—Dos doncellas y tres varones.

—¿Nada más?

—Sólo esos.

—Los últimos serán hombres indefensos.

—Y tímidos, como criados de una mujer.

—Pero Francisco la guardará rodeado de leales y valientes servidores.

—Todo lo contrario; la recata cuanto es posible, y sólo el que le acompaña tiene conocimiento de tan misteriosos amores.

—Pueden costarles caras esas citas al valeroso rey de Francia.

—No me pesaría.

—Veamos: ¿qué entradas tiene la casa?

—Dos, la principal que da frente al campamento francés y otra excusada para el servicio de los sirvientes.

—¿Echan en la última los cerrojos por la parte interior?

—Señor duque, cuando me encargásteis en Milan que averiguase si era ó no cierta la residencia de una dama que suponian seguir la suerte de Francisco I, comprendí vuestra intencion, y he caminado un poco más de lo que me mandó.

mi digno maestro. La puerta excusada de esa casita presentaba un cerrojo, que se rompió sin saber la causa ni existir motivo para reparar en ella: conserva sí, la cerradura con dos llaves; una que hay en poder de los criados de esa señora, y esta otra que tengo el gusto de ofreceros.

—Si no estuviera tan próxima una batalla en la que debéis, según todas las probabilidades, ser nombrado general con admiración de propios y extraños, os regalaba el cetro que merecía la adquisición de esta llave.

—Un pedazo de hierro mal construido en nuestro campamento, ¿queriais que fuese digno de tal recompensa?

—Si tan poco vale, contadme su historia.

—Bien sencilla y corta es á fe mía; oidla, señor: con una planchita de cera, marqué el hueco por donde entraba la llave; uno de nuestros forjadores, hombre diestro en su oficio, tuvo suficiente con aquello para hacer otra igual. Cuando concluyó su trabajo me acompañó, llevando consigo algunas herramientas de las que él usa; llegamos, se abrió la puerta por mano maestra, sin ruido alguno se descompuso el cerrojo, y con esto quedó la operación del cerrajero terminada.

—¿Y ya dentro de la casa, os bastó con traeros la llave?

—¡Qué locura! A tientos unas veces, arrastrándome otras y procurando no interrumpir el silencio de la noche, recorrí los pasillos, las dos galerías que tiene, algunas habitaciones, y no salí de allí hasta que averigüé lo necesario.

—Mucho os expusisteis, Osorio.

—No lo creais; el forjador es valiente, y me esperaba cerca; mi criado no es cobarde, y aguardaba junto al olivo más próximo; yo tampoco tenía miedo, y entre los tres...

—Lo supongo. ¿Qué confianza os merece el cerrajero?

—No le conozco bastante; pero acercándose la hora de acompañar á Pescara en su tercera encamisada, le mandé que corriera más; como la noche estaba oscura tropezó una vez y le llamé cobarde y torpe; no siendo lo uno ni lo otro me contestó; entonces el maestro se dió por ofendido, y al llegar al campa-

mento quedó incomunicado en el peor calabozo que tenemos.

—¿Quién le sirve las raciones?

—Mi criado.

—¿No os inspira compasion?

—Sí; pero le valdrá la libertad porque suspira, y cien ducados que le obligarán á bendecir los dias de su encarcelamiento.

—Ved, amigo mio, cómo van apagando los franceses el vivísimo fuego que hacían contra la plaza. Leiva y Francisco I han cruzado hoy más de ochocientas balas; de lo cual deduzco, que si mañana continúa el bombardeo, sólo contará Pavía con pocas más de las municiones que le lleveis esta noche. Decídselo á Pescara, y poneos de acuerdo con él, teniendo muy en cuenta que el enemigo os esperará.

—Creo lo mismo, y será indispensable variar de encamislada.

—Reuníos los cuatro, arreglad vuestro plan y disponed con acierto la última de vuestras sorpresas nocturnas.

—¡La última!

—Sí; pasado mañana todo concluirá. Dad á Leiva ese pergamino y que no dude en obedecer.

Y le volvió la espalda, entrando en su tienda. Osorio participó á Navarro, Pescara y Mendoza la orden del duque; allí mismo discutieron la manera de realizar la idea, é inmediatamente se dispuso la ejecucion. Luégo cenaron, acostándose á las diez y durmiendo con la mayor tranquilidad hasta las tres y media en que los despertaron, se vistieron y montando á caballo, fueron á la loma, donde les esperaban todos los jinetes de que podian disponer, incluso los noventa y cuatro caballeros de la escolta de Alberto. Iban los quinientos ligeros mandados por Osorio, en medio de setecientos jinetes bien armados y dispuestos á abrirse paso por medio de su enemigo. Los primeros llevaban sobre el arzon de la silla pólvora y balas que debian entregar á Leiva, y los restantes la mision de defender á sus compañeros. Componian la vanguardia, la escolta de

Alberto, mandada por Pescara; al centro iba Don Alvaro, á la derecha Mendoza, cerrando la retaguardia el general Navarro, con vários oficiales armados de punta en blanco. De este modo y por sitio que les era muy conocido, comenzaron á atravesar el campamento francés á escape tendido, matando é hiriendo á cuantos encontraban á su paso. Llegaron con facilidad á una de las puertas de Pavía; pero como Leiva no estaba prevenido, tardaron en abrirles, y esto dió origen á un conflicto que no les fué posible prever.

Sin impacientarse esperaron nuestros guerreros á que bajasen los puentes, entregando luego al valiente gobernador cuanto llevaban los ligeros; éstos, libres ya de su carga, empuñaron la espada, los jefes estrecharon la mano de Leiva, Osorio le alargó el pergamino del duque, y dando frente á retaguardia quisieron volver por el mismo camino que habian traido; pero á la mitad de aquél hallaron dos mil caballos franceses dispuestos á estorbarles el paso á lanzadas.

Pescara notó que, no obstante haber hallado despiertos á sus contrarios, no le siguieron hasta los muros como parecia natural; ántes al contrario, y oponiéndoles una débil resistencia, les dejaron llegar y permanecer un cuarto de hora junto al foso de la plaza. Y era, segun comprendió, que pensaban cortarles la retirada, como acontecia en aquellos momentos.

El experto general dió algunas órdenes en voz baja, gritando después en francés, idioma que no entendia ninguno de sus soldados:

—¡A ellos, mis valientes! atravesemos por el centro de la masa enemiga.

Los contrarios le oyeron y se prepararon á recibir dignamente el terrible ataque de los jinetes españoles. Pero de pronto giraron hácia la derecha, se dispersaron, comenzando á atravesar el campamento á escape tendido, no oyéndose otras voces que:

—¡No trabéis combate; corred, corred!

La caballería francesa los persiguió; quinientos arcabuceros,

por cerca de los cuales atravesaron, les hicieron fuego, mas los españoles salieron como el rayo del campo enemigo. La acertada evolucion mandada por Pescara; la sin igual carrera emprendida luégo, y la completa dispersion tan hábilmente dispuesta, aturdió á los franceses que, áun cuando los siguieron, lo verificaron cási sin resultado.

El marqués y los suyos, sin cuidarse de otra cosa que de obedecer al duque, el cual les habia prohibido de antemano que trabasen ningun combate formal, no se detuvieron para nada hasta llegar al punto de partida, ó sea al pié de la loma que ya conocemos. Inmediatamente pasaron revista, faltando once hombres; pero uno de éstos era el general Navarro. Osorio, Mendoza y los quinientos ligeros dieron un grito espantoso al comprender que habia sido muerto, ó herido y prisionero su amado general. Entre los diez restantes se contaban cuatro caballeros y seis soldados; venían además algunos caballos estropeados y quince entre ligeros y de los restantes, con lesiones de más ó ménos consideracion, pero ninguna grave.

Todos pidieron volver al campamento en busca de Navarro, y rescatarlo ó perecer; mas como se trataba del padre adoptivo del duque, Pescara se opuso, mandando que avisaran en el instante al generalísimo. Éste concluía de vestirse cuando le dieron la fatal noticia, y contra su costumbre se precipitó hácia la loma, exclamando al llegar:

—Pié á tierra todos; ¡ay del que en tan críticos momentos desobedezca mi voz!

Luégo, rodeado de los jefes y oficiales que acababan de regresar, con semblante sereno y mirada imponente, les dijo:

—Señores, mucho vale el general Navarro; parte de mi sangre daria con gusto porque no se derramase una sola gota de la suya; pero ántes que él y que nosotros son la patria, el emperador. Si ha muerto cumplió con su deber; á eso nos manda el César, el imperio; á eso hemos venido aquí todos. Si por desgracia pereció, pasado mañana le vengareis; si vive y está prisionero, mañana lo tendreis aquí; que él hizo lo

mismo conmigo en la torre del Godo, soy además su hijo adoptivo y me corresponde el salvarlo. Que corra cada uno á su puesto, general Pescara, y que nadie se ocupe de los once que quedaron entre los franceses. Dadme vuestro brazo, Osorio; hasta luego, marqués.

Y partió en direccion de su tienda, cogido á Don Alvaro. Los demás inclinaron la cabeza, resignándose á obedecerle porque no les era posible otra cosa. Mendoza lloraba, maldecía, y á menudo miraba al cielo en demanda de compasion. Los quinientos ligeros votaban, mientras que el marqués de Pescara y los noventa caballeros que habian regresado, se miraron con sentimiento, exclamando cada cual lo siguiente, poco más ó menos:

—Triste es dejarlos abandonados, pero el duque tiene razon, la patria es primero, y aquí hemos venido todos á morir.

CAPITULO XXV.

La casa blanca.—Sorpresa de nueva especie.—El héroe, el monarca y otros señores.—Rescate.

SERIAN las cinco de la mañana cuando el duque del Imperio y el maestre Osorio llegaron á la tienda del primero. Alberto iba ensimismado y meditabundo; esto al ménos era lo único que demostraba. Don Alvaro parecia triste y tan afligido, que de continuo se llevaba la mano á los ojos para deshacer alguna lágrima que se le escapaba bien á pesar suyo.

—Sentaos junto á mí,—le dijo Silva;—más cerca.

Y cogiéndole una mano, añadió:

—No lloreis, insensato; ignoramos si ha muerto, y de vivir, esta noche volverá al campamento.

—Le amo tanto; fué mi primer maestro, mi padre, mi amigo.

—Más le quiero yo, y no soy descorazonado, Osorio.

—Señor, vos estais disimulando, y yo no puedo hacerlo;

pero la verdad es que ámbos tenemos el alma lacerada, y á no contenernos la idea de que hay patria y emperador, ¡voto al demonio que!..

—Maestre, es verdad; mas hay emperador y patria, y preciso será aguardar, si vive, hasta la noche; si ha muerto, hasta mañana. Os llamo para que me ayudeis á salvarlo. ¿Qué decís?

—¡Con mi vida!

—No os movais del asiento; estaos quieto, y contestad á mis preguntas. ¿Dónde se halla el tirolés?

—En mi tienda.

—¿Cómo estamos de víveres, sabeis vos?

—Ya empiezan á escasear otra vez.

—Bien, pero quedarán algunos.

—Sí, señor; aún debe haber.

—Coged un macho y cargadlo de aquello que tenga más salida en el campamento. Os disfrazais bien, muy bien, Osorio; y puesto que se os conoce entre los franceses como criado del tirolés, acompañad á vuestro amo, averiguando de paso qué es de mi padre adoptivo, de los cuatro caballeros y de los seis soldados. Esto debe hacerse usando al efecto de mucha serenidad, aparentando indiferencia, y con tanta sagacidad y destreza en el fondo...

—Comprendo.

—Don Alvaro, estais agitado, y aquella sangre fria...

—La tendré.

—Si creéis que os ha de faltar, decídmelo francamente, é iré yo en vuestro lugar.

—Vedme, ya quedo tan sereno como vos.

—Aún teneis los ojos encarnados y la mirada corre vaga y sombría.

—¡Qué locura! ¡Ja, ja, ja! Fijaos bien en mí y notareis lo contrario.

—Eso es lo que yo quiero; el alma lacerada, el corazón transido, pero enmascarados ámbos con careta de hierro.

—No creo que halleis en la mia defecto alguno.

—Sois el más diestro de los maestros. Corred, amigo mio; no almuerzo, no tengo vida hasta que vos regreseis. Os aguardaré al pié de la trinchera situada al Norte, que es la más cercana al enemigo.

—Mal hecho; no hay motivo para esa impaciencia, ni yo puedo tardar más de tres horas. Hasta luégo, duque. ¡Ja, ja, ja! y qué rostro tan afligido poneis.

—Bien, amigo mio, bien; el cielo vaya con vos.

—Adios, mi general; pronto regresaré.

Y salió Don Alvaro, mientras Alberto, que se habia puesto en pié para estrecharlo, cayó sobre el sillón, las lágrimas se agolparon á sus ojos, y con voz ronca y afligida, exclamó:

—¡Tambien me arranca el destino á mi segundopadre! ¡Y es lo peor que me obliga á disimular y á fingir! ¡Hasta el mísero soldado ha podido demostrar al noble, al generoso Navarro, más afecto, más cariño que yo, siendo así que lo amo yo sólo tanto como todos ellos juntos! ¡Padre mio, si á presencia de los hombres me veo obligado á mentir, en el retiro te consagro mi amor, te dedico mis lágrimas, dirijo á tu suerte mis suspiros! ¡Ay, cuán amarga la vida; cuántas espinas se hallan en su árido camino! ¡Padre, padre mio; me ahoga el dolor; me mata la pena!

En este instante oyó pisadas que se acercaban á la tienda, y enjugando sus ojos, volvió la espalda á la puerta, comenzando á escribir muy de prisa.

Un momento después entraron Pescara y Mendoza, muy grave y sério el primero y pesaroso y triste el segundo.

—Señor duque,—dijo el marqués con mal modo,—las provisiones se acaban.

—Me alegro.

Contestó Silva en el mismo tono.

—Anoche cargaron los ligeros con demasiada pólvora y balas, y la verdad es que nos han dejado muy pocas.

—Para vencer á los franceses basta y sobra con el arma blanca.

—Eso digo yo, ¡pardiez!—exclamó Mendoza dando un puñetazo sobre la mesa que á poco la hace pedazos.—Llevamos vários dias sin intentar un golpe decisivo, y en verdad que ya nos vamos cansando.

—Señor maestre, ¿os habeis olvidado quién sois y lo que yo represento?

—¡Tengo razon!..

—Id arrestado á vuestra tienda, y comprended que os mando pasar por las armas en el momento que volvais á desplegar los labios.

Mendoza inclinó la cabeza ante Alberto y salió de allí sin expresar frase alguna. Pescara se acercó al héroe y con su anterior forma descompuesta, le preguntó:

—¿Por qué castigais al más valiente y leal de los hombres?

—Por la misma causa que voy á hacerlo con vos, si volveis á hablarme de ese modo. La pena que yo impongo honra al que la sufre.

—Señor generalísimo, yo acato vuestro ilimitado poder y me inclino ante el genio de las batallas; pero no puedo ménos de deciros, á fuer de hidalgo y de verdadero amigo vuestro, que hoy estais frio, muy frio é injusto, que es lo peor.

—Posible es; pero vosotros sois torpes, muy torpes, y yo no.

—Teneis gran talento, mas eso no os da derecho á cometer una injusticia.

—Marqués, venís insufrible y me molesta vuestra presencia.

—¿Me echais?

—Sí.

—No puedo obedeceros; recordad que la mitad de la tienda es mia.

—Entónces, señor general, os estais en ella en tanto que yo no os mande salir, y os advierto, que no olvideis las frases del emperador: «el que falte á Silva, queda sentenciado á muerte por=*Cárlos I.*»

—¿Me arrestais tambien á mí?

—Sí, señor; y os prohibo replicar.

—Está bien; obedezco.

Y comenzó á pasear por la tienda. Silva salió, y en verdad que cuanto acababa de ocurrir lo motivaba el mal efecto que causó en todos la prision ó muerte de Navarro. La noticia de tan fatal acontecimiento sacó fuera de sí hasta al *héroe*, y es indudable que sin el predominio que cada cual tenía sobre el individuo, la cuestion entre el marqués, Don Luis y el duque no hubiera quedado reducida á dos arrestos. Cualquiera de los tres se hallaba dispuesto en tales momentos á dar al traste con todas las consideraciones del mundo.

Silva comenzó á andar sin saber dónde iba ni reparar en nada de cuanto tenía en torno. Al cuarto de hora se detuvo, y cruzando los brazos, exclamó:

—Navarro llevaba una cota interior, á prueba de bala y puñal; por consiguiente no pudieron matarle durante la retirada; luego se daría á conocer, y comprendiendo el rey la importancia de su prisionero, lo habrá conservado para sacar de él el gran partido que se puede. Esto parece lo verosímil, y siendo así poco ó nada se ha perdido. Si Osorio regresara pronto... contra mi costumbre me devora la impaciencia. Y es preciso esperar, sí, aguardaré.

Y haciendo uso de todo su predominio, alzó la frente, demostrando resignacion y esperanza.

El héroe se detuvo sin saberlo, frente á la tienda de Mendoza; pero se fijó en ella y anduvo hasta quedar parado á la puerta. Nuestro gigante se hallaba paseando de un extremo al otro, y no reparó en la llegada del duque; por cuya razon continuó en su actitud anterior.

—Seguidme, maestre.

Le dijo aquél; Don Luis le obedeció sin desplegar los labios.

—Poneos á mi lado. ¿Qué haciais?

—¿Puedo ya hablar?

—Sí.

—Andaba por mi tienda.

—¿En qué pensábais?

—En el diablo y en toda su cohorte, á la cual invocaba contra los franceses.

—Mal hecho; si han cogido prisionero á Navarro, él tiene la culpa que se metió en medio.

—¿No se lo mandásteis vos?

—Sí, y por la misma razon digo que fué en cumplimiento de un deber sagrado.

—¿Y es ese motivo suficiente para que yo no lo sienta?

—¿Y qué sentís? sepamos.

—¡Me gusta la pregunta! que lo hayan muerto.

—Todos os habeis ofuscado y no distinguís la verdad; Navarro vive.

—¿Cómo lo sabeis? Hablad, por Dios.

—Me lo figuro.

—Eso es poco.

—Ya me va pesando haberos levantado el arresto.

—Me es igual; si quereis que vuelva...

—No; proseguid junto á mí, pero creed en mis frases y no dudeis de la Providencia.

—Señor duque, hagamos algo; yo os lo suplico.

—Há mas de una hora que dispuse la realizacion de lo único que se puede llevar á cabo.

—Lo ignoraba, y en verdad que no era de esperar otra cosa de vos. ¿Quién fué el encargado?

—Osorio.

—Sí; mi querido amigo es sagaz, diestro y tan valiente, que lo que él no consiga dificilmente lo logrará otro.

En este instante llegaron á la trinchera que daba frente al Norte, quedando parados junto á una batería; Silva se apoyó en un cañon, Mendoza en otro, y así permanecieron hasta tanto que, llegando un caballero de la escolta del duque, dijo á éste:

—Señor, el marqués de Pescara me manda deciros que teneis el almuerzo sobre la mesa.

—Contestad al general,—replicó Alberto,—que no como ahora, y que cuando él lo haya verificado venga aquí.

Media hora después le preguntaba Pescara:

—¿Qué deseais de mí?

—¿Habeis almorzado?

—Lo haré cuando vos.

—Entónces esperad á mi lado el regreso de Osorio.

Y los tres permanecieron apoyados sobre otros tantos cañones, sin hablar ni hacer otra cosa que fijar la mirada en el sitio á que la dirigía Alberto. Así prosiguieron cerca de dos horas. De pronto se incorporó el héroe, exclamando:

—¡Osorio!

—¡Él es!

—Bien disfrazado viene.

Dijo cada cual, viendo acercarse al famoso maestro, el cual corría cuanto le era posible. Los tres le cogieron en medio, preguntándole el duque:

—¿Y mi padre?

—¡Vive; pero dejadme que cobre aliento; he corrido tanto, y sentí una emocion tan grande!

—Descansad, amigo mio, lo puramente indispensable; notad que nos mata la impaciencia.

—Me pude enterar de todo, de todo. Oid: el general Navarro cayó en una zanja, efecto de haberle derribado su caballo, el cual recibió vários balazos. Se echaron sobre él, y no siéndole dable defenderse, dijo quién era, llevándolo inmediatamente á la presencia de Francisco I. El rey estuvo con él muy atento y cortés; elogió su valor y bizarría, concluyendo por ofrecerle un mando en su ejército. Don Pedro juzgó que le insultaba; le contestó mal, con mucha acritud, segun cuentan, y ofendido el monarca dispuso que lo retirasen de allí, sentenciándolo luégo á morir de sueño.

—¡De sueño!

Exclamaron Silva, Pescara y Mendoza. El primero añadió:

—Dios le ha inspirado; creyendo S. M. proporcionar á mi

amado padre la agonía más horrible que se conoce, optó por un padecimiento penosísimo, pero largo, muy largo, y era todo cuanto necesitábamos. Si eso es cierto, alegraos, señores, que yo salvaré á Navarro ántes de que empiece á sufrir los malos efectos de su condena.

—Señor duque,—replicó Osorio,—me enteré bien y os he dicho la verdad; pero vuelvo con el sentimiento de no haber podido averiguar el paraje donde lo tienen preso.

—¿Y qué falta nos hace? me basta á mí con que lo sepa Francisco I.

—Entónces alegrémonos, que mi relato es exacto.

—¿Y mis cuatro caballeros?

—Cayeron heridos, y en union de los seis soldados que sufrieron la misma suerte, han sido trasladados al hospital.

—¿Y el tirolés?

—En este instante se dirige á mi tienda, seguido de mi criado.

—¿Oís? Las baterías francesas rompen el fuego contra la plaza. Temprano empiezan, y hoy conseguirán, á mi juicio, lo mismo que ayer. Almorcemos, señores; esas salvas excitan mi apetito: tened confianza y esperad.

Silva se cogió al brazo de Pescara y los cuatro se dirigieron á la tienda de aquellos, participando de la esperanza que há tiempo animaba al duque del Imperio.

Almorzaron, ocupando una parte del dia en ver á los franceses cañonear á Pavía y á los sitiados defenderse de un modo heroico. A las tres comieron en la tienda, quedando solo el generalísimo hasta las cinco que concluyó de escribir, y buscando á Pescara que seguia mirando los fuegos, le dijo:

—Marqués, ahí teneis las instrucciones de lo que debeis hacer miéntras Osorio, Mendoza, dos capitanes y yo salvamos al general Navarro. Estudiadlas bien; dad las órdenes convenientes á su ejecucion, y no os admireis de nada; os he dicho y repito, que mañana todo habrá concluido. Vosotros, seguidme.

Y mientras el marqués leía lo que Silva concluía de darle, entraban en la tienda los dos maestros y el generalísimo. El último les dijo:

—Poneos cotas, groseros tabardos, las mejores espadas, gorras sin plumas, y acompañados de los dos capitanes más serenos y valientes, esperadme los cuatro al pié de la trinchera próxima al bosque de olivos. Nos dirigimos, maestre Osorio, á la casita blanca; de lo cual deducireis que esta noche os toca ser nuestro guía. No es necesario que os barniceis el rostro ni estorbarán las bandas y ropilla de seda que podeis cubrir con los tabardos. Llegad al sitio indicado después de anochecido. Adios.

Mientras Don Luis y Don Alvaro obedecían al héroe, éste llamó á su criado y se hizo vestir con el mejor traje que tenía de terciopelo negro. Más tarde se embozó en una capa de paño del mismo color, llevando en la mano la pluma de su elegante gorra. También ocultó su insignia de generalísimo, y cubierto hasta los ojos, se encaminó al pié de la trinchera, donde ya le esperaban los dos maestros y otros tantos capitanes. Antes de partir habló con Osorio, y seguidamente se pusieron en marcha los cinco.

La noche empezaba oscura y fría; nuestros valientes sin desplegar los labios, pero con la vista y el oído muy atentos, consiguieron penetrar en la arboleda á que se dirigían, logrando no hallar á nadie en su misteriosa excursión. Ya en el bosque, y de acuerdo los cinco sobre el plan que Silva intentaba realizar, prosiguieron caminando hasta acercarse á una casita blanca, que era la misma descrita por Don Alvaro.

Cuatro de ellos quedaron escondidos detrás de los árboles, mientras el quinto, ó sea Osorio, se corrió al lado opuesto, que era por la entrada principal de la mencionada vivienda, y continuó adelante, usando de todas las precauciones que le imponían el cumplimiento de su difícil misión. A quinientas varas de la casa y á la orilla del camino que debía traer Francisco I se detuvo el maestre; reconoció los árboles que había en tor-

no, concluyendo por subirse á uno que dominaba el citado camino, y entre cuyas hojas se ocultó.

Sus cuatro compañeros aguardaban silenciosos á veinte pasos de la segunda puerta que tenía la casita, recatados cuanto les permitia la oscuridad de la noche y el grueso del tronco que respectivamente buscó cada cual.

Sin moverse Don Alvaro, y atento únicamente á la llegada de Francisco I, esperó cerca de una hora, sosteniéndose ese tiempo en una postura bastante incómoda; por fin distinguió dos bultos que se dirigian desde el campamento á la casa inmediata. Osorio sacó un silbato, produciendo con él un sonido extraño y que imitaba perfectamente al chirrido de algunas aves.

Aún continuó mirando; luego vió pasar los dos bultos por debajo de él, y reconociendo á Francisco I, repitió el chirrido, y fué poco á poco deslizándose del árbol hasta llegar al suelo. A cuarenta pasos del rey cruzó el camino y torciendo á la derecha, sin hacer ruido alguno y saltando como la liebre, se dirigió al paraje en que estaban sus amigos.

En cuanto Silva oyó el primer chirrido, avanzó solo, metió la llave que le entregó Don Alvaro, y no tardó en ver girar la segunda puerta de la casita blanca. Al escuchar el segundo, se acercó á él Mendoza, y ámbos penetraron, dejando entornada la puerta. Cási á tientas y con sólo las instrucciones que Osorio les habia dado, anduvieron un pasillo, cruzaron luego la escalera, quedando ámbos parados en el piso principal, y en donde supusieron que nádie les veía.

No tardaron en oir llamar por la fachada principal; escucharon el ruido de los cerrojos, percibiendo perfectamente que se abria y cerraba la puerta. Alberto permaneció hasta entónces con el cuerpo inclinado y conteniendo el aliento; su corazon, como el de Mendoza, dejó de palpar; pudiendo asegurarse que en el tiempo que permanecieron en aquella postura, eran dos estatuas sin vida, accion ni movimiento; pero al oir que la puerta se cerraba, se incorporó el héroe, respirando con tranquilidad y satisfaccion. Una sonrisa siniestra y aterradora

apareció en sus labios, inspirando otra igual á Mendoza, y ámbos cogidos de la mano avanzaron.

Francisco I, acompañado de uno de sus chambelanes llegó á la casa al mismo tiempo que Osorio, penetrando éste á la vez que aquellos por distinta puerta. Las dos se cerraron, fijándose en los umbrales espada en mano los capitanes de Silva que acechaban cerca de allí.

El rey subió la escalera llegando á una sala pequeña, donde arrojó la capa, diciendo al que le seguía:

—Esperad, como de costumbre.

El uno se sentó tranquilamente, mientras el otro entraba en la habitacion contigua, en la cual halló al duque del Imperio y á Mendoza; el primero habia arrojado tambien la capa sobre un sillón y colocado su pluma y banda; el segundo desabrochó el tabardo, y ámbos presentaban las insignias militares del cargo que respectivamente ejercian.

La primera impresion de Francisco fué grata hasta el punto de alargar la mano al *héroe*, diciendo:

--¡Silva, amigo mio, os esperaba con loca impaciencia!

—Gracias, señor, tambien yo anhelaba la honra de estrechar la augusta diestra de V. M.

El rey retrocedió dos pasos y se fijó luego en el duque, añadiendo:

—Pero no era en este sitio, ni á esta hora; ¿quereis explicarme el enigma?

—Eso deseo; mas no alceis tanto la voz, que os van á oír y nos conviene el misterio, señor, mucho misterio.

—¿Ese que entra es Vissó?

Preguntó el monarca viendo llegar á Osorio.

--No; son el maestre de campo Don Luis Mendoza, á quien ya conoce V. M., y el de igual gerarquía militar Don Alvaro de Osorio; dos leales servidores, que en este momento van á hacernos el favor de dejarnos solos, cumpliendo á la vez con las órdenes que les tengo dadas.

Ambos se inclinaron y desaparecieron de allí, cerrando

las dos puertas que habia en aquella habitacion. Mendoza se sentó al lado del favorito ó chambelan del rey, comenzando á hablar con él de Francia y de los acontecimientos políticos que tenían lugar en el resto de Europa; miéntrasque Osorio, cogiendo una silla, hizo lo mismo al lado opuesto y frente al estrado, en el cual una hermosa dama aguardaba á Francisco I.

Solos ya el soberano y Alberto, exclamó aquél:

—Duque, explicadme la causa de vuestra aparicion en este sitio, y si sois caballero, no economiceis las frases que os pueden poner en el lugar de que os he visto descender.

—Señor, yo no fuí nunca aficionado á las intrigas; me cuesta trabajo fingir, y es un hecho, como voy á demostraros, que anhelo ser franco, explícito, terminante; pero vuelvo á rogar á V. M. que no alce la voz, pues tengo que deciros cosas muy graves, y nos hallamos rodeados por todas partes de jefes españoles, para los que deseo y os conviene que pase desapercibida nuestra conversacion.

—Decidme ante todo, si venís como yo esperaba; si quereis vuestro título de almirante, ó si por el contrario he sido víctima de una horrible traicion.

—Quiero, señor, que V. M. juzgue por sí mismo, á cuyo fin es preciso que tenga un poco de paciencia y me escuche.

—Silva, yo os mando que contesteis categóricamente á mi pregunta.

—Lo siento, señor, pero me es imposible. Fijaos bien en mí, y acaso encontreis la solucion del problema.

—Porque he reparado que traeis vuestra insignia de generalísimo, os interrogo.

—¿Y no os dice ella lo suficiente?

—Comprendo; me habeis tendido horrible celada, pagando de una manera infcua la honra que yo os ofrecí.

—En Francia, señor, os apellidan *el rey caballero*; pero en el resto de Europa se rien de esa calificacion, y dicen que faltais á vuestras palabras; que vuestra real conciencia es muy elástica, y otra porcion de cosas, aduciendo pruebas que yo

citaré, si V. M. me vuelve á hacer el más leve insulto. Deseo, anhelo vivamente justificar mi conducta, porque es, ha sido y será siempre la del vasallo más leal del César y la de un cumplido caballero.

—La doy por justificada, con tal que abrevies, duque, diciéndome de una vez lo que os proponeis esta noche.

—Señor, represento en Italia al emperador Cárlos I; soy aquí el mismo emperador; ved la prueba.

Y le alargó el pergamino que ya conocen nuestros lectores, el cual leyó el rey, exclamando con sorpresa:

—¡Su firma; y está fechado en Tolosa! ¿Qué quereis decirme con esto?

—Que cuando se reunen los dos primeros monarcas de la tierra para tratar asuntos de importancia, es indispensable mucha calma y discrecion; de lo contrario imitaremos el diálogo de los dos calaveras más deshechos de nuestros ejércitos.

—Si es imprescindible tener paciencia, haré el sacrificio de llamarla en mi auxilio.

—Tan necesaria es es, que si yo me igualara á vos en viveza, estariais ya andando para el campamento español, después prisionero, y mañana á estas horas no existiria un francés que osara en Italia levantar su pica, tirar de la espada ó enarbolar su lanza. Mirad en torno, desechad ilusiones, y hablemos, señor, hablemos, que va ganando mucho V. M. no disgustando á su pobre prisionero de la torre del Godo.

—¿Por qué habeis elegido este sitio?

—Primero, porque nádie nos puede interrumpir, toda vez que, aún cuando pasásemos la noche discutiendo, ninguno intentará en vuestro campamento llegar aquí; y segundo, porque vuestra tienda mandais vos, y en este paraje me obedecen á mí todos los que nos rodean.

Francisco I comprendió al fin lo crítico de la situacion en que Alberto de Silva lo habia colocado; meditó por espacio de algunos minutos, y aparentando una calma que estaba muy léjos de sentir, exclamó:

—Sentémonos, señor duque, y decidme cuanto querais.

—Gracias por la honra; la acepto, y me dispongo á complaceros. Hágame V. M. el señalado obsequio de prestarme atencion.

En tanto que esta escena tenía lugar entre Francisco y Alberto, sepamos lo que ocurría en el resto de la casa.

A la parte adentro de la puerta por donde penetró el rey habia un viejo girondino, encargado de abrir aquella cuando entraba ó salía S. M.; pero como éste permanecía allí tres horas, el de la Gironda se sentó en un sillón de baqueta, y en tales momentos echaba su sueño cotidiano. Ya no se hallaba persona alguna hasta llegar á la habitacion en que proseguía conversando amigablemente con Mendoza el favorito y chambelán del monarca. Cuando aquél vió que se cerraba la puerta por donde habia salido su amo, y que le ofrecía la diestra un maestre de campo que hablaba su idioma con la misma perfeccion que él, lo creyó pariente de la favorita, en cuya casa estaban, y comenzó á tratarlo con la cortesana, amabilidad y cumplidos propios del ente más almirado, fino y atento. Cuando nuestro experto gigante oía que el rey alzaba la voz, procuraba apagarla con su ronco acento, para que su compañero no pudiera comprender lo que pasaba en la pieza inmediata. De este modo empleó varias horas, durante las cuales encantó con sus discursos y conocimiento del estado de Europa al favorito de Francisco, el que se atrevió á ofrecerle su amistad, que Don Luis aceptó con júbilo y entusiasmo.

Siguiendo adelante, se hallaban el rey y el duque, según hemos dicho; á la parte opuesta Osorio, sentado en un sillón de roble; y enfrente, en el salón principal de la casa, habia una hermosa dama, que contaría veinte años de edad, delante de un espejo, mirando los últimos adornos que acababa de ponerla la doncella que tenía al lado. Era la favorita del monarca. Presentaba rubios y ensortijados sus cabellos; nacarado el cutis; esbelto el talle; diminutos sus piés y manos, y un conjunto en fin, tan agradable como bello.

Sus tres criados restantes, desde ántes de llamar el rey se retiraron, segun costumbre, á una de las habitaciones interiores del piso principal, y en estos momentos se entregaban á tranquilo sueño, por no juzgarse de peor condicion que el moftetudo gironдино, portero y sirviente de la casa.

Quedémonos por algunos instantes en el estrado. La favorita oyó que llamaba S. M. y apremió á la doncella para que acabase de fijarle el prendido; mas habiendo terminado aquella, y observando que trascurrieron diez minutos sin que el rey apareciese, preguntó á la sirvienta:

—¿Qué acontece? ¿por qué no entra Francisco?

—No lo sé.

—Nunca ha tardado tanto en subir la escalera y atravesar esas tres habitaciones.

—Cierto, y me admira mucho.

—Entérate, Adelina. Esta flor cae de un modo elegante y seductor sobre los rizos.

—Estais encantadora.

—¿Sí? Gracias. Vé á lo que te he dicho.

La doncella abrió la puerta, mirando enfrente á Don Alvaro de Osorio, el cual á su vez distinguió á la favorita delante del espejo, bastante escotada, y en verdad que su talle y blanca epidermis arrancaron un hondo suspiro á nuestro sóbrio guerrero.

La sirvienta se acercó al maestre de campo, y con timidez le preguntó:

—¿Y el señor?

Don Alvaro se quitó el grosero tabardo; descubrió su cabeza, y bajando mucho la voz, la contestó:

—Está muy ocupado; se trata de realizar aquí un gran acontecimiento entre S. M. y el duque del Imperio de mucha cuenta para el Estado; y como esta casita se halla aislada, por eso es la elegida para este fin.

—¿Sois extranjero?

—Sí, hija mia, español y partidario decidido de las damas

francesas que se parecen á las dos que acabo de ver en tan poético retiro.

—¿Servís al señor?

—Ya lo veis.

—¿Está cerca?

—Oid su voz.

—Cierto; habla con otro.

—Sí, con el señor duque del Imperio.

—¿Qué digo á mi señora?

—Lo que os he referido; añadiendo, que si desea saber lo que ocurre de extraordinario en su casa me lo participe, y yo en secreto se lo revelaré todo, todo. El monarca tardará todavía dos horas ó más en concluir.

—Corro á enterarla.

La doncella desapareció, cerrando el estrado, segun estaba anteriormente. Osorio miró con avidez la puerta que guardaba, y notando que dejaron la llave por la parte afuera, echó una vuelta, metiéndosela en el bolsillo, en tanto que brillaba en sus labios una sonrisa que indicó la solución de un problema. Luégo arregló la ropilla de terciopelo que cubria parte de su cota, atusando su bigote y perilla negros. No satisfecho aún, colocó mejor de lo que estaba su banda de maestre de campo, puso en orden los cabellos, y esperó, diciendo para sí:

—Si el enemigo abre la puerta, me ofrezco á vencerlo; si resiste, veremos de ocupar el tiempo en algo.

Al acabar se presentó de nuevo la doncella, saliendo á recibirla Don Alvaro.

—¿Qué dice vuestra sublime señora?—le preguntó.

—Que si estais cierto de que S. M. ha de tardar y de que no se incomodará por vuestra presencia y relato, que paseis, pues le agradaria mucho saber qué acontecimiento es ese. Yo añadí, que erais un maestre de campo excelente, muy atento y cortés, y amigo íntimo de S. M.

—Por supuesto. Tomad, hija mia, ese bolsillo que contiene veinte escudos en oro, y partid inmediatamente con los res-

tantes criados, no haga el demonio que alguno nos escuche, cuente luego el secreto que voy á revelar á vuestra señora, y entónces la perdeis para siempre.

—Estarán dormidos como de costumbre; mas en vista de la gravedad del caso, me voy entre ellos y cerraré la puerta, permaneciendo así hasta que llame la señora.

—Eso es; no salid ninguno sin que ella ó yo avisemos.

—Hasta luego.

—Adios, hija mia.

La doncella se perdió por un pasillo que conducia á las habitaciones interiores, y Osorio, dando á sus veintiseis años y gallarda figura un aspecto agradable y simpático, entró en el estrado, y entornando la puerta se acercó á la favorita, que le esperaba en medio de la estancia, haciéndole una graciosa reverencia que ella le devolvió cortés y amable:

—Español, maestro de campo,—dijo Don Alvaro,—y vástago de una familia ilustre, soy todo vuestro, señora.

—Gracias, señor; hablais muy bien el francés.

—Sí; lo aprendí en mi infancia, á la vez que el alemán, el italiano, el inglés y el árabe.

—¿Servís á S. M.?

—A S. M. sirvo, y á vos ahora, que sois la reina de la hermosura.

—Ya sabía yo que los españoles érais muy galantes.

—Posible es; pero en esta ocasion sólo hago justicia al encanto, á la belleza más perfecta que hallé en el mundo.

—Callad, por Dios, no vaya á oiros S. M. Yo os ruego dejéis de hacerme tan inmerecido favor, y me conteis qué intriga es esa; porque habeis de saber que soy muy curiosa.

—Hay tiempo para todo. El rey pasará hablando con el duque del Imperio más de dos horas.

—¿Se incomodaria si supiese?..

—No, ni le es fácil tampoco; los españoles somos muy precavidos; cerré la puerta que comunica con estas habitaciones, y hé aquí la llave.

—¿Y si os han escuchado?

—Imposible; ya os he dicho que se trata de un acontecimiento sin igual. Soy, por otra parte, el encargado de impedir que por ahí éntre nádie, y el modo de asegurarme mejor es el de cerrar la puerta.

—No os falta talento.

—Y á vos os sobran gracias, encantos y hermosura. Pero noto con sentimiento que estais de pié por culpa mia, y no debo tolerarlo por más tiempo. Sentaos en este sofá, bella señora; yo os lo ruego, y así escuchareis con comodidad la historia de lo que pasa en el mundo. Encerrada en este mísero albergue, desconoceis lo que existe de grande y majestuoso sobre la tierra. Yo, que he cruzado los mares; que atravesé los llanos, los montes y los espacios, en fin, más dilatados del universo; que me senté á la mesa con los emperadores; que habité la cabaña del pescador, y que me elevé tanto como descendí después, yo os referiré cosas que llenarán de asombro á una dama tan bella y curiosa.

—¿Tan jóven ya recorrísteis el mundo?

—Sí; guerrero audaz y emprendedor, nada detuvo mi arrogante paso.

—¿Sois casado?

—No; la mujer fué para mí hasta ahora una ilusion, una ráfaga deliciosa que vi desaparecer con la rapidez que se llegaba á mí.

—Bien os expresais, español.

—Mucho vi, pero jamás contemplé una mano más blanca, pequeña y torneada que esta; la misma que vos teneis la incomparable bondad de dejar entre las mias; de permitidme que la admire, que la bese...

—¿Qué haceis caballero?

—Nada; postrarme esclavo y rendido ante un prodigio, ante la obra magna de la creacion.

—Vuestra mirada despide fuego, abrasan vuestras manos... ¡Jesús, y qué osados son los españoles!...

Osorio acabó de cerrar la puerta, y notando que nadie los escuchaba, tranquilizó á la favorita, prosiguiendo junto á ella más de una hora. Luégo se puso en pié, y besando su mano con mucho respeto y consideracion, la dijo:

—Estoy de centinela, bien á pesar mio, y debo ocupar mi puesto nuevamente.

—Sí, ya podeis hacerlo sin cuidado alguno. ¿Volveré á veros? Vuestras historias me agradan sobremanera; ¡sois tan osado, tan valiente! Estoy sola en este retiro desde las once de la noche hasta las nueve de la siguiente.

Don Alvaro exhaló un suspiro, contestando:

—Volveré, si me es posible.

Ella se miró á la vez al espejo, exclamando para sí:

—Volverá.

Y añadió fuerte:

—Aquí aguardo á mi señor.

—Sí, esperadle arreglando vuestro prendido como de costumbre.

Y haciéndose ámbos otra graciosa reverencia, desapareció Osorio, dejando la puerta cerrada. Acto continuo se cubrió con el tabardo y gorra, puso en su sitio la llave, y quitando la vuelta aplicó el oído á la cerradura.

—Siguen hablando,—exclamó para sí;—cuestionan y llevan trazas de continuar mucho tiempo. Si yo lo hubiera sabido...

Y se arrellanó en el sillón aguardando á que lo llamasen.

Penetremos ahora en la estancia donde prosiguen el duque del Imperio y Francisco I. Los abandonamos en el momento que concluian de sentarse, y el rey, aparentando calma y tranquilidad, se disponia á escuchar al generalísimo. Éste le dijo:

—Señor, en la batalla de Agout fuí herido villana y cobardemente por asesinos que conocia V. M.; luego me llevaron exánime y cubierto de sangre al pueblo inmediato, donde quisieron venderme muy caro un médico, cama y la vida que intentaron salvarme; yo los acepté, al recobrar la razon, sin

comprometerme á nada; más tarde, cuando V. M. se dignó hacerme proposiciones inadmisibles para toda persona bien nacida, me impidieron contestar categóricamente los golpes de tos, la sangre que se agolpaba á mi boca... ¿No lo recuerda V. M.?

—Sí; pero dísteis asentimiento á mis frases.

—Cierto; afirmé con signos que vos decíais aquello, comprometiéndome solemnemente á venir á Italia, segun estais viendo. Tuvísteis la debilidad de participarme que la suerte del imperio español peligraba, y enfermo, débil y prisionero, concebí la idea de salvarlo como estoy haciendo. Hasta ese dia fuí generoso con mis enemigos; es un hecho innegable que sólo en el campo de batalla, frente á frente de ellos y en propia defensa, mandaba desnudar la espada y cargar; pero usaron conmigo de traicion tan infcua, me juzgaron luégo tan ruin y miserable, y quisieron sacar tanto partido de mi inutilidad física, que pusieron en grave peligro á mi patria y me fué imposible desoir su voz. Ante lo que era mi deber tuve que inclinarme, y la torre del Godo con sus seiscientos tres defensores volaron.

—¡Imposible!

Exclamó el rey, mirando á Alberto fijamente.

—Señor, yo no falto nunca á la verdad ni exagero; cuando todavía se me conceptuaba débil, enfermo é inútil, me levanté de la cama; sostuve un combate cuerpo á cuerpo con el asesino Vissó, y lo maté; más tarde salí del castillo; los mios pegaron fuego á una mecha que atravesaba el taladro practicado en la parte Sur; voló el repuesto de pólvora, que era inmenso, y de la torre del Godo y su guarnicion quedó el nombre.

—De ser cierto eso, no cabe mayor maldad ni más horrible traicion.

—Os equivocais; desde el instante que me dijísteis lo que pasaba en Italia, comencé á conspirar, que era todo lo ménos á que me daba derecho el ofrecimiento de V. M. Con sólo mi paje, el general Navarro, Mendoza, Osorio, Lara, y cuatro

miseros contrabandistas, llevé á cabo lo expresado ántes, sin que mi conciencia me arguya de haber realizado medio indigno de un caballero.

—Eso prueba que vuestra conciencia es muy elástica.

—Tampoco es cierto; cuantos me conocen opinan lo contrario, y mi conducta usada hasta aquí lo atestigua. A mí no me acusó hombre alguno como á vos, de que haya faltado á la palabra empeñada ni al deber de caballero; jamás cometí traicion ni la aconsejé á nadie; léjos de eso huí de ella, y hasta perdoné en várias ocasiones á los que la emplearon conmigo. Yo os ruego que en gracia á la justicia no me confundais con el que desde su palacio dirigió el puñal de Bermudez y los mosquetes de Vissó, con el hombre infcua que sacrificó su ejército por llevar á cabo la más negra de las infamias. En brazos del crimen, le aconsejó Lucifer, y no pudo oír la voz de la Providencia, que hoy le dice: «estás perdido; tu suerte corresponderá en adelante á tus muchos delitos.»

—No os comprendo, Silva.

—Rey Francisco, os hallais prisionero de guerra del emperador Carlos I, y vais á seguirme al campamento español.

—¡Eso nunca! ¡primero me dejaré matar!

—No griteis; que os oyen y van á creer que cuestionais de un modo impropio del puesto que Dios se dignó otorgaros. Para que lo sepais de una vez, esta casa y habitacion están rodeadas de mis maestros y capitanes; entre ellos se encuentra Don Luis de Mendoza, al cual le sobran fuerzas para cogeros debajo del brazo y llevaros donde yo le mande; y si prefiriérais la muerte, tampoco habria inconveniente en concederos la gracia frente á frente y con iguales armas.

—Noto que en la torre del Godo os presentásteis á mí segun veo ahora, muy pequeño, y al volver á hallaros no distinguo nada más ruin. ¿Quereis decirme, en consecuencia, en qué se funda vuestro renombre de héroe, valiente y caballero?

—Vos lo sabreis, que me quisísteis nombrar almirante de Francia y cederme el mando de vuestros ejércitos.

—Me debieron engañar, como á tantos otros, siendo así que al acercaros á mi persona nada justifica en vos lo que pregona la fama.

—Consiste en que no siempre le es dado al cazador hallar al jabalí ó al tigre á campo raso ó en la frondosidad del bosque; hay ocasiones en que se le busca en su madriguera, y si ésta se encuentra en un cenagal, para llegar á él no hay otro remedio que untarse los piés; pero los piés nada más, señor. En cambio, pueden aseguraros miles y miles de hombres que corrí tras de la fiera y no dí con ella en Fuenterrabía, el Bearn, Lombez y Tolosa; la distinguí en Agout, pero fué tan miserable que huyó de mí, mandándome á sus cachorros por la espalda del modo que no habreis olvidado. Más tarde la busqué por toda Italia; se me conocia con el nombre de *La Muerte enmascarada*; un mes pasé recorriendo el Piamonte y la Lombardía, seguido únicamente de noventa y cuatro caballeros; y no obstante sus ochenta mil lobos, jamás osó ponerseme delante.

—Era mucho descender, Silva.

—Verdad es, señor; el buen rey, ántes de bajar un escalon de su excelso trono, debe consentir que le copen más de treinta mil hombres.

—Eso es un delirio.

—Justo es que así lo creais; pues há más de cuarenta dias que tomé los pasos de Niza y toda la costa del Mediterráneo, incomunicando á Italia con Francia por mar y tierra; á la vez os fuí destruyendo cuantas guarniciones y columnas sueltas teniais en el Piamonte y la Lombardía para dejaros reducido, segun acontece hoy, á ese cerco, en el cual aparecen ya sitiadas por todas partes vuestras acobardadas huestes. Os puse en peor situacion mil veces que vos á Pescara, y lo hice con un número de soldados que no os digo por evitaros el rubor. Esta noche ireis de grado ó por fuerza á mi campo, y mañana todo habrá concluido en Italia.

Francisco I inclinó la cabeza y comenzó á meditar. Alberto

le demostró la verdad en extracto, y principió á comprender la causa de no recibir noticias de Francia há mucho tiempo, y de la ignorancia en que estaba por espacio de ocho dias de los acontecimientos que pudieran tener lugar en Italia. Su frente se plegó de arrugas; sufría cruelmente, y cuando se hubo convencido de que el problema no tenía solucion posible, apeló á la nobleza del generalísimo, diciéndole:

—Señor duque, puesto que insistís en apellidaros valiente y caballero, dadme una prueba que no olvidaré jamás. Yo desafío al *héroe* á campo raso y al frente de su ejército; de este modo si triunfais os cubrireis de gloria, miéntras que haciéndome prisionero en la emboscada que concluís de tenderme, el mundo os verá siempre chico y ruin.

Alberto de Silva fué poco á poco estrechando á Francisco I, hasta obligarle, como acabamos de ver, á que le propusiera lo que él deseaba, á lo único que habia ido allí. No era propio de su genio y elevado talento arrancar una victoria á su enemigo por medio de la sorpresa y la intriga; pero le convenia que el rey no conociera aún su pensamiento, y se contrajo á preguntarle:

—¿Lo hariais vos en mi lugar?

—Sí.

—Teniéndome prisionero, como yo á vos, ¿me dejariais escapar por sólo el placer de vencerme al dia siguiente en el campo del honor?

—Ciertamente.

—Es que yo no cuento más que con nueve ó diez mil hombres, y vos me triplicais el número con exceso.

—¿No os apellidan héroe?

—¿Sería efectivamente hecho heroico venceros con sólo la fuerza de que yo dispongo?

—Nádie podría dudarlo.

—¿Retirariais las palabras que ántes me digísteis?

—Al momento.

—Entónces acepto, con tal que me deis algo por mi pri-

sionero; que yo jamás busco á mi enemigo para volverme de vacío.

—¿Qué quereis por él?

—Mucho vale, y el rey Francisco tiene poco de que disponer; mas no poseyendo otra cosa, me conformo con los once españoles que apresásteis anoche.

—¿Qué más?

—Eso sólo; y os doy palabra de honor de que mañana al salir el sol abandonaré las posiciones que defendiendo, y al frente de los nueve ó diez mil hombres de que dispongo os provocaré á un combate decisivo.

—¿Me lo jurais?

—Sí.

—Retiro las palabras que pudieron ofenderos; acepto el combate y aguardo la libertad, consecuencia de nuestro pacto.

—Muy bien; á la derecha veo papel y tintero; extended la orden para que entreguen en el acto al general Navarro y diez heridos españoles.

Francisco se puso de acuerdo con él en la forma que debia redactarse, escribiendo después:

«Señor almirante: os mando que en este momento dejeis
»al prisionero Mr. Pedro Navarro en libertad de seguir á los
»portadores de esta orden, uno de los cuales os es ya muy
»conocido. Luégo entregais al maestro de campo Mr. Luis de
»Mendoza los diez heridos que apresamos anoche; los que no
»puedan caminar por su pié irán en camilla, conduciéndolos
»mis soldados al campamento enemigo. Vos, mis restantes ge-
»nerales y cuantos tienen voz y voto en el consejo, esperarán
»en mi tienda á su rey=*Francisco I.*»

Acto contínuo llamó al favorito y se la dió, diciendo:

—Entregad inmediatamente esa orden, y que se cumpla lo que mando en ella. Os acompañarán los maestros de campo españoles Osorio y Mendoza, regresando aquí inmediatamente.

Silva hizo entrar á sus dos amigos, diciendo al atleta:

—Don Luis, cuando os den los diez heridos nuestros que existen en el campamento francés, conducidlos al hospital de sangre, permitiendo que regresen en el acto de dejarlos los que los hayan llevado. Luégo me esperais en mi tienda. Vos, Oserio, traeis aquí á mi padre adoptivo, teniendo muy en cuenta que concluido de llegar marcharemos. Los restantes que aguarden en sus sitios.

Y salieron los tres, yendo delante Don Alvaro, el cual avisó á los dos capitanes para que no se opusieran ni aún salieran al encuentro de los que caminaban detrás.

El rey y el *héroe* quedaron hablando de los acontecimientos que tuvieron lugar en Francia desde el dia siguiente al en que Silva se halló libre. A todas las preguntas que el monarca le hacía, contestaba Alberto con la mayor ingenuidad, y entónces comprendió Francisco I todas sus imprevisiones y torpe creencia; verdad es que no le era posible llegar ni con mucho á la altura á que se elevaba el talento de su afortunado enemigo; por eso obraba sin comprenderlo y de un modo contrario al del invicto caudillo español.

Una hora después entró Navarro en medio del favorito y de Oserio. Padre é hijo se abrazaron con ternura, asomando las lágrimas á los ojos de ámbos; Francisco I no pudo comprender aquel rasgo de mútuo cariño entre el generalísimo y uno de sus subordinados; pero Silva notó su sorpresa, y lo sacó de ella, diciéndole:

—No extrañen á V. M. mis lágrimas ni el amor que demuestro á Navarro; es mi padre adoptivo, mi compañero, mi amigo íntimo. Vine á visitaros aquí en cumplimiento de la palabra que os dí en la torre del Godo, y con la sola idea de arrancaros este cautivo. Jamás pensé, os lo juro solemnemente, hacer prisionero de un modo ruin y miserable, y ménos llevar á mi tienda, víctima de una sorpresa y de la intriga, á un rey que al frente de sus ejércitos dirige los combates.

—¡Ah! ¿Quién os facilitó la entrada en esta casa?

—Una llave que se fabricó en mi campo, y el conoci-

miento de lo que pasaba aquí. Ni la dueña de esta casa ni ninguno de sus servidores tomaron parte ni tienen conocimiento de lo ocurrido esta noche. Todo lo hizo ese maestre de campo que veis, un tirolés que vende á los franceses vino y licores, y un forjador que está preso por haber falsificado la llave que nos abrió la puerta de esta casa.

El monarca alargó la mano al duque, diciéndole:

—Id con Dios, y lo hecho así se queda. No acelerad vuestra marcha, que nadie os sigue. El cielo os guarde, Navarro, y á vos, diestro Osorio. Cada vez siento más pelear contra vos, Silva; pero lo quiere así el destino, y habré de conformarme.

—Tambien yo lo siento; mas fío en Dios que mañana será la última vez.

—La Providencia os escuche; y juro defender vuestra vida si caeis en mi poder.

—Y yo la vuestra con la mia; que no nací regicida, ni jamás consentí que se ofendiera á mis prisioneros.

—Hasta mañana.

—Al salir el sol, y que Dios proteja á V. M.

Los dos se estrecharon las manos por segunda vez, entrando el rey en la habitacion de su favorita, donde permaneció sólo breves instantes, mientras salian por la puerta principal el duque, Navarro y Osorio. Padre é hijo se cogieron del brazo, y seguidos del maestre y dos capitanes que esperaban entre los árboles, se encaminaron á su campamento, de prisa, no por temor á Francisco I, si que por lo avanzado de la hora y lo mucho que les restaba que hacer.

CAPITULO XXVI.

Preliminares de una gran batalla.—Combate.—Llegada oportuna.—Todo acabó.

ERA más de la una de la noche, cuando Alberto, Navarro y Osorio entraban en la tienda de Pescara, en la cual les aguardaron el marqués y Don Luis de Mendoza. El penúltimo estrechó con efusión al segundo; el último volvió á abrazarle, siendo interrumpidos por el generalísimo, que preguntó al gigante:

- ¿Han venido los once?
- Sí, señor.
- ¿Cómo están mis caballeros?
- Tres de ellos bien; el cuarto recibió una herida en el muslo derecho, y en este momento le están extrayendo la bala.
- ¿Peligra su existencia?
- Dicen los físicos que no.
- ¿Y los seis soldados?
- Dos están acabando; cuatro se salvarán, segun la opinion facultativa.

El duque se dirigió luego á Pescara, interrogándole:

—¿Se cumplieron todas mis órdenes?

—Sí, señor.

—¿Podrán el ejército y la artillería dar mañana una batalla?

—No veo inconveniente alguno.

—¿Qué partes han venido?

—Esos cinco que están sobre la mesa.

—¿Habeis cenado?

—No; os esperaba.

—Empezad á hacerlo vosotros, que yo volveré luego.

Y cogiendo los despachos salió de la tienda, encaminándose acto continuo al hospital de sangre, donde visitó á sus cuatro caballeros, seis soldados y restantes enfermos que habia en las dos salas de que se componia aquél. Al partir dijo á unos y otros las siguientes frases:

—Hijos, mañana, si Dios me ayuda, sereis trasladados á Pavía, donde estareis mejor asistidos; tened un poco de paciencia, que en breve nada os faltará.

Y salió de allí, dirigiéndose á la casa en que estaban sus noventa caballeros restantes. Hallándolos dormidos mandó que todos se levantasen, leyendo, en tanto que lo verificaban, los cinco partes que llevaba en la mano. Ya en medio de ellos, les dijo:

—Montad á caballo inmediatamente, y haced que se levanten los que están acostados; que reemplacen á los que se hallan de pié; que éstos duerman y que aquellos continúen trabajando hasta que quede toda la artillería trasladada á las posiciones designadas por el marqués de Pescara. Decidles que mañana se dará la última batalla, la decisiva, y que la mandamos el marqués y yo. Cesó mi incógnito, y bueno será que nadie ignore me hallo entre vosotros. Corred, amigos míos, pronto os deberá la patria un triunfo que probablemente pasará á la historia para que las generaciones venideras aprendan de vosotros lo que es, lo que vale un caballero español.

Luégo se dirigió á su tienda, donde encontró á Pescara, Navarro, Osorio y Mendoza riendo á carcajadas, pero que al verle callaron, quedando graves y silenciosos.

—¿No cenais?—les preguntó.

—Os esperábamos para verificarlo,—le dijo el marqués,—entretenidos agradablemente oyendo á Osorio el relato circunstanciado de lo acontecido esta noche.

—Yo no añado nada,—replicó Silva sentándose y comenzando á comer,—porque el inmodesto Don Alvaro os habrá participado lo mucho que debemos mi padre y yo á su destreza é innegable habilidad.

—Sí, todo lo dijo,—exclamó Navarro sonriendo;—y no es tanto como tú te figuras; mi antiguo alférez y discípulo, tiene la añeja costumbre de cobrarse bien, muy bien, cuando encuentra ocasion.

—No te comprendo.

—Ni hace falta;—y variando de conversacion prosiguió.—Has conseguido mi libertad, hijo mio, mucho ántes de que la falta de sueño á que estaba condenado empezase á molestarme; pero no he comido nada desde anoche, y en verdad que estoy imitando á Mendoza de un modo que yo no pude imaginar.

—Ya lo veo, y os aconsejo á todos hagais lo mismo, pues mañana el que no almuerce en el otro mundo, tarde lo ha de verificar en este. Pescara, vos que sois el más grave de los cuatro, contadme la manera que ha tenido Don Alvaro de cobrarse esta noche.

—No puedo, duque; nos ha exigido y le hemos dado palabra de ocultároslo siempre.

—En ese caso tendré yo que adivinarlo. Veamos si puedo. Al poco tiempo de estar hablando con Francisco I, oí que se cerraba una puerta, la cual no volvió á abrirse en más de una hora. La favorita tendria interés en saber por qué no entraba su señor, y como á éste le era imposible verificarlo, ya habria por allí algun español que, humano y caritativo, se encargase de consolarla. ¿Qué decís, Osorio?

—Nada, señor duque.

—¿Es verosímil mi cuento?

—Lo parece.

—Decidme algo sobre la favorita que visteis esta noche.

—Es rubia; blanca como la nieve; jóven, muy jóven; de temperamento nervioso; no carece de talento, y tan amable, que...

—Basta, Don Alvaro; sé ya lo bastante para comprender que teneis más apego á la educacion que os dió Navarro, que al cumplimiento de vuestro deber que yo os he aconsejado siempre. Sois maestre; no creo imposible que llegueis á general; pero dejareis de ser mi amigo si no huís del vicio; si continuais creyendo que al guerrero le es permitido abusar.

—Vuestra risa me ha comprometido, —exclamó Osorio mirando á los dos generales y á Mendoza, —y habeis dado lugar á que el señor duque creyese...

—Don Alvaro, desde que oí cerrar la puerta que custodiábais, supuse la intencion; es el maestre harto hábil y diestro, y tan osado, que me fué fácil comprender lo que con tanto empeño quereis ocultarme. ¿Lo veis? Asoma el rubor á vuestro semblante, explicándome el rostro lo que intentaba negarme vuestra inteligencia. No hay ya remedio, y os perdono la falta, por ser la primera de que tengo conocimiento, y porque no dudo que me imitareis en lo sucesivo. Fijaos bien, Osorio; ninguna queja abriga de vos el generalísimo, pero sí el amigo, el protector, el maestro, como vos me llamais; y dejaré de ser las tres cosas si no continuais á mi lado haciéndoos digno de mi afecto y consideracion. Os quiero á los cuatro grandes, que para ser amigos mios no basta demostrar mucho valor y bastante inteligencia. Es la primera vez que os reprendo, y no dudo que será la última. Ahora hablemos de otra cosa. Todas las noticias que acabo de recibir, son satisfactorias; en mi concepto dejo á Francisco I vencido moralmente; de todo lo cual podemos deducir que en el próximo dia contribuirá la suerte al triunfo de nuestras armas.

Y siguieron ocupándose de una próxima batalla mientras permanecieron cenando. Luego mandó Alberto dormir tres horas á los dos generales y maestros, siendo así que debían estar cansados del combate sostenido á medias en las noches anteriores. Silva, lejos de acompañarles, ordenó á su criado que lo armase con el mejor traje de guerra, y montando á caballo corrió al sitio en que su pequeño ejército estaba situando las baterías.

A la luz de las linternas, faroles y hachas trabajaban cinco mil hombres y más de mil cuadrúpedos sin tregua ni descanso. El mismo movimiento se notaba en el campamento francés; pero ni unos ni otros se cuidaban de su enemigo, contrayéndose únicamente á juntar cañones, levantar tiendas y disponer lo conveniente para el gran acontecimiento que aquellos y estos prevían.

A las cinco y media de la mañana se oyó el toque de día en el campo español, y á las seis estaban de pie y dispuestos al combate los que habían reposado el último tercio de la noche. Se acabaron de liar tiendas, y á las siete tenían Alberto y Pescara formados en batalla á sus ocho mil peones, mil trescientos caballos y seiscientos arcabuceros. La artillería se hallaba también colocada en los sitios que designó el marqués la tarde anterior, y todo el ejército aguardaba inmóvil é imposible la orden de atacar ó la de defender sus posiciones.

Pasemos ahora al campamento enemigo. Triste y meditabundo Francisco I, cruzó unas cuantas frases con su favorita, le estrechó la mano y salió de allí, seguido de su único acompañante.

—Cuando Silva me ha dejado en libertad,—se decía;—cuando ha visto con suma indiferencia que yo quedaba en actitud de caer sobre sus huestes con triples fuerzas; cuando tiene esperanza de arrancarme el triunfo con tan pocos soldados, claro que no mintió en nada de lo que me dijo, y lo confirma la sorpresa de Crema y el aislamiento en que estoy há mucho tiempo. ¡Maldición! Confíe demasiado, hice cues-

tion de amor propio la toma de Pavía, y caminé ciego y errante al borde del precipicio. Si el duque hubiera querido, con mandarme matar ó arrastrarme á su campo, todo habia concluido esta noche; su generosidad me dejó libre, mas ¿podrá equivocarse un hombre de su talento? ¿me será fácil ganarle la batalla á que me provoca? ¡Quién sabe! La suerte entra por mucho en los combates: esos españoles son demasiado orgullosos, y todavía es posible vencerlos y posesionarme mañana de la plaza. No me queda por otra parte más remedio que apelar á una lucha sangrienta y decisiva; á la luz del primer sol que nos ha de alumbrar, Francia ó España sucumbirán, y ¡ay de aquella á quien el destino niegue la victoria!

Discutiendo así llegó á la tienda real, donde le esperaban su almirante, vários príncipes, todos sus generales y la mayor parte de los grandes y dignatarios de su corte. El rey les dijo que en una excursion que acababa de hacer por sitio donde no pudo suponer que existian españoles, fué sorprendido por el duque del Imperio y otros jefes que le andaban acechando. Al oir algunos de los que le escuchaban el nombre de Alberto, se estremecieron, haciendo al monarca várias preguntas sobre la prision y seguridades que les dió, respecto del héroe castellano, á todas las cuales contestó S. M. con evasivas, añadiendo que Silva le habia provocado á una batalla campal, que él aceptó.

La mayor parte de los que tenía Francisco delante, sólo conocian de nombre al vencedor de Lombez, y lo juzgaron demente, en vista de la poca fuerza de que disponia contra tantos como eran ellos. Los que se batieron en Fuenterrabía, el Bearne, Tolosa y Agout, hablaron mucho del heroismo de tan poderoso enemigo, de su indisputable genio, y esto dió lugar á acolorada disputa, que cortó el rey con las siguientes frases:

—Basta, señores, basta de cuestiones inútiles; Silva nos llama á la lid; hemos aceptado el reto y en breve sabreis quién es, los que le desconoceis, y á la vez nos conocerá él á todos.

Fijaos en eso último; tened muy en cuenta que el duque del Imperio es un héroe, lo que no puede negarse, y preparémonos á vencerle, que la Francia no luchó nunca con cobardes, ni á vosotros os debe tampoco asustar ver enfrente al genio de la guerra. En consecuencia, dispongámonos á la pelea, y no olvideis un solo instante que mañana serán nuestros 'el Piamonte y la Lombardía con la plaza que sitiamos, ó la Italia entera obedecerá á Cárlos I de España.

El rey añadió luego ardientes frases, que hicieron de su discurso el más bélico de cuantos había pronunciado en su vida.

Inmediatamente comenzó á dictar órdenes; su huestes se pusieron en movimiento, esperando luego la llegada del día que les presentara al enemigo para correr en su busca y destrucción.

Francisco montó á caballo á las cinco de la mañana, y seguido de su estado mayor corrió hacia el paraje donde creía que se situaban sus contrarios, á los cuales distinguía á la luz de las hachas que aquellos llevaban.

Una hora después amaneció, viendo con asombro que en las posiciones de los españoles no existía nada extraño ni que pudiese llamar la atención. Silva apoyaba su flanco derecho en un convento de monjas, al pié del cual tenía situada una batería, y el izquierdo en una colina en que colocó otra. Lo demás del terreno era llano y la distribución de sus fuerzas la comun en tales casos. Temía S. M. que durante la noche hubiera Alberto reforzado el ejército con columnas de que el monarca no tuvo conocimiento, pero que podían existir lejos de allí; y creció su admiración al notar que los contrarios presentaban el mismo número de hombres que el día ántes, y el que no pasaria de diez mil.

Sin perder tiempo mandó formar en batalla su ejército, asomando luego á sus labios una sonrisa que quería decir:

—Somos mucho más del triple que nuestros enemigos.

Así era, pues no obstante las acometidas de Pescara y la gente perdida en los asaltos dados á la plaza, aún contaba

Francisco con treinta y cuatro mil hombres de los cuarenta mil que llevó al cerco. Sus generales, príncipes, grandes y dignatarios le rodearon después que sus huestes se hubieron situado convenientemente, aguardando de este modo á que su rey ó el generalísimo Alberto de Silva dieran la primera señal de acometerse.

Las batallas de entónces eran muy diferentes á las del día: distintas las armas, desconocida la táctica empleada hoy, y siendo todo contrario, claro es que en la forma y aún en parte de la esencia debían ser enteramente diversas. Hacemos esta aclaracion para que no extrañe á nuestros lectores la manera de batirse estos dos ejércitos en la célebre é histórica batalla de Pavía, que vamos á empezar á describir.

Coloquémonos entre los españoles. Silva mandó á Osorio al convento ó sea á la batería del flanco derecho, y á Navarro á la de la izquierda, seguidos de dos tercios aguerridos y valientes. Entre una y otra aparecían delante los mosqueteros en forma de guerrilla, detrás estaban los jinetes, y componían la vanguardia el resto de su artillería y peones. Esta era la situacion de nuestro ejército, viéndose al frente de la caballería al duque del Imperio en medio de Pescara y de Mendoza, rodeado de sus noventa caballeros.

Los españoles contemplaron á sus contrarios, y no obstante la inmensa mayoría, ninguno temió ni dudaba en ocupar su puesto. El descubrimiento de que el duque del Imperio ayudaba al general Pescara á dirigir las operaciones; la noticia que corrió de boca en boca de que el héroe no perdió batalla alguna y de que llevaba en su frente el genio de la gloria, les prestó sobrado ardimiento para atreverse cada uno de ellos contra más de tres franceses.

Dieron las siete de la mañana; el sol doraba la tierra con sus brillantes rayos, y notando Silva que Francisco I le cedía la designacion del momento en que debía comenzar la lucha, dió algunas órdenes, y seguidamente circularon entre todos los suyos las siguientes voces:

--Pena de muerte al que huya, al que vacile ó murmure; el emperador la impone, y la patria nos contempla.

—¡Fuego!

Gritó Silva, y las baterías que mandabán Navarro y Osorio comenzaron á despedir balas rasas.

—¡Fuego!

Repitió aquél, y los mosqueteros aplicaron la mecha.

El ejército francés comenzó á moverse, obligando al duque á que avanzara, con objeto de averiguar lo que intentaba con aquella maniobra. Le siguieron Pescara, Mendoza, sus caballeros y vários jinetes más; el humo les impedía distinguir, y tanto se aproximaron que llegó una bala de arcabúz al pecho del marqués, exclamando éste:

—¡Me han muerto! (1)

Un sargento fué el primero que acudió en su auxilio, le extrajo el plomo, y cuando le hubo aplicado unas hilas empapadas en bálsamo, que llevaba á prevención, le dijo:

—La bala, señor, no tenía fuerza; ya estais curado, y puede muy bien mi general seguir mandando la batalla.

El héroe dió la voz de *alto*, y corrió solo hasta averiguar lo que queria; después regresó, y sabiendo que Pescara fué herido, pero que podia continuar á su lado, gritó:

—El enemigo avanza, seguidme todos.

Y en medio del marqués y de Mendoza, marchó adelante hasta situarse sobre una altura. Seguidamente dió várias órdenes, y sus caballeros corrieron de un lado para otro. Alberto, su escolta, caballería y peones del centro se retiraron detrás de la artillería, quedando como en dispersion. Lo mismo hicieron los tercios de Navarro y de Mendoza, logrando Silva de este modo reducir la batalla por su parte al fuego de los cañones y mosquetes, librando en lo posible al resto de su ejército de las balas contrarias.

Francisco I, decidido desde la noche ántes á jugar el todo

(1) (Histórico.)

por el todo, mandó que avanzaran los suyos en columna cerrada, defendidos y apoyados por sus baterías y jinetes.

De una y otra parte comenzaron á caer hombres en tierra, si bien los franceses que presentaban mejor blanco, sucumbian diez por cada cinco españoles.

A la hora de combate aún no habia adquirido éste el ardor y fiereza que le daba el arma blanca, verdadera lucha de entónces. Los de Francia avanzaban lentamente, cubriendo sin dilacion las muchas bajas que los cañones de Silva y Pescara les hacían en sus columnas; pero notando el *héroe* que llegarían más pronto de lo que convenia á su intento, dispuso la brevedad en los disparos, situando de otro modo diferente á sus arcabuceros.

Trascurrieron tres cuartos de hora, en cuyo tiempo se aproximaron los franceses á ménos de doscientas varas, sin avanzar ni retroceder una línea los españoles; pero continuando unos y otros haciendo disparos solamente.

—Que se sostenga la carga, y nada más.

Mandaba á decir á los suyos el generalísimo, y diez minutos más tarde una columna enemiga, fuerte, de seis mil hombres cayó sobre Navarro, otra igual acometió á Osorio, intentando meterse por el centro el resto de los enemigos.

Para este instante reservaba Alberto veinte cañones, que, dirigidos por Pescara, hicieron fuego sobre el centro francés, derribando mucha gente y conteniendo su empuje por algunos minutos; pero ya era imposible toda tregua en el juego del arma blanca. Navarro y Osorio, al frente de sus tercios, se colocaron delante de las baterías, y en estos momentos luchaban ya cuerpo á cuerpo contra su poderoso enemigo. En el centro, si bien hubo algunos instantes de vacilacion por parte de los de Francia, pronto se rehicieron, pretendiendo caer sobre Alberto y los suyos. Ya no quedaba tiempo para volver á cargar los cañones, y en vez de disponer el *héroe* que avanzasen los peones y caballería para recibir á sus contrarios, mandó por la inversa que se replegasen los encargados de la artillería; ya

lo habian hecho ántes los mosqueteros, cayendo un instante después todos los cañones del centro de Silva en poder de los franceses. Éstos, que continuaban avanzando por aquella parte, corrieron con empuje irresistible, no oyéndose otra voz que:

—¡La batalla es nuestra; ay de los españoles!

Y en aquellos momentos la tenían efectivamente ganada. Los nuestros sucumbian; pero fieles á la consigna, el que no besaba la tierra herido, se mantenía en su puesto sin perder una línea de terreno.

Francisco I, sus generales, príncipes, grandes y régia comitiva, en fin, ávanzaron tambien más de lo que debían, brillando en sus labios la sonrisa que precede á la victoria.

En este momento dieron las nueve de la mañana; á la vez se oyeron las carreras de muchos caballos, é instantáneamente fué cogido el ejército francés entre dos fuegos. El maestre de campo Nuñez de Lara con dos mil hombres, llegaba al sonar la hora que le prescribió el duque, y atacaba al enemigo por el flanco izquierdo, con el heróico arrojo que era de suponer en tan valiente caudillo. Lo mismo acontecia por el flanco derecho con cuatro mil italianos que, siguiendo al duque de Milan y á otros jefes de la Lombardía y Piamonte, con quienes Alberto estaba en relaciones secretas hace tiempo, acometieron sin tregua ni descanso, avisando á Navarro su presentacion en el campo de batalla, como Lara habia hecho con su compañero, y de frente sorprendió la retaguardia de los franceses el maestre de campo Guzman, que, con dos terceras partes de la fuerza que tenía Leiva á sus órdenes, vengaba en este momento los asaltos y el hambre que habian sufrido dentro de la plaza por culpa de Francisco I. Este refuerzo y poderoso ataque llegaba con sábia oportunidad; pero todavía eran los franceses más del doble que los españoles.

Jugando tambien el duque del Imperio el todo por el todo, como su poderoso enemigo, en el momento que su reloj marcó las nueve, sin aguardar á que le participaran la aproximacion de las tres columnas que debían caer en aquel instante sobre

sus contrarios, dió la órden de seguir adelante por los dos flancos y el centro, sin tregua, descanso ni consideracion alguna. A la vez se puso al frente de su escolta y ligeros; Mendoza al del resto de la caballería; Pescara al de los peones del centro, y siendo su espada la primera que se embotó en los pechos enemigos, cargó con un ímpetu y arrojo, que pronto abrió calle, por donde se metieron todos los individuos de la escolta, los ligeros, Mendoza y su caballería y Pescara y los peones.

Lo mismo hicieron Navarro y Osorio; y el enemigo, que creía acobardadas, tímidas é indecisas las huestes españolas, pronto las vió llegar al corazon de su ejército, clavando en él su fortísima garra; aquella garra, que asustaba entónces al mundo, y de la que hoy ¡maldicion! se burlan extraños porque creen que no somos los mismos.

Nuestro *héroe* se fijó en el penacho encarnado de Francisco I, y aún cuando tenía que atravesar muchas hileras de peones y jinetes para ver de cerca aquellas plumas que servian en este instante de juguete al viento, blandiendo la espada, hiriendo los hijares de su caballo y siempre delante de los suyos, cruzó por medio de los batallones franceses, deshizo masas de caballería, y siempre de frente corrió, y corrió más de lo que es posible imaginar. Sus caballeros temblaron en un principio por él, y no siéndoles dado detener su arrogante vuelo, se esparramaron junto á él, y se convirtió cada cual en un héroe que pretendia rivalizar con el astro que los atraia á sí, enseñándoles la manera de vencer y de humillar.

Los ligeros que le seguian cargaban con un empuje feroz, y el gigante y los que le acompañaban, mezclados con los peones de Pescara é imitando en estos momentos al marqués, que estaba siendo otro héroe como Silva, formaron el grueso de un torrente desbordado, capaz de aniquilar á la Francia entera.

El generalísimo, siempre sereno, impávido, sin perder un ápice de su innata sangre fria, atacando y defendiéndose, y con su visera alzada para que pudiera reconocerlo el que qui-

siera, desafiaba á la muerte, proponiéndose morir ó vencer, ni más ni menos.

Hubo un instante de tregua; el enemigo se arremolinó, aterrado ya y confuso; y aprovechado por Silva ese momento, tomó una altura desde la cual logró ver las columnas de Lara, Pavía é italianos, que avanzaban lo mismo que él, sembrando el exterminio y la confusion. Luégo buscó el penacho de Francisco I, distinguiéndolo á cien varas de donde él estaba.

—Bien,—exclamó;—tú ó yo me dijiste; eso te repito, rey de Francia; veamos quién es de los dos.

Y dando algunas órdenes á sus caballeros y restantes jinetes, volvió á caer sobre el remolino de sus contrarios, llegando tres minutos más tarde al círculo que formaba el estado mayor del monarca. Aquí debia necesariamente hallar más resistencia que en ninguna otra parte; pero esto no arredró al que nada podia intimidarle, y su espada, vencedora siempre, comenzó á destruir y á asolar, siendo la más poderosa de cuantas existian á su frente, costados y retaguardia.

En medio del enemigo, hiriendo hasta con su mirada, y avasallando sin tregua ni descanso, parecia una máquina infernal, destructora de cuanto se acercaba á ella.

Allí era donde su hermosa, despejada y altiva frente patentizaba el grandioso poder de la inteligencia, el genio irresistible y potente. Lo mismo descomponia batallones y compañías que las masas de valientes caballeros que intentaban vanamente formar con sus pechos muralla incontrastable á su atrevido rey. Los que seguian al duque escuchaban su voz y le obedecian, intentando rivalizar con él. Guiados por tan mágico acento, combatian las dificultades, saltaban por encima de los peligros, avasallaban, vencian y se remontaban como la reina del Eter.

El acero del generalísimo heria, mataba, defendia, arrollaba, aturdia y hasta se multiplicaba, concluyendo por ser un volcan que reventó en el corazon de los franceses, destruyendo lo increíble.

El rey, su estado mayor, caballeros, duques, grandes, príncipes como el ejército entero, corrieron según aconteció en Pau, Lombez, Tolosa y Agout. Empezó el desorden; fué reemplazado éste por el pánico y siguió el terror, sucediendo á todo esto una derrota tan grande como la victoria de Silva y de Pescara.

Mendoza, Navarro, Lara, el duque de Milan, Osorio y el maestre que salió de Pavía, rivalizaron también en heroísmo, y á las doce de la mañana dieron fin de sus enemigos.

De describir los hechos gloriosos llevados á cabo por los españoles en esta batalla, sería nuestra obra interminable; baste decir que hasta los italianos, á ejemplo de nuestros soldados, merecieron los elogios del duque del Imperio.

Cayeron en poder de Silva y Pescara el rey de Francia, muchos príncipes, duques, generales, grandes y todo el que con raras excepciones no quiso perecer. Entre los muertos se contaban el primogénito de la casa real de Escocia; vários jefes y bastantes dignatarios. Fueron pocos los franceses que pudieron huir, y una parte de éstos pereció víctima de los puñales italianos que desde este instante comenzaron á alzarse en favor de los españoles, en contra de los franceses; y era la centésima vez que demostraban al mundo el colmo de la degradación. Silva los vió correr á la desbandada, sin orden ni concierto, y mandó que los dejaran, igualándose en esta ocasión su heroísmo á la grandeza del desden.

Dispuso que el marqués de Pescara acompañase á Francisco I al convento donde se apoyó la columna de Osorio, y cuando ya no quedaba un enemigo que osara alzar la vista del suelo, formó su ejército, y colocándose en el centro, gritó:

—¡Viva el emperador! ¡Viva España!

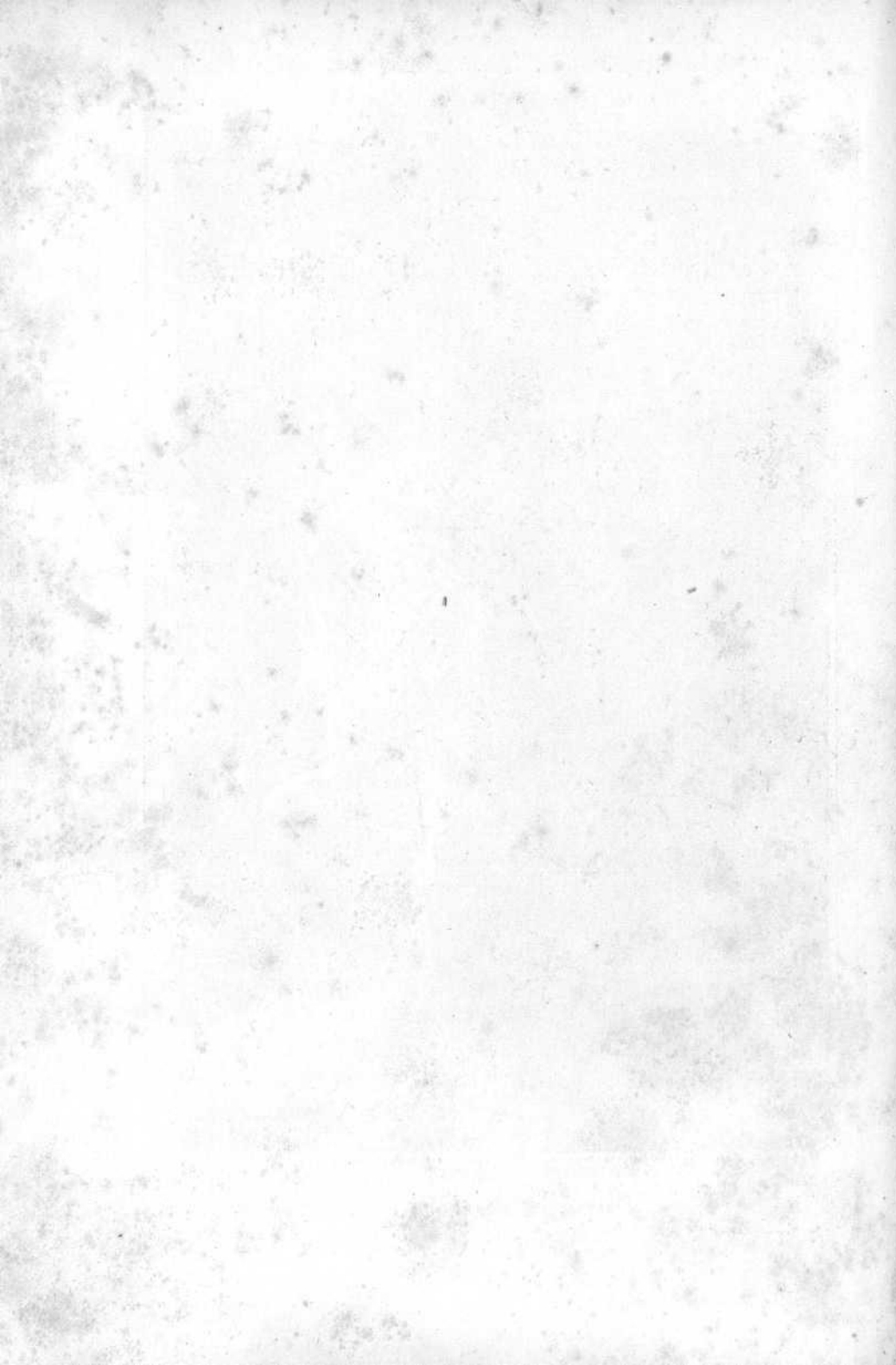
—¡Viva el héroe!

Le contestaron, siguiendo una ovación digna de la completa victoria que concluía de ganar.

Sobre el campo de batalla nombró generales á Don Alvaro, á Mendoza y Lara; los estrechó cariñosamente, regalándole



—¡Viva el emperador! ¡Viva España!
—¡Viva el héroe!



al primero su banda, al segundo la espada y al tercero el caballo. Los tres merecian aquellas recompensas, como otras muchas que ofreció allí mismo á vários maestros, capitanes, oficiales y soldados, sin olvidarse de sus caballeros, de Leiva ni de ninguno, en fin, de cuantos se hicieron acreedores á la munificencia del soberano.

No pudiendo otorgar nada á Pescara, por los muchos títulos que éste ya tenía, lo recibió con los brazos abiertos, apellidándole, en nombre del emperador y de la patria, el salvador de Italia. El noble marqués lo estrechó á su vez, no hallando frases con que demostrarle un agradecimiento que le embargaba la voz y humedecia los ojos.

Inmediatamente se mandaron recoger todos los heridos y quemar los cadáveres, en tanto que el ejército español, guiado por Pescara, Navarro y restantes generales entraba en Pavía, saliendo á recibirle el valeroso, leal y denodado Antonio de Leiva.

El duque del Imperio solo, á pié, sin banda de general ni espada, se dirigió al convento donde estaba prisionero el rey de Francia.

CAPITULO XXVII.

Consecuencias de la célebre batalla de Pavía.—Un cambio lógico y natural.—
Cortesania de dos enemigos poderosos.—Los ex-comuneros conspirando contra
Alberto.—Misterio.

Los franceses dejaron sobre el campo de batalla toda su artillería, armamento, pertrechos, equipo y cuanto habian acumulado en el largo sitio que sostuvieron y que tan desastrosamente concluian de levantar.

Hemos dicho ya y así fué que los que no quedaron tendidos en tierra depusieron las armas y se entregaron para ser conducidos á la ciudad que no há mucho cañoneaban, con la cabeza baja y de un modo enteramente contrario á como su rey les habia ofrecido penetrar; pero existia una excepcion en esta regla, y la formaban algunos grandes, caballeros, nobles, oficiales y soldados, los que, siendo los primeros en correr, pudieron huir, y en este momento, no obstante la prohibicion del duque, eran perseguidos por los ligeros y otros jinetes y

peones de las huestes españolas. Varios de aquellos fueron alcanzados por los segundos; otros murieron á los golpes de los puñales italianos, y los ménos lograban escapar, dirigiéndose en completa desbandada á los pocos fuertes de Italia donde aún conservaban guarniciones los franceses. Difundida por los que huían la noticia del terrible desastre que no há mucho acababa de tener efecto, se apoderó el terror de los restos del ejército francés esparcido en el Piamonte y todos corrieron hácia el condado de Niza, consiguiendo una parte entrar en Francia y perecer la otra á manos de los lombardos y piamonteses. Al octavo día de la célebre batalla que nos ocupa, no existía un enemigo con las armas en la mano en el reino de Italia, pues quedaron prisioneros de guerra hasta los que se refugiaron en Parma, Módena y Toscana. Los jefes supremos de estos tres ducados fueron en persona á felicitar al duque del Imperio y al marqués de Pescara; el Santo Padre les mandó un embajador con el mismo objeto, y los vireyes de Nápoles y Sicilia se apresuraron á festejar á los caudillos y el hecho que tanto los elevó, con arcos de triunfo, funciones de pólvora, repique de campanas y otras cosas análogas. Los lombardos y piamonteses que no há mucho les amenazaban con sorpresas, emboscadas y las agudas puntas de sus puñales, demostraban ahora júbilo y entusiasmo que pretendían sobreponerse á los que realmente sentían los vencedores. Cuando un pueblo llega á la degradación, todo lo que hace está en armonía con sus feroces instintos, inmoralidad y corrupción.

Volvamos ahora á Pavia y sepamos qué era del *héroe*.

Hemos dicho que aquél se dirigió al convento en que se hallaba Francisco I, y también que iba á pié y sin espada. Guardaban el edificio quinientos soldados de un tercio y los noventa caballeros de la escolta de Silva; la custodia del régio cautivo fué encomendada á los últimos.

Alberto penetró en la sala donde se encontraba el rey, al que halló triste, y abstraído al parecer de cuanto ocurría fuera de aquella habitación. El duque se inclinó ante él, diciéndole:

—Salvé vuestra vida hoy, segun os ofrecí anoche. ¿Qué más pretendéis de mí?

El monarca devolvió al generalísimo el saludo que éste le hizo, y alargándole la mano, contestó:

—Gracias, Silva: deseaba únicamente conferenciar con vos, y en verdad que sentí vuestra tardanza.

—Yo tambien; pero represento en Italia al emperador Carlos I, mi augusto señor, y el deber me detuvo más tiempo del que yo queria.

—Lo he supuesto, y no ha sido queja lo que os demostré sino la indicacion de lo que anhelaba: ¿os sentais?

—Si V. M. me lo permite.

—Os lo ruego.

—Gracias, señor.

Y ámbos lo verificaron en sillones de terciopelo, de que estaba rodeada la estancia aquella. Silva añadió:

—Me hallo decidido á complacer á V. M. en cuanto no se oponga á la voluntad del César.

—Nada tengo derecho á pedirlos; me resigno con mi suerte, y sólo deseo saber lo que me reserva el porvenir.

—Mi mision en Italia ha concluido: en breve os acompañaré á Madrid, y todo lo debereis esperar ó temer del emperador. Por mi parte os trataré hasta ese dia con la consideracion que merece un prisionero tan digno, valiente y elevado; el generalísimo alcanza mucho, pero acaba su poder donde empieza el de los reyes. La torre del Godo fué volada, como os dije, y ni para vos ni para mí existe ninguna en los dominios del imperio español.

—Tan noble conducta es digna del vencedor de Pavía; yo os ruego únicamente que corrais un velo sobre lo pasado, y empecéis desde hoy á ser mi amigo: concededme la amistad que cabe entre el vencedor y el vencido, el poderoso y un prisionero que todo lo espera de aquél.

—No debo aspirar á tanto, señor; defenderé la persona de V. M.; impondré pena de la vida al que osare faltaros ó

vacile en obedeceros; y más aún que cariño, lograreis de mí respeto y consideracion. Yo os ruego que empecéis por decirme quién os ha faltado desde el instante en que caísteis prisionero hasta este momento.

—Poco puedo contestar; me entregué primero á la desesperacion, luego fui resignándome con mi suerte y lamentando la grave desgracia de que era víctima; nada vi ni escuché de lo que pasaba ó decían en torno de mí. Sólo consiguió distraerme un soldado español que se me acercó, exclamando:—Señor, mandé hacer tres balas, una de cobre, otra de plata y la tercera de oro: la primera y segunda las empleé bien; la otra no pude porque la destinaba á V. M., y cuando logré verle ya era tarde para disparar mi arcabúz. En consecuencia la he sacado y héla aquí; yo suplico á V. M. que la acepte (1).—La cogí, y reparando en el que me la ofrecía, vi un valiente, sereno y tan audaz que no pude ménos de contestarle: Gracias; la guardaré toda mi vida como recuerdo de tu fortuna y de mi desgracia. Esto no merece castigo alguno, y os lo refiero como incidencia notable, tratándose de un mísero soldado que gastó cuanto tenía en tres balas que empleó contra sus enemigos bien, muy bien, segun afirma.

—Partiremos, si V. M. no dispone otra cosa, á mediados del presente mes.

—Nada quiero saber, duque; iré donde me lleveis; sólo os pido que no escaseen vuestras visitas, pues á vos os recibiré siempre con alegría; á los demás con sentimiento.

—¿Aceptais esta habitacion, ó preferís pasar á Pavía?..

—No, no; quedome aquí, con tal de que vos no os alejéis mucho.

—Nos dividirá ese tabique que teneis enfrente, que si vos no quereis entrar en la plaza como vencido, yo tampoco pensé imponéroslo, ni estar léjos de mi augusto prisionero. El rey visitó en dos ocasiones al vasallo cautivo; éste á su vez se separará muy poco del que un dia le honró, como acabo de expresar.

(1) Histórico.

—¿Comereis conmigo?

—Si me lo permitís, con mucho gusto.

—¿Hablares por la noche?

—Y durante el día en las horas que no me ocupe el cumplimiento de mi deber; si en esos intervalos quereis que sea reemplazado por algun otro, decidme su nombre y vendrá.

—Puede verificarlo el valiente y digno marqués de Pescara; pero no es indispensable que sea siempre; cuando se lo permitan sus asuntos.

—En estos contornos hay una dama cuya suerte os interesa. ¿Dónde pretendéis que vaya?

—Si sois tan bueno que intentais protegerla, mandadla á París, y que aguarde allí instrucciones mías.

—¿Nada más deseais?

—No.

—Entonces volveré esta tarde á la hora de sentarnos á la mesa.

El duque se puso en pié, se volvieron á estrechar, saliendo luego para reunirse con sus caballeros, á los cuales encargó que tuviesen con el rey toda clase de consideraciones, que se alojasen allí y que le dispusieran á él la habitacion contigua á la en que estaba el monarca. Luego mandó ensillar veintiun caballos y montó, seguido únicamente de veinte individuos de su escolta.

Un cuarto de hora después entraba en Pavía, donde estrechó á Leiva, nombrándole en el acto general; después, á propuesta del mismo, recompensó á los individuos que guarnecieron la plaza, mandando dar una paga de regalo al ejército, con el mucho oro cogido á los franceses. Más tarde dictó algunas órdenes, entre las cuales habia una por la que se le devolvian á los prisioneros, desde el rey hasta el último soldado, sus equipajes y cuanto tenían, á excepcion de las armas. No se olvidó tampoco del pueblo de Pavía, repartiéndose entre los pobres gran cantidad de víveres y dinero. Luego comisionó á un capitan de su entera confianza para que acompañase á la

favorita del rey á la raya de Francia. Y en el momento que hubo reconocido los hospitales, volvió á la habitacion de S. M., sentándose ámbos á la mesa.

Por la noche trabajó dos horas, durmiendo el resto, y en verdad que bien lo necesitaba.

A la mañana siguiente se hizo vestir con ropa de seda, é iba á pasar á la estancia del rey, cuando vió entrar en la suya á los generales Navarro, Lara y Osorio con traje de camino; los recién venidos estrecharon su mano, y sentándose los cuatro, dijo Don Pedro:

—Sentimos mucho, hijo mio, tenerte que abandonar; pero nos llama á Madrid un acontecimiento que no puedo revelarte, y la verdad es que venimos á despedirnos de tí; en seguida almorzaremos, y un minuto después tomaré el camino de Génova. Allí, en dos buques de la escuadra imperial, nos embarcaremos para Barcelona, procurando llegar á la corte con la brevedad posible.

—¿Qué estás diciendo?

—La verdad, señor duque,—le contestaron á la vez Osorio y Nuñez, cambiando con Navarro significativas miradas.—Partiremos ántes de dos horas.

—¿Ignorais que los generales obedecen al generalísimo, representante, además, del emperador?

—No, hijo mio; pero es el caso que aquí no hacemos falta, y en Madrid sí.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Pues si necesitas de nosotros es menester que prescindas y que te baste con los restantes.

—¿Y la causa?

—Es un secreto.

—¡Ah!.. Pues no os dejo marchar.

—En esta ocasion, duque, no podemos obedecerte; nos vamos los tres, seguidos de veinte de tus caballeros y de todos los individuos de la compañía de ligeros.

—¿También necesitas de esos?

—Sí; ellos y estos dos generales me servirán de escolta.

—¡Jesús, qué disparate! ¿Has reemplazado al César?

—No; mas me acercaré mucho á él, y basta que se trata de un secreto, para que tú, que eres cumplido caballero, no me obligues á que declare lo que no debo.

—Calla lo que quieras; pero no entiendo nada...

—Hijo, te pido por favor que nos dejes partir á la corte de España en la forma que he expresado ántes. ¿Nos concedes esa gracia?

—Rogando nada puedo negar á los héroes que, en defensa de su patria y de mi futuro hermano, pretendieron sobreponerse á mí en valor, arrojo, decision y acierto; mas yo os ruego á mi vez, que si os es posible me digais algo.

—Alberto, este viaje te interesa á tí mucho y á mí bastante; queremos sorprenderte en Madrid con un acontecimiento que ha de arrancarte lágrimas de placer, y esa es la única causa de nuestro silencio por hoy.

—Padre mio, los grados y proteccion que os otorgué los habeis ganado con exceso en el campo de batalla; mi cariño hácia vosotros es dignamente correspondido, y nada en consecuencia me debeis, por cuya razon me es imposible aceptar sacrificio alguno de parte vuestra; harto hicisteis ya por mí.

—Hijo, Osorio y Lara se concretan única y exclusivamente á formar parte de mi comitiva, y en lo que yo pienso realizar no hay violencia para mí; ántes al contrario voy ganando mucho; ¡vaya si voy ganando!

—Siendo así, marchad cuando gustéis.

—Tenemos prisa efectivamente, pero no tanta que me impida demandarte otro favor.

—Si me es posible, te lo concederé con mucho gusto.

—Nota, mi querido Alberto, que soy general á secas; es decir, lo mismo que mis alféreces y teniente antiguos. ¿No hice nada en Lombez, Tolosa, Agout, torre del Godo, Italia y muy particularmente en Pavía?

—Tanto te elevaste, padre mio, tan valiente fuiste, de tal

modo refrenaste tu carácter, y obras ya con tanta cordura, que me atrevo á asegurar eres el segundo general del Imperio, siguiéndote Nuñez, Osorio y Mendoza; porque vales tanto, dejo al emperador el derecho de concederte una recompensa digna de caudillo tan bizarro.

—Gracias, generalísimo; tus elogios, no obstante la mucha modestia que demuestro, y me niegas, me envanecen; pero á bien que los cuatro te debemos la mayor parte de lo que aprendimos, y nuestra gloria reflejaría en tí, si no la apagase la tuya, clara, refulgente y sublime como ninguna otra. La contestacion que me das sobre el derecho que legas al emperador, es como tuya; eso mismo pensaba yo, y nada debo añadir sobre el particular. Quiero, no obstante, que tú me regales algo.

—¿Para qué, si es tuyo cuanto tengo? ¿Anhelas oro? pues bien, con el cogido á los franceses en Fuenterrabía, el Bearne, Tolosa y batalla de Pavía, hay para enriquecer á tres príncipes; tómalo todo, y si no te basta, hipoteca mis posesiones, que tuyas son.

—Hombre, no es eso; lo que dejó el enemigo, puesto que tú eres más rico que nosotros y heredarás aún al general Quirós, lo hice cinco partes iguales, para tí, Osorio, Lara, Mendoza y para mí. Sé que no tienes apego á las riquezas, y por lo mismo te igualamos á nosotros en el mencionado reparto; pero repito que no es eso; quiero otra cosa; me es indispensable, hijo mio, la cesion de tu condado de Santomera.

—¿Qué me pides, Navarro? El título empobrecido que usó mi padre y yo elevé no puedo dárselo á nadie; toma mi ducado del Imperio.

—No me sirve; deseo el otro, soy tu segundo padre, y debo llevar lo que tuvo el primero.

—Es un capricho tuyo que me violenta.

—Lo siento, pero me es imprescindible. No te digo más, porque esa cesion es parte de mi secreto.

Alberto se levantó, y cogiendo un pergamino escribió varias líneas que autorizó con su firma.

—Toma,—dijo á Navarro,—es el mayor sacrificio que hice en mi vida.

—No te lo agradezco; eres tú el que me estarás obligado en breve.

—Ello dirá. Ruega al emperador de mi parte que te nombre grande de España...

—Eso es cuenta mia. ¿Qué deseas para las solitarias del valle?

—¡María! ¡Oh, vas á ser más dichoso que yo, toda vez que la verás ántes; visítala en mi nombre, y dile que empezaré á vivir cuando esté á su lado! Puesto que vais vosotros, referid al César detalladamente lo acontecido en Italia, y que me espere doce ó catorce dias después de llegar vosotros. Conmigo irán Francisco I, Mendoza y los caballeros de mi escolta.

—Hombre, nada me encargas para Clotilde; ¿te has olvidado de ella?

—No; pero al recordar á su hija, me es imposible pensar en otra mujer.

—Pues á mí me sucede lo contrario.

Osorio creyó que Navarro hablaba más de lo que le convenia, y se apresuró á decirle:

—Vamos, amigo mio, que el tiempo corre, y estais conversando con un hombre que adivina.

—Teneis razon, Don Alvaro.

Los tres le estrecharon, saliendo de allí inmediatamente.

Silva se asomó á una ventana, no separándose hasta que los perdió de vista; luégo se retiró, exclamando:

—No he podido penetrar el secreto que ocultan mis queridos amigos; pero de almas tan nobles y generosas nada malo se debe esperar, ni quiero ocuparme de la grata sorpresa que me anuncian.

Al volverse se halló con Mendoza, que le dijo:

—Aquí me teneis, señor duque; nos han dejado solos, y me vengo á dormir á vuestra alcoba, á comer junto á vos y á no separarme un momento de vuestro lado.

—Como ya sois general...

—Español y á mucha honra; pese á nuestro régio prisionero.

—¿Cuántas varas de tela han empleado en vuestra banda? ¡Jesús, qué larga, Mendoza!

—Proporcionada á mi estatura.

—Lo malo es, amigo mio, que debo permanecer la mayor parte del tiempo junto al rey, y S. M. no quiere que pasen otros que Pescara y yo.

—Eso prueba que se olvidó de mí; recordadle á su amigo de la torre del Godo, el cual desea ahora visitarlo, y no dudará en permitirme la entrada.

—Bien; esperad aquí; se lo haré presente, y veremos lo que contesta.

—Creo que se halla hablando en este momento con el marqués de Pescara.

El duque dejó á Mendoza en su habitacion y pasó á la del rey, donde halló efectivamente al célebre general. Después que hubo estrechado á ámbos y se enteró del estado de S. M., le preguntó:

—¿Recordais, señor, al maestro Mendoza, elevado á general ayer tarde?

—Sí; un gigante, de fuerza y valor sorprendentes, de sagacidad y talento nada comunes, y el que en la torre del Godo hizo creer á Vissó lo que ya hemos condenado al olvido. Por cierto que ayer tarde sobresalia su cabeza por encima de cuantos cascos y penachos habia en el campo de batalla; tambien os acompañó noches atrás, y es una de esas figuras que no se olvidan nunca. ¿Por qué me lo preguntais?

—Há un momento me hablaba de V. M. con mucho interés.

—¿No tendrá inconveniente en venir á verme?

—Al contrario, lo solicitó, pero yo se lo prohibí, recordando que V. M. sólo desea que le visiten el señor marqués de Pescara y yo.

—En aquellos momentos me olvidé de él; mas puede venir cuando guste, que tendré en ello un placer. Tampoco me

molestaria la conversacion de vuestros generales Navarro, Osorio y Lara; los cuatro, dicen el marqués y otros muchos, que son los mejores caudillos del ejército español, con la sola excepcion de los dos que tengo delante.

—Los tres últimos acaban de partir para España; allí tendrán la honra de besar los piés de V. M.; el cuarto lo verificará luego.

Y continuaron hablando una hora más que tardaron Alberto y Pescara en montar á caballo y dirigirse á Pavía, donde permaneció el duque hasta que regresó á comer.

Mendoza reemplazó á aquellos en la estancia de S. M., hizo una humilde reverencia, y quedó parado.

—Avanzad, amigo mio,—le dijo el monarca mirándolo con la sonrisa en los lábios;—mi futuro general se pasó al enemigo, y en verdad que obró con cordura al elegir el campo. Si me seguís en la torre del Godo, de seguro ayer os siegan, Silva, Pescara, Osorio ó Lara, la cabeza que elevábais por encima de las suyas.

—Posible era, señor; pero es el caso que no hice eleccion alguna, concretándome á continuar en las filas que no me es dado abandonar. En España hay pocos duques como el de Borbon; nosotros tenemos tal apego á lo nuestro, que preferimos la miseria á la opulencia del extraño.

—¿Pues, y aquella banda que aceptábais con tanto placer?

—Ya la llevo, señor; vedla; por cierto que no há mucho se burlaba el generalísimo de ella, porque dice ser muy grande. Vos os fijásteis en una francesa, yo en esta española; pero como el nombre es igual los dos teniamos razon.

—Bien la ganásteis ayer.

—Si no fuese así, no me la hubiera dado el duque.

—¿No es vuestro amigo y protector?

—En sus actos, no influye otra cosa que la estricta justicia.

—Mucha severidad es esa para los que tanto le aman.

—Siento contradeciros, mas no puedo ménos de haceros notar, que cuanto somos se lo debemos á él.

—Explicaos.

—El generalísimo nos enseñó ciencias, artes, á conocer el mundo y á vencer á nuestros enemigos. ¿Lo comprende ahora V. M.?

—Sí, sentaos.

—No sé si debo...

—Yo os lo ruego.

—Gracias, señor.

—¿Recordais á Vissó?

—Todos los dias, á todas horas; era un excelente... capitán.

—¿Llegó á ser vuestro amigo?

—No, señor.

—Él decia que sí.

—Yo creo que el que me propone accion villana me estima poco, y la amistad es madre del cariño.

—¿Qué hicisteis de él?

—¡Oh! logró una honra á que no podia aspirar. Silva midió su acero con él y se dignó matarle.

Prosiguieron hablando hasta que regresó Alberto y se pusieron á comer los tres, reinando entre ellos una condescendencia, amabilidad y cortesana dignas de sus elevadas posiciones.

El héroe ocupó ocho dias más en arreglar los asuntos de Italia y tomar las disposiciones convenientes para evitar un nuevo conflicto como el que acababa de terminar. En más de tres meses que permaneció en aquel país, estudió las plazas, el carácter de los habitantes y cuanto necesitó en fin para dotarlo de la imprescindible defensa y de leyes que tendian á la moralidad de un pueblo que caminaba en sentido inverso. Cuando hubo realizado tan difícil pensamiento, nombró á Pescara jefe supremo de la Lombardia y Piamonte, segundo suyo á Leiva, despidiéndose á la vez que de ellos de los duques de Parma, Módena y Toscana en comunicaciones que dirigió á los tres. Volvió el mando de Milan al duque que llevaba ese

título; estrechó á los jefes italianos que le acompañaban; dotó á muchas iglesias, y después de amparar á los desgraciados que halló á su paso, tomó la vénia de S. M., montando á caballo en direccion de Génova. A su lado iba el rey y le seguían Mendoza y todos sus caballeros, á excepcion de los veinte que se llevó Navarro y de los seis que perecieron en Francia. Los cuatro que cayeron heridos en el sitio de Pavía, estaban ya en la convalecencia, y prefirieron acompañarlos á quedarse restableciendo. Iban además un chambelan del rey, dos ayudas de cámara, cuatro pajes y hasta cien criados, que los servían indistintamente.

De este modo atravesaron parte de la Lombardía y el Piamonte, llegando á Génova, sin recibir otra cosa por el camino que ovaciones y aplausos.

CAPITULO XXVIII.

Despedida. — Embarque. — Primero á Barcelona y luégo á Madrid. — El secreto de Navarro y de sus amigos.

YA en Génova el duque, el rey, el general Mendoza y la régia comitiva que les seguia, fueron obsequiados, muy aplaudidos, y vitoreado el *héroe* por los genoveses. No le gustaban á Silva tales ovaciones, y mucho ménos en aquel viaje en que las aclamaciones que le prodigaban debian necesariamente herir el corazon de Francisco I: por lo cual, viéndose obligado á detenerse algunos dias, mandó de un modo terminante que cesasen de poner colgaduras, iluminaciones y de festejarlo en fin.

El generalísimo ofició al jefe de la escuadra para que tuviera todos sus buques dispuestos á partir; pero el marino pretextando que recibió tarde la noticia y que le faltó tiempo para reunir los cruceros, los detuvo ocho dias, que fueron otros tantos siglos para el impaciente futuro de la bella María.

Por último, regresó Mendoza al espirar ese plazo, y entrando en la habitacion donde estaba Silva, le dijo:

—Señor duque, ya está reunida la escuadra; hoy empieza el embarque, y si el viento continúa favoreciendo, mañana por la tarde nos haremos á la vela para Barcelona.

—¡Qué pesadez! ¿No dijísteis nada á ese marino?

—Sí, señor; en las muchas veces que he estado á verlo, atroné las cámaras con mis gritos, rompí una mesa de un puñetazo y atropellé á un alférez que pretendia imponerme silencio.

—¿Y á todo eso, qué contestaba el general?

—Disculpas y nada más; en mi concepto es Navarro la causa de este retraso.

—Me pareció traslucirlo en sus frases el día que estuvo á visitarme.

—Ya queda poco, y si ha sido cosa de Don Pedro, concluiremos por darle las gracias.

El embarque se verificó, y al día siguiente á las cuatro de la tarde hicieron rumbo hácia Poniente los veinticinco navíos de que se componia la escuadra real. El viento era favorable, y por orden de Alberto fueron inclinándose al Sur, con el objeto de que no pudiera distinguir S. M. las costas de Francia, por frente á las cuales debia pasar. Supuso, con razon, que le atormentaria ver desde su flotante prision el reino que gobernó tantos años, y áun cuando aquella medida dilataba un poco el viaje, la juzgó preferible á dar un mal rato á su régio cautivo. De este modo evitaba á la vez el encuentro con la escuadra francesa, pues aunque la suya era superior, juzgó prudente no empeñar un combate que amenazaba la vida del monarca.

Con viento vário, pero sin dejar de correr sus buques, fueron poco á poco abandonando la costa africana, y al cuarto día de viaje entraron en el golfo de Lion, distinguiendo poco después las elevadas montañas de Cataluña. Los corazones de Silva, Mendoza y setenta y cuatro caballeros que le seguian

se ensancharon; en sus rostros aparecieron la alegría y satisfacción, y á ninguno le fué posible disimular la grata emocion que concluia de recibir. El rey, por el contrario, bajó la cabeza y exhalando un suspiro que sólo él pudo percibir, quedó entregado á una idea poco grata.

Algo más tarde se cogió Silva al brazo del general de marina, y separándose á un lado, le preguntó:

—¿A qué distancia estamos del cabo de Creux?

—A mucha, señor duque; lo hemos dejado atrás con cuarenta millas por lo ménos.

—Ayer creí distinguir hácia el Norte algunas velas, y supuse, ignoro si con razon, que pertenecian á buques de la escuadra francesa.

—No os habeis equivocado; aquella se encontraba en Tolon, tenía establecidos cruceros, y anteanoche nos reconocieron, llegando á aproximarse á ménos de media milla; mas vieron que disponiamos de mucha más fuerza que ellos; notaron que mi gente tenía las mechas encendidas y que sólo esperaban mi voz para hacerles fuego, y desaparecieron poco á poco, si bien nos impidieron dormir en toda la noche.

—¿Cuándo podremos llegar á Barcelona?

—Si continúa soplando el Este que reina ahora, mañana por la tarde.

—Soy de parecer que no existiendo ya peligro alguno por parte de los franceses, mandeis que se adelante el buque más velero, con objeto de que prevenga á las autoridades de aquella capital, para que nos permita desembarcar y partir por la noche, á fin de que no podamos ser reconocidos.

—Comprendo vuestra idea y me apresuro á realizarla.

Y el general dió algunas órdenes, cogió la vocina un capitán y no tardó en acercarse el navío más velero que llevaban, cuyo jefe recibió el encargo de adelantarse y de entregar á la autoridad superior de Cataluña un despacho que le dió su general en jefe. El rey de Francia era tratado en el mar con la misma consideracion y respeto que en tierra; tenía por cár-

cel todo el navío almirante; se le dispensaban los honores correspondientes á su elevada gerarquía, y rara vez se separaban de su lado Silva y Mendoza, con los cuales hablaba y discutía continuamente, sin perjuicio de acompañarles muchas veces el general de marina. Comían en una mesa los cuatro, y para todo se tomaba la vénia á S. M. Francisco estaba prisionero, pero desde que Alberto se hizo dueño de su persona, procuró con incansable celo é interés hacerle su cautiverio lo ménos amargo posible.

De este modo arribaron á Barcelona á las cuatro de la tarde, hallando el muelle desocupado de curiosos; en cambio doscientos dependientes de la autoridad, únicos que llegaron allí, botaron cuarenta lanchas, comenzando á realizar el desembarque, ayudados por la marina imperial.

En cuanto ancló el navío almirante, distinguieron un bote cerrado, del cual salió la autoridad superior de Cataluña. Esta saludó á S. M., luego al general de marina y á Mendoza, y últimamente dijo al generalísimo:

—Príncipe de Italia...

—¿Qué decís?—le preguntó Alberto interrumpiéndole:

—Digo, señor, que S. M. I. os ha nombrado príncipe de Italia; y me ordena que resigne en vos mi autoridad, lo que verifico en este momento, rogándoos acepteis mi bote, carroza y palacio.

—Gracias, haré uso de los tres, pero os advierto que quiero partir á las nueve de la noche.

—Muy bien; si no os dignais favorecerme por más tiempo, honrad siquiera la mesa que os tengo dispuesta, en tanto que se efectúa el desembarque, comen los vuestros y preparan los caballos.

—Sea así, y abreviemos en lo posible.

Nuestro héroe, príncipe ya, grande de España y generalísimo, todo lo cual lo elevaba sobre los poderosos del imperio, cruzó algunas frases más con el jefe de Barcelona, se despidieron luego del general y oficiales de marina que iban en

su buque, y comenzó el desembarque entre el ruido de los cañones de tierra y mar, y el de los atambores y clarines, los que atronaban el espacio haciendo á Francisco I los honores que le correspondían como rey.

El viaje marítimo que concluía allí lo verificaron sin incidente alguno desagradable; la mar alborotada en el golfo de Lyon y tranquila en el resto, no les molestó con los terribles embates de sus olas, y poco ó mucho siempre tuvieron el viento necesario para seguir caminando sobre las ondas del Mediterráneo.

Encerrados los cuatro en la caja del bote, abandonaron el navío almirante, trasladándose al muelle, donde les aguardaba una pesada carroza que cambiaron por el esquife. El príncipe de Italia daba la derecha al rey en el testero del coche, y enfrente iban á la izquierda la autoridad de Barcelona y al otro lado Mendoza, llegando así á los patios de palacio; allí echaron pié á tierra, é inmediatamente subieron al estrado de aquel inmenso edificio.

En las calles por que atravesaron se hallaba tendida la guarnición, presentando unos las armas y honrando todos á Francisco I. El pueblo oyó el estampido de los cañones, luego los sonidos de las músicas, atambores y clarines; corrió al muelle, pero no dejaron acercarse á ninguno; quiso entrar en la carrera formada por la tropa y tampoco le fué posible; adivinó sin embargo la causa que motivaba todo aquello y corrió por el resto de la ciudad, comentando la noticia y aplaudiendo al príncipe de Italia y al marqués de Pescara.

Poco después se sentaron á la mesa Francisco I, el generalísimo, Mendoza y la autoridad catalana; y no tardaron en verificarlo en el salón contiguo los setenta y cuatro caballeros, el chambelán del rey y los dos ayudas de cámara. Y en el piso bajo lo hicieron á la vez los sirvientes y pajes.

A las nueve de la noche se levantaron de la mesa, y media hora más tarde montaron á caballo, dirigiéndose hácia Madrid. La autoridad los despidió á la puerta de Barcelona, no per-

mitiendo que se acercase el pueblo, con objeto de apoyar su incógnito, descubierto ya por la penetración de los catalanes.

Al llegar al campo se adelantaron casi todos los sirvientes, con objeto de facilitar lo necesario en los pueblos donde se detenía la régia comitiva.

Durmiendo seis ó siete horas, empleando tres en la comida y almuerzo, y caminando el resto, se dirigían á Madrid sin forzar la marcha, pero sin parar otro tiempo que el indispensable. Con el fin de evitar aplausos, descansaban en poblaciones de poca importancia, en las que hallaban lo necesario para la mesa y reposo, dispuesto de antemano por los criados que iban delante, sujetando sus actos al itinerario que les había dado el príncipe de Italia.

Y por último, á los doce días de viajar por tierra, llegaron á Madrid, distinguiendo al anochecer sus pequeñas torres y feas fachadas.

Momentos ántes de acercarse á la puerta de Guadalajara, vieron un caballero parado en medio del camino, el cual saludó á S. M., al príncipe y á Mendoza, diciendo al segundo, de modo que él solo pudiera oírlo:

—De orden del emperador seguidme todos, señor generalísimo.

Y se adelantó veinte pasos, con objeto de que nadie los reconociera al entrar.

Así continuaron hasta llegar á la calle de las Platerías, deteniéndose al pie de la torre llamada de los Lujanes, la cual estaba dispuesta para hospedar dignamente al monarca prisionero.

El caballero que les salió á recibir, volvió á decir á Silva:

—Aquí manda S. M. que se quede el rey de Francia; vino ya la guardia imperial y cuanto necesite el monarca.

Alberto le preguntó:

—¿Está el emperador en su alcázar?

—No, señor.

—¿Y el general Quirós, dónde se halla?

—Lo ignoro.

—¿Y Navarro, Osorio y Lara?

—Tampoco sé de ellos.

Y acercándose al oído del generalísimo, añadió:

—El César fingió partir á Toledo, pero hace dos dias que reside en el valle; podeis confiarme la persona de S. M. y retiraros todos. Hé aquí la orden.

Y le entregó un pergamino firmado por el emperador.

Echaron pié á tierra; Silva y Mendoza acompañaron al soberano hasta las habitaciones principales del edificio que le estaba destinado, el cual más que palacio era un semicastillo conocido con el nombre de torre; y en verdad que más parecia esto que castillo ni palacio. Alberto dijo á S. M. que el César se hallaba fuera de Madrid, por cuya razon se veia obligado á partir en su busca para anunciarle la feliz llegada, no dudando que pasaria á visitarlo prontamente.

Después se despidieron Mendoza y Silva; reconocieron la guardia y disposiciones tomadas, y satisfechos, abandonaron la torre de los Lujanes, dando ántes la orden de que se retirasen á sus casas los caballeros y sirvientes. El príncipe, Don Luis y sus dos criados, corrieron al palacio del general Quirós, donde salió á recibirles el portero, á quien preguntaron:

—¿Y tu señor?

—No está.

—¿Dónde se halla?

—Lo ignoro.

—¿Y los generales Navarro, Osorio y Lara?

—Se fueron con él.

—¿Hacia qué punto?

—Se lo callaron.

—¿No mientes?

—Obedezco, señor.

—Di á mis pajes y criados que me preparen habitaciones.

—Está todo dispuesto, señor príncipe.

—¿Me aguardábais?

—Sí, señor, á esta misma hora.

—¿Quién te lo dijo?

—Mi amo.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿De qué más te enteró?

—De nada.

—Sube y pregunta á sus sirvientes y á los míos...

—Es inútil, señor, todos ignoran lo que deseais saber.

—Al valle, Mendoza.

Gritó el héroe, y picando á sus caballos los cuatro, corrieron en direccion de la morada de María. Don Luis decia al príncipe:

—Nos recibe Madrid con un misterio imposible de penetrar.

—Cierto, y ya va excitada mi curiosidad.

—Y la mia.

—Yo veo en todo esto una intriga de nuestros compañeros Navarro, Osorio y Lara.

—Yo tambien, pero no adivino. ¿Temeis alguna desgracia?

—No, al contrario; segun me dijo Don Pedro, se trata de una sorpresa agradable.

—Entónces corramos más.

—El caso es que pudimos mudar de caballos, y hubiéramos adelantado mucho.

—Cierto; los cuatro van estropeados, y temo que tardemos más de dos horas.

—Pongámoslos al trote, y continuemos así.

Salieron de Madrid á las ocho y media, y hablando Silva con Mendoza y Pedro con su compañero, distinguieron el palacio del valle bastante después de las diez. Sus potros empezaron galopando para concluir á un castellano que desesperaba á nuestros impacientes guerreros.

Por fin llegaron á la morada de María, siendo sorprende-

dos por la profusion de luces que habia en el zaguan, el lujoso uniforme galoneado de oro de los lacayos, y los ecos deliciosos que llegaban hasta allí de una ó más orquestas.

—Parece que bailan,—dijo el príncipe á Mendoza.

—Entónces no podemos entrar,—le contestó el gigante.

—¿Por qué?

—Supongo que vendré yo como vos, y en verdad que vais cubierto de polvo.

—No importa; echemos pié á tierra, y sepamos qué acontece.

Así lo hicieron, dando las riendas á sus sirvientes.

Al penetrar, salieron vários criados, preguntándoles uno:

—¿Quiénes sois?

—El duque del Imperio y el general Mendoza. ¿Qué acontece aquí?

—Pasad, señor príncipe; áun cuando no estais convidados, podeis subir.

—Os pregunto qué se celebra en este palacio.

El interrogado, en vez de contestar, mandó á los lacayos que cogiesen los caballos del generalísimo y que proporcionaran á los criados habitacion, descanso y cena.

Impacientado el duque, dijo á Mendoza:

—Subamos.

Y lo verificaron, continuando de sorpresa en sorpresa, por la profusion de luces, lujo y esplendidez que iban viendo. A la vez llegaban hasta ellos el murmullo de muchas voces y el ruido de personas que parecian bailar. Por último, sin quitarse ni áun el polvo, avanzaron hasta el piso principal, que estaba cuajado de sirvientes que les abrieron paso, oyéndose la voz de un ujier, que exclamó:

—El poderoso señor príncipe de Italia; el general Don Luis de Mendoza.

Cesó el murmullo, los ecos de la orquesta se apagaron, y un silencio profundo reemplazó á las siguientes frases, que expresaron en coro más de doscientas personas:

—El héroe. ¡Bien venido!

Por primera vez se sentía el generalísimo confuso y casi aturdido: en cuanto á Mendoza apenas pudo distinguir los objetos que tenía delante, deslumbrado por el brillo de tanta luz, oro y piedras preciosas.

Al llegar á la puerta del estrado se presentó á sus ojos un cuadro que no vieron jamás. Todos los grandes de España y altos dignatarios que residían en Madrid, se encontraban en aquel inmenso salón, acompañados de sus esposas é hijos, y unos y otros vestían sus mejores galas, y por do quier lucían á miles los brillantes y alhajas de gran valor.

Al ver á Silva y á Mendoza, damas y caballeros formaron calle en el centro del estrado, apareciendo en el extremo el emperador Carlos I y la emperatriz; detrás Clotilde y María, y en pos, confundidos con el resto de la familia imperial, Quirós, Navarro, Osorio y Lara.

El príncipe se quitó su chambergó de camino, y avergonzado avanzó, saludando á derecha é izquierda, pues todos se disputaban el derecho de felicitarle, sin moverse del sitio que cada uno ocupaba.

Los emperadores y comitiva se adelantaron también, saliendo á recibirle á la mitad del estrado. Alberto inclinó la rodilla derecha al llegar á ellos, pero en el mismo instante le cogió el emperador, estrechándolo contra su pecho, en tanto que su augusta esposa le oprimía una mano entre las suyas. Inmediatamente fué rodeado por la familia imperial y por Clotilde, María, Quirós, Navarro, Lara y Osorio.

Todos estrecharon á Silva, recibiendo el héroe en aquellos momentos la mayor recompensa que merecían sus gloriosos hechos de armas, grandes sacrificios y sangre vertida en los campos de batalla y lecho del dolor.

María oprimió su mano con amoroso afán, exclamando:

—¡Ingrato! ahora ya no te dejaré partir.

Pero el príncipe, embargado por el agradecimiento, la satisfacción y alegría, no halló voz con que poder contestar, aso-

mando en cambio á sus ojos dos lágrimas que expresaban más que cuanto pudiera decir. Desde el emperador hasta Osorio, todos le preguntaron algo, sin que le fuese dado complacer á ninguno. Entónces Cárlos I se cogió á su brazo y marchó con él, diciendo ántes:

—Que continúe el baile sin nueva interrupcion.

Y cerró la puerta que le daba salida.

Los convidados rompieron las filas, y formando grupos comentaron los hechos del *héroe*, en tanto que el sagaz Don Alvaro, viendo á Mendoza que se quedó á la puerta del estrado con el sombrero puesto y cual muda estatua, se acercó á él, diciéndole:

—¿Qué es eso, hombre? Pareces un encantado.

El gigante volvió en sí, y dejando en parte su aturdimiento, le preguntó:

—¿Osorio, dónde estamos?

—En el palacio de María, la futura del príncipe.

—¿Quiénes son esos caballeros y damas?

—Majadero, la corte del emperador, con todos los grandes de España y dignatarios del reino.

—Adios.

—¿A dónde vas?

—Abajo os espero.

—Detente. ¿Qué pretendes?

—¿No ves el traje con que vengo?

—Sí, igual al de Silva; mejor mil veces que el de esos señores que habitan en espléndidos palacios; tu cota de malla, gregüescos de paño y gaban de pieles estuvieron en Fuenterabía, Pau, Lombez, Tolosa, Agout y Pavía, y valen más que cuanto aquí se encierra, es decir, á excepcion de la familia imperial, de Silva, de Navarro, de Lara y de mí. Descubre tu cabeza de gigante, dame el brazo y ven á recibir los plácemes que merecen tu bizarría, talento y amor á la patria.

Y le obligó á que avanzara, siendo recibido por Quirós, Don Pedro y Nuñez con los brazos abiertos, con placer por

Clotilde, María y la familia imperial, y con aplauso por los convidados. Nuestro gigante, tan fiero y altivo en el campo de batalla, se encontró allí por el pronto como cortado é indeciso; pero no tardó en reponerse, y notando que todas las miradas se dirigian á él y que tambien comentaban sus hechos, irguió la frente y comenzó á buscar con la vista á las damas más hermosas de cuantas le rodeaban.

Poco después eligió pareja la emperatriz; Clotilde se cogió al brazo de Navarro, Osorio ofreció el suyo á una princesa, Lara á la preciosa hija del marqués del Aguila, y así sucesivamente todos fueron buscando la suya, á excepcion de Don Luis que no se atrevió, á consecuencia del traje, espuelas y polvo que le cubria.

—¿No baila el gigante?—le preguntó la futura de Silva.

—No puedo, deliciosísimo paje; bien estábais de hombre, pero de mujer encantais.

—Seguid con esas galanterías, que os oiga el príncipe, y vereis qué satisfecho queda de vos.

—Sabe que por mucho que yo os quiera no puede llegar nunca á la mitad del amor que le profeso á él.

—La idea merece, primero que me apoye en vuestro brazo, si es que alcanzo...

—Yo me inclinaré.

—Y luego que bailemos los dos.

—¿Qué decís, María! ¿con este traje?..

—Sí, con ese; que después del de Alberto es el de más mérito de cuantos existen aquí.

—¿Qué buena sois; qué encantadora; qué amable; qué deliciosa; qué bella; qué hermosa; qué sublime!..

—Basta, Mendoza; vaya una retahila.

—Iba á ser, si me hubiérais dejado, tan larga como yo.

—Lo creo; pero vuestras frases no me hacen efecto.

—Es natural; amais á Alberto...

—No es por eso; desde que me dijo el duque que érais embustero, dudo de vuestras palabras.

—¿Yo embustero? Sería una broma de mi querido amigo.

—¿No le digísteis con mucha gravedad que me habiais visto y hablado en el convento de Carmelitas?

—Teneis razon; en buen compromiso me puso vuestra partida. Estaba aún muy grave y me vi obligado á sacrificar la verdad por no aumentar sus dolencias.

—Cuando me lo referia en la torre, solté una carcajada que pudo comprometernos.

—Por el contrario, yo al reconocerlos, me estremecí y me hubiera dejado cortar un dedo por equivocarme. ¡Qué elegantes están Osorio y Lara! Ved á Navarro que no cabe en el salon; se ha rejuvenecido y parece que va envuelto en oro. ¿Quereis decirme el motivo de esta fiesta?

—La orquesta nos anuncia que va á dar principio la danza; después lo sabreis, con tal que al acabar me acompañeis á la cámara donde están el príncipe y mi hermano.

Y comenzó nuevamente el baile con gran placer de los cuatro ex-comuneros.

¡Qué contrastes ofrece la vida humana! Hacía poco más de tres meses que se hallaban tendidos sobre el duro suelo, teniendo por palacio una caverna y por galas con que adornarse, el grosero tabardo de un pescador; su alimento era malo, y hasta las ostras que comian tuvieron que cogerlas del fondo del mar. Ahora, por la inversa, eran adulados por los principales magnates de la primer corte del mundo, contaban con palacios, pajes, criados y se sentaban á la mesa del emperador. Más tarde volverán otra vez á abandonar sus galas y régia esplendidez por una armadura de acero ó de baqueta, ó por el zapato de becerro, la calza de lana y el gregüesco, ropilla y gaban del paletó. ¿Cuándo son más felices, en los momentos en que los cubre el oro ó en el instante en que varía hasta el color de su piel? Nosotros creemos que no lo son nunca; de un modo y de otro sufren las consecuencias de habitar en un valle en el que se rie un minuto, se lloran veinte y se sufren mil; por eso los unos envidian á los otros y vice versa;

que por desgracia los goces son una ilusion, mentira los placeres y verdad sólo la pena y amargura, el dolor y la muerte.

Cogido el emperador al brazo del príncipe, entraron en una cámara pequeña en la que nadie podia interrumpirlos.

—Cierra, y sentémonos.

Dijo el primero al segundo, y cuando lo hubieron verificado, añadió:

—¿Viene resignado Francisco I?

—Sí, señor; le he tenido todas las consideraciones que merece por su elevada clase y fatal situacion, y sólo demuestra el pesar consiguiente al cambio sufrido entre sentarse sobre un trono y el sillón del prisionero.

—Imposible parece, Alberto; y cuando se considera lo que habeis hecho Pescara y tú con tan pocos soldados y una carencia completa de dinero, víveres y municiones, no se comprende lo mismo que se está viendo.

—En Tolosa tuve el honor de anunciárselo á V. M.

—Príncipe, sólo para tí no es un axioma aquello de *querer es una cosa y poder otra*. Antes de conocerte me quitaba el sueño la Francia, me sonaba mal el nombre de Francisco I; hoy, gracias á tí, sólo me inspiran desden. Vas á ser en breve mi hermano, mi consejero íntimo, mi amigo y compañero; y puesto que la patria y yo te debemos más de lo que es posible pagar, pídemelo lo que quieras, cuanto anheles, y repara en mi satisfaccion y alegría al concedértelo. Puesto que Navarro, Osorio y Lara me han referido todo lo que aconteció en Italia, ocupémonos esta noche de tí, de tí solamente.

—Señor, bien quisiera contraerme á dar las gracias á V. M. por la mucha benevolencia con que siempre me trató; pero en la presente noche me veo obligado á demandaros tres gracias, que ruego á la bondad de V. M. me conceda.

—Ya te he nombrado príncipe; eres grande de España, y mañana pondré sobre tu cuello el toison de oro que ha dejado vacante mi primo el de Alemania; pero eso es poco; quiero que te iguales en grandeza y poder á los reyes.

—Señor, no es eso lo que me hace falta; con los honores que se dignó concederme V. M. tengo ya de sobra; es más, de ninguno necesitaba; y con el oro cogido al enemigo hay para hacer la suerte de diez familias que de la miseria quisieran pasar á la opulencia; pero repito que no es eso lo que yo quiero; aspiro á ser lo ménos desgraciado posible, y para lograrlo me veo en la necesidad de molestar á V. M.

—Habla, incomprensible amigo mio; sepamos lo que pretendes.

—En primer lugar, que tenga á bien decirme V. M. por qué se han adelantado á mí Navarro, Osorio y Lara; qué se celebra aquí esta noche, y qué misterio es ese, en fin, que con tanto empeño se me oculta.

Cárlos I sonrió, y estrechando una mano de Alberto, le dijo:

—Oye, y comprende que hasta tus discípulos son dignos de tí: me hallaba, hace poco más de veinte dias, en mi despacho de Madrid, cuando penetró el capitán de mis guardias, exclamando:—Señor, acaba de llegar á las puertas del alcázar el señor conde de Santomera, seguido de numerosa escolta compuesta de generales, caballeros y soldados. Viene de Italia, y desea la honra de que le reciba V. M.—Tu continuado silencio, la escasez de noticias del Piamonte y de la Lombardia, y la incertidumbre en que estaba há mucho tiempo, me hicieron temer una derrota y me estremecí al escuchar tu nombre. Que pase, le dije al capitán, dudando de un genio que no tiene parecido en el mundo. Como el conde de Santomera eras tú, al ver que se me presentaban Navarro, Osorio y Lara, creí que te habian muerto y retrocedí dos pasos, gritando: ¡al fin lo asesinaron! ¡maldicion! Y las lágrimas se agolparon á mis ojos.

—Gracias, señor; la bondad de V. M. se sobrepone á todo lo grande que existe en la tierra.

—No perdonaré nunca al imprudente Navarro el mal rato que me dió. Ya sabes que ninguno de los cuatro generales te

imitan en modestia y circunspeccion; en esas dos bellas cualidades no han querido reparar, si bien debo hacerles la justicia de creer que en el resto se van pareciendo á tí. Así es que al oir Navarro mi exclamacion, osó contestarme con voz ronca, destemplada y ademanes más propios del campo de batalla que de mi palacio:— Señor, en Italia no han muerto más que franceses; mi hijo vive; cumplió la palabra empeñada á V. M., y con nuestra ayuda cogió prisionero al rey de Francia, destruyó su ejército, y gracias á sus excesivas tolerancia y caridad no matamos á todos nuestros enemigos; pero el que no pereció depuso las armas y quedó prisionero. El Piamonte y la Lombardía son ya de V. M. sin excluir un palmo de terreno.—¿Pero cómo habeis hecho ese milagro? le pregunté.— Con la punta de la espada, me contestó, ó los extremos de las lanzas. ¿Pues qué, Silva, Pescara, Mendoza y nosotros tres no somos los primeros generales del mundo?—La gravedad con que me hablaba y la pedantería en que rebosaban sus frases, cambiaron por completo la mala impresion que recibí al verlo, y riendo le pregunté: ¿Por qué os titulais conde de Santomera? ¿por qué no os acompaña el príncipe de Italia?—Ese es un secreto que participaré á V. M. después que le haya enterado de lo acontecido en el Piamonte y la Lombardía.—Y sin tomarme parecer, comenzó á referirme detalladamente y sin olvidar lance alguno lo que hiciste y lo que practicaron ellos, desde el dia en que abandonásteis á Tolosa hasta aquel en que los tres dejaron á Italia. ¡Cuanto gocé oyendo su relato; los elogios que hacía de tí, de sus compañeros y de sí propio! Por primera vez de mi vida me pareció sublime la pedantería, torpe la modestia. Desde mi cámara llena de aduladores y de gente de poco ó ningun valer, me juzgué trasladado al campo de batalla, viendo por mis propios ojos elevarse á mis hijos desde el valor al heroismo. Cuando Navarro decaía le ayudaban Osorio y Lara, y en verdad que los tres guerreros me proporcionaron las horas más agradables que vi correr durante mi existencia. Todo, todo me lo refrie-

ron; hasta el lance ocurrido al más diestro de los cuatro, con la favorita de Francisco I. Al llegar aquí no pude contener una carcajada que repitieron Navarro y Lara con la misma franqueza que si se hallaran entre sus soldados. Poco á poco fuí acostumbrándome á sus bruscos modales, acento ronco y destemplado, y á todo aquello que formaba la antítesis de mi corte, y que era la verdad, hija del heroísmo, del amor á su rey y del más acendrado patriotismo. Les hice sentar junto á mí, estreché sus manos y les dije que me pidieran cuanto anhelasen.—A eso vengo, me contestó Navarro, quiero que V. M. apruebe la cesion que Silva ha hecho en mí de su condado de Santomera.—Concedido.—Que me nombre grande de España; que me dé un palacio, rentas, y tanto, en fin, como el más poderoso de su corte.

—Por eso,—exclamó Alberto,—se me adelantó; ¡mas yo le aseguro!..

—No formes juicios temerarios, príncipe; que el nuevo conde de Santomera pedia por tí, no por él.

—No comprendo, señor.

—Al principio tambien yo juzgué que era ambicioso; pero todo lo ganó, y sin entrar en explicaciones nada le negué, preguntando á sus compañeros qué querian ellos.—Estos, replicó Navarro, tienen bastante con su título de general, y á mí me sucederia lo mismo si Alberto no se uniera á Doña María de Austria; pero es el caso que vuestra hermana natural es hija de un amor ilegítimo, á ella le hace falta mi nombre y á su madre mi espada, apoyo y proteccion; por consiguiente me caso con Doña Clotilde, y negocio concluido.

—¡Qué alma tan noble! ¡qué corazon tan generoso! ¡Ese era el secreto que con tanto interés me ocultaba, y en verdad que me prohibió adivinarlo la grandeza que escondia!

Exclamó el príncipe satisfecho y agradecido. Carlos I añadió:

—Lo mismo opiné yo, concluyendo por estrecharlo contra mi pecho, llamarle amigo, y admirar un hecho tan plausible

y digno de admiracion como los llevados á cabo por tí en los campos de batalla. Su pensamiento era tan aceptable, que después de colmarlo de elogios, le concedí más de lo que me pidió: al dia siguiente partimos al valle; Clotilde accedió á nuestro justo deseo; hoy se han unido, y esta noche celebra mi corte, segun acabas de ver, el gran acontecimiento que concluyo de referirte. María será siempre para nosotros la hija de Felipe *el Hermoso*; para el público y las generaciones venideras la de Pedro Navarro, el cual la abraza ya y besa en público, como si realmente fuera su padre. La apellida el paje insigne, la heroína, y dice que su sangre es tan parecida á la que él tiene como la de dos hermanos.

—¿Cree V. M. que el sacrificio de Navarro y el de Clotilde no serán causa de la desgracia de ámbos?

—Todo lo contrario; parecen dos tórtolas que se disputan la ternura y el amor; y no podia acontecer otra cosa siendo ella un ángel y él el más cumplido caballero.

—Ese hecho forma el colmo de mis deseos.

—El tiempo corre y quiero que disfrutemos de la fiesta. Pídeme las tres gracias que me has anunciado.

—Ya va una, señor; la segunda se contrae á que V. M. me permita aconsejarle mucho y guerrear poco; mi espada, señor, está ya harto embotada en sangre humana, y me duele luchar contra mis hermanos.

—¿Qué más?

—Que V. M. se digne nombrar obispo al tío y padre adoptivo de Navarro.

—Sí, lo será; pídemelo para tí.

—Yo tengo ya honores, riqueza y posicion de sobra; sólo me falta llamar esposa á María, y no dudo que mi señor me otorgará lo que me tiene ofrecido.

—En breve te unirás á ella y luego descansarás, que harto has trabajado y sufrido por mí. Tu segunda pretension merece mi agrado, pues quedándote en Madrid podré yo, sin dificultad alguna, correr á los campos de batalla y vencer; cuya

idea me domina, entusiasmo y agita. Pasemos ahora á esos salones, honremos á Navarro y á Clotilde, y mañana nos ocuparemos de lo demás.

—¿Y Francisco I?

—Vendrá cansado y conviene que repose esta noche.

—Ruego á V. M. le visite y se compadezca de la situación á que le ha condenado su destino.

—Lo haré.

—Sin perjuicio de utilizar en favor de nuestra patria la victoria de Pavía.

—Sí, sacaremos de ella el partido posible, sin ser avaros, toda vez que mis ejércitos no han perecido, vive el emperador y no han muerto sus generales.

En este momento se abrió la puerta, apareciendo cogidos del brazo María y Mendoza.

—Hé ahí, mi querido príncipe, un fenómeno,—exclamó el César riendo;—entre estos dos componen pareja y media.

—Supongo,—añadió Silva, sonriendo también,—que el buen Don Luis habrá estado con mi futura tan atento, cortés y galante como cumple á un caballero.

—¿Quién lo duda; le dije que es hermosa, bella, encantadora, sublime.

—Y otra porción de cosas,—añadió María,—más propias del campo de batalla que de estos salones.

—¿Bailásteis?

—Sí, formando entre los dos la unión de la torre y la almena.

Después llegaron Clotilde y Navarro; el príncipe volvió á estrechar á la condesa, y abrazándose á aquél, permaneció un minuto oprimiéndolo contra su pecho, diciendo al concluir:

—¿Qué alma tan elevada; qué digno eres de reemplazar á mi infortunado padre!

—¿Yo lo creo! pero si lo dices por haberme unido á mi Clotilde estás en un error; nuestra boda es hija del cariño, y has de saber que mi esposa es tan encantadora como María;

se iguala á mí en talento, y vale más que todas las damas de la corte. La primera idea que me ocurrió tenía alguna relacion contigo; pero luego que la vi, que admiré su belleza, que contemplé el conjunto físico y moral, quedé dulcemente prendido en la más deliciosa red. La amo con delirio; formará mi ventura y yo la suya. ¿Es cierto, Clotilde?

—Sí, Pedro; me amas, y correspondo como merece tan noble pasion.

—¿Lo ves, hijo? ¡Puede que creyeras que yo me sacrificaba!.. Los sábios suelen ignorar más que nosotros. Cógete, esposa mia, y vamos á esos salones, donde tú serás la reina del baile y yo el más apuesto y gentil caballero, si S. M. no se presenta allí.

Y marcharon, dejando con la risa en los labios al César y á Silva.

—Creo que serán felices,—dijo el príncipe.

—Lo son ya,—replicó Cárlos I.

—Y tanto,—añadió María,—que se pasan las horas contemplándose con éxtasis amoroso, que forma parte de mi dicha.

Luego salieron los cuatro á los salones y continuaron honrando la fiesta, la cual duró hasta las cuatro de la madrugada. El emperador no quiso que se retirase ninguno mientras era de noche, comenzando á montar unos en caballos y otros en sus carrozas, á las seis de la mañana. La familia imperial marchó tambien, quedándose en el valle los desposados, su hija, el príncipe, Mendoza, Osorio y Lara. Estos se fueron á descansar, dejando á Don Luis y á Alberto que durmieran hasta las doce del dia, en que les avisaron que sus amigos, Clotilde y María, les esperaban sentados á la mesa. Ambos se cubrieron con trajes de seda que les llevaron sus criados, y corrieron al comedor donde hallaron á los otros, felices y anhelando todos el momento de encontrarse reunidos, segun acontecia en aquellos instantes. El rostro de Navarro rebosaba dicha; en el de Clotilde aparecian el amor y una completa

satisfacción. María y Alberto no apartaban la vista uno del otro, y Mendoza, Lara y Osorio cambiaban algunas miradas indicando el estímulo que les inspiraba la ventura de las dos parejas, y pensando en imitarlas con la brevedad posible. Don Alvaro y Nuñez eligieron compañera durante el baile que tuvo lugar la noche anterior, y Mendoza no debía tardar en encontrarla.

De este modo daban tregua al combate nuestros valerosos guerreros, dispuestos no obstante á emprender nuevas campañas en el momento en que el emperador les invitase á hacerlo. Sólo el *héroe* ansiaba esconderse en los palacios de Madrid y no volver á desnudar la espada, con las raras excepciones que era imposible evitar en época tan turbulenta y gloriosa. La superioridad que notaba en sí, formaba su razon más poderosa para rehuir los combates; y la hidalguía y nobleza de su alma le aconsejaban la práctica de otros hechos propios únicamente de la caridad que ardía ya en su corazon. Silva empezó héroe, debiendo concluir necesariamente en padre de los infortunados de la tierra.

CAPITULO XXIX.

Las tórtolas.—El segundo padre adoptivo.—El paje de la torre del Godo convertido en dama.—Devolucion.

CONCLUIDO el almuerzo, Osorio, Mendoza y Lara quedaron comentando las gratas impresiones que recibieron durante el baile, mientras Navarro y Silva, dando el brazo á Clotilde y á María, se bajaron á los jardines. Más que disfrutar de los encantos de una naturaleza que poco ó nada les ofrecia en el mes de Enero, buscaban aislamiento que les permitiera contarse amores sin ser escuchados de nadie. Iban delante el príncipe y su amada, y como á veinte pasos detrás sus padres. El primero enseñaba á María el árbol por donde se descolgaba en días ménos felices, el banco de piedra en que cruzaron frases amorosas por vez primera, y todos aquellos sitios en fin que les presentaban un recuerdo grato, formando todos el poema de sus amores.

Navarro hablaba con Clotilde de la pasion que ésta le

inspiraba; de la notable diferencia que existia entre ella y las restantes mujeres con quienes sostuvo relaciones, y del dicho-so porvenir que el cielo les deparaba. Silva representaba la ternura casta, dulce, sublime; el conde el entusiasmo, la pasión, el vehemente deseo; pero ámbos, en union de sus tórtolas, estaban siendo felices, muy felices en tales instantes. Sin dejar de hablar se miraban, prendiendo el mútuo fuego que ardía en sus corazones; y aún cuando Navarro habia corrido más que Alberto; aún cuando creia libar la ventura en mayor cantidad que él, no era así, teniendo en cuenta la pureza de las ideas, pensamientos y costumbres de María y del príncipe.

De pronto se presentó el milano para ahogar la dicha de unos y aminorar la de los otros. En esta ocasion era el ave de rapiña que acabamos de citar un sér noble, generoso é hidalgo; pero así y todo vino á descomponer el cuadro de amor que presenciábamos. Osorio, Mendoza y Lara no osaron moverse del comedor de Clotilde; mas el anciano y egoista general Quirós, desde que llegó Alberto de Silva, suspiraba por él como la madre por el hijo ausente, y no pudiendo soportar por más tiempo la separacion que le impedía contemplarlo, montó á caballo, fué al valle, y entrando en los jardines sorprendió á las dos parejas con las siguientes frases:

—Basta, hijo mio, basta; que aún no te has unido á tu encantadora María.

Los cuatro estrecharon su mano, y mirándole Alberto con cariño, le interrogó:

—¿Qué acontece, señor?

—Que necesito de tí.

—¿Para qué, padre mio?

—Me gusta la pregunta; para verte, hablar contigo y tenerte á mi lado siempre; ¿lo oyes? siempre. Navarro se casó, y ya no tiene derecho alguno sobre tí.

—Al contrario,—contestó el aludido,—le he dado una madre de que carecia, y ahora somos dos contra el noble consejero de S. M. I.

—Quedaos con nosotras,—le dijeron á la vez Clotilde y María.

—Bien quisiera, hijas; de ese modo éramos felices los cinco; pero el César necesita de mí, y no puedo ni debo abandonarle. Vamos, Alberto, despídete y partamos; ya he mandado á Pedro que ensille tu caballo y los de Lara, Osorio y Mendoza.

—Señor, dejadme aquí siquiera lo que falta de día.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Se están haciendo obras de mucha consideracion para el día en que os caseis, y es indispensable que dirijas tú las cámaras que has de habitar con María. El palacio de Navarro lo están concluyendo ya, pronto se trasladará á él tu futura, y entónces os vereis más á menudo.

—Me doy por satisfecho con la distribucion que vos habeis dispuesto.

—Yo no. ¿Has olvidado, por otra parte, que el emperador necesita de tí?

—Le pedí y obtuve el permiso de regresar á la corte cuando quiera.

—¿No te acuerdas de Francisco I? Dos veces mandó á preguntar por tí esta mañana.

—Teneis razon; no recordaba á nuestro infortunado prisionero, y he debido ya pasar á saludarle.

Aún cuestionaron los tres restantes con el general Quirós, venciendo este último y acabando por llevarse al príncipe.

Un cuarto de hora más tarde montaban á caballo los cuatro generales y Silva, y dando el último adios á Navarro, Clotilde y su hija se dirigieron á Madrid, entrando dos horas después en el palacio que estaba reformando el anciano general.

María quedó triste, y aún cuando sus padres trataron de distraerla, sólo lo consiguieron á medias; la felicidad de los desposados le recordaba á la prometida de Alberto que ella no lo estaba aún, por más que juzgase próximo el día.

Durmió aquella noche con más tranquilidad que las ante-

riores; se levantó temprano, y fija en el camino de Madrid esperó inútilmente casi toda la mañana la llegada de su amante.

—No le dejarán venir,—exclamó con enfado, retirándose del balcon,—entre ese viejo egoista, el rey y mi hermano; mas yo le veré.

Y dirigiéndose adonde estaban Navarro y Clotilde, dijo al primero:

—Padre mio; conservo intacto el bolsillo que me regaló Francisco I en la prision de Alberto, la tarde que le vi por última vez; y siendo él ahora el prisionero, creo un deber de conciencia devolvérsele.

—¿Tú?

—Sí, señor, al lado de mi padre.

Navarro y Clotilde se miraron, comprendiendo á la vez la segunda intencion de María.

—Acompáñala,—dijo la última á su esposo,—debe algunas atenciones al monarca francés, y justo es que lo visite. Hablad de paso con Alberto, y encargadle de mi parte, que venga á vernos todos los dias hasta tanto que nosotras podamos instalarnos en Madrid.

—¿Qué buena eres!—le contestó el conde,—me complace dar gusto á María; pero siento dejarte sola.

—Nuestra hija, Pedro, merece ese sacrificio y cuantos podamos hacer por ella. Deteneos en Madrid cuanto querais, que yo tengo citados para esta tarde á todos los desgraciados de la comarca, y dispuestos quinientos escudos de oro para repartirlos entre ellos, en lo cual invertiré muchas horas. La limosna no debe economizarse por los ricos; pero debemos enterarnos de quiénes son los verdaderos desgraciados, para distribuirla como corresponde.

—¿Y si no viniésemos hasta la noche?

—Me alegraria; de ese modo pasaré en la capilla del palacio algun tiempo más, dando gracias al Señor por la ventura que se digna otorgarnos.

—Clotilde,—le dijo Navarro con entusiasmo,—mucho he sufrido en los cuarenta y tres años, próximamente, que cuento de existencia; mi sangre regó veinte veces los campos de batalla; fui sentenciado á muerte várias otras; estuve cautivo en Argel, donde me trataron como á mísero esclavo; dormí en el duro suelo; comí pan de maíz y cebada; se llenaron mis carnes de manchas tan negras como el grosero tabardo que las cubrió; no vertía ya sangre porque estaba coagulada; y tanto padecí física y moralmente que no encuentro frases con que describirlo; pero todo lo doy por bien empleado; es más, bendigo mi martirio y penas anteriores, si hallo en tí, Clotilde mía, la recompensa. Tú no sabes lo que yo te amo, lo que vales, lo que mereces. ¿Qué me importan nuestra elevada gerarquía, los títulos y honores que el bondadoso Carlos nos concedió con pródiga generosidad, ni los tesoros de que disponemos? En una mísera cabaña, solo contigo, y sirviéndote de criado, sería feliz, porque mi única dicha reside en tí.

—¿Te has olvidado de esa pobre niña?

—Sí; viéndote no me acuerdo de nada. Vé, María, y que dispongan una carroza.

—Nos aguarda hace tiempo.

—¡Ah! ¡la tenías preparada!

—Sé lo mucho que me amais los dos, y avisé ántes de entrar aquí; pero continuad hablando con mi madre, si gustais; las frases que le dirigís, forman mi ventura.

—Eres tan buena como Clotilde; ¡oh! bien mereces al héroe que el cielo bondadoso te concede por marido.

Y los tres se estrecharon, formando un grupo tan tierno, amoroso é interesante que no hallamos palabras con qué describirlo.

María dió á su madre veinte besos, que ella le devolvió con amoroso afán, y desapareció de allí, diciendo al conde:

—Padre mio, voy á coger un manto y en la carroza os espero.

Navarro volvió á estrechar á Clotilde, exclamando:

—Adios, esposa mia; sólo ese ángel era capaz de arrancarme de tu lado. Oye, puesto que gozas tanto repartiendo limosnas, añade á las de hoy mil ducados que te entregará mi secretario. De ese modo celebraremos dignamente nuestra boda y el regreso de Alberto. ¿Te olvidarás de mí?

—Ni un solo instante; mi corazon es tuyo por completo, tienes mi amor, y no me es dado separarte de mi memoria un átomo de segundo.

—Eso es; lo mismo que yo.

—Padre mio, voy bajando.

Dijo María desde lejos; el conde clavó la última mirada tierna y amorosa en Clotilde, y desapareció, murmurando:

—Es preciso que esos chiquillos se casen al momento; ¡oh! me hace á mí tanta falta como á ellos.

Y entrando en la carroza se sentó al lado de María, le cogió una mano, mandando que partiese el coche con rapidez.

La hermosa jóven quiso hablar de Alberto con el conde, de Francisco I y del emperador; pero aquél comenzó á elogiar á Clotilde, no logrando ella en todo el camino hacerle variar de conversacion. Navarro era tan ardiente y apasionado amando, como enérgico, constante y terrible en el campo de batalla frente á sus enemigos.

A las tres horas paró la carroza á la puerta de la torre de los Lujanes, y cogida María al brazo de su padre subieron sin impedimento alguno.

Vários oficiales y soldados guardaban la augusta persona del monarca francés; pero todos conocian al famoso general Navarro, conde de Santomera, grande de España y amigo íntimo del César, y le fueron abriendo las puertas sin preguntarle otra cosa, que si deseaba ver al régio prisionero.

Estaba Francisco I solo y escribiendo, cuando le anunciaron la visita del célebre caudillo, acompañado de una dama de la corte. El rey se puso en pié, alargó su mano á Navarro é hizo una reverencia á María. Ésta echó atrás su manto, preguntándole:

—¿Cómo sigue V. M?

—Bien, yo os he visto otra vez; vuestro acento no me es desconocido, mas no recuerdo...

—Soy María de Austria, hermana del emperador, y la prometida de Alberto de Silva.

—Me hablaron en París de vuestra existencia, hermosura y talento; pero ignoraba lo último, y me complace mucho que mi amigo el príncipe de Italia haya tenido una eleccion tan digna y acertada.

—¿No me reconocéis aún?

—Lo juzgo imposible, pues aún cuando creí haberos visto ántes y hasta me pareció muy conocido el acento, ahora que sé vuestro nombre, puedo afirmar que me he equivocado.

—Traed á vuestra mente la figura de un paje que habló con V. M. en Aviñon y en la torre del Godo.

—Ya lo hice; pero no adivino...

—Señor, en una ocasion solemne, me preguntásteis en qué me ocupaba por las noches; os contesté que jugaba á los dados con el doctor Rousell; añadiendo que mi estrella era tan mala, cuanto que siempre perdía. Entónces V. M. me prestó el oro que contiene este bolsillo, asegurándome que cambiaria mi suerte. Así sucedió, y de tal modo que todo lo gané. Yo os lo devuelvo hoy, deseando que os sirva de talisman.

—¡Vos érais el paje de Silva!

—El mismo ó la misma, que viene á daros las gracias por las atenciones que os mereció.

—Sublime mujer; ¡oh! no negais de quién es la poderosa sangre que circula por vuestras venas. Si os unís efectivamente al príncipe, el cielo se digna otorgaros sucesor, y éste se parece á sus padres, será la maravilla de la época, toda vez que nace hijo de dos héroes.

—De uno; la otra, débil y enamorada, sólo podrá aspirar al título de esposa tierna y cariñosa.

—Vuestra modestia es digna de la atrevida mujer que ayudó á volar una torre, la mejor guardada acaso de Europa.

—Algo contribuyeron los favores que debí á V. M. Y si en esta ocasion le fuese dado devolvérselos á la hermana del César, á la prometida del príncipe de Italia y á la hija del poderoso conde de Santomera, se apresuraria á complacerlos.

—¡Quién sabe! Por ahora sed mi amiga; más adelante veremos. En cuanto á vos, general Navarro, estrechad mi mano á menudo, y si alguna vez salgo de Madrid, llevaré otro recuerdo grato de tan cumplido caballero. Sentaos, amigos míos, y hablemos; un cautivo agradece las visitas tanto como la vida que su señor le concede.

—Lo sé, por desgracia, señor,—dijo el conde sentándose;—que en la Argelia me trataron muy mal, y únicamente el sol entraba á verme por un hueco tan pequeño como el entendimiento de mis carceleros. Os participo que anoche se efectuó mi enlace con la madre de María. ¿La conoceis?

—No, pero oí que era jóven aún y muy hermosa.

—Han engañado á V. M.

—¿Qué decís?

—Que no existe sobre la tierra mujer más seductora; su voz encanta, su belleza fascina y sus hechos son los de una santa.

—Padre mio, que es vuestra esposa.

—Por eso lo digo; á mí qué me importan las de los demás. Señor, si á la edad de quince años pude cometer una falta, seguro es que no tuvo la culpa, que el destino se ensañó con ella, y que es la única que cuenta en su vida.

—Lo creo, y no sería tan grave cuando dió por resultado la existencia de ese ángel que os acompaña.

Y continuaron hablando de Clotilde, único tema que agradaba al amoroso conde.

A la hora de haber llegado, pidieron permiso para retirarse, el que les fué concedido por el rey, demostrándoles mucho agrado por la compañía que acababan de hacerle y aceptando el bolsillo que María le devolvió, como recuerdo de un día ménos infortunado. Quisieron después besar la mano

de S. M., pero éste no lo consintió, estrechando las suyas y rogándoles que no le negasen sus visitas.

Padre é hija tornaron á usar su carroza, encaminándose al palacio del general Quirós; pero éste y Alberto se hallaban en el alcázar real, y Osorio, Mendoza y Lara habian salido sin decir á dónde. Dejaron en consecuencia el coche, y cogidos del brazo se dirigieron á la cámara imperial, donde encontraron á sus dos amigos hablando con el César.

—¿Venís á buscarme, ó es á Silva al que deseais ver?

Les preguntó Cárlos, alargándoles la mano.

—Clotilde, señor,—le contestó Navarro, sin hacer alto en la pregunta del monarca,—queda en el valle, esparciendo el bien entre los desgraciados y rogando á Dios por la ventura de los seres que ama, entre los cuales figura el primero V. M.

—Y vosotros la habeis abandonado para venir á visitar á Alberto.

—Ella lo quiso, y me lo rogó esta niña que ejerce sobre mí mágico influjo; de lo contrario...

—Lo supongo. Estais más enamorado, si cabe, que el excéntrico y frio príncipe de Italia.

—No lo extrañe V. M.; los sábios y los héroes se cuidan más de la cabeza que del corazon. Ahora estará Clotilde en medio de sus colonos pobres...

—Navarro, hace veinte dias que no consigo de vos otra cosa que el que me hableis de la que ya es vuestra mujer.

—¿Y qué mal hay en eso?

—Ninguno, pero sí un poco de pesadez.

—Si la conociera V. M. como yo.

—Es verdad; en un mes lograsteis lo que yo no pude en doce años que la visito casi diariamente.

—Bien, pero consiste en que V. M. no la ha tratado con la intimidad que yo.

—Estoy convencido de que es una santa, y que su belleza no la empañaron el tiempo ni las muchas lágrimas que vertió; todo eso sé, como tambien que continuais enamorados;

pero no hallo razon para que el nombre de Clotilde esté siempre en los labios de Navarro.

—Eso se evitará,—dijo el príncipe,—uniéndome yo á María, y dejándolos á ellos solos por espacio siquiera de un mes.

—El remedio me parece eficaz y urge aplicarlo: de no ser así, Clotilde con Navarro, Navarro con Clotilde, Silva con María y María con Silva, me vais á inutilizar los cuatro para ocuparme de otra cosa que de vosotros.

—Me alegro,—exclamó María;—así no dilatarás una boda que debió efectuarse hace muchos meses.

—¿Con el duque de San Márcos?

—No; que, gracias á mí, pudo evitarse la union entre una paloma y un tigre; me referia á Alberto después de lo ocurrido en el palenque.

—¿Y Fuenterrabía? ¿y el imperio? ¿y tu hermano?

—El último pase; los otros no me importan á mí.

—El amor patrio arde en tus venas, hija mia, de un modo que admira.

—El imperio de las mujeres es su casa, su esposo la gloria, sus hijos la recompensa.

—Desde que te hiciste paje y anduviste por el mundo, has aprendido demasiado, y en verdad que emites ideas impropias de tu edad y estado.

—Porque os acostumbrásteis á que las jóvenes finjan ignorar lo que saben, ó á que sean tontas.

—Por eso tú, á imitacion de Navarro, demuestras una osadía sin límites.

—No, Carlos; como él digo la verdad sin ambajes ni rodeos.

—Tiene razon; yo acabaré de enseñarla, y en breve admirará su talento.

—¡Buen maestro!—exclamó el héroe,—le dará una leccion de pedantería por minuto y otra de amor propio por segundo.

—En cambio tú la acostumbrarás á que no hable, ó en caso contrario á que lo verifique por señas.

—De hacerlo tan mal como tú, vale más estarse callado.

—Mi Clotilde...

—¿Lo veis? En cuanto anunciaron al conde, lo dije, —añadió el emperador,—llega el recién casado, y nos veremos obligados á dejar los asuntos para ocuparnos de su mujer.

—Iba á expresar únicamente que mi esposa tiene formado de mí un concepto enteramente contrario al de Silva.

—Es muy natural, y ya lo habíamos supuesto todos. Por consiguiente, desde este instante podemos empezar á ocuparnos, si gustais, de la boda de Alberto, como antídoto á la calamidad que ya se cierne sobre nosotros.

Y lo verificaron así, comieron juntos, retirándose Navarro y María al valle, Alberto y Quirós á su palacio. Al despedirse los dos últimos de S. M., dijo el monarca al príncipe:

—Madruga un poco y haz una visita diaria al palacio del valle, porque de lo contrario llegará Navarro y no podremos trabajar un solo momento. En consecuencia te espero desde las doce en adelante.

—Lo verificaré así, interin se acerca el día de mi anhelado enlace.

—Di á Osorio, Mendoza y Lara que vengan á verme cuando gusten.

—Mañana tendrán la honra de besar la mano de V. M.

—Si algo desean y no se atreven á pedírmelo, encárgate de concedérselo en mi nombre.

—Gracias, señor; no necesitan más por ahora.

Y se retiraron segun hemos dicho, buscando el generalísimo, en union de Mendoza, Osorio y Lara, el descanso necesario á tantas fatigas, insomnios y malestar como sufrieron en Fuenterrabía, Francia é Italia. Al estridor del combate; á la lucha continuada; al hambre y á la carencia completa de comodidades, habian reemplazado la tranquilidad, el sosiego y la esplendidez que se apresuraba á proporcionarles en su rico palacio el noble general Quirós, que amaba á Silva como á hijo y á los otros como á amigos y compañeros.

CAPITULO XXX.

La boda de Silva.—El generalísimo y el ex-sargento.—Un obispo con escudero prestado.

DESDE el siguiente día en que comenzó á disponerse lo necesario para la boda de Silva, desde el emperador hasta el último amigo del príncipe, todos se ocuparon de ella, tomando una parte más ó ménos activa é interesante. Se convino en que serían padrinos los emperadores y testigos vários grandes de España. Cuarenta operarios trabajaban ya en el palacio del general Quirós, que era el destinado á los novios, y otros tantos entre diamantistas, plateros, sastres y modistas preparaban los adornos y galas que el César, la emperatriz, el general Quirós, Navarro, Clotilde y todos los amigos de Silva y María pensaban regalar á los afortunados amantes. Sólo el príncipe y su futura eran los únicos que no se ocupaban de la boda; se veían desde las ocho á las diez de la mañana, dos horas de la vida que pasaban para ellos en delicioso éxtasis amoroso. Hasta en esto daba el héroe lecciones al conde de Santomera;

ardiente y apasionado el uno, era tan impetuoso su cariño como sus arranques de ira ó de venganza, mientras que el otro frío en el campo de batalla, en el consejo de generales y en todos los casos difíciles, se presentaba ahora tierno, dulce, arrobador con sus frases, mirada y agradable conjunto. El padre se precipitaba de continuo, el hijo nunca. Clotilde, en fin, tenía á su lado un gigante; María, por el contrario, un ángel como ella.

A las diez regresaba Alberto á Madrid y á las doce trabajaba con el emperador, pasando á su lado hasta las cuatro. Acto continuo comia con Quirós, Osorio, Mendoza y Lara, se embozaba después en una capa negra y partia solo sin decir á nadie dónde iba ni permitir que le acompañasen. Por el camino y con el mayor disimulo ocultaba su rostro con espesa y poblada barba postiza, escondia la pluma de su gorra y entraba en varias casas de mal aspecto, y en las que al parecer moraban los seres más pobres, abyectos y desgraciados de Madrid. A las nueve volvía á fijar la pluma de su gorra, se arrancaba la barba y se dirigia á su palacio, si bien ocupaba media hora, ántes de entrar en él, hablando con una persona que nos es muy conocida. Sigámosle y escuchemos su conversacion.

Como á doscientos pasos de su morada se detuvo á la puerta de una casa pequeña, pero de buen aspecto; llamó, é inmediatamente le abrieron.

—¿Quién sois?—le interrogó una voz de bajo profundo.

—Siempre la misma pregunta, Juan; eres ménos torpe en el campo de batalla que en la corte. ¿Está tu amo?

—¡Ah! señor príncipe, entre V. E., que le espera.

—Te he dicho ya diez veces que no recibo tratamiento de nadie, y ménos de los valientes ligeros que me siguieron á Fuenterrabía, Francia é Italia; ¿qué hace el sargento?

—El alférez, no, el capitán querreis decir. Se halla cenando con varios amigos.

—Cierra, y avísale mi llegada.

Poco después recibia Dávalos á Silva en la sala principal de su casa.

—¿En qué te entretenias?—le preguntó el héroe.

—Señor, cenaba con unos compañeros.

—Como de costumbre, dejarás trascurrir la vida entre vinos y licores, viandas y mujeres; pero ¿qué mujeres, Dávalos!

El ex-sargento inclinó la cabeza sin hallar nada que contestar. Alberto continuó:

—Por necesidad voy á tener que volver á mandarte á la guerra. Frente al enemigo eres sóbrio y jamás das motivo á reprension, mas durante la paz no piensas en otra cosa que en festines y en vicios. Dávalos, ó te casas pronto, y moderas tan horrible conducta, ó te mando á la guerra de Africa que es la peor y ménos gloriosa.

—Esta mañana me dijo lo mismo mi general, y hasta se ofreció á ser mi padrino; entónces vacilé, pero ahora me decido, y pronto me vereis casado, sin perjuicio, por supuesto, de seguiros al campo de batalla.

—¿A quién llamas tu general?

—Vos sereis siempre mi dueño, mi señor, y Don Pedro Navarro mi general.

—¿Qué banda es esa que llevas al pecho?

—¡Ah! sí; se me olvidaba deciros que estuve hoy en el valle por orden del señor conde, el cual me ha nombrado capitán de la guardia que va á establecer en su palacio. Yo le dije que os ibais á incomodar, pero añadió, que era un destino de militar pasivo, toda vez que no pensaba sacarme de Madrid.

—Bien, pero el emperador no ha confirmado ese nombramiento.

—Cierto, señor; mañana se lo va á pedir mi general.

—¿Por qué entónces te has puesto la banda?

—¡Tenía unos deseos de lucirla!.. Como que no habia en el ejército quien me creyera capaz de lograr esta honra.

—Ni en todo el imperio, Dávalos; mas siendo así que sólo has de mandar la guardia de tu general, llévala y di á los que

te juzgaban indigno de ella, que te la concede el emperador, á propuesta mia y en vista de tu valor en el campo de batalla y de tu lealtad en todas partes.

—Gracias, señor; vuestros elogios me envanecen; son la mayor recompensa á que yo podia aspirar.

—Perfectamente, Dávalos; pero cástate pronto, no bebas tanto, y sé un buen ciudadano.

—Desde hoy, vida nueva. Ya he celebrado mi banda, anhelo vuestra estimacion y me haré digno de ella.

—Realizaste mis encargos.

—Pues no; á vos se os obedece con entusiasmo.

Y sacando vários papeles, añadió:

—Aquí hay diferentes nombres y señas de habitaciones de indigentes que viven como de milagro. En este otro los de algunos que perdieron un padre, hijo ó hermano en el sitio de Fuenterrabía, en Francia ó en Italia; y los de esta lista larga pertenecen á pobres de solemnidad, ancianos y desvalidos. Muy rico sois, pero si continuais así os vais á arruinar.

—¿No vále más emplear el oro en socorrer el infortunio y la desgracia, que en licores con los cuales se consigue únicamente apagar la luz de la inteligencia, ó en comidas opíparas y en mujeres más asquerosas aún que el mismo vicio y depravacion que las acerca á vosotros?

—¡Es verdad; somos tan débiles los hombres!

—Imposible parece que diga eso el que me siguió al campo de batalla del modo que tú lo hiciste.

—Pues es lo peor, señor duque, que casi todos me imitan.

—Entonces será lo mejor que yo os obligue á entrar por el buen camino, y al que me desobedezca lo mandaré á la Argelia, donde no hay vinos, licores ni manjares.

—¡Pero sí unas moras!..

—Que defienden los moros con valor salvaje.

—Es cierto, mas nuestros soldados rompen esa valla con las puntas de sus picas. Respecto de mí, señor príncipe, será esta la última vez que os dé motivo de reprension.

—Continúa tus indagaciones, y hasta mañana por la noche.

—¿Me permitís que os acompañe?

—¿Para qué?

—Os cubre un ligero traje de seda y pudieran tenderos una emboscada.

—¿Quiénes? ¿tengo yo enemigos en el imperio?

—Verdad, es, noble señor; ¡qué hombre no se postraría á vuestros piés al reconoceros, siendo el padre del infortunado, la guadaña terrible de nuestros enemigos.

—Adios.

—El cielo guarde y defienda la preciosa vida de mi señor.

Salió el *héroe*, y entrando en su palacio se sentó á la mesa acompañado de Quirós, Osorio, Mendoza y Lara, con los cuales cenó, entreteniéndole agradablemente una hora que corría veloz y deliciosa para los cinco amigos. Concluido este acto se retiraba cada cual á descansar, para volver al día siguiente, Quirós á trabajar con el emperador, y los tres restantes generales para visitar á las damas más aristocráticas y bellas de Madrid. Alberto, á excepcion de las horas que dedicaba á María, al César y á sus amigos, empleaba el resto del día en proporcionarse los medios de que celebraran dignamente su boda los desgraciados que existían en Madrid y en algunos otros puntos de España. Estas eran las únicas galas con que pensaba engalanar á su prometida y á sí propio, adquiridas por él, y en verdad que debían costarle muchísimo más que cuanto estaban gastando en adornos físicos para ellos los emperadores, Navarro, Clotilde, Quirós, los tres generales restantes y todos sus amigos y conocidos.

—Ellos,—decía Silva,—nos proporcionarán las galas con que debemos tapar nuestros miserables cuerpos; el polvo vil que será comido por gusanos y pisoteado por el tiempo. Ella y yo nos cuidaremos del espíritu inmortal, y dichoso un día si nuestras obras lo hacen acreedor á la misericordia Divina.

Ocupado él del modo que dejamos expuesto, encargó á Osorio, Mendoza y Lara que recibieran á las muchas visitas que

continuamente pasaban á felicitarlo por sus triunfos recientes y su heroismo en todas partes. A Francisco I lo veia cada dos dias; el rey le confiaba su suerte, logrando por fin arrancarle la oferta de que lo dejasen ir á Francia, á cuyo fin influiria con todo su poder cerca de S. M. el emperador.

Tres dias después vinieron á habitar en Madrid, Navarro, Clotilde y María, un palacio que les regaló el César, el cual tardaron un mes en restaurar. El valle quedó como una posesion de recreo, dejando en ella la servidumbre indispensable á este objeto. Tal acontecimiento proporcionó al príncipe las horas que perdía en ir y volver al valle, las que empleaba en visitar á las muchas familias que estuvieron en su palacio.

Y por último, á los veinticinco dias de haber regresado Silva de Italia, dispuso el emperador que su boda se realizase el domingo próximo, en su régio alcázar, siendo los padrinos él y la emperatriz, y estando convidados á este acto todos los grandes, dignatarios, embajadores y personas notables que residian en Madrid.

Amaneció el tan suspirado dia por el príncipe de Italia, y María de Austria, y el ejército y pueblo de la corte se apresuraron á celebrar la boda de su héroe. Todos los balcones de la villa aparecieron con colgaduras; las calles que separaban el palacio del generalísimo del de María y éste del alcázar real, fueron cubiertas con hojas de flores, siempre escasas y costosas en Madrid en la época que pasa nuestra historia. Se levantaron vários arcos de triunfo, y hombres y mujeres, eclesiásticos y seglares, grandes y chicos acudieron á la carrera, situándose unos en los balcones y ventanas y formando el pueblo dos compactas hileras que empezaban en el palacio de Alberto y concluian en la plaza del alcázar. Lo mismo el pobre que el que no lo era, se vistieron con sus mejores trajes, y en continuado silencio aguardaron á que diesen las once. Al sonar la última campanada se abrieron las grandes puertas de la casa imperial, saliendo la mejor carroza de S. M., tirada por ocho caballos españoles lujosamente ataviados; delante iban

dos criados del rey en forma de correos, y detrás los noventa y cuatro caballeros que siguieron al príncipe durante la guerra, mandados por el general Mendoza; su escolta de campaña quiso serlo también en esta gran solemnidad. No iban ahora cubiertos de acero como ántes ni sobre potros enflaquecidos por el hambre y la fatiga como en Italia; cabalgaban sobre briosos corceles cordobeses y jerezanos, que llenaban la calle orgullosos y satisfechos de la carga que llevaban. Los amos cambiaron el acero de la bruñida armadura por el terciopelo recamado de oro, los ricos encajes, las calzas de seda de Milan, las aristocráticas plumas y el lujo en fin de los caballeros más apuestos y gentiles. Entre los noventa y cinco no iba un sólo rostro sin cicatriz, ni un pecho que dejase de ostentar la cruz de Santiago ó de Calatrava.

La carroza marchaba despacio, llegando por entre las dos filas que formaba el pueblo al palacio de Alberto, en cuyo zaguán entró.

Diez minutos después salieron dos correos; á éstos seguían cuatro caballeros; detrás la carroza con el generalísimo; á continuación la escolta con los noventa y uno, y en pos el carruaje del general Quirós, llevando á éste, á Osorio y á Lara. Al distinguir las masas á su héroe, rompieron en vivas y aclamaciones que aturdían el espacio; el pueblo tiraba las gorras y el ejército blandía las espadas, dando vivas al generalísimo, al César y al imperio.

Alberto con la cabeza descubierta y los ojos húmedos, daba las gracias, llevando fuera del carruaje parte de su cuerpo.

Se detuvo la carroza otra vez, penetró en el zaguán del palacio de Navarro, y siendo recibido Alberto en la escalera y pasillos por la guardia y servidumbre de los condes de Santomera, llegó al estrado, donde le esperaban María, Cletilde y el general.

—¡Hijo!

—¡Alberto!

—¡María!

Se oyó; los cuatro se estrecharon, y un grupo tierno y sublime explicó á los espectadores la felicidad que embargaba en aquellos momentos á las dos parejas.

María llevaba un sencillo vestido de raso blanco, corona del mismo color, y pendientes con cadena al cuello y cruz de brillantes; de la primera le caía un manto de riquísimo encaje, bastándole tan sencillas galas para presentarse en la corte más elegante que ninguna otra; verdad es que no era el traje sino lo esbelto de su talle; su negligencia, modales y encantadora figura lo que constituían en ella esa elegancia natural que se sobrepone al arte de un modo tan notable. Sus ojos, rostro, epidermis y cabellos se presentaban en este día sublimes, arrebatadores; un leve tinte sonrosado matizaban sus nacaradas mejillas; brillaba en sus finos labios una sonrisa placentera, y el todo de tan bellísima jóven le obligó al príncipe á exclamar:

—Creí no hallarte nunca tan admirable como al entrar sola y con heroica sangre fría en la torre del Godo; pero me equivoqué, en aquel momento rivalizaste con los hombres y las mujeres; ahora es con los ángeles.

—Me alegro,—le contestó María,—aún siendo así, la reina de un mes dista mucho del héroe de siempre.

—¡Quién sabe si él le deberá á ella el serlo!

—Yo creo que es á Dios. Corramos, Alberto á que nos una para siempre, demostrándole á la vez y en el resto de nuestra vida que somos agradecidos.

Y cogidos de las manos bajaron la escalera, entrando en la carroza imperial del modo siguiente: en la testera se sentaron Clotilde á la derecha y María á la izquierda, y al vidrio Navarro y Mendoza en la forma que aquellas.

Ahora partieron los dos correos seguidos de ocho caballos, yendo en pos el carruaje del emperador con los novios y padres de éstos, la escolta, el coche con Quirós, Osorio y Lara, y el de Navarro y Clotilde, que iba vacío y en forma de respeto.

El ejército y el pueblo volvieron á atronar el espacio con vivas y aclamaciones; la carroza se cubrió de coronas que arrojaban de los balcones, y hombres y mujeres colmaron de elogios á María de Austria, apellidándola con razon la mujer más bella de Europa.

De este modo llegaron al real alcázar; subieron la escalera, y al extremo encontraron á los emperadores que, seguidos de los individuos de su familia, salian á recibirlos.

En el salon de embajadores estaba el cuerpo diplomático, y en la capilla la teocracia de Madrid.

Los novios, cogido él de la mano del emperador, y ella de la emperatriz, penetraron en el salon del trono, siguiendo luego á la capilla, donde se efectuó el enlace con toda la pompa y suntuosidad que cabia en lo posible. Terminado el acto, estrecharon los padrinos y familia imperial á los desposados, recibiendo además los plácemes y enhorabuenas de cuantos asistieron á la funcion.

Más tarde se retiraron los convidados, pasando María á las habitaciones de la emperatriz, donde cambió de traje; mientras lo verificaba entraron en la cámara del emperador éste, Alberto, Navarro, Quirós, Osorio, Mendoza, Lara y vários grandes á quienes distinguia S. M.

A las cuatro penetraron todos en el régio comedor; allí les esperaba una mesa con trescientos cubiertos, y á las nueve de la noche se dirigieron á los salones de baile, donde ya les aguardaban las principales damas y caballeros de Madrid. María iba cubierta ahora con el traje que la regaló la emperatriz, de tisú de oro, y orlaba su frente una diadema cuajada de brillantes que intentaban vanamente apagar los rayos que despedian sus grandes, rasgados y encantadores ojos. Se apoyaba en el príncipe su esposo, y no obstante hallarse rodeados de la familia imperial y de los grandes y poderosos de la tierra, sobresalian ámbos sobre todos los presentes. El César y su esposa, como Navarro, Clotilde, Quirós, Osorio, Mendoza y Lara, gozaban con la dicha de los desposados, tanto como con

la suya propia. El resto de los caballeros y damas los aplaudian tambien, no habiendo uno solo que diera cabida á la envidia ni á los celos en este venturoso enlace. Los noventa y cuatro individuos de la escolta del príncipe estaban ligados con vínculos de sangre á las familias más poderosas de la corte; éstas sabían por ellos lo que era, lo que valia, lo que hizo por su patria el héroe, lo que sufrió en Agout, torre del Godo é Italia, y no era posible que encontrasen para él otra cosa que elogios y plácemes. Luégo miraban el semblante de los dos príncipes, y en vez de orgullo y altanería, sólo hallaban la expresion de bondad, cariño y agradecimiento.

Rompieron el primer baile el emperador con María; Alberto con la emperatriz; Navarro con Clotilde, y el general Quirós con la duquesa de Alba. El César observaba por primera vez que en sus régios salones no se murmuraba, ni nadie hacía otra cosa que festejar á los desposados.

Al terminar la primera danza, las músicas tocaron marcha real, los convidados formaron dos filas, apareciendo á la puerta del gran salon donde se hallaban, el rey Francisco I con su embajador á la izquierda y seguido de dos generales del imperio. Pidió al César permiso para asistir á las bodas de Silva, y cuando hubo saludado á la familia imperial, alargó la mano al héroe, diciéndole las siguientes y significativas frases:

—Estrechad mi diestra, príncipe; que áun cuando vencida por vos, no fué humillada por nadie.

Y ofreció su brazo á María, añadiendo:

—Admirable paje, cogéos á mí y quedaremos en paz del permiso que os concedí en la torre del Godo. Señor,—dijo al emperador,—ruego á V. M. que continúe la fiesta sin más interrupcion por mi llegada, pues vengo sólo á saludar á V. M. y á festejar á los desposados.

En la cámara contigua habian quedado vários pajes, que siguieron al rey con bandejas de oro, en las cuales llevaban los regalos que el monarca ofrecia á los príncipes de Italia, los que fueron cogiendo los criados del emperador.

El baile prosiguió hasta las doce de la noche, y sería interminable el relato si hubiéramos de describir el aparato y magnificencia desplegados en él, á cuyo fin no perdonaron los emperadores medio ni sacrificio alguno. Los convidados por su parte contribuyeron tambien poderosamente, ostentando al efecto un lujo que prepararon de antemano, tan rico como sorprendente.

Cesó el baile; los ecos de las orquestas fueron poco á poco apagándose, y los convidados, después de saludar á SS. MM. y á los príncipes de Italia, se retiraron, incluso Francisco I, que fué acompañado hasta la escalera por el emperador y por Silva.

Media hora después marcharon tambien los desposados y su séquito, siendo despedidos por la familia imperial en la última habitacion del alcázar. Salieron en la forma que habian ido, hallando los balcones y ventanas de la corte iluminados, y á una gran parte del pueblo que les esperaba para continuar vitoreándoles.

Navarro y Clotilde siguieron á sus hijos hasta el palacio del general Quirós, donde unos y otros fueron sorprendidos con la presencia del canónigo Navarro, tio de Don Pedro, elevado á obispo por sus méritos propios y por el favor del duque del Imperio. Nuestro respetable sacerdote no pudo llegar, como queria, con tiempo suficiente para asistir á la boda del príncipe, efecto de habérsele roto el carruaje, viéndose de este modo obligado á detenerse en el camino más de lo que él deseaba.

El nuevo obispo entró en casa de su sobrino á las once de la noche; pero le dijeron que el general y su esposa estaban en el alcázar y que ántes de regresar se detendrían algun tiempo en el palacio de Quirós; por lo cual el impaciente señor se trasladó allí, y en cuanto el pueblo le avisó con sus aclamaciones la llegada de la comitiva, bajó al zaguan, y abriendo él mismo la portezuela de la carroza imperial, alargó los brazos á su sobrino, exclamando:

—¡Hijo! ¡con que al fin ascendiste á general!

—Sí, padre mio,—le contestó Don Pedro;—soy además grande de España, conde de Santomera y sobrino vuestro, que es mi mejor título. Veo con placer que vos tambien habeis llegado á obispo, y me felicito de ello.

—Gracias á tí logré acercarme al puesto más elevado de mi carrera.

—Tio, siento quitaros una ilusion; pero la verdad es que ocupado yo con mi Clotilde, me olvidé de vos hasta el punto de no participaros mi feliz regreso de Italia; mas entiendo que mi hijo Alberto remedió la falta, como de costumbre, y nada se ha perdido. Mirad á mi encantadora esposa, estrechadla, y sea desde hoy vuestra hija predilecta.

Miéntas tenia lugar esta escena por la portezuela de la derecha, ocurría otra no ménos interesante por la del otro lado. Un anciano abrió la de la izquierda, se fijó en el príncipe, cayó de rodillas, y abrazándose á sus piernas, exclamó:

—Señor, permitidme que os estreche otra vez, y que mis labios choquen nuevamente en vuestras manos.

—¡Pablo!—exclamó el *héroe*.—Alza, leal escudero; abrázame como en aquellos tiempos en que eras á la vez amigo, criado y compañero.

El anciano no pudo contestarle; las lágrimas, el placer y la alegría ahogaron su voz, contrayéndose por lo tanto á estrechar á su antiguo amo con amoroso interés. Este cariñoso servidor vió que el tio de Navarro, con el que vivia, fué nombrado obispo; tuvo conocimiento además de los triunfos conseguidos por su señor, y al saber que el canónigo se venía á Madrid, le rogó que lo llevase con él, á lo cual accedió Navarro, llamándole desde aquel momento su escudero prestado.

Las tres carrozas entraron en el zaguan, se retiró la del César y los noventa y cuatro caballeros de Silva, subiendo los restantes al estrado, donde fueron abrazando al obispo y estrechando la mano del leal Pablo.

Hasta las dos de la madrugada permanecieron hablando

los dos Navarros, Clotilde, María, Quirós, Silva, Mendoza, Lara, Osorio y Pablo. Luégo marcharon á su palacio los condes de Santomera y el obispo; el anciano escudero pasó á la habitacion que dispusieron para él; los cuatro generales estrecharon las manos de Alberto y de María, y tambien se retiraron á descansar, miéntras que el príncipe y su esposa, cogidos del brazo, se dirigieron á la capilla que les tenían preparada de antemano. Al llegar á la puerta, dijo Alberto al capellan que le esperaba en aquel sitio:

—Disponed que quede uno solo para apagar las luces; que aguarden cerca de nuestro lecho una doncella y mi criado Pedro; los restantes pueden marchar á dormir sin excepcion alguna.

Y los príncipes avanzaron hasta caer sobre dos almohadones de terciopelo que habia delante del altar.

—Demos gracias á Dios, María,—exclamó el príncipe.—En estos supremos instantes, olvida á tu esposo, abandona el mundo, adormece los sentidos y eleva tu espíritu al Señor, que tanto debemos amar, que tanto adoro yo.

Y cruzando sus manos, se fijó en el Divino rostro de una hermosa efigie que tenía delante, quedando inmóvil y como arrobado. La princesa inclinó la frente, y obedeciendo á su marido dirigió tierna plegaria al Redentor del mundo. Luégo le dió gracias, acabando á la media hora de haberse postrado. Fué en consecuencia á levantarse; mas se fijó ántes en su marido, siendo sorprendida por la inmovilidad y aspecto de aquél. El príncipe, descolorido, mudo y con las manos cruzadas, parecia de mármol; su materia no tenía vida; se hallaban unidos hasta sus labios; pero fijo en el rostro de la efigie, salian de sus ojos rayos de luz que se extendian y doraban el mármol de la preciosa estatua.

María se puso en pié, y asustada fijó su mano derecha en las del héroe, hallándolo frio como la piedra, y como ella sin accion ni movimiento. Entónces le llamó, mas el príncipe continuaba lo mismo, sin sentirla ni escuchar su voz.

—Comprendo,—dijo la princesa,—toda la fuerza de su sér

se contrajo en el espíritu; éste se dirige á Dios, quedando su materia como muerta. ¡Qué bueno es! quiero imitarle.

Y cayó otra vez de rodillas, no en el almohadon sino sobre el duro suelo de la capilla.

El generalísimo prosiguió todavía del mismo modo quince minutos, en cuyo instante exhaló un hondo suspiro y comenzaron á brotar lágrimas de sus ojos, que rodaban sobre las mejillas, humedecian la ropa, luego el almohadon, yendo á estrellarse sobre el jaspe del pavimento. De minuto en minuto lanzaba un quejido, hasta que poco á poco fué conteniéndose el raudal de lágrimas que vertia, presentando por fin enjutos los ojos, ardiente la mirada y sonrosado el semblante. Exhaló el postrer suspiro, se puso en pié, y besando el clavo que atravesaba los piés de la imágen, exclamó:

—Señor, mi vida y cuanto soy os pertenece; feliz un dia si V. M. se digna permitirme que me consagre todo á mi dueño y señor.

Las frases de Alberto parecian salir de su corazon; y tan fervorosas y sinceras debieron ser, que el Señor oyó benigno la súplica de su hijo, concediéndole la gracia que le pedia en aquellos supremos instantes.

Acto continuo se cogieron de la mano y andando hácia atrás abandonaron la capilla, encaminándose á la cámara donde tenían el lecho nupcial. A la puerta se estrecharon, dirigiéndose él al gabinete de la derecha y ella al de la izquierda, en cuyo centro estaba la alcoba. Allí les esperaban sus respectivos criados para desnudarlos, retirarse, y que el doncel y la doncella se volvieran á encontrar en el tálamo que les ofrecia una felicidad tan duradera como la existencia de uno de los dos. Los unia el amor; los enlazó la Providencia, y aún cuando debia separarlos la muerte, era para volverlos á reunir algo más tarde en el cielo, donde les aguarda á los justos una recompensa eterna.

A los piés de aquel lecho acabó el guerrero, empezó el sábio, para concluir léjos de allí el santo.

CAPITULO XXXI.

Banquete semiguerrero.—El porvenir de los personajes de este libro.—Conclusion.

No obstante haberse acostado los príncipes después de las tres de la madrugada, dejaron el lecho á las siete, se cogieron de las manos, y pasando á uno de los salones contiguos, se sentaron en un divan; luégo llamó Silva, diciendo al paje que se presentó:

—Que entren al momento mis mayordomos.

Poco después aparecieron dos ancianos en cuyos rostros se retrataba la honradez. Sin dejar Alberto la mano de su esposa, que tenía entre las suyas, preguntó á los recién venidos:

—¿Habeis realizado ayer mis encargos en el modo y forma que os previne?

—Sí, señor,— le contestaron ámbos.

—Dadme cuenta.

Uno de ellos avanzó dos pasos, diciéndole:

—Señor, fuí de casa en casa y no me retiré hasta entregar

á los doscientos cincuenta y seis desgraciados, la enorme suma de catorce mil ducados que me dísteis. Principié mi comision á las seis de la mañana y la he terminado entrada la noche; pero tengo el placer de participaros que llené la mision con que mi señor tuvo á bien honrarme, con entera sujecion á sus instrucciones. Aquí está la lista que contiene los nombres de los interesados, y estos son los justificantes.

—Muy bien, Anselmo; deja los papeles sobre aquella mesa, y cuenta con mi gratitud por el celo que has demostrado en esta ocasion. Avanza tú, leal Bernardo. ¿Qué hiciste?

—Señor, yo aseguré la suerte de trescientas ochenta y dos familias, con pensiones vitalicias, que cobrarán por meses en los puntos donde cada una de ellas reside. Los comerciantes de quienes me he valido, me dieron estos resguardos, que pongo á vuestra disposicion.

—Está bien; déjalos tambien allí, que ya los examinaré. Ahora avanzad los dos. La señora princesa, como sabeis, es muy rica; yo tenía algo, gané mucho en la guerra, y es tanto lo que después me ha concedido S. M. que dudo haya en España otros más poderosos que nosotros; y ya supondreis que no me ha elevado el Señor á sitio tan opulento para que me cuide únicamente de hacer la suerte de los séres que me rodean. Quiero y os mando, que desde hoy en adelante os ocupéis, más que de nosotros, de averiguar dónde existe la desgracia, para que la princesa ó yo vayamos en persona á remediarla; y dad por hecho que aceptaré como el mejor servicio que podeis prestarme, cada lágrima que me ayudeis á enjugar, los suspiros que ahoguemos entre los cuatro. Cesó para mí la guerra, la destruccion; desde hoy empiezo á crear, sirviéndome de base, apoyo y guia, la caridad cristiana. Retiraos, y realizad mi deseo como cumple á vuestras creencias religiosas, edad, respeto y consideracion que me debeis.

Los mayordomos se inclinaron, saliendo de allí admirados y satisfechos de los amos á quienes servían.

El primero que se presentó á los príncipes luégo que mar-

charon aquellos, fué el escudero Pablo, el cual después de besar las manos que los dos le alargaron, contó á su señor lo ocurrido en Murcia desde su salida, concluyendo por pedirle le permitiese pasar á su lado un mes; el príncipe se lo concedió, facultándole para que comprase todas las posesiones libres que su padre vendió, durante su desgracia, y las que formaron un día el opulento condado de Santomera, cedido ahora á Navarro.

Más tarde entraron los generales Quirós, Lara, Mendoza y Osorio; después llegaron Navarro, su esposa y el obispo; y cuando se disponían á almorzar, se detuvo una carroza, saliendo de ella el emperador y la emperatriz, que iban á saludar á sus ahijados. Media hora permanecieron entre ellos, encargando el César al príncipe que descansase aquel día, pero que desde el siguiente debía trabajar con él cuatro horas por lo ménos. Cuando se hubieron retirado SS. MM. y un momento ántes de sentarse á la mesa, se separó Navarro con Alberto, diciéndole:

—Hijo mio, hemos tardado en venir á verte mi bella Clotilde y yo, porque te estamos preparando una agradable sorpresa.

—Padre mio, la mayor que podías darme en la vida, la más grata y satisfactoria, era la de tu enlace con mi querida madre. Ha sido un pensamiento que te ha elevado sobre lo que era posible imaginar. Salvé tu vida dos veces; te proporcioné los medios de que llegaras á general y á potentado de la tierra; pero al concluir, haciendo uso tú de una nobleza de alma, de cariño que no hallo frases con qué calificar, te sobrepones á mí, siendo yo el que á la postre te debe más, mucho más, Navarro.

—Cierto que mi union con Clotilde tuvo por primer objeto, por único, si he de ser franco, dar mi apellido á María y acallar con él á la maledicencia, quedando en guardia mi espada siempre vencedora, para el que osara buscar el origen de la hija ó recordar la debilidad de la madre; pero, Alberto,

así como al pecado suele ir pegada la penitencia, á la realizacion de tan noble idea fué cosida la felicidad. ¡Qué mujer tengo, príncipe! Chico, estoy enamorado como yo no puedo explicarte.

—¿No traes á tu memoria la napolitana, la de Valladolid y aquellas otras?..

—¡Quién lo duda! continuamente; porque comparo, hallo á mi esposa celestial. ¡Tú no sabes lo que son su alma, el corazón que late en su pecho! Oye, sólo tengo celos de María, se me figura que la quiera tanto ó más que á mí.

—Cuando tú seas padre, si el cielo te concede esa gracia, comprenderás tu error; á los hijos y á los padres se les ama mucho, pero es un cariño diferente y debes hacer lo que yo, que aconsejaré siempre á María adore á Clotilde como ella merece. La que no es buena hija ó buena madre, es mala esposa.

—Eso es cierto.

—¿Qué acontecimiento es ese? Nota que nos están esperando para almorzar.

—Hablando de mi mujer se me olvidan los demás seres que existen sobre la tierra. Han llegado esta mañana los Fajardos y los Manueles; vienen á felicitarte y á que veas que tomando tu consejo siguen unidos y disputándose el derecho de hacer feliz el reino de Murcia.

—Me alegro. ¿Vienen todos?

—Han traído á sus esposas é hijos mayores; setenta y dos individuos, los que alojé inmediatamente en mi palacio, cediéndoles las habitaciones principales. Tenía conocimiento há tiempo de ese viaje y dispuse de antemano daros hoy un banquete á los unos y á los otros en el cual reinarán el entusiasmo, la franqueza y la alegría; un banquete militar donde pasaremos la tarde más deliciosa de la vida.

—Lo apruebo, y en cuanto concluyamos iremos á verlos. ¿Qué hacen ahora?

—Querían descansar, cambiar luego de traje y venir; pero

miéntras realizan lo primero y segundo almorzaremos, siendo nosotros los que corramos en su busca.

—Tienes razon; despachemos, no se nos adelanten.

Y se sentaron á la mesa, donde permanecieron media hora. Séguidamente, cogidas á sus esposos Clotilde y María y en pos el anciano consejero del emperador, Lara, Osorio y Mendoza, se dirigieron al palacio de Navarro, en el que hallaron á los Manueles y Fajardos, vestidos ya y disponiéndose á salir en busca del príncipe.

Era muy de agradecer este viaje de los murcianos, teniendo en cuenta la distancia que existe entre la capital que abandonaron y Madrid y los malos medios de comunicacion que habia entónces; por eso Alberto y los suyos los recibieron con los brazos abiertos y una alegría extremada. Don Pedro Fajardo estrechó con entusiasmo al *héroe*, diciéndole:

—Ya que tan caro me costó conoceros, permitidme, ¡voto al demonio! que os oprima contra mi pecho y goce con la honra de estar unido al genio de la guerra, al primer sábio del universo.

—Gracias, amigo mio,—le contestó Silva;—no dudeis de mi cariño hácia vos y de mi interés por los vuestros.

La grata sorpresa del príncipe fué coronada con la presencia del conde de Usen, que venía de incógnito entre los murcianos, y esperó á ser reconocido por Alberto en el momento de echarle los brazos. Y más tarde llegó un general seguido de su escolta, viendo entrar al poco tiempo en los salones de Navarro, á Don Pedro de Peralta, marqués de Córtes, el cual se hallaba recorriendo sus estados, cuando supo el regreso de Silva, y en el momento partió á felicitarle.

La satisfaccion que reinaba entre todos al verse reunidos en Madrid, después de concluida por algunos de ellos una guerra tan continuada como sangrienta, era indescriptible. Estrechándose las manos, dándose plácemes y formando una sola familia, trascurrieron cuatro horas que juzgaron veinte minutos. Luégo se sentaron en torno de una mesa espléndida.

mente servida, sin etiqueta alguna ni designacion de puestos; ántes al contrario, cada uno ocupó el que tenía más cerca, tocándole á María entre el conde de Usen y Peralta y á Clotilde en medio de Navarro y de Don Pedro Fajardo.

La comida empezó animadísima; siguieron los postres y terminó á las nueve de la noche entre brindis, algazara y un placer que acabó con sentimiento general. Unos pronunciaron discursos sobre la guerra; otros contra los franceses; la mayoría colmaba de aplausos á Silva, Navarro y restantes compañeros, mientras Osorio y Mendoza, cuyas cabezas se hallaban bastante trastornadas, satirizaban á los mariscales de Francia, á los jefes italianos, concluyendo por fin con las siguientes frases:

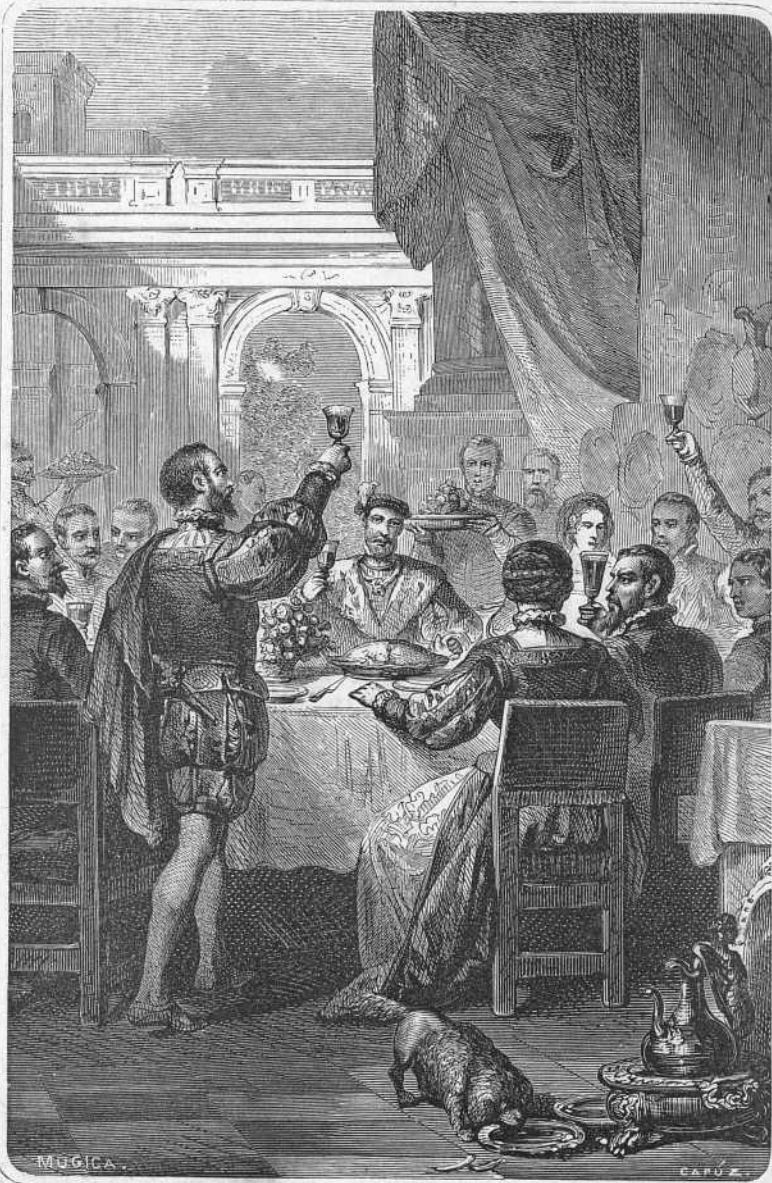
—Desde la gloria al banquete; es decir, desde el campamento á la bodega.

Con lo cual se burlaron hasta de las aureolas que ceñían sus frentes, inspirados en tales momentos por los vapores del mucho y rico néctar de sus copas.

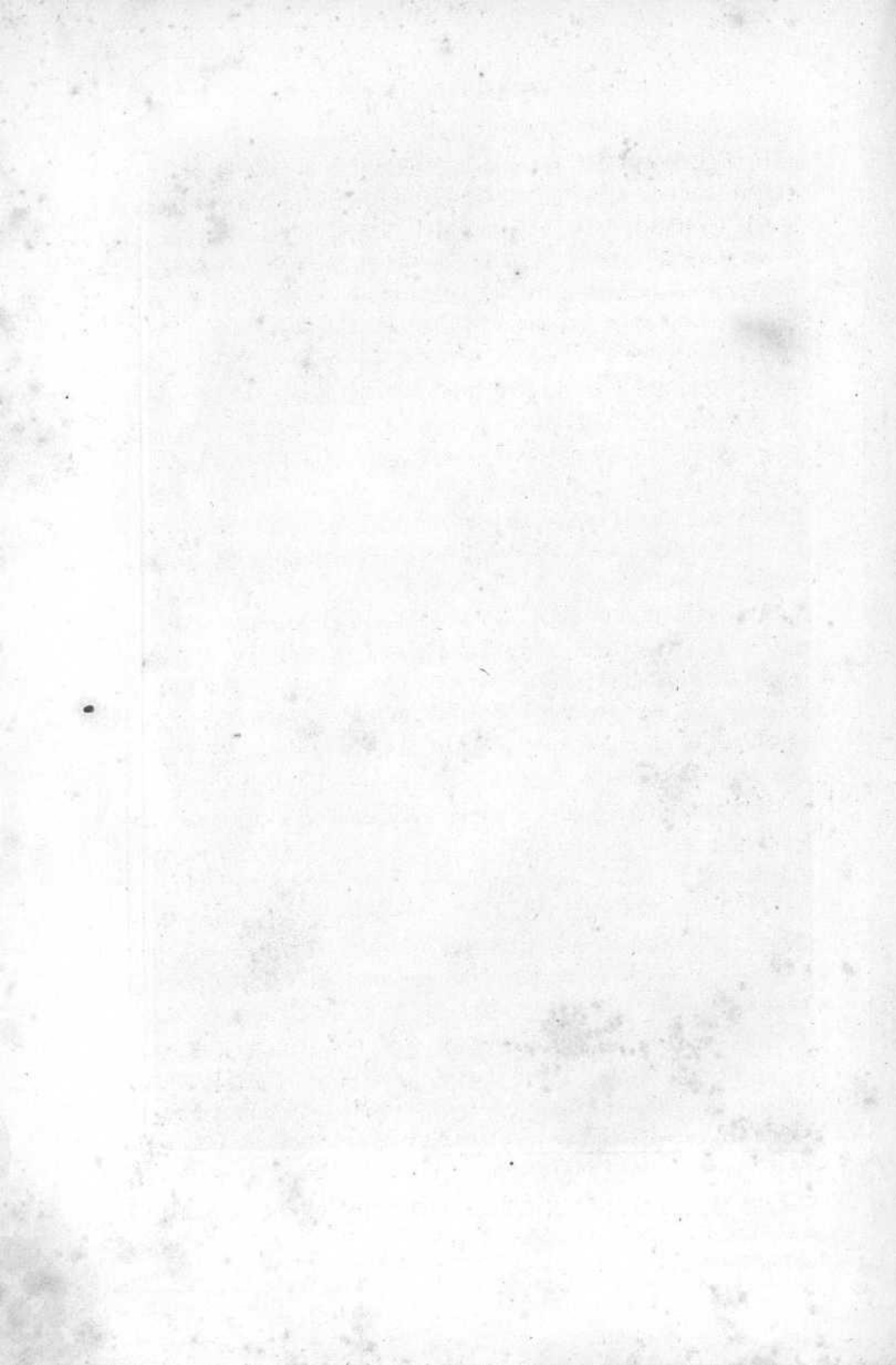
Después de las nueve se retiraron los príncipes de Italia, el general Quirós, Mendoza, Don Alvaro y Nuñez, llevándose con ellos al marqués de Córtes, á Usen, á Don Pedro Fajardo y al jefe de los Manueles.

El banquete se repitió á los dos días en casa de Silva, y al tercero, después de una despedida tan cordial como cariñosa, marcharon, Peralta á sus estados de Navarra; Usen á Cartagena, y los Fajardos y Manueles al reino de Murcia.

Desde este momento se dedicó Alberto de Silva con celo incansable á trabajar junto al emperador, aplicando su gran sabiduría en pro del vasto imperio que gobernaba su querido hermano político. Ambos procuraron sacar gran partido de la prision de Francisco I; pero es lo cierto, que sus almas nobles y generosas cedieron ante los ruegos y súplicas del vencido y le permitieron marchar después que hubo firmado un convenio, en 14 de Enero 1526. Por él renunciaba el monarca francés al derecho que suponía tener sobre el ducado de Milan,



—Desde la gloria al banquete; es decir, desde el campamento á la bodega.



origen de las guerras que sostuvo en Italia, haciendo otras concesiones, y concluyó por asegurar que si faltaba á alguna de ellas regresaría á su prision de Madrid.

Cuando terminó aquel tratado, se despidió del emperador, de los príncipes de Italia, de los amigos de estos y de algunos otros individuos de la corte, y acompañado de régia comitiva, salió para París, dejando de cumplir algo más tarde, segun su costumbre, lo estipulado en España. A este fin mandó hacer un palacio cerca de Louvre, al que llamó *Madrid*, y se encerró en él, diciendo, no sabemos si con gravedad ó en tono de burla:

—Puesto que no me es dado cumplir mi pacto con el emperador, entro en Madrid, con arreglo á la última condicion del convenio.

Y desde allí barrenaba una por una todas sus promesas. Ignoramos si ganaba ó perdía observando aquella conducta; pero es lo cierto que el César Carlos I lo derrotó en Italia, como Pescara y Silva; luégo en Flandes, y donde quiera que lo encontró frente á frente, hasta que se firmó el tratado de Cambray.

El emperador tuvo un reinado glorioso; después de demostrar su sabiduría y prudencia en el despacho de los asuntos, quiso imitar á Alberto y cási se igualó á él seguido de sus poderosos ejércitos; y aseguran que á su valor y talento unió un tacto tan hábil y diplomático, que no halló rival en ninguna corte de Europa. Fué generoso, espléndido; perdonaba sin violencia al delincuente que imploraba su compasion, y siempre dispuesto á hacer justicia, aparece hoy la figura más colosal que existió en España en los cuatro últimos siglos.

Fatigado de tanta lucha y de sostener por muchos años el terrible peso de un imperio tan vasto, abdicó en su hijo Felipe II, y por consejo de Alberto, al que obedecía siempre, se retiró al monasterio de Yuste, donde murió aislado, segun su deseo, y haciendo una vida ejemplar en modestia, caridad y mansedumbre.

Los príncipes de Italia fueron dichosos mientras existió María, la cual abandonó el mundo á los veintiocho años de edad, dejando á su esposo un hijo llamado Julio, que heredó el talento, genio y heroismo de sus padres. Desde muy niño comenzó á demostrar que el primer caudillo de España tenía un sucesor el cual debia igualársele, cuando no se le sobrepujara.

Anegado en llanto el tierno esposo por la pérdida del ángel que acababa de abandonarle, y comprendiendo que á su hijo Julio le bastaba con el gran talento que Dios le habia otorgado para elevarse sobre los demás hombres, le cedió el ducado del Imperio, y fundando un convento de monjes trinitarios, profesó en él, siendo nombrado al poco tiempo general de la orden. Su antiguo palacio estaba unido al monasterio, se comunicaban por una puerta secreta, y de este modo inspeccionaba el profeso la educacion del hijo, sin faltar á ninguno de sus deberes como religioso. La vida de Alberto de Silva como fraile fué ejemplar y más interesante que la del guerrero vencedor siempre y aplaudido por el mundo; pero de él y de su hijo nos ocupamos mucho en los libros que siguen á la presente obra, por cuya razon no decimos más sobre ninguno de los dos.

El valiente, enérgico y poderoso Pedro Navarro, conde de Santomera, fué tambien muy feliz con la bella Clotilde; no obstante lo cual acompañó al emperador á Africa, Italia y Flandes, demostrando siempre que nació para la guerra, y que era digno de reemplazar á su hijo adoptivo el príncipe de Italia. Tuvo tres hijos, Odon Navarro, vizconde de Jana, Roberto y Aurea. Los dos primeros, unidos siempre á su sobrino Julio de Silva, se sobrepusieron á su padre en los campos de batalla y en la corte. Aurea sobresalió en hermosura y en virtudes. Muerta Clotilde á los doce años de casada, y desesperado su esposo, fué á habitar el palacio de su nieto adoptivo, seguido de sus tres hijos, y unas épocas se ocupaba en llorar al lado del príncipe de Italia en el coro del convento, y otras en

guerrear contra los enemigos de su patria, vengando en ellos la irreparable pérdida de su Clotilde.

Nuñez de Lara casó con la condesa de Monterubio, y tuvo de ella cuatro hijos, Mauro, Elvira, Luis y Ricardo. El primero, amigo íntimo y compañero inseparable de Julio de Silva, se sobrepuso también á su padre en valor y talento, y la segunda pasaba á los quince años de edad por la dama más bella de Europa. Su padre murió al cumplir los cincuenta años; pero dejó en Mauro á la condesa, su esposa, un apoyo que reemplazó dignamente al autor de sus días.

Nuestro gigante, ó sea Don Luis de Mendoza, ganó con su espada el marquesado de Abella y una grandeza de primera clase. Se unió á una dama de la aristocracia madrileña, y la Providencia le otorgó un hijo que llegó á tener más estatura que el padre y mayor fuerza, si bien menos inteligencia y talento; se llamó Rogelio; su amigo íntimo Julio de Silva le enseñó cuanto pudo, y á su lado fué el atleta más terrible de los ejércitos del rey Don Felipe II.

Don Alvaro de Osorio casó también con una dama principal de la corte, y debió á su destreza, valor y talento, el condado de Arahál, con grandeza de primera clase. Tuvo un solo hijo; pero nació este tan hábil, sagaz y entendido, que aventajó al padre, admirando á cuantos le conocieron. En el campo era un guerrero invencible y el general más experto; en la corte ninguno se igualaba á él en elegancia, exquisitos modales, dulzura y amabilidad, y en los días de apuro, á imitación de su padre, barnizaba su fina epidermis, se disfrazaba, y con destreza prodigiosa lograba cuanto se proponía. Llegó á ser el terror de los amantes, el coco de los maridos y el modelo en fin de los caballeros; las mujeres más hermosas se humillaban ante su mirada de fuego; con el laúd era un músico consumado; cantando, el primer tenor de su época, y con la espada desnuda incontrastable adalid. No pudo exceder al héroe Julio, el cual heredó el genio de su padre, pero se acercó tanto á él que en ocasiones dadas llegaron á confundirse;

fué el único calavera entre los hijos de los cinco vencedores de Pavía, pero jamás cometió acción ruin ni indigna de un caballero; hasta en sus calaveradas residía la grandeza que presidió todos los actos de su vida. Nació en los campos de batalla, junto á la tienda del emperador Carlos I. Su bella y varonil madre siguió á Don Alvaro á la guerra, y en cumplimiento de lo que juzgaba su deber no le abandonó jamás, partiendo con él las glorias y los azares de las campañas. Así es, que á los ocho años de edad montaba el niño Flaviano de Osorio, conocia la esgrima, y á los catorce años ya se habia batido dos veces.

El obispo Navarro, tio del conde de Santomera, vivió menos que la condesa; fué un modelo de virtudes, dejando por único heredero á su amado sobrino, que le lloró mucho tiempo.

El noble y anciano general Quirós, siempre al lado del príncipe de Italia, quiso tanto ó más que á éste á la princesa, y al nacer Julio casi se olvidó de los dos para amar con loco frenesí al que llamaba su precioso nieto. Abandonando los asuntos de Estado, por su edad octogenaria, se consagró á Julio, con el cual reia, jugaba y hasta llegó el caso de afligirse en las pocas veces que el niño lloraba. Murió de sentimiento ocho dias después de haber espirado la princesa; y dejó su fortuna, que era inmensa, á Julio de Silva, duque ya del Imperio, por cesion de su padre, segun hemos dicho ántes. Su heredero, á pesar de la tierna edad que contaba, le lloró amargamente muchos meses, y este fué otro golpe que acabó de martirizar el lacerado corazon del príncipe.

Pedro, aquel valiente y leal criado que salvó la vida de su amo en ocasiones distintas, continuó siempre al lado de Alberto, como el lebel junto á su señor; rompió el *héroe* su espada y se cubrió con un hábito, y lo mismo hizo Pedro, pasando de sirviente á lego, pero sin dejar nunca de ser el criado de confianza del trinitario. No llegó á casarse ni pensó en otra cosa que en velar dia y noche, primero junto al lecho de los príncipes, después cerca del de Julio, y últimamente pró-

ximo á la celda del superior. Siempre militar, no le quitaban los hábitos algunas de sus costumbres adquiridas en el campo de batalla. A falta ahora de espada, pica ó lanza, empleaba con éxito seguro los puños tan encallecidos y duros como la jacerina.

El buen Dávalos, elevado á capitan de la guardia del conde de Santomera, logró tener mucha influencia con su protector; le siguió á la guerra, empezando por no separarse del general, atacando cuando éste y obedeciéndole como uno de nuestros edecanes modernos. El carácter y osadía de nuestro ex-sargento, se violentaban en aquella lucha en que era general en jefe Navarro y rara vez embotaba su espada, por tener que dirigir los combates y velar por la suerte de sus huestes. Se hallaban en Italia; Francisco I disputaba otra vez al César el ducado de Milan, y dividido el ejército español en dos mitades que mandaban indistintamente Carlos y Navarro, aconteció que los franceses cargaron de pronto sobre el último, obligando á retroceder á los del conde de Santomera; éste se rehizo con la brevedad propia de su energía y valor, atacó á su vez, y ya tenía casi ganada la batalla, cuando se acercó Dávalos, diciendo:

—Señor conde, el enemigo empieza á huir.

—Ya lo veo.

Le contestó Don Pedro sonriendo.

—La batallá está ganada.

—Verdad de Dávalos, señor capitan.

—Lo digo, porque sólo resiste aquel batallon que defiende el reducto de la izquierda. ¿Lo veis?

—Sí.

—Son los más valientes del ejército enemigo.

—Pronto cederán.

—¿A quién mandais?

—A Osorio. Decidle que se corra hácia aquel lado y cargue con su caballería.

—Se aproxima el maestre Gonzalo; si me permitiérais po-

dia yo meterme por la espalda con mi compañía, y en diez minutos...

—No quiero que te maten, Dávalos, y ménos que comprometas á tus doscientos jinetes.

—Señor, del modo que yo pienso hacerlo es imposible dejar de vencer. ¿No observais que los restos de nuestros contrarios desaparecen, dejando aislado y comprometido á ese valiente batallon?

—Por lo mismo.

—¿Qué se dirá de mí! Ya me llaman mis compañeros el perro faldero.

—Me alegro.

—Yo no, que es duro, vergonzoso y cruel sufrir esos insultos, y ¡voto al demonio!..

—Dávalos, no puedo consentir que expongas, como de costumbre, á esos valientes que te obedecen.

—Por lo visto no comprendéis que en esta ocasion es imposible sucumbir.

—¿Has olvidado las palabras del príncipe? «Pedro, nos dijo, si te sigue Dávalos cuidado con permitirle que se separe de tí, y ménos que mande más de cuatro soldados.»

—No hay regla sin excepcion.

En este instante avanzó Navarro, dictando á la vez algunas disposiciones para cortar á cuatro batallones franceses que corrian sin direccion. Dávalos insistió, y abstraído el general con las órdenes que daba, le contestó sin pensar lo que decia:

—Haz lo que quieras, y déjame en paz.

Eso bastó para que el intrépido capitán se pusiera al frente de sus doscientos jinetes, y disponiendo un semicírculo cayera por la espalda del reducto que tanto llamaba su atencion. Herido en su amor propio el arrogante murciano, y recordando algunos hechos del príncipe de Italia, dictó varias órdenes, engañó al enemigo y con sus valerosos soldados tomó el reducto en cinco minutos, perdiendo la mano izquierda y solos diez individuos. Al hecho se le llamó heroico por todos

los compañeros del capitán, nombrándole Navarro, sobre el campo de batalla, maestro de campo.

—Muy bien, señor ex-capitán,—le dijo el conde;—has dejado una mano y te has cubierto de gloria; de este modo ya no te llamarán *perro faldero* ni podrás intentar un nuevo ataque que comprometería tu existencia.

Sufriendo aún Dávalos agudos dolores por la sensible pérdida que acababa de experimentar, le contestó:

—Prefiero el laurel alcanzado y mi título de maestro á la mano que me falta.

—Desde el día que te cures en adelante, te pegarás á mí, sin que te vuelvas á separar un solo instante.

—Muy bien, mi general; ahora empezaré á ser por mi gusto el *perro faldero* del terrible león, pero con honra.

Así sucedió efectivamente, viviendo junto á Navarro, hasta que á consecuencia de las muchas heridas que recibió, y de algunos excesos que no pudo lograr quitarle ni aún el padre Alberto, murió, sin temor ni llevar otro sentimiento que el de separarse para siempre de sus queridos jefes.

De los soldados ex-comuneros que siguieron á Navarro al castillo de Monteagudo, perecieron varios en la guerra, llegando todos á sargentos. Sobrevivieron á tanta lucha y combates diez y nueve, los cuales se retiraron al fin, y muy protegidos por el príncipe de Italia, conde de Santomera, marqués de Abella y condes de Monterubio y de Arahál, se casaron, ocupando luego puestos importantes en la administración del Estado. Al contraer matrimonio, recibían, además de su nombramiento, mil ducados de cada uno de sus generales, con lo cual conseguían riqueza y posición.

Y por último, unidos siempre el padre Alberto, Navarro, Osorio, Lara y Mendoza, educaban á sus hijos, enseñándoles, el primero á conocer el mundo, á respetar la virtud, á castigar el vicio, á defender lo grande y elevado de la sociedad, y á que siguieran en fin el recto camino que él anduvo siempre; mientras que los otros cuatro tiraban con ellos, les adies-

traban en la equitacion, les daban consejos que tendian á robustecer el valor, la caballerosidad y la nobleza de alma, viendo con placer que sus continuadas lecciones eran estudiadas, aprendidas y practicadas con aplauso de propios y de extraños.

A los quince años de edad demostraba ya heroismo Julio de Silva, duque del Imperio, y le seguian, Odon Navarro, vizconde de Jana, Mauro Nuñez de Lara, Rogelio Mendoza y los niños Flaviano de Osorio y Roberto Navarro. Los seis se apellidaban hermanos y se amaron con cariño fraternal; rara vez cuestionaban entre sí, y desde un principio, la ofensa que se hacía á cualquiera de los seis era comun y se disponia á vengarla, no el agraviado, sino el que llegaba ántes. La única distincion que habia entre ellos la formada Julio de Silva, que era el de más talento, fácil comprension, sangre fria y genio en fin, aplicable á todo. Los cinco restantes le llamaban hermano, pero le respetaban como á jefe, obedeciéndole como á superior. Su voz decidia las cuestiones, marcaba el camino y todos le seguian como ovejas. Era, por último, entre los hijos, lo que el príncipe entre los padres; es decir, el protector el amigo, el maestro, el consejero, el que reprendia, el que mandaba, y al que no podian dejar de obedecer, porque, á imitacion de su padre, nunca se equivocaba.

Al cumplir Julio los veinte años, decia el conde de Santomera á sus amigos:

—Señores, opino porque cedamos el puesto á mi nieto el duque del Imperio; hablando con él muestra siempre razon; tirando nos pega; á caballo nos deja atrás, y en todas partes somos satélites de ese astro que nos eclipsa, confunde y anota; es la segunda edicion del príncipe mi hijo, y en verdad que para maestro tienen de sobra con él Flaviano, Rogelio, Mauro, Odon y Roberto.

—Es que con esos cinco nos va sucediendo lo mismo,—dijo el conde de Arahall;—yo que paso por hábil y diestro, me encuentro pequeño al lado de mi hijo.

—El mio es más tardo,—añadia el marqués de Abe-

lla;—pero me aventaja en fuerza, en equitacion y en esgrima.

—Pues Mauro,—replicaba Lara,—quiere á Julio más que á mí, y en los altercados que tenemos salgo siempre vencido.

—De lo cual debemos deducir,—exclamó Navarro terminando los retratos,—que podemos dejarlos que se entiendan ellos entre sí, y que caminen por el mundo sin otra ayuda que la sabiduría de cada uno.

Poco á poco fueron nombrados capitanes los seis; luego grandes de España, y no tardó el ejército en apellidarlos *invencibles*; en amarlos más, si cabe, que á sus padres, y en seguir en pos de ellos en busca de una victoria que parecia legada á sus incontrastables aceros.

De los seis nos ocuparemos muy detenidamente en los libros que siguen á este, siendo así que cada uno de ellos merecia un poema por sus hechos de armas gloriosos, su generosidad, nobleza de alma, lealtad y abnegacion, apareciendo como la representacion genuina de los mejores caballeros que en tiempos, los más venturosos para España, elevaron su nombre á la mayor altura.

FIN DEL TOMO II.

INDICE

DE LOS

CAPITULOS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

	PAGINAS.
CAPITULO I..... La corte y los cortesanos.—Actitud de Carlos I y reserva de Quirós.—Leccion completa y oportuna.—El duque del Imperio.—Cambio completo de decoracion.—Segundo acto de una comedia de amores.—El pueblo, su héroe y su monarca.....	3
CAPITULO II..... El ejército español en Francia.—Anuncio terrible de una más terrible visita.—Principia la guerra.....	52
CAPITULO III..... Reaparece Bermudez.—Carlos I intenta realizar una gran idea.—Oposicion del héroe.—Regreso.—Francisco I, rey de Francia...	52
CAPITULO IV..... Preparativos.—Batalla de Lombez.—Triunfo completo.....	76
CAPITULO V..... Tolosa.—Accidente.—El guerrero y la monja.—Presentimiento horrible.—Conducta admirable.....	92
CAPITULO VI..... Historia de Bermudez.—Los suspiros de un monarca.—El rey, un jorobado y el capitán Vissó.....	107
CAPITULO VII..... La parodia de Silva.—De rey á espía.—La manada de tigres.—Tolosa á vista de pájaro.....	126

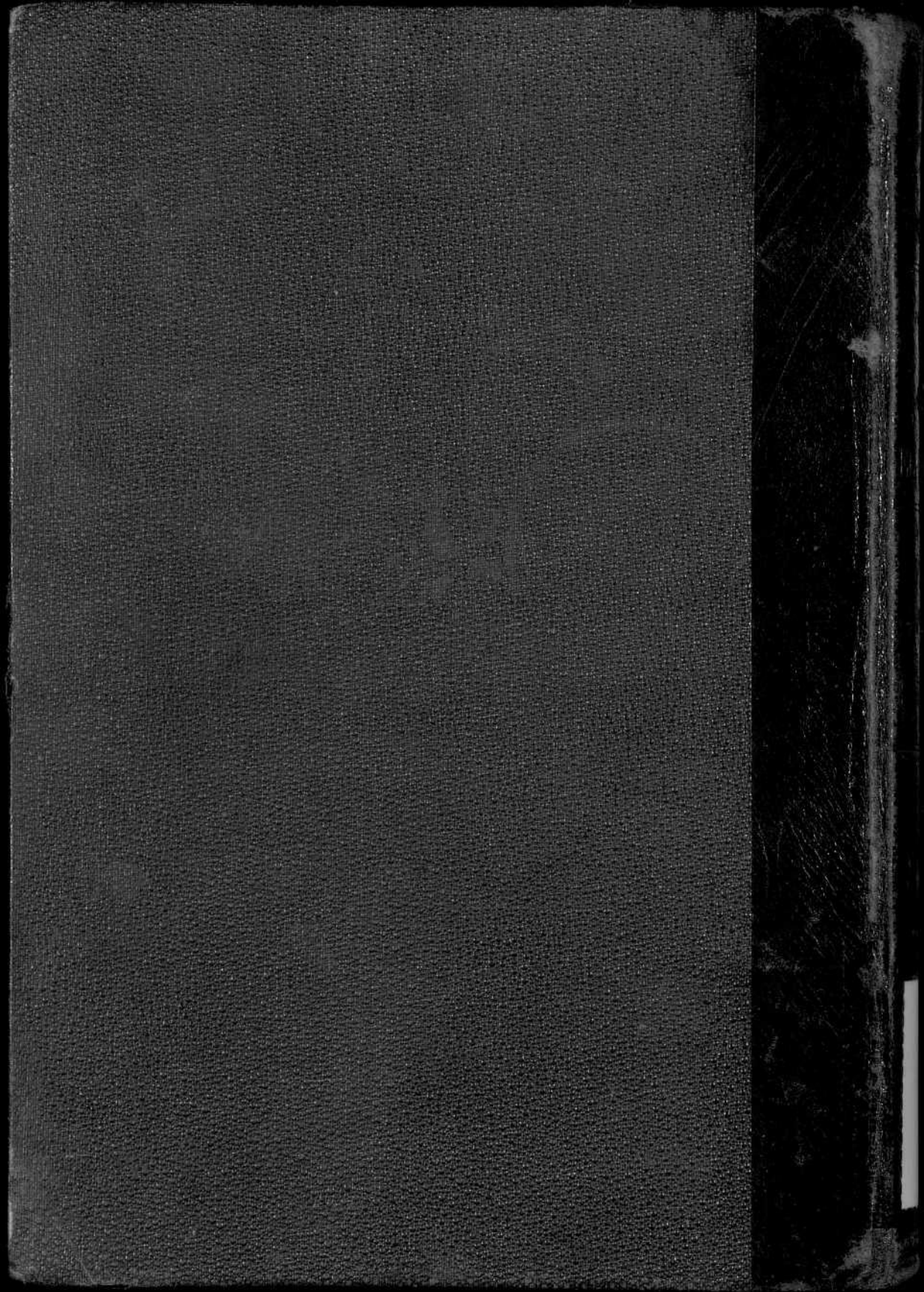
CAPITULO VIII.....	Confianza y tranquilidad.—Relato de Mendoza.—La carta de un rey.—La contestacion de un héroe.—Aparato de guerra.—Se aproxima el fatal momento.....	159
CAPITULO IX.....	Salida de Tolosa.—Campamento frente al enemigo.—Batalla, victoria y desastre...	159
CAPITULO X.....	El rey de los embajadores.—El peor de los introductores.—La víctima y sus verdugos.—Un médico, un español y tres franceses.....	174
CAPITULO XI.....	Pensamiento de Francisco I.—El ejército de Silva.—La primera visita de Mendoza.	196
CAPITULO XII.....	Alivio progresivo.—Los tres incógnitos.—Cuatro contrabandistas.—Hallazgo prodigioso.—Encuentro bien aprovechado....	210
CAPITULO XIII.....	Los pirineos orientales.—El golfo de Lyon.—La torre del Godo.—Los ex-comuneros empiezan á dar señales de vida.....	256
CAPITULO XIV.....	Un paje llovido del cielo.—Sagacidad y osadía.—El canto de un marinero novel.—La situacion comienza á despejarse.....	255
CAPITULO XV.....	Situacion de Silva á los treinta dias de cautiverio.—El parte.—Régia visita.....	270
CAPITULO XVI.....	El generalísimo comienza á demostrar que no ha muerto.—Comunicacion con los de afuera.—Conspiracion permanente.....	298
CAPITULO XVII.....	Preliminares para la evasion.—Las fuerzas de un gigante.—El sábado.—Impaciencia terrible.....	310
CAPITULO XVIII.....	La doble intriga.—La astucia de la culebra en lucha con el genio del héroe.—Al debate siguen las estocadas.—Momento critico.—La catástrofe.....	344
CAPITULO XIX.....	Del bosque á Tolosa.—Llegada y recibimiento.—Otra vez el Héroe y el César.—Explicaciones.....	360

CAPITULO XX.....	Sitio de Marsella.—El famoso Marqués de Pescara.—Duda el general y se inclina el vasallo.—A Italia.....	382
CAPITULO XXI.....	La Lombardía.—Todo está perdido.—Pavía y los franceses.—El Héroe enmascarado.	396
CAPITULO XXII.....	Desaliento.—Sublevacion.—A Crema.....	426
CAPITULO XXIII.....	Astucia, valor y sagacidad del marqués de Pescara.—La primera y más célebre enca- misada del mismo.—Sorpresa.—Asalto.— Degüello.—Todo se ha ganado.—A Milan.	440
CAPITULO XXIV....	Quedan sitiados los sitiadores.—Encamisa- das.—Otro acontecimiento funesto.....	453
CAPITULO XXV.....	La casa blanca.—Sorpresa de nueva espe- cie.—El héroe, el monarca y otros se- ñores.—Rescate.....	473
CAPITULO XXVI.....	Preliminares de una gran batalla.—Comba- te.—Llegada oportuna.—Todo acabó....	499
CAPITULO XXVII....	Consecuencias de la célebre batalla de Pa- via.—Un cambio lógico y natural.—Cor- tesanía de dos enemigos poderosos.—Los ex-comuneros conspirando contra Alber- to.—Misterio.....	514
CAPITULO XXVIII...	Despedida.—Embarque.—Primero á Barce- lona y luego á Madrid.—El secreto de Navarro y de sus amigos.....	527
CAPITULO XXIX....	Las tórtolas.—El segundo padre adoptivo.— El paje de la torre del Godo convertido en dama.—Devolucion.....	548
CAPITULO XXX....	La boda de Silva.—El generalísimo y el ex- sargento.—Un obispo con escudero pres- tado.....	559
CAPITULO XXXI....	Banquete semiguerrero.—El porvenir de los personajes de este libro.—Conclusion.....	573

2 vol

12.000

16 l'annuaire de l'apost



PARRERO
—
EL
HEROE
Y
EL CESAR

2

G 16540